ESPARTA y ATENAS en el siglo V a. C.

Adolfo J. Domínguez Monedero
José Pascual González



ESPARTA Y ATENAS EN EL SIGLO V a. C.

Adolfo J. Domínguez Monedero
José Pascual González




HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA

Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono 91 593 20 98
http://www.sintesis.com

ISBN: 84-7738-672-2
Depósito Legal: M. 24.686-1999

Impreso en España. Printed in Spain

Índice

Introducción

La época arcaica había supuesto para Grecia la creación de la *polis* y, con ella, de una experiencia política, social y económica novedosa en el ámbito mediterráneo; con ella, la Hélade había roto una tendencia histórica a la que parecían condenadas las restantes culturas que se asomaban y se habían asomado durante milenios a ese mar. Al introducir como principio básico de la convivencia humana las leyes, surgidas de la voluntad común de la colectividad organizada políticamente, y no impuestas por ningún rey representante o vicario de la divinidad, Grecia había creado un nuevo espacio de convivencia, del que hoy todavía vivimos.

Tradicionalmente, se considera que las llamadas Guerras Médicas, que enfrentaron a Grecia con el poderoso Imperio persa entre el 490 y el 479, son el límite entre el arcaísmo y el clasicismo. Con motivo de la amenaza asiática, Grecia consiguió, casi en el último momento, forjar una unión de intereses entre un puñado de *poleis* diferentes, habitualmente enfrentadas entre sí; ellas se opusieron a los persas, los derrotaron, les obligaron a desalojarla y, aunque no unánimemente, consiguieron recuperar aquella parte de la Hélade, la Grecia del Este, que había sucumbido ante ellos durante los últimos decenios del arcaísmo. Es esta victoria la que sirve de marco inicial a nuestro presente estudio.

Las consecuencias de esta guerra produjeron y promovieron, por razones que iremos abordando en los capítulos correspondientes, la polarización de Grecia en torno a dos de sus más importantes *poleis*, Esparta y Atenas. El siglo V, la época clásica, va a girar en torno a ellas y la visión multiforme y variada que habíamos tenido durante la época arcaica va a dar paso a esa doble perspectiva centrada en esas dos ciudades. Ello no quiere decir que

éste sea el escenario que preferiría el historiador, sino que el mismo es resultado de la propia orientación que, sobre todo, asumirá Atenas cuando se dé cuenta de lo beneficioso que podría resultar para ella mantener una alianza de ciudades para defenderse y, eventualmente, atacar a los persas, la Liga de Delos.

A partir de ahora las informaciones sobre esta ciudad aumentan de forma extraordinaria; no sólo las fuentes escritas, sino también las epigráficas, empiezan a darnos detalles sumamente abundantes sobre lo que sucede en la ciudad ática; empezamos a disponer no sólo de testimonios sobre guerras y conflictos (aunque es verdad que éstos serán los dominantes), sino también sobre el funcionamiento de la democracia ateniense, aquel sistema que permitió el acceso al poder a nuevos grupos de individuos que, sin ser masivos, fueron por vez primera dueños de sus destinos e, incluso en la equivocación, nos evocan aún hoy la grandeza de aquel sistema.

También algo del pensamiento de los atenienses nos ha llegado a través de su teatro y de sus educadores, los sofistas, que preludian el pensamiento del gran Sócrates y su tragedia al elegir, humano al fin, el bando equivocado. Informaciones de nuevo tipo empiezan también a completar nuestro panorama: los restos materiales de la gran monumentalización que experimentó Atenas de la mano de Cimón o de Pericles, las imágenes que inundan la ciudad y de las que sólo nos quedan apenas las que decoraban sus preciadas cerámicas. Atenas fue el punto de destino de buena parte de la intelectualidad griega contemporánea, por ser ella la que, merced a la posición que había adquirido como cabeza de una parte importante de la Hélade, aglutinó a unos grupos no sólo cultos, sino con recursos suficientes como para invertirlos en "cultura". Poetas, historiadores, filósofos y sofistas, además de escultores, pintores o arquitectos, se dieron cita en la ciudad y, desde ella, no sólo contribuyeron a su engrandecimiento, sino que, además, pudieron reflexionar sobre el pasado y sobre el presente, sobre el hombre y los dioses, sobre el estado y la política, sobre la bondad y la maldad, pero sin perder nunca de vista al ser humano, siempre actor y centro de sus reflexiones.

Es a esta acumulación de intelectos en la ciudad de Atenea a la que se debe, pues, el marcado carácter atenocéntrico que asume el siglo V griego, pues son atenienses o viven y trabajan en Atenas quienes nos sirven como fuentes de información. Incluso quienes tratan sobre la gran rival de Atenas, sobre Esparta, lo hacen desde Atenas. El último tercio del siglo V está marcado por una de las guerras más terribles y devastadoras a las que se vio sometida la Hélade durante toda su historia, la guerra del Peloponeso. La mayor parte de las informaciones que poseemos sobre ella se deben a Tucídides, también un ateniense; los motivos, los pretextos, el desarrollo, los conocemos por él. Pero también lo que pasaba en Esparta, cómo se reaccionaba allí, cómo se actuaba. Y cuando la obra de Tucídides deja de servirnos de

guía, será otro ateniense, Jenofonte, profundo admirador de Esparta, quien continuará informándonos. Es, por lo tanto, la visión de Atenas de *sí misma* y de cuanto la rodea la que impregnará todo el siglo V; el resto de la Hélade apenas hablará si no es por la voz que le prestan los que escriben desde Atenas. No es ésta la situación ideal para tener una visión cabal de toda la Hélade durante el siglo V y, se quiera o no, la historia de Grecia durante este período tiende a convertirse en una historia de Atenas, pensada y escrita desde Atenas, y una historia de Esparta, también diseñada desde aquélla. El resto de las *poleis* de la Hélade, que parecían haber tenido voz propia durante el arcaísmo (en parte también un espejismo), quedan reducidas a actuar como actores secundarios, con más o menos palabra, en este gran teatro mundial.

Ésta es la grandeza y la servidumbre del siglo V; mientras que en algunos momentos casi podemos seguir día a día lo que ocurre en Atenas y podemos conocer, con detalles impensables hasta ahora, cómo y por qué actúan los atenienses, lo que sucede en el resto de Grecia nos aparece difuminado o, en el mejor de los casos, observado a través de ojos atenienses. Naturalmente, el historiador sigue buscando nuevos medios, nuevas fuentes, nuevas técnicas, nuevos campos, para romper con esta limitación, con éxito indudable a veces, dudoso las más. Mientras tanto, Atenas y su ocasional y deformado reflejo, Esparta, seguirán siendo, necesariamente, el centro principal de atención para el historiador. No obstante, no todo está dicho; nuevos enfoques, nuevas lecturas de las fuentes escritas, el apoyo de nuevas metodologías y ciencias auxiliares, hacen de esta época, todavía hoy, una de las más abiertas a las nuevas aportaciones. En los capítulos siguientes pretendemos dar un panorama que presente tanto una exposición de los hechos principales cuanto alguna de esas nuevas visiones que la historiografía contemporánea está dando a algunos de los problemas que plantea este fascinante período de la historia de Grecia.

Parte I
DEL SIGLO VI A LAS GUERRAS MÉDICAS

1. Esparta y Atenas a finales del siglo VI

1.1. Esparta a fines del siglo VI y comienzos del siglo V: constitución sociopolítica y consolidación de la Liga del Peloponeso

Los últimos decenios del siglo VI espartano, así como los primeros del siglo V están marcados por la arrolladora personalidad del rey Cleómenes, hijo de Anaxándridas, de la familia de los Agiadas. Estos años son, por otro lado, claves en la configuración de lo que será la Esparta clásica, que mostrará, ya durante estos momentos, algunos de los rasgos que desarrollará durante los decenios siguientes.

En el presente apartado aludiremos a dos elementos importantes para entender el desarrollo de la Esparta clásica: en primer lugar, introduciremos algunos elementos para entender su estructura social y política y, en segundo término, mostraremos los rasgos principales de la política lacedemonia en relación con el Peloponeso y otras partes de Grecia.

Por lo que se refiere al primer punto, no es éste el momento de hablar ni de la legislación que, presuntamente, habría introducido Licurgo, según los propios espartanos, en épocas antiquísimas, ni tan siquiera de la reforma del eforado que, presumiblemente, habría tenido lugar a mediados del siglo VI. Ambos aspectos han formado parte indisoluble de la "leyenda" de Esparta y han sido abordados en otros lugares de esta misma colección. Lo que sí podemos decir es que el largo reinado de Cleómenes I (520-490 aproximadamente) marca uno de los últimos momentos de esplendor de la Esparta tardo-arcaica y su preparación para un clasicismo que acabará fijando una imagen de Esparta como *polis* cerrada y militarizada.

Durante estos años, sin embargo, Esparta no ha terminado este proceso que culminará años después de las Guerras Médicas y en el que intervendrán otros factores como, por ejemplo, el levantamiento mesenio del 464 que estará a punto de poner en grave riesgo la propia supervivencia de la *polis* laconia. No insistiremos aquí en los diferentes grupos sociales que viven en Esparta porque nos detendremos en ellos con más detalle en un capítulo posterior; espartiatas, hilotas, mesenios, periecos, etc., todos ellos encuentran su acomodo en la *polis* lacedemonia, pero sin que las fuentes contemporáneas hagan especial hincapié en sus enfrentamientos, que quizá son más ficticios que reales en estos momentos. El desarrollo durante el período arcaico de Esparta la había convertido, sin duda, en una *polis* importante y, como veremos más adelante, estos años que aquí consideramos son claves en la culminación de este proceso; no obstante, la falta de noticias directas sobre la existencia de conflictos sociales en la ciudad en este momento puede sugerir que los mismos no existen. La Esparta de fines del siglo VI e inicios del siglo V no parece haber tenido demasiados problemas sociales y los que parecen haber existido quizá se deban más a problemas de liderazgo que habrán afectado, sobre todo, a miembros de los círculos dirigentes.

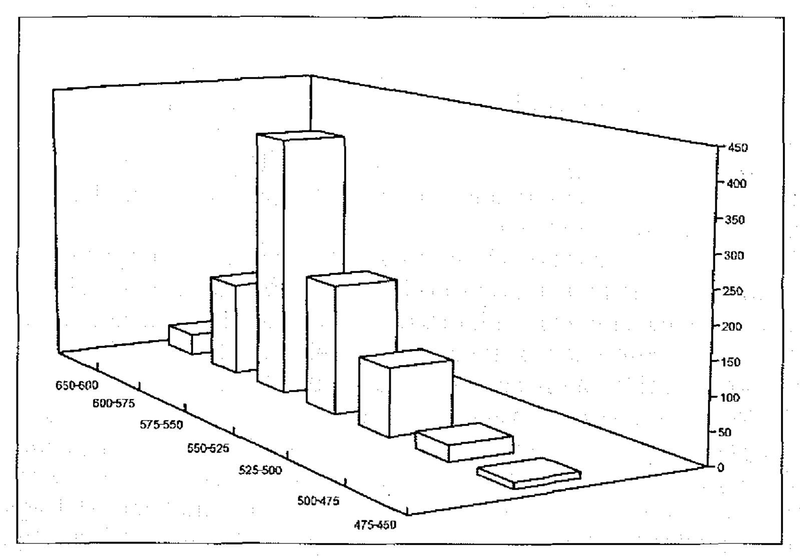


Figura 1.1. La producción de cerámicas laconias figuradas. 650-450 a. C.

Frecuentemente se ha dicho que Esparta empieza a convertirse en una ciudad militarizada ya desde mediados del siglo VI y para justificar un hecho

que no encuentra apoyo en fuentes contemporáneas se hace uso de toda una serie de argumentos más o menos marginales. Uno de los principales se refiere al declive de la vida artística de la *polis* durante la segunda parte de ese siglo VI, tanto en las artes plásticas o figurativas como en el campo de la literatura. Ambas visiones son, en cierto modo, erróneas. En primer lugar, habría que decir que las manifestaciones visuales no siempre son un indicio adecuado a la hora de valorar la eventual apertura o cerrazón de una *polis* griega. Innumerables son los casos en los que florecientes *poleis*, sobre todo del arcaísmo, no han desarrollado una actividad constructora o embellecedora paralela; por ende, esas actividades artesanales, confiadas habitualmente a grupos subalternos, tampoco nos hablan siempre a las claras del estatus y del nivel de los grupos aristocráticos dirigentes. Pero es que, además, en el caso de Lacedemonia tampoco es cierto que la ciudad interrumpa esas actividades. En efecto, parece demostrarse la continuidad, durante todo el siglo VI e, incluso, en ocasiones el V, de toda una serie de productos como cerámicas, terracotas, esculturas y, sobre todo, bronces de altísima calidad. Que en ocasiones algunos de estos artículos muestren un carácter adocenado y no sean productos de calidad comparable a los de otros talleres tampoco tiene por qué indicar nada extraordinario; como mucho quizá nos hablen de una sociedad espartana que aún conserva muchos rasgos de un pasado rural no tan remoto y, sobre todo, con unos valores centrados en la simplicidad de costumbres, que, aunque no pueden negarse, no implica que nos hallemos ni ante una *polis* militarizada ni, tan siquiera, retardataria.

Por lo que se refiere a la en ocasiones aludida ausencia de poetas en Esparta durante el siglo VI, aunque no es totalmente cierta (se conoce algún poeta del siglo VI, como Gitiadas), se puede interpretar también desde el punto de vista mencionado; la sociedad espartana de los ciudadanos de pleno derecho es una sociedad básicamente campesina que, merced al estable sistema político existente, puede dedicarse a las actividades ideales de cualquier propietario griego: la guerra y la comida en común con sus compañeros e iguales. Las aspiraciones del espartano de a pie seguramente no son mayores y sus reyes, cuyas prerrogativas los sitúan muy por encima de él, tampoco van a hacer uso de un medio como la poesía, que, no hay que olvidarlo, se ha convertido en el portavoz de los intereses y de las aspiraciones de los poderosos tiranos griegos del momento. Ni la realeza espartana, que se ve a sí misma muy alejada de esos regímenes tiránicos, ni la aristocracia laconia van a entrar en esa espiral en la que entran sus iguales de otras *poleis* griegas. Pero eso tampoco implica ni cerrazón ni obscurantismo; el sistema espartano, tal y como se desarrolló a partir del siglo VII, había acabado, al menos en buena parte, con el afán competitivo de la aristocracia por asumir mayor poder e influencia dentro de la ciudad y lo había derivado hacia otros fines.

Como es sabido, en otras *poleis* griegas son los aristócratas quienes hacen uso sobre todo de los servicios de artesanos y poetas, bien en su beneficio directo, bien requiriendo sus servicios para utilizarlos, en su nombre, al servicio de los dioses; ése es un medio de adquirir poder y prestigio (y peso político) dentro de la *polis*. Esa competición está casi por completo desterrada de Esparta, lo que hace que esas manifestaciones no tengan éxito en esta ciudad en un momento en el que en otras partes del mundo griego los poetas cantan la gloria de los *aristoi* y de los tiranos y los artesanos llenan sus casas, sus palacios y los templos de lujosas obras. El gran cantor de esas aristocracias ampulosas y de esas tiranías desbordantes, Píndaro, apenas mencionará a Esparta en sus obras y fragmentos conocidos y, sin embargo, en una de esas escasas referencias destaca lo que debía de parecer más importante en la ciudad: "Allí sobresalen los consejos de los ancianos, y las lanzas de jóvenes varones, y los coros, y la Musa y Aglaya" (Pind. Fr. 199 Snell). Sí habrá un terreno en el que mostrarán interés los aristócratas espartanos y será el de las competiciones en los festivales panhelénicos, especialmente en aquellas que implicaban a caballos; en efecto, la aristocracia espartana del siglo VI será bien conocida en Grecia por la alta calidad de sus yeguadas y por el uso que de ellas harán sus propietarios como elemento de prestigio y quizá de cierta influencia social, tanto frente a sus iguales como frente a los que, por su menor nivel económico, giraban en torno a ellos.

Si en el terreno artístico e ideológico Esparta, sin ser una *polis* cerrada, no es de las que marcan la pauta en el desarrollo cultural griego, en el terreno político, sin embargo, sus aportaciones son de un interés indudable. El momento que estamos considerando aquí, que coincide básicamente con el reinado de Cleómenes I, contempla la culminación de un proceso que, iniciado tiempo atrás, dará cuerpo a una de las más importantes y duraderas ligas griegas, la Liga del Peloponeso. Los orígenes de esta Liga pueden situarse ya a lo largo de la primera mitad del siglo VI, cuando Esparta, que intenta hacerse con el control de Arcadia, acaba estableciendo un tratado de mutuo apoyo con Tegea tras una serie de enfrentamientos indecisos (Hdt. 1, 66-68); a ella la habrían seguido Élide, Sición, Corinto y, en general, una buena parte del Peloponeso, siempre con la excepción de Argos, con la que Esparta mantendrá varias guerras a lo largo del siglo VI, aunque lo más que conseguirá será arrebatarle algún territorio fronterizo. De cualquier modo, da la impresión de que, en estos momentos, más que una auténtica liga centrada en torno a Esparta, con lo que nos encontramos es, ante todo, con la suma de "Lacedemonia y sus aliados", que, por otro lado, será el nombre oficial de la Liga; estos tratados, posiblemente más de carácter defensivo (*epimachia*) que auténticos tratados plenos, ofensivos y defensivos (*symmachia*), habrán ido surgiendo según los intereses de Esparta y, también, de sus eventuales aliados, que, a cambio de la ayuda que previamente les había prestado la *polis*

lacedemonia, en muchas ocasiones para librarse de sus tiranos indeseados, quedarán vinculados de este modo con su benefactora.

Lo que sí parece bastante probable, sin embargo, es que el reinado de Cleómenes I marca un punto de inflexión importante en el desarrollo de esta Liga, por laxa que fuera, como muestran algunos de sus actos. Uno de los más interesantes es el episodio que tiene lugar en el año 506, cuando los espartanos, al frente del ejército de sus aliados, comandado por los dos reyes, se dirigen a Atenas con la intención de deponer a Clístenes. Es Heródoto quien nos cuenta los detalles:

> Pues bien, Cleómenes invadió el territorio de Eleusis con un poderoso ejército [...] Entonces los atenienses [...] asentaron sus reales frente a los peloponesios, que se encontraban en Eleusis.
>
> Pero, cuando se disponían a enfrentar a las tropas en el campo de batalla, los corintios se dieron cuenta de que no procedían con arreglo a la justicia (*ta dikaia*) y fueron los primeros que cambiaron de opinión y se retiraron. Poco después, hizo lo mismo Demarato, hijo de Aristón, que, por su parte, era también rey de los espartiatas y que había compartido con Cleómenes la jefatura del ejército desde su salida de Lacedemonia, sin que, hasta aquel instante, hubiera manifestado diferencias de criterio con él [...]. Pues bien, en aquellos momentos, cuando los demás aliados vieron, en Eleusis, que los reyes de los lacedemonios no estaban de acuerdo y que los corintios habían abandonado la formación, decidieron hacer lo mismo y emprendieron la retirada (Hdt. 5. 74-75; trad. de C. Schrader).

La importancia de esta información es grande porque nos habla de cómo lo que se conoce como la "Liga del Peloponeso" (en sentido estricto "Lacedemonia y sus aliados") no era aún a fines del siglo VI un instrumento absolutamente en manos de Esparta y cómo cualquiera de los aliados que considerara que Esparta les estaba llevando a un camino que ellos no querían (la referencia a la justicia en el texto de Heródoto es digna de destacar), tenía pleno derecho a no continuar obedeciendo las órdenes de los espartanos. También el episodio nos ilustra de cómo Cleómenes I está intentando convertir ese delicado mecanismo de equilibrios que era la alianza en un instrumento a su propio servicio. Su colega el rey Demarato se alinea con los corintios, que juzgan no ajustado a derecho el comportamiento del otro rey, y abandona el campo de batalla. Tras ello, el resto del ejército se dispersa, ya que, si ante el comportamiento de los corintios podía haber dudas, una vez que uno de los reyes no apoya la acción, las dudas sobre la legalidad de la acción podían ser más que fundadas. Naturalmente, Cleómenes le guardará el desaire a Demarato y años después promoverá, con falsas acusaciones, su destitución (Hdt. 6. 61-70). Demarato será acogido y honrado por Darío, que aprovechará sus consejos durante su guerra contra los griegos.

Todavía faltaba, sin embargo, algún tiempo para que la Liga fuese un dócil instrumento al servicio de Esparta; sin embargo, la tendencia ya está clara. El dirigir de algún modo la política exterior de buena parte de las ciudades del Peloponeso, aun cuando se requiriese el acuerdo o el consentimiento (implícito o explícito) de ellas para realizar acciones militares y aun cuando algunas *poleis*, como acabamos de ver, pudiesen hacer valer sus opiniones al respecto, convierte a Esparta en un poderoso Estado. Además de su poder sobre el Peloponeso, Esparta influye poderosamente en el oráculo de Apolo en Delfos, es aliada de Tebas y, como hemos visto, tiene aspiraciones en Atenas. No son demasiado fuertes, sin embargo, sus intereses fuera de la Grecia propia. Así, por ejemplo, cuando su hermanastro Dorieo parte hacia el 510 a Sicilia para fundar una ciudad y fracasa, muriendo en el intento (Hdt. 5.42-48), Cleómenes no parece haber intervenido, a pesar de las peticiones hechas por los siciliotas en tal sentido (Hdt. 7.158). Del mismo modo, cuando Aristágoras de Mileto acude a Esparta al inicio de su levantamiento contra los persas solicitando su ayuda, Cleómenes rechaza participar (Hdt. 5.49-51); estamos en el año 499.

El hecho de que Aristágoras acudiera en primer lugar a Esparta, según asegura Heródoto (5.38.2), se debía a la necesidad de contar con algún aliado de peso; ello sugiere que, en ese momento, Esparta debía de parecer la ciudad más importante de Grecia. Sin embargo, la actitud de Cleómenes, que rechaza este compromiso, rompe una tendencia que Esparta había mantenido hasta no hacía demasiado tiempo, al involucrarse en asuntos de territorios bastante alejados. Así, por ejemplo, tiempo atrás, hacia el 550, Esparta había aceptado una alianza con el rey Creso de Lidia, que estaba buscando aproximarse al mundo griego con vistas a la guerra que estaba preparando contra Ciro (Hdt. 1.69-70) y, en general, sus intereses mediterráneos durante el arcaísmo han sido puestos de manifiesto recientemente (Malkin, 1994); e, incluso, pocos años antes de la llegada de Aristágoras a Esparta, el propio rey Cleómenes estaba recibiendo a embajadores escitas que solicitaban la ayuda de la ciudad para luchar contra los persas; ayuda que no parece haberles concedido el rey (Hdt. 6.84).

En efecto, esta amplia proyección exterior estaba cambiando durante el reinado de Cleómenes I. Los intereses del rey, que, como sabemos, no coincidían con todos los intereses que se daban cita en Esparta, parecen haber ido en la dirección de consolidar la hegemonía espartana sobre los aliados peloponesios, reforzar el peso de Esparta en el Peloponeso y extender su influencia fuera de la península hasta abarcar Atenas. Que el rey pudiese llevar a cabo esta política nos indica que, al menos hasta el fiasco ante Eleusis del 506, no había todavía en Esparta demasiados impedimentos para que cualquier rey ambicioso pudiese poner en práctica su política. El disenso entre los dos reyes, quizá agravado por el carácter también enérgico de Demarato, pudo determinar la indecisión de los aliados sobre los objetivos de la

campaña contra Atenas, siendo los corintios quienes primero se manifestaron, quizá en complicidad con Demarato, contra la política de Cleómenes.

En esta expedición contra Atenas y en la posterior contra Argos, sobre la que hablaremos a continuación, puede observarse el nuevo sesgo que empieza a tomar la política lacedemonia dirigida por el rey Cleómenes, aunque enfrentada a otros intereses, por ejemplo, los del rey Demarato. Precisamente la medida que se toma en Esparta, algo después del fracaso de la expedición a Atenas, para impedir que, en lo sucesivo, los dos reyes pudieran estar simultáneamente al frente del ejército en campaña (Hdt. 5.75.2) va a reforzar siempre a uno de los reyes, en detrimento de la igualdad y colegialidad de que, hasta entonces, habían disfrutado. Las maquinaciones de Cleómenes para deponer a Demarato, ayudado por el que se convertirá en rey en su lugar, Leotíquidas (Hdt. 6.65), de una rama colateral de los Euripóntidas, reforzaron, sin duda, la posición de Cleómenes. Da la impresión, además, de que los éforos aún no tenían las fuertes competencias sobre los reyes que adquirirán a lo largo del siglo V, seguramente coincidiendo con el incremento del dominio espartano sobre los aliados. Volveremos sobre esto.

Las dudas sobre la legitimidad de Demarato, que Cleómenes, ayudado por el futuro rey Leotíquidas, sembraban, le permitieron, sin duda, llevar a cabo uno de los episodios más execrables de su reinado. Se trata de la victoria sobre Argos en la batalla de Sepea hacia el año 494; como ya hemos dicho, Argos fue siempre el rival a batir por Esparta y no es extraño que, una vez que Cleómenes se hubo decantado a hacer valer la hegemonía de su ciudad sobre el Peloponeso, Argos resultase un enemigo, además de molesto, peligroso. Derrotados los argivos en Sepea, como consecuencia de una estratagema urdida por Cleómenes, el rey no se conformó con la victoria, sino que demostró su interés por debilitar en lo posible a la eterna enemiga. Refugiados los supervivientes en un bosque sagrado consagrado al héroe Argos, Cleómenes hizo salir a pequeños grupos de argivos con el pretexto de que los rescates por ellos habían sido pagados, dándoles muerte nada más que abandonaban el espacio sagrado. Cuando los argivos se apercibieron del hecho, y ya no salieron, ordenó a los hilotas que prendieran fuego al bosque, pereciendo allí los argivos refugiados (Hdt. 6.76-80). El propio Heródoto cifra las bajas en 6.000 hombres (Hdt. 7.148.2), lo que debía de incluir a la práctica totalidad de los varones en edad militar, y los conflictos que se produjeron en el ámbito de la Argólide durante los siguientes lustros mantuvieron, de hecho, a Argos inoperante (Hdt. 6.83). Cleómenes, además, penetró en la ciudad de Argos y cometió también sacrilegio contra el sacerdote de la diosa Hera (Hdt. 6.81).

Los ecos de las rivalidades existentes en Esparta nos los transmite Heródoto, quien asegura que, a su regreso, Cleómenes fue acusado por sus enemigos, entre los que posiblemente se hallaba el todavía rey Demarato, que en otros momentos aparece difamando a su colega Agiada (Hdt. 6.61). La acusación se

realizó ante los éforos (Hdt. 6.82.1) y, aunque no sabemos con detalle quién juzgó al rey, fue absuelto por una amplia mayoría (Hdt. 6.82.2). El periegeta Pausanias informa que su tocayo el rey Pausanias fue juzgado en el año 403 por un tribunal compuesto por los 5 éforos, los 28 gerontes y el otro rey (Paus. 3.5.2), pero no sabemos si este tribunal ya actuaba a principios del siglo V.

Posiblemente la deposición de Demarato se apresure entonces, no dudando Cleómenes para ello en sobornar a la propia Pitia para que declare la ilegitimidad del Euripóntida (Hdt. 6.66). Lo cierto es que el complot urdido por el rey fue pronto descubierto y ello debió de provocar problemas dentro de Esparta entre los partidarios del rey depuesto (que por aquel entonces se hallaba en Persia) y los dos reyes en activo. Los últimos movimientos de Cleómenes son confusos; Heródoto dice que empezó a reclutar partidarios en Arcadia para atacar a Esparta, por lo que fue llamado de nuevo a la ciudad (Hdt. 6.74-75). Allí, y so pretexto de que la locura iba poco a poco minando su carácter, fue encadenado a un cepo, suicidándose poco después (Hdt. 6.75), una solución cómoda para Esparta, que, por esa misma época (estamos en el 490), estaba recibiendo la llamada de Atenas para que se uniese a ella en la lucha contra los persas. La recapitulación moralizadora de Heródoto sobre la muerte, en plena locura, del rey nos da una pequeña pista para ver, siquiera parcialmente, a cuántos griegos había perjudicado la política de este polémico, pero aun así brillante, personaje:

> Según afirma la mayoría de los griegos, tuvo este final por haber inducido a la Pitia a pronunciar aquella respuesta en el asunto de Demarato. Sin embargo, al decir de los atenienses, fue debido a que, cuando invadió Eleusis, saqueó el sagrado recinto de las diosas. Y, según los argivos, fue porque, cuando consiguió que salieran del santuario de su héroe Argos los argivos que se habían refugiado allí tras la batalla, los pasó por las armas y, con un absoluto desprecio hacia el propio bosque sagrado, mandó incendiarlo (Hdt. 6.75.3; trad. de C. Schrader).

Los pasos que había dado Cleómenes para convertir a Esparta en una potencia peloponesia y continental, abandonando viejas veleidades arcaicas, se verán culminados a lo largo del siglo V, una vez que Esparta salga como una de las *poleis* triunfadoras en la lucha contra el persa.

1.2. Atenas: del siglo VI a Maratón

1.2.1. De Solón a las reformas de Clístenes

A lo largo del siglo VI Atenas desarrolló un cuadro conflictivo marcado por el enfrentamiento entre una aristocracia compuesta por unas pocas familias, los Eupá-

tridas, y el resto del pueblo (para una visión más amplia sobre el siglo VI ateniense puede verse Domínguez Monedero, 1991, 187-213). En lo político, la aristocracia monopolizaba el poder a través del colegio de los nueve arcontes, los magistrados principales, copados todos ellos por los Eupátridas, y del Areópago, el órgano decisorio principal, un consejo de exarcontes, pues todo arconte al término de su año de mandato entraba a formar parte de él de manera vitalicia. En el plano económico y social, los Eupátridas se habían enriquecido progresivamente a costa de los pequeños campesinos que habían sido reducidos en buena parte a la condición de arrendatarios dependientes (eran los hectémoros, literalmente "los de la sexta parte", Arist. *Ath.* 2; Plu. *Sol.* 13; Hammond, 1961) o a la misma esclavitud. Frente a la aristocracia, los sectores más acomodados del pueblo reclamaban una apertura del régimen político, mientras que los más empobrecidos reivindicaban la mejora de su situación social y económica.

Esta grave tensión llevó a la elección, en el 594, de Solón, un aristócrata, como arconte y mediador (*diallaktes*) con poderes para modificar las leyes. En primer lugar, a través de la promulgación de la *seisachtheia* o "descarga", Solón canceló todas las hipotecas que pesaban sobre las propiedades campesinas, abolió la condición de los hectémoros, que recuperaron sus antiguos terrenos de cultivo, y prohibió los préstamos que tuvieran como garantía la libertad personal de un ateniense. Esta medida definía una de las grandes características de la sociedad ateniense de época clásica. En efecto, como ningún ateniense podía ser esclavizado por otro ateniense ni verse reducido a la condición de dependiente, en Atenas no existen esclavos ciudadanos ni una clase de dependientes como ocurre en muchas otras sociedades griegas, como los hilotas en Esparta o los penestas en Tesalia. Solón potenció también los sectores artesanales atrayendo artesanos de todo el mundo griego, especialmente de Corinto, y favoreció los intercambios con la modificación del sistema de pesas y medidas abandonando el patrón egineta, en el que una mina contaba con 60 dracmas (cada dracma equivale a 4,32 g de plata) y adoptando el euboico, en el que la mina valía 100 dracmas.

En el plano político, Solón introdujo una constitución plutocrática, esto es, basada en el nivel de riqueza de cada ciudadano. Dividió a los ciudadanos en cuatro clases censales:

a) Los pentacosimedimnos, los muy ricos, cuya renta se evaluaba en 500 o más medimnos de grano (cada medimno equivale a 51,8 litros).
b) Los *hippeis* (caballeros), cuya riqueza se situaba entre 500 y 300 medimnos.
c) Los zeugitas, que poseían una fortuna valorada entre 300 y 200 medimnos y formaban la infantería pesada de los hoplitas.
d) Los *thetes*, los más pobres, que tenían un nivel de renta inferior a los 200 medimnos.

A partir de ahora un nuevo criterio, la fortuna, venía a sustituir al nacimiento y al parentesco aristocrático que hasta entonces había predominado en la vida política. Según fuera el nivel de ingresos de cada individuo así era su participación en el régimen político. A los pentacosimedimnos y *hippeis* se les reserva el arcontado y el Areópago. Las tres primeras clases, excluyendo a los *thetes*, podían acceder al Consejo de los Cuatrocientos, cien por cada una de las cuatro tribus y cuya creación se atribuye a Solón. Finalmente, la asamblea (*ekklesia*) quedaba abierta a todos los ciudadanos atenienses.

Solón había pretendido mediar entre los diferentes sectores enfrentados, pero su reforma dejó descontentos a todos, a los aristócratas y al pueblo. Los aristócratas habían perdido, por un lado, poder político con el ascenso de otras familias y la creación de nuevos órganos, y, por otro, riqueza con la abolición de hipotecas y la liberación de los hectémoros. Los sectores populares pudieron pensar que la reforma política se había quedado corta y posiblemente habían esperado también un reparto de tierras.

La reforma de Solón no libró a Atenas de la tensión política y social que condujo directamente a la tiranía. Desde el 561 hasta el 527, en tres períodos diferentes, Pisístrato ejerció la tiranía. El tirano favoreció al pequeño y mediano campesinado ático con la creación de un fondo público de préstamos a bajo interés (8-10%), que les permitió liberarse del control aristocrático, y fomentó las actividades artesanales y comerciales (las primeras monedas atenienses, fechadas, según los autores, entre el 575 y el 540, datan precisamente de este período). Pisístrato apoyó también la ocupación de la isla de Lemnos, en torno al 555, y la colonización de Sigeo, a la entrada del Melesponto (hacia 555/540, Hdt. 1.64.2) y del Quersoneso Tracio. En él vemos ya la preocupación por el abastecimiento de trigo póntico, que será una de las constantes de Atenas en el siglo V. Finalmente, creó una auténtica religión comunitaria centrada en dos divinidades principales, Atenea, para la que organizó fiestas y certámenes atléticos, musicales y poéticos que culminaban en las Grandes Panateneas cada cuatro años, y Dionisio, un culto agrario para el que se celebraban las Dionisias.

A su muerte, en el 527, Pisístrato logró traspasar la tiranía a sus hijos Hipias e Hiparco. Durante un tiempo, los nuevos tiranos prosiguieron la política de su padre hasta que en el 514 Hiparco fue asesinado por Harmodio y Aristogitón. El motivo del atentado fue de pura enemistad personal, pero tuvo inmediatas repercusiones políticas. Hipias endureció el régimen despótico, lo que provocó un gran descontento. Finalmente, en el 510, los espartanos junto con los aristócratas atenienses exiliados intervinieron en Atenas y derribaron la tiranía.

Después de un intento oligárquico liderado por Iságoras, un aristócrata ateniense amparado por los espartanos (510-508), Clístenes, miembro de la poderosa familia aristocrática de los *Alcmeónidas*, se situó en el primer pla-

no de la vida política ateniense. Para hacer frente a Iságoras, que había ganado las elecciones para el arcontado del 508/507, Clístenes se apoyó en el pueblo e impulsó un reforma que tenía como finalidad reducir drásticamente el poder de buena parte de la aristocracia.

Buena parte de las dificultades que plantea la obra de Clístenes se disiparían asumiendo un enfoque más dinámico según el cual las reformas comenzarían en el 508/507 y pudieron extenderse al menos hasta el 501/500. Así, el ostracismo pudo introducirse en el 508/507; la reorganización del cuerpo cívico en diez tribus se completó en el 507/506 o un par de años después (Poll. 8.110), la elección de los diez estrategos, uno por cada tribu, se instituyó en el 501/500 y, en este mismo año, la introducción del juramento de los consejeros culminó la organización del Consejo o Bulé de los Quinientos.

Debido a la situación conflictiva por la que atravesaba la ciudad, el ostracismo pudo ser la primera medida introducida por Clístenes. Estaba dirigida contra los partidarios de los Pisistrátidas, que eran todavía fuertes, contra los oligarcas, partidarios de Iságoras, y contra otras familias aristocráticas enemigas de Clístenes y los Alcmeónidas. No nos detendremos en todas las controversias que rodean al ostracismo y expondremos simplemente las líneas generales. En un principio es posible que el ostracismo fuera votado por el Consejo de los Cuatrocientos (*Codex Vaticanus Graecus* 1144), y después, hacia el 490, quizá por iniciativa de Temístocles (Doenges 1996, 403), pasó a ser competencia de la asamblea. Según el procedimiento que conocemos desde principios de los ochenta del siglo V, cada año, en la asamblea principal del sexto mes o pritanía del año del Consejo (enero-febrero) se preguntaba al pueblo si consideraba que alguien aspiraba a la tiranía. En caso afirmativo, la votación tenía lugar dos meses después en el octava pritanía (abril-mayo). Quien pensara que un ateniense se había convertido en un peligro para la comunidad escribía el nombre de dicho ciudadano sobre un tejuelo de cerámica (*ostrakon*) de los que la arqueología ha recuperado hasta ahora unos once mil (9.000 en el Cerámico, 191 en la ladera norte de la Acrópolis y 1.145 en el ágora). Si un ciudadano concitaba 6.000 votos era condenado al ostracismo, esto es, al destierro durante diez años en el que se respetaban su familia y sus bienes; según versiones alternativas, seis mil debía ser el número de votantes mínimo, siendo expulsado el que obtuviese mayor número de votos en su contra. Aunque el ostracismo fue introducido en el 508/507, se aplicó por primera vez "con éxito" a Hiparco, condenado en el 488/487 (Androción *FGH* 324 F6).

El ostracismo poseía numerosas ventajas. Evitaba la destrucción física del adversario, su lento procedimiento concedía tiempo suficiente para la reflexión y, sobre todo, daba a los atenienses la posibilidad de decidir en un momento de grave conflicto evitando la continuidad de la *stasis* (enfrentamiento interno), un mal endémico que azotaba periódicamente a todas las *poleis*. A lo largo de todo

el siglo V, hasta que cae en desuso después del 416, el ostracismo fue uno de los instrumentos esenciales de la lucha política ateniense.

Mención hecha del ostracismo, las reformas de Clístenes comportaron otros aspectos esenciales como son la reorganización y ampliación del cuerpo cívico y la reestructuración de las instituciones políticas.

Junto a algunas noticias transmitidas por Heródoto (5.66-73, 6.131), Aristóteles (*Ath.* 21) es nuestra fuente de información principal:

> Al cuarto año de la caída de los tiranos, siendo arconte Iságoras (508/507), [Clístenes] distribuyó en primer lugar a todos en diez tribus en lugar de cuatro, con la intención de mezclarlos, para que un mayor número tomara parte en el gobierno. Por lo cual se dice que "no deben preocuparse de las tribus los que desean investigar los linajes". Después estableció el Consejo de Quinientos, en lugar de Cuatrocientos, cincuenta de cada tribu; hasta entonces habían sido cien [...]. Además dividió el territorio en *demos*, repartidos en treinta partes, diez en torno a la ciudad (*asty*), diez en la costa (*paralia*) y diez en el interior (*mesogeia*), y llamó a estas (partes) *trittys*, extrajo por sorteo tres para cada tribu, para que cada una de ellas tuviera parte de todas las regiones (trad. de J. Pascual).

Siguiendo un sentido inverso a Aristóteles, en primer lugar, Clístenes dotó de contenido político a los *demos*. El demo, el lugar de residencia de los ciudadanos, se transforma en una especie de distrito que comprende un territorio delimitado, un lugar central y varias aldeas y casas dispersas. Una vez establecidas sus fronteras, Clístenes confiere a los *demos* nuevas instituciones, como la asamblea del demo y el demarco o jefe del demo. Una de las principales funciones del demo es la inscripción de los nuevos ciudadanos cuando los varones atenienses cumplen los 18 años. El demo queda constituido, así, como una unidad administrativa y política menor y se convierte en la primera forma de integración en la vida de la *polis* y de participación política, podemos decir que en sí mismo se asemeja a una *polis* en miniatura. A partir de ahora será uno de los elementos básicos de la democracia ateniense.

Después, Clístenes distribuye los *demos* entre las tres regiones principales del Ática, que contaban ya con una larga tradición: el *asty* o ciudad (que incluye la ciudad y el puerto, en el que cada demo se identifica con un barrio, y la llanura próxima entre el monte Egaleo y el monte Himeto), la *paralia* (la costa) y la *mesogeia* (el interior).

En una tercera fase agrupa los *demos* de cada región en *trittyes* (o tríadas) de manera que cada *trittys* contiene un número variable de *demos*, pero aproximadamente el mismo número de ciudadanos. Quedan así establecidas treinta *trittyes*, diez de cada región. Finalmente, Clístenes crea diez nuevas tribus (*phylai*) colocadas bajo la advocación de un héroe epónimo (que da su nombre a la tribu), cada una de las cuales incluye tres *trittyes*, una de cada región.

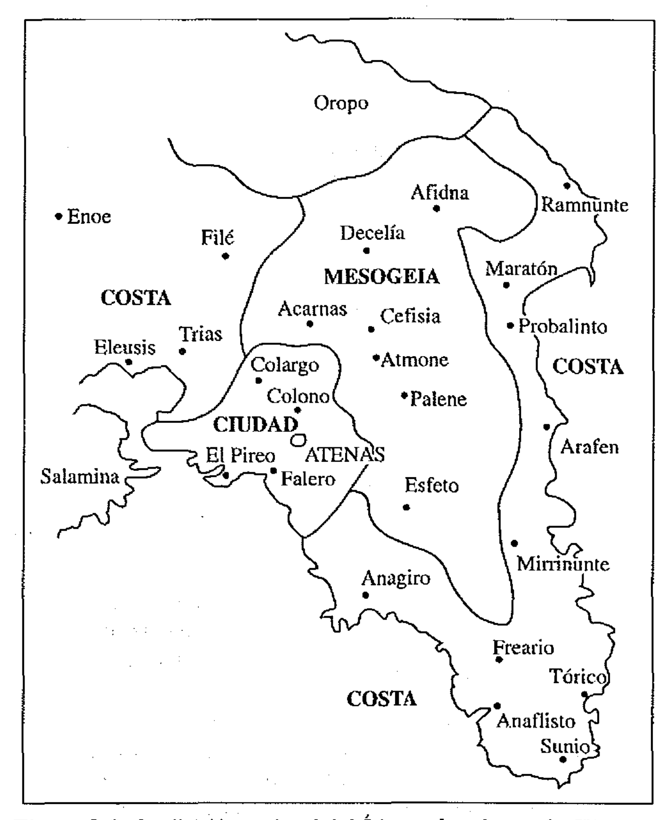


Figura 1.2. La división regional del Ática en la reforma de Clístenes.

Como indica Aristóteles, la finalidad de esta nueva reorganización del cuerpo cívico es clara: mezclar a la población y vincular zonas muy distantes entre sí. De este modo, se relacionan gentes no conectadas familiarmente entre sí, lo que viene a significar que la organización gentilicia deja de ser la célula política básica y el mecanismo fundamental del control y predominio aristocrático. Clístenes quebraba así la esencia del poder de la aristocracia ateniense que se asentaba sobre el control del resto de la población a través de los vínculos de parentesco, las relaciones clientelares y el predominio de las familias aristocráticas en sus respectivos territorios del Ática (Arist. *Pol.* 1319 b 21-26).

La reforma tiene también una vertiente militar. Las diez tribus forman la infantería hoplítica, en la que cada tribu aporta uno de los diez *taxeis* o divisiones de hoplitas, quizá distribuidos en *lochos* (batallones) de trescientos hombres, y dos unidades de caballería proporcionales a cada tribu. Cada *taxis* está

mandado por un estratego de modo que la jefatura del ejército ateniense queda compuesta a partir de ahora por los diez estrategos, uno por cada tribu, y el arconte polemarco, que es el comandante supremo de todo el ejército ateniense. Con la reforma de Clístenes queda definitivamente establecida la forma de movilización del ejército ateniense de la época clásica y la *strategia* se convierte en una magistratura dotada de una importancia política decisiva.

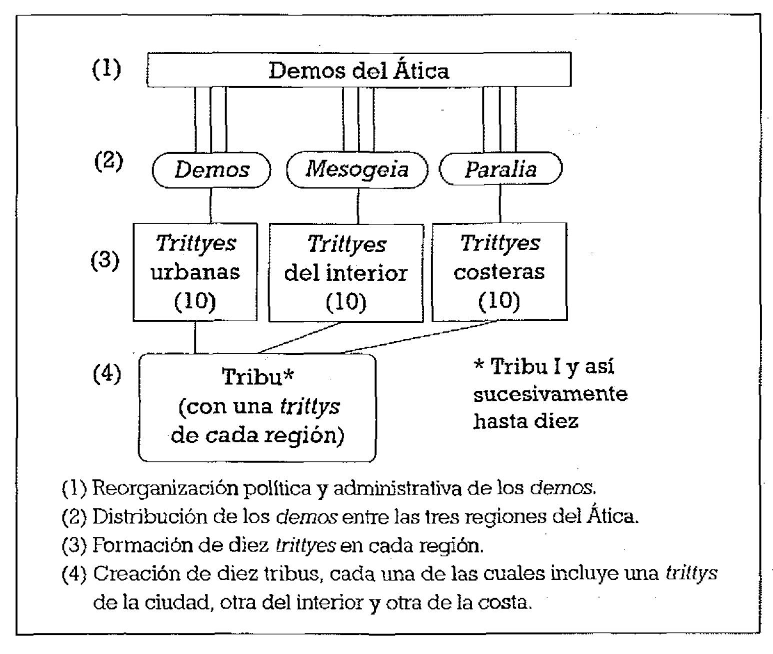


Figura 1.3. La reforma de Clístenes.

En conexión directa con la reorganización del cuerpo cívico, el antiguo Consejo de los Cuatrocientos pasa a tener ahora quinientos miembros a razón de cincuenta buleutas o consejeros por cada tribu. El Consejo elaboraba los proyectos de resolución que habían de presentarse a la asamblea popular o *ekklesia*. La reforma había acabado por situar el poder último de decisión en manos de la asamblea.

Clístenes amplió también el cuerpo de ciudadanía admitiendo nuevamente a los setecientos ciudadanos que habían sido expulsados por Iságoras e introduciendo nuevos miembros extraídos de los metecos, ya fueran extranjeros residentes en Atenas o antiguos esclavos liberados (Arist. *Pol.* 1275 b 34-37). Esta medida completaba su obra: reforzaba el predominio

político de Clístenes, puesto que aumentaba sus partidarios, y profundizaba la quiebra de las viejas organizaciones gentilicias concediendo la ciudadanía a nuevas personas sin vínculos clientelares anteriores.

Cualesquiera que hubieran sido sus intereses particulares (se nos dice que trató con la redistribución territorial de fortalecer a su propia familia a la vez que debilitaba a las familias aristocráticas rivales), la reforma de Clístenes fue más allá del simple interés personal o la mera redistribución técnica o administrativa. Clístenes estableció la isonomía, el reparto igualitario de cargas y derechos. Profundizó en el proceso democratizador, amplió el número y la participación del cuerpo cívico en la toma de decisiones y quebró en lo posible la influencia y representación de la aristocracia. Clístenes culminó la integración y unificación del Ática. Su obra supone, dicho de una manera sencilla, una verdadera refundación de la *polis* ateniense.

Sin embargo, las reformas de Clístenes no suponen todavía la adopción de una democracia plena, aunque estemos muy cerca de ella. A pesar de todo, el Areópago y el arcontado habían conservado prácticamente intactos sus poderes y se convirtieron en los últimos bastiones del predominio aristocrático y de oposición a la continuidad y avance de la democracia. Por otro lado, las reformas habían situado a los sectores medios, los hoplitas zeugitas, en el núcleo de la constitución y de la vida social y otorgaron también un espacio político a los *thetes*, si bien todavía pequeño. En consecuencia, la lucha posterior se centró en las funciones del Areópago y los poderes y modo de elección de los arcontes, en la progresiva importancia de los zeugitas (al menos hasta la Segunda Guerra Médica) y, finalmente, en el papel que los *thetes* debían jugar en la vida política. Fue la dura prueba de las Guerras Médicas el factor esencial que hizo evolucionar a Atenas hacia una democracia cada vez más profunda. Se concluirá entonces la transición política y social que llevará a Atenas del predominio aristocrático a un régimen moderado asentado sobre los hoplitas y los sectores medios y de ahí a una democracia en la que los más pobres serán parte fundamental.

1.2.2. De las reformas de Clístenes a la Primera Guerra Médica

La evolución ateniense en los años que median entre las reformas de Clístenes y la Primera Guerra Médica es mal conocida, ya que, salvo algunos acontecimientos exteriores, apenas contamos con noticias que nos permitan desvelar la situación interna por la que atraviesa la ciudad.

Desde el mismo momento en que se introduce la ordenación clisténica, los atenienses, por múltiples razones, se vieron enfrentados a otros Estados griegos. La primera amenaza venía de Beocia, en la frontera norte del Ática. A lo largo del siglo VI, Tebas había emergido como la principal ciudad de

Beocia y, en el último cuarto de esta centuria, había reunido a todas las ciudades beocias, salvo Platea, en una Confederación bajo su hegemonía. Hacia el 509, los tebanos intentaron incluir a Platea en el Estado federal beocio. Ante las pretensiones tebanas, los plateos buscaron el apoyo de Esparta, pero los espartanos no estaban dispuestos a intervenir y su rey Cleómenes les aconsejó que se encomendaran a la protección ateniense. Los atenienses, sensibles al peligro que suponía una Beocia unida bajo la hegemonía tebana, concluyeron una alianza con los plateos (Hdt. 6.108.4; Th. 2.73.2; Hammond, 1992: 144,147) que habría de perdurar siglos. Inmediatamente después, los tebanos atacaron Platea y los atenienses acudieron en su ayuda. Cuando plateos y atenienses iban a trabar batalla contra los tebanos, todas las partes en conflicto decidieron someterse al arbitraje de los corintios, que

> fijaron la línea fronteriza a condición de que los tebanos accedieran a dejar tranquilos a los beocios que no quisieran formar parte de los beocios [esto es, ser incluidos en la Confederación] (Hdt. 6.108.5; trad. de J. Pascual).

Como el arbitraje corintio fue favorable a atenienses y plateos, los tebanos no lo aceptaron, atacaron a los atenienses, pero fueron derrotados. Como resultado de todo ello, Platea quedó fuera de la Confederación beocia y mantuvo su alianza con Atenas.

Tres años después, en el 506, los beocios se aliaron con Calcis para atacar nuevamente a Atenas. Los calcidios se hallaban enfrentados con Atenas por la amistad de ésta con Eretria, la rival de Calcis en Eubea, y por la presencia ateniense en el Norte del Egeo (en Lemnos y el Quersoneso). Esparta se sumó también al ataque. Los lacedemonios deseaban incluir a Atenas en la Liga del Peloponeso. Sin embargo, como vimos, la división entre Esparta y varios de sus aliados y entre los propios reyes espartanos provocó que el ejército de la Liga del Peloponeso regresara de su invasión en el Ática sin pasar de Eleusis. Abandonados por Esparta, beocios y calcidios fueron contundentemente batidos por Atenas. Platea permaneció al margen de la Confederación beocia y conservó la alianza ateniense; Énoe, Eleuteras e Hisias, localidades situadas entre la frontera del Ática y el río Asopo, se convirtieron en *demos* atenienses y Oropo, aunque nunca fue un demo, quedó también incluida en el Estado ateniense (*IG*.I^{2}.394; Hdt. 5.74.2-77.2). Lejos de resignarse ante estas derrotas sucesivas, los beocios, probablemente un año después, en el 505 (*IG*.I^{2}.929; Hdt. 5.79-81; Jeffery, 1962: 44-55), se aliaron con Egina sólo para volver a ser, una vez más, derrotados por Atenas. La intervención de Egina inauguraba una enemistad entre eginetas y atenienses que habría de prolongarse durante largos años. La razón de esta hostilidad hay que buscarla en el hecho de que Egina, deficitaria en grano y con intereses en el Ponto Euxino, se hallaba preocupada por el control ateniense de la ruta del Helesponto.

Desde los últimos años del siglo VI, la expansión persa había puesto un pie firme en Grecia continental y había alcanzado buena parte del Egeo. A partir de entonces, las relaciones con Persia ocupan un lugar destacado en las preocupaciones atenienses. Hacia el 507, según Heródoto, una embajada ateniense solicitó en Sardes (en Anatolia) la alianza persa:

> Cuando los emisarios, a su llegada a Sardes, transmitieron las órdenes que habían recibido, Artafernes, hijo de Histaspes, que era sátrapa (gobernador) de Sardes, les preguntó que quiénes eran y en qué parte del mundo residían para pretender convertirse en aliados de los persas. Y, una vez que se hubo informado por medio de los embajadores les dijo escuetamente que, si los atenienses entregaban al rey Darío la tierra y el agua, él estaba dispuesto a pactar una alianza con ellos; pero si no lo hacían, los conminaba a que se marchasen. Entonces los emisarios, deseosos de concertar la alianza, dijeron por su cuenta y riesgo que aceptaban. (Como es natural, al regresar a su patria, los integrantes de la delegación fueron duramente censurados.) (Hdt. 5.73; trad. de C. Schrader.)

Era la primera vez que los atenienses entraban en contacto directo con los persas. Ante su complicada situación internacional, enfrentada a Esparta, Tebas, Calcis y Egina, Atenas había decidido buscar el apoyo de Persia. Los atenienses proponían al rey persa una alianza igualitaria, pero los embajadores en Sardes aceptaron una alianza desigual, una sumisión simbolizada en la entrega de "la tierra y el agua" (el Gran Rey nunca firmaba una alianza en pie de igualdad). A su vuelta los emisarios atenienses fueron desautorizados y no parece que la alianza se llevara a efecto. Poco después, en el 504, los atenienses despacharon una nueva embajada a Artafernes (Hdt. 5.96) para pedir que los persas dejaran de apoyar a Hipias, el tirano derrocado, y a los exiliados partidarios de reinstalar la tiranía. Artafernes les exigió que aceptaran el regreso del tirano. El rechazo ateniense a tal ultimátum deterioró considerablemente las relaciones con Persia.

Luego, hacia el 500, los espartanos intentaron reinstaurar en Atenas a Hipias y a los Pisistrátidas que se habían refugiado en Sigeo, en el Helesponto. La contradicción entre la intervención espartana que en el 510 había derrocado al tirano y el intento de volver a introducirlo en Atenas es sólo aparente. Con estas dos actuaciones Esparta había pretendido incluir a Atenas en la Liga del Peloponeso. Sin embargo, la asamblea de los aliados de la Liga del Peloponeso se negó a secundar los planes espartanos y los hizo fracasar.

Finalmente, en el 499, los atenienses acordaron despachar una pequeña escuadra en ayuda de la revuelta de los jonios contra el Imperio persa, como veremos más adelante, pero el envío de la flotilla contó con la oposición de una parte de los ciudadanos y la escuadra se retiró pocos meses más tarde, en el 498, después de la primera derrota de los jonios en Sardes.

Las embajadas a Sardes y la retirada de la flota ateniense que había acudido en socorro de los jonios son indicio de la tensa situación interna por la que atraviesa Atenas en los años que median entre las reformas de Clístenes y la Primera Guerra Médica. Gran parte del debate se centraba en las relaciones con los persas. Los atenienses estaban divididos y las posturas oscilaban desde la más abierta colaboración al enfrentamiento. No se trataba únicamente de un asunto de política exterior, sino de orden interno, ya que la amistad de Persia podía impulsar la reinstauración de la tiranía. Hipias y los exiliados pisistrátidas eran filopersas y presionaban a los persas para que volvieran a introducir la tiranía en Atenas. Indudablemente, los desterrados estaban apoyados en el interior de Atenas por una facción protiránica y partidaria de los persas muy influyente. Llamamos facción a una pequeña unidad de la lucha política, laxamente organizada, fundada sobre las relaciones personales de los líderes, de parentesco y amistad, que se identificaba también con determinados principios en política interior y exterior. Posiblemente los propersas fuerzan, en el 498, el regreso de la flota enviada a la Jonia. En el 496, el líder de esta facción, Hiparco, hijo de Carmo, pariente de los Pisistrátidas, es elegido como arconte. Por otro lado, conocemos la existencia de una o varias facciones antipersas contrarias a cualquier pacto. Fueron los enemigos de los persas quienes impulsaron la censura de los embajadores del 508, rechazaron el ultimátum del 504 y presionaron para el envío de una flota a Jonia en el 499. Entre filopersas y antimedos es posible que podamos situar a Clístenes, los Alcmeónidas y sus partidarios. Éstos deseaban la alianza con Persia, aunque fuera desigual, como una forma de asegurar la continuidad de la constitución clisténica frente a la amenaza de otros Estados griegos. La amistad con los persas evitaría también que éstos apoyaran una nueva tiranía.

Uno de los aspectos más obscuros del período se refiere a la trayectoria política de Clístenes. Nada sabemos de él después del 508/507. Rechazando la posibilidad de que fuera ostraquizado (defendida por Eliano, *VH*, 13.24), los investigadores han pensado en una pérdida de influencia tras la embajada del 508, que le obliga incluso a abandonar Atenas, o la simple retirada de la vida pública, a la manera de Solón, después de haber implantado la reforma. Quizá le sorprendiera la muerte hacia el 500. En el entorno de los Alcmeónidas parece haberse movido Jantipo, padre de Pericles, de la noble familia de los Buciges y que se había casado con una sobrina de Clístenes, la Alcmeónida Agariste. Jantipo recogió posiblemente la herencia política de Clístenes.

Temístocles, que debió nacer hacia el 525/524 de Neocles y de una mujer tracia, Abrotono, es otro de los líderes que comienzan a emerger en estos años. Sobre sus orígenes familiares estamos escasamente informados; hay quienes piensan que pertenecía a una nueva familia no aristocrática, mientras que otros lo emparentan con la vieja familia de los Licoménidas. Como quiera que sea, Temístocles era indudablemente rico, ya que desempeñó la

coregía (la organización a sus expensas de la representación de una obra teatral) y fue arconte epónimo en el 493/492, un cargo reservado sólo a las dos primeras clases solonianas. Temístocles parece haber entrado en la lucha política como un enemigo declarado de los persas. En el 494, Frínico estrenó una tragedia, *La Toma de Mileto*, que tenía como tema principal la conquista de Mileto por los persas, denunciando el cruel trato infligido por los persas a los hermanos jonios. Todo parece indicar que detrás de la representación se encontraba Temístocles. Desde el principio impulsó una política de desarrollo comercial y naval y cuando, en el 493, obtuvo el arcontado, comenzó las obras que habrían de convertir al Pireo en el principal puerto de Atenas. Aunque no es todavía el líder más importante, Temístocles debía contar ya con numerosos partidarios. Sólo así se explica su triunfo en las elecciones al arcontado.

Vinculado posiblemente al obscurecimiento de Clístenes y de los Alcmeónidas se encuentra el ascenso de una familia aristocrática de clara tendencia antipersa, los Filaidas, que remontaban sus orígenes a Fileo, el hijo de Ayax, el rey de Salamina en la guerra de Troya. Los Filaidas habían desempeñado un papel de primer orden ya en la época pisistrátida. Milcíades I o *el Viejo* colonizó el Quersoneso tracio hacia el 555, donde se convirtió en tirano. Su hermano, Cimón I, fue asesinado por los hijos de Pisístrato en torno al 524. En los años inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Médica, Milcíades II o *el Joven*, hijo de Cimón I, un Filaida, domina la vida política ateniense.

Milcíades II es un característico representante de la mentalidad antipersa en Atenas y definirá la estrategia que los atenienses seguirán durante la Primera Guerra Médica: dar la batalla a los persas cuanto antes y en campo abierto y no refugiarse tras los muros de la ciudad, evitando así la desmoralización de la mayoría y las intrigas de los filopersas, que podían entregar la ciudad mediante traición. No obstante, antes de analizar cómo materializó esta estrategia, debemos volver la mirada a la Grecia del Este, donde se dará el primer enfrentamiento serio entre griegos y persas, que preludiará la Primera Guerra Médica.

Parte II
LAS GUERRAS MÉDICAS

2.

La Revuelta de Jonia y la Primera Guerra Médica

2.1. La Revuelta jonia

El siglo VI había visto la entrada de Jonia en el ámbito del Imperio persa con la consiguiente pérdida de autonomía de las *poleis* griegas. Gobernadas por tiranos filopersas, más preocupados de cumplir las órdenes del Gran Rey que de la propia situación interna de sus ciudades, el dominio persa parecía firmemente asentado en esa parte de la Hélade.

Sin embargo, los últimos decenios del siglo VI probablemente van haciendo madurar dentro de las ciudades sentimientos que son tanto antipersas cuanto antitiránicos, ambos confundidos en tanto que representaban los mismos intereses.

Por su parte, los persas han ido consolidando su control sobre el Egeo septentrional en los años inmediatamente anteriores al estallido de la Revuelta Jonia y seguramente han proseguido su labor de reorganización de los recién adquiridos territorios occidentales. No parece, además, que Tracia fuese a ser el límite del expansionismo persa y, viéndolo al menos con la perspectiva que nos da el paso del tiempo, resulta razonable pensar que Darío tenía la intención de imponer su autoridad tanto sobre Grecia como sobre las islas del Egeo tarde o temprano.

Por otro lado, el dominio persa sobre Jonia había acabado por crear una creciente tendencia a la rebelión. Los jonios se habían visto implicados en la política imperial persa, que tenían, además, que sufragar con tropas y con dinero; los tributos persas y las modificaciones en la propiedad de la tierra perjudicaban a importantes grupos sociales dentro de Jonia, mientras que en el comercio, que había sido una de las fuentes principales de ingresos para

los jonios antes de la conquista, tenían que hacer frente a la creciente competencia de los fenicios, mucho más leales a los persas. Por fin, el mundo jonio, que había sido notable en el desarrollo de formas políticas imaginativas, se veía de nuevo constreñido al gobierno de tiranos que, para más humillación, servían a un amo bárbaro.

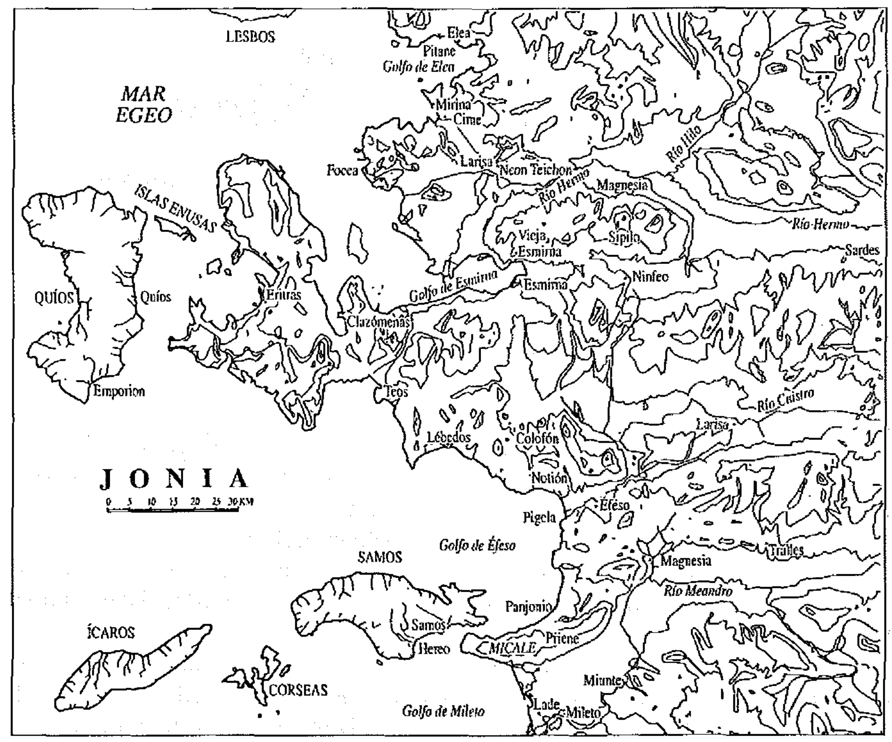


Figura 2.1. Jonia.

Es sobre este trasfondo sobre el que surge la Revuelta de Jonia; encabezada por Aristágoras, tirano suplente de Mileto, tras renunciar a ese cargo, pronto prenderá en toda Jonia, que se desembarazará de sus tiranos y abrazará la rebelión. Sin embargo, los jonios apenas consiguieron involucrar en su lucha a otros griegos, rechazando Esparta participar y contando sólo con el apoyo de Atenas y Eretria. Con estos aliados, los jonios atacaron por tierra en la primavera del 498 la capital de la satrapía persa, Sardes, aunque no consiguieron tomarla en su totalidad, siendo perseguidos hasta la costa por los per-

sas. Tras esta batalla, los jonios volverían a estar solos, al retirarse los atenienses. Persuadidos de que su fuerza estaba en el dominio del mar, la política de los jonios se volcará hacia este medio y tras algún éxito inicial, como la atracción a su bando de algunas ciudades griegas de Chipre, poco a poco la inmensa maquinaria de guerra persa reinicia el contraataque por tierra y también por mar, con la ayuda de la también poderosa flota de guerra fenicia. El enfrentamiento decisivo se producirá en el año 494, cuando la flota jonia, compuesta de trescientos cincuenta y tres trirremes se enfrentará en la batalla de Lade con la flota persa. Las desuniones internas de los jonios y la traición de algunos de ellos los condujo a la derrota. Los persas, tras una fuerte represión, proceden a reorganizar su reconquistada satrapía estableciendo nuevas bases impositivas y favoreciendo la existencia de regímenes más moderados que no fuesen tan impopulares como las tiranías; con ello, reforzarían su posición sobre ese territorio y podrían plantearse nuevas conquistas, estando la Grecia continental, claramente, en el punto de mira de sus apetencias.

2.2. La Primera Guerra Médica

2.2.1. Los objetivos de la política persa en el Oeste

Ya desde antes de la Revuelta jonia, una buena parte del territorio comprendido entre el río Danubio y el Estrimón había quedado incorporado al Imperio persa y englobado en la satrapía que se llamaría *Skudra*.

Es esta misma política de anexión y control territorial la que desembocará, de forma natural, en el enfrentamiento con Atenas en Maratón y, diez años después, con la Liga Helénica en Salamina y Platea. El Imperio persa, desde la época de su fundador Ciro II el Grande, había nacido con la inequívoca pretensión de incluir en su órbita todo el ámbito geopolítico que, desde hacía ya varios siglos, constituía de hecho un mismo territorio económico. Herederos de las viejas concepciones del imperio universal que habían desarrollado las culturas mesopotámicas desde hacía ya muchos siglos, los persas aspirarán a unificar bajo una sola autoridad todos esos ámbitos. Y los pasos que la dinastía Aqueménida y sus predecesores los medos dan desde su aparición van en ese mismo sentido: Asiría, Lidia y Jonia, Babilonia, Egipto, la India, Tracia y Escitia no son sino jalones en la creación de ese dominio universal.

En este contexto la anexión de las tierras al Sur de Tracia y Macedonia y las islas intermedias entre Jonia y Grecia apenas requiere explicación y justificación. La diferencia con el resto de las áreas anexionadas deriva, por una parte, del hecho de que en Grecia los persas hallaron una resistencia que fueron incapaces de quebrar y, por otra, que los griegos, en donde se hallan

las raíces de nuestra propia cultura, se ocuparon de narrar y exaltar la resistencia y el triunfo contra los invasores. Es sólo si consideramos este proceso histórico, como hicieron los propios griegos, desde una visión helenocéntrica cuando corremos el riesgo de perder la perspectiva y desenfocar los acontecimientos. Sólo los atenienses, que quizá todavía en el siglo V no habían acabado de entender plenamente cómo funcionaba el Imperio persa, podían pensar que la invasión que se paró en Maratón iba dirigida específicamente contra ellos por haber participado en el ataque y en el incendio de Sardes durante la Revuelta jonia. Es cierto que éste y otros pretextos pudieron jugar su papel en los momentos previos al enfrentamiento militar, pero posiblemente eran utilizados sobre todo por aquellos griegos que habían buscado protección en la corte del Gran Rey y que se servían de ellos para atraerse a eventuales partidarios entre las ciudades griegas enemigas de Persia. No parece que los persas se preocupasen excesivamente por dejar de herir las susceptibilidades legalistas de las ciudades griegas. En el estado actual de nuestros conocimientos podemos asegurar sin demasiados problemas que la cuestión de la participación de Atenas y Eretria en la campaña contra Sardes no influyó en absoluto en la decisión de Darío de atacar estas dos ciudades; es más, da la impresión de que ya en el 499, es decir, antes del estallido de la Revuelta, Darío había decidido ya someter a la Grecia continental a su autoridad. La Revuelta jonia lo que hizo fue atrasar en nueve años el enfrentamiento entre Atenas y Persia y quizá este retraso pueda explicar tanto la actitud que en su momento tomará Atenas cuanto, sobre todo, el resultado del enfrentamiento. Volveremos sobre estas cuestiones más adelante.

2.2.2. Las campañas persas hasta Maratón

La misma flota que había derrotado a los jonios en Lade fue rápidamente dirigida hacia el Egeo septentrional, donde somete rápidamente los focos rebeldes de toda la región de los accesos al mar Negro. Al año siguiente, en el 492, Mardonio, yerno de Darío, fue enviado con tropas de refresco para proseguir la anexión de aquellas partes de Europa que no lo habían sido durante las campañas de Megabazo unos veinte años atrás.

No es aventurado suponer que esta expedición de Mardonio no tenía como objetivo directo, al menos en plano inminente, a Eritrea y a Atenas. La campaña de Mardonio debió de iniciarse ya bastante avanzado el verano, puesto que el general se había entretenido en Jonia modificando el régimen político de muchas de sus ciudades, y posiblemente recabando más tropas de las ciudades recién sometidas. Por lo tanto, sus objetivos a corto plazo debían de ser los que declara Heródoto, a saber, la conquista de la isla de Tasos, sin cuyo control la navegación en esas aguas del Egeo septentrional no sería totalmente segura para los

persas, y la sumisión de Macedonia, nominalmente dependiente de los persas, pero cuyo tibio comportamiento durante la Revuelta jonia quizá hubiese despertado recelos en Darío. En estas acciones vemos nuevamente la coordinación de las tropas de tierra con la flota, y la ubicación natural de Tasos sirve perfectamente a los intereses de la flota persa en su política de sumisión progresiva de todo el área costera y su correspondiente *hinterland*.

De esta campaña, posiblemente el hecho más positivo (habrá otros bastante negativos) haya sido la anexión de Macedonia, donde, desde el 495 más o menos, reinaba el hijo de Amintas, Alejandro I. Es probable que la misma no haya implicado ninguna modificación de la situación previa y, en todo caso, la mayor parte de los estudiosos piensan que la época de tutela persa supuso uno de los primeros momentos de esplendor de este reino periférico. La importancia de esta excelente relación entre Macedonia y Persia se pondría de manifiesto durante los años siguientes.

La empresa de Mardonio, sin embargo, sufrió un par de serios reveses cuando la flota, que desde Tasos había cruzado hasta Acanto, en la península de Acté, la más oriental de las tres que configuran la Calcídica, sufrió los efectos de un terrible temporal a los pies del monte Atos, en el extremo meridional de dicha península. Al decir de Heródoto, trescientos barcos se hundieron y perdieron la vida más de veinte mil hombres, ahogados, a causa del frío, golpeados contra las rocas y devorados por los tiburones. Por su parte, el ejército de tierra tuvo que soportar una dura campaña contra los tracios brigos hasta que consiguió someterlos.

Aunque para Heródoto el balance de la campaña es negativo, sin duda porque lo que él pensaba que era el objetivo principal, la conquista de Atenas y Eretria, no se había cumplido, no cabe duda de que Mardonio había conseguido asegurar definitivamente esas áreas fronterizas de la satrapía ganada en el 512. Por consiguiente, la rápida campaña de Mardonio habría tenido como objetivo completar la recuperación del territorio ya controlado antes de la Revuelta jonia y dejar la satrapía absolutamente dispuesta a servir de base de operaciones durante las campañas que tendrían lugar en un futuro inmediato. Incluso el desastre de la flota al pie del monte Atos serviría de enseñanza a los persas que unos cuantos años después iniciarán la excavación de un canal que atravesará la parte más estrecha de la península de Acté para evitar en lo sucesivo que un hecho similar volviera a producirse (Hdt. 7.22-24).

Durante el año siguiente (491) los persas reafirman su posición en Tasos, donde parece haber habido un intento de sacudirse el yugo persa, y se les pide al tiempo que envíen sus naves a Abdera, en la costa de Tracia. Es también en ese momento cuando, al decir de Heródoto, Darío habría dado un paso más en su política de anexión de Grecia:

> Acto seguido Darío quiso sondear a los griegos para saber si se proponían luchar contra él o si pensaban someterse. En consecuencia, envió

> diversos heraldos –que tenían la misión de dirigirse a las distintas regiones de Grecia–, con la orden de exigir, en nombre del rey, la tierra y el agua. A esos heraldos, repito, los envió a Grecia, mientras que a otros los despachó a las diferentes ciudades marítimas que le pagaban tributo, ordenándoles que construyesen navios de combate y transportes para caballos (Hdt. 6.48; trad. de C. Schrader).

De esta información no cabe duda de que la segunda parte es absolutamente cierta, puesto que será al año siguiente, en el 490, cuando se produzca el ataque contra Grecia y Atenas. De la primera parte, sin embargo, no puede garantizarse la certeza, ya que se ha señalado su semejanza con una petición similar que realiza Jerjes en el 481 (Hdt. 7.32); en todo caso, no parece improbable, ya que los estudios realizados acerca de la fórmula de exigencia de la tierra y el agua sugieren que para los persas esta fórmula trataba de evitar el enfrentamiento directo y abrir una vía de negociación que implicase un reconocimiento explícito de la soberanía del Gran Rey; como contrapartida a respetar la integridad del sometido, éste debería aportar al soberano persa toda cuanta ayuda requiriese en forma de tributo. Naturalmente, rechazar esta petición persa proporcionaba al rey un pretexto para declarar la guerra, ya que el inferior (y todos eran inferiores para el Gran Rey) no accedía a la petición que le hacía su señor (*despotes*). Así, no tendría nada de extraño que antes de iniciar la campaña contra Atenas, cuyos preparativos estaban ya a punto de ponerse en marcha, Darío intentase por última vez recibir la sumisión formal de quienes eran, o iban a convertirse en eso en breve tiempo, sus enemigos.

De entre las ciudades griegas a las que llegó la embajada del Gran Rey y que aceptaron someterse a él, Heródoto sólo destaca a Egina, básicamente porque ello le sirve al autor para hacer un pequeño excurso acerca de la enemistad entre la *polis* insular y Atenas. En todo caso, es bastante posible que muchas ciudades tanto del continente como, sobre todo, de las situadas en las islas del Egeo aceptasen igualmente esa sumisión que demandaba Darío. También Esparta y Atenas recibieron tales embajadas, si bien la respuesta que se les dio en ambas, bastante similar, es mencionada por Heródoto no en este contexto, sino más adelante, con motivo de la petición parecida que, años después, realizó Jerjes a los griegos cuando inició su campaña. Este tratamiento dado a los embajadores lo resume Heródoto del siguiente modo:

> Años atrás, cuando Darío envió a sus heraldos con idéntica misión los atenienses arrojaron a quienes les formularon dicha exigencia al *baratro*, y los espartanos a un pozo, instándoles a que sacasen de allí la tierra y el agua y se la llevasen al rey. Ésa fue la razón de que Jerjes no despachara emisarios para plantearles su demanda. En ese sentido, no puedo especi-

> ficar qué desgracia llegó a sucederles a los atenienses por haber tratado así a los heraldos, como no sea que su territorio y su ciudad fueron saqueados; con todo, creo que ello no ocurrió por este motivo (Hdt. 7.133; trad. de C. Schrader).

Surgirán a partir de ahora, aunque alcanzarán un auge mayor durante la Segunda Guerra Médica, las *poleis* que abrazarán la causa persa, que "medizarán", por utilizar el término griego (*medizein*). En su momento, aquellas *poleis* que optaron por la resistencia exigirán cuentas a las que medizaron.

Convendría centrarse ahora, brevemente, en la situación que se vivía en Atenas y Esparta en estos años de creciente aumento de la presión persa, y que justifica en cierta manera la violenta y sacrílega respuesta dada a los embajadores persas que solicitaron la rendición de ambas ciudades.

Empezando por Esparta, podríamos recordar que no había accedido a prestar ayuda a los jonios. Sin embargo, la vocación de Esparta y sus aliados, lo que conocemos como "Liga del Peloponeso" había mostrado algunas señales de hostilidad hacia los persas durante los últimos cincuenta años. No obstante, la situación en el Peloponeso en el momento de la llegada de la embajada jonia era considerablemente tensa, puesto que las relaciones con Argos, que nunca habían sido fáciles, estaban degradándose rápidamente. Se ha sugerido en ocasiones que una de las causas de la hostilidad entre ambas podría buscarse en el temor espartano a que Argos pudiese convertirse en un aliado de Persia, lo que, indudablemente, pondría en peligro la propia supervivencia de Esparta y de su posición en el Peloponeso. El desenlace de la situación se produce hacia el año 494, cuando el rey Cleómenes derrota a los argivos en la batalla de Sepea y, acto seguido, masacra a los supervivientes que se habían refugiado en el bosque consagrado al héroe Argos. Con esta terrible derrota, en la que murieron entre cinco mil y seis mil argivos, la ciudad de Argos quedará neutralizada durante por lo menos los próximos veinte años.

Igualmente, Esparta intervendrá, a petición de Atenas, en las represalias contra Egina por haber aceptado la sumisión a Darío; la posición de Egina, capaz por su ubicación geográfica de controlar los accesos al golfo Sarónico, hacía sumamente aconsejable para las dos ciudades neutralizar a esa declarada partidaria de la causa persa. En los hechos que se suceden, sin embargo, Esparta muestra una mayor tibieza, mientras que Atenas, mucho más amenazada, acaba enfrentándose en una batalla naval con Egina, si bien el resultado del encuentro resultó adverso para los atenienses. La presencia amenazadora de Egina, por consiguiente, será un factor que jugará su papel durante la invasión persa.

Por lo que se refiere a Atenas, su actitud era claramente antipersa, como había demostrado su participación, aunque muy limitada en medios y en tiempo, en la Revuelta jonia. A ello se unía la acogida que los persas habían dis-

pensado a su tirano Hipias, la cual también jugó su papel a la hora de decidir a los atenienses a ayudar a los jonios. En Atenas se hallaba también Milcíades, el antiguo tirano del Quersoneso, que en el 493 había tenido que abandonar ese territorio como consecuencia de la política de reorganización del dominio persa que siguió a la derrota jonia en Lade. Las peripecias de este Milcíades, hijo de Cimón, llamado *el Joven* para distinguirlo de su tío Milcíades, *el Viejo*, son, ciertamente, representativas de cómo en los momentos finales del arcaísmo empiezan a confluir (o, al menos, a ser mejor conocidas) toda una serie de circunstancias ocasionalmente contradictorias. Enviado al Quersoneso por los hijos de Pisístrato hacia el 516, pronto se hará con la tiranía sobre ese territorio y, en su condición de tirano y súbdito de Darío, participará en la expedición escítica de este rey. Tras ella, sufrirá represalias por parte de los escitas, que atacarán su territorio; sin duda, su actitud durante la Revuelta jonia fue de apoyo a la misma, lo que motivó su huida definitiva del Quersoneso y su regreso a Atenas.

Una prueba del ambiente que reinaba en Atenas en los años previos a la guerra la proporciona la acusación que un grupo de enemigos, a los que Heródoto no identifica, presenta contra Milcíades, acusándolo de haber desempeñado la tiranía en el Quersoneso. Los detalles no son bien conocidos, en buena parte porque Heródoto no parece haber tenido interés por dar más datos, pero es bastante posible que sus acusadores fuesen algunos miembros de la familia de los Alcmeónidas, cuyo comportamiento en estos años no aparece siempre muy claro; su valedor en estos momentos parece haber sido el todavía joven Temístocles, cuya influencia no hará sino crecer con el tiempo; aunque esto no queda suficientemente claro en nuestras fuentes, a ambos personajes parece haberles unido, al menos, su ferviente oposición a los persas y su enemistad declarada con los Alcmeónidas. Este juicio político que sufre Milcíades (el primero al que tendrá que hacer frente) hay que entenderlo dentro del contexto de luchas entre los distintos grupos de poder dentro de Atenas, en los que, además de viejas rencillas y rivalidades personales y familiares, se ventilaba en este momento la postura de primera ciudad con relación a los persas. En estos años previos al inicio de la invasión persa el pueblo ateniense parece haber apostado por la resistencia y Milcíades habría representado la opción más segura para hacer frente a la amenaza. Ello lo resume Heródoto cuando asegura:

> Sin embargo, también consiguió escapar de esos enemigos y, libre de cargos, fue nombrado estratego de los atenienses al ser elegido por el pueblo (Hdt. 6.104.2; trad. de C. Schrader).

A pesar de su absolución, Atenas mantuvo siempre una actitud contradictoria con respecto a Milcíades; vencedor en la batalla de Maratón, pero responsable al año siguiente del desastre de Paros, odiado por muchos y rei-

vindicada su figura por su hijo Cimón, a Milcíades se le llegará a atribuir, incluso, la responsabilidad del asesinato de los embajadores enviados por Darío para exigir la sumisión de Atenas:

> La cólera de Taltibio por el asesinato de los heraldos que fueron enviados a Grecia por el rey Darío para pedir la tierra y el agua se manifestó en todo el pueblo de Lacedemonia y en Atenas sólo individualmente en la casa de un tal Milcíades, hijo de Cimón. Milcíades fue el responsable de que los heraldos que vinieron al Ática murieran a manos de los atenienses (Paus. 3.12.7; trad. de M.C. Herrero).

Este testimonio de Pausanias no deja de ser sospechoso, puesto que no hay ninguna referencia a la responsabilidad de Milcíades en autores más próximos en el tiempo a los hechos; sin embargo, la noticia de Pausanias sugiere que debe de haber existido una tradición, quizá influida por el comportamiento de Milcíades en Maratón, que justificase o, al menos, hiciese verosímil tal sugerencia.

Entretanto, la poderosa máquina de guerra persa no había perdido el tiempo y los preparativos para la invasión seguían su marcha, obedeciendo las órdenes dictadas por Darío. Mardonio, cuya campaña había terminado con la pérdida de buena parte de su flota, fue sustituido y el mando se le encomendó a Datis y a Artafernes.

En el verano del 490 el ejército de tierra había sido concentrado en Cilicia y allí acudió la flota que iba a encargarse del transporte, tanto de los hombres como de los caballos. Heródoto nos da la cifra de seiscientos trirremes, a las que habría que añadir las naves de transporte. La orden que reciben de Darío, según Heródoto, fue que esclavizaran Atenas y Eretria y que condujesen a los esclavos a su presencia (Hdt. 6.94.2).

La flota remonta la costa anatolia hasta la altura de Samos, desde donde parte en dirección a Ícaro para, desde allí, dirigirse en dirección a Naxos, que acabó siendo tomada, siendo incendiados los templos y la ciudad. El control de Naxos, sin duda ninguna, abría a los persas la posibilidad de conquistar todas las Cícladas, a lo que se dedicaron durante las próximas semanas. Heródoto, muy aficionado a contar anécdotas, especialmente cuando se refieren a santuarios y lugares de culto, se entretiene en narrar cómo la isla sagrada de Delos fue respetada por Datis, que, además de no causar daño a sus habitantes y a sus templos, realizó una ofrenda monumental de 300 talentos de incienso (unos 11.000 kg) para ser quemados en el altar. Aparte del valor simbólico que pudiera tener esta propiciación al dios de los jonios insulares, Apolo, cabe pensar también que Delos pudo haber sido una de las ciudades que habían aceptado realizar la ofrenda de agua y tierra al Gran Rey.

La política persa en las Cícladas consistió, básicamente, en garantizarse bases seguras para su flota, así como suministros para los aproximadamen-

te 90.000 hombres que componían la expedición. Del mismo modo, y para evitar cualquier sorpresa desagradable, los persas procuraban desactivar cualquier resistencia reclutando a los varones para su ejército y tomando rehenes de entre los notables locales. En todo caso, este comportamiento viene a sugerir que, en su mayor parte, las Cícladas habían aceptado la sumisión a Darío cuando éste envió su embajada. Las *poleis* cicládicas contribuían, pues, al esfuerzo de guerra persa como súbditas que seguramente eran del Gran Rey.

El desembarco persa en la isla de Eubea se produjo en la parte meridional de la isla, en el territorio de Caristo. Lo que en estos momentos ocurre en esta ciudad y lo que, inmediatamente, ocurrirá en Eretria nos vuelve a hablar otra vez de la existencia de continuas tensiones dentro de las *poleis* entre los partidarios de llegar a acuerdos con los persas y los partidarios de la resistencia. En Caristo, los persas piden la entrega de rehenes, lo que difícilmente habrían hecho de no haber tenido previamente constancia de la intención de sus habitantes de someterse al Gran Rey. Sin embargo, ante la demanda los caristios deciden no someterse, por lo que son sitiados y su territorio saqueado; acto seguido, Caristo accederá a las demandas persas. Lo que todo esto sugiere es que los distintos grupos, propersas y antipersas, realizan, cada uno en oposición al otro, sus propios planes, con las consiguientes tensiones dentro de la vida política de las *poleis*.

Sometida Caristo, los persas se dirigen a Eretria; Atenas envía en su socorro a los cuatro mil clerucos que estaban asentados en las tierras de los aristócratas calcídicos desde el 506. Para Eretria sí tenemos atestiguada una disensión interna en la *polis* acerca de la determinación a tomar; lo que nos cuenta Heródoto posiblemente pudiéramos aplicarlo a tantos otros casos para los que no disponemos de datos y, seguramente, también a Caristo e, incluso, a la propia Atenas:

> Pero el caso es que la decisión de los eretrios no era, ni mucho menos, definitiva, ya que, pese a llamar a los atenienses, maduraban dos planes bien distintos: unos proyectaban abandonar la ciudad para dirigirse a las zonas altas de Eubea, mientras que otros, esperando recibir del Persa una serie de ventajas en su propio provecho, se disponían a traicionarla (Hdt. 6.100.1-2; trad. de C. Schrader).

En cualquier caso, fuese por esta disensión que se había producido en Eretria, fuese por pensar más en proteger a su propia patria, los cuatro mil atenienses abandonaron a Eretria a su propia suerte. Cuando llegaron los persas, que desembarcaron en tres puntos del propio territorio de Eretria, sus habitantes, sin embargo, no pusieron en práctica ninguna de las dos ideas que, al parecer, tenían, sino que se refugiaron tras los muros de la ciudad. Tras seis

días de resistencia dos ciudadanos distinguidos rindieron la plaza a los persas; éstos saquearon e incendiaron los templos en represalia, como asegura Heródoto, por el incendio de los santuarios de Sardes y esclavizaron a la población, cumpliendo las órdenes de Darío. El siguiente paso sería Atenas.

Antes, sin embargo, de pasar a la campaña de Maratón, habría que hacer alguna observación de conjunto sobre lo que hemos visto en este apartado. El primer elemento que podemos destacar es la existencia de una política persa de anexión de territorios sumamente coherente, cuyos primeros pasos en estos años posteriores a la Revuelta jonia consisten en asegurar su dominio sobre el Egeo septentrional mientras se inician los preparativos para el avance por el meridional. En este sentido cabe destacar el uso de estrategias absolutamente adaptadas a la situación. Mientras que en sus avances por Tracia y Macedonia los persas habían utilizado conjuntamente a la flota y al ejército de tierra, para avanzar por el Egeo meridional, donde sus principales oponentes viven en islas, la táctica será radicalmente distinta. Lo que contará en esta fase de la conquista será una flota poderosa, que otorgue un dominio indiscutible del mar a los persas y que sirva de escolta a los barcos que transportan tropas y caballos, y que serán encargados de realizar desembarcos para conseguir la sumisión de quienes previamente no habían atendido las solicitudes diplomáticas del Gran Rey. Se ha calculado en un total de entre 20.000 y 25.000 infantes y unos 800 jinetes el número de tropas de combate en el ejército persa. Estas cifras se revelaron absolutamente adecuadas durante los meses de verano del 490, cuando estas tropas, continuamente apoyadas por la flota, consiguieron hacerse con el control de las Cícladas y su efectividad se demostró en el triple desembarco ante Eretria y la pronta toma de la ciudad.

Por otro lado, que en el 490 los persas avancen desde el Egeo meridional y no desde el Norte, como en las campañas anteriores, seguramente nos está indicando que Darío quería acabar rápidamente con las veleidades griegas de resistirse a su poder. En efecto, asegurada Tracia y Macedonia y, posiblemente, asegurada la lealtad de otras regiones griegas que habrían accedido a hacerle entrega del agua y la tierra, muy probablemente Tesalia y Beocia, los persas contarían con acabar pronto con la resistencia de los isleños y de Eretria, como de hecho ocurrió, e, incluso, dentro de la misma campaña, derrotar a Atenas, sola o en compañía de Esparta, y rematar así, antes de acabar el otoño del 490 la conquista completa de Grecia. El porqué este plan fracasó en Maratón lo veremos en el próximo apartado.

Por lo que se refiere a la actitud de los griegos frente al avance persa, lo primero que debemos observar es que tanto nuestras fuentes de información como nosotros mismos, a partir de ellas, tenemos la visión completa de lo sucedido. Maratón supuso una primera victoria ateniense sobre los persas, sin duda no decisiva desde un punto de vista persa, pero sí de una gran

importancia simbólica para Atenas y para Grecia. Pero, antes de que los atenienses y los plateos se enfrentaran a los persas en Maratón, nada prejuzgaba el desenlace y, si perdemos de vista momentáneamente el resultado concreto del combate, no podremos por menos de reconocer la gran coherencia y la escrupulosa planificación de la expedición persa y, sobre todo, el éxito alcanzado en Maratón no puede evitar que veamos la profunda desunión que reinaba en Grecia ante la amenaza persa. La diplomacia persa, que contaba, además, con la inestimable cooperación de griegos de notable reputación, entre los que podríamos citar, además de al extirano de Atenas Hipias, al ex-rey espartano Demarato, había demostrado su eficacia mediante el envío de embajadores solicitando actos de sumisión formal al Gran Rey. Salvo los casos conocidos de Esparta y Atenas, que ejecutarán a los embajadores, es bastante probable que la acogida dispensada a estos personajes fuese en general buena y, en ocasiones, excelente. La fuerza expedicionaria persa comandada por Datis y Artafernes recoge, sin duda ninguna, durante el verano del 490 los frutos de esa diplomacia y su misión consistiría, en buena medida, en reforzarla mediante las levas de tropas y la petición de rehenes.

El mundo cicládico, pues, no presentó una resistencia común a los persas, y sus islas fueron cayendo una tras otra en su poder; no sabemos, sin embargo, aunque en muchos casos podemos intuirlo, si esa respuesta favorable a las demandas persas se debía al convencimiento generalizado de la ciudadanía de la inutilidad de la resistencia o, por el contrario, a la existencia de regímenes claramente filopersas. Para Caristo, para Eretria, y quizá para la propia Atenas, lo que podemos suponer es que no existía una visión unánime de la postura a adoptar y que esa inseguridad favoreció una situación de inestabilidad dentro de las *poleis* que podía saldarse con luchas civiles que contribuían, por ende, a debilitarlas. Caristo, y sobre todo Eretria, no habían acabado de consensuar una postura común posiblemente porque no todos los griegos veían a los persas como enemigos; es significativo cómo la asediada Eretria cae en manos persas por la acción de dos ciudadanos distinguidos. Heródoto no nos informa de cómo lograron entregar la ciudad, pero no cabe duda de que fue mediante un acto de traición a la misma.

Atenas, decidida a resistir, aunque no todos sus ciudadanos compartían esta determinación, tampoco actuó con demasiada diligencia para defender a Eretria, aunque Heródoto usa el pretexto del desacuerdo interno de los eretrios para justificar su abandono de la isla de Eubea. Atenas prefirió, sin duda, utilizar a los cuatro mil hombres destacados en Eubea en la defensa de su propio territorio; el papel de Esparta lo analizaremos en el siguiente apartado, pero podemos adelantar que su política quizá no fue distinta de la que Atenas había aplicado con respecto a Eretria. Todo ello lo que nos sugiere es que, incluso, entre los partidarios de oponerse al avance persa no había una clara idea de plantear una resistencia conjunta; cada *polis* debería enfrentar-

se con sus propios medios a los persas. No encontramos nada radicalmente nuevo en esta postura; la conquista persa de Jonia a mediados del siglo VI se había producido del mismo modo y los jonios sublevados en el 499 parecen haberse percatado sólo años después de que únicamente una resistencia común podría tener alguna posibilidad de éxito. La flota que se concentró en Lade fue una respuesta adecuada a la política persa; lamentablemente, en su seno al final triunfó la visión de que los persas no eran, al fin y al cabo, auténticos enemigos y esa flota no logró su objetivo.

En el 490, ni entre los griegos de las Cícladas ni entre los del continente había surgido todavía la idea de una defensa común. Habría que esperar aún varios años más para que, ante la inminencia de la invasión de Jerjes, en los griegos, y no sin dificultades, surgiese clara la idea de que sólo presentando un único frente se podría repeler a los persas. Pero esas condiciones aún no existían en el 490.

2.2.3. La batalla de Maratón

Todos los acontecimientos que rodean la batalla de Maratón fueron objeto, ya desde la Antigüedad, de análisis, de debate, de estudio, pero también de falsificación, de exageración y de justificación. Ello ha contribuido a que todavía hoy siga habiendo muchos elementos que escapan a la comprensión del historiador y que, por lo tanto, la campaña de Maratón sea, si no una de las más obscuras (que no lo es), sí, al menos, una de las más discutidas. A ello contribuye también, sin duda ninguna, el relato no demasiado preciso de Heródoto, que quizá optó por dar una visión heroica y, en cierto modo, aséptica, que satisficiese las distintas sensibilidades que existían en Atenas en la época en la que él escribía, cuando Maratón se había convertido ya en un episodio casi mítico, equiparado ni más ni menos, en el programa iconográfico del Partenón, con las luchas de los lapitas contra los centauros y, sobre todo, con las míticas luchas de los atenienses contra las amazonas. En ese ambiente era, sin duda, difícil dar una visión ajustada de los hechos y, por ello, Heródoto quizá prefirió dejar sin respuesta algunos interrogantes que hoy nos siguen inquietando. Otros autores que hablan de la batalla se acogen también a una visión más mítica que histórica, cuando no polémica, lo que tampoco facilita la labor del historiador.

En cualquier caso, trataremos de realizar un análisis coherente de lo ocurrido, intentando plantear y, eventualmente, dar respuesta a algunos de los problemas que siguen pendientes.

Tras la caída de Eretria, los persas pasaron unos días en Eubea descansando y preparando la siguiente operación, que tenía ya como objetivo el

Ática. El lugar elegido para el desembarco fue la llanura de Maratón, adonde llegarían a principios de septiembre del 490:

> Y como Maratón era la zona del Ática más apropiada para emplear la caballería y la más próxima a Eretria, allí los condujo Hipias, el hijo de Pisístrato (Hdt. 6.102; trad. de C. Schrader).

De esta afirmación de Heródoto prácticamente todo, salvo el parentesco de Hipias con Pisístrato, del que no hay motivos para dudar, ha sido objeto de minucioso análisis y crítica. Así, la mayor proximidad de Maratón con respecto a Eretria, la referencia a la caballería, el papel de Hipias, el lugar elegido, han merecido numerosos análisis, que en su mayor parte tienden a explicar los diferentes detalles de la acción persa.

Ciertamente, había otros lugares en el Ática igualmente aceptables para un desembarco persa e, incluso, más próximos a la propia ciudad de Atenas. Desembarcando en Maratón, los persas, además de disponer de agua suficiente para su gran ejército y de un fondeadero adecuado para sus naves, disponían de otras ventajas. Una de ellas, quizá demasiado poco tenida en cuenta, se refiere a la propia naturaleza de la sociedad ateniense. En efecto, la presencia de Hipias junto con los persas, algunos acontecimientos que tuvieron lugar después de la batalla de Maratón y a los que en su momento nos referiremos, la existencia de claros elementos filopersas en la Atenas posterior a la batalla, sugieren que los persas deseaban dar tiempo suficiente a los atenienses para que estallasen las consiguientes disputas internas entre sus partidarios y defensores, lo que, sin duda, allanaría su camino. A este respecto podríamos recordar el recién mencionado caso de Eretria. Los persas, en lugar de ir directamente contra la ciudad, se entretienen antes atacando a Caristo y es posiblemente este tiempo el que hace que las diferentes opiniones dentro de la ciudadanía eretria adquieran un carácter de pública disensión, lo que, al final, facilitará la conquista de la ciudad. La presencia de Hipias y la elección de Maratón como lugar de desembarco sugieren, pues, una cierta atención persa por las demandas (y por las experiencias) del viejo tirano. Maratón había sido el lugar en el que más de cincuenta años atrás (hacia el 546) había desembarcado su padre Pisístrato, procedente igualmente de Eretria, para hacerse definitivamente con el poder en Atenas. Ciertamente, la situación en Atenas había cambiado desde aquella época, pero seguía habiendo partidarios de los tiranos y de los persas. Quizá no sea sensato minimizar u obviar los datos de Heródoto. Si los persas habían permitido a Hipias que tomara parte en la reconquista del Ática, sin duda, era porque pensaban colocarle al frente de ella y, por consiguiente, esperarían que su presencia hiciese más fácil la empresa.

Nada más conocer el lugar del desembarco, y que el mismo parecía haberse efectuado en toda regla, es decir, el conjunto de la fuerza expedicionaria y

no sólo una parte, el ejército ateniense, encabezado por sus diez estrategos, Milcíades entre ellos, acude hacia Maratón, que dista, según el camino que su utilice, 35 ó 40 km de la ciudad de Atenas; es posible que, realizando incluso una marcha nocturna, el ejército estuviese ya frente a los persas al día siguiente del desembarco. Al mismo tiempo, se toman otras disposiciones. Por un lado, y antes de partir hacia Maratón, se encarga a un mensajero, Filípides, que vaya a Esparta para notificar la llegada de los persas y solicitar su ayuda:

> El heraldo, en suma, les notificó lo que le habían ordenado. Los lacedemonios, entonces, decidieron socorrer a los atenienses, pero les resultaba imposible hacerlo de inmediato, ya que no querían infringir la ley (resulta que corría el noveno día del mes en curso y manifestaron que no emprenderían una expedición el día nueve, supuesto que la luna no estaba llena). (Hdt. 6.106.3; trad. de C. Schrader.)

Esta aparente excusa de los espartanos ha sido objeto asimismo de numerosas explicaciones e interpretaciones que, en último término, descansan en la posición que adoptemos acerca de las intenciones de Esparta en este momento. Ante todo, debemos decir que, a diferencia de lo que puede haber ocurrido en Atenas, en Esparta no parecen haber existido fisuras (o, al menos, no las conocemos) acerca de combatir a los persas. Sin embargo, es también posible que los acontecimientos estuviesen sucediendo con demasiada rapidez como para permitir a los espartanos reaccionar adecuadamente. Todas las Cícladas habían sido conquistadas en dos o tres meses; Eubea había caído en manos persas en un par de semanas, tras haber sido abandonada a su suerte por los atenienses. La movilidad que la flota daba a la fuerza expedicionaria persa era sorprendente y, si ocurría lo peor, es decir, que el ejército conjunto espartano y ateniense fuese derrotado, en dos o tres días los persas podrían estar desembarcando en Argos y atacando a la propia Esparta. Naturalmente, no sabemos qué pasó por la cabeza de las autoridades espartanas cuando llegó hasta ellos Filípides demandando ayuda urgente, pero, habida cuenta la tendencia ya conocida hacia una defensa individual más que colectiva, no es aventurado pensar que los espartanos, aceptando formalmente la invitación ateniense, decidiesen utilizar alguno de los abundantes subterfugios que sus prácticas religiosas les permitían para dilatar, en poco más de una semana, su presencia en el Ática. Habida cuenta la movilidad persa, sería un plazo prudencial para ver qué ocurría, es decir, si al final los atenienses iban a luchar en Maratón o si, por el contrario, la flota persa zarparía de allí para dejarse caer por sorpresa sobre algún otro lugar. La respuesta espartana le fue llevada rápidamente al ejército ateniense, debiéndole llegar al tercer o al cuarto día después del desembarco.

Al ejército ateniense, compuesto por unos nueve mil hoplitas, se le había unido el ejército de Platea, compuesto por otros mil soldados, sin duda deseosos de abandonar la posición medizante que la Confederación Beocia había adoptado.

Los días que se sucedieron en Maratón parecen mostrar un compás de espera por ambas partes. Por parte de los atenienses, seguramente surgen disensiones acerca de la conveniencia o no de esperar a los espartanos. Según relata Heródoto, de los diez estrategos cinco eran partidarios de esperar acontecimientos mientras que otros cinco, entre ellos Milcíades, eran partidarios de presentar batalla. El desempate se rompería haciendo votar al arconte polemarco, magistratura que, con la creación del nuevo Ejército surgido tras la reforma de Clístenes, estaba en trance de ir perdiendo buena parte de sus competencias; no obstante, seguía siendo formalmente el jefe del Ejército y, al menos, se tendría en cuenta su opinión. El polemarco Calímaco se sumó a quienes opinaban que había que atacar, de modo que el día en que a Milcíades le correspondía por turno la *pritania*, es decir, el mando del Ejército, se dispuso a ejecutar el plan acordado.

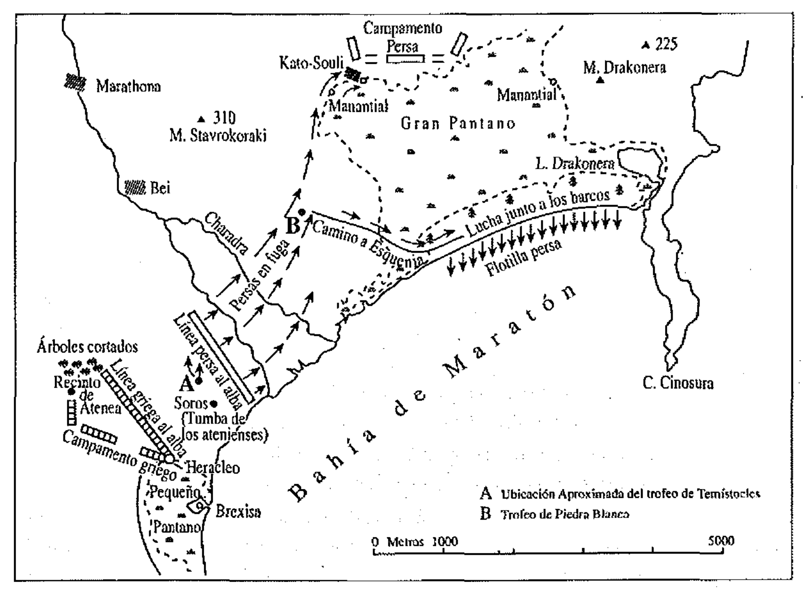


Figura 2.2. La batalla de Maratón.

Por lo que se refiere a los persas, ha sido también objeto de controversia su actuación durante los varios días que permanecieron en Maratón. Además de comprobar la solidez de la posición en la que se habían resguardado los atenienses, una zona boscosa consagrada a Heracles y que controlaba el camino hacia Atenas, posiblemente los agentes de Hipias estuviesen intentado reunir a sus partidarios en la ciudad para provocar un cambio de situación.

Los días pasaban y, mientras que los persas estaban perdiendo la iniciativa, esperando quizá sin saber muy bien qué, los atenienses y los plateos aguardarían una circunstancia favorable para atacar, confiando posiblemente en las informaciones que sus espías en el campamento persa pudieran darles. El principal problema para los griegos venía representado por la caballería persa, compuesta de unos ochocientos jinetes, que podrían atacar a la falange por su flanco izquierdo o, incluso, rodearla. Heródoto no da cuenta del comportamiento de esa caballería, pero informaciones aisladas en las fuentes sugieren que los griegos iban disponiendo en sus flancos y en su retaguardia troncos de árboles y ramas para impedir ataques de esa caballería al tiempo que, protegidos de este modo, iban acercándose hasta las posiciones persas. De este modo habrían conseguido acercarse a ocho estadios de distancia (unos 1.400 ó 1.500 m) del ejército persa. Sin duda, la caballería persa realizaba labores de patrulla y posiblemente de hostigamiento a las poblaciones próximas a la llanura de Maratón y sería difícil plantear un ataque con ciertas garantías de éxito mientras la misma estuviese presente. Como durante el transcurso de la batalla Heródoto no la menciona, algunos autores han sugerido que podía hallarse en algún otro lugar del Ática. Sin embargo, hay una noticia en un léxico ya de época bizantina, la Suda, que puede aclarar en parte el comportamiento de la caballería, y que alude a una expresión que había acabado por convertirse en un proverbio o refrán:

> No está la caballería: Tras el desembarco de Datis en el Ática, dicen que unos jonios, alejándose de su formación y llegando ocultos por los árboles hasta los atenienses, les indicaron cuándo no estaría la caballería. Entonces Milcíades, dándose cuenta de su ausencia, atacó al punto y venció. Por ello este proverbio se ha de usar para los que abandonan la formación (Suda, *s.v. choris hippeîs*; trad. de A. Domínguez).

Este refrán, por lo tanto, está recordando expresamente un episodio de la batalla, por otro lado no mencionado por Heródoto. De él se desprende tanto la existencia de informadores de Milcíades en el lado persa, jonios que no hacía ni diez años habían luchado codo con codo con los atenienses contra los persas, cuanto la evidente importancia que los griegos daban a la caballería persa. El porqué la caballería no estuvo presente, sin embargo, no lo sabemos, aunque también se han sugerido varias posibilidades: o que estuviese fuera del teatro de operaciones favoreciendo los intereses de los persas y de Hipias o que, incluso, los caballos estuviesen forrajeando y no se hubiesen incorporado a tiempo a la formación. Sea como fuere, cuando Milcíades recibió la información de sus espías, consideró llegado el momento del ataque.

El movimiento ateniense, salvo algún pequeño problema, es relativamente bien conocido. Milcíades había preferido debilitar el centro de la línea y refor-

zar las alas, conocedor de que en el centro de la línea persa se hallaban las tropas de elite, compuestas por persas y sacas. Tras dar la señal de ataque, la falange griega avanzó para cubrir la distancia que la separaba de las líneas persas. Heródoto asegura que ese trecho de ocho estadios se realizó a la carrera, pero la crítica actual es unánime al rechazar, por materialmente irrealizable, esa posibilidad. Sí que es factible que se iniciase la carrera en el último tramo, de unos 140 m, en los que la formación griega estaría al alcance de los arqueros persas. Da la impresión de que éstos entraron inmediatamente en acción, mientras que el resto de la infantería no avanzó y esperó que las flechas anulasen el ataque griego. Heródoto nos informa de ello:

> Por su parte, los persas cuando vieron que el enemigo cargaba a la carrera, se aprestaron para afrontar la embestida; si bien, al comprobar que los atenienses disponían de pocos efectivos y que, además se abalanzaban a la carrera sin contar con caballería ni con arqueros, consideraban que se habían vuelto locos y que iban a sufrir un completo desastre (Hdt. 6.112.2; trad. de C. Schrader).

Las flechas persas apenas podían hacer mella en un hoplita griego fuertemente armado a condición de que la formación permaneciera estable, con los sólidos escudos redondos protegiendo el avance. Además, al ir a la carrera se disminuía el tiempo de exposición a los proyectiles enemigos. El resultado fue que los griegos llegaron a las manos con los persas sin haber sufrido prácticamente bajas, mientras que éstos, que no habían iniciado movimiento alguno, se vieron parcialmente arrollados. Tal y como estaba dispuesta la línea griega, las alas tenían clara ventaja sobre las alas enemigas, tanto por el mayor número de hombres en las mismas cuanto por la menor calidad de las tropas persas en esa parte de la formación. Las consecuencias de haber dispuesto así a las tropas griegas se vieron pronto. El frente griego, menos profundo y enfrentado a la elite del ejército persa, se hundió, lo que permitió el avance de éstos. Mientras, las alas griegas habían desbaratado a las alas enemigas, que se daban a la fuga, lo que permitió a sus componentes converger hacia el centro persa, que, al lanzarse a la persecución de los griegos, había quedado disgregado. Así, cogidos entre las dos alas, los persas fueron severamente masacrados. Es posible que la caballería persa hiciese acto de presencia durante el combate, pero su infantería había sido ya derrotada y los supervivientes iniciaron una huida desesperada hacia sus naves, siendo perseguidos por los atenienses, que consiguieron capturar siete barcos.

Aunque habían tenido que abandonar Maratón, los persas aún disponían de formidables fuerzas y emprendieron rápidamente la navegación hacia Atenas, posiblemente animados por una señal que alguien les había dado levantando un escudo. El asunto del escudo es uno de los más obscuros de

todo el episodio y, aunque las sospechas recayeron en los Alcmeónidas, Heródoto hace todo lo posible por exculparlos:

> En Atenas, por cierto, circuló, a modo de acusación, el rumor de que los bárbaros se habían decidido por esta maniobra [navegar hacia Atenas] a instancias de los Alcmeónidas, que habrían llegado a un acuerdo con los persas para hacerles una señal, levantando un escudo, cuando éstos se encontraran ya a bordo de sus naves (Hdt. 6.115; trad. de C. Schrader).

> Así pues, el sentido común no permite creer que fueran precisamente ellos quienes, escudo en alto, hicieran una señal con semejante propósito. Pues lo cierto es que se hizo una señal levantando un escudo; y la cuestión no puede soslayarse, ya que el incidente tuvo lugar. No obstante, al margen de lo que ya he dicho, no puedo precisar quién fue el autor de la señal (Hdt. 6.124.2; trad. de C. Schrader).

Es difícil saber, ante el silencio (¿cómplice?) de Heródoto, quién dio la señal; el sentido de la misma, empero, es claro. Aunque el ejército ateniense había vencido en la batalla, los persas aún disponían de su flota prácticamente intacta y, con el ejército ateniense aún en Maratón, su presencia a las puertas de Atenas, donde seguramente sus partidarios facilitarían sus acciones, hacía que el peligro para Atenas no hubiese pasado. Conociendo las intenciones persas, así como la disposición de sus partidarios atenienses a ayudarlos, el ejército regresó a marchas forzadas y tomó posiciones en el santuario de Heracles en Cinosarges. Cuando la flota persa llegó a Falero hacía ya algunas horas que los hoplitas atenienses habían regresado. El plan persa había fallado y la flota abandonó aguas áticas de vuelta al Imperio persa, llevándose consigo a los eretrios esclavizados.

Cuando ya todo había pasado, llegó el contingente de dos mil espartanos, que tan sólo pudieron contemplar los cadáveres de los seis mil cuatrocientos persas muertos para, acto seguido, regresar al Peloponeso. Los muertos atenienses fueron ciento noventa y dos, entre ellos uno de los estrategos, Cinegiro, hermano del tragediógrafo Esquilo, que también participó en la batalla, y el polemarco Calímaco, del que se conservan restos de una ofrenda que dedicó a Atenea en la acrópolis, y que alguien se encargó de realizar tras su muerte.

2.2.4. El día después: consecuencias y resultados de la batalla de Maratón

Los muertos atenienses fueron enterrados en un túmulo o *soros* de unos 45 m de diámetro, posiblemente levantado en el lugar en el que se produjo el choque entre el centro griego y el persa y que todavía hoy se alza unos 9 m sobre la lla-

nura circundante. Fue excavado en los años noventa del siglo XIX, aunque los datos de esas excavaciones son algo confusos. Parece que se preparó una superficie que fue cubierta de arena de mar, en donde se alzó la pira funeraria. Los restos permanecieron en el lugar en el que habían sido cremados acompañados por algunos lécitos y otras cerámicas. Por encima se construyó el túmulo, en cuyas tierras se hallaron abundantes puntas de flecha persas, sin duda procedentes del terreno próximo, donde había tenido lugar la carga griega, recibida por los persas con una lluvia de flechas. Sobre el túmulo se colocaron las estelas en las que se inscribieron los nombres de los ciento noventa y dos muertos. A un lado, aunque es difícil precisar el momento, se construyó una plataforma que serviría para celebrar en el lugar un culto heroico, de cuya atención se encargaban los habitantes de Maratón todavía seiscientos años después de la batalla. Es Pausanias quien nos proporciona buena parte de estas informaciones, puesto que en su época (siglo II d. C.) aún pervivían estos monumentos y el culto heroico en la tumba de los caídos:

> Existe un demo llamado Maratón, que está a la misma distancia de la ciudad de Atenas y de la de Caristo en Eubea. Fue a este lugar del Ática adonde llegaron los bárbaros, fueron vencidos en la batalla y perdieron algunas de sus naves cuando se retiraban. La sepultura que hay en la llanura es la de los atenienses, y sobre la misma hay estelas que llevan los nombres de los que murieron, dispuestos según la tribu de cada uno, y hay otra para los plateos de Beocia y los esclavos, puesto que en aquella ocasión combatieron por primera vez los esclavos... En ese lugar, todas las noches se siguen escuchando relinchos de caballos y soldados combatiendo. Exponerse a este espectáculo deliberadamente no era conveniente para nadie pero, por el contrario, si sucedía de forma fortuita, no se incurría en la ira de los espíritus (Pausanias, 1.32.3-4; trad. de A. Domínguez).

El túmulo de los plateos y los esclavos, liberados para la ocasión, se identificó en los años setenta en el reborde montañoso occidental de la llanura, cerca de la localidad de Vrana. Era un túmulo más pequeño, en el que se han hallado hasta trece esqueletos de individuos jóvenes (entre 25 y 35 años), junto con otro más joven (unos 10 años) y otro de mayor edad (unos 40 años). Junto a la tumba de este último apareció una estela de piedra con un epígrafe que seguramente indicaba su nombre, Arquias. Muy posiblemente se trata de los restos de los esclavos atenienses liberados para la batalla. Encima de esas inhumaciones hay restos de cenizas que seguramente corresponden a la cremación de los ciudadanos plateos, cuyos huesos serían cuidadosamente recogidos para ser enterrados en Platea. En todo caso, no todos los autores aceptan las identificaciones propuestas para ambos túmulos como correspondientes a los muertos en la batalla de Maratón.

La alusión de Pausanias a la noticia de que en la llanura aún se podían escuchar relinchos de caballos es uno de los escasos testimonios que sugieren que, ciertamente, la caballería persa acabó tomando parte en el combate.

En la llanura también se encontraba un monumento en honor a Milcíades, así como un trofeo. Restos de ambos han ido siendo identificados a lo largo del tiempo; los dos son posteriores en varios años a la batalla, pero, mientras que el primero debe corresponder a la labor propagandística desarrollada años después por su hijo Cimón, el segundo, también de esos años, debió de sustituir al trofeo erigido a continuación de la batalla con los despojos persas. Pausanias, que menciona ambos, no pudo ver, sin embargo, las tumbas de los persas, seguramente porque debió de tratarse de fosas comunes sin ningún marcador especial.

Si siglos después de la batalla aún seguían vivos los ecos de la misma, no cabe duda de que, a los pocos años de su celebración los relatos, los prodigios, la exageración, debían de estar a la orden del día. Heródoto se muestra bastante comedido a la hora de dejar entrar en su relato estos elementos, pero, sin embargo, alguno aparece. Una primera "versión oficial" de la batalla parece haber circulado pronto, como mostraría una pintura que Cimón, el hijo de Milcíades, encargó para decorar la Estoa Pintada (*stoa poikile*). Pausanias, en cuya época aún sobrevivía esa pintura, nos da su descripción:

> La última parte de la pintura son los que lucharon en Maratón. Los beocios de Platea y todos los atenienses llegan a las manos con los bárbaros; y en esta parte, uno y otro bando están igualados, pero en el centro de la batalla los bárbaros están huyendo y empujándose unos a otros hacia el pantano, y en los extremos de la pintura están las naves fenicias y los griegos dando muerte a los bárbaros que caen sobre ellas. Allí también está pintado el héroe Maratón, del que recibe el nombre la llanura, y Teseo surgiendo de la tierra, Atenea y Heracles, pues los de Maratón, como ellos mismos dicen, fueron los primeros que consideraron a Heracles como un dios. De los que luchan son particularmente visibles en la pintura Calímaco, elegido polemarco por los atenienses, y Milcíades, uno de los estrategos, y un héroe llamado Equetlo, del que también haré después mención (Paus. 1.15.3; trad. de M.C. Herrero).

Es interesante observar cómo se mezclan imágenes reales con imágenes míticas. Junto a la descripción de alguno de los momentos cruciales del combate aparecen héroes y dioses: Maratón, el héroe del lugar y, sobre todo, Teseo, que en los años posteriores a las Guerras Médicas empezó a adquirir un gran auge en Atenas, de la que se convertirá en el héroe fundador y creador de su democracia. Surgiendo de la tierra de la que forma parte, simboliza al espíritu de Atenas combatiendo a los invasores, del mismo modo que el propio Teseo, según el mito ateniense, había derrotado a las salvajes

amazonas que habrían invadido también el Ática siglos atrás. Heracles, cuyo santuario fue la base de operaciones atenienses y, por supuesto, la divinidad poliada, Atenea, encabezando a sus hijos. No es extraño tampoco que en una pintura encargada por el hijo de Milcíades aparezca éste, en posición de ordenar la carga, y el estratego Calímaco, muerto en esa acción y cuyo voto decidió en último término el combate. Por supuesto, muchas de las ideas expresadas en esta pintura corresponden más al momento en que se realizó, posiblemente hacia el 460, pero la intervención sobrenatural, que, como decíamos anterioremente, también encuentra algún eco en Heródoto, debió de formar parte pronto de los "recuerdos" de la batalla.

La pintura se acompañaría de un epigrama (que suele atribuirse a Simónides), como asegura el léxico bizantino Suda:

> *Poikile*. Estoa en Atenas. Allí se pintó a los que lucharon en Maratón. También se encuentra este epigrama:
> Los Atenienses, combatiento a la cabeza de los Helenos en Maratón / mataron a veinte miríadas [200.000] de Medos (Suda, *s.v. Poikile*; trad. de A. Domínguez).

Haber participado en la gloriosa jornada de Maratón se convirtió para los atenienses en un timbre de gloria. Personajes que estuvieron allí, como el poeta trágico Esquilo, aún lo recordarán en el momento de su muerte, como sugiere el que suele considerarse epitafio de este poeta:

> Esquilo, hijo de Euforión, Ateniense, yace bajo este monumento, muerto en Gela, rica en trigo. De sus gestas celebradas en combate hablará el bosque sagrado de Maratón y dará fe el Medo de espesa cabellera (Epitafio de Esquilo; Diels, I, p. 66, núm. 3; trad. de A. Domínguez).

Encontramos incluso ecos de estos ya míticos combatientes sesenta y cinco años después de la batalla en algunas comedias de Aristófanes. Uno de los mejores ejemplos lo encontramos en el siguiente pasaje:

> Yo venía hacía aquí trayendo unos acuerdos de tregua, pero se lo olieron unos cuantos ancianos Acarnienses, unos tipos recios, duros como el roble, rudos, Maratonómacos, como arces. Acto seguido todos ellos se pusieron a dar gritos: 'Oh, grandísimo sinvergüenza, traes treguas hechas con nuestros viñedos cortados'. Y al tiempo iban guardando piedras en sus mantos infames. Yo salí corriendo y ellos salieron tras de mí dando alaridos (Aristófanes, *Ach.* vv. 178-185; trad. de A. Domínguez).

Naturalmente, y aun descontando el factor cómico evidente en la obra de Aristófanes, es precisamente la aparición de estos individuos en su comedia la

que permite asegurar que, en el año 425, aún quedarían en el Ática ancianos de más de 80 años que no dejarían de recordar a quien quisiese escucharlos cómo habían arrojado al persa al mar tras su ya mítica carga.

Por fin, y como símbolo imperecedero, el gran túmulo que acogía los restos de los caídos se había convertido en el monumento en que esos atenienses, convertidos en héroes, recibían el culto reservado a los semidioses.

Estos ejemplos, y muchos otros que podrían traerse a colación, indican la importancia indeleble que para Atenas tuvo la batalla de Maratón, más allá de sus consecuencias reales inmediatas. De una y otra cosa hablaremos más adelante. Ahora nos gustaría aludir, brevemente, a las repercusiones materiales de la batalla. Como conocemos a partir de relatos posteriores de enfrentamientos y combates con los persas, los campamentos de éstos últimos solían ser un compendio de todo tipo de riquezas inimaginables, que pasaban a engrosar el botín del vencedor. A pesar de que Heródoto no nos informa de cuál fue el botín tomado en Maratón, el hecho de que el reembarque persa se produjese sin espacio alguno para poder recoger el campamento sugiere que dicho botín debió de ser muy elevado. Un indicio de que, efectivamente, el botín fue numeroso nos los muestra el siguiente episodio que cuenta Plutarco a propósito de Arístides, llamado el Justo, uno de los diez estrategos en la batalla, al frente del batallón de la tribu Antióquide:

> En Maratón, Arístides, que fue dejado junto con su tribu como custodio de los prisioneros y de los despojos, no defraudó la opinión que se tenía de él, ya que habiendo una gran abundancia de plata y de oro, de telas de todas clases y de incontables riquezas de todo tipo tanto en las tiendas como en las naves capturadas, ni él mismo deseó tocar nada ni se lo permitió a nadie, a no ser que algunos, ocultándose, sacasen provecho del botín (Plu. *Arist.* 5.6-7; trad. de A. Domínguez).

Sin duda, el reparto alcanzó a los combatientes y a sus generales, así como a la propia *polis*. Parte de los beneficios fueron empleados para realizar costosas ofrendas a los dioses, a los que se entregaron también restos de los despojos. Aunque es imposible conocer todo lo que acabó en los santuarios, sí disponemos de algunos elementos. Entre ellos destacan las ofrendas en Delfos. Allí se ha encontrado, junto al lado sur del Tesoro de los Atenienses, una basa destinada a exhibir despojos de guerra en la que aún puede leerse la siguiente inscripción:

> Los Atenienses a Apolo como primicias tomadas a los Medos en la batalla de Maratón (Inscripción procedente del Tesoro de los Atenienses en Delfos; Meiggs-Lewis, n.º 19; trad. de A. Domínguez).

Aunque la inscripción en sí data del siglo III, está copiando, incluso con la forma de las letras arcaicas, un epígrafe casi borrado del siglo V. Por lo demás,

sigue la polémica acerca de si el propio Tesoro de los Atenienses fue construido o no con las riquezas obtenidas del botín como asegura Pausanias (10.11.5). También Pausanias menciona otros monumentos procedentes del botín de Maratón, entre ellos algunas esculturas realizadas por el propio Fidias, lo que situaría su construcción más de treinta años después de la batalla. Eso, aunque no es imposible en la Atenas de Cimón, tampoco está asegurado.

También otro santuario panhelénico, Olimpia, recibió despojos procedentes de la batalla; allí se halló un casco de forma asiria con un epígrafe que indica su procedencia persa: "A Zeus, los atenienses que lo tomaron de los Medos". Puede proceder de Maratón, pero igualmente de alguna otra batalla posterior (Salamina, Platea...). Sin embargo, el que en el mismo santuario se hallase un casco corintio con la inscripción "Milcíades lo dedicó a Zeus" asegura que también al gran santuario peloponesio se le ofrecieron partes del botín.

Todas estas ofrendas, despojos, estatuas, edificios, que a lo largo de los próximos años iban a ir surgiendo no quedarían eclipsados por los mucho más abundantes y ricos botines que los griegos harían después de la Segunda Guerra Médica porque en Atenas había un numerosísimo grupo de ciudadanos a quienes no les interesaría que se olvidase su gesta. Serían, naturalmente, los hoplitas, que habían combatido y vencido en Maratón y que, tras los cambios que introducirá Temístocles en vísperas de la invasión de Jerjes, sentirán amenazada su posición de liderazgo dentro de Atenas y recurrirán constantemente al recuerdo de Maratón. De ello, sin embargo, trataremos en su lugar oportuno.

¿Qué significó Maratón para Grecia y para Atenas? Heródoto, cuyo testimonio es claramente adulatorio hacia los atenienses, afirma:

> Pues, de entre la totalidad de los griegos, fueron [los atenienses], que nosotros sepamos, los primeros que acometieron al enemigo a la carrera, y los primeros también que se atrevieron a fijar su mirada en la indumentaria meda y en los hombres ataviados con ella, ya que, hasta aquel momento, sólo oír el nombre de los medos causaba pavor a los griegos (Hdt. 6.112.3; trad. de C. Schrader).

A Heródoto, naturalmente, parece olvidársele que ya en ocasiones anteriores los griegos habían tenido la oportunidad de medirse con los persas e, incluso, los propios atenienses habían tenido un enfrentamiento con ellos, ciertamente no muy glorioso, durante la Revuelta jonia. Sin embargo, la idea que quiere transmitir este autor es la de que la batalla de Maratón supone un punto de inflexión en el relato que, hasta ese momento, ha ido contando. Es la primera vez que un ejército persa es derrotado y obligado a retirarse por uno griego en una batalla en campo abierto y sin que quepa dudar de quién ha sido el vencedor de la jornada. En este sentido, pues, es comprensible el relieve que Heródoto da al acontecimiento.

Desde el punto de vista ateniense, una batalla en la que la desproporción entre griegos y persas era de casi 3 a 1 a favor de éstos (sólo si contamos a los combatientes y no incluimos a las tripulaciones de los barcos) y en la que tras su desenlace se contabilizan unas bajas en torno al 26% en el lado persa y tan sólo de un 2% en el lado griego no podía dejar de considerarse un gran triunfo. Y, además, cuando el enemigo era el Gran Rey Darío, cuyas conquistas enumera el Coro en *Los persas* de Esquilo, representada en el año 472:

> Cuántas ciudades capturó sin necesidad de atravesar el río Halis y sin salir de su hogar. Como las islas Aqueloidas del mar Estrimonio, que son vecinas de las moradas de los Tracios, y las que por fuera de la laguna se sitúan en tierra firme rodeadas de torres, y de las que te llamaban señor, y como las jactanciosas que se hallaban a los dos lados del amplio estrecho de Hele, de la profunda Propóntide y de las bocas del Ponto. Islas bañadas por el mar ante el promontorio y que anuncian aquella tierra, como Lesbos, Samos rica en olivos, Quíos, y Paros, Naxos, Míconos, confinante con Tenos, la cual es vecina de Andros. Y también se apoderó de aquellas que se encuentran en medio del mar y próximas a la costa, de Lemnos, de la morada de Ícaro, y de Rodas y de Cnido y de las ciudades de Chipre, Pafos, Solos y de Salamina, a causa de cuya metrópolis son los llantos de ahora. Y también, por su propia voluntad, se adueñó de la rica y populosa tierra de los griegos de Jonia. Incansable era la fuerza de nuestros hombres armados y de sus aliados de todas las naciones (Esquilo, *Pers.* vv. 864-903; trad. de A. Domínguez).

Aunque el argumento de la obra de Esquilo se centra en la batalla de Salamina, el poeta no puede esconder su orgullo por haber vencido en Maratón al mismo rey y al mismo ejército a quien se atribuían tantas y tan grandes conquistas. Quizá estos testimonios, mejor que cualquier otra cosa que podamos decir, nos muestran cuál fue para Atenas el resultado de la batalla de Maratón: los atenienses habían derrotado a la más grande máquina de guerra conocida hasta entonces.

Desde el punto de vista de los persas, sin embargo, las cosas no debieron de ser tan terribles. Ciertamente, habían fracasado en su fulgurante campaña contra Atenas, pero sus pérdidas eran tolerables. Mucha más gente había muerto hacía tan sólo dos años en el naufragio de la flota junto al monte Atos, veinte mil hombres, según Heródoto. Además, el Egeo septentrional seguía estando sólidamente bajo su control y las Cícladas estaban razonablemente seguras. Los preparativos para el contraataque se iniciaron inmediatamente (Hdt. 7.1) y Atenas no iba a contar, ni tan siquiera, con el artífice de la victoria en Salamina, Milcíades, cuyo fracaso ante Paros al año siguiente iba a significar el fin de su vida política y, a causa de las heridas recibidas, su muerte. Sobre el final de Milcíades, sin embargo, trataremos en el siguiente capítulo.

Así pues, la percepción de la batalla fue distinta para los dos oponentes. Mientras que para los persas no era sino un pequeño tropiezo en su designio de dominar toda Grecia, para Atenas, y para todos aquellos que deseaban resistirse a la invasión, Maratón fue una inyección de moral. Los defectos de la táctica persa, al menos comparados con la táctica hoplítica griega, habían quedado de manifiesto. Por otro lado, los persas podían ser vencidos en campo abierto a pesar de su abrumadora superioridad numérica por un ejército bien instruido y bien organizado. En este sentido, Maratón fue la auténtica prueba de fuego para el nuevo Ejército ateniense surgido de la reforma de Clístenes, y que no parece haber estado en funcionamiento más de diez años antes de la batalla. Al tiempo, las instituciones de la joven democracia ateniense habían funcionado y no sólo los persas, sino sus partidarios en Atenas, identificados con los seguidores del régimen tiránico, habían debido ceder ante la voluntad de la mayoría.

Pero pronto se vio que Maratón no era más que la primera etapa de una ofensiva mayor, ante la cual el recuerdo de Maratón y de la ayuda que los dioses de Grecia habían prestado a los atenienses iba a servir como elemento aglutinador y generador de confianza ante el incierto futuro. Este nuevo sentimiento de seguridad que surge en Atenas y en la Hélade no sometida a Persia se verá puesto a prueba diez años después con la gran invasión de Jerjes.

3. La Segunda Guerra Médica

3.1. Atenas: tensión interna y amenaza persa en el período de entreguerras (490-480)

3.1.1. El final de Milcíades

La victoria de Maratón reforzó los sentimientos antipersas en Atenas, pero no terminó con la división interna y los enfrentamientos entre facciones que habían caracterizado al período anterior a la guerra. Inmediatamente después de Maratón, Milcíades partió hacia las islas al mando de una escuadra de setenta naves. Su estrategia consistía en controlar un buen número de islas del Egeo y crear así un *glacis* defensivo que impidiera a la flota persa alcanzar Atenas. Tras someter algunas islas, fracasó en el asedio a Paros. A su regreso a Atenas, aprovechando el escaso éxito de la expedición, Jantipo llevó a Milcíades a juicio bajo la doble acusación de alta traición y de aceptar sobornos persas. A pesar de que Milcíades logró eludir la pena capital, fue condenado a una fuerte multa, unos 50 talentos (lo que había costado la expedición), y, ante la imposibilidad de pagarla, fue encarcelado. Milcíades murió poco después (Hdt. 6.136; Nepote, *Milcíades*, 7.1-6).

3.1.2. La política de Temístocles y el rearme naval

Aunque no sabemos si participó en la caída de Milcíades, el final del vencedor de Maratón abrió la puerta a un nuevo período, a partir del 487, marcado por el predominio de Temístocles en la escena política ateniense. Como

dijimos, Temístocles era un decidido enemigo de los persas. Consideraba que, tras Maratón, la ruptura con Persia había sido definitiva, que los persas no aceptarían cosa alguna que no fuese la sumisión total y que, en cuanto les fuera posible, regresarían. Temístocles se dirigió en primer lugar contra la facción filopersa. Así, por su iniciativa, en el 488/487, los atenienses ostraquizaron a Hiparco, el líder de los propersas, que había sido arconte en el 496/495. En esta misma dirección cabe apuntar el ostracismo de Megacles (Arist. *Ath.* 22), en el 486 ó 485, un Alcmeónida partidario posiblemente de llegar a un acuerdo con Persia. Los ostracismos consiguen acallar esta oposición favorable a Persia y son una muestra de que la opinión ateniense seguía siendo mayoritariamente contraria a los persas. Poco después (484/483), aunque desconocemos el contexto, Jantipo fue condenado también el ostracismo. Jantipo estaba vinculado familiarmente a los Alcmeónidas, quizá su ostracismo fuera fruto de los Filaidas, que debían contar todavía con muchos partidarios, o quizá el mismo Temístocles pudo impulsarlo.

Temístocles era partidario de lo que podríamos llamar una política naval. Durante su arcontado (493/492) había emprendido nuevas obras de fortificación en el Pireo (Th. 1.93.3) con la intención de convertirlo en un puerto comercial y militar de primer orden, capaz de acomodar a la armada ateniense. Ahora propugnaba el rearme naval, la ampliación de la flota de guerra. A mediados de la década de los ochenta se habían descubierto en el distrito minero del Laurio, en el sureste del Ática, nuevas y muy ricas minas de plomo argentífero, cuyo alquiler había reportado al Estado un rendimiento de 100 talentos. La primera intención de los atenienses había sido, como era, por otra parte, costumbre, repartir este beneficio entre los ciudadanos. Pero Temístocles convenció a la asamblea, en el 483/482, para que este dinero, a razón de un talento por persona, fuera entregado a los cien atenienses más ricos a fin de que construyeran cada uno de ellos una nave: el Estado aportaría el casco del barco y el ciudadano adinerado todo lo demás.

De este modo, cien nuevas naves vinieron a unirse a las cien ya existentes y la flota ateniense, fuerte de doscientos trirremes, se convirtió en la más importante y numerosa de toda Grecia. Temístocles presentó el rearme naval como una medida dirigida contra Egina, hasta entonces la mayor potencia naval de Grecia. En efecto, una nueva guerra, muy mal conocida por nosotros, parece haber estallado entre los atenienses y los eginetas en el 488. El conflicto pudo prolongarse hasta el 481. De esta manera, ambos estados estaban en guerra en el momento que se adopta la política naval de Temístocles y, debido precisamente a ello, se pudo tomar la determinación de aumentar la flota, que pudo tener un peso decisivo en el resultado final de la lucha. Algunos investigadores actuales tienden a achacar casi exclusivamente al conflicto con Egina la decisión ateniense de emprender una política naval minimizando la preocupación por la amenaza persa. Ambas ideas no son, sin

embargo, contradictorias. Después de Maratón era previsible una nueva expedición persa. Parecía claro que Maratón no podría detener la expansión persa en el Mediterráneo oriental. En Atenas existía una fuerte facción partidaria de pactar con Persia y reinstaurar la tiranía, por lo cual las relaciones con Persia y las consecuencias de una posible intervención persa con la introducción de la tiranía, formaban parte del centro del debate político. No olvidemos que, según Aristóteles (*Ath.* 22), Hiparco y Megacles fueron expulsados por su tendencia protiránica. De hecho, cuando se toma la decisión de acrecentar la flota en el 483/482, Persia llevaba más de dos años preparando la expedición; la construcción de los puentes del Helesponto y del canal de Jerjes en la Calcídica difícilmente podía ser mantenida en secreto ante una Atenas que dependía de los barcos de grano que desde el Ponto Euxino atravesaban el Helesponto. En el pensamiento de Temístocles, respaldado por muchos atenienses, la escuadra podía ser utilizada primero contra los eginetas y en un futuro cercano contra Persia. Fue, en todo caso, una apuesta decisiva: la flota ateniense hizo posible la victoria en Salamina y cambió el curso de la Segunda Guerra Médica.

Pero no era únicamente la defensa de Atenas el principal asunto que se ventilaba en estos momentos previos a la Segunda Guerra Médica, sino las consecuencias que entrañaba la ampliación de la escuadra en los terrenos constitucional y social. En efecto, frente al predominio de las familias aristocráticas y de los zeugitas, entre los que se reclutaban los hoplitas, la Armada aumentaría la influencia social y política de los *thetes*, de los atenienses más pobres, que formaban los remeros de la flota y en cuyas manos se venía a colocar la supervivencia de la ciudad. Esto llevaba a un avance hacia la democracia radical en el sentido que le daremos a partir de ahora: una ampliación de la participación política a todos los ciudadanos en general y a los *thetes* en particular, lo que significaba un cambio decisivo en la historia de Atenas. La política naval y antipersa de Temístocles resultaba así ser claramente democrática.

De hecho, durante estos años podemos situar la adopción de varias medidas que tienden a profundizar en el régimen democrático. Posiblemente la votación del ostracismo se transfiere ahora de la Bulé a la asamblea. A partir del 487 los arcontes dejaron de elegirse mediante el voto y pasaron a ser sorteados por tribus de entre unos quinientos seleccionados previamente por los *demos* (Arist. *Ath.* 22) y sus poderes fueron recortados; por ejemplo, el arconte polemarco dejó de ser el comandante en jefe del Ejército. Esta medida significaba el final del arcontado como uno de los núcleos del poder aristocrático y llevó a que el colegio de los diez estrategos se convirtiera definitivamente en la más importante magistratura, no sólo por su mando militar, sino porque sus poderes en todos los órdenes de la vida ateniense comportaban una decisiva influencia política.

3.1.3. Arístides y su facción

Temístocles sufrió la oposición no sólo de los Pisistrátidas filopersas, sino también de una facción que podríamos denominar conservadora dentro lo democrático, de la que Arístides parece ser su representante principal. Arístides defendía la pervivencia sin más cambios de la constitución plutocrática y censataria de Solón y contaba con fuertes apoyos entre las familias ricas y los zeugitas.

Para Arístides la creación de la flota transformaría de una forma brutal la política, la sociedad y la economía atenienses y empujaría a la ciudad hacia un salto forzado y destructivo: los *thetes* pasarían a desempeñar el papel fundamental en la vida ateniense y los zeugitas perderían mucha de su influencia. Antipersa como Temístocles, pensaba, sin embargo, que bastaba con los hoplitas para detener a los persas; al fin y al cabo, los hoplitas habían vencido en Maratón y podían volver a triunfar en el futuro. En el enfrentamiento entre Temístocles y Arístides y sus facciones respectivas, Temístocles salió vencedor y Arístides fue ostraquizado en el 482. Los cuatro ostracismos conocidos que se producen en seis años y los numerosos intentos fallidos, atestiguados gracias a la arqueología, son clara prueba de la efervescencia política y la elevada tensión interna en la que vive la Atenas de entreguerras. Con todo, los ostracismos tuvieron como consecuencia clarificar la situación y afirmar la influencia de Temístocles en el momento en que los persas preparaban un invasión de Grecia a gran escala.

3.2. La Segunda Guerra Médica

3.2.1. Los preparativos persas

Por parte de Persia la reacción es algo decidido desde los mismos días de Maratón. Picado por la derrota, durante tres años, Darío preparó una expedición mucho más nutrida y de objetivos más amplios que el mero castigo a los griegos, que habían ayudado a los jonios. Sin embargo, en el 486, Egipto se sublevó y los persas debieron emplearse a fondo para sofocar esta revuelta. El levantamiento egipcio paralizó las acciones en el frente egeo. Al mismo tiempo se planteó la cuestión de la sucesión al trono, que Darío zanjó eligiendo como sucesor a Jerjes, haciendo prevalecer así la porfirogénesis (el primer hijo nacido cuando Darío era ya rey) frente a su primogénito, Artobarzanes, nacido cuando Darío aún no era rey. Poco después (diciembre del 486) muere Darío y Jerjes somete Egipto (485) y domina una rebelión que había estallado en Babilonia (484).

Hacia el 484, cuando el Imperio persa sale de tres años de crisis, Jerjes decidió reemprender los preparativos de la invasión de Grecia. Heródoto

(7.8-11) recoge en un largo relato una conferencia en la corte persa en la que se debate una posible campaña contra Grecia. Posiblemente la reunión en sí nunca tuvo lugar, pero la base puede ser auténtica y refleja adecuadamente las disensiones que provocaba la expedición entre los altos dirigentes persas. El propio rey era proclive a la campaña. Mardonio, uno de los persas principales, defendía también la invasión. Afirmaba que Grecia era lo suficientemente rica para aportar un sustancioso tributo a las arcas persas y destacaba también la debilidad militar griega: los persas conocían su forma de combatir y habían sometido a los griegos de Asia Menor y a los griegos europeos hasta los límites de Tesalia. Frente a los griegos, la superioridad militar de los persas era evidente. Esta postura favorable a la invasión era apoyada por algunos emisarios de los Aléuadas, los más importantes aristócratas de Tesalia, que pensaban someter a los tesalios con la ayuda persa, y por los exiliados Pisistrátidas que se habían refugiado en la corte persa.

Artábano encabezaba a los que se oponían a la expedición. Valoraba el poder militar de los griegos por mar y por tierra, probado en Maratón, y señalaba las debilidades estratégicas y logísticas de la invasión. En primer lugar, la vulnerabilidad de los puentes del Helesponto: si los griegos se decidían a cortarlos, el ejército persa quedará aislado en Europa. Además, la falta de un puerto en Grecia capaz de albergar a toda la flota persa y las dificultades que conllevaba abastecer en suelo griego a un ejército tan numeroso. Artábano expresaba también sus dudas acerca de la fidelidad de los jonios y otros griegos que figuraban en el ejército persa. A pesar de estos inconvenientes, Jerjes se decidió por la expedición.

Durante los cuatro años siguientes los persas estuvieron preparando la campaña. Excavaron un canal en el Atos, la península más occidental de la Calcídica, para pasar la flota y evitar así los vientos y las tempestades que habían destruido la escuadra de Darío en el 492, y tendieron dos puentes en el Helesponto para que el ejército pudiera cruzar de Asia a Europa.

La Primera Guerra Médica no había sido más que una operación de represalia con objetivos muy limitados, reducidos en gran medida a la imposición de un Gobierno partidario de los persas, los Pisistrátidas, en Atenas. La Segunda Guerra Médica fue una verdadera invasión de conquista preparada metódicamente, con fuerzas muy superiores y en la que el propio rey encabezaba las tropas. Los persas se planteaban en esta ocasión el sometimiento al menos de la parte egea de Grecia continental, que quedaría convertida en una nueva satrapía del Imperio.

Al quinto año del comienzo de los preparativos, en la primavera del 480, el ejército y la flota persas se pusieron en marcha. Al mismo tiempo los persas enviaron diversas embajadas a los Estados griegos para reclamarles tierra y agua como un reconocimiento formal de su sumisión a la soberanía del Gran Rey

Todos los autores antiguos destacan en el inmenso número de los expedicionarios. Heródoto (7.60-99) evalúa el ejército persa en 1.700.000 infantes, 80.000 jinetes y 1.207 naves de guerra. Nepote (*Temístocles* 2.4-5) suma 1.200 naves de guerra y 200 de carga, 700.000 infantes y 400.000 jinetes y Diodoro (11.3.7) contabiliza 800.000 hombres y 1.200 naves. Las fuentes se inclinan a exagerar los efectivos persas: el prodigioso número de los enemigos ensalza aún más la victoria griega. Actualmente tendemos a cifrar el contingente del ejército persa en 180.000 infantes, entre 70.000 y 80.000 jinetes (el número de Heródoto parece, en este caso, verosímil) y una flota de unas 600 naves de guerra. Con todo, se trataba de contingentes muy superiores a los que los griegos podían reunir. Sin embargo, conviene diferenciar entre el ejército y a la armada persas. Mientras el ejército de tierra superaba ampliamente a los griegos, que podían congregar menos de 40.000 hoplitas (las tropas verdaderamente decisivas), la armada era sólo un poco más numerosa frente a los trescientos o cuatrocientos trirremes griegos. La flota persa podía enfrentarse a los griegos con la ventaja añadida de su superioridad numérica, pero no dividir sus fuerzas. Y ésta era una de las claves de la campaña: la victoria persa hubiera estado al alcance de la mano si Jerjes hubiera podido emplear un contingente naval separado para hostigar la retaguardia griega y forzar a la flota enemiga a un encuentro naval decisivo en mala posición contra el grueso de la armada persa.

Lo que denominamos genéricamente Ejército persa daba cabida, en realidad, a un conjunto heterogéneo de veintinueve pueblos que sólo tenían en común el general persa que mandaba cada uno de los contingentes. Cada pueblo mantenía su propio armamento y modo de combatir. El núcleo fundamental del Ejército estaba formado por los contingentes medos y persas y, sobre todo, por los cuatro mil soldados de la guardia personal del monarca (2.000 lanceros y 2.000 jinetes) y los "Inmortales", que incluían destacamentos medos y que recibían este nombre porque su número nunca bajaba de diez mil. La flota estaba formada básicamente por contingentes fenicios, egipcios, chipriotas, anatolios –especialmente cilicios, panfilios y licios– y griegos (Olmstead 1948, 238-239, 246). Frente a las naves griegas, la mayor parte de los trirremes persas, construidas a la manera fenicia, eran más ligeras y gozaban de una superior capacidad de maniobra.

3.2.2. La constitución de la Liga Helénica

Cuando los embajadores persas recorrieron Grecia solicitando la sumisión al rey, la actitud de los Estados griegos fue muy diversa y osciló entre el sometimiento, la neutralidad y la hostilidad. Entre los Estados que se oponían a los persas se encontraban Esparta, que poseía el mejor ejército griego,

y Atenas, que disponía de la mayor flota de Grecia. La actitud de Esparta arrastró a toda la Liga del Peloponeso.

Sin excluir la posibilidad de una previa reunión en Esparta (Paus. 3.12.6), todos los griegos que estaban dispuestos a resistir a los persas, fuera a ultranza o con condiciones, se congregaron en el templo de Poseidón en el Istmo de Corinto en el otoño del 481. En el Congreso del Istmo los griegos organizaron una liga de guerra, la Liga Helénica, una alianza militar (*symmachia*) multilateral, ofensiva y defensiva, que tenía como fin preservar la libertad de Grecia frente a los persas. Todos los Estados miembros de la alianza se obligaban a prestarse apoyo mutuo y a no tratar de firmar la paz con los persas por separado. La Liga se comprometía también a respetar el régimen político y la autonomía de todos sus miembros.

La Liga Helénica se dotó de un Consejo de guerra, un Sinedrio, en el que todos los participantes en la alianza estaban representados y donde cada Estado, independientemente de su tamaño, importancia y contribución al esfuerzo bélico, poseía un voto. El Consejo representaba la soberanía de la alianza, en su seno se tomarán las decisiones principales y se decidirá la estrategia a seguir.

Asimismo, la Liga Helénica designó un hegemón, una potencia que representa el poder ejecutivo de la alianza, asume la comandancia en jefe de todo el Ejército y es la cabeza de la Liga. Esta potencia es Esparta, que gozaba del gran prestigio de su ejército terrestre, aunque aportaba un número de naves a la flota, diez, muy exiguo. Si bien Atenas deseaba obtener el mando naval y protestó la decisión, cedió finalmente y a Esparta se le concedió el mando supremo en tierra y mar.

Después de llegar a un acuerdo sobre la hegemonía, el Sinedrio de la Liga Helénica tomó varias decisiones importantes: se suspenderán todas las hostilidades entre los Estados griegos mientras dure la amenaza persa; se respetará a los Estados que se declarasen neutrales desde el principio, pero aquellos miembros de la Liga que medizasen en el curso del conflicto serían castigados y deberían entregar la décima parte de sus ingresos al santuario de Apolo en Delfos (D. S. 11.3.4); el medismo, la actividad en interés del persa, es considerado así como una traición a toda Grecia y no sólo a un Estado. Finalmente, se enviarán embajadas a los Estados que no estaban presentes al objeto de que se unieran a la alianza, especialmente a Argos, Siracusa, las ciudades cretenses y Corcira.

Argos, enemiga de Esparta y proclive a los persas, proclamó su neutralidad. El tirano Gelón de Siracusa reclamó el mando supremo o al menos el mando compartido que le permitiera ejercer la hegemonía en tierra o en el mar. Esparta le negó la jefatura del Ejército de Tierra y Atenas el mando naval. Ante ello, Gelón rehusó aceptar una posición subordinada y rechazó participar (Hdt. 7.153-167). En realidad, Sicilia debía enfrentarse a sus propios pro-

blemas, ya que los cartagineses planeaban una gran campaña para el 480 (Hdt. 7.165-167). Los cretenses rechazaron también incorporarse a la alianza, en su caso, porque consideraban la victoria persa indiscutible (Hdt. 7.169-171). Los corcireos aceptaron públicamente unirse a la alianza, pero como, al igual que los cretenses, daban por seguro el triunfo persa, su flota no pasó del litoral occidental del Peloponeso y se mantuvo a la expectativa (Hdt. 7.168).

Como vemos, la respuesta ante la amenaza persa distó mucho de ser unánime. Muchos Estados griegos se aliaron con los persas. Otros optaron por la neutralidad, esto es, la abstención bélica plenamente consciente y respetada, un derecho institucionalizado y reconocido que asiste a todo Estado que sigue con interés el curso de los acontecimientos. La parte más atrasada de Grecia, el Noroeste, adoptó una posición de neutralismo en el sentido de que se despreocupó completamente del devenir de los hechos y su participación fue nula (Alonso, 1987). Algunos Estados neutrales apoyaban secretamente a los persas (es el caso muy posiblemente de Argos). Otros, como los tesalios, pusieron condiciones a su colaboración contra los persas. Los tesalios se sumarían a la Liga sólo si los aliados se comprometían a defender Tesalia. Si los persas invadían Tesalia, los tesalios medizarían. Otros, aunque formaron parte de la Liga Helénica, se encontraban agriamente divididos en su interior por el enfrentamiento entre antipersas y medizantes, como el caso de Beocia o de la misma Tesalia, fraccionada entre los antipersas y la aristocracia filopersa de los Aléuadas.

Por lo tanto, no se puede afirmar en modo alguno que el peligro persa estimulara la unidad de *todos* los griegos y les llevara a superar su arraigado particularismo. No debemos dejarnos arrastrar por la bella imagen que construirá la tradición grecorromana, la visión de una Grecia que abandona su tradicional división para unirse en un épica lucha contra el bárbaro. Resulta equivocado plantear la guerra en términos de un enfrentamiento entre Oriente y Occidente, de Europa contra Asia. No fue un combate entre griegos y bárbaros, sino de *algunos* griegos contra el ejército persa. Además, conviene tener siempre presente que en el ejército y la flota persas figuran griegos en un grado nada desdeñable y su número no cesará de aumentar hasta la batalla de Salamina.

Pero tampoco podemos decir que la mayoría de las *poleis* griegas se caracterizaran por su oportunismo coyuntural, ese egoísmo miope que no miraba más allá de su vecino y enemigo Estado, y que en ellas predominaran sus intereses particulares. Desde un punto de vista psicológico, hemos de comprender las dudas y debilidades que asaltaron a ese puñado de pequeños Estados que iban a enfrentarse al poder de un Imperio inmenso; era necesario mucho amor a la libertad propia y mucho optimismo para concederles alguna posibilidad de victoria. La verdad, como tantas veces, debe estar en algún punto medio. La Liga Helénica comprendía, en aquel otoño del 481,

una parte significativa e importante, al menos en el terreno cualitativo, del mundo griego. De la alianza formaban parte Tesalia y toda Grecia central, con los beocios y focidios, Atenas, algunas islas como Egina, Eubea y Ceos, Esparta, el Istmo, la mayor parte del Peloponeso y las colonias corintias occidentales (Léucade, Anactorio y Ambracia). A pesar de todos sus temores y contradicciones, la Liga Helénica refleja el alto de grado de desarrollo alcanzado por el mundo griego en el marco de las relaciones internacionales y una conciencia de unidad cultural y profunda de civilización que es capaz de concretarse, parcialmente y en medio de graves dificultades, en una política práctica. Este sentimiento de unidad y el odio a lo que el dominio persa representaban fueron, a la postre, suficientes. Los griegos que combatieron en las Guerras Médicas lucharon por su libertad, por la capacidad de realizar una política exterior independiente, de darse el régimen político que desearan, en definitiva, de retener en sus manos su propio destino.

Por su parte, los atenienses tomaron otra decisión importante. En el 480 se concedió a todos los desterrados la posibilidad de regresar, Arístides y Jantipo entre ellos. Los que no volvieran serían tachados de medizantes y perderían su derecho de ciudadanía (Arist. *Ath.* 22; Nepote, *Arístides* 1.5). Esta medida, impulsada por el mismo Temístocles, manifiesta una voluntad excepcional de resistir al persa, superando los conflictos de orden interno en virtud de la sagrada defensa de la comunidad frente a una amenaza externa.

3.2.3. El avance persa

A) La posición en el valle del Tempe

Por consejo de los tesalios y para evitar su defección, los griegos decidieron estacionarse en el valle del Tempe en Tesalia, un angosto desfiladero de 10 km de longitud y una media de 40 m de anchura. Aquí se envió a diez mil hombres por vía marítima al mando del espartano Evéneto (Hdt. 7.173; D. S. 11.2.5). Temístocles estaba al frente de los atenienses (Plu. *Them.* 7). Cuando los griegos llegaron al Tempe, los persas se disponían a cruzar de Asia a Europa. Una vez en el Tempe, los griegos se dieron cuenta que su posición podía ser flanqueada por la ruta que desde la Alta Macedonia atravesaba el país de los perrebeos y desembocaba en la ciudad tesalia de Gono. Esta ruta fue precisamente una de las que empleó Jerjes (Hdt. 7.173.4).

Ante la posibilidad de verse desbordados y aconsejados por el rey Alejandro de Macedonia, los griegos volvieron a embarcar y se replegaron más al Sur. Por su parte, los persas, tras cruzar el Helesponto, marcharon por un país sometido desde hacía varios años, atravesaron la Calcídica y Macedonia y se prepararon para penetrar en Tesalia. Después de la retirada de los

griegos, sin aliados que combatieran a su lado, los tesalios proclamaron su neutralidad, simplemente un paso previo, pues habrían de medizar en el mismo momento en que los persas invadieran Tesalia (Hdt. 7.174).

B) Las batallas de las Termópilas y del cabo Artemisio (agosto del 480)

Después del fracaso de la expedición del Tempe, los griegos decidieron situar la línea de defensa en el desfiladero de las Termópilas, un paso estrecho en la Lócride del Este de 6,5 km de longitud y 1,5 de ancho que era prácticamente la única vía de penetración hacia Grecia central desde Tesalia. En el centro del desfiladero existían unas fuentes de aguas termales y un muro semiderruido que había sido construido por los focidios para hacer frente a los tesalios. Los griegos, unos siete mil al mando del espartano rey Leónidas, se apostaron en la angostura del desfiladero, lo que impediría a los persas emplear su superioridad numérica. Mil focidios fueron enviados a custodiar el sendero de Anopea, una ruta por la que se podía rodear el paso y flanquear a las tropas griegas. Otros mil locros opuntios vigilaban la entrada de dicha senda.

Por otro lado, la flota griega, que contaba con doscientas setenta y dos naves, se situó en el Norte de Eubea, en la actual bahía de Pevki, a unos 10 km al Oeste del cabo Artemisio, en un estrecho paso entre la isla de Escíatos y Magnesia. Esta posición respondía a la estrategia naval de los griegos, que era defendida principalmente por Temístocles: atraer la flota persa hacia un lugar estrecho, en este caso el canal de Oreo, donde su elevado número se volviera en su contra y poder así destruirla. Una flotilla de cincuenta y tres naves atenienses fue situada al Sur del canal del Euripo para evitar que los persas costearan la isla de Eubea por fuera y atacaran la escuadra griega por su retaguardia.

Heródoto considera al contingente griego estacionado en las Termópilas como una simple avanzadilla que espera la llegada del grueso del ejército. Pero posiblemente Heródoto no comprende las verdaderas intenciones griegas de la posición conjunta de las Termópilas y el Artemisio. El desarrollo de ambas batallas corresponde a una estrategia de compromiso entre Esparta y Atenas, defensiva en tierra y ofensiva en el mar. De este modo, el ejército de Leónidas era el encargado de detener al ejército persa en tiempo suficiente para que la flota griega pudiera derrotar a la armada griega. Mientras tanto, el grueso del ejército griego comenzaba a construir un muro en el Istmo, donde tenían previsto situar la última línea de defensa.

Mientras el ejército persa llegaba a las Termópilas, las flotas persa y griega se enfrentaron en tres ocasiones en el cabo Artemisio con un resultado indeciso (posiblemente una severa tormenta, que se prolongó durante tres días, salvó a los griegos de un desastre). Con todo, los persas obtuvieron una victoria estratégica: los griegos no habían conseguido derrotarlos, muchas naves grie-

gas estaban averiadas y obligaron a la flota griega a retirarse a través del canal de Eubea. La retirada suponía un grave problema para los griegos, pues la totalidad de la armada corría el riesgo de ser copada por el ejército terrestre persa a la altura del estrecho de Cálcide, de sólo 30 m de anchura, donde la infantería persa podía alcanzar y destruir desde tierra las naves griegas.

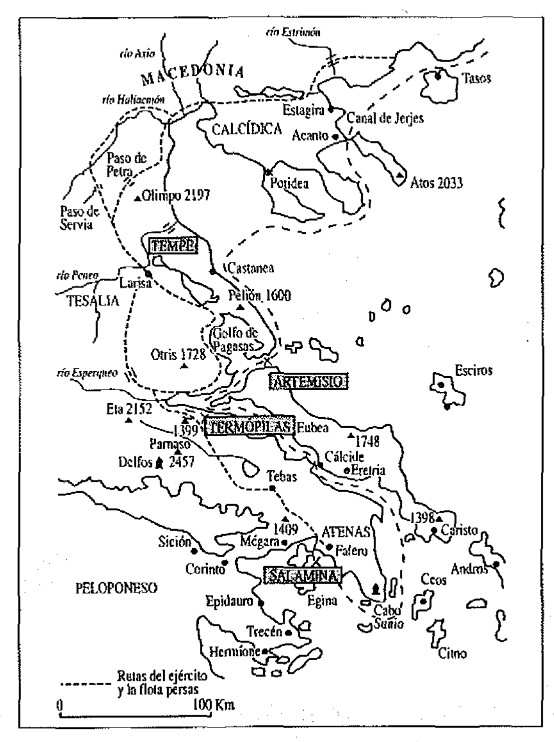


Figura 3.1. La Segunda Guerra Médica hasta Salamina.

La flota griega sólo podía salvarse si el ejército de Leónidas resistía en las Termópilas el tiempo suficiente para que las naves pudieran atravesar el canal de Eubea. Durante tres días los griegos se mantuvieron firmes en las Termópilas, causando cuantiosas bajas a los persas. Jerjes llegó a enviar a los "Inmortales" contra ellos sin obtener el menor éxito, pero luego Epialtes, un griego de la Málide, descubrió a Jerjes la existencia del sendero de Anopea, por el que el rey desplazó un contingente mientras el resto del ejército atacaba de frente en las Termópilas. Haciendo caso omiso de la oposición focidia, los persas atravesaron el sendero de Anopea. Comprendiendo que el fin estaba próximo, Leónidas man-

dó retirarse a los peloponesios, unos dos mil ohocientos hombres (quizá fueran enviados para hacer frente a los persas en el sendero de Anopea, pero fracasaron en su misión), y se quedó en el paso con los 300 espartanos de la guardia real, 700 tespieos y 400 tebanos (éstos últimos, según Heródoto, se pasaron a los persas inmediatamente). Leónidas y los suyos encontraron una muerte heroica en las Termópilas (28 de agosto del 480). Su valor, cantado a lo largo de los siglos, no fue inútil: el sacrificio de Leónidas y los suyos salvó a la flota (Plutarco. *Temístocles*. 8-9; Nepote. *Temístocles*. 3.2-4). Los griegos fueron sepultados en el mismo lugar donde cayeron. Sobre sus tumbas se inscribió un epitafio: "Aquí lucharon cierto día, contra tres millones, 4.000 hombres venidos del Peloponeso". Otro se refería a los lacedemonios: "Extranjero, anuncia a los lacedemonios que aquí yacemos, obedeciendo las órdenes que nos dieron" (ambos poemas se atribuyen a Simónides de Ceos).

La derrota en las Termópilas y la retirada del Artemisio trajeron como consecuencia el abandono de Eubea y de Grecia central. La práctica totalidad de los pueblos de Grecia central medizaron (malieos, dorios, locros, aqueos del Ftiótide, la mayoría de los beocios, etc.), salvo los focidios, que se refugiaron en el Parnaso, los tespieos y los plateos.

C) La evacuación de Atenas

Las Termópilas y el cabo Artemisio dejaban abierta, pues, a los persas toda Grecia central. El ejército persa atravesó la Dóride, después arrasó todas las ciudades focidias y luego llegó a Beocia. Por su parte, la flota persa navegó en dirección a Falero, en el Ática.

Los atenienses intentaron convencer a los aliados para que dieran la batalla en Beocia y evitaran así la caída de Atenas. Sin embargo, los peloponesios sólo pensaban en defender el Peloponeso y estaban construyendo un muro en el Istmo para impedir el paso de los persas. Como consecuencia de ello, Atenas no pudo ser defendida y tuvo que ser evacuada. Sin oposición, Jerjes invade el Ática, ocupa Atenas y somete la ciudad a una rigurosa destrucción en la que ningún edificio, sacro o profano, es respetado.

3.2.4. Las victorias griegas: Salamina, Platea y Micale

A) La batalla de Salamina

Tras la ocupación persa de Atenas, el ejército griego continuaba fortificando el Istmo mientras la flota se hallaba destacada en Salamina. A pesar

de las pérdidas sufridas en Artemisio, todas las ciudades griegas habían restablecido el número de sus naves e incluso algunas las habían aumentado. De este modo, los atenienses, que habían alineado ciento veintisiete naves en Artemisio, sumaban ahora ciento ochenta y suponían casi la mitad de toda flota griega, que contaba con trescientos ochenta navíos en total. Dentro de sus posibilidades es también notable el afán espartano, sus diez naves en Artemisio se han visto aumentadas a dieciséis.

Posiblemente la situación del ejército en el Istmo y de la flota en Salamina respondía a la misma estrategia defensiva en tierra y ofensiva en el mar que los griegos habían llevado a cabo en las Termópilas y el cabo Artemisio, ya que de otra manera no podemos comprender la posición de la escuadra en Salamina. Mientras el ejército defendía el Istmo, la flota debía enfrentarse a la armada persa.

Sin embargo, los sucesivos fracasos hicieron aflorar las tensiones entre los griegos. En Salamina, en la reunión del Consejo de generales, Euribíades, el jefe lacedemonio en quien recaía el mando supremo, y la mayoría de los generales griegos eran partidarios de zarpar rumbo al Istmo y librar batalla en las costas peloponesias. Temístocles se oponía tenazmente. Desde el principio de la guerra su planteamiento se había basado en dos premisas esenciales: la guerra se decidiría en el mar y no en tierra, y la única posibilidad de triunfo naval residía en atraer a la armada persa a un lugar estrecho. Ésta había sido su estrategia en Artemisio y lo mismo defendía en Salamina. Ante el Consejo de generales, advirtió de los peligros que la decisión mayoritaria entrañaba. La flota podía desbandarse, la batalla naval en el Peloponeso habría de librarse en mar abierto ante una flota más numerosa, por lo que las posibilidades de derrota eran muy elevadas. La retirada implicaba la pérdida de Salamina, Egina y Mégara. La flota estacionada en Salamina suponía entonces la última línea de defensa; si ella se retiraba, los persas alcanzarían el Peloponeso, precisamente lo que se trataba de evitar. Finalmente, Temístocles recurrió a la amenaza y al mismo chantaje: si la flota se retiraba de Salamina, los atenienses abandonarían la armada griega y se trasladarían al Sur de Italia, donde se asentarían. Todos comprendían que, sin las naves atenienses, la guerra estaba perdida. Según Heródoto (8.63), esta amenaza inclinó a Euribíades a aceptar el plan de Temístocles: "permanecer en Salamina y librar en sus aguas una batalla decisiva".

Por su parte los persas podían tratar de obligar a los griegos a abandonar su posición en Salamina, evitando así el enfrentamiento naval en el estrecho. Para lograrlo, el ejército de tierra podía atacar el Istmo de Corinto o bien la flota podía bloquear Salamina por el Este y el Oeste, cortando de ambas maneras el aprovisionamiento de la escuadra griega y de parte de la población ateniense que se había refugiado en la isla de Salamina. Sin embargo, si el ejército persa se aventuraba en un ataque en el Istmo, la derrota de la arma-

da persa en Salamina podía dejar a las fuerzas terrestres en mala situación. Por otro lado, un bloqueo naval implicaba dividir la flota y los persas no contaban con la superioridad suficiente (unos quinientos barcos frente a los trescientos ochenta griegos). Jerjes optó por una estrategia intermedia: toda la flota persa trató de atraer a los griegos hacia mar abierto, pero la maniobra fracasó, ya que los griegos no se dejaron arrastrar fuera del estrecho.

Los autores antiguos sitúan después de la reunión del Consejo de los generales una estratagema de Temístocles que tenía como finalidad atraer a la flota persa hacia Salamina. Temístocles envió a un esclavo suyo al campamento de los persas para hacer saber a Jerjes que los griegos se encontraban sumidos en el pánico y la confusión y proyectaban huir (Hdt. 8.75; Nepote, *Temístocles*, 4.3-5). Jerjes consideró el mensaje fiable y, seguro de la victoria, decidió atacar a los griegos. Así, mientras el grueso de la flota persa se extendía hacia el estrecho de Salamina y cercaba a la armada griega, el escuadrón egipcio circunnavegaba la isla de Salamina al objeto de rodear a los griegos por retaguardia.

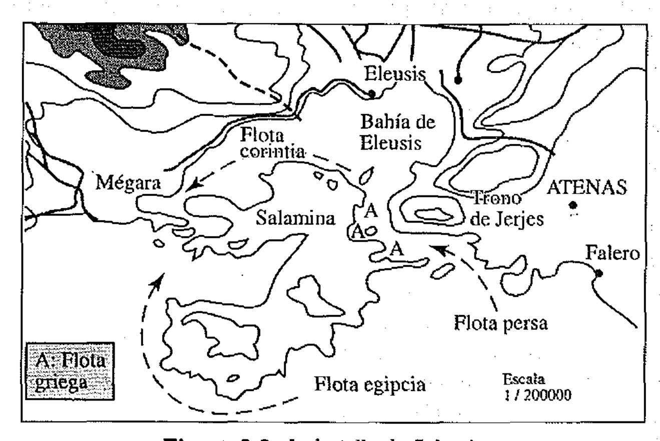


Figura 3.2. La batalla de Salamina.

No es necesario rechazar la historicidad de la misiva de Temístocles. Sin embargo, hay que tener en cuenta otras posibles razones. En la época en que nos encontramos, a finales de septiembre, Jerjes llevaba tres semanas en Atenas, impaciente por derrotar a la flota griega. Se acercaba, además, el final de la temporada de navegación, lo que podía, por un lado, comprometer el avituallamiento de la flota y del ejército de tierra y, por otro, podía obligar a la escuadra persa a invernar en Grecia. Si el ejército progresaba más hacia el Sur, Jerjes tendría que dividir la flota, parte de ella tendría que flanquear

el avance terrestre y otra sección debería permanecer frente a la escuadra griega. Jerjes pudo decidir entonces pasar a la ofensiva y jugarse el todo por el todo en un único envite.

Esa misma noche Arístides, que procedía de Egina, y otra nave de Tenos, que desertó del bando persa, lograron burlar el bloqueo persa y comunicaron a los griegos que estaban cercados. No quedaba otra solución que combatir (28 de septiembre del 480).

Los fenicios ocupaban el ala derecha y se hallaban enfrentados a los atenienses mientras los jonios tenían la izquierda frente a los eginetas y los lacedemonios (éstos últimos ocupaban el extremo del ala derecha griega). Al mismo tiempo, los corintios corrieron a enfrentarse con la flota egipcia que trataba de rodear a los griegos por la retaguardia circunnavegando Salamina. En contra de la versión de Heródoto (8.94) y la tradición ateniense, los corintios se comportaron con bravura. Como testimonio de su valor conservamos el epitafio que recuerda a los corintios caídos en la batalla (Meiggs, Lewis nº 24).

Esquilo en *Los Persas* (vv. 410-427) nos da una vívida descripción de la batalla en el relato que un heraldo persa hace ante la reina:

> Arranca la flota (griega) entera y avanza, y entonces se podía oír, muy cercana, una exclamación inmensa ¡Marchad, hijos de los griegos, liberad la patria, liberad a vuestros hijos y a vuestras mujeres, los santuarios de los dioses de vuestros padres y las tumbas de vuestros antepasados: es la batalla suprema! Por nuestra parte les responde un murmullo en lengua persa: no es hora ya de demorarse. Nave contra nave, chocan ya sus rodas de bronce. Un navío griego ha dado ya la señal para el abordaje: arranca la trabajada proa de una nave fenicia. Los demás colocan cada uno su proa sobre otro adversario. Al comienzo, el torrente de la escuadra persa resiste; pero como en un estrecho una multitud de barcos se acumula, no hay manera de prestarse mutuo auxilio, y unos y otros se embestían con sus émbolos de bronce rompiendo los aparejos de los remos. Las trirremes griegas, calculadamente, en círculo nos hostigan; los cascos de los bajeles se volcaban, y la mar, de cadáveres repleta, y de restos de naufragio, no era ya posible ver. Y las riberas y escollos de muerte se van llenando; en fuga desordenada marchan, remando, las naves que forman el bando persa, en tanto los griegos, cual si fueran atunes u otra redada de peces, iban con los restos de los remos y con pedazos de tablas atacándolos y a todos el espinazo quebraban. Por el piélago se extienden griteríos y lamentos, hasta que, al llegar la noche, se nos hurta el espectáculo (trad. de J. Alsina).

Los atenienses y eginetas realizaron una maniobra envolvente mientras las naves persas, apiñadas en gran número en un estrecho espacio, eran inca-

paces de coordinar cualquier movimiento y chocaban entre sí. Las naves griegas, más pesadas, hicieron prevalecer en un paso estrecho su capacidad de embestida frente a la maniobrabilidad de la escuadra persa. De este modo, los atenienses empujando por un extremo y los eginetas por otro destrozaron la flota persa. En las cifras verosímiles de Diodoro (11.19.3), los griegos perdieron cuarenta barcos y los persas más de doscientos sin contar las naves que fueron capturadas. Los griegos habían obtenido en Salamina una gran victoria, una victoria que decidía la suerte de la guerra.

En Sicilia, en este mismo año, los cartagineses emprendieron una vasta expedición contra los griegos de la isla. La campaña cartaginesa acabó en una gran victoria griega en Hímera (480). La tradición griega quiso ver en ello la existencia de una coordinación entre persas y cartagineses, según la cual los bárbaros del Este y del Oeste se habrían puesto de acuerdo para atacar a la totalidad del mundo griego. Sin embargo, se trata de una elaboración romántica a posteriori; la pretendida coordinación no era, en realidad, más que producto de la casualidad.

B) La retirada de Jerjes y de la flota persa

Salamina marcó el inicio del retroceso persa. Los restos de la escuadra persa, ahora que el mar pertenecía a los griegos, se refugiaron en Samos junto a la costa de Asia Menor.

Jerjes temía que los griegos navegaran hacia el Helesponto y cortaran sus puentes, lo que aislaría al ejército persa y al propio rey en Europa. Precisamente Temístocles propugnó entonces una gran ofensiva naval en el Egeo para conseguir que las islas sometidas a Persia se pasaran al lado griego y para obligar a la flota persa a refugiarse en la costa de Asia Menor. Después de ello, según Temístocles, y con el Egeo libre de la presencia persa, los griegos arrumbarían al Helesponto y destruirían los puentes. Sin embargo, Euribíades, Arístides y el resto de los generales se le opusieron e hicieron fracasar sus planes. La flota griega emprendió la persecución de los persas, pero Euríbiades se opuso a ir más allá de Andros.

Por otro lado, si los persas sufrían una derrota terrestre, el propio Jerjes podía caer prisionero de los griegos. Ante estos peligros, Jerjes decidió retirarse por tierra hacia Asia, pero dejó en Grecia una parte considerable del ejército, quizá unos ochenta mil hombres, a los que hay que sumar los contingentes griegos que combatían en el lado persa, un mínimo de cincuenta mil, al mando de Mardonio, que le promete el triunfo final sobre los griegos en una batalla terrestre. Así, Jerjes partió hacia Persia, atravesó el Helesponto y, después de estacionar un ejército en la Jonia, regresó a Susa. Por su parte, el ejército de Mardonio abandonó Atenas y se retiró a invernar en Tesalia, que ofrecía mejores posibilidades de avituallamiento.

En el transcurso del invierno (480/479) los atenienses regresaron a su ciudad, los persas sofocaron una rebelión que había estallado en Potidea y Olinto, en la Calcídica, y Mardonio decidió enviar una embajada a Atenas encabezada por Alejandro, el rey de Macedonia. Los atenienses, a instigación de Arístides, rechazaron la pretensión de Mardonio. Esta embajada es aprovechada por Heródoto para definir en palabras de los atenienses, por vez primera en la literatura griega, la grecidad (*to hellenikon*), en un texto capital para conocer la esencia del Helenismo:

> porque no hay en toda la tierra oro suficiente, ni una comarca tan excepcional por su belleza y su fertilidad, como para que estuviésemos dispuestos, a ese precio, a abrazar la causa de los medos y a esclavizar a la Hélade. De hecho, hay muchas y poderosas razones que nos impiden hacerlo aunque quisiéramos. La primera y principal la constituye el incendio y la destrucción de las imágenes y los templos de los dioses, que exigen de nosotros una implacable venganza, en vez de pactar con el autor de tales sacrilegios; por otro lado está el mundo griego, con su identidad étnica y lingüística, con su comunidad de santuarios y de sacrificios a los dioses, y con usos y costumbres similares, cosas que, de traicionarlas, supondrían un baldón para los atenienses (Hdt. 8.144.1-2, trad. de C. Schrader).

Ante el rechazo a su propuesta, Mardonio decide atacar nuevamente Atenas. Los peloponesios, ocupados en la construcción de un muro en el Istmo, no se mueven y, por tanto, los atenienses deben abandonar su ciudad, que es ocupada y saqueada nuevamente. Mardonio creía haber quebrado la voluntad de los atenienses y les envía a su refugio de Salamina una segunda embajada que es igualmente rechazada; los atenienses matan incluso a un buleuta, con toda su familia, que proponía aceptar las condiciones del persa. Este acto revela una firme voluntad de resistir que el segundo saqueo de Atenas no ha hecho sino reforzar.

C) Platea (479)

Habiendo completado la fortificación del Istmo, al llegar la primavera, los griegos pasan a la ofensiva en el frente terrestre. Desde Atenas, Mardonio, advertido a tiempo por los argivos, se repliega hacia Beocia. Aquí, entre el río Asopo y la cordillera del Citerón, en Platea, tendrá lugar la batalla terrestre decisiva.

Los griegos disponen, según Heródoto (9.28-30), de treinta y ocho mil setecientos hoplitas y con la infantería ligera suman unos ciento diez mil soldados en total. Parecen carecer completamente de caballería.

Los efectivos persas alcanzaban, al decir de Heródoto (9.32), 300.000 bárbaros y 50.000 griegos. Cifras, sin duda, exageradas, pero que revelan

que Mardonio disponía de una confortable superioridad numérica. Los persas contaban, además, con abundante caballería.

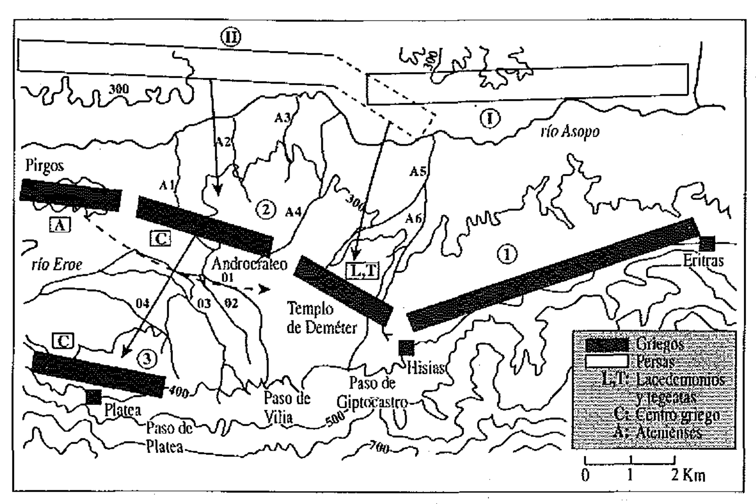


Figura 3.3. La batalla de Platea.

Mardonio situó su ejército detrás del río Asopo (I) mientras los griegos se disponían en las estribaciones del Citerón, desde Eritras hasta Hisias (1). Los lacedemonios tenían el ala derecha con 5.000 espartiatas, 5.000 periecos y 35.000 hilotas. Los ocho mil atenienses, bajo el mando de Arístides, Mirónides y Leocrates, ocupaban el ala izquierda (Plu. *Aríst.* 11 y 20). El resto de los aliados se distribuían en el centro. El regente espartano Pausanias tenía el mando supremo de todo el ejército.

Durante diez días Mardonio lanzó repetidas incursiones de su caballería, que acometió a los convoyes griegos y logró cortar los abastecimientos enemigos. Los griegos se movieron entonces hacia el Noroeste (2), hacia una zona jalonada de colinas bajas al Norte-Nordeste de Platea (Plu. *Aríst.* 14-16), en una posición más avanzada con la intención de encontrar un mejor aprovisionamiento de agua y de inducir al grueso del ejército persa a cruzar el Asopo y trabar batalla. Eran conscientes de que la infantería persa jamás atacaría a los griegos si seguían estacionados en las laderas del Citerón. A su vez los persas se desplazaron algo más al Oeste, siempre detrás del río Asopo (II). Sin embargo, la estrategia griega no tuvo éxito. La caballería persa volvió a hostigar nuevamente a los griegos y puso el centro de su formación en graves dificultades. Poco después, la caballería persa ocupó Giptocastro, uno de los tres pasos del Citerón por los que los griegos recibían refuerzos

y suministros. Tras la ocupación de Giptocastro, los griegos tenían dos opciones: o cruzar el Asopo y presentar batalla en la llanura en un terreno favorable para la caballería persa o replegarse un poco más al Sur para proteger los dos únicos pasos que permanecían expeditos (Platea y Vilia). Los griegos se decantaron por esta última opción. El ala derecha griega compuesta por lacedemonios y tegeatas (L, T) se replegaría hacia el Sur para tratar de recuperar el paso de Giptocastro. Los atenienses (A) retrocederían en dirección al Sureste para proteger el paso de *Vilia* y pasarían a ocupar el centro griego, mientras que el centro griego se situaría al Norte de Platea para defender el paso más occidental (el de Platea). Sin embargo, la retirada se lleva a cabo con poca coordinación y en medio de bastante confusión. El centro griego retrocedió hasta Platea, más lejos del lugar en principio asignado, mientras que atenienses y espartanos, demasiado lentos en su retirada, se hallaban lejos todavía de sus posiciones de destino. Entonces, Mardonio, que cree estar frente a un enemigo que huye, lanza la caballería y las infanterías griegas y persas propiamente dicha. Posiblemente pensaba lanzar el resto del ejército en una segunda oleada. Los contingentes persas trataron entonces de cercar a los lacedemonios y a los tegeatas. En el momento crítico de la batalla, los lacedemonios y tegeatas resistieron los ataques de la caballería y se lanzaron al cuerpo a cuerpo contra la infantería persa:

> Así, pues, al verse aislados, los lacedemonios y los tegeatas (aquéllos, incluidos los soldados armados a la ligera, sumaban cincuenta mil hombres, mientras que los tegeatas -que en ningún momento se separaron de los lacedemonios- contaban con tres mil) procedieron a realizar sacrificios, decididos a enfrentarse con Mardonio y a las tropas que tenían ante ellos [...]. Primeramente se combatió en torno a una barricada formada por los escudos (persas); y, cuando la misma se hubo desmoronado, se libró, acto seguido, un encarnizado combate que duró largo tiempo en las inmediaciones del mismísimo templo de Deméter, hasta que llegaron al cuerpo a cuerpo, ya que los bárbaros agarraban las lanzas del enemigo y las rompían.[...] Lo cierto es que mientras Mardonio estuvo vivo, sus tropas resistieron y se defendieron, derribando a muchos lacedemonios. Pero, al morir Mardonio y sucumbir los efectivos que lo protegían, que eran los más aguerridos del ejército, fue cuando los demás contingentes se dieron a la fuga, cediendo ante los lacedemonios. De hecho, su mayor desventaja residía en su equipo, que carecía de armas defensivas, pues combatían contra hoplitas cuando ellos iban armados a la ligera (Hdt. 9.61.2-63.2; trad. de C. Schrader).

Tras la muerte de Mardonio, los lacedemonios hicieron huir a los persas. Es la señal de la victoria griega, una victoria que se había conseguido gracias a la disciplina espartana que no descompuso su formación frente a los ataques de la caballería y fue capaz de trabar combate cuerpo a cuerpo con

la infantería persa. Al mismo tiempo, los atenienses, que llamados por Pausanias acudían en ayuda de los lacedemonios, vencieron a los griegos que habían medizado, especialmente a los tebanos (Plu. *Arist.* 18-19). El ejército persa huyó precipitadamente, los griegos cruzaron el Asopo y masacraron a los persas. Sólo una parte del ejército persa, bajo el mando de Artabazo, consiguió huir (*c.* mediados de agosto del 479).

D) Mícale

En el invierno del 480/479, Temístocles se trasladó a Esparta con la intención de convencer a los lacedemonios de la necesidad de una ofensiva naval. Todo parece indicar que los espartanos aceptaron la propuesta. En efecto, en la primavera del 479, la flota griega pasó a la ofensiva navegando de Delos a Samos, donde se encontraba la escuadra persa. Ante el avance griego, los persas, que contaban con doscientos o trescientos barcos, un número inferior a los griegos, se retiraron a Mícale, cerca de Mileto, buscando refugio al lado del ejército que Jerjes había dejado aquí para evitar una sublevación general de la Jonia. Los persas vararon su flota y la rodearon con una empalizada mientras el ejército se estacionaba junto a las naves. Alejaron también a los jonios del frente de batalla bajo el pretexto de que protegieran la retaguardia, pero en realidad porque temían que les hicieran traición.

Los griegos atacaron la flota persa y la destrozaron. Inmediatamente desembarcaron. Sólo los persas propiamente dichos se batieron con valor, pero los griegos aplastaron toda resistencia. En el mismo campo de batalla, los griegos de Asia Menor y de las islas cercanas a la costa se pasaron al bando heleno, lo que Heródoto (9.90) califica de una "segunda revuelta de la Jonia". Los milesios, que guardaban los pasos de retaguardia, masacraron a los que huían.

Después de la victoria, los generales griegos se reunieron en Samos para tratar del destino de los griegos de Asia y de las islas que habían desertado de los persas. Los lacedemonios y el resto de los peloponesios consideraban imposible defender de manera continuada Asia Menor y las islas próximas y propusieron trasladar sus habitantes a Grecia: se les daría la tierra de las ciudades que habían medizado. Los atenienses y los griegos de Asia y del Egeo se opusieron a tal medida y los peloponesios transigieron. Los samios, quiotas, lesbios y otros isleños fueron entonces admitidos en la Liga Helénica.

Luego, la flota griega partió con rumbo al Helesponto para cortar los puentes. Pero, cuando ésta llegó a Abido, el ejército persa de Artabazo, que huía desde Platea, había pasado ya a Asia y los puentes habían sido desmantelados por una tempestad. Llegados a este punto, los lacedemonios y el resto de los peloponesios pensaban que los objetivos principales de la campaña se habían logrado y se retiraron. Por su parte, los atenienses y los demás

griegos consideraban que era necesario expulsar definitivamente de Europa a los persas; éstos se habían concentrado en la plaza fuerte de Sesto, la capital de la satrapía de Skudra, que comprendía Tracia y el protectorado de Macedonia y era lugar de paso obligado de la ruta del trigo que iba del Ponto Euxino a Atenas. Desde Abido, los atenienses cruzaron el estrecho y emprendieron el asedio de Sesto, que cayó en el otoño.

La toma de Sesto, que dejaba el Helesponto en manos griegas, marcaba para Heródoto y para Tucídides el final de las Guerras Médicas y el definitivo alejamiento de la amenaza persa.

3.3. Las razones de la victoria griega

¿Cómo fue posible que unos pocos miles de griegos se impusieran a un Imperio capaz de movilizar en hombres, barcos y dinero recursos inmensos? Es una pregunta que a lo largo de los siglos ha inquietado a cuantos han reflexionado sobre el conflicto entre griegos y persas.

En primer lugar, las Guerras Médicas pusieron de manifiesto las debilidades insalvables del Ejército persa relativas a su composición plural y a su armamento. La heterogeneidad de efectivos en lenguas, costumbres y especialmente en los modos de hacer la guerra, suponía un grave obstáculo para el Ejército persa. La mayor parte de los soldados que componían el Ejército persa presentaban carencias en su armamento, especialmente en armas defensivas. Armados con lanzas, arcos, escudos de mimbre y espadas cortas, muchos de ellos, incluso los mismos persas, no llevaban siquiera coraza. En el cuerpo a cuerpo no podían resistir a los hoplitas griegos, sólidamente armados. Es cierto, se nos dice, que en el Ejército persa figuran hoplitas, todos los griegos que habían medizado, pero no constituían la parte principal. He aquí una de las claves: el núcleo esencial del Ejército, formado por los persas propiamente dichos, era incapaz de penetrar en la compacta formación de una falange hoplítica. Ello explica la resistencia de Leónidas y los suyos en las Termópilas y las victorias griegas en Platea y Mícale.

La caballería persa era numerosa y estaba bien entrenada y mandada. Acostumbrada a triunfar en los espacios abiertos de las llanuras asiáticas, sin embargo, veía reducida su importancia en los terrenos ásperos y abruptos de la Grecia continental y, sobre todo, escasamente protegida (los griegos los consideran arqueros a caballo), no podía romper el frente de una falange griega.

Los hoplitas griegos contaban con eficaces armas defensivas (escudo, coraza, yelmo y grebas) y, si lograban mantener el orden, la victoria estaba prácticamente asegurada. Ni los griegos que formaban en el Ejército persa, ni la caballería ni una superioridad numérica abrumadora fueron capaces de

compensar la superioridad de la infantería pesada griega, especialmente cuando ésta se situaba en terreno favorable y mantenía la formación.

Muchos pueblos combatieron con escaso entusiasmo y se desbandaban con facilidad, especialmente cuando su jefe supremo moría. Los mismos persas tuvieron una dependencia excesiva de su general y acusaban duramente su pérdida, como ocurrió en Platea cuando pereció Mardonio. En este sentido podemos suponer los efectos que tuvo sobre la moral del ejército la retirada de Jerjes tras la derrota de Salamina. Aún más: el Ejército en su conjunto dependía excesivamente de los contingentes persas, de manera que la derrota de los persas arrastraba a todo el ejército. Integrado por más de treinta Estados, el Ejército griego tenía también una composición muy variada, lo que provocó divisiones, pero, en el momento del combate, la diversidad era, en parte, aparente: su armamento era homogéneo y superior al persa.

Los persas tuvieron que hacer frente también a numerosos problemas logísticos prácticamente insalvables: la dificultad de la geografía griega, la incapacidad de los puertos griegos para acoger la escuadra, las costas excesivamente recortadas que impedían el despliegue completo de la flota y sobre todo los graves problemas que planteaba el abastecimiento en suelo griego de un número tan elevado de hombres y animales, no sólo en alimentos, sino también, y muy especialmente, en agua. Por paradójico que nos parezca, su propio número fue más una rémora que una ventaja. En este sentido, la retirada de Jerjes y de parte del ejército redujo el ejército persa al mando de Mardonio en un número más racional. Con contingentes más pequeños y selectos, mejor armados y abastecidos, los persas tuvieron entonces la mejor oportunidad de vencer.

Otra de las razones de la victoria griega es de índole estratégica. El mando persa dio muestras de división, pero, salvo algunas excepciones, el comando supremo persa, fiado en un presunta superioridad militar y analizando a la ligera las posibilidades griegas, tuvo casi siempre una apreciación incorrecta de la situación estratégica; ello le llevó a cometer errores en momentos decisivos, como ocurrió en Salamina o Platea. En el mar, sus posibilidades de victoria se centraban en una batalla en mar abierto y nunca en aceptar combate en un paso estrecho. En tierra, debieron apostar por una estrategia indirecta, hostigar, rodear, flanquear como hicieron en las Termópilas o en la primera parte de la batalla de Platea. Sólo en condiciones muy favorables podían aceptar un choque frontal con la falange.

Una de las características del conflicto fue la división griega, que afloró a cada momento. Muchos Estados griegos se sometieron a los persas antes de la invasión, otros muchos, y muy importantes, medizaron en el transcurso de la lucha, otros permanecieron neutrales. En muchos casos, tanto las ciudades que medizaron como las que no lo hicieron estaban divididas en su fuero interno en facciones antipersas y filopersas. Por no hablar de las disensiones entre los propios

griegos que combatieron finalmente a los persas, que se reflejan en el Consejo de generales, donde casi siempre las estrategias espartanas y atenienses son opuestas y se enfrentan gravemente, especialmente durante y después de la batalla de Salamina. Pero, a pesar de todas las divisiones, la estrategia ateniense era la acertada y prevaleció en los momentos cruciales. Aún más: paradójicamente, los griegos (especialmente Temístocles) fueron capaces de aprovechar su propia división como un arma para vencer. Es ella, por ejemplo, la que hace creíble el mensaje de Temístocles a Jerjes antes de Salamina. Sobre todo, los griegos consiguieron sembrar la duda sobre el comportamiento de los propios helenos que figuraban en el Ejército persa.

A pesar de todo, bastantes Estados griegos lograron sobreponerse a sus divisiones internas, a las querellas con sus vecinos y a los propios desastres de la guerra y ver más allá. No es fácil especular sobre aquello que no ocurrió, pero no podemos creer que, si los tesalios se hubieran mantenido en el bando griego, los focidios hubieran medizado como pretende Heródoto (8.30.2-6) o que Tespias y Platea hubieran combatido con los persas si Tebas se hubiera alineado con los griegos. En el Tempe, tesalios y focidios (podían haberse acogido a la neutralidad) y todos los beocios figuran en el mismo bando. No es tan segura la cerrada enemistad de Tespias con Tebas en este período, desde luego no mucho más que Tanagra o que Orcómeno, la gran rival de Tebas en Beocia, dos ciudades que medizan junto a los tebanos. Egina y Atenas mantuvieron un encarnizado enfrentamiento antes de las Guerras Médicas (que seguirá después) y cooperaron en el mismo bando. Sin olvidar la decisiva contribución de otros Estados como Egina o Corinto, Esparta se mantuvo en el lado de los griegos e influyó en las ciudades de la Liga del Peloponeso. Atenas resistió inquebrantablemente a pesar de las dos destrucciones de su ciudad, de las propuestas ventajosas de Mardonio y de la, en ocasiones, desesperante actitud de los aliados. Atenienses, espartanos y otros muchos griegos combatieron firmemente convencidos de que la dominación persa significaba la esclavitud de toda Grecia.

3.4. Las consecuencias de las Guerras Médicas

Las Guerras Médicas promovieron, en primer lugar, un impulso del panhelenismo. No se trata del refuerzo de una unidad política, sino del desarrollo de una conciencia de unidad de civilización, de costumbres, lengua y religión, que predispone a las ciudades a una actitud solidaria frente al bárbaro. Como parte de este Panhelenismo, la dura prueba de la guerra profundizó también en el dualismo entre griegos y bárbaros y ahondó la conciencia del abismo que separaba a los bárbaros de los helenos. Es ahora cuando el griego se define por antonomasia frente al bárbaro.

La guerra continuó todavía largos años, pero, durante casi setenta años, los persas fracasaron en todo intento de recuperar posiciones en el Egeo, en el Asia griega y en Grecia continental. La paz de Calias, firmada en el 449, confirmó las pérdidas persas. Sólo la guerra del Peloponeso les dará la oportunidad, a partir del 411, de recuperar por vía diplomática lo que habían sido incapaces de conseguir por la fuerza de las armas.

El Sinedrio de la Liga Helénica se convirtió en el alto tribunal que juzgó los casos de medismo. El castigo a algunas ciudades que habían medizado fue especialmente duro. Tebas puede ser tomada como ejemplo. Los griegos saquearon el territorio de Tebas y asediaron la ciudad, que tuvo que rendirse: sus muros fueron derruidos y los principales filopersas fueron entregados (Hdt. 9.86-87). En Tebas se instauró una oligarquía progriega. Aunque la Confederación beocia no fue disuelta, la organización federal salió muy debilitada de la guerra y Tebas debió ceder la hegemonía de la Confederación a Tanagra. Tebas y otros Estados que medizaron tardaron largo tiempo en recuperarse.

En un mundo griego estructurado en *poleis* independientes, la unidad política, mucho menos la creación de un Estado único, era imposible por el mero hecho de que destruía precisamente la forma de organización tradicional. Si entendemos esto, estaremos rozando con los dedos la esencia del clasicismo. De este modo, las Guerras Médicas, a la vez que desarrollaron la conciencia de pertenecer a una misma civilización, dieron lugar a la división política de la Hélade. Ambos fenómenos no son en modo alguno incompatibles. Así, la consecuencia más importante de las Guerras Médicas fue el nacimiento de dos alianzas militares antagónicas. Por un lado, la Liga del Peloponeso, bajo la hegemonía de Esparta, que tiende a preferir los regímenes oligárquicos y que se asienta, salvo algunas excepciones como Corinto o, en menor medida, Mégara, sobre el poder del Ejército de Tierra. Por otro, la Liga délico-ática, cuyo hegemón es Atenas, donde la democracia se impone paulatinamente y que se fundamenta sobre el poder naval. A partir de ahora la historia de Grecia entrará en la llamada Pentecontecia, el período de los cincuenta años siguientes a las Guerras Médicas, que se caracteriza por el progresivo enfrentamiento entre estos dos bloques, que desembocará en la larga y terrible guerra del Peloponeso.

PARTE III
LA PENTECONTECIA

4. El Estado espartano en el siglo V

Junto con Atenas, Esparta comparte durante el siglo V la hegemonía sobre buena parte de las *poleis* griegas; inician el siglo como aliadas frente a los persas y lo acaban con la derrota de una a manos de la otra; dos visiones diferentes del mundo, dentro de un marco político compartido como es el de la *polis*, sus formas de actuación marcarán la historia de la Hélade durante este siglo. El análisis de sus estructuras políticas, sociales e ideológicas será determinante para entender el desarrollo histórico de la Grecia clásica; en este capítulo, abordaremos la peculiar forma espartana de organizar su *polis*, así como los ideales y los sistemas de valores inherentes a esa organización.

4.1. El sistema político espartano

Las Guerras Médicas, vencidas en común por Atenas, Esparta y la Liga Helénica, son el momento de arranque de la Esparta clásica. Es a lo largo del siglo V cuando, obedeciendo a una serie de circunstancias, a las que aludiremos a lo largo de este capítulo, Esparta va convirtiéndose en ese Estado duro, cerrado, militarista cuya imagen va a pasar a la posteridad, no exenta de exageraciones en muchas ocasiones excesivas. Es también el momento en el que los propios espartanos, indudablemente ayudados por quienes se convertirán en sus enemigos irreconciliables, los atenienses, van a querer proyectar hacia el pasado esa imagen y van a rodearla del aura casi mística de haberles sido otorgada por el legendario Licurgo. Sin embargo, un análisis razonable de los testimonios históricos indica que no estamos autorizados a proyectar a un remoto pasado esa imagen, sino que, por el contrario,

hemos de hacer hincapié en cómo el sistema que Esparta había heredado del período arcaico va transformándose de acuerdo con los nuevos acontecimientos históricos que se van sucediendo en el siglo V. Ese panorama puede aplicarse también al propio sistema político espartano, que culminará en el siglo V un proceso de evolución que, no cabe duda, se había iniciado siglos atrás.

4.1.1. La realeza

La existencia de una doble realeza es una de las principales originalidades del sistema político espartano. Confiada a dos únicas familias, la de los Agiadas y la de los Euripóntidas, había empezado a mostrar síntomas de transformación ya desde finales del siglo VI. El conflictivo reinado del rey Cleómenes I, con sus conocidas irregularidades, marcó un hito importante en el desarrollo del sistema. Como ya pudimos observar en su momento, es como consecuencia de la política siempre conflictiva de este personaje que surgirá una disposición que impedirá que los dos reyes dirijan simultáneamente el Ejército. Esta norma, que a primera vista podría parecer un menoscabo del poder y de la autonomía de los reyes, en la práctica significará que aquél de los dos que goce de mayor popularidad, o de mayores apoyos, se convertirá, campaña tras campaña, en el nombrado para encabezar el Ejército, lo que le dejará, por otro lado, un margen importante de influencia (y de prestigio) en la vida política una vez que demuestre, en el campo de batalla, su capacidad de dirigir y de vencer con el ejército.

Pero veamos con detalle algunas de las funciones y atribuciones de los reyes espartanos. Heródoto dedica algunos capítulos de su obra a hablar, específicamente, de los privilegios (*gerea*) que los espartanos han concedido a sus reyes, distinguiendo entre los que les corresponden en tiempo de guerra y en tiempo de paz. Empezando por los primeros, Heródoto asegura que tenían la capacidad de declarar la guerra a quien quisieran (Hdt. 6.56); esta prerrogativa, sin embargo, no parecen acordársela a los reyes espartanos ni los autores antiguos ni los modernos. Es bastante probable que Heródoto haya extrapolado, como norma general, lo que fue el comportamiento de Cleómenes I o, incluso, hasta Cleómenes I. Es posible que los reyes arcaicos tuviesen este privilegio, pero los reyes de época clásica parecen haberlo perdido; en época clásica la guerra parece acordarla la asamblea, como muestra, por ejemplo, Tucídides (1.87) cuando narra el principio de la guerra del Peloponeso.

Sin embargo, acordada la guerra, el rey se convierte en el jefe indiscutible del Ejército. Realiza los sacrificios propiciatorios antes de abandonar el territorio lacedemonio y es el primero que atraviesa sus fronteras; encabeza

la marcha y toma todas las decisiones pertinentes al desarrollo de la campaña. Va acompañado de una guardia personal de cien soldados de elite (Hdt. 6.56; X. *Lak.* 13). En el tránsito del arcaísmo al clasicismo los reyes han ido perdiendo, incluso en el campo de la guerra, que les es más propio, algunos poderes. Quizá algunos de los abusos que cometió Cleómenes I determinaran estas cortapisas, unido posiblemente al deseo espartano de evitar que volviesen a repetirse los acontecimientos de Eleusis, cuando una parte de los aliados abandonó el ejército por desacuerdo con la indefinición de los objetivos de la campaña. Incluso durante o después de la misma, los reyes estaban sujetos a la autoridad de las instituciones espartanas, encabezadas por los éforos y respaldadas por la asamblea. Se trataba de evitar en los reyes cualquier tentación de asumir un poder tiránico. Es muy posible que en el mantenimiento de estos poderes hubiese una fuerte carga religiosa y simbólica, puesto que guerra y religión iban muy unidas, en general, en la mente de los griegos y, sobre todo, en la de los espartanos; además de los numerosos sacrificios que debían realizar, siempre se recordaba que ellos eran descendientes directos de Heracles. Jenofonte acaba su descripción de las funciones militares de los reyes asegurando que "así pues, al rey no le quedaba por ejecutar otra actividad en campaña que la de sacerdote por lo que se refería a los dioses y la de general por lo que hacía a los hombres" (X. *Lak.* 13.11). Con el paso del tiempo, y quizá por la desconfianza que, a partir de época clásica, caracterizó a todo el sistema político espartano, dos éforos acabaron acompañando al ejército en campaña; sus funciones no debían de ser nada claras, ya que Jenofonte asegura que "no intervenían en nada" (X. *Lak.* 13.5), aunque parece demasiado forzado pensar que sólo estuviesen ahí para observar el comportamiento del rey por si había que denunciarlo.

Estos recortes, claramente más prácticos que teóricos, en el campo militar, se compensaban con unos cuantos gestos en el terreno civil que, aunque ciertamente simbólicos, no ocultaban la pérdida de poderes que sufren los reyes durante el siglo V. También Heródoto y Jenofonte coinciden en la enumeración de estos honores. Dirigen los sacrificios públicos, realizados en nombre de la ciudad, y tienen derecho a sentarse en primer lugar y a ser atendidos primero, así como a doble ración que los demás. Reciben del Estado animales y vegetales para que hagan sacrificios en honor a Apolo, el Estado les asigna tierras (*temene*) sustraídas a las comunidades periecas para que puedan vivir dignamente, reciben subvenciones alimenticias habitualmente y disponen de una reserva propia de agua frente a su casa; todos (salvo los éforos) se levantan en su presencia, custodian las respuestas dadas por el oráculo de Apolo, con la ayuda de dos individuos de confianza por rey, llamados pitios y también alimentados por cuenta de la *polis*, etc. Además, tienen la capacidad de nombrar proxenos o embajadores, deciden sobre los matrimonios de huérfanas herederas y sobre las adopciones. Como función

política directa tienen la de presidir el Consejo de Ancianos o *gerousia* o, al menos, la tenían durante la época arcaica (Tirteo, frag. 3a D), aunque parece probable que en algún momento perdieron también esta función en beneficio de los éforos.

Seguramente es un fenómeno propio del siglo V, y dentro de ese cierto ambiente de desconfianza general hacia los reyes a que hemos aludido, la institución del juramento mensual entre los reyes y los éforos, mediante el cual los primeros se comprometen a acatar las leyes de la *polis* y los segundos a garantizar la permanencia de los reyes mientras cumplan su compromiso. El propio Jenofonte reconoce el carácter moderado de estos privilegios y recapitula la exposición que realiza de los mismos asegurando:

> Así pues, éstos son los honores (*timaí*) que le han sido dados al rey en los asuntos domésticos mientras vive, y que no superan en mucho a los de los particulares. En efecto, no quiso [Licurgo] ni que a los reyes les sedujese la idea de la tiranía ni que a los ciudadanos les entrase envidia de su poder (X. *Lak.* 15.8; trad. de A. Domínguez).

Naturalmente, en el relato de Jenofonte habría sido Licurgo quien habría instituido estas normas; sabemos, sin embargo, que todavía a principios del siglo V reyes como Cleómenes I distaban mucho de ese ideal, y su propio reinado, aún lleno de una desmesura arcaica, nos previene ante la visión indudablemente propagandística de los autores posteriores. No cabe duda de que la situación que nos presenta Jenofonte es el resultado de una progresiva pérdida de poder real a lo largo del siglo V, en beneficio de otras instituciones y, muy especialmente, de los éforos, que acabarán asumiendo muchas de las prerrogativas de que habrían gozado los reyes arcaicos. Pero no podemos olvidar que los éforos eran cinco y de mandato anual, mientras que los reyes eran dos y, salvo que incurriesen en ilegalidad, vitalicios; ello les proporcionaba una mayor posibilidad de intervenir, amparados en su prestigio, en las decisiones políticas, aunque de forma indirecta, influyendo sobre los ciudadanos que eran, a su vez, más influyentes o dando su opinión o parecer en los momentos claves.

El único momento en el que la *polis* lacedemonia se permitía mostrar un comportamiento diferente con respecto a los reyes era cuando morían. Jenofonte considera que los honores que reciben en sus funerales son sólo semejantes a los que se ofrecen a los héroes (X. *Lak.* 15.9) y contrastan radicalmente con los habituales para el resto de los ciudadanos, que no podían enterrarse más que con un sudario rojo y hojas de olivo, sus lápidas no podían llevar epígrafes, salvo las de los muertos en combate, y el luto y los lamentos estaban muy limitados (Plu. *Mor.* 238D 3-9). Heródoto detalla en qué consistían estos honores acordados a los reyes a su muerte: mujeres golpeando calderos divul-

gan la noticia por toda Laconia; en cada familia, un hombre y una mujer libres deben vestir de luto; al funeral, además de acudir todos los ciudadanos, debía asistir un número de periecos de todas las ciudades acordado por las autoridades. Los miles de asistentes al funeral deben prorrumpir en gritos y lamentos proclamando la bondad del difunto y se decreta un luto oficial de diez días en el que no podían celebrarse ni actividades comerciales ni políticas (Hdt. 6.58). Estas celebraciones, comparables en su desmesura a los funerales de Patroclo en la *Odisea*, recuerdan a la *polis* el vínculo con los descendientes de Heracles, pero son, ya en el siglo V, una auténtica reliquia del pasado, que no refleja ni el poder auténtico ni el peso del rey dentro de Esparta.

Fueron, sin duda, reinados demasiado personalistas, como el del tantas veces mencionado Cleómenes I o como la regencia de Pausanias, el vencedor de Platea, los que fueron propiciando este recorte de los poderes de los reyes, en un momento, además, en el que la amenaza persa primero y la gestión de la victoria después, convierten a Esparta en uno de los poderes indiscutibles de Grecia. El mundo griego se había visto implicado en una guerra de una magnitud desconocida hasta entonces, y las ciudades griegas se habían visto al borde de la desaparición; en consecuencia, los mecanismos políticos se van perfeccionando y refinando y tanto en Atenas como en Esparta se observa esta tendencia.

Por lo que se refiere al caso espartano, la guerra con los persas los sorprende con un rey en minoría de edad, Plistarco, nacido el mismo año de la muerte de su padre Leónidas, y con otro, Leotíquidas, cuya posición debía de ser bastante débil en Esparta a cuenta del apoyo que había prestado a Cleómenes I en sus planes y del medio fraudulento mediante el que accedió al trono. De hecho, a la muerte de Cleómenes los espartanos acordaron incluso entregárselo a los eginetas a cuenta de los desmanes cometidos por ambos reyes contra ellos años atrás. Además, y a pesar de que sabemos que comandó el ejército griego en Mícale (seguramente para dar confianza a los aliados), los espartanos no debieron de confiar nunca demasiado en él y, al final, acusado de soborno, acabó exiliándose a Tegea (Paus. 3.7.9). Ello, unido al creciente y negativo protagonismo que empezó a ejercer pronto Pausanias, primo, tutor y regente de su primo Plistarco, debió de hacer ver la necesidad de hacer cambios constitucionales que dejasen en manos de los éforos y, a través de ellos, en la asamblea, muchos de los poderes que hasta entonces habían tenido los reyes. En efecto, ya durante la regencia de Pausanias (480-470) los éforos parecen disponer de bastantes nuevos poderes: pueden detener (Th. 1.134.1) y encerrar en prisión a los reyes (Th, 1.131.2) y tienen derecho a investigar las actividades del rey (Th. 1.133-134). En el año 418, incluso, se le impone al rey Agis II, además de una multa de 10.000 dracmas y la demolición de su casa, un consejo de diez "consejeros" (*symbouloi*) sin cuya asistencia no se le permitiría volver a tomar el mando del Ejército (Th. 5.63.4).

Para completar esta visión acerca del Gobierno espartano, veamos qué caracteriza a los éforos del siglo V.

4.1.2. Los éforos

El eforado es una de las magistraturas claves de todo el sistema político espartano de época clásica. Su origen parece haber sido bastante antiguo, habiendo autores clásicos que lo atribuyen tanto al legendario Licurgo (Hdt. 1.65.5) como, quizá con mucha más verosimilitud, a la época del rey Teopompo (Arist. *Pol.* 1313a 26-30; Plu. *Lyc.* 7.1), en el tránsito del siglo VIII al VII. Durante la época arcaica apenas se conocen sus competencias y sus poderes, y es ya a partir de finales del siglo VI cuando empezamos a disponer de más informaciones. Da la impresión de que la causa del aumento paulatino de sus atribuciones pudiera estar tanto en el protagonismo excesivo de algunos reyes como en el mal uso que éstos, con plenas funciones militares, podían hacer de la impresionante fuerza militar que se ponía bajo sus órdenes. El ya mencionado fiasco ante Eleusis debió de poner en alerta a los círculos aristocráticos espartiatas acerca de los desmedidos poderes de los reyes, y durante los años previos a las Guerras Médicas debieron de establecerse mecanismos de control; los éforos, cuyo carácter colegial y cuya anualidad podría contrapesar los inconvenientes de dotarlos de gran poder, y que eran ya una vieja magistratura tradicionalmente relacionada con los distintos poderes (reyes, gerusía, asamblea), serían vistos, así, como la solución más aceptable.

Lo cierto es que ya durante las Guerras Médicas, como hemos visto, aparecen los éforos observando los actos del regente Pausanias y tomando medidas drásticas y rápidas contra él. Esta supremacía de los éforos, y su papel de vigilantes de todo el sistema político, la subraya Jenofonte:

> En efecto, los éforos tienen poder para castigar a quien quieran, tienen autoridad para proceder al instante, tienen autoridad también para actuar sobre los magistrados en el acto, cesándolos y aun incluso encarcelándolos e interponiendo contra ellos procedimientos capitales. Tienen tanto poder que, a diferencia de lo que ocurre en las otras ciudades, en donde a los cargos electos se les deja que gobiernen durante el año de su mandato como quieran, como si fueran tiranos o como hacen los que dirigen los juegos gimnásticos, si encuentran que alguien está realizando algo contra las leyes, al punto y al instante lo castigan (X. *Lak.* 8.4; trad. de A. Domínguez).

Las funciones de los éforos eran, ciertamente, importantes y abarcaban todos los campos de la actividad política y administrativa. Veamos, pues, algunas de ellas.

Dentro de lo que podríamos llamar política interior la principal función de los éforos es mantener el orden y la seguridad dentro de Lacedemonia, en nombre de la asamblea que los nombra y de la que dependen sus poderes. Esto lo realizan de varias maneras, tanto mediante la guardia y vigilancia que hacen de las costumbres y de los comportamientos de los ciudadanos cuanto por medio de una serie de actividades de carácter mucho más activo. Según asegura Aristóteles (en Plu. *Lyc.* 28.4), uno de los primeros cometidos de los éforos cuando tomaban posesión de su cargo era declarar la guerra a los hilotas, para justificar el que se les pudiera dar muerte. Parece que eran los éforos quienes organizaban la *krypteia*, que era una especie de ritual de iniciación de los jóvenes ciudadanos, a quienes se dejaba en el campo con el alimento imprescindible y un puñal para que, ocultos por la noche, diesen muerte a cuantos hilotas se encontrasen por los caminos y en sus viviendas (Plu. *Lyc.* 28.3-6). Era éste un medio, indudablemente, de mantener un permanente temor sobre las poblaciones sometidas, aun cuando seguramente no deberíamos pensar en masacres permanentes, sino quizá más en una ceremonia ritualizaba que tal vez se saldase con la muerte de unos cuantos hilotas; de cualquier modo, e independientemente de los hilotas muertos, los efectos psicológicos sobre la población sometida serían importantes. Se sabe también que los éforos podían imponer la pena de muerte, directamente, a los periecos (Isoc. 12.181).

Otro de los mecanismos que estaban en la mano de los éforos parece haber sido también la expulsión de los extranjeros o *xenelasia*; esta desconfianza hacia los extranjeros tenía como objetivo, al menos teórico, evitar que pudieran enseñar comportamientos inadecuados a los espartiatas (Plu. *Mor.* 238D 12-E 1-2). Una de las más antiguas ocasiones en que conocemos la práctica de esta costumbre tiene lugar en los primeros años de reinado de Cleómenes I, cuando llega a Esparta, procedente de Samos, el tirano depuesto por los persas Meandrio acompañado de todas sus riquezas. El rey, para evitar que con las mismas pudiera corromper a los ciudadanos,

> se dirigió al encuentro de los éforos y les dijo que, en bien de Esparta, era mejor que el extranjero samio saliera del Peloponeso, para evitar que intentara inducirle, a él o a cualquier otro espartiata, a proceder mal. Los éforos atendieron su indicación y, mediante un heraldo, decretaron la expulsión de Meandrio (Hdt. 3.148.2; trad. de C. Schrader).

La expulsión de extranjeros se convierte en uno de los principales elementos de la propaganda antiespartana, como muestra el gran número de referencias a la costumbre y, muy especialmente, la que encontramos en el "Discurso Fúnebre" de Pericles (Th. 2.39), donde se explica la medida no, como hacían los espartanos, para evitar los malos ejemplos que les podían

venir de fuera (X. *Lak.* 14.4), sino por temor a que, de no mantenerse en secreto lo que ocurría en la ciudad, sus enemigos pudieran aprovecharse de ello.

Da la impresión de que esta serie de actividades que realizaban los éforos para garantizar el orden y la seguridad del Estado, aunque posiblemente hubiesen ido surgiendo con anterioridad, alcanzan su momento de mayor desarrollo a partir del terremoto de hacia el 464, y la consiguiente Tercera Guerra de Mesenia, que debió de provocar, además de gran temor, un claro sentimiento de vulnerabilidad en Esparta. A partir de ese momento los éforos debieron de adquirir nuevas competencias, que incluían toda una serie de lo que podríamos considerar "medidas preventivas" para mantener una situación de terror permanente sobre los grupos sometidos y una presión constante sobre aquellos extranjeros a quienes se les permitía vivir en Esparta, pero constantemente sometidos al riesgo de la expulsión inmediata. Como solía ser habitual, y para racionalizar esas nuevas medidas, la responsabilidad de las mismas se remontaba al propio Licurgo, con lo que esa presunta inmutabilidad de la constitución espartana iba tomando cada vez una mayor consistencia.

También en lo que podríamos llamar política exterior las competencias de los éforos eran importantes. Tenían la capacidad de recibir a los embajadores extranjeros y podían decidir si se les permitía hablar o no ante la asamblea, estando también capacitados para darles respuestas y ponerles condiciones. Desde el punto de vista militar, decidían, junto con la asamblea, la movilización del ejército y se preocupaban de su reclutamiento. Como ya vimos anteriormente, habitualmente un par de éforos acompañaba al ejército, en parte para vigilar al rey, pero también con capacidad de tomar decisiones; no sólo supervisaban todo lo que ocurría en el ejército para inducir a la prudencia, como asegura Jenofonte (*Lak.* 13.5), sino que a veces aparecen ordenando determinadas acciones militares. Da la impresión de que, además, eran quienes controlaban todas las actividades cotidianas del ejército, aunque quizá no interfirieran en el mando, que les correspondía a los reyes.

Con todos estos poderes, no es extraño que el eforado se convirtiese en una magistratura capital dentro de la estructura política y administrativa espartana. Es difícil saber con certeza cuál de los campos de actuación de los éforos impulsó a los otros. Hay una serie de tradiciones que convierten a Quilón, uno de los siete sabios de Grecia, éforo y emparentado con la realeza espartana, en el gran reformador de la magistratura a mediados del siglo VI; lamentablemente, no hay demasiados testimonios fehacientes de su actividad, pero todo sugiere que es a partir de ese momento cuando el peso de la magistratura empieza a crecer poco a poco. De hecho, durante la segunda mitad del siglo VI vemos ocasionalmente a los reyes en consejo con los éforos (Hdt. 6.63.2) o a los éforos interviniendo, junto con los reyes, en asuntos de importancia para el Estado (Hdt. 5.40), aunque tampoco parece que

en ese momento tuviesen el protagonismo que alcanzarían ulteriormente. Para algunos autores (Thommen, 1996) fue el período de las Guerras Médicas el que mostró la importancia de los éforos en el terreno de la coordinación, especialmente con relación a los aliados; eso, unido a los problemas ya mencionados con los reyes del momento, debió de hacer que su poder y su influencia aumentaran. Tras el terremoto del 464, y la aparición de una sensación de inseguridad a la que se respondió con una actitud de fuerza, los éforos asumirían nuevas competencias, de las que quizá no disponían antes o que, previamente, sólo habían tenido una carga simbólica. El control de la seguridad interior del Estado y su gran capacidad de intervenir en la política exterior, la fiscalización de los comportamientos, incluidos los de los reyes, y su gran capacidad para tomar medidas represivas, así como la posibilidad de exigir la rendición de cuentas (*euthyna*) a todos los magistrados (Arist. *Pol.* 1271a 6-8) convirtieron al eforado en una pieza clave de la Esparta clásica y de su imagen.

No obstante, y a pesar de las abundantes informaciones que tenemos sobre las funciones y atribuciones de los éforos, sigue habiendo bastantes dudas acerca de otras cuestiones. Por ejemplo, la cuestión de su extracción social; es bastante posible que en sus orígenes, y quizá también durante el siglo V, los éforos perteneciesen a las familias aristocráticas. Sería un modo de evitar tensiones dentro de esos grupos y, aunque dependientes para su nombramiento de la voluntad de la asamblea, una vez acabado su mandato podían quedar abiertas ante ellos nuevas perspectivas. Ése podría haber sido el caso de Brásidas, que parece haberse destacado al inicio de la guerra del Peloponeso al salvar a Metone, sitiada por los atenienses (Th. 2.25.2), lo que le habría valido el ser elegido éforo al año siguiente (431/430), siendo, además, el epónimo (X. *HG.* 2.3.10); a su vez el desempeño de la magistratura pudo haberle favorecido en su brillante carrera militar ulterior (consejero del navarco, trierarco, mando sobre tropas en la zona del Istmo), que culmina en su brillante operación contra las posiciones atenienses en la Calcídica al frente de mil setecientos hoplitas (Th. 4.81).

Sin embargo, y a pesar de las abundantes informaciones que poseemos sobre los éforos, no sabemos cómo eran elegidos para el cargo, y aunque Aristóteles alude al modo "pueril" en que se realizaba (Arist. *Pol.* 1270 b 26-28), quizá no pueda descartarse un sistema mixto que implicase una elección preliminar y luego un sorteo de entre los elegidos (*klerosis ek prokriton*). Además, da la impresión de que la extracción social de los éforos va modificándose con el tiempo, puesto que el propio Aristóteles se queja de que, al menos en su época, podían acceder a la magistratura gentes sumamente pobres, lo que les hacía especialmente proclives a aceptar sobornos (Arist. *Pol.* 1270 b 9-10). Tampoco sabemos si los éforos debían rendir cuentas en algún momento y ante quién, y habida cuenta el funcionamiento de la asamblea espartana

es difícil responder a la cuestión, aunque una referencia en Jenofonte sugiere que sería el colegio eforal y la asamblea quienes dirimirían los conflictos (X. *HG*. 2.3.34), aunque no es del todo seguro (por ejemplo, Plu. *Agis*, 12); del mismo modo, tampoco sabemos cómo se resolvían las discrepancias entre los éforos, aunque es posible que los asuntos se decidiesen por mayoría (X. *HG*. 2.4.29). De cualquier modo, antes del siglo III no hay pruebas de que existiese conflicto alguno entre los éforos y la asamblea y en esos momentos Esparta ya no se parece demasiado a lo que había sido la ciudad del siglo V.

Plutarco nos informa de que, a pesar de que el rey Agesilao intentó mantener la concordia con los éforos, éstos acabaron multándolo a cuenta de su popularidad, y da como causa que el legislador fomentó la rencilla y la disputa para que no existiese concordia entre reyes y éforos, como medio para lograr la virtud (Plu. *Ages*. 5.2-3; 4.2); de algún modo Aristóteles lo ratifica cuando asegura que todo el mundo, incluidos los reyes, se veía obligado a halagar a los éforos (Arist. *Pol*. 1270b 13-16). Pero, no obstante, la interpretación del papel de ambas instituciones desde el punto de vista de las rencillas no parece admisible. En el proceso de formación de su identidad política durante el siglo V, Esparta, sin duda por la opción que desde época arcaica ha asumido, va a verse enfrentada a unos problemas que no tendrán otras *poleis*. Esparta no había desarrollado unas instituciones en las que pudiese producirse un debate político maduro; ni la gerusía ni mucho menos la asamblea eran los órganos idóneos. Las pretensiones y apetencias de los círculos aristocráticos espartanos tampoco hallaban un cauce efectivo de desarrollo dentro del sistema; modificar la constitución habría sido una solución, pero la fortaleza de la realeza, al menos durante la última parte del siglo VI, parece impedirlo. Los problemas por los que atraviesa la realeza tras la muerte de Cleómenes I y, poco después, de Leónidas, con la permanencia en el trono del poco fiable Leotíquidas, coincide, además, con la implicación de Esparta en las Guerras Médicas y las actividades del regente Pausanias. Durante las Guerras, el papel de los éforos debió de ser importante, tanto en la elaboración de los acuerdos de alianza como en la coordinación de los aliados, antiguos y modernos; ese nuevo peso adquirido lo vemos ya en la clara oposición a las veleidades de Pausanias y durante esos años la magistratura debió de convertirse en el único elemento con capacidad para tomar decisiones y establecer un cierto liderazgo alternativo. Los acontecimientos de los años sesenta, con el terremoto y la sublevación de hilotas y mesenios, pusieron de relieve la necesidad de contar con alguien que garantizara la seguridad interior. Darles nuevos poderes a los reyes en ese momento era impensable; crear una magistratura especial tampoco debió de verse con buenos ojos. El resultado fue que los éforos asumieron también esa tarea claramente represiva; su labor de supervisión acabó extendiéndose no sólo a las poblaciones sometidas, sino también a los propios ciudadanos, dentro de una especie de histeria colectiva que parece haberse adueñado de Esparta desde ese momento y en la que la segu-

ridad se fiaba al mantenimiento, incluso por la fuerza, de unas formas de vida y de unos sistemas de valores que pretendían recrear las formas ancestrales de comportamiento tal y como, en el imaginario espartano, las había dejado dispuestas Licurgo. Naturalmente, ese sistema no podía durar demasiado y, aunque en el plano teórico la ficción se mantendrá, individuos no sospechosos de enemistad hacia Esparta, como Jenofonte, mostrarán cómo a principios del siglo IV buena parte de esos valores estaban ya en plena descomposición (X. *Lak.* 14) y, como ya hemos visto, Aristóteles imputará en buena parte a los éforos (aunque no sólo a ellos) los defectos del sistema.

A pesar de ello, y también para Aristóteles, la existencia de esta magistratura, junto con otros elementos, convierte al sistema político espartano en una constitución mixta, en la que pueden detectarse tanto elementos democráticos como oligárquicos:

> Se hallan bien confundidos los límites de la democracia y la oligarquía cuando se puede llamar al mismo sistema político democracia y oligarquía [...]. Así sucede con la constitución lacedemonia. En efecto, muchos se empeñan en decir que es una democracia, porque tiene en su organización muchos elementos democráticos, como por ejemplo en primer lugar lo que se refiere a la educación de los niños (son educados del mismo modo los de los ricos que los de los pobres, y son educados de manera tal que los hijos de los pobres pueden serlo de tal modo), y lo mismo ocurre en la edad sucesiva, de modo que cuando se convierten en hombres sucede lo mismo (es decir, no se diferencia el rico o el pobre). Por lo que se refiere a la alimentación, todos la realizan en las *syssitias*, y a ellas los ricos llevan unas vestimentas tales que si cualquiera de los pobres quisiera, podría procurárselas. Además de ello, el pueblo participa de los dos principales poderes (pues elige a los gerontes y forma parte del eforado). Otros, sin embargo, llaman al sistema oligarquía porque tiene muchos elementos oligárquicos, como el que todos los cargos sean elegidos y ninguno nombrado por sorteo y sean pocos quienes tienen capacidad de decretar la pena de muerte y de exilio, y muchas otras cosas de ese tipo (Arist. *Pol.* 1294 b 13-34; trad. de A. Domínguez).

En este esquema de Aristóteles, curiosamente, el eforado figura como uno de los rasgos democráticos del sistema espartano, así como la existencia de la gerusía. Ninguna palabra, sin embargo, se dice de la asamblea de los ciudadanos. Veremos, en los siguientes apartados, cada una de ellas.

4.1.3. La gerusía

La gerusía parece haber sido una reminiscencia de los viejos consejos de ancianos que muchas *poleis* griegas habían tenido durante la época arcai-

ca. No obstante, apenas se conocen para ese momento sus funciones y competencias, más allá del número fijo de sus miembros (veintiocho *gerontes*), a los que se sumaban los dos reyes para cifrar su composición en treinta miembros. Para la época clásica, se sabe que sus miembros son elegidos por la asamblea, posiblemente por aclamación de entre los que se presentaban al cargo, que tenían que ser ciudadanos intachables que hubieran cumplido ya los 60 años y, por lo tanto, no susceptibles de ser movilizados en caso de guerra; es probable que la capacidad de presentarse no estuviese abierta a todo el mundo, sino posiblemente sólo a individuos que, cumpliendo los requisitos mencionados, formasen parte de determinadas familias, a las que podemos considerar aristocráticas y que serían aceptadas, al menos tácitamente, por todos. Plutarco ha transmitido el modo de elección de los gerontes, que Aristóteles consideraba pueril (Arist. *Pol.* 1271 a 10):

> La elección se desarrollaba de la siguiente manera: Una vez reunida la asamblea, se encerraba a unos cuantos hombres escogidos en un pabellón cercano, de modo que no pudiesen ver ni ser vistos, y sólo pudiesen escuchar el griterío de los que estaban reunidos en asamblea. Así, por el griterío juzgaban también a los candidatos, como todos los restantes asuntos, no el de todos a la vez, sino que cada uno de los aspirantes, por sorteo, era introducido en la asamblea y se le hacía atravesarla en silencio. Al tiempo, los que estaban encerrados tenían unas tablillas en las que indicaban la intensidad del griterío que cada uno había suscitado, aunque sin saber a quién correspondía, sino tan sólo el que correspondía al primero, al segundo, al tercero o al que fuese de los que iban entrando. Y proclamaban a aquél que hubiese recibido una aclamación más intensa y más numerosa (Plu. *Lyc.* 26.3-5; trad. de A. Domínguez).

Una vez nombrados para el cargo, el mismo era vitalicio y no podían ser perseguidos o encausados por sus acciones (Arist. *Pol.* 1271a 5-6).

Las principales funciones de la gerusía se desenvolvían tanto en el campo jurídico como en el político. En el plano jurídico, la gerusía era el principal tribunal de justicia de Esparta y entendía de todos aquellos casos que estaban castigados con la pena de muerte, el exilio o la pérdida de derechos cívicos (*atimia*) y quizá todos aquellos otros que a los éforos les pareciese de gravedad suficiente como para merecer esas penas. Para juzgar a uno de los reyes, debían formar parte del tribunal, además, los éforos y el otro rey (Paus. 3.5.2). En el terreno político, parecen haber ejercido una función deliberativa y probuleútica, es decir, preparatoria del orden del día de los asuntos que se iban debatir en la asamblea y quizá también tuvieran la función de revisar las decisiones de este último órgano y rechazarlas si no parecían adecuadas (al menos, en un plano teórico, quizá nunca puesto en práctica).

4.1.4. La asamblea de ciudadanos

Como en toda *polis* griega, es la asamblea de los ciudadanos, esto es, los varones libres, nacidos de matrimonio legítimo y en plenitud de sus derechos, quien tiene, al menos teóricamente, la última palabra en la toma de decisiones. Esparta no era, en este sentido, una excepción, aun cuando, debido a la compleja maraña de situaciones jurídicas que se daban en ella, la asamblea está compuesta tan sólo por un porcentaje clamorosamente minoritario de la población de Lacedemonia, los espartiatas. Otra cuestión es la relativa a los poderes y atribuciones reales de la asamblea, sobre cuyo nombre, *ekklesia* o *apella*, no todos los autores se ponen de acuerdo (Welwei, 1997). En general, la asamblea aprobaba las leyes, los tratados y acuerdos, decidía sobre la guerra y la paz y cuál de los reyes debía dirigir el Ejército; elegía a los gerontes, a los éforos y a los restantes magistrados. Posiblemente se reuniese una vez al mes, convocada por los éforos y presidida por ellos. El derecho a hablar en ella sólo lo tenían los éforos, los reyes y los gerontes y sus decisiones se tomaban por aclamación; ocasionalmente, y ante la imposibilidad de distinguir con claridad el volumen del griterío en favor de cada propuesta, el éforo podía separar, en lugares diferentes, a los partidarios de las distintas opciones para comprobar quién tenía la mayoría. Así, por ejemplo, se decidió la declaración de guerra contra Atenas, que daría origen a la guerra del Peloponeso (Th. 1.87.1-3), y ya vimos anteriormente el procedimiento utilizado para seleccionar a los gerontes.

Es posible que, en la práctica, los éforos ejerciesen, sin contar con la asamblea, funciones que, al menos teóricamente, le correspondían a ella. De cualquier modo, la asamblea espartana, a diferencia, por ejemplo, de la ateniense, no era el lugar del debate político. Una reunión de ciudadanos, en la que sólo un minúsculo grupo tenía derecho a la palabra, y que sólo se expresaba mediante el griterío confuso o el silencio, no podía ser, evidentemente, un ámbito de discusión política. El tener que limitar su función a aprobar las propuestas que se le presentaban por la gerusía y por los éforos, o a elegir de entre los dos reyes quién dirigiría el Ejército, convierte a este órgano en prácticamente un símbolo, sin demasiado poder real.

En esta situación, la gerusía parecería haber sido el principal órgano político de Esparta; al menos es el único cuyo carácter reducido y estable permitiría en teoría tratar con calma y detalle los asuntos a debatir e, incluso, marcar una línea política. Sin embargo, da la impresión de que esta línea política a veces es mucho más imprecisa de lo que pudiera parecer y quizá sujeta a la capacidad de actuar autónomamente o de persuadir a la asamblea que tengan los diferentes éforos que se suceden en el tiempo. A veces también, y sobre todo a partir de un momento avanzado del siglo V, algunos reyes, por su capacidad de hablar ante la asamblea y hacer ver sus puntos de vista, pue-

den influir en la misma, aunque se arriesgan a ser sancionados por los éforos, como ya vimos que le ocurrió a Agesilao (Plu. *Ages.* 5, 2-3).

¿Dónde radica el poder en Esparta?; es una pregunta que se ha formulado muchas veces, y para la que sigue siendo difícil hallar respuesta. Los reyes, reliquias del pasado, eran sospechosos permanentes y los éforos los vigilaban de cerca; los éforos tenían una gran autoridad y poder, pero su mandato era anual; los gerontes gozaban de gran prestigio, y quizá pudiesen debatir asuntos políticos, pero no podían actuar autónomamente, puesto que el control de la asamblea estaba en manos de los éforos; la asamblea no era un lugar de discusión política y, ni tan siquiera, de la palabra política, restringida sólo a los treinta y cinco individuos que podían hablar en ella. Aunque sus griteríos aprobasen o rechazasen las peticiones, la dificultad de valorar de modo objetivo el sentido de los alaridos la anulaba como ámbito de reflexión y de decisión. Quizá lo más que podamos decir es que los éforos, independientemente de las personas que desempeñaban anualmente el cargo, posiblemente obedeciesen a los intereses de la mayoría de los espartiatas, por lo que tenderían, habitualmente, a hacerse intérpretes de sus decisiones. Como una vez que abandonaban el cargo y se convertían de nuevo en ciudadanos particulares tenían que seguir conviviendo con el resto de sus iguales, podemos suponer que, en general, defendían la visión que esos ciudadanos, al menos de forma mayoritaria, tenían de las costumbres, de la educación, de la política exterior, de los aliados, de la guerra, de la paz. Quizá no debamos subestimar el papel de los éforos por el hecho de que su mandato era limitado; representaban, cada uno de ellos, al espartiata prototípico y, dentro de las limitaciones que pudieran afectar a cada uno como individuo, todos ellos estaban imbuidos de un mismo sentimiento hacia su *polis* y hacia lo que representaba, todos ellos poseían un mismo estilo de vida y unos ideales que no dudarían en poner en práctica durante ese año de su vida en el que, ellos, simples ciudadanos, no tenían que ponerse en pie en presencia de los mismísimos descendientes de Heracles.

4.2. La sociedad espartana. Espartiatas, periecos, hilotas y otros grupos inferiores

En el año 480, y tras derrotar a los resistentes en las Termópilas, el rey Jerjes le pregunta a Demarato, que había sido rey de Esparta hasta que fue depuesto, lo siguiente:

> Demarato, eres un hombre de bien. Y a la realidad de los hechos me remito, ya que todo ha sucedido tal como dijiste. Dime, pues, en estos momentos cuántos son los lacedemonios que quedan y, entre ellos, cuán-

tos poseen, en el terreno militar, las mismas cualidades que los aquí caídos, o si son todos iguales a éstos (Hdt. 7.234.1; trad. de C. Schrader).

Ante la pregunta que le formula el hijo de Darío, el antiguo rey le contesta lo siguiente:

> Oh, rey, el número de los lacedemonios es, en total, elevado, y también lo es el de sus ciudades; sin embargo, vas a saber lo que quieres averiguar. En Lacedemonia hay una ciudad, Esparta, con unos ocho mil hombres aproximadamente. Todos ellos son iguales a los que aquí han combatido. Los otros lacedemonios, desde luego, no pueden compararseles, pero también poseen valor (Th. 7.234.2; trad. de C. Schrader, con ligeras modificaciones).

Este texto muestra otra de las peculiaridades del sistema político espartano: dentro del territorio de la *polis*, y Lacedemonia es, sin duda, ese territorio, hay varias ciudades también pobladas por lacedemonios. Pero de entre todos esos lacedemonios sólo los que habitan la ciudad llamada Esparta, los espartiatas, tienen un valor y unas cualidades superiores y, aunque Demarato lo omita, derechos y atribuciones superiores. Naturalmente, aquí se está refiriendo el exrey espartano a los periecos, ciudadanos lacedemonios libres, pero que no disponen de plenitud de derechos políticos como los espartiatas, lo que les sitúa en una situación de inferioridad dentro de la *polis*. Por debajo de esos periecos hay una multiplicidad de individuos con diferentes niveles de inferioridad que componen un mosaico de gran complejidad y que, si bien en algunos detalles concretos podemos encontrar en otras *poleis*, en su conjunto hacen de Esparta un caso único dentro de Grecia. Analizaremos cada uno de esos diferentes grupos.

4.2.1. Los ciudadanos de pleno derecho. Los espartiatas

Las diferentes *poleis* griegas habían establecido, a lo largo de su desarrollo histórico durante el arcaísmo, diferentes mecanismos de inclusión e integración en el cuerpo ciudadano. En los capítulos relativos a Atenas se analizan los que existían en esa ciudad y aquí veremos los que afectaban a Esparta. La diferencia principal entre ambas en este aspecto radica, sobre todo, en el pequeño número de ciudadanos que siempre tendrá Esparta y que, durante el siglo V, empezará ya a constituir un problema importante. En el pasaje que veíamos anteriormente, el número de ciudadanos se cifraba en 8.000, lo cual ya significa una reducción con respecto a lo que, según la propia tradición espartana, se consideraba el número ideal, 9.000 si seguimos a Plutar-

co (*Lyc.* 8.5-7), o los 10.000 que quizá alcanzó en algún momento (Arist. *Pol.* 1270a 36-37), aunque en la época de Aristóteles (*Pol.* 1270a 30-31) ya no llegaban ni a 1.000. Según este mismo autor, el territorio lacedemonio permitía mantener hasta 30.000 hoplitas y 1.500 jinetes (Arist. *Pol.* 1270a 29-31); si no hubo nunca tantos ciudadanos, sino que, por el contrario, Esparta estaba siempre amenazada por la escasez de los mismos (lo que en griego se conoce como *oliganthropia*), ello se debía, en parte, a lo restrictiva que era la ciudadanía espartana, lo que hacía notablemente difícil cubrir las bajas que las guerras continuas provocaban; pero la oligantropía también se debía a un inadecuado sistema que pudiese garantizar la productividad de un lote de tierra determinado y, por lo tanto, el mantenimiento del estatus de ciudadano para su titular, así como a la posibilidad, al menos en la práctica, de enajenar mediante regalo o dote (pero no por compraventa) el lote de tierra, lo que provocaba que cada vez más tierra estuviese en manos de menos individuos, debilitándose así el cuerpo cívico; esto, al menos, ocurría durante el siglo IV (Arist. *Pol.* 1270a 16-22), pero posiblemente la costumbre surgiese ya a lo largo del siglo V.

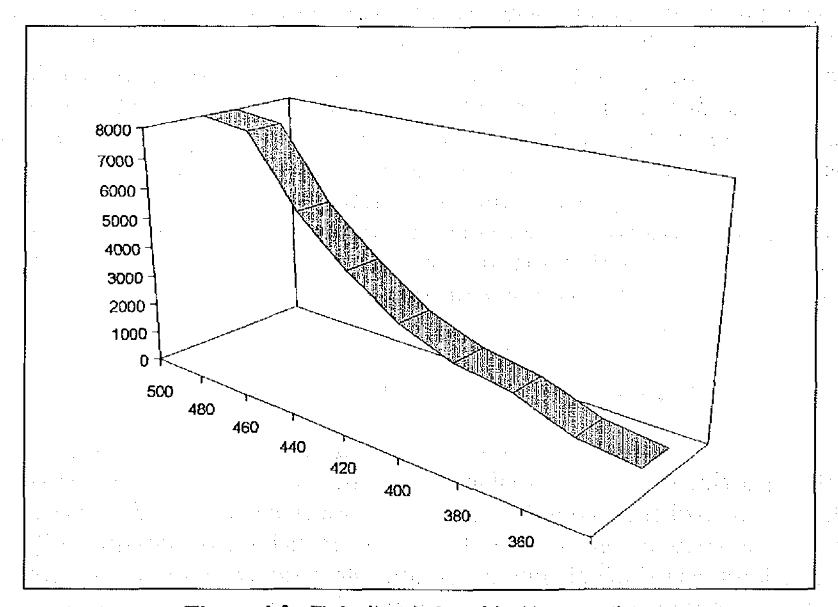


Figura 4.1. El declive de la población espartiata.

Para ser ciudadano se requería, como por otro lado en muchas de las *poleis*, ser hijo legítimo de padre ciudadano y recibir la educación propia del

ciudadano espartano o *agoge*. Es bastante posible que el padre, una vez que hubiese reconocido a su hijo, tuviese que someterlo a los ancianos de su tribu (seguramente las tres viejas tribus dorias), que eran quienes concedían la autorización para criarlo, al tiempo que aceptaban que, en su día, recibiese uno de los lotes de tierra (*klaros*) asignados a ciudadanos que existían en Esparta; en caso de que el recién nacido presentase síntomas de anormalidad o de debilidad, ese mismo consejo de ancianos ordenaba su exposición en un lugar determinado al pie del Taigeto (Plu. *Lyc.* 16.1). Sobre la educación de los espartanos trataremos en un apartado próximo.

La vida del ciudadano espartano se consumía, básicamente, entre la guerra y entre la residencia en Esparta; debido al peculiar sistema de propiedad y a la existencia de los hilotas, el espartano apenas tenía que preocuparse de los asuntos del campo, a menos que tuviese tierras propias. Cuando estaba en la guerra, el ciudadano se hallaba integrado dentro de una de las seis moras en que se dividía el ejército. Cada mora estaba mandada por un polemarco y dentro de cada mora había 4 *lochoi*, 8 *pentekostyes* y 16 enomotías (X. *Lak.* 11.4), aunque no en todos los casos en los que las fuentes describen la actuación del ejército espartano hay unanimidad sobre estas cifras. Era un ejército perfectamente adiestrado y que funcionaba con una precisión, generalmente, excelente. Su armamento era el habitual de todo ejército hoplítico, aunque, como rasgo relativamente peculiar, los espartiatas se dejaban crecer el pelo, posiblemente para dar una sensación más terrible ante el enemigo (X. *Lak.* 11.3; 13.8) y sus espadas eran generalmente más cortas que las normales entre otros griegos (Plu. *Lyc.* 19.4). También llevaban una capa roja (X. *Lak.* 11.3; Ar. *Lys.* 1138-41), sin duda para causar una mayor impresión en sus enemigos, si bien, como muestra Plutarco, acabó creyéndose que el motivo sería ocultar la sangre de las heridas (Plut. *Mor.* 238 F). La falange avanzaba hacia el enemigo al son de las flautas y pausadamente, como vemos, por ejemplo, en la descripción que hace Tucídides de la batalla de Mantinea (418) (Th. 5.70); los flautistas interpretaban un canto en honor a Cástor y

> al mismo tiempo iniciaban un peán de marcha, de tal manera que la contemplación de ese espectáculo era magnífica y a la vez aterradora, ya que al punto iniciaban la marcha al ritmo de la flauta y no dejaban ni un resquicio en la falange ni sentían temor alguno en sus almas, sino que tranquila y alegremente se encaminaban hacia el peligro al son de la música (Plut. *Lyc.* 22.5; trad. de A. Domínguez).

Por su parte, la vida normal del espartiata, en tiempo de paz, se pasaba durante el día entre ejercicios físicos, que contribuían, precisamente, a su excelente adiestramiento militar, y por la noche en las comidas en común o *syssitias*, que eran uno de los rasgos que distinguían, frente a otros lacede-

monios, a los espartiatas. Las comidas en común no eran algo privativo de Esparta, puesto que también se conocen en muchas otras ciudades griegas y también en ellas se hallaban absolutamente vinculadas a la condición de ciudadano. Cada ciudadano espartano tenía que aportar cada mes, procedente de sus tierras, toda una serie de productos, iguales para todos, que eran luego consumidos en común en grupos de unos quince comensales más o menos (Plu. *Lyc.* 12.3-4); a esas reuniones, en las que se hablaba de todo tipo de asuntos confiados en la discreción de los participantes, acudían también niños para que empezasen a aprender los rudimentos de la vida ciudadana y a integrarse en ella; el plato preferido era la típica sopa negra espartana (Plu. *Lyc.* 12.6-14).

Todos los ciudadanos estaban obligados a tomar parte en estas *syssitias* y eran, sin duda, aparte de un medio de participación en la ciudadanía, un mecanismo de integración social, puesto que en ellas se ponía en práctica el ideal igualitario subyacente en el sistema político espartano; en efecto, los ciudadanos espartiatas se llamaban a sí mismos *homoioi*, iguales o similares, y en estas comidas en común se ponía de manifiesto esta teórica igualdad, puesto que todos, ricos o pobres, reyes o ciudadanos normales, se comportaban del mismo modo y participaban de una comida a la que todos habían contribuido con igual número y cantidad de alimentos. A pesar de ello, es también cierto que aquéllos de los comensales que eran más ricos podían aportar para la comida en común algunos detalles, como, por ejemplo, pan blanco.

No cabe duda de que esta institución hunde sus raíces en la época arcaica, cuando la aristocracia espartana acepta la Eunomía, que la tradición atribuía a Licurgo, y modera sus exigencias en el terreno de lo público a cambio del mantenimiento de sus privilegios en el campo de lo privado. A partir del siglo V, sin embargo, empezamos a tener noticias de que no todas las tierras asignadas a los espartiatas permitían mantener este nivel de vida a sus titulares, y seguramente el levantamiento de hilotas y mesenios en los años sesenta debió de provocar una situación de inestabilidad bastante importante, y que debió de afectar de forma directa a la capacidad de muchos espartiatas de seguir participando en estas comidas en común; ni qué decir tiene que cuando alguien no podía equipararse a los que, teóricamente, eran sus iguales, esta igualdad desaparecía. Como aseguraba Aristóteles (*Pol.* 1271a 35-37), quien no podía participar en la comida en común no podía formar parte de la ciudadanía. La situación se agravó notablemente durante el siglo IV, a juzgar por la extraordinaria disminución del cuerpo ciudadano espartano durante ese siglo.

Naturalmente, ese tipo de reuniones en común de varones, cuyo papel en la creación de una ideología común espartana fue sumamente importante, habría favorecido, según los propios autores antiguos, el auge de com-

portamientos homosexuales, unido, según el propio Platón a la contemplación de los cuerpos desnudos durante la práctica de los ejercicios gimnásticos (Pl. *Lg.* 636 a-c). Que este tipo de relaciones tenían un evidente reconocimiento público y político lo sugeriría una referencia de Plutarco, que asegura que, hasta la edad de los 30 años, momento en el que el ciudadano adquiría la plenitud de sus derechos, todos los asuntos que tuviera que tratar los realizaban en su nombre sus familiares o sus amantes (Plu. *Lyc.* 25.1). Jenofonte insiste en el carácter formativo de esta relación, que se iniciaba desde la niñez (X. *Lak.* 2.13), y en su aplicación militar (X. *Symp.* 8.34) al introducir un claro componente de emulación entre los amantes.

Acerca del sistema educativo que explica muchos de estos comportamientos hablaremos más adelante.

Las mujeres espartanas

Un pequeño excurso merecen las mujeres espartanas, objeto por parte de muchos autores de interpretaciones que inciden en su gran "emancipación". A esta visión, sin duda, han contribuido algunas observaciones expresadas por los autores antiguos, especialmente Aristóteles, que afirmaba que, en su época, las dos quintas partes del territorio pertenecían a mujeres (Arist. *Pol.* 1270a 23-25) debido a la disminución de los ciudadanos, y les atribuía a las mismas una gran libertad desde tiempo atrás a causa de la permanente ausencia de los hombres, embarcados en continuas campañas (Arist. *Pol.* 1269b 12-40-1270a 1-29). Esto es para Aristóteles una desgracia para la ciudad y acusa a las mujeres espartanas de comportarse de modo licencioso; esta visión negativa se ve reforzada por la afirmación de que el propio legislador Licurgo habría intentado someter a las mujeres a sus leyes, pero habría tenido que desistir tras la resistencia de aquéllas (Arist. *Pol.* 1270a 6-8; Plu. *Lyc.* 14.2); así, y en una sociedad fuertemente regida por las leyes, las mujeres habrían sido las únicas que quedaban fuera de ellas.

Ni qué decir tiene que la visión de Aristóteles es claramente tendenciosa y presenta una imagen desenfocada de la realidad; en todo caso, da la impresión, a juzgar por los datos que encontramos en otros autores, de que el comportamiento y las actitudes de las mujeres espartanas destacan de los habituales entre las mujeres de otras *poleis* griegas. Platón, por ejemplo, diferencia claramente el sistema de vida de las mujeres griegas en general del de las espartanas e insiste en que éstas prestan más atención a la música y a la gimnasia y menos a las labores domésticas, ejemplificadas en el tejido de la lana; en contrapartida, la vida de las mujeres espartanas era más dura y se centraría, sobre todo, en una preparación para soportar unas difíciles condiciones de vida que, según el filósofo, casi se asemejarían a las del guerrero,

de no ser porque las mujeres espartanas no tomarían parte en la guerra; además, participarían en la educación y crianza de los hijos, tarea reservada a los varones en otras *poleis* (Pl. *Lg.* 805 e-806 a-b).

En la época de Aristóteles, cuando el número de ciudadanos no debía de llegar ni a los 1.000, era natural que las mujeres poseyeran buena parte del país, puesto que la existencia de dotes importantes hay que interpretarla como consecuencia de la escasez de varones a quienes legar las propiedades; pero eso es más bien una consecuencia de la coyuntura en la que Esparta entra que algo intrínseco al propio sistema (como, por otro lado, el propio Aristóteles viene a reconocer). Sí que es cierto, no obstante, que informaciones anteriores a la época de Aristóteles ya insisten en destacar una mayor presencia pública de la mujer, lo que a veces se ha interpretado, creo que erróneamente, como una mayor libertad. Jenofonte habla de la preocupación por que las mujeres ejercitasen su cuerpo, incluso con la existencia de certámenes entre ellas (X. *Lak.* 1.4). En estas competiciones y en algunas celebraciones las jóvenes, aún solteras, irían desnudas, según asegura Plutarco, para fomentar su sencillez, su autoestima y el aprecio por el propio cuerpo (Plu. *Lyc.* 14.4-8). Es cierto que, si sólo tuviéramos noticia de estos hechos, podría admitirse esta relativa "emancipación": unas mujeres no condenadas a permanecer recluidas en los gineceos, sino, por el contrario, participando en competiciones y celebraciones, dando rienda suelta a sus personalidades, etc. Sin embargo, a veces se pierde de vista que el objetivo de estos comportamientos no era otro sino procrear hijos sanos y fuertes, nacidos de madres igualmente sanas y fuertes (X. *Lak.* 1.4) y que la exhibición de la desnudez femenina era un medio de animar a los ciudadanos a contraer matrimonio (Plu. *Lyc.* 15, 1); naturalmente, con la finalidad de procrear. Hasta tal punto se daba a esto una importancia que salía del ámbito de lo privado que las únicas personas que tenían derecho a disponer de una lápida funeraria inscrita con su nombre eran los caídos en combate y las mujeres muertas durante el parto (Plu. *Lyc.* 27.3). En una sociedad conscientemente minoritaria y en progresivo declive numérico como era la de los espartiatas, todos los medios para garantizar una descendencia fuerte y abundante debieron de parecer adecuados. Sin duda, surgió en la Esparta del siglo V, ya preocupada por el descenso del número de sus ciudadanos, una serie de reflexiones de carácter "eugenésico" que tenían como finalidad favorecer los matrimonios y la natalidad; aunque seguramente nuestras fuentes exageran cuando hablan de la desnudez femenina, y posiblemente las jóvenes llevasen algún tipo de vestido, indudablemente más ligero que el habitual entre otras mujeres griegas, no podemos rechazar por completo sus observaciones. Pero, de cualquier modo, esas medidas, más que implicar una "emancipación" (inexistente) de la mujer espartana, a lo que apuntan, precisamente, es a todo lo contrario: dentro del proceso de supeditación al Estado de todo ciudadano espartano, a la mujer se

la aparta de la tutela paterna para favorecer, más allá de los intereses de la familia, su unión fecunda mediante la observación pública de que es objeto por parte de los aspirantes a convertirse en sus futuros esposos.

El papel de la mujer espartana no es diferente al del resto de las mujeres griegas: producir ciudadanos, pero sin tener sus derechos; sin embargo, en Esparta la mujer se convierte en objeto de exhibición antes del matrimonio, siendo, presumiblemente, sólo las mejor dispuestas físicamente quienes al final conseguían casarse, al menos teóricamente. La construcción de leyendas sobre su inmoralidad y lujuria, surgidas en ambientes ajenos al espartano, no hacen sino mostrar lo diferentes que eran las costumbres espartanas de las usuales en otras *poleis*, especialmente por lo que se refiere a la publicidad de las actividades de las mujeres, pero no muestran más que una visión periférica del problema sólo atenta a los aspectos externos. Al destacar esos aspectos chocantes, nuestras fuentes no hacen sino mostrarnos, en último término, el mantenimiento, incluso en Esparta, de las creencias habituales sobre la incapacidad de las mujeres para controlar sus propios destinos, y ello a pesar de que la oligantropía endémica en Esparta las convirtiese, como asegura con desaprobación Aristóteles, en importantes gestoras de la propiedad agrícola espartana.

4.2.2. Los periecos

Los periecos lacedemonios ("*los que viven alrededor*") son uno de esos grupos inferiores que caracterizan a toda *polis* griega, pero, muy especialmente, a la espartana. Sin entrar demasiado en los orígenes de este importante grupo de población lacedemonia, que en todo caso remonta a la época arcaica, podemos empezar observando su importancia en época clásica recordando que, de los diez mil lacedemonios que combatieron contra el persa en Platea en el 479 (Hdt. 9.28.2), cinco mil eran espartiatas (Hdt. 9.10.1), lo que sugiere que el resto eran hoplitas periecos. Éste y otros indicios, entre los que se encuentra la descripción de Lacedemonia hecha por el exrey Demarato que reproducíamos anteriormente, muestran que al menos una parte de los periecos combatían como hoplitas dentro del ejército lacedemonio, aunque diferenciados de los espartiatas.

Los periecos vivían y cultivaban sus tierras en una serie de asentamientos, que el ya mencionado Demarato no tiene inconveniente en considerar *poleis* (Hdt. 7.234.2; *cf.* Th. 5.54.1 y, X. *HG.* 6.5.21) y, ciertamente, lo eran, aunque sometidas a la autoridad del Estado espartano. Da la impresión de que los centros periecos deben de haberse extendido un poco por todo el territorio laconio, excluyendo el área más próxima a Esparta cruzada por el Eurotas, que sería el núcleo del territorio poseído por los ciudadanos espartiatas. La dedicación económica de estos centros periecos dependía básicamente

de su emplazamiento; y así, los había claramente vinculados a la agricultura como Pelana y Gerontras, otros en los que se daba un tipo de economía mixta, con gran importancia de la ganadería, como Chrysapha y Agrianoi (cuyos nombres antiguos no se conocen), y otros, por fin, donde el mar imponía también un tipo distinto de dedicación económica, como en Gitio, el principal puerto de Lacedemonia y sede, en su momento, de la flota espartana.

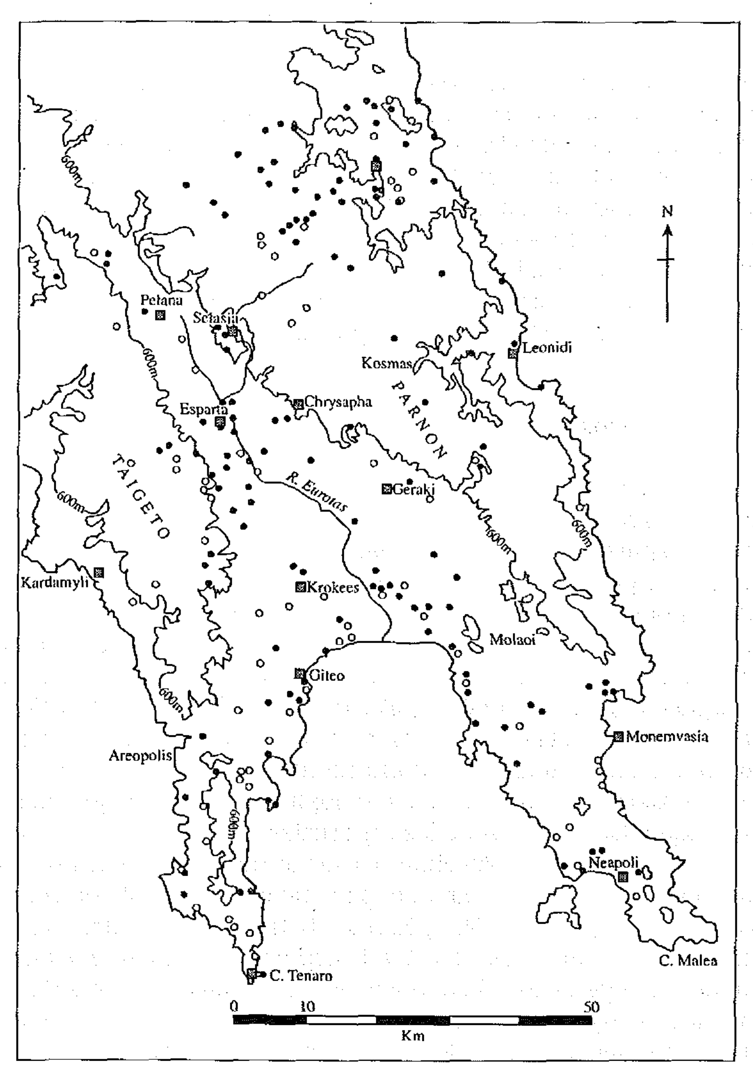


Figura 4.2. La ocupación del territorio lacedemonio durante la época clásica.

Esto indica que, frente a lo que se había venido creyendo desde mucho tiempo atrás, no serán el comercio y la artesanía la actividades principales de los periecos, sino, por el contrario, la agricultura y la ganadería. Este hecho introduce, por consiguiente, un cambio en la apreciación de estos lacedemonios, ya que tanto la existencia de tierras asignadas a los asentamientos periecos cuanto la importancia de muchos de ellos (entre los que pueden citarse Prasias, Pelana, Gerontras, Gitio, Ciparisia, Epidauro Limera y Beas), sugieren un tipo de relación con el Estado espartano que no se limita a la visión simplista de considerarlos como "dependientes" en un sentido genérico que ignora, además, la evidente articulación interna de las diferentes *poleis* periecas. Esparta ha sido capaz de disponer de los recursos y la mano de obra de estos centros periecos, que, por otro lado, han desarrollado indudables estructuras de autogobierno, si bien limitado a asuntos de alcance local; es seguramente por medio de la demanda de prestaciones, entre las que figuran tanto el servicio militar como el cultivo de los *temene* regios y quizá la manufactura de determinados artículos como Esparta ejerce su control sobre estas comunidades; prácticamente en ningún caso (y la excepción parece haber sido Gitio) estas ciudades periecas han dispuesto de los excedentes necesarios como para iniciar una política de obras y construcciones públicas y da la impresión de que Esparta está detrás de esta política de evitar el excesivo enriquecimiento, individual y colectivo, de los periecos. Pero esto tampoco es extraño en una *polis* que todavía en época clásica sigue careciendo de un centro urbano monumental y que impone severas restricciones a la exhibición de lujo y riquezas a los propios espartiatas.

En otro orden de cosas, y como muestra la lógica que informa al mundo griego, el servicio militar implica siempre contrapartidas políticas y, en el mundo de los periecos, aquéllos cuyos recursos les permitían participar en el Ejército lacedemonio gozaban, dentro de sus respectivas comunidades, de una primacía y un prestigio que los convertía en los principales defensores del sistema espartano. Es este hecho el que explica, seguramente, la profunda lealtad de los periecos hacia la *polis* lacedemonia, apenas quebrada por algún episodio aislado (por ejemplo, Th. 1.101.2), así como su participación entusiasta en la política de represión de los hilotas; quizá a principios del siglo IV la situación puede haber cambiado (como sugiere el relato de la revuelta de Cinadón en Jenofonte, *HG.* 3.3), pero en el siglo V los periecos parecen haber aceptado, en general, su estatus, ciertamente desahogado, en líneas generales.

Dentro de la peculiar estructura de la *polis* lacedemonia, compuesta básicamente por los espartiatas y los periecos (los únicos ciudadanos libres), da la impresión de que éstos últimos han gozado de casi todos los derechos políticos, salvo los principales, es decir, formar parte de la única asamblea legislativa y decisoria de la *polis*, reservada a los espartiatas, así como participar

en las magistraturas y cargos reservados también a éstos últimos. Pero tampoco hay de qué sorprenderse; lo normal en la mayoría de las *poleis* del siglo V, con excepción de las que disponían de un sistema democrático radical como el ateniense, era que sólo una pequeña parte de los ciudadanos gozase de los derechos que se reservaban para sí mismos los espartiatas, mientras que la mayoría debía conformarse con sólo una parte de ellos, siendo su situación no demasiado distinta de la que disfrutaban los periecos lacedemonios.

4.2.3. Los hilotas y los mesenios

Los hilotas constituyen el principal grupo dependiente de Esparta y su origen también se remonta a la época arcaica. Por lo que se refiere a los mesenios, y aunque los distingamos de los hilotas, hay que tener en cuenta que, durante el siglo V buena parte de la población mesenia se hallaba hilotizada y, así, sometida a la autoridad absoluta de la *polis* espartana. Hay que aclarar también que el estatus de los hilotas se asemejaba a otras formas de dependencia o servidumbre colectiva conocidas en otras partes del mundo griego y entre las que se incluyen los penestas de Tesalia o los mariandinos de Heraclea Póntica, englobados todos ellos por algunos autores antiguos dentro de un estatus "entre la esclavitud y la libertad" (Polux, 3.83); esto muestra el carácter peculiar del grupo, que viene marcado, sobre todo, por el hecho de que los hilotas son propiedad del Estado espartano, y no propiedad particular de ciudadanos individuales.

El que ya desde la época arcaica Esparta apostase por la reducción a la condición de hilotas de la población campesina desposeída de Lacedemonia y, por ende, emprendiese la conquista de la vecina Mesenia con el fin de disponer de tierras propias, en lugar de optar por soluciones semejantes a las de otras *poleis* (por ejemplo, la colonización), determinó ya parte del desarrollo espartano durante los siglos VII y VI; los hilotas y, sobre todo, los mesenios constituían una amenaza, no siempre potencial. Sin embargo, no hay demasiadas noticias para esos siglos de levantamientos de hilotas y quizá la existencia de algunas instituciones ancestrales en Esparta (por ejemplo, la ya mencionada *krypteia*) fuese suficiente para mantener una presión suficiente sobre esos campesinos privados de libertad.

Es difícil estimar la cantidad de hilotas residentes en Laconia y en Mesenia, pero una idea de su elevado número nos la da la noticia de Heródoto relativa a los contingentes lacedemonios en la batalla de Platea (479); en esta ocasión siete hilotas acompañaron a cada soldado espartiata, lo que elevó la cifra a 35.000 de ellos (Hdt. 9.10.1; 9.28.2), actuando, además, armados como infantería ligera (*psiloi*) y posiblemente jugando un papel decisivo en la victoria (Hunt, 1997).

La función principal de los hilotas era trabajar las tierras de los espartiatas y producir aquellos bienes de consumo que éstos necesitaban para participar en las *syssitías* y mantener su estatus de ciudadanos; si, como ha sugerido Figueira (1984: 87-109), en Mesenia se localizaban seis mil lotes de tierra o *klaroi* de los nueve mil o diez mil que, teóricamente al menos, estaban destinados a los espartiatas, se comprende cómo la población hilotizada de Mesenia debía de constituir una parte importantísima del número total de hilotas al concentrarse en ella la mayoría de ellos. Es bastante posible que en muchas ocasiones los hilotas se hallaran casi en los límites de la subsistencia, al tener que entregar a los espartiatas buena parte de lo que producían en las tierras que tenían asignadas y esa situación posiblemente crease inquietudes entre ellos, las cuales podrían agravarse cuando cundiese la noticia de que algún importante contingente del ejército había abandonado las fronteras lacedemonias. Aristóteles, que escribe mucho después de la época de que estamos tratando, asegura que los hilotas se sublevaban con cierta frecuencia (*Pol.* 1269a 38-39; 1272b 19), convirtiéndose esto prácticamente en un tópico en la literatura griega relativa a Esparta. No obstante, un análisis de los testimonios literarios muestra que, al menos por lo que conocemos, la afirmación de Aristóteles parece haber sido una exageración en líneas generales y hay, incluso, datos de una cierta "lealtad" de los hilotas hacia la *polis* lacedemonia, como cuando algunos de ellos notifican a los éforos el intento de golpe de estado del regente Pausanias hacia el 470 o algo después (468; Th. 1.132.5) o como cuando otros, que en buena medida eran, además, mesenios, ayudan a los espartanos bloqueados en Esfactería en el 425 rompiendo el bloqueo ateniense y llevándoles alimentos (Th. 4.26.5-6).

Naturalmente, los casos de lealtad o colaboración, que podrían multiplicarse, no evitan que el mundo griego acabe formándose una opinión sobre las relaciones entre los espartanos y sus hilotas que, poco a poco, irá aproximándose a la que sostenía Aristóteles; en este sentido, un hecho fundamental que ayuda a comprender mejor el desarrollo de esta visión viene marcado por la gran revuelta que se produjo como consecuencia del terremoto de hacia el 464, cuyas desastrosas consecuencias allanaron el camino para el estallido de una de las sublevaciones más importantes y de más amplias consecuencias de las que afectaron a Esparta; veamos cómo la describe Diodoro:

> En ese momento ocurrió un suceso sobresaliente e imprevisto que fue causa de grandes desgracias para los Lacedemonios. En efecto, produciéndose unos grandes temblores de tierra en Esparta, sucedió que se derrumbaron las casas desde los cimientos y perecieron más de veinte mil lacedemonios. Durante mucho tiempo sin interrupción la ciudad se vio sacudida y las casas se derrumbaron con lo que muchas personas murieron atrapadas bajo los muros y el terremoto dejó enterradas bajo las casas riquezas en no pequeña medida. Y toda esta desgracia ocurrió como si

> algún *daimon* se hubiese enfadado con ellos, mientras que por estas mismas causas otros peligros, ahora causados por los hombres, empezaron a acecharlos. Los hilotas y los mesenios se mantenían alejados de los lacedemonios en busca de su seguridad, porque temían la superioridad y el poder de Esparta. Pero cuando pudieron contemplar cómo la mayor parte de aquéllos había perecido a causa del terremoto, se mostraron altaneros con los supervivientes, que eran pocos. Por ello, y poniéndose de acuerdo contra aquéllos, declararon la guerra a los lacedemonios (D. S. 11.63.1; trad. de A. Domínguez).

En este texto se observa la búsqueda de un motivo religioso, que en otros autores se muestra más explícito (Th. 1.128.1); aceptemos o no la cifra de muertos que da Diodoro, y que sitúa en veinte mil, da la impresión de que la catástrofe debió de ser inmensa, y eso fue aprovechado por los hilotas de Lacedemonia y, sobre todo, por los de Mesenia, para rebelarse contra Esparta, contando, sin duda, con el apoyo de algunas ciudades periecas también de Mesenia (Th. 1.101.1-3). Los episodios concretos de esta sublevación son bastante confusos; se supone, en general, que la situación se restauró con bastante prontitud en Laconia, donde la inestimable ayuda de las numerosas ciudades periecas debió de minimizar el riesgo de que la revuelta se extendiera; sin embargo, las cosas transcurrieron de otro modo en Mesenia, donde, como hemos visto, se concentraba la mayoría de los hilotas y donde éstos pudieron contar con la connivencia de algunas de las ciudades periecas. Es posible que Esparta tomase alguna medida de urgencia, enviando tropas escogidas para intentar frenar la rebelión; quizá a ello aluda una obscura noticia en Heródoto, referida al espartano Arimnesto, el que había dado muerte a Mardonio en Platea, que pereció al frente de sus trescientos hombres combatiendo contra los mesenios en Esteníclaro (Hdt. 9.64.2), al Norte del Itome, el auténtico centro simbólico de la identidad mesenia. No sabemos si esta victoria pudo haber contribuido a animar a los hilotas mesenios a proseguir la rebelión, pero la misma debió de extenderse pronto por toda Mesenia, refugiándose los rebeldes en el Itome y desde allí plantando cara a Esparta.

Lo que había empezado como una revuelta de hilotas pronto se transformó en un movimiento nacionalista que se conoce como la tercera guerra de Mesenia, en la que los mesenios aspiraban a recuperar su independencia política y su libertad, tal vez porque no todos los mesenios que intervinieron eran hilotas, habiendo seguramente entre ellos bastantes periecos, que aparecen luego considerados como "notables" por Diodoro (D. S. 11.84.8). Ante ello, el rey Arquidamo no tuvo más remedio que solicitar ayuda a sus aliados y amigos, y entre los que acudieron a la llamada estaban Mantinea (X. *HG.* 5.2.3), Egina (Th. 2.27.2; 4.56.2), Platea (Th. 3.54.5) y Atenas (Th. 1.102; Plu. *Cim.* 16). Las consecuencias para Atenas de esta empresa, así como el brus-

co final de la misma, serán analizadas en un apartado posterior; por ahora, baste decir que la ayuda brindada a Esparta tampoco resolvió el problema y la posición mesenia en el Itome tendía a convertirse en un motivo permanente de preocupación para la *polis* espartana, puesto que, aunque parece que tuvieron éxito al asegurar el resto del país, la inexpugnabilidad de la posición mesenia los convertía en un peligro para la estabilidad del resto de su territorio. La solución vino diez años después (según otros autores sólo cuatro), cuando con motivo de una tregua se les permitió a los que se habían refugiado allí, hombres, mujeres y niños, abandonar su posición y marcharse del Peloponeso (Th. 1.103.1-3). Inmediatamente, los espartanos se dedicaron, en palabras de Diodoro, a "castigar a los hilotas responsables de la sublevación y volvieron a someter a los restantes" (D. S. 11.84.8).

Las consecuencias de la revuelta parecen haber sido duraderas para Esparta, no tanto desde el punto de vista de la seguridad, sino desde el de la percepción que a partir de ese momento tuvieron de ella. Muchos autores coinciden en señalar que es a partir de entonces cuando Esparta empieza a adquirir la que será su imagen arquetípica. Aceptemos o no las elevadas cifras de muertos que daba Diodoro, lo cierto es que las bajas debieron de ser importantes; ello, unido a lo prolongado de la guerra y a una cierta sensación de inseguridad exterior, debió de provocar un reforzamiento de las medidas de seguridad. Es en estos momentos cuando la declaración de guerra que los éforos hacían anualmente contra los hilotas empieza a tener sentido, así como la institución de la *krypteia*, de la que Plutarco supone que surgió como consecuencia del terremoto, a pesar de que la tradición posterior la atribuía a la remota época de Licurgo (Plu. *Lyc.* 28.12).

En general, el Estado espartano se endurece a partir de ese momento y, a pesar de que en las guerras que luego vendrán, incluyendo la guerra del Peloponeso, Esparta hará cada vez un uso mayor de los hilotas, llegando incluso a concederles a muchos la libertad, el temor a una nueva revuelta no dejará de estar presente. Esto se puede observar en el 425, cuando los atenienses de adueñan de Pilo y los exiliados mesenios promueven levantamientos de hilotas mesenios (Th. 4.41.2-3), y al año siguiente, cuando los atenienses ocupan Citera, lo que provoca también temores entre los espartanos a una rebelión (Th. 4.55.1). Esta situación de alerta los lleva a realizar actos espantosos, como el asesinato encubierto, y la ulterior desaparición, de dos mil hilotas que se habían distinguido por sus actos valerosos y su lealtad en favor de Esparta, ante el temor de que pudieran provocar problemas (Th. 4.80.3; D. S. 12.67.3-4; Plu. *Lyc.* 28.6).

No sabemos si la sospechas espartanas eran ciertas y si, como ellos pensaban, durante toda la segunda mitad del siglo V y, sobre todo, sus últimos años, los hilotas acechaban cualquier debilidad suya para sublevarse o, por el contrario, era un simple temor que no se correspondía con la realidad. Sea como fuere, los estragos del gran terremoto y las guerras los obligaron a hacer uso

de miles de hilotas armados (y seguramente entrenados) como hoplitas (por ejemplo, Th. 4.80), pero, al tiempo, y a los que quedaban atrás, los sometían a un terror constante y permanente para evitar que pudiesen sublevarse. Este comportamiento auténticamente esquizofrénico hizo que los hilotas se convirtieran en una cómoda (y a la vez desasosegante) imagen de alteridad dentro de la propia Esparta; acompañaban a los espartiatas al combate y les servían de escuderos primero (Hdt. 6.80; 7.229.1; Th. 4.16.1) y combatían a su lado como hoplitas después (Th. 4.80), pero eran el objeto de la *krypteia*, destinada a mantenerlos en un estado de terror permanente; a veces, como en Platea primero o en Esfactería y Tracia después, luchaban y arriesgaban sus vidas en favor de la *polis* que los oprimía, pero en las comidas comunales de los espartiatas se les obligaba a emborracharse con vino puro y a cantar y a bailar canciones y danzas ridículas, para ejemplificar la degradación a que podían llegar las personas con la bebida (Plu. *Lyc.* 28.8-9; *Mor.* 239A) o se les obligaba a vestir de forma determinada para dejar patente su inferioridad (Mirón, *FGH*, 106 F 2). Sin duda, la relación de la *polis* espartana con los hilotas queda ejemplificada, mejor que con más datos, con la declaración de guerra que, año tras año, los éforos repetían al tomar posesión de sus cargos y que, a la vista de lo hasta ahora expuesto, es posible que tuviese un contenido más real que lo que a primera vista pudiera parecer. Por todo ello, y a pesar de que algunos autores (Powell, 1988) han llegado a sugerir que los hilotas espartanos tenían más rasgos en común con los pobres de otras ciudades que con los esclavos, lo cierto es que da la impresión de que, durante el siglo V, la *polis* espartana llegó casi a considerarlos un enemigo organizado que compartía su mismo territorio y a los que había que mantener sometidos física e ideológicamente.

4.2.4. Otros grupos inferiores

En los primeros meses del reinado del rey Agesilao II (399) estalla la que se conoce como la conspiración de Cinadón; aunque no es éste el momento de tratar aquí de la misma, sí diremos que, al narrar los detalles de la misma, Jenofonte dice lo siguiente:

> Ellos [los conspiradores], decían, estaban en contacto con todos, hilotas y neodamodes, los 'inferiores' (*hypomeiones*) y los periecos. Pues en cualquier momento en que entre éstos surgía alguna voz acerca de los espartiatas, nadie podía ocultar que no le sería desagradable incluso comérselos crudos (X. *HG.* 3.3.6; trad. de D. Plácido).

Independientemente de la visión que Jenofonte nos presenta como propia de los grupos inferiores con relación a los espartiatas, y en la que quizá

haya algo del tópico que ya se ha generalizado por aquellos años sobre las relaciones entre los ciudadanos espartanos de pleno derecho y los que no lo son, el pasaje en cuestión nos sirve para abordar el análisis de dos grupos nuevos de individuos, los neodamodes y los *hypomeiones*, de los que hasta ahora no hemos hablado.

Como toda *polis* griega, Esparta también se basaba en la distinción de los individuos según diversos criterios, siendo el más importante el de la participación o no de la ciudadanía; así, entre los periecos, sin duda partícipes de una "ciudadanía" lacedemonia (pero no espartiata), y los hilotas, privados de libertad, hubo a lo largo del siglo V otros grupos que se definían, precisamente, por su relación con el *damos* espartiata.

Veamos con detalle qué caracterizaba a cada uno de esos grupos, empezando por los neodamodes. Los lexicógrafos aseguran que se trata de hilotas liberados (Polux, 3.83; Hsch. *s.v. neodamodeis*) y la primera referencia a los mismos se encuentra en Tucídides cuando asegura que los espartanos liberaron en el 421 a los setecientos hilotas que habían combatido como hoplitas al mando de Brásidas en la Calcídica (Th. 4.80.3-5) y que, aunque les permitieron residir donde quisieran, poco después los establecieron "junto con los neodamodes en Lépreo" (Th. 5.34.1). El pasaje en cuestión ha planteado problemas, ya que Tucídides distingue a los soldados de Brásidas de los neodamodes; sin embargo, el sentido parece claro si pensamos que los neodamodes ya existían en el 421, aunque no sabemos ni cuándo ni en qué condiciones se había producido su promoción, y los nuevos neodamodes resultantes de la liberación de los setecientos brasideos iban a establecerse, todos juntos, en Lépreo. Lépreo era un punto importante y estratégico porque se hallaba junto al mar y en la frontera entre Élide y la Mesenia controlada por Esparta. La presencia de neodamodes a lo largo del siglo V y primer tercio del siglo IV en distintas campañas militares lacedemonias nos habla de la importancia creciente de este grupo, al tiempo que va disminuyendo el número de los espartiatas. El propio nombre del grupo, que puede traducirse más o menos como los "recién integrados en el *damos*", plantea la cuestión de a qué *damos* alude el término; evidentemente, no al espartiata y, claramente, tampoco al perieco. Quizá hayan formado un grupo aparte dentro del genérico *damos* lacedemonio, aunque separados de los otros dos grupos ya mencionados.

El texto de Jenofonte mencionado anteriormente hablaba de un grupo conocido como los "inferiores" o *hypomeiones*; naturalmente, en relación con los *homoioi* o espartiatas. No hay demasiadas referencias a ellos y puede suponerse que, más que un grupo como tal, era un simple nombre genérico que abarcaba a todos aquellos espartiatas que habían sido privados (temporal o definitivamente) de sus derechos ciudadanos, bien por la imposibilidad de satisfacer los requisitos económicos necesarios para participar de las

comidas comunales, bien por su comportamiento en el campo de batalla. Así, por ejemplo, Tucídides asegura que, cuando en el 421 regresaron los espartiatas que habían sido capturados por los atenienses en Esfactería, sufrieron la privación de sus derechos (*atimia*), aunque posteriormente se les permitió recuperarlos (Th. 5.34.2). Aunque el caso de estos hombres no era el habitual de cobardía, se sabe que, aparte del reproche moral que la familia y la colectividad otorgaba al soldado que vivía para contar su derrota, la *polis* castigaba a estos cobardes (*tresantes*, como eran llamados) con la pérdida total de derechos cívicos (Plu. *Ages.* 30.3-4). Podemos, pues, pensar que dentro de los "inferiores" se incluiría a todos los que, por uno u otro motivo, iban quedando fuera del restringido círculo de los *homoioi* espartiatas.

Los *mothakes* son, por fin, el último de los grupos al que nos vamos a referir. A partir de testimonios no siempre claros de autores posteriores parece que había varios procedimientos para llegar a ser un *mothax*: ser de origen extranjero, pero haber quedado integrado en el sistema educativo espartano o *agoge* desde una temprana edad, siempre acompañando a un niño espartiata; ser hijo de un espartiata y de una madre hilota o esclava; ser descendientes de familias espartiatas, pero que habían perdido su estatus, posiblemente por causas económicas y, por fin, posiblemente, ser de origen totalmente hilota. El elemento principal, y lo que hace de ellos un grupo social, más que una pluralidad de individuos, es haberse educado al modo espartano, el haber pasado por la *agoge*. Aunque durante el siglo IV su influencia será grande al haber ocupado cargos importantes, especialmente en la Administración imperial, ya durante el siglo V hay casos de *mothakes* relevantes, como el de Gilipo, el vencedor de Atenas en Sicilia, o el de Calicrátidas, navarca, o el de Lisandro, el vencedor de Atenas en Egospótamos (Filarco, *FGH* 81, F 43; Ael. *VH*, 12.43). Dependiendo de los círculos en los que se moviesen, la influencia de estos individuos podía ser grande, como mostraría el caso de Lisandro, cuyo origen servil es subrayado por una fuente contemporánea (Isoc. 4.111), pero que llegó a ser ciudadano espartiata.

4.3. El sistema de valores espartanos: la agoge

La sociedad de los espartiatas, de los iguales u *homoioi*, se regía por un rígido esquema de valores que servía para garantizar la cohesión entre sus miembros y establecer un sentimiento de superioridad sobre toda esa pléyade de individuos que, en diversos grados, eran considerados inferiores. Durante el siglo V se tendió cada vez más a hacer de ese modelo de comportamiento una pieza clave en la definición de la ciudadanía espartiata mediante la atribución de su origen al remoto legislador Licurgo y el desarrollo de la idea de la inmutabilidad *ab origine* de esa ética que impregnaba

toda la vida espartana. Esos valores morales, esas virtudes, que los espartanos llamaban *ta kala* (las cosas bellas), les eran enseñados mediante un elaborado sistema educativo, la *agoge*, que, cómo no, también se le atribuía al legislador Licurgo. Todo aquel que, aun siendo hijo legítimo de un espartiata, aspirase a convertirse a su vez en un ciudadano de pleno derecho al llegar a la madurez tenía que haber superado las diferentes etapas de este sistema educativo, que se iniciaba a los 7 años y finalizaba, al menos formalmente, a los 30 aun cuando, en sentido estricto, la educación del ciudadano espartano no acababa nunca.

Es posible que el sistema educativo espartano surgiese a lo largo de la época arcaica y enfatizase tanto la preparación militar del futuro ciudadano cuanto su integración en el *damos* de una *polis* que, como Esparta, había optado por una apuesta arriesgada al reducir a los campesinos de Laconia y de Mesenia a la condición de hilotas; sin embargo, el perfeccionamiento de la *agoge* para convertirla en un instrumento al servicio de la formación de excelentes soldados debe corresponder al siglo V. En Jenofonte, que describe en su obra la *Constitución de los Lacedemonios* los rasgos principales del sistema, encontramos, paradójicamente, junto con el análisis de la *agoge* como fruto inmutable de la obra de Licurgo, una reflexión sobre los cambios a peor que la nueva posición de Esparta como potencia hegemónica tras el final de la guerra del Peloponeso está introduciendo en ese sistema. Serán los autores del siglo IV en adelante, sobre todo a raíz del final de la hegemonía espartana tras Leuctra (371), quienes convertirán a una idealizada *agoge* espartana en motivo de reflexión y de admiración o rechazo según sus propias posturas ideológicas y habrá que esperar a la biografía que dedique ya en el siglo II d. C. Plutarco a Licurgo para ver el resultado que siglos de reflexión sobre la *agoge* han producido. De todo ello, lo que resulta es que, posiblemente, la *agoge*, al menos en la forma en que se nos presenta, sobre todo en la obra de los dos autores mencionados, no haya existido nunca, siendo como es uno de los elementos principales que han contribuido a forjar la leyenda de Esparta que aún persiste hasta nuestros días.

En este apartado nos limitaremos simplemente a mencionar algunos de los elementos más seguros de la *agoge* tal y como pudo haber existido en el siglo V, al menos en la percepción de los contemporáneos, en ningún caso espartanos.

Ya hemos visto anteriormente cómo el primer acto de la vida de un futuro ciudadano era ser examinado por los ancianos de la tribu, que decidirían sobre su aptitud para ser admitido en la misma y daban la autorización para que recibiese (la) educación (*agoge*) que insuflaría en él las virtudes (*ta kala*) que en su día le convertirían en un espartiata de pleno derecho. Esta educación se iniciaba a los 7 años, cuando, como asegura un bien conocido pasaje de Plutarco (*Lyc.* 16.7), los niños abandonaban la casa familiar y pasaban

a integrarse en compañías (*agelai*) de jóvenes que empezaban a ser adiestrados en la disciplina, la jerarquía, la obediencia ciega a los superiores y la rivalidad con sus iguales, todo ello bajo la atenta mirada de los ancianos y la supervisión general de un paidónomo, auxiliado por varios "mastigóforos", o portadores de látigo, escogidos de entre los jóvenes de mayor edad, encargados de castigar a quienes lo necesitasen. Ya desde esa tierna infancia les enseñaban a competir entre ellos y recibían una educación elemental en materias no relacionadas con el ejercicio físico (Plu. *Lyc.* 16, 10); lo habitual era que anduviesen descalzos y que se ejercitasen prácticamente desnudos y que se les acostumbrase a robar para completar su magra dieta, pero evitando siempre ser sorprendidos, porque ello conllevaría la correspondiente dosis de latigazos para obligar al incauto joven a hacerlo mejor la próxima vez. Estos castigos físicos se realizaban ante el altar de Ártemis Ortia (Plu. *Lyc.* 18; *Mor.* 239 D), que era la divinidad que vigilaba y presidía la educación de los jóvenes y en estas flagelaciones se han querido ver reminiscencias de viejos ritos de paso, en los que el derramamiento de sangre sobre el altar de la diosa mostraría el carácter fuertemente arcaizante de la sociedad espartana.

El inicio del verdadero adiestramiento, no obstante, parece haberse iniciado al cumplir el joven los 12 años, cuando los futuros espartiatas dejaban de ser *paides* (niños) y se convertían en *eirenes* o *efebos* (desde los 13 a los 20 años); dentro de cada uno de estos grupos de edad los jóvenes eran agrupados según la edad respectiva y todos los que habían nacido el mismo año recibían un nombre específico, que resaltaba el momento del proceso educativo en el que se encontraban. Según se iban aproximando a los 20 años sus responsabilidades eran mayores, puesto que ya dirigían a la pequeña tropa de los que eran menores que ellos y actuaban en todo como sus jefes; por supuesto, los más jóvenes les debían obediencia absoluta.

Todo este sistema, aparentemente una iniciación permanente, tenía como finalidad exclusiva el endurecer al individuo y acostumbrarle a todo tipo de riesgos y penalidades para que, una vez finalizada la etapa de la *agoge*, se comportase como la *polis* esperaba de él. Entre los 20 y los 30 años el individuo se encontraba en una posición ambigua, puesto que, si bien era ya combatiente en el ejército, aún no había adquirido la plenitud de sus derechos políticos y no podía contraer matrimonio. Desde los 30 a los 60 años era movilizable y disfrutaba de todos los privilegios y de todos los deberes inherentes a su posición.

En relación con ese componente marcadamente iniciático podemos volver de nuevo sobre la cuestión de la homosexualidad, que forma parte de los tópicos habituales sobre Esparta. Podemos decir que, en general, la *polis* griega, que había confiado su defensa a la infantería hoplítica, enfatizaba enormemente los vínculos personales entre los componentes de la falange, desarrollando una

fuerte ética de exaltación de la masculinidad de sus miembros, cuya plasmación solía ser la existencia de fuertes vínculos homosexuales entre ellos, en los que, además, se valoraba especialmente el contenido didáctico de los mismos. Los jóvenes en formación de las *poleis* griegas solían buscar la protección de ciudadanos, en cuya compañía aprendían, poco a poco, a convertirse, ellos también, en ciudadanos. No es por ello extraño que en la Esparta del siglo V, que va a consolidar toda una estructura educativa tendente a crear una máquina de guerra perfecta, esta misma ética alcanzase una extraordinaria sublimación que, como era habitual, se atribuyó al propio Licurgo (Plut. *Lyc.* 18.8), aun cuando autores como Jenofonte traten de presentar la costumbre libre del fuerte componente sexual que, sin duda, tenía, para centrarlo más bien en el aspecto formativo (X. *Lak.* 2.12-14). Sin embargo, un texto de Eliano subraya la relación existente entre esta clase de homosexualidad, que vinculaba a jóvenes con adultos, y el aspecto formativo del joven:

> [...] A otro hombre ilustre, que no estaba inclinado a amar ni tan siquiera a los más hermosos jóvenes, también le multaron [los éforos], porque aun siendo virtuoso no amaba a ninguno: en efecto, era evidente que habría podido hacerle a aquél o a cualquier otro igual a sí mismo (Ael. *VH*, 3.10; trad. de A. Domínguez).

No podemos olvidar que en las comidas en común espartanas era habitual que hubiese jóvenes presentes, algunos de los cuales serían amantes de alguno de los comensales y que todo ello se integraba, como decíamos anteriormente, en una ética militarista y masculina, en la que la exaltación de la *arete*, en su acepción más primigenia, se proyectaba, ya desde la juventud, al resto de la vida del futuro ciudadano espartiata.

En definitiva, y para concluir este apartado, podríamos decir que, aunque algunos de los ideales y prácticas de la *agoge* puedan haber ido surgiendo en época arcaica, la cristalización de ese modelo educativo corresponde al siglo V, si bien no será hasta los siglos IV y III cuando el sistema acabe adquiriendo las características con las que luego pasará a la posteridad. Pero, en cualquier caso, tenemos suficientes datos relativos al siglo V como para poder afirmar que, efectivamente, el sistema espartano de educar a los jóvenes debió de alcanzar durante ese siglo una estabilidad importante. Los comportamientos de los ciudadanos espartanos en los momentos de peligro, antes y durante la guerra del Peloponeso, encajan bastante bien en lo que, según las fuentes tardías, se esperaba de ellos y la ya mencionada existencia de castigos a quienes no estaban a la altura de esas expectativas indica que ya la sociedad espartana había desarrollado mecanismos para reprimir y castigar tales comportamientos. No podía ser menos después de que los desastrosos efectos del gran terremoto pusiesen de manifiesto que sólo con una férrea

organización de los espartiatas (y con una pequeña ayuda de sus amigos) los hilotas y mesenios podían ser subyugados. La militarización interna de Esparta implicaba, pues, mayor presión sobre la edad formativa del individuo, la época en la que se forjaba al futuro ciudadano.

Escribiendo en el siglo II d. C., Plutarco, además de dedicar varias de sus *Vidas* a espartanos ilustres, empezando por el propio Licurgo, escribe algunas obritas en las que recoge dichos y máximas atribuidos a espartanos (*Máximas de espartanos*, *Antiguas costumbres de los espartanos*, *Máximas de mujeres espartanas*); en esta colección se pueden espigar referencias, posiblemente apócrifas en muchos casos y tardías en otros, pero que reflejan también de forma excelente los valores que la educación espartana inculcaba a sus ciudadanos, una educación que, según el propio Plutarco, "consistía para ellos en aprender a obedecer bien, a ser firmes en las dificultades y a vencer o morir combatiendo" (Plu. *Mor.* 237 A). Mencionaré únicamente dos de estas máximas o frases que recoge Plutarco; una se refiere a Calicrátidas, el navarco espartano que luchó contra los atenienses en las Arginusas en el 406, donde halló la muerte, y que aconsejado a eludir el combate ante la superioridad del enemigo habría respondido: "Huir sería vergonzoso y perjudicial para Esparta; lo mejor es quedarse aquí y morir o vencer" (Plu. *Mor.* 222 E); esta máxima (aunque pueda ser apócrifa) causaría tanto más impacto cuanto que sabemos que Calicrátidas era un *mothax*, y por lo tanto no un espartiata de pleno derecho; sin embargo, el haber recibido la educación espartiata le hacía partícipe de esa moral colectiva que caracterizaba a los homoioi. La otra máxima, prodigio de laconismo, es la que una madre espartana le dijo a su hijo al hacerle entrega del escudo: "hijo, o con él o sobre él" (Plu. *Mor.* 241F), refiriéndose a que o regresaba con honor o mejor sería que muriera en el combate.

4.4. La Liga del Peloponeso

La política exterior de Esparta trataba, básicamente, de garantizar la seguridad de las fronteras lacedemonias y, con ello, evitar en lo posible que las *poleis* y territorios vecinos pudiesen alterar el statu quo que Esparta había establecido dentro de su territorio. El inicio de la formación de la Liga del Peloponeso en el siglo VI responde, en líneas generales, a ese objetivo prioritario; sus guerras en ese siglo y en el tránsito al siglo V, especialmente contra Argos, tratan de mantener a raya a esa *polis*, que no formaba parte de alianza espartana y que había dado pruebas de su hostilidad hacia ella. No obstante, y como también se ha visto en un apartado anterior, en el momento en el que se produce la invasión persa, los aliados de Esparta aún no constituían un bloque homogéneo y sin fisuras que apoyase las iniciativas de la

ciudad hegemónica sin discutirlas. Las Guerras Médicas marcan un momento de esfuerzo común de los griegos que no medizaron, pero, al final de las mismas, y por decirlo con palabras de Tucídides, "se dividieron en torno a los atenienses y a los lacedemonios tanto los griegos que se habían rebelado contra el rey como los que habían combatido a su lado" (Th. 1.18.2); como ya se ha visto, durante las Guerras Médicas los espartanos fueron siempre reticentes a enviar sus tropas y las de sus aliados fuera del Peloponeso y el nuevo rumbo que estaba tomando la política patrocinada por Atenas tras la guerra no contaba con apoyos ni dentro de Esparta ni, en general, en el Peloponeso. En efecto, el Peloponeso que se alinea con Esparta es un mundo marcadamente rural, lleno de pequeños y medianos propietarios de tierras que siguen manteniendo los ideales del soldado-campesino, profundamente conservadores (Th. 1.141-142) y, por consiguiente, portadores de los mismos ideales que la propia Esparta había venido defendiendo hasta entonces y, en buena medida, seguiría defendiendo durante la mayor parte del siglo V.

La alianza formada en torno a Esparta, que nosotros denominamos Liga del Peloponeso, pero cuyo nombre técnico era "los Lacedemonios y sus aliados", estaba formada, al inicio de la guerra del Peloponeso, por los siguientes miembros: todos los peloponesios al Sur del Istmo, excepto los argivos y parte de los aqueos, los megáreos, beocios, locros, focidios, ampraciotas, leucadios y anactorios (Th. 2.9.2). Después del fracaso de la expedición contra Atenas del 506, Esparta, que hasta entonces parece haber utilizado los recursos de sus aliados sin tener que dar demasiadas explicaciones, se vio forzada en lo sucesivo a convocar una reunión del Consejo de la Liga (*synodos*) para decidir las operaciones a realizar (la primera de estas reuniones, en 504, la menciona Heródoto, 5.91.2). En ese consejo cada miembro contaba con un voto y las decisiones se tomaban por mayoría, estando obligados todos a acatarlas: "se había dicho que tendría validez lo que votara la mayoría de los aliados" (Th. 5.30.1). Esparta era la única que podía convocar el Consejo y expresaba su parecer en primer lugar; su posición, claramente, no era igual que la de los restantes aliados. En caso de decidirse la guerra, Esparta dirigiría las operaciones como *hegemon* que era y tendría plena autoridad para hacerlo, aparentemente sin interferencia de los aliados, que ejecutarían sus órdenes; frecuentemente el general en jefe era uno de los reyes espartanos, que dirigía el Ejército de la Liga igual que si fuese sólo el ejército espartano. Parece ser que al final llegó a ser una *symmachia* o alianza defensiva y ofensiva, que obligaba a los aliados a tener los mismos amigos y enemigos que Esparta y a seguir a Esparta a donde ella quisiera llevarlos, "por tierra y por mar", como asegura un tratado entre la ciudad y los Erxadieos de Etolia datable entre fines del siglo V e inicios del IV (Meiggs, Lewis, *Addenda*, n.º 67). Los acuerdos eran sancionados mediante juramentos y la única posibilidad de ir en contra de las decisiones de la Liga era acudir a una cláu-

sula que se incluía siempre, según la cual cada miembro podía rechazar la decisión vinculante de los aliados siempre que hubiese "un impedimento por parte de los dioses o héroes" (Th. 5.30.1), pretexto que fue utilizado, por ejemplo, por los corintios y todos aquellos que no firmaron la paz de Nicias en el 421 (Th. 5.30.3) (Cawkwell, 1993: 366-367).

El funcionamiento de la alianza ateniense, rival y luego enemiga de la Liga del Peloponeso, se analiza en otra parte de este libro; pero es interesante traer aquí la visión de Tucídides sobre los elementos de cohesión y coerción que, respectivamente, caracterizaban a ambas alianzas:

> Los lacedemonios estaban al frente de sus aliados sin tenerlos sometidos al pago de tributo y cuidándose tan sólo de que se gobernaran por el sistema oligárquico, en forma ventajosa para ellos, mientras que los atenienses estaban al frente de los suyos después que con el tiempo se habían apoderado de las naves de las ciudades aliadas, excepto de las de Quíos y Lesbos, y habían impuesto a todos tributos (Th. 1.19; trad. de F. Rodríguez Adrados).

Se trataba, pues, en el caso espartano de una alianza en la que tanto los intereses defensivos de Esparta como los intereses de los grupos oligárquicos de la mayoría de sus aliados se conjugaban perfectamente. Esparta conseguía apoyo en caso de necesidad y, a su vez, procuraba mantener la estabilidad política en las ciudades de su entorno, garantía evidente del mantenimiento de esa seguridad.

No insistiremos en los avatares de la Liga durante el siglo V, en parte porque en otro lugar de este libro se trata de los conflictos que enfrentarán a Esparta y Atenas y sus aliados respectivos durante el mismo; sin embargo, sí habría que recordar que la Liga no siempre se mantuvo estable. Ciertamente, hay indicios de conflictos o tensiones con algunas ciudades arcadias en los años en torno al terremoto y episodios mejor conocidos, como la alianza de Mégara con Atenas abandonando a los lacedemonios (460) (Th. 1.103.4), muestran cómo los conflictos podían surgir ocasionalmente. Sin embargo, y durante la llamada primera guerra del Peloponeso (461-446), Esparta consigue superar la prueba del enfrentamiento con Atenas y perfecciona los instrumentos políticos que, años después, podrá utilizar durante la guerra del Peloponeso; durante la misma, la Liga será un instrumento eficaz al servicio de Esparta; tras ella, y hasta Leuctra (371), Esparta se habrá convertido en una potencia imperial.

5.

Atenas en la primera parte de la Pentecontecia: de la Segunda Guerra Médica al final de la primera guerra del Peloponeso

5.1. La evolución interna en Atenas hasta Efialtes

Los años que siguen al final de las Guerras Médicas no son excesivamente bien conocidos en cuanto a la política interna de Atenas se refiere. Heródoto concluye su relato con la derrota persa y, aunque en su obra se perciben ecos de la situación ateniense durante la Pentecontecia, la misma no es objeto de atención directa por él. Por su parte, Tucídides da ocasionalmente noticias sobre esos años, pero tampoco sus informaciones son especialmente ricas en detalles. Aristóteles resuelve su descripción del período con cierta rapidez y, aunque sumamente valiosas sus informaciones, echamos en falta también una mayor profundidad en su relato. A él, sin embargo, le debemos una visión de estos años interpretada desde el punto de vista de los que ejercen el poder sobre el *demos* y sobre los notables:

> Después de esto, fue jefe del pueblo Jantipo; de los nobles, Milcíades; después Temístocles y Arístides, y luego de éstos Efialtes, del pueblo, y Cimón, hijo de Milcíades, de los acomodados; más tarde fue Pericles, del pueblo, y Tucídides, de los otros, el cual era pariente por afinidad de Cimón (Arist. *Ath.* 28.2; trad. de A. Tovar).

Por fin, los biógrafos de época romana, Cornelio Nepote y, sobre todo, Plutarco no siempre usan fuentes demasiado fiables y centran su análisis básicamente en el estudio de personalidades, como Temístocles, Arístides y

Cimón. La figura de Efialtes, con la que cerramos este apartado, tampoco ha sido objeto de atención destacada por las fuentes y sobre el sentido y consecuencias de su importante reforma sigue habiendo interminables debates. Es, pues, un período bastante complejo que, al tiempo, no puede separarse del análisis de la constitución de la Liga de Delos por parte de Atenas durante esos mismos años.

5.1.1. Temístocles: la tensión con Esparta y la cuestión del amurallamiento de Atenas

La victoria de la Liga Helénica sobre los persas y la retirada de éstos iban a significar para Atenas, ante todo, la hora de la reconstrucción. La ciudad había sido totalmente arrasada y su muralla arcaica destruida. Por instigación de Temístocles, cuyo papel en la derrota persa era unánimemente aceptado, se reconoció inmediatamente que, antes incluso de pensar en reconstruir la ciudad, era necesario dotar a Atenas de una nueva muralla. Estos propósitos debieron de ser pronto ampliamente conocidos por todos los griegos, especialmente por los vecinos de Atenas, Mégara y Corinto, quienes se apresurarían a informar a Esparta.

Naturalmente, y a pesar de que los espartanos y sus aliados habían abandonado las acciones militares contra los persas después de la batalla de Mícale, las relaciones entre Esparta y Atenas eran, nominalmente, buenas. No obstante, el poderío naval ateniense, la prosecución de la guerra contra los persas y la perspectiva de disponer pronto de una muralla, no podían dejar de inquietar a las *poleis* próximas a Atenas que, antes incluso de que la ciudad se hubiese hecho con ese poderío naval, habían tenido frecuentes enfrentamientos con ella. Desmantelada Atenas, había que intentar que, al menos, la ciudad permaneciese sin murallas y, a tal fin, los aliados de Esparta pidieron que ésta interviniese ante los atenienses para evitar su reamurallamiento.

Esparta, efectivamente, envía una embajada a Atenas en la que aduce, como motivo principal para impedir esta obra, que en caso de una nueva invasión persa la existencia de recintos amurallados podría permitir una mayor resistencia de los invasores, en caso de ocuparlos, tal y como acababa de ocurrir en el caso de Tebas, que había sido ocupada por Mardonio y, aprovechando sus murallas, se había convertido en una amenaza para toda Grecia antes de que las fuerzas de tierra persas fuesen desalojadas del continente tras Platea. Del mismo modo, planteaba Esparta que toda Grecia, con excepción del Peloponeso, quedase libre de ciudades amuralladas y pedía, además, a Atenas que la ayudase en la tarea de eliminar las fortificaciones de aquellas *poleis* que aún las tuviesen. La idea era, como ya había ocurrido en vísperas de Salamina, que en caso de necesidad todo el mundo podría

refugiarse en el Peloponeso, donde sí seguiría habiendo ciudades amuralladas. Los motivos de Esparta vienen descritos por Tucídides (1.90.1-2), pero no sabemos con certeza si responden a lo que los espartanos plantearon realmente o se debe a una elaboración de Tucídides o, incluso, a la propaganda antiespartana que se desarrollará en Atenas. Sea cómo fuere, la propuesta, de haberse planteado en estos términos, no podía dejar de ser rechazada por cualquier *polis* medianamente orgullosa de su autonomía. Como asegura Temístocles, según el relato tucidideo de todo este episodio:

> Opinaban por tanto ahora que era preferible que su ciudad tuviera murallas y que esto había de ser más ventajoso para los ciudadanos en particular y para todos los aliados; pues no era posible deliberar en la asamblea de los aliados con autoridad igual o semejante si no se poseía una defensa de guerra parecida a la de los demás (Th, 1.91.6-7; trad. de F. Rodríguez Adrados).

La muralla era uno de los elementos más claros para medir la independencia de una *polis*; sólo carecían de murallas aquellas ciudades que habían sido vencidas y obligadas a destruirlas y Atenas, que había sufrido dicha humillación por parte de los persas, no podía permanecer sin murallas por mucho tiempo. Lo que resulta problemático en todo el asunto es la petición espartana, que se basaba en la idea bastante utópica e irrealizable de que toda Grecia debía derribar sus murallas. Tampoco queda clara la justificación espartana para dicha petición, a no ser que se basara en la estrecha amistad que Temístocles mantenía con la ciudad que le acababa de colmar de honores sin par (Hdt. 8.124).

Sea como fuere, Temístocles no podía desairar a Esparta, al no disponer de murallas, pero tampoco podía acceder a las peticiones que le formulaba su aliada so pena de verse permanentemente amenazada por los aliados de ésta. En consecuencia, Temístocles decidió partir a Esparta como embajador para debatir sobre el asunto, en la esperanza de que su presencia allí calmase a los espartanos. Mientras, había dado órdenes de que el resto de los embajadores atenienses no fuesen enviados a reunirse con él a Esparta hasta que la muralla, que había que construir a toda prisa, no hubiese alcanzado suficiente altura. Al tiempo, y para prevenir los rumores cada vez más insistentes que llegaban a Esparta acerca de que Atenas estaba levantando sus murallas, especialmente propagados por los eginetas, Temístocles pidió a los espartanos que enviasen una embajada a Atenas para cerciorarse de la falsedad de tales rumores, aunque él ya había encargado secretamente a los atenienses que retuviesen lo más posible a tales embajadores para que sirviesen de garantía contra cualquier eventual represalia que los espartanos pudiesen tomar contra él y sus colegas de embajada en cuanto que se supiese la verdad.

La verdad se supo cuando Temístocles, que ya conocía el avanzado estado de la obra, se la hizo saber a los espartanos. Sin duda, Esparta debió de sentirse burlada y engañada; no obstante, el buen concepto que seguían manteniendo de Temístocles, posiblemente la íntima convicción de que poco tenían que reprochar a una *polis* independiente y aliada que había decidido reconstruir sus murallas y, tal vez, un cierto desapego a las posturas mantenidas por sus aliados, hicieron que no hubiese reacción oficial ante tal medida. Todas las fuentes aseguran que Esparta acogió con disgusto el engaño ateniense, pero que evitaron manifestarlo. Algún autor, como Teopompo de Quíos, va más allá y asegura que Temístocles consiguió su objetivo sobornando a los éforos espartanos (*FGH*, 115 F 85), aunque, sin duda, es una información atribuible a la "leyenda negra" de Temístocles.

La muralla se construyó con toda precipitación, como es de suponer, y en ella participarían todos los que se hallasen en la ciudad, incluyendo mujeres y niños, y aprovechando todo tipo de material. Ni qué decir tiene que la abundancia de material de derribo en Atenas debía de ser abundante, puesto que tras la retirada persa los atenienses que regresaron a su ciudad se encontraron con un campo de ruinas; la descripción que da Tucídides de la muralla ha sido corroborada por la arqueología:

> De esta manera amurallaron su ciudad los atenienses en poco tiempo, y la construcción deja ver todavía hoy que se hizo apresuradamente: pues las hiladas inferiores están formadas por piedras de todas clases, y en algunos sitios no labradas, sino según llevaban cada una, y fueron incluidas muchas columnas funerarias y mármoles trabajados para otros fines. Porque el recinto amurallado fue ensanchado en todas direcciones, y debido a ello echaron mano de cualquier cosa para ir más deprisa (Th. 1.93.1-3; trad. de F. Rodríguez Adrados).

Al mismo tiempo, y en consonancia con la importancia de la flota que el propio Temístocles había contribuido a crear, instó a los atenienses a que acabaran de fortificar también el puerto del Pireo como medio de proteger la flota y con ella, a la propia ciudad, prosiguiendo la obra que él mismo había iniciado durante su arcontado en el año 493. Quizá la fortificación del Pireo se acabó en 477; la de la ciudad se habría acabado el año anterior.

Aunque el incidente había acabado, aparentemente, de forma pacífica, no cabe duda de que el mismo había empezado a apartar a Esparta a Atenas, ya desde el mismo momento de las victorias sobre los persas. El desencuentro y el distanciamiento no harían sino aumentar en los años siguientes y a ello no dejará de contribuir, de forma importante, el propio comportamiento espartano en el Egeo y la ulterior creación de la Liga de Delos, asuntos a los que haremos referencia en un apartado ulterior. En las vísperas de

la guerra del Peloponeso los corintios no dejarán de insistir en la responsabilidad que, según ellos, había tenido Esparta en el desencadenamiento de esa guerra por haberse dejado burlar por los atenienses (Th. 1.69.1).

En estos primeros años de la Pentecontecia la vida política ateniense sigue dominada por algunas de las figuras que ya destacaban antes de la invasión persa, entre ellas el propio Temístocles y el que pasará por ser su principal rival, Arístides, al menos según autores posteriores, como Plutarco (*Them.* 3; *Arist.* 2-3). A ellos se añade pronto Cimón, hijo de Milcíades, que se caracterizará por su amistad con los espartanos (Plut. *Cim.* 16).

Terminará siendo éste último el que acabará gozando del favor del pueblo ateniense, como veremos acto seguido, mientras que Temístocles irá perdiendo popularidad, a lo que contribuiría el nuevo sesgo de la política ateniense en la Atenas de Cimón. El resultado de esa pérdida de apoyos fue su ostracismo, probablemente hacia el 471; su partida de Atenas, para pasar a establecerse en Argos, seguramente no calmó todos los ánimos en la ciudad ni, tan siquiera, en Esparta, que quizá había tenido también algo que ver en su alejamiento de la vida política ateniense; no obstante, desde Argos debió de seguir manteniendo contactos con Pausanias, como sugiere su destino ulterior. En efecto, unos años después, hacia el 468, los espartanos habrían acabado por condenar y hacer morir por hambre al regente Pausanias, acusado de medismo. Tras este hecho, también se le acusó a Temístocles de lo mismo después de investigar la documentación que poseía el regente espartano y los lacedemonios exigieron a Atenas que permitiera que fuese juzgado en nombre de todos los griegos. Sin duda, los Alcmeónidas jugaron un papel importante en todo este proceso, así como Cimón; temiendo por su vida, Temístocles huye. A partir de aquí (¿466?) empieza la larga peregrinación del antiguo héroe de los atenienses, que le conduciría a Corcira, al país de los Molosos, a Pidna, Naxos y Éfeso, desde donde se pone bajo la protección del Gran Rey, Artajerjes I, del que se convierte en consejero. Establecido en Magnesia por el rey, muere varios años después, bien de enfermedad, bien suicidándose (Th. 1.135-138; Plu. *Them.* 22-31).

5.1.2. Cimón y Arístides: lucha contra Persia y entente con Esparta

El eclipsamiento de Temístocles hará que las otras dos personalidades del momento, encabezando cada una de ellas a distintos grupos dentro de la sociedad ateniense, vayan adquiriendo un relieve mayor. Sin duda, Arístides, de mayor edad que Cimón, será quien más se beneficie de la pérdida de popularidad y del consiguiente ostracismo de Temístocles. Colaborador de Clístenes, como asegura Plutarco (*Arist.* 2.1), y participante en la batalla de Maratón como estratego al frente del contingente de su tribu, la Antióquide,

había acabado sufriendo el ostracismo hacia el año 483 por instigación directa de Temístocles y sus partidarios. Sin embargo, se benefició de la amnistía promulgada con ocasión de la invasión de Jerjes y habría jugado un papel importante en hacer que los planes de Temístocles de combatir en Salamina triunfasen. En dicha batalla, Arístides habría tenido a su cargo un destacamento de hoplitas encargado de eliminar a los náufragos persas que llegasen a la isla de Psitalia y del mismo modo, al año siguiente (479) comandó el contingente ateniense que iba a participar en la batalla de Platea con tan brillantes resultados. En fin, fue uno de los principales responsables de la creación de la Liga de Delos y participó, junto con Temístocles, en la reconstrucción de las murallas de Atenas, a pesar de ser enemigos, tal y como asegura Aristóteles (*Ath.* 23), tomando parte incluso en la política de engaño y dilación que había ideado Temístocles para permitir la finalización de la obra. También Arístides aparece como uno de los primeros ideólogos de la política ateniense de vivir a costa de los pagos (*phoroi*) de los aliados.

Pero, en todo caso, la escena política ateniense de estos años posteriores a las Guerras Médicas está dominada, sin duda ninguna, por Cimón, el hijo de Milcíades. El ascenso de este personaje hay que ponerlo en relación con el coyuntural apoyo de Arístides, claramente en función antitemistoclea (Plu. *Cim.* 5) y, también, con los indudables éxitos militares del hijo del héroe de Maratón; no obstante, su actividad política ya se atestigua pocos años antes de la batalla de Salamina, puesto que su nombre aparece en algunos *ostraka* de hacia el 486, lo que sugiere que, aunque no llegase a ser ostraquizado por entonces, era ya un personaje que empezaba a destacar.

Las actividades militares de Cimón, que forman parte de las actuaciones de la Liga de Delos, serán también abordadas en otro apartado ulterior. Sin embargo, algunas de ellas sí serán mencionadas aquí para situar en su justo término la actividad de este personaje. En su análisis de cómo surge el imperio ateniense, Tucídides da un rápido panorama de las acciones llevadas a cabo por la Liga controlada por los atenienses, y en las que juega un papel destacado Cimón:

> Primeramente, bajo el mando de Cimón, hijo de Milcíades, los atenienses tomaron tras un asedio Eyón la del Estrimón, que ocupaban los persas y esclavizaron a sus habitantes; después tomaron Esciros, la isla del mar Egeo, que habitaban los dólopes, y la colonizaron. También tuvieron una guerra sin ayuda de los demás pobladores de Eubea contra los habitantes de Caristo, y por fin se avinieron a un acuerdo. Más tarde lucharon contra los naxios, que se les sublevaron, y los sometieron tras un asedio. Ésta fue la primera ciudad aliada que fue esclavizada contra lo estatuido, mas luego también lo fueron las demás una a una... Después de todo esto tuvieron lugar las batallas naval y terrestre del río Eurimedonte entre los atenienses y sus aliados, y los persas; en el mismo día triunfaron en una y

otra los atenienses bajo el mando de Cimón, hijo de Milcíades, apresaron algunos trirremes de los fenicios y destruyeron unos doscientos en total. Más tarde los tasios se les sublevaron por diferencias acerca de los puertos comerciales y la mina situados en la zona de Tracia, que está enfrente de ellos, de que obtenían beneficios. Los atenienses marcharon con sus naves contra Tasos, vencieron en batalla naval y desembarcaron; y por entonces enviaron mil colonos de sus ciudadanos y de sus aliados para colonizar el lugar entonces llamado Los Nueve Caminos y ahora Anfípolis, y se apoderaron de Los Nueve Caminos, que habitaban los edonos; pero al avanzar hasta el interior de Tracia fueron destrozados en Drabesco de Edonia por los tracios unidos, para quienes la fundación de la colonia era una amenaza (Th. 1.98-100; trad. de F. Rodríguez Adrados).

En general, da la impresión de que el relato de Tucídides es bastante coherente y, aunque diversos autores han sugerido introducir modificaciones en la sucesión de acontecimientos que presenta el historiador ateniense, puede aceptarse en líneas generales la misma. Iremos glosando los principales acontecimientos, sobre todo desde el punto de vista de la política interna ateniense.

Sin duda, un punto importante en la carrera política de Cimón lo marca tanto el desalojo de Pausanias de Bizancio como la captura de Eyón, a orillas del Estrimón, desde antiguo un área de interés para Atenas y que los persas seguían controlando (476). Es posible que tenga razón Plutarco cuando, reflexionando sobre el episodio, sugiere que la gloria que alcanzó Cimón con esta acción pudo deberse a que con la misma los griegos iniciarían el contraataque contra los persas, frente a la política de carácter más defensivo que habían practicado hasta entonces (Plu. *Cim.* 8, 2). Tampoco hay que descartar (todo lo contrario) la proverbial riqueza en oro del valle del Estrimón ni, por supuesto, los vínculos con Tracia del propio Cimón, puesto que su madre, Hegesípila, era hija del rey tracio Oloro (Hdt. 6.40.1).

Mucho más importante, al menos desde un punto de vista simbólico, fue la conquista de Esciros (475), poblada por los indígenas dólopes y por los pelasgos (Plu. *Cim.* 8.3-5; D. S. 11.60.1). El pretexto vino marcado por las actividades piráticas que esos individuos realizaban, pero el hecho de que se estableciera en la isla una cleruquía indica fuera de toda duda el interés ateniense en controlar esta isla clave. Además, Cimón aprovechó el dominio recién adquirido para realizar un gesto claramente político y propagandístico: recuperar los huesos del héroe Teseo:

Después, cuando llegó a saber que el viejo Teseo, hijo de Egeo, que había huido de Atenas hacia Esciros, y que en ella había sido muerto con engaño por el rey Licomedes, movido por el miedo, se ocupó activamente de hallar su tumba. En efecto, existía un oráculo dado a los Atenienses

que les ordenaba devolver a la ciudad los restos de Teseo y darle los honores debidos a un héroe, pero desconocían en qué lugar yacían, ya que los de Esciros no lo confesaban ni permitían que se investigara. Así pues, tras haberse buscado el recinto sagrado con gran competencia y muchas dificultades, Cimón colocó los huesos en su propia trirreme y disponiendo todas las cosas con gran magnificencia, los devolvió a la ciudad después de más o menos cuatrocientos años. Por ello, sobre todo, el pueblo se halló de buena gana bien dispuesto hacia él (Plu. *Cim.* 8.5-6; trad. de A. Domínguez).

Sin duda ninguna, el "descubrimiento" de los huesos de Teseo en Esciros y su devolución solemne a Atenas tuvo un significado claramente político; las señales que recibió Cimón (un águila picoteando en el lugar en el que descubrirían los restos), asi como el carácter extraordinario de los mismos (un esqueleto de gran tamaño acompañado de una lanza de bronce y una espada) (Plu. *Thes.* 36.2), le persuadirían de haber descubierto el cuerpo del héroe. El propio Plutarco asegura que para conmemorar el hecho se celebró un certamen de poetas trágicos en el que participaba por vez primera Sófocles y, excepcionalmente, los diez estrategos, entre ellos el propio Cimón, actuaron como jueces, dándole la victoria a la nueva promesa, en detrimento del ya consagrado Esquilo, que perdió en esta ocasión. Más adelante volveremos sobre este asunto.

La popularidad de Cimón alcanza su mayor auge tras la doble batalla del Eurimedonte (en algún momento entre el 469 y el 465), en la que en el mismo día el estratego derrota a la flota persa, en su mayoría compuesta de barcos fenicios, y al ejército de tierra, tomando un cuantioso botín, pronto usado en una hábil política de obras públicas. Sus campañas en el Quersoneso, en Tasos y en Tracia (464 ó 462) acaban, sin embargo, con una severa derrota en Drabesco ante los tracios, a la que aludía el texto de Tucídides que incluíamos páginas atrás. El objetivo de Cimón, especialmente atento, quizá por tradición familiar, al área tracia había consistido en fundar una colonia en el lugar que por aquel entonces se conocía como Los Nueve Caminos (*Ennea Hodoi*) y que no acabaría bajo control ateniense hasta veintisiete años después (437).

El infructuoso resultado de la empresa, y quizá el relativamente elevado número de bajas que se produjo, incluyendo posiblemente a alguno de los estrategos (Hdt. 9.75), seguramente debilitó la posición de Cimón. Sus enemigos políticos, entre los que ya despuntaba Pericles, le acusaron de haberse dejado sobornar por el rey Alejandro I de Macedonia; no obstante, su popularidad aún no había desaparecido por completo, puesto que fue absuelto y, al año siguiente, era nuevamente estratego.

Hacia el año 464 tiene lugar un acontecimiento que pudo haber significado el triunfo decisivo de Cimón entre quienes claramente eran sus oponentes, Efialtes y Pericles, y que, sin embargo, precipitó la caída en desgra-

cia del hasta entonces árbitro indiscutible de la situación en Atenas. En torno a ese año (sigue habiendo discrepancias acerca de la fecha concreta) tuvieron lugar los terremotos que afectaron, sobre todo, al Peloponeso y, muy especialmente, a Esparta. Son abundantes las referencias en nuestras fuentes a esos terremotos y lo que significaron para la frágil estabilidad espartana. El seísmo, que debió de ser de bastante intensidad, provocó importantes destrozos. En un capítulo anterior hemos visto la descripción que del mismo hace Diodoro; aquí veremos cómo lo relata Plutarco:

> Cuando Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, se hallaba en su cuarto año de reinado en Esparta, sucedió que, a causa de un terremoto mayor de cuantos se recordaban con anterioridad, el territorio de los Lacedemonios se vio destruido por múltiples abismos y fueron sacudidas algunas de las cimas del Taigeto hasta el punto de que se desprendieron, y la propia ciudad en su conjunto se vio demolida, excepto cinco casas, mientras que a todas las demás las echó abajo el seísmo (Plu. *Cim.* 16.4; trad. de A. Domínguez).

No sabemos con certeza si por aquel entonces Esparta preveía conflictos inminentes, especialmente con sus hilotas de origen mesenio, que ocasionalmente protagonizaban revueltas contra el yugo espartano. Lamentablemente, la sucesión de acontecimientos en las fuentes no es todo lo clara que desearíamos. Sin embargo, la certeza de un peligro inminente determina al rey Arquidamo a organizar rápidamente una primera defensa, sobre todo porque las bajas entre los ciudadanos espartanos debieron de ser considerables (algunas fuentes hablan de más de veinte mil víctimas). Hasta tal punto debió de estar extendida la impresión de que la ciudad había quedado aniquilada que no sólo los hilotas mesenios, sino también los propios hilotas laconios e, incluso, algunas ciudades periecas, se sublevan contra la *polis*. Probablemente Esparta dominó pronto la situación en su propio territorio, pero, sin embargo, en Mesenia las cosas no iban del mismo modo. Un fuerte contingente mesenio, compuesto de hombres, mujeres y niños y calculado, según los diferentes estudiosos, entre cuatro mil y veinte mil individuos, se refugia en uno de los puntos claves del país mesenio, el monte Itome, desde donde controlarían la fértil llanura del río Pamiso, una de las áreas más estratégicas de toda la Mesenia. Esparta inicia inmediatamente el asedio de esta fortaleza natural, sin demasiados resultados, al tiempo que debe abandonar sus compromisos adquiridos, entre ellos, la ayuda que habían prometido a Tasos, sublevada contra Atenas.

El resultado es que Esparta debe acudir a sus aliados, entre los que aún se encontraba Atenas y, en virtud de la alianza, una petición formal se le hizo a la ciudad al respecto. La llegada de la embajada espartana provocó nuevamente tensiones en la ciudad entre las distintas facciones enfrentadas. La

encabezada por Efialtes, y que contaba ya al joven Pericles entre sus miembros destacados, se declara abiertamente antiespartana y trata de evitar el envío de tropas. No obstante, Cimón sigue estando en uno de sus mejores momentos de popularidad consiguiendo el respaldo de la *polis* para enviar ayuda a Esparta, de la que el propio Cimón era declarado admirador al tiempo que *proxeno*, defensor de sus intereses, ante Atenas. En lo que ocurrió después concuerdan prácticamente todas la fuentes, aunque tampoco explican con detalle las actitudes y el trasfondo de los hechos. Lo que parece seguro es que los atenienses no consiguen acabar rápidamente con la resistencia mesenia, a pesar de su excelente preparación militar, lo que provoca las sospechas espartanas. De los diferentes autores es Tucídides quien expresa estos recelos, y su consecuencia, con mayor claridad:

> Los lacedemonios, en vista de que no tomaban la fortaleza, temiendo la audacia e inquietud de los atenienses y considerándolos además extraños, los despidieron a ellos solos de entre los aliados, no fuera que si se quedasen tramaran alguna maquinación persuadidos por los del Itome; mas no manifestaron su sospecha, sino que dijeron que ya no los necesitaban (Th. 1.102.3-4; trad. de F. Rodríguez Adrados).

Por supuesto, la actuación espartana no podía dejar de producir sospechas y recelos entre los atenienses. En efecto, además de ellos, habían acudido en ayuda de Esparta también otras *poleis* como Egina, Mantinea y Platea. El que sólo ellos fueran despedidos y no, por ejemplo, los plateos que, indudablemente, habían ido junto con los atenienses, era un auténtico desaire, al que, sin duda, fue ajeno Cimón, aunque quizá no todos los que habían ido con él. Ciertamente, Atenas había enviado un contingente más que considerable, cuatro mil hoplitas, que en caso de acuerdo con los mesenios podría poner en grave peligro la seguridad de la *polis* lacedemonia. La cuestión es saber si, efectivamente, las sospechas espartanas de connivencia entre los atenienses y los mesenios eran fundadas o no. Nuestras fuentes, sin embargo, no pueden dar pruebas fehacientes de que dicho riesgo existía, pero, sin embargo, Esparta debió de percibir pronto que entre los atenienses no existía unanimidad con respecto a la política a seguir en la guerra contra los mesenios, tal y como se había puesto de manifiesto en las discusiones previas al envío del contingente. Por ende, y mientras Cimón se hallaba todavía en Mesenia, en Atenas se había aprobado la reforma de la constitución promovida por Efialtes, a la que aludiremos con algún detalle más adelante, que perjudicaba seriamente la posición de Cimón y contra la que éste intentará combatir a su regreso, aunque infructuosamente (Plu. *Cim.* 15.2-3; *Per.* 9.5). Hay quien ha sugerido, y quizá no vaya descaminado, que la despedida del contingente ateniense pudo deberse al cambio político que se abría en Atenas como

consecuencia de esas reformas, que haría aumentar los recelos espartanos sobre la lealtad ateniense a su causa.

A la situación interna de Atenas, por otro lado, habría que añadir que quizá ya en territorio lacedemonio, los atenienses se habrían enterado de que Esparta había accedido a ayudar a Tasos en su lucha contra ellos, lo que se vio interrumpido precisamente por los terremotos. Algunos autores modernos también han sugerido que los atenienses, firmes demócratas, mostrarían simpatías al esfuerzo de los mesenios por sacudirse del yugo espartano. En todo caso, ésos y posiblemente otros factores pudieron dar la impresión a los espartanos (quizá incluso la certeza) de que los atenienses no estaban haciendo todo lo que sus aliados esperaban de ellos. En consecuencia, fueron invitados a abandonar Lacedemonia.

Que un imponente ejército, llamado por sus aliados, fuese obligado a retirarse cuando la guerra aún distaba bastante de estar concluida y cuando Esparta no iba a prescindir del resto del apoyo brindado por sus aliados no podía dejar de tener consecuencias para el principal partidario del entendimiento con Esparta, Cimón. Naturalmente, sus adversarios políticos iban pronto a recrudecer sus ataques contra él, máxime cuando el consejo del Areópago había perdido sus antiguas competencias durante su ausencia; uno de los primeros síntomas del nuevo sesgo que toma la política ateniense es el cambio radical de las alianzas por parte de Atenas. Tucídides considera rota en este punto (hacia el 462) la Liga Helénica que había surgido para defender a Grecia de los persas y, acto seguido, Atenas entra en alianza con Argos, el eterno enemigo de Esparta, y con Tesalia. Poco después (hacia el 457) los nuevos aliados se enfrentarán con los espartanos en la batalla de Tanagra. Para entonces la Atenas postcimoniana había entrado en una dinámica diferente, como muestran tanto esta batalla como la construcción de los Muros Largos, acabados por esos años, que unían a la ciudad de Atenas con el puerto del Pireo, y sobre todo, la instalación de los mesenios que habían acabado abandonando la sitiada Itome, en Naupacto, en la costa septentrional del golfo de Corinto (456). Pero de ello se hablará en el apartado correspondiente.

Para la política representada por Cimón, la humillante despedida espartana supuso el final, marcado por su ostracismo (461):

> [Los Atenienses], a su regreso y a causa de su enojo, empezaron a tratar duramente y a las claras a los partidarios de los Lacedemonios, y a Cimón, poniendo como pretexto unos motivos ínfimos, lo ostraquizaron por diez años (Plu. *Cim.* 17.2; trad. de A. Domínguez).

Cimón había sido partidario de una *entente* equilibrada con Esparta, y se le atribuía una frase al respecto, que habría pronunciado cuando en Atenas se discutía el envío de ayuda a Lacedemonia:

[Decía] que no iría a permitir ni que la Hélade quedase coja ni que la ciudad perdiese a su compañera de yugo (Plu. *Cim.* 16, 8; trad. de A. Domínguez).

Esta política era heredera evidente de la que habían mantenido las dos ciudades desde las vísperas de la invasión de Jerjes y había dado relativamente buenos resultados en los años previos, cuando en Esparta y Atenas predominaban, respectivamente, Pausanias y Temístocles. Sin embargo, daba la impresión de que Esparta estaba empezando a mostrarse sensible ante las peticiones de socorro que, cada vez con más frecuencia, le llegaban procedentes de aquellas *poleis* que deseaban alejarse de la alianza con Atenas. En esta otra ciudad, por su parte, los oponentes políticos de Cimón, mucho más volcados hacia el *demos*, propugnaban igualmente la ruptura con Esparta. El episodio que acabamos de considerar fue un pretexto excelente para los partidarios de la ruptura.

Aún tendría oportunidad Cimón de regresar a la vida política ateniense. Un primer y fallido intento lo protagonizó inmediatamente antes de la batalla de Tanagra, cuando a pesar de seguir ostraquizado intentó, en vano, combatir junto con el contingente de su tribu, la Eneida. No obstante, la derrota ateniense en la batalla, así como la muerte, en primera línea, de algunos de los partidarios de Cimón, acusados como él de ser proespartanos, motivó su regreso a Atenas a propuesta del propio Pericles. De nuevo en Atenas, favoreció la paz con los espartanos y jugo un papel importante en la reanudación de las hostilidades con los persas, lo que se materializó en la campaña contra Egipto y Chipre. Durante ella, murió Cimón en el sitio de Citio hacia el año 450. Sin embargo, la política ateniense en estos últimos años de vida de Cimón era ya considerablemente distinta de la que vivió el hijo de Milcíades en sus comienzos. Era ya la época de Pericles, y en vísperas del ostracismo de Cimón otros cambios de gran calado se habían introducido en la constitución ateniense merced a uno de sus rivales políticos, Efialtes.

5.1.3. La reforma de Efialtes

La figura de Efialtes, a quien se le atribuye una reforma básica en el funcionamiento del sistema democrático ateniense, no es tratada con demasiada extensión por nuestras fuentes. Alineado con el *demos* y, por lo tanto, enemigo político de Cimón, le vemos actuar en varias ocasiones directamente o a través de Pericles, que será quien acabe sucediéndole al frente del pueblo. Empecemos considerando el testimonio de Aristóteles, uno de los más completos que poseemos sobre los métodos y objetivos de Efialtes, dentro de la parquedad de nuestros datos:

> Durante más o menos diecisiete años después de las Guerras Médicas se mantuvo el gobierno bajo la dirección del Areópago, aunque había retrocedido un poco. Habiendo incrementado el poder de la masa, se convirtió en jefe del pueblo Efialtes, hijo de Sofónides, del que se consideraba que era incorruptible y honesto para con el sistema de gobierno, el cual empezó a atacar al consejo. Y en primer término se desembarazó de muchos Areopagitas interponiendo pleitos sobre asuntos de su gobierno. Después, en el arcontado de Conón [462], le arrebató al consejo todas las atribuciones añadidas gracias a las cuales era el guardián de la constitución, y unas se las entregó a los Quinientos y otras a (la asamblea del) pueblo y a los tribunales (Arist. *Ath.* 25.1-2; trad. de A. Domínguez).

La política de Efialtes no fue puntual, sino que debió de extenderse durante varios años antes de llegar al punto definitivo en el 462, como sugiere tanto el propio relato de Aristóteles como la noticia que da el mismo autor de que, al menos en un momento inicial, Efialtes había contado con el apoyo de Temístocles, que, desde dentro del Areópago, estaba a favor de privarle de sus atribuciones e, incluso, de suprimirlo. El problema lo encontramos cuando se trata de definir estas atribuciones del Areópago que, parece, no sólo habían permanecido intactas, sino que, incluso, se habían reforzado tras la reforma de Clístenes, durante los años de las Guerras Médicas y los posteriores. Así, además de mantener una genérica supervisión sobre las leyes a aprobar, es harto probable (aunque no todo el mundo lo acepta) que el Areópago ejerciese igualmente la *euthyna* o rendición de cuentas de los magistrados, lo que le permitía, entre otras cosas, controlar el acceso de los exarcontes al propio órgano, lo cual era de especial importancia una vez que la selección de los magistrados se confió al sorteo desde el 487. Sin duda, el privar al Areópago de esta atribución, que no le había sido otorgada por las leyes de Solón, fue una de las claves de la reforma de Efialtes, aunque parece claro que éste no pudo lograr poner en práctica todo su proyecto, puesto que fue obscuramente asesinado. Años después Pericles acabaría por arrebatarle al Areópago sus últimas competencias (Arist. *Ath.* 27.1), entre ellas quizá la *eisangelia*, de marcado carácter político y que permitía la destitución de magistrados (sobre todo de los estrategos) antes del término de su mandato. El Areópago quedaría reducido a actuar como tribunal en determinados casos de homicidio; a este cometido parece aludir Esquilo en su tragedia *Las Euménides*, estrenada tan sólo cinco años después de la reforma de Efialtes (458), cuando, tras atribuir la creación de tal consejo a la diosa Atenea, pone en su boca las siguientes palabras:

> Escucha al punto mi sagrada ley, pueblo ateniense, que vas a decidir por vez primera en juicio sobre un derramamiento de sangre. Existirá en lo venidero y para siempre entre el pueblo de Egeo este consejo de jue-

> ces... Os entrego este consejo no manchado por el afán de riquezas, venerable, pronto para castigar, baluarte de esta tierra, siempre en vela junto a los que duermen (Esquilo, *Eum.* 681-706; trad. de A. Domínguez).

Parece fuera de toda duda que la propuesta de Efialtes fue aprobada por la asamblea del pueblo (*ekklesia*) (D. S. 11. 77.6) y que se aprovechó el momento en que Cimón se hallaba fuera junto con los cuatro mil hoplitas que iban a ayudar a Esparta (Plu. *Cim.* 15, 1-2), los cuales, muy posiblemente, no hubiesen apoyado dicho cambio de haber estado en la ciudad. Fuesen cuales fuesen las competencias exactas que perdió el Areópago bajo Efialtes, y las que perdió ulteriormente bajo Pericles, lo que parece claro, en todo caso, es que a los jefes del pueblo, como lo fueron ambos personajes, en claro enfrentamiento con la facción aristocrática, debía de repugnarles la idea de que un órgano compuesto de antiguos arcontes, y, por lo tanto, nutrido únicamente de individuos pertenecientes a los *pentakosiomedimnoi* y a los *hippeis*, siguiese conservando importantes prerrogativas dentro de la Atenas democrática, en la que los órganos de decisión estaban, básicamente, en manos de los *thetes*; cualquier medida que privase de sus poderes a ese órgano no podría sino ser bien recibida por aquéllos. Quizá en este mismo contexto haya que entender la noticia de Aristóteles (*Ath.* 26.2) que asegura que seis años después de la muerte de Efialtes (es decir, hacia el 457) se abrió el arcontado también a los zeugitas, lo que implicaba el final del monopolio aristocrático en este viejo órgano y su conversión en una institución mucho más representativa de la ciudadanía en su conjunto (con la excepción, naturalmente, de los *thetes*, cuyo acceso al arcontado estuvo siempre vetado).

Por fin, el carácter democrático de las medidas de Efialtes se demostraría siquiera porque, cuando, en el 404, se estableció en Atenas el régimen severamente oligárquico conocido como de los "Treinta Tiranos", una de las primeras medidas que tomaron fue la de derogar las leyes de Efialtes sobre el Areópago (Arist. *Ath.* 35.2), noticia que ha recibido interpretaciones contradictorias, pero que seguramente indica que, en esos años de fines del siglo V y por mor de las reformas iniciadas por Efialtes, el Areópago se había convertido en un órgano más de la constitución democrática ateniense. Por ello, la derogación de la legislación efialtea habría que verla como un ataque a una ya prestigiosa institución democrática.

Para concluir con este punto, podemos decir que el nunca esclarecido asesinato de Efialtes y el ostracismo de Cimón, ambos ocurridos con muy poca diferencia de tiempo y posiblemente en el 461 los dos, despejan la situación política de Atenas. Es el inicio del período de Pericles, que se encontrará al frente de un sistema democrático a su medida y uno de cuyos últimos lastres, el Consejo del Areópago, acababa de recibir un golpe mortal por parte de su asesinado valedor Efialtes.

5.2. El nacimiento de Liga délico-ática

5.2.1. La expedición naval del 478 y la retirada de los lacedemonios

Tras la victoria en Micale del año anterior, en la primavera del 478, la flota griega se hizo a la vela con el fin de proseguir la lucha contra Persia y completar la liberación de Asia Menor. Para esta campaña los espartanos enviaron al regente Pausanias con veinte naves. A él correspondía también el mando supremo de la escuadra griega. La flota ateniense estaba comandada por Arístides y Cimón. Los griegos se dirigieron primero contra Chipre y luego, poniendo proa al Norte, tomaron Bizancio en el Bósforo.

Sin embargo, mientras las operaciones militares progresaban razonablemente, la actitud tiránica y arrogante de Pausanias con los aliados y las sospechas de una posible connivencia del regente espartano con los persas provocaron una gran tensión. Los griegos de las islas, quiotas, samios y lesbios, los más indignados con las actuaciones de Pausanias, llegaron a ofrecer el mando supremo de la flota al ateniense Arístides. Finalmente, ante la gravedad de las acusaciones, los lacedemonios llamaron a Pausanias a Esparta, donde fue juzgado. Se le encontró culpable de haber ofendido a los aliados, pero no de tratos con los persas. Los espartanos desposeyeron del mando a Pausanias y enviaron un nuevo comandante, Dórquide, pero los aliados se negaron a concederle el mando. Entonces Esparta se retiró de la guerra, decisión que arrastró al resto de los peloponesios.

Según la explicación oficial, los espartanos estaban preocupados por la corrupción de los jefes lacedemonios en cuanto salían de Esparta y creían que Atenas era capaz de asumir el mando; en estos momentos las relaciones entre ambos Estados estaban presididas por la cordialidad. Sin embargo, la actitud de Pausanias fue la causa última, pero no la más profunda y verdadera de la retirada espartana. Parece que en estos años la situación en el Peloponeso reclamaba toda la atención de Esparta. Entre el 479 y el 460, Argos, desde mucho tiempo atrás enemiga de Esparta, absorbió, mediante sinecismos (reunión de comunidades dispersas en una sola), varias poblaciones vecinas como Micenas y Tirinte y unificó gran parte de la Argólide. Tegea nace también gracias a otro sinecismo entre el 478 y el 473, Mantinea se funda por las mismas fechas (Amit, 1973: 121-134) y Elis se constituye mediante otro sinecismo en el 471. La actitud de la mayoría de las *poleis* de Arcadia había sido bastante ambigua durante la Segunda Guerra Médica. En Platea los únicos arcadios que concurren son los tegeatas y los orcomenios. De hecho, en la última parte de la década de los setenta, los espartanos tuvieron que hacer frente a un fuerte movimiento antilaconio encabezado por Argos y por la mayor parte de Arcadia. Entre 473 y 470 los lacedemonios vencieron en Tegea a los tegeatas y a los argivos, poco después batieron (*c.* 470)

en Dipea (a 15 km al Noroeste de Tegea) a todos los arcadios salvo a los mantineos. Por otra parte, Esparta estaba poco interesada en una guerra marítima y era incapaz de construir y mantener durante largo tiempo una flota de guerra. Desde su punto de vista, aunque Persia no había firmado oficialmente la paz, la guerra estaba prácticamente acabada. Con todo, la razón última de la retirada lacedemonia de la guerra obedece a su constitución sociopolítica peculiar: Esparta se retiró de la guerra porque los espartiatas dominaban sobre un extensa población sometida (los hilotas) y, dado que podía producirse una revuelta en cualquier momento, su ejército no podía ausentarse demasiado tiempo. Su organización la obligaba a ser un poder terrestre, la flota llevaba a un gasto imposible y al subsiguiente protagonismo de los grupos no espartiatas. Dicho de una manera sencilla, la sociedad y la constitución espartanas eran incompatibles con el poderío naval y con una guerra marítima continuada y lejana.

Los excesos de Pausanias fueron el pretexto para una transición que se encuentra latente a lo largo de la Segunda Guerra Médica: el paso del liderazgo de los espartanos a los atenienses. Atenas había sido la verdadera triunfadora de las Guerras Médicas y su flota, la más potente, tenía que llevar por fuerza la iniciativa en una guerra que era ya exclusivamente naval.

5.2.2. Constitución y organización de la Liga de Delos

La retirada espartana trajo como consecuencia inmediata el nacimiento de la Liga de Delos, llamada así por la isla que fue la primera capital de la alianza, o délico-ática, nombre que reúne a la capital (Delos) y a la potencia hegemónica (Atenas).

En el invierno del 478/477, en Delos, se reunieron en el santuario de Apolo y Artemisa los atenienses y todos aquellos Estados que querían proseguir la guerra contra los persas. Los estados congregados en Delos fundaron una nueva alianza bajo la hegemonía de Atenas con el fin de proceder de una manera sistemática en la lucha contra los persas. Tucídides nos resume de manera muy breve la estructura de la Liga de Delos:

> Tomando, pues, el mando los atenienses de esta forma por voluntad de los aliados por el odio que tenían a Pausanias, señalaron las ciudades que debían aportar dinero para la guerra y las que debían aportar naves; el motivo oficial era vengarse de lo sufrido arrasando la tierra del Rey. Fue entonces cuando los atenienses establecieron la magistratura de los helenotamías, que recibían el tributo (*phoros*); pues así fue llamada la contribución de dinero. El primer tributo que se estableció fue de cuatrocientos sesenta talentos, y el tesoro se guardaba en Delos, en cuyo templo se celebraban las asambleas (Th. 1.96.1-2; trad. de F. Rodríguez Adrados).

La Liga de Delos nace como una *symmachia*, una alianza militar multilateral ofensiva y defensiva. La iniciativa partió de los aliados y no de Atenas. Son precisamente los demás Estados los que presionaron a Atenas para que constituyera esta alianza. En origen la Liga es, pues, una unión militar de Estados independientes que conceden a Atenas la hegemonía de la alianza.

Ciertamente, la Liga de Delos se nos presenta como una escisión de una Liga Helénica, pero se trata de *otra y diferente alianza*. La Liga Helénica no se disuelve y, como prueba de ello, servirá de instrumento jurídico para que los espartanos soliciten la ayuda ateniense en el momento en que se produce una revuelta de hilotas (464).

En contra del testimonio de Tucídides, el propósito original de la Liga no era predatorio, el botín no era más que un medio más de avanzar en su fin último: acabar completamente con la amenaza persa y obligar al Imperio persa a firmar una paz ventajosa para los griegos. Ciertamente en este terreno, en aquel otoño del 478, quedaba mucho por hacer. Todavía subsistía la presencia persa en el Egeo, los persas controlaban parte de Asia Menor y contaban con recursos suficientes para emprender nuevas campañas contra los griegos.

Atenas aportaba el mayor número de barcos, era la potencia hegemónica y recibía, por consiguiente, el mando militar supremo. Es posible que los miembros fundacionales de la Liga sobrepasaran el centenar de Estados. La mayor parte de los aliados debían proceder del Norte del Egeo (los Estrechos, la Calcídica, Tracia) y de las islas, ya que buena parte de los griegos de Asia Menor estaban todavía bajo el control persa (Meiggs, 1979: 50-58). Además de Atenas, los Estados más importantes eran Quíos, Samos y las ciudades de la isla de Lesbos. Como es fácil observar, una de las características esenciales de la alianza es su orientación marítima por sus miembros, por su fuerza militar centrada en la flota y por la lucha que se avecinaba.

El juramento de la nueva alianza se hizo en el santuario de Apolo y Artemisa en Delos. Los aliados se comprometieron a tener los mismos amigos y enemigos que los atenienses hasta que los bloques de hierro arrojados al fondo del mar fueran devueltos a la superficie (Arist. *Ath.* 23.5; Plu. *Arist.* 25.1). Esta fórmula convertía a la Liga en una alianza permanente en la que no se preveían medios para abandonarla.

La organización interna de la Liga es mal conocida. Delos, centro de una antigua anfictionía jonia, una asociación cultual y religiosa formada en torno al templo de Apolo, se convertía en el fundamento religioso y en el centro político de la Liga. En Delos tienen su sede las instituciones de la Liga como el consejo y el tesoro. La alianza se dota de un consejo general (Sínodo) del que Atenas forma también parte. Aparentemente, la Liga se dividía en dos partes esenciales: los atenienses y sus aliados. Esto significaba que, a diferencia de la Liga Helénica, en la que cada Estado poseía un solo voto en el Sinedrio de la Liga, Atenas contaba en el Sínodo délico con la mitad de los votos. Quizá podamos

interpretar en este sentido el vocablo que Tucídides (3.11.3) utiliza para referirse a la igualdad de votos entre Atenas y sus aliados (*isopsephoi*).

Una de la primeras y principales cuestiones que se acuerdan en la primera reunión en Delos se refiere a la participación de los diferentes Estados firmantes de la alianza. Los aliados están obligados a aportar a la empresa común medios materiales, calculados según los miembros integrantes y las necesidades del momento. La Liga procede a reglamentar esta contribución. Los grandes Estados, que disponían de recursos más amplios, contribuirán con hombres y naves y los podríamos llamar *miembros asociados*. Estos miembros asociados de la Liga son pocos, en origen quizá en torno a una docena: al menos Atenas, Naxos, Samos, Tasos, Quíos y las ciudades de la isla de Lesbos. Para las ciudades pequeñas, aquellas que no estaban en situación de aportar barcos y soldados, se creó una figura fiscal, un tributo, en concepto de disfrute de la protección de la Liga sin contribuir directamente a la defensa, son los *miembros tributarios*. Estas son las dos categorías jurídicas originales de la Liga. Denominaremos *miembros sometidos* a aquellos Estados que, posteriormente, trataron de salirse de la Liga y fueron castigados con dureza por Atenas.

Los atenienses y sus aliados encargaron a Arístides, puesto que todos confiaban en su fama de justo, que estableciera el montante del tributo conforme a la extensión del territorio y los ingresos de cada contribuyente, en palabras de Plutarco (*Arist.* 24): "según la dignidad y la riqueza de cada uno" (trad. de J. Pascual). La cifra total del tributo se fijó, probablemente en el 476, en 460 talentos, cantidad que parece haber sido moderada y contentado a la mayor parte de los miembros de la Liga. Los estrategos atenienses se encargaban de recoger el tributo que se depositaba en la isla de Delos, quizá en el propio templo de Apolo. El tributo era administrado por los helenotamías, "tesoreros de los griegos", un nombre engañoso, pues, en realidad, son todos atenienses. Finalmente, los Estados de la Liga eran autónomos, esto es, cada uno de sus miembros podía darse el régimen político que deseara y mantendría su independencia judicial.

En resumen, en el 478/477, la Liga de Delos se constituye como una alianza militar multilateral, ofensiva y defensiva, nacida del libre consentimiento de aliados autónomos e independientes, a perpetuidad (la secesión está prohibida), con la finalidad de luchar contra los persas, colocada bajo la hegemonía de Atenas y cuyo poder es básicamente naval.

Sin embargo, desde sus orígenes, la Liga de Delos poseía una serie de instrumentos y características que contenían en sí mismos el germen del futuro imperialismo ateniense. Los atenienses disponían de la mitad de los votos, les era fácil contar siempre con el apoyo de alguna ciudad y tomar decisiones en contra de la inmensa mayoría de los aliados. Ningún aliado podía abandonar la Liga y Atenas podía emplear la fuerza contra aquellos que intenta-

ran separarse. Atenas había fijado el primer tributo y tenía la facultad de revisarlo periódicamente y de elevarlo globalmente o aumentarlo o rebajarlo de manera individual a cada Estado según su fidelidad. Los estrategos se encargan de recoger el tributo y podían utilizar medios coactivos contra cualquier aliado reticente. Los helenotamías, magistrados atenienses, elegidos exclusivamente por los atenienses (sólo a ellos debían rendir cuentas), podían administrar los recursos de la Liga en beneficio exclusivo de Atenas y emplearlos para fines distintos de los bélicos puesto que nada obligaba a gastar todos los fondos en las expediciones militares.

La mayoría de los aliados prefirieron contribuir en dinero, de manera que abandonaban su flota mientras la ateniense crecía por el continuo aporte de tributos. Éste es uno de los elementos esenciales en la evolución de la alianza: mientras que los aliados se debilitaban cada vez más, el poder ateniense aumentaba sin cesar. Atenas, plenamente consciente de esta creciente indefensión de los aliados, no hizo sino reforzarla. En la medida en que la debilidad y desproporción de fuerzas se incrementaban, los atenienses tendían a tener menos contemplaciones en el trato a los aliados.

Desde un punto de vista jurídico, una vez que Persia fuera obligada a firmar la paz, la Liga perdía su razón de ser y debía disolverse, pero, cuando el Imperio persa rubricó la paz en el 449, Atenas mantuvo la Liga: hacía tiempo que los lacedemonios y sus aliados y no los persas eran los principales enemigos de los atenienses y éstos necesitaban los recursos de la Liga para enfrentarse a Esparta.

5.3. La evolución de la Liga de Delos hasta la primera guerra del Peloponeso (477-461)

5.3.1. Los acontecimientos

En definitiva, Atenas contaba con la voluntad, los instrumentos jurídicos, los recursos financieros y la fuerza militar suficientes para transformar la Liga de Delos en un imperio (*arche*). Aunque la cronología absoluta es difícil de restituir y fluctúa en varios años, la reconstrucción de los sucesos que median entre la creación de la Liga y el estallido de la primera guerra del Peloponeso nos permitirán ilustrar esta rápida transformación.

A) Eyón y Esciros

Inmediatamente después de Mícale, los atenienses, por iniciativa de Temístocles, comenzaron a reconstruir sus murallas, que habían sido desmanteladas por los persas. Mientras Atenas estuviera inerme frente a Esparta, no

podría realizar un política independiente. Así, el amurallamiento de la ciudad y del Pireo forman parte de los requisitos básicos que hacen posible el ascenso de Atenas a primera potencia de la Hélade.

En el 477/476, bajo el mando de Cimón, los atenienses y sus aliados, ya sin los lacedemonios, prosiguieron la lucha contra los persas. La flota de la Liga délica tomó Eyón (verano del 477), ubicada en la desembocadura del Estrimón, en Tracia, que ocupaban los persas. Los atenienses convirtieron Eyón en dominio propio y establecieron en ella clerucos, esto es, colonos atenienses que siguen manteniendo su ciudadanía y no forman una ciudad independiente (Plu. *Cim.* 8). Cimón debió separar también de los persas algunas plazas de Tracia y el Helesponto (Hdt. 7.106); otras permanecieron en manos persas hasta mediados del siglo V.

Después de la campaña en Tracia, la flota ocupó la isla de Esciros, que estaba habitada por una población no griega (dólopes, dicen las fuentes) y se había convertido en un nido de piratería. Esciros era un enclave muy importante en la ruta del trigo póntico y estaba especialmente bien situada para el comercio con Tesalia. Los anteriores habitantes fueron expulsados y a la isla se enviaron clerucos atenienses (Plu. *Cim.* 8; Nepote, *Cimón* 2.5).

B) La incorporación de Caristo

Entre los miembros originales de la Liga se encontraban casi todas las ciudades de Eubea. Dicha isla era considerada de alto valor estratégico para Atenas, esencial en el comercio del grano del Helesponto y la última línea de defensa marítima del Ática. Sólo la ciudad de Caristo se había negado a incorporarse a la alianza. En una fecha difícil de determinar, entre el 475 y el 471, Caristo fue forzada a entrar en la Liga. Era la primera vez, que tengamos noticias, que los atenienses empleaban la fuerza para obligar a un Estado a formar parte de la Liga.

C) La defección de Naxos

Entre el 471 y el 468 la Liga sufrió su primera defección. Una vez que el peligro persa parecía haberse alejado, la importante isla de Naxos, un miembro asociado, pretendió salirse de la Liga. Posiblemente los naxios consideraban que Atenas utilizaba la Liga en su propio y exclusivo interés y veían con temor el crecimiento del poder ateniense que amenazaba su propia independencia. Ante la rebelión de Naxos, los atenienses asediaron la isla y la redujeron. Después de su rendición, Naxos fue reincorporada a Liga como miembro sometido, sujeta a un tributo anual, y en la ciudad se implantó la democracia. Según Tucídides (1.98), Naxos "fue la primera ciudad en ser

esclavizada en contra de lo estatuido", es decir, de manera contraria a su condición originaria de miembro asociado.

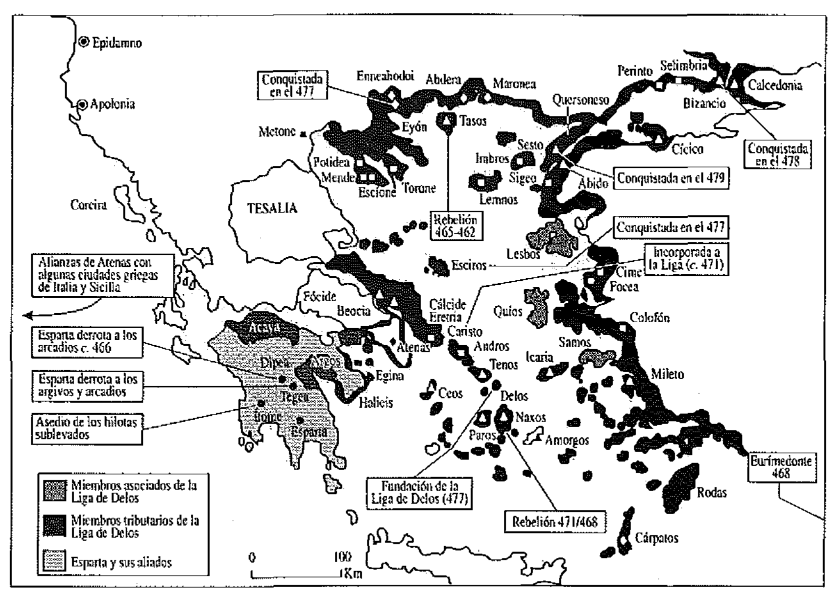


Figura 5.1. Atenas, Esparta y sus alianzas respectivas hasta el 461.

D) La batalla del Eurimedonte

El sometimiento de Naxos dejó las manos libres a Atenas para reemprender las operaciones contra Persia. En estos años, Jerjes había armado una nueva flota y un ejército en la costa sur de Asia Menor y Fenicia. Para hacer frente a la nueva amenaza persa, quizá en el 466 (la fecha oscila según los autores entre el 469 y el 465), Cimón fue enviado con doscientas naves al Sureste del Egeo. El estratego ateniense sometió Fasélide, uno de los puertos principales de entrada en el Egeo, que fue obligada a pagar 10 talentos (como indemnización por el asedio) y a unirse a sus fuerzas. En la desembocadura del río Eurimedonte, en la Panfilia (la costa sur de Asia Menor), los atenienses y sus aliados batieron en dos batallas, una naval y otra terrestre, a los persas, destrozaron doscientas naves fenicias y apresaron otras (Th. 1.100.2). Incluso una escuadra fenicia de ochenta naves que iba a unirse al resto de la flota persa fue apresada después de la batalla (Plu. *Cim.* 13).

La victoria del Eurimedonte marcó un hito decisivo en la lucha contra los persas: aseguró a los atenienses el dominio del Egeo, del que los persas han

sido ya prácticamente expulsados. Tras la batalla, las ciudades de Licia y Caria entraron en la Liga.

Poco después (hacia el 465/464), Cimón navegó nuevamente hacia el Quersoneso. Con sólo cuatro naves, capturó trece barcos persas y sometió todo el Quersoneso, que era vital para el abastecimiento de Atenas (Plu. *Cim.* 14).

E) La sublevación de Tasos

En el 465 tuvo lugar la rebelión de Tasos, otro de los miembros asociados de la Liga. Las causas de la revuelta son bien conocidas. La isla de Tasos poseía un rico y extenso territorio continental en la costa tracia dotado de buenos y prósperos puertos y de amplios recursos argentíferos, auríferos y madereros especialmente en la zona del monte Pangeo. Además de la desconfianza hacia el creciente imperialismo ateniense, los tasios veían con temor las apetencias atenienses sobre los aranceles de sus puertos del continente. Por otra parte, los atenienses establecidos en Eyón ambicionaban también la riqueza del Pangeo que los tasios explotaban y con los que eran fronterizos. La tensión estalló en el 466 por un litigio sobre una nueva mina aparecida y que los atenienses deseaban para sí. Entonces los tasios se sublevaron y trataron de abandonar la Liga.

Los atenienses, al mando de Cimón, derrotaron a los tasios en una batalla naval, capturaron treinta y tres naves y procedieron al asedio de la isla. Mientras los atenienses sitiaban Tasos, Cimón profundizó en la colonización del Norte del Egeo y estrechó los lazos que unían a Atenas con Macedonia. Los atenienses enviaron mil colonos de sus ciudadanos y otros aliados a fundar una colonia en una confluencia de rutas de Tracia llamada Los Nueve Caminos (*Ennea Hodoi*) y que era básica para el control de las minas y del comercio tracio. La colonia fracasó porque los colonos fueron masacrados por los tracios en Drabesco, a unos 25 km al Noroeste del Pangeo (464).

Al mismo tiempo, una embajada tasia logró burlar el sitio y alcanzó Esparta. Los emisarios solicitaron ayuda a los lacedemonios y les pidieron que invadieran el Ática para obligar a los atenienses a retirarse. Era la primera vez que un aliado ateniense recurría a los espartanos. Éstos aceptaron porque recelaban ya del poder ateniense. Sin embargo, antes de que pudieran llevar a la práctica sus planes, un fuerte terremoto, que asoló todo el Sur del Peloponeso, afectó duramente a Esparta (464). Los hilotas mesenios y un parte de los periecos aprovecharon esta contingencia para rebelarse. Aunque no pudieron acabar con los espartiatas, los sublevados se refugiaron en el monte Itome, en Mesenia, donde resistieron largo tiempo, manteniendo ocupadas a las fuerzas espartanas.

Carentes de toda ayuda y reducidos al último extremo a causa del hambre, tres años después, los tasios tuvieron que capitular (462). Las condicio-

nes que impusieron los atenienses fueron muy duras y estaban quizá también encaminadas a disuadir al resto de los aliados. Los tasios quedaron reducidos a la condición de miembros sometidos; hubieron de derruir sus murallas y entregar su flota, lo que les dejaba a merced de los atenienses, y debieron pagar una cantidad de manera inmediata, como indemnización de guerra. Asimismo, Tasos fue obligado a aportar un tributo anual de 3 talentos, muy moderado debido a que la isla ha perdido la costa tracia, fuente principal de sus ingresos y que se convierte en dominio particular ateniense y no de la Liga.

F) La expedición en el monte Itome y el ostracismo de Cimón

Como ya hemos expuesto anteriormente por extenso, puesto que la revuelta de los hilotas que se habían refugiado en el monte Itome se prolongaba sin que se consiguiera darle fin, los lacedemonios recurrieron a los atenienses, de los que seguían siendo nominalmente aliados en virtud de la Liga Helénica, todavía vigente. Tras duros debates en la asamblea, Cimón convenció a los atenienses para que ayudaran a Esparta. El propio Cimón, al frente de cuatro mil hoplitas, encabezó el cuerpo expedicionario ateniense. Una vez en Itome, los lacedemonios comenzaron a temer que los atenienses se pusieran en contacto con los asediados y tramaran alguna conspiración, de modo que los despidieron, a ellos solos de entre todos los aliados. Con escasa diplomacia, les dijeron simplemente que ya no los necesitaban (461).

Semejante desaire no podía ser ignorado por los atenienses y tuvo hondas consecuencias en una ciudad cuya opinión mayoritaria comenzaba a ser progresivamente hostil a Esparta. Un año antes de estos hechos, en el 462, mientras Cimón se encontraba en Esparta, Efialtes aprovechó la ausencia del estratego para introducir una reforma política estrechamente ligada a la creciente influencia de los sectores más pobres del *demos*, consecuencia lógica del papel decisivo que desempeñaba la flota. De vuelta a Atenas, Cimón trató de oponerse a estas medidas, lo cual, unido al fracaso de la expedición en Esparta, precipitó su caída: fue condenado al ostracismo en el 461. Una nueva generación de líderes atenienses antiespartanos llevaría a la ciudad a la guerra contra Esparta.

5.3.2. De Liga de guerra a imperio ateniense

Los acontecimientos de estos años primeros de la Pentecontecia nos pueden servir de base para reflexionar sobre la transformación de la Liga de Delos en un imperio ateniense, que es la característica principal del período.

Aparentemente, algunos aspectos de la política ateniense corresponden al fin último de la Liga, la lucha contra Persia. La toma de Eyón, el bastión persa

más importante en Europa, la expedición en el Quersoneso o la batalla del Eurimedonte son ejemplos suficientes de la prosecución de la guerra contra Persia.

Sin embargo, en casi todas las acciones que lleva a cabo la Liga, los intereses particulares atenienses están presentes y nunca se pueden separar netamente. Podemos decir que muchas expediciones responden en realidad mucho más a los intereses atenienses que a los objetivos de la Liga.

La insistencia en el frente tracio, casos de Eyón, Tasos o *Ennea Hodoi*, revela prioritariamente el deseo ateniense de acceder a materias primas estratégicas como la madera y los metales preciosos y de controlar el rico comercio tracio. La conquista de Esciros podía también justificarse como lucha contra la piratería, en la que estaban interesados todos los aliados, pero respondía en último término a la pretensión ateniense de ocupar un enclave muy importante en el comercio de grano tesalio y en la ruta del abastecimiento con el Ponto. El control del Helesponto y el Quersoneso inciden en este mismo sentido: la preocupación por el trigo póntico. La incorporación de Caristo responde también al interés ateniense que considera a la isla de Eubea de una vital importancia estratégica.

Por otra parte, Atenas ha empleado la fuerza para incorporar nuevos aliados o para devolver a la alianza, en condición de sumisión total, a aquellos que habían pretendido salirse de ella. Estas acciones, como señala Tucídides, eran contrarias al espíritu de una Liga formada por aliados libres e independientes. En los casos de Caristo, Naxos o Tasos, los atenienses han violado la libertad y autonomía de estos Estados, entendidas como la capacidad de realizar una política exterior independiente y de darse el régimen político que cada uno prefiriera.

Tucídides encuentra la explicación del descontento de los aliados en el rigor ateniense y la utilización de la coacción en la recogida del tributo. Los aliados practicaban lo que podríamos llamar una resistencia pasiva tratando de evitar o diferir los pagos:

> Junto a otras que había, las causas más importantes de las rebeliones eran la falta de dinero para el tributo y de naves, y en algunos casos la deserción, pues los atenienses eran rigurosos en el cobro y al aplicar medios de coacción extremos resultaban insoportables a gentes que no querían sufrir malos tratos ni estaban acostumbradas a ello (Th. 1.99; trad. de F. Rodríguez Adrados).

Sin llegar a la sublevación, es muy posible que la recaudación sin contemplaciones del tributo causara malestar en muchos aliados tributarios. Como dijimos, el tributo no era excesivo, pero comenzó a considerarse una pesada carga no por su cuantía, sino porque los aliados eran conscientes de que era empleado por Atenas para sus propios fines y para fortalecer su poder y no en interés de todos. Obviamente, el tributo no puede ser alegado como

causa de las sublevaciones de Naxos o Tasos; en ambas subyace el temor al desarrollo del poder ateniense y el miedo a convertirse en Estados tributarios. En el caso de Tasos, se trata de poner coto a las ambiciones económicas atenienses en Tracia que amenazaban la riqueza de la isla.

Atenas añadió Eyón, Esciros y la costa tracia de Tasos a su propio territorio y estableció clerucos atenienses en estos lugares. En el caso de Anfípolis, participan atenienses y aliados, y la colonia nace como *apoikia* o Estado independiente, pero su fundación responde exclusivamente a los intereses atenienses en Tracia.

En definitiva, entre el 477 y el 461, aunque en algunos aspectos de manera incipiente, contamos con todos los elementos que nos permiten hablar del paso de una alianza libremente consentida a una dominación imperial o *arche*: empleo de los recursos de la Liga en interés propio, instalación de cleruquías (Eyón y Esciros), manipulación de la categoría jurídica de los aliados, adhesión forzada de ciudades (Caristo) y uso de la fuerza militar para obligar a determinados Estados a volver al seno de la Liga en una condición de marcado sometimiento (Naxos y Tasos).

5.4. La primera guerra del Peloponeso (461-445)

5.4.1. La inversión de alianzas

Bajo el nombre de primera guerra del Peloponeso consideramos el período de quince años que se extiende entre el ostracismo de Cimón (461) y la paz de los Treinta Años (445). Utilizamos el apelativo de *primera* guerra del Peloponeso para distinguirla de la *gran* guerra del Peloponeso (431-404), que denominamos también simplemente como guerra del Peloponeso. Estos años centrales del siglo V se caracterizan por la hostilidad entre Atenas y Esparta, que adquiere diversas formas que van desde la tensión latente al enfrentamiento bélico. Además de su propia importancia, la primera guerra del Peloponeso anticipa muchos aspectos que veremos posteriormente desarrollados en el último tercio de la centuria.

Desde el principio, los atenienses habían dirigido la Liga contra los persas y contra los aliados, que se sublevaran. Sin renunciar a ambas orientaciones, desde el 461, Atenas conduce la Liga en una nueva dirección: contra los espartanos y sus aliados, que amenazaban su imperio y la expansión de su poder. La política de Cimón había sido belicista en relación con Persia, imperialista por lo que se refiere a los aliados, moderada en el interior y de entendimiento con Esparta. A Cimón le suceden otros líderes, Mirónides, Tólmides y, quizá, Pericles, que prosiguen la política de enfrentamiento con Persia y desplegaron el mismo imperialismo con los aliados. Sin embargo, en lo interno, profundizaron en la democracia y, en lo externo, fueron marcadamente antilaconios y abandonaron la *enten-*

te cordiale con los lacedemonios. Bajo su impulso, Atenas va entrar en guerra contra Esparta. Exitosa en un principio, tal política excedía las posibilidades atenienses, provocó reacciones peligrosas para la propia seguridad de Atenas y obligó a volver, en una segunda fase, al statu quo del 461.

En realidad, el ostracismo de Cimón no había hecho más que confirmar el progresivo y casi inevitable distanciamiento entre ambas potencias. Los espartanos temían ya el desarrollo del poder ateniense, como habían demostrado en el asunto de Tasos, y pensaban en una guerra como la única forma de frenar la fuerza creciente de Atenas. Por su parte, la mayoría de los atenienses comenzaba a considerar Esparta, antes que Persia, su enemigo principal.

Tras expulsar a Cimón, los atenienses firmaron una alianza con Argos, la gran enemiga de Esparta en el Peloponeso, lo que suponía, de hecho, el abandono de la vieja alianza con Esparta que databa de los días de la Liga Helénica. Unos y otros, argivos y atenienses, establecieron una alianza por separado con los tesalios. Ciertamente los resultados de estas nuevas alianzas fueron en la práctica decepcionantes. Los argivos no lograron inquietar efectivamente a Esparta y tampoco consiguieron hacer valer su amistad con el rey para reconciliar a Atenas y Persia. Los tesalios se mostraron aún menos eficaces: a causa de su división interna (al menos parte de la aristocracia tesalia era favorable a los espartanos) sirvieron de poca ayuda a los atenienses. Sin embargo, en el plano diplomático, las nuevas alianzas quebraron las buenas relaciones con Esparta y supusieron un aumento considerable de la tensión.

Poco después de la firma de estas alianzas, los mesenios del Itome, tras diez años de resistencia, capitularon. Los espartanos dejaron que los mesenios, con sus mujeres y niños, abandonaran el Peloponeso a condición de no regresar nunca más (el que retornara sería reducido nuevamente a hilota). Como un síntoma más del enfriamiento de las relaciones entre Atenas y Esparta, los atenienses acogieron a los mesenios.

5.4.2. Las victorias atenienses

En el 461, tras el final de la sublevación de Tasos, con el dominio del mar firmemente en sus manos, Atenas se lanzó a una política de expansión continental que aumentó el número de sus enemigos y la obligó a combatir en varios frentes.

A) Las operaciones en el Istmo

Después de la rendición de los mesenios del Itome, surgió un conflicto fronterizo entre Corinto y Mégara, dos miembros de la Liga del Peloponeso. A cau-

sa de ello, los megareos se separaron de la Liga del Peloponeso y firmaron una alianza con los atenienses. Desde el punto de vista ateniense, Mégara ocupaba una posición de primera importancia, ya que aislaba a los lacedemonios y peloponesios de sus aliados al Norte del Istmo, especialmente los beocios, y sobre todo porque impedía que el ejército de la Liga del Peloponeso pudiera alcanzar el Ática y saquearla. Los atenienses pusieron guarniciones en Pegas, el puerto megáreo del golfo de Corinto, en Mégara y en Nisea, el puerto de Mégara en el golfo Sarónico. Unieron Mégara y Nisea, que distaban unos 1,3 km, con unos Muros Largos que hacían de Mégara una plaza inexpugnable por tierra. Por vez primera Atenas interfería en la Liga del Peloponeso. Su intervención amenazaba directamente a Corinto y provocó la guerra con los corintios y sus aliados (Sición, Epidauro, Hermíone, Trecén y Halieis). Surge ahora el odio entre Atenas y Corinto que habría de tener un papel principal en el estallido de una nueva y terrible guerra en el 431.

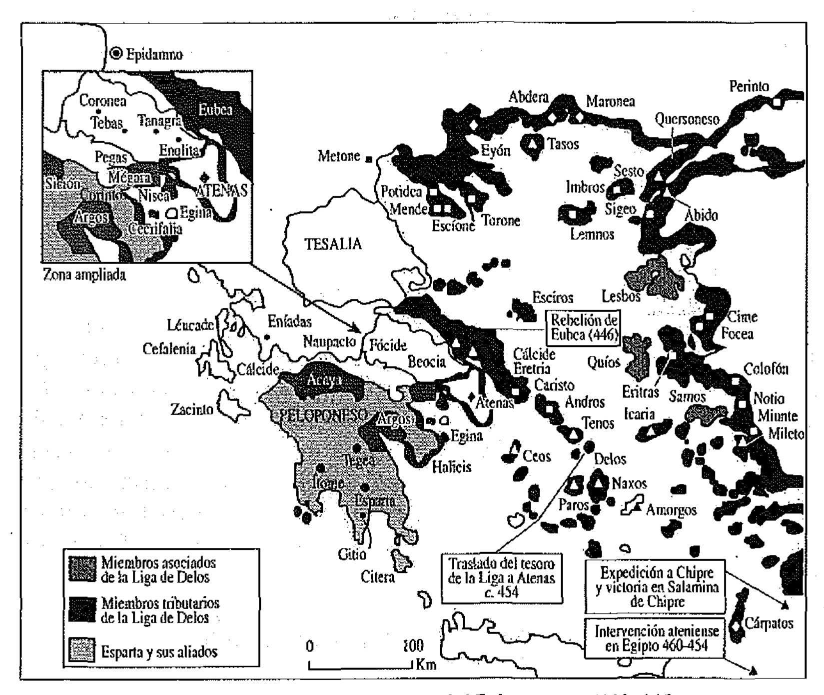


Figura 5.2. La primera guerra del Peloponeso (461-445).

En el Istmo, los atenienses buscaban dos objetivos esenciales: conservar Mégara e interceptar el abastecimiento corintio que procedía de Sicilia y la

Magna Grecia a través del golfo de Corinto. Si los atenienses lograran interrumpir su aprovisionamiento, los corintios se verían obligados a solicitar la paz y Mégara quedaría en manos de Atenas. Tras una derrota en Halieis ante corintios y epidaurios, que estuvieron apoyados por trescientos hoplitas lacedemonios, los atenienses vencieron a la escuadra peloponesia en Cecrifalia (459/458). Al año siguiente (457/456) Tólmides tomó al asalto Naupacto, que pertenecía a los locros ozolas. Los atenienses establecieron aquí a los mesenios del Itome (D. S. 11.84.7; Paus. 4.24.7; 10.33.10; Isoc. 12.94). En este mismo momento, los eginetas entran en guerra con Atenas (458) y los lacedemonios les envían los mismos trescientos que habían combatido con corintios y epidaurios. Pero la flota de la Liga de Delos batió a los eginetas y sus aliados, apresando setenta naves, y puso sitio a la ciudad. Tras rechazar un ataque corintio en el que tienen que echar mano de los hoplitas más jóvenes y los más viejos, que habían quedado de guarnición en la ciudad, los atenienses derrotaron en un segundo encuentro a los corintios. Finalmente, en estos años, los atenienses comenzaron a construir los Muros Largos que unían la ciudad y el Pireo y que hacían de Atenas virtualmente inexpugnable ante un ataque terrestre.

B) La expedición a Egipto

Mientras combatían en Grecia, los atenienses proseguían la guerra contra Persia. A tal efecto una buena parte de la flota se encontraba en Chipre tratando de separar la isla del dominio del rey. La acción ateniense se veía favorecida por el asesinato de Jerjes (466/465), que sume al Imperio persa en una crisis dinástica. Aprovechando la confusión persa, Inaro, un jefe libio, sublevó parte de Egipto en el 463. Para hacer frente a los persas, Inaro reclamó la ayuda de Atenas, que vio una buena oportunidad para debilitar el poder persa y para introducir a Atenas en la riqueza egipcia, especialmente en sus recursos en grano. Así, en el 460, la escuadra délica compuesta por doscientas naves entre atenienses y aliadas remontó el Nilo. Egipcios y griegos se hicieron dueños del delta (la revuelta nunca sobrepasó el Bajo Egipto) y ocuparon las dos terceras partes de la capital, Menfis, excepto la llamada Fortaleza Blanca, el centro de la guarnición persa en Egipto, donde resistían los persas, medos y los egipcios que no se habían rebelado.

Cuando los atenienses decidieron apoyar la revuelta egipcia y mientras los persas reunían el ejército, el nuevo Gran Rey, Artajerjes I, envió al persa Megabazo con dinero a Esparta con la intención de convencer a los espartanos para que invadieran el Ática y obligaran así a Atenas a retirarse de Egipto. Aunque fracasada, la embajada persa supone un cambio en la estrategia que hasta entonces Persia había empleado y es precedente llamado a tener un amplio desarrollo en el futuro: antes que buscar un enfrentamiento directo era mejor exacerbar las disputas entre los griegos y hacer prevalecer los intereses persas en medio de estos enfrentamientos.

C) *El predominio ateniense en Grecia central*

En el 457 los espartanos intervinieron en Grecia central en ayuda de los dorios que estaban siendo duramente hostigados por los focidios. A tal efecto despacharon un ejército compuesto por 1.500 hoplitas suyos y 10.000 aliados. Con una fuerza tan imponente es muy posible que su intención no fuera sólo castigar a los focidios, sino que posiblemente pudieron plantearse un objetivo mucho más amplio: fortalecer Tebas y la Confederación beocia para crear una seria amenaza en la frontera norte de Atenas.

Después de derrotar a los focidios, los lacedemonios emprendieron el regreso al Peloponeso a través de Beocia. Los atenienses acudieron entonces con mil argivos y contingentes propios y aliados (Th. 1.107.5; Meiggs, Lewis n.os 35 y 36), unos catorce mil hombres en total, a los que se añadieron jinetes tesalios. Ambos ejércitos se enfrentaron en Tanagra (*c.* junio del 457) y, aunque los dos contendientes sufrieron graves pérdidas, los espartanos vencieron (los jinetes tesalios se pasaron a los lacedemonios en el mismo campo de batalla y contribuyeron decisivamente a la derrota de Atenas).

La batalla de Tanagra marca un hito en el desarrollo de la primera guerra del Peloponeso. Hasta el 457, la lucha contra Atenas había sido llevada por los corintios y sus aliados y Esparta se había mantenido prácticamente al margen de la guerra. Pero los repetidos éxitos atenienses obligaron a los lacedemonios a intervenir de una manera más decidida. Así, Tanagra fue la primera vez que lacedemonios y atenienses se enfrentaban directamente. La victoria de los peloponesios los dejó a las puertas del Ática y la situación se presentó tan complicada que Pericles hizo llamar a Cimón de su exilio con el fin de utilizarlo en el caso de la necesidad de un eventual acuerdo con Esparta.

Sin embargo, el éxito lacedemonio fue efímero. Sesenta y dos días después de la batalla de Tanagra, Atenas envió a Beocia un ejército bajo el mando de Mirónides. En Enofita, en el territorio de Tanagra, los atenienses vencieron a los beocios y extendieron su imperio a Beocia, Fócide y Lócride Opuntia. Mirónides llegó hasta Tesalia, aunque fracasó en el asedio de Farsalo. Los atenienses destruyeron las murallas de Tanagra, posiblemente la ciudad hegemónica de la Confederación beocia después de las Guerras Médicas, tomaron rehenes de los locros (Th. 1.108.3; D. S. 11.82.5) e impusieron la democracia al menos en varias ciudades beocias, incluida Tebas y quizá Tespias y Tanagra (Arist. *Pol.* 1309 b 29-32). La Confederación beocia se mantuvo y no fue disuelta (Amit, 1971; Buck, 1979: 148), pero su hegemón era ahora Atenas.

D) *Nuevas operaciones en el Istmo y el Peloponeso*

Al mismo tiempo que tenía lugar la batalla de Tanagra, la construcción de los Muros Largos finalizó y, poco después, en el invierno del 457/456, Egina se

rindió. Los eginetas se vieron obligados a demoler sus murallas y a entregar sus naves y tuvieron que pagar un tributo anual. Por su parte, los argivos batieron a los peloponesios en Enoe. Sin embargo, la derrota no debilitó la posición de Esparta en el Peloponeso. En el 456, la flota ateniense, comandada por Tólmides, costeó el Peloponeso, incendió el arsenal lacedemonio de Gitio, tomó Cálcide, una colonia corintia en el golfo de Corinto, y forzó la adhesión a la Liga de los de Zacinto y Cefalenia. En el 455, partiendo de Pegas, en la Megáride, los atenienses, al mando de Pericles, desembarcaron en el territorio de Sición y derrotaron a los sicionios que salieron a su encuentro. Pericles estableció también una alianza con la Confederación aquea. Los aqueos veían en la intervención ateniense una buena oportunidad de acabar con el predominio corintio en el golfo.

En definitiva, la primera parte de la guerra se cerraba con un amplio éxito ateniense. Mégara seguía en sus manos. Con su flota derrotada, los peloponesios habían sido encerrados en el Peloponeso. La escuadra ateniense circunnavegaba la península, realizaba incursiones sorpresivas en sus costas, creaba un grave clima de inseguridad, obligaba a sus enemigos a dividir sus fuerzas y les causaba graves pérdidas económicas y humanas. El cerco sobre Corinto se había reforzado: además de Pegas, Naupacto y Cálcide, los atenienses contaban con la alianza de Zacinto, Cefalenia y la Confederación aquea.

Egina había sido sometida y la batalla de Enofita les había permitido constituir un imperio terrestre en Grecia central. Aunque no se había podido tomar la Fortaleza Blanca de Menfis, buena parte de Egipto estaba bajo el control de egipcios y atenienses. Finalmente, con sus fuerzas comprometidas en Egipto, Persia no podía intervenir en el Egeo.

Sin embargo, las victorias habían tenido un alto precio. Atenas se había visto forzada a combatir en varios frentes de manera simultánea, lo que la había llevado a tensar sus recursos humanos y financieros de manera peligrosa. Los gastos habían sido abrumadores y las pérdidas humanas cuantiosas (Arist. *Ath.* 26.1). Como ejemplo de esto último conservamos una inscripción (Meiggs, Lewis n.° 33) que lista los muertos en un solo año de guerra (460 ó 459) de una de las diez tribus atenienses, la Erecteide. Los ciudadanos de la tribu que han caído combatiendo en Chipre, Egipto, Fenicia, Egina, Mégara y Halieis (en el Peloponeso) se cifran en ciento setenta y ocho. Si suponemos que las otras tribus sufrieron pérdidas parecidas los muertos en un solo año pudieron alcanzar una cifra cercana a los dos mil, una cantidad enorme para una ciudad que disponía de trece mil hoplitas en activo.

Una conclusión se impone por sí misma: Atenas no podía sostener semejante esfuerzo durante muchos años y ello habrá de notarse en la segunda fase del conflicto.

5.4.3. El repliegue ateniense

A) Desastre en Egipto

En el 457, los persas invadieron Egipto con un gran ejército y una flota de trescientas naves (D. S. 11.77.1, Ctesias 14.37). Derrotaron a los egipcios y griegos y los obligaron a abandonar Menfis. Luego, los atenienses y sus aliados griegos fueron cercados en la isla de Prosopitis, en el Nilo, donde resistieron durante un año y seis meses hasta que los persas tomaron la isla. Sólo unos pocos griegos pudieron ponerse a salvo en Cirene. La catástrofe fue aún mayor cuando una flota de socorro, compuesta por cincuenta naves, fue sorprendida en el Nilo por la infantería persa y la escuadra fenicia. Muy pocos barcos escaparon. Los persas sometieron entonces la práctica totalidad de Egipto, salvo las zonas más pantanosas del delta, donde otro jefe, Amirteo, pudo resistir (454).

Así, tras seis años de lucha, la campaña de la Liga délica en Egipto acababa en un rotundo fracaso. Los atenienses y sus aliados habían perdido noventa naves y miles de hombres (desconocemos qué parte de las pérdidas correspondieron exactamente a Atenas). Tamaño desastre sólo será sobrepasado por la expedición a Sicilia en el 413 y, a pesar de que no tuvo las dramáticas consecuencias de la aventura siciliota, la catástrofe egipcia debilitó gravemente el poder ateniense. Atenas ve comprometida ahora su superioridad naval en el Egeo y surgen nuevas sublevaciones entre los aliados.

B) Las sublevaciones en la Liga de Delos

Por el mismo tiempo que acontece al desastre en Egipto, fracasa una expedición ateniense en Tesalia y una campaña naval en el Peloponeso se salda con un éxito parcial. Bajo el mando de Pericles, una flota de cien naves partió del puerto megáreo de Pegas. Los atenienses derrotaron en Nemea a los sicionios. Con ayuda aquea, asediaron Eníadas de Acarnania y saquearon su territorio, pero no pudieron tomar la ciudad.

Aunque la documentación que conservamos de estos años relativa a la evolución de la Liga de Delos es muy escasa y no está exenta de dificultades y de interpretaciones divergentes, la evidencia disponible apunta la existencia de graves tensiones. Aprovechando el desastre egipcio, parece que, efectivamente, Eritras, Mileto, Miunte y quizá alguna otra ciudad de la Jonia se sublevaron en el 454 y Colofón lo hizo en el 451. Detrás de todas estas rebeliones podemos intuir el apoyo y el oro persas. Otras defecciones parecen haber prendido en la Tróade y las Cícladas; de hecho, hay importantes ausencias de tributos en el 454. Todo parece indicar que Atenas ha dominado estas revueltas en el 451/450. Por ejemplo, en Eritras, los atenienses impusieron un régimen demo-

crático sometido a la fiscalización de inspectores atenienses y reforzados por una guarnición ateniense (*IG* I[3] 14).

C) *El armisticio del 451. Salamina de Chipre*

Después de diez años de lucha, Atenas se encontraba extenuada, su dominio en el Egeo se ha vuelto frágil y se imponía una suspensión de las hostilidades. Esparta se hallaba también agobiada por las incursiones de la flota ateniense y deseaba también un acuerdo. Así, en el 451, gracias a la mediación de Cimón, los atenienses concertaron un armisticio con los lacedemonios por un período de cinco años. La tregua no puede considerarse en modo alguno un retroceso ateniense. Atenas retenía Grecia central y las plazas y alianzas en el golfo de Corinto, el Sarónico y el mar Jónico.

Por un momento, Atenas pareció volver a la vieja política cimoniana de entendimiento con Esparta y guerra contra Persia. Tras el desastre ateniense en Egipto, los persas habían pasado a la ofensiva en el Sur del Egeo y amenazaban el dominio ateniense como no sucedía desde el Eurimedonte. Para hacerles frente, en el 450/449, una escuadra de doscientas naves propias y aliadas, bajo el mando de Cimón, puso rumbo a Chipre. Sesenta naves fueron enviadas a Egipto en ayuda de Amirteo mientras el resto sitiaba Citión, el más importante enclave fenicio en Chipre. Los atenienses sometieron parte de Chipre, pero no pudieron tomar Citión; el propio Cimón murió durante el sitio por enfermedad. La expedición parecía saldarse con un fracaso, pero, en el viaje de regreso, en Salamina de Chipre, los atenienses y sus aliados derrotaron por mar y tierra a los fenicios de Chipre y a los cilicios. Luego, se unieron con la flota destacada en Egipto y volvieron a Atenas (Plu. *Cim.* 18-19). Era suficiente para Persia. Después de treinta años decepcionantes, el Imperio persa firmó la paz (449) y apenas tuvo influencia en el Egeo en los siguientes cuarenta años.

D) *La batalla de Coronea*

Tras la muerte de Cimón, la hostilidad entre Esparta y Atenas vuelve a recrudecerse. Así, en el 449 los espartanos intervinieron en Delfos y expulsaron a los focidios, que fueron restaurados dos años más tarde por una expedición ateniense al mando de Pericles.

En el otoño del 447, los desterrados beocios penetraron en Beocia y sublevaron parte de ella. Como respuesta, los atenienses despacharon a Tólmides con mil hoplitas propios y algunos contingentes aliados. Era una fuerza muy escasa: incluso Pericles en la asamblea trató de disuadir al propio Tólmides de que emprendiera la expedición con tan pocos efectivos (Plu. *Per.* 18). No

lo consiguió. En Coronea (primavera del 446), los exiliados beocios, con ayuda de algunos locros, derrotaron a los atenienses y el propio Tólmides resultó muerto. El tratado de paz que siguió a la batalla supuso un duro golpe para Atenas. Aunque Platea quedaba fuera de la Confederación beocia y se mantenía en la alianza ateniense y Atenas conservaba también las localidades fronterizas de Eleuteras y Enoe (Buck, 1979: 153), además de Oropo, los atenienses perdían, después de una década, no sólo Beocia, sino todo su imperio continental con Fócide y Lócride (Th. 1.113.1-4; Plu. *Per.* 18; Paus. 1.27.5).

Hay razones fundadas para atribuir a Tebas el mérito fundamental de la liberación de Beocia. Tebas es la principal beneficiaria de los sucesos de Coronea, se convierte en la potencia hegemónica de la Confederación y se reserva el monopolio de la acuñación monetaria (Kraay, 1976: 111). Estamos ante uno de los hechos capitales del siglo V: tras Coronea, emerge una poderosa Confederación beocia bajo el liderazgo de Tebas, que supondrá una grave amenaza para Atenas en el futuro.

5.4.4. La paz de los Treinta Años

Inmediatamente después de la batalla de Coronea se producen revueltas en Eubea y Mégara, que poseían un decisivo valor estratégico en el dispositivo ateniense. A la isla de Eubea los atenienses desplazaron un ejército al mando de Pericles. Mientras Pericles estaba en Eubea, los de Mégara se rebelaron y masacraron a la guarnición ateniense que estaba estacionada en la ciudad. Con todo, los atenienses pudieron conservar Pegas y Nisea. La defección de Mégara abría la puerta a la invasión del Ática en un momento en que finalizaba el armisticio entre Atenas y Esparta. Pericles volvió de Eubea precipitadamente y los peloponesios invadieron el Ática, pero no llegaron más allá de Eleusis y se retiraron (Pericles sobornó a Cleándridas, consejero del rey espartano Plistoanacte).

Después, Pericles regresó a Eubea con 50 naves y 5.000 hombres. La isla capituló finalmente. Las condiciones fueron duras, en Histiea, ya que los histieos habían capturado un trirreme ateniense y habían dado muerte a todos sus tripulantes, los atenienses expulsaron a sus habitantes e instalaron colonos. En relación con el resto de Eubea, si bien el tributo no fue aumentado, los atenienses prohibieron toda secesión y recortaron severamente la autonomía de las ciudades euboicas: todo asunto judicial que conllevara pena de muerte, exilio o confiscación de bienes debería ser llevado a Atenas. En Calcis, concretamente, Pericles expulsó a los Hipobotas, los aristócratas más ricos e influyentes, e implantó la democracia (Plu. *Per.* 23). De igual manera, la democracia fue instalada en las restantes *poleis* de Eubea.

A pesar del éxito en Eubea, Atenas había llegado al límite de sus fuerzas y se avino a negociar la paz con los lacedemonios. Los atenienses y los lacedemonios y sus aliados respectivos firmaron la paz en el invierno del 446/445 (Ste Croix,

1985: 293-294). El tratado estaría en vigor durante treinta años (de ahí el nombre de paz de los Treinta Años por la que la conocemos) y restablecía el statu quo anterior al 461. Los atenienses entregaban Pegas, Nisea y las plazas que ocupaban en el Peloponeso y renunciaban a la alianza con la Confederación aquea. Atenas sólo salvaba Egina, que permanecía bajo su dominio incorporada a la Liga con un estatuto especial de autonomía (Th. 67.2; Figueira, 1991). Atenas continuaba siendo un poder marítimo y renunciaba a su imperio continental.

La paz de los Treinta Años consagraba la política de bloques enfrentados y establecía el principio de no intervención. De este modo, el tratado reconoció la existencia de las dos alianzas con una lista de sus miembros, a quienes les está prohibido cambiar de bando. Atenas y Esparta se comprometían también a no interferir en los asuntos de los aliados respectivos (Th. 1.35.2, 40.2-5).

En último término, la paz era la expresión de un equilibrio entre Esparta y Atenas en el que cada potencia era incapaz de vencer a su rival. Contentaba a los dirigentes espartanos, ya que el poder de Esparta quedaba intacto. Al mismo tiempo, dejaba las manos libres a los atenienses dentro de la Liga de Delos. Tras quince años de guerras y tensiones, Atenas había tomado conciencia de los límites de su poder: era extremadamente difícil sostener a la vez un imperialismo marítimo y otro continental y combatir simultáneamente contra los persas y contra los lacedemonios y sus aliados. Será ésta una lección de la que Pericles extraerá hondas consecuencias.

6. Atenas en la segunda parte de la Pentecontecia. I: la democracia ateniense en la época de Pericles

6.1. Pericles, el primer ciudadano

La paz de los Treinta años inaugura un período pacífico en el que Atenas vive uno de sus momentos culminantes. Es ahora cuando se agolpan una serie de desarrollos paralelos en actividad y pensamiento que hacen de estos pocos años una época de extraordinario esplendor.

La vida de Atenas está dominada en este período por la figura de Pericles; sin sombra alguna de duda, una de las personalidades más importantes de toda la Antigüedad. Tan hondo fue el recuerdo que dejó en sus contemporáneos y en los europeos actuales que, aunque su predominio se extiende estrictamente entre el 446 y el 429, unos quince años, ha dado su nombre a todo un siglo y a una época de apogeo de la civilización griega de difícil parangón.

Dada su importancia, detengámonos en la figura de Pericles. Tucídides incluye en su *Historia de la Guerra del Peloponeso* un retrato político de Pericles, uno de los más atrayentes jamás escrito, en un texto que es verdadera maravilla de la historiografía antigua:

> Pericles, que poseía gran autoridad por su prestigio e inteligencia y era inaccesible manifiestamente al soborno, contenía a la multitud sin quitarle libertad, y la gobernaba en mayor medida que era gobernada por ella; y esto, debido a que no hablaba de acuerdo con su capricho para buscarse influencia por medios indignos, sino que gracias a su sentido del honor, llegaba a oponerse a la multitud. Así, pues, cuando se daba cuenta de que los atenienses, ensorbebecidos, tenían una confianza injustificada, con sus palabras los contenía, atemorizándolos, y cuando sin razón

temían, les devolvía la confianza. Y era aquello oficialmente una democracia; pero, en realidad un gobierno del primer ciudadano (Th. 2.65.8-9; trad. de F. Rodríguez Adrados).

Pericles nació el 494 en el Ática, en la casa solariega que su familia poseía en el demo de Colargo, al Noroeste de Atenas. Por parte de ambos progenitores pertenecía a la más antigua aristocracia ateniense. Su madre, Agariste, era sobrina de Clístenes, el gran reformador de finales del siglo VI, y formaba parte de la influyente familia de los Alcmeónidas. Su padre, Jantipo, vencedor en Mícale y conquistador de Sesto, descendía de otra familia noble, los Bucíges.

Poco sabemos de su infancia y adolescencia. Pericles parece haber recibido una formación que estaba por encima de lo que era norma incluso entre la propia aristocracia ateniense. Su principal maestro fue el músico Damón. Las enseñanzas de Damón transcendían ampliamente lo que nosotros entendemos por educación musical y estaban más próximas a lo que llamamos una formación humanística, que comprendía música y lira y también armonía y ritmo, amor a la belleza y al bien, filosofía y política. En la madurez de Pericles, Damón fue uno de sus consejeros principales e inspiró varias de las medidas políticas introducidas por Pericles, como la mistoforía, el pago de un *misthos*, una indemnización, a quien participara en la vida pública. Pericles se relacionó también con Zenón de Elea, un filósofo que se preocupaba de los fenómenos físicos y de los problemas del movimiento y que enseñaba, además, el arte de la retórica y el razonamiento. Estuvo vinculado a Anaxágoras de Clazómenas, otro filósofo dedicado a la investigación de los sucesos físicos. Frecuentó, además, a Protágoras de Abdera, un sofista que centraba sus investigaciones en el hombre como ser social y su relación con las leyes. Pericles mantuvo también amistad con otros genios que contribuyeron al esplendor de Atenas: Fidias, Heródoto, Esquilo y Sófocles. Particularmente estrecha fue su relación con la que habría de ser su segunda esposa, Aspasia de Mileto, una atrayente mujer que dirigía lo que podríamos llamar un salón de discusión y de debate político y filosófico que sus enemigos y los comediógrafos tachan de casa de citas.

Los miembros de su familia tenían una amplia experiencia en la política y habían desempeñado muchas veces un papel crucial en la vida ateniense. Su tío Megacles, hermano de Agariste, fue condenado al ostracismo en el 486, quizá por instigación de Temístocles. Su padre Jantipo fue enemigo de Milcíades, al que acusó en el 489 y le hizo condenar a una fuerte multa. Ostraquizado en el 484, Jantipo regresó en el 480 en virtud del mismo decreto que permitió el retorno de Arístides. Estratego ateniense en el 479, derrotó a la flota persa en Mícale y al año siguiente, también como estratego, tomó Sesto. Nada sabemos de él después del 478; quizá muriera pronto.

Como aristócrata, Pericles heredó las viejas amistades y relaciones de su familia, que constituirán unas de las bases de su poder, y también antiguas enemistades, como la que enfrentaba a los Alcmeónidas con los Filaidas, valgan como prueba el enfrentamiento entre Jantipo y Milcíades o el que el mismo Pericles protagonizó contra Cimón.

Pericles parece haber entrado en la política como un demócrata. Así, en la primavera del 472, financió como corego la representación de *Los Persas* de Esquilo, con la que obtuvo el primer premio. La tragedia celebraba la victoria de Salamina, una victoria democrática, una victoria naval de los *thetes* que formaban los remeros de la flota, un síntoma claro de su orientación política en favor de los ciudadanos atenienses más pobres. En el 463 atacó a Cimón en la rendición de cuentas (*euthyna*) de éste último como estratego. Tras el asesinato de Efialtes en el 461, durante varios años predominaron en la escena política ateniense Mirónides y Tólmides. Durante esta época la influencia de Pericles, que debía apoyar la política de Tólmides y Mirónides, si no era miembro de su facción, aumentó y, finalmente, la muerte de Tólmides en el 446 le situó en el primer plano de la vida política. A partir de entonces, hasta su muerte acaecida en el 429, es elegido estratego todos los años.

Aunque las fuentes no destacan especialmente sus cualidades militares, y se refieren únicamente a su valentía, Pericles dirigió numerosas campañas militares. Plutarco (*Per.* 38) menciona nada menos que nueve trofeos erigidos en conmemoración de otras tantas victorias obtenidas bajo su mando. Fue, por lo tanto, un general nada desdeñable.

Pericles era manifiestamente incorruptible, cualidad que, entonces como ahora, no acababa de ser del todo corriente. Y sobre todo destacaba en el arte de la retórica. Orador deslumbrante, Olímpico, como le llamaban sus contemporáneos, no halagaba a su auditorio, sino que, mediante la persuasión, esperaba convencerlos de sus propósitos. Cautivaba su imaginación, los amonestaba si era obligado, los animaba si lo creía necesario, apelaba a su orgullo y a sus sentimientos patrióticos. Sabía ser apasionado o frío, irónico o colérico, distante o cercano, idealista o realista; siempre ágil y pleno de recursos, superaba a todos sus amigos y adversarios. Más que un líder político, Pericles era lo que podríamos llamar un estadista, algo que sucede sólo rara vez en cada sociedad y época. Como estadista estaba dotado de singular clarividencia, calculaba las posibilidades, sabía lo que debía hacerse en cada momento, no desfallecía ante las dificultades ni se dejaba arrebatar por la euforia o la irreflexión en los momentos de éxito.

Los ideales de Pericles bebían en una inalterable fe en la democracia y en una visión grandiosa de Atenas. Profundizó en el sistema democrático, amplió y transmitió al pueblo viejas concepciones aristocráticas; es en esta unión entre ideales democráticos y aristocráticos donde reside precisamen-

te su singularidad. Se preocupó de fortalecer y embellecer a Atenas, que resplandece sin igual en estos años. Sencillamente, su legado traspasa los siglos.

Primer ciudadano sí, pero no una casi tiranía o una dictadura encubierta como pretenden algunos. Pericles basó su predominio en sus cualidades personales, su origen social y su facción. El generalato fue también un elemento indispensable. Los poderes del estratego le proporcionaban una amplia influencia en la política ateniense: disponía de mando militar, tenía libre acceso al Consejo, podía convocar la asamblea (Th. 2.59.3) y manejaba fondos públicos. Sin embargo, en modo alguno podemos decir que Pericles tenía poder en el sentido de que tomaba decisiones tal y como lo entendemos en nuestras modernas sociedades contemporáneas y mucho menos podemos hablar del "Gobierno" de Pericles. Porque el sistema democrático ateniense lo quería así, las bases de la influencia de Pericles siempre fueron frágiles. La *strategia* era una magistratura colegiada en la que cada uno de los diez estrategos tenía igual poder y voto. En varias ocasiones, Pericles compartió el mismo colegio de estrategos con Cimón y otros enemigos. Todo estratego debía presentarse cada año a las elecciones. Luego debía superar la *dokimasía* (prueba previa), una investigación antes de ocupar el cargo y someterse a una rendición de cuentas (*euthyna*) al final de su mandato. Los estrategos estaban sometidos al estricto control del Consejo y sobre todo de la asamblea, que mensualmente los confirmaba en el cargo y los podía destituir, multar y condenar a muerte. Pericles participaba en las discusiones políticas, se dirigía habitualmente a la asamblea o al Consejo, hacía las propuestas o se presentaba ante los tribunales, pero la decisión última estaba en manos del pueblo. El predominio de Pericles dependía de su habilidad para obtener el apoyo de la asamblea y los tribunales, en cada asamblea y ante cada tribunal, se fundaba en la confianza popular y su mérito principal consistió en haber sabido conservar esta confianza hasta el final. No lo olvidemos: es el pueblo el que le otorga un poder inmenso, pero siempre amenazado, es el pueblo el que tiene siempre la última palabra sobre todos y cada uno de los asuntos.

6.2. La democracia ateniense: ideales y realidades

Aunque no es bien conocida debido a la penuria de nuestras fuentes, durante la segunda parte de la Pentecontecia, la ciudad disfruta de una época de armonía y logra un elevado grado de consenso político y social, a la vez que la prosperidad económica y el tributo imperial permiten una política social dirigida a los sectores sociales más desfavorecidos, los *thetes*, y una amplia participación de éstos en la política.

Por paradójico que parezca, empezaremos por el final. En su *Historia de la Guerra del Peloponeso* Tucídides recoge un extenso discurso que Pericles

pronuncia en el otoño del 431 en honor de los caídos en el primer año de la guerra.

El discurso de Pericles responde a una pregunta esencial, ¿por qué luchamos?, pero va mucho más allá: es una formulación teórica de los principios que inspiran la democracia ateniense y la filosofía del imperio. En lo que aquí nos interesa, resume y recoge los ideales que alientan la época dorada anterior a la guerra.

Pericles comienza alabando a los caídos y recordando la gloria de los antepasados en unos pocos puntos fundamentales: el mito de la autoctonía (los atenienses que no habían llegado de ningún sitio, sino que, como hijos del Ática, la habían habitado desde siempre); la ciudad libre que los antepasados habían entregado a sus descendientes; las victorias en las Guerras Médicas y la posterior construcción del imperio.

En varias partes del discurso el orador define los principios del sistema democrático:

> Tenemos un régimen de gobierno que no envidia las leyes de otras ciudades, sino que más somos ejemplo para otros que imitadores de los demás. Su nombre es democracia, por no depender el gobierno de pocos, sino de un número mayor; de acuerdo con nuestras leyes, cada cual está en situación de igualdad de derechos en las disensiones privadas, mientras que según el renombre con que cada uno, a juicio de la estimación pública, tiene en algún respecto, es honrado en la cosa pública; y no tanto por la clase social a que pertenece como por su mérito, ni tampoco, en caso de pobreza, si uno puede hacer cualquier beneficio a la ciudad, se le impide por la obscuridad de su fama [...]. Por otra parte, nos preocupamos a la vez de los asuntos privados y de los públicos, y gentes de diferentes oficios conocen suficientemente la cosa pública; pues somos los únicos que consideramos no hombre ocioso, sino inútil, al que nada participa en ella, y además, o nos formamos un juicio propio o al menos estudiamos con exactitud los negocios públicos, no considerando las palabras daño para la acción, sino mayor daño el no enterarse previamente mediante la palabra antes de poner en obra lo que es preciso. Pues tenemos también en alto grado esta peculiaridad: ser los más audaces y reflexionar además sobre lo que emprendemos (Th. 2.37-40.2; trad. de F. Rodríguez Adrados).

La democracia ateniense se caracteriza por el derecho de todos los ciudadanos a participar en la política frente a los regímenes oligárquicos, que reservan los derechos políticos a una parte minoritaria del cuerpo cívico. Pero antes de mediados de siglo tal participación distaba de ser satisfactoria. En efecto, los ricos y los sectores medios, en razón de su propia situación económica, podían tomar parte con más asiduidad en la cosa pública, mientras que los pobres debían dedicar la práctica totalidad de su tiempo a garan-

tizar su propia supervivencia y no podían ocuparse de la vida política. Por ejemplo, a los *thetes* les era muy difícil servir un año entero en los tribunales o acudir con frecuencia a la asamblea. Por ello, quizá entre el 454 y el 451, Pericles, por consejo de Damón, introdujo la mistoforía, el pago de una indemnización por parte del Estado a todo ciudadano que participara en la vida política. Bien entendido que se trata de una indemnización y no de un sueldo; la participación en la vida pública no era un derecho, sino un deber del ciudadano, pero, como desatendía su propio trabajo, por eso mismo se le compensaba. El pago del *misthos* era diario y siempre que el ciudadano hubiera actuado efectivamente: por ejemplo, si un ciudadano no acudía a la asamblea, o el Consejo no se reunía o el consejero no asistía, no recibían el *misthos*.

Aristóteles (*Ath.* 27) y también Plutarco (*Per.* 9) presentan la introducción de la mistoforía como una medida oportunista destinada a combatir la mayor riqueza de Cimón, que éste empleaba para fortalecer su influencia política. Es un sofisma conservador, la medida de Pericles transcendía un momento puntual de la lucha política. Los *misthoi* se convirtieron en un elemento clave del sistema democrático, ya que hacían efectiva la participación de todos los ciudadanos, especialmente los más pobres, los *thetes*, en la vida política, que de otra manera estarían económicamente imposibilitados de tomar parte de las instituciones.

A decir de Aristóteles y Plutarco, los *misthoi* se introdujeron en primer lugar en los tribunales (*misthos heliastikon*) y el teatro (*theorikon*). Suficiente indicio de que los atenienses consideraban a los tribunales populares, antes incluso que la asamblea, como la verdadera base del sistema democrático. La paga para los jueces era de 2 óbolos diarios. Tras su introducción, los *thetes* se apuntaron en masa al sorteo de jurados y cambiaron la composición social de los tribunales. Luego, antes del 425, la paga fue ampliada a la asamblea (*misthos ekklesiastikon*, al principio de 1 óbolo) y a los buleutas (*misthos bouliastikon*). En este mismo año (425), la paga de los jurados ha aumentado hasta los 3 óbolos (Ar. *Eq.* 50-53).

Los *misthoi* se extendieron, antes de la guerra del Peloponeso, según Aristóteles, al sostenimiento de fuerzas militares permanentes: 1.600 arqueros, 1.200 jinetes, 2.500 hoplitas, 20 naves de vigilancia y otras que se encargaban de recoger los tributos, y a la práctica totalidad de los magistrados, incluso los extraordinarios (Arist. *Ath.* 29.5; 24.3; Ps.X. 1.3; IG.I^2 84). Con los seis mil jueces, Aristóteles (*Ath.* 24) evalúa en veinte mil los ciudadanos que reciben *misthoi*.

Se pagaba también en época de Pericles a todos los que servían en el Ejército durante una campaña y el Estado corría con los gastos de los funerales de los caídos en combate y tomaba bajo su protección a la familia. Se concedía un viático a los huérfanos de guerra hasta que alcanzaban la mayo-

ría de edad a los 18 años. Finalmente, a todos los inválidos se les otorgo también 1 óbolo diario de manera vitalicia. Todas estas medidas respondian a una de las máximas de la democracia cual era la preocupación por los ciudadanos más desfavorecidos y oprimidos.

Los *misthoi* reflejan la creciente influencia de las clases pobres en la democracia ateniense. En el mundo griego existía un vínculo reconocido por todos entre la milicia y la participación en la política, de manera que los mayores derechos debían corresponder a aquéllos sobre los que reposaba principalmente la defensa de la comunidad. El poder ateniense se asentaba, antes que en los hoplitas de infantería pesada, sobre la flota, en la que los *thetes* constituían una parte significativa. Era, pues, lógico, que el papel de los *thetes* en la Armada tuviera transcendencia política. Así, un oligarca ateniense podía aseverar hacia el 430:

> En primer lugar diré, pues, que allí [en Atenas] constituye un derecho el que los pobres y el pueblo tengan más poder que los nobles y los ricos por lo siguiente: porque el pueblo es el que hace que las naves funcionen [...]. Ellos son los que rodean a la ciudad de mucha más fuerza que los hoplitas, los nobles y las personas importantes. Puesto que así es realmente, parece justo que todos participen de los cargos por sorteo y por votación a mano alzada y que cualquier ciudadano pueda hablar (Ps.X. 1.2; trad. de O. Guntiñas).

Ahora bien, a la vez que se extienden los *misthoi*, se aplica un criterio restrictivo en el acceso a la ciudadanía. En el 451/450, Pericles introdujo una ley que reservaba la ciudadanía únicamente a los nacidos de padre y madre atenienses después de matrimonio legítimo. Anteriormente bastaba con que sólo uno de los progenitores fuera ateniense para que el hijo fuera considerado ciudadano. Con la nueva ley el hijo de un meteco (extranjero residente en Atenas) y de un ciudadano no podía ser ciudadano y se convertía automáticamente en meteco. En el 445/444 con motivo de la distribución del trigo donado por el "rey" de Egipto (Plu. *Per.* 37) se procedió a una revisión del cuerpo cívico en la que se excluyó a cuatro mil setecientos sesenta hombres de la ciudadanía (Schol. Ar. *V.* 718). Las limitaciones respondían a una opinión mayoritaria del cuerpo cívico, precisamente ahora que se extendían la participación política y los beneficios materiales, que deseaba reservar el exclusivismo político y los privilegios económicos a los ciudadanos.

Pericles afirma en su discurso la igualdad legal, isonomía, de todos los ciudadanos adultos masculinos independientemente de su origen familiar y social y su riqueza. La isonomía comporta dos aspectos. Por un lado, hace referencia a la concesión de derechos iguales para todos, el derecho a participar en las decisiones políticas y a recibir un juicio justo y de acuerdo con

la ley. Por otro, significa la alternancia periódica ordenada por la ley en la obediencia y el mando, es el reparto igualitario, de acuerdo con la ley, de poderes, honores y cargas.

La isonomía es compatible con las diferencias basadas en el mérito personal y el prestigio (*axioma*). Pericles pone precisamente el acento en las cualidades personales y no en el origen familiar y la riqueza. Refleja así el pensamiento de algunos sofistas, los filósofos del período. Como veremos, la sofística es un movimiento intelectual, una corriente de ilustración, de crítica en el plano político, social y religioso, que florece en el mundo griego a mediados del siglo V. Conservamos un documento único y esencial en el que Protágoras de Abdera, uno de los sofistas, esboza una teoría de la democracia (Pl. *Prt.* 325 c-326 e). Según Protágoras, al principio, Zeus encomendó a Epimeteo y a Prometeo la misión de dotar a todos los animales, incluso al hombre, de todo lo necesario para sobrevivir y mantenerse sobre la tierra. Sin embargo, Epimeteo agotó todas las cualidades que Zeus le había concedido antes de llegar al hombre. Ante ello, Prometeo robó a Atenea y a Hefesto la *entechnon sophia,* la sabiduría técnica, y se la dio a los hombres para compensar su debilidad física. Sin embargo, la sabiduría técnica no es suficiente para sacar a la humanidad de la barbarie. Por ello, Zeus se compadece del hombre y le concede la *politike techne,* que no es simplemente la técnica política, sino la sociabilidad, la capacidad de vivir en comunidad, en la *polis.* Así, contrariamente al mundo de las bestias, que viven en perpetua competición y agresión, los hombres son por naturaleza sociables, cooperativos y poseen tres cualidades esenciales: la amistad o *philia*, el sentido de la justicia o *dike*, sin el cual no puede existir una sociedad civilizada, y, por último, la *koinonia* o sentimiento de comunidad como proximidad y mutuo vínculo de vida, la conciencia de poseer un destino y una fe comunes. Esta *politike techne* fue concedida *a todos los hombres*: todos poseen isonomía, por lo que nadie puede ser excluido de la actividad política. La participación de cada uno depende únicamente de sus cualidades personales. Con estos postulados los sofistas definen una nueva *arete* (excelencia) humana, que se aparta de la vieja excelencia competitiva y restrictiva de los aristócratas. Son los hombres, todos los hombres y no sólo los ricos y aristócratas, los que a través de su *arete*, que aúna la *entechnon sophia* y la *politike techne*, hacen la política.

Es esta corriente filosófica la que sirve a Pericles para afirmar, en un cuerpo cívico dotado de isonomía, la primacía del *axioma*, del prestigio personal, sobre el origen familiar. Es cierto que en la política existen diferencias entre los ciudadanos, que unos tienen más influencia que otros, pero, frente a la aristocracia que confunde nacimiento, riqueza y mérito, la diferencia entre los ciudadanos se basa en las cualidades personales de cada uno, en su esfuerzo personal, su propio prestigio y su buena reputación y no en la falta de nombre o la pobreza; así, la democracia es aristocrática (el gobierno de los mejores) sin ser oligárquica.

Ciertamente, la isonomía tiene como objetivo principal la igualdad política y los atenienses no se plantearon una isonomía social y económica, esto es, la redistribución de los bienes y propiedades privadas. Pero la democracia impulsó el desarrollo de una sociedad más justa desde el punto de vista económico. Desde tiempo atrás las leyes y el sistema de herencia impedían la acumulación excesiva de propiedades y ahora la política democrática con sus *misthoi*, inversiones y construcciones y la preocupación por el abastecimiento tendió a mejorar la situación económica de todos los ciudadanos, especialmente de los más pobres (Sancho Rocher, 1997).

Pericles continúa diciendo que, para que un régimen político pueda ser considerado una democracia, deben cumplirse dos cosas: la deliberación pública previa y el voto mayoritario posterior en la asamblea y los tribunales. Ambos están íntimamente relacionados puesto que en una democracia la decisión se alcanza por el voto tras un debate público y abierto. Como consecuencia de ello, la isegoría, el derecho de cada ciudadano a presentar proyectos y a exponerlos ante la asamblea, es otro de los elementos básicos del sistema democrático y de la libertad de expresión que diferencia a la democracia de los regímenes oligárquicos.

Todo ciudadano debe comprometerse con el estado democrático, que en último término se identifica con la propia comunidad. Su pertenencia a ella implica la obligación de preocuparse por los asuntos públicos. La democracia rechaza expresamente a aquel que no participa en la vida política, es inútil para la *polis*, para la comunidad.

> Y nos regimos liberalmente no sólo en lo relativo a los negocios públicos, sino también en lo que se refiere a las sospechas recíprocas sobre la vida diaria, no tomando a mal al prójimo que obre según su gusto, ni poniendo rostros llenos de reproche, que no son un castigo, pero sí penosos de ver. Y al tiempo que no nos estorbamos en las relaciones privadas, no infringimos la ley en los asuntos públicos, más que nada por un temor respetuoso, ya que obedecemos a los que en cada ocasión desempeñan las magistraturas y a las leyes (Th. 2.37; trad. de F. Rodríguez Adrados).

Pericles afirma la libertad del ciudadano en el terreno privado no exenta, naturalmente, de limitaciones de orden moral, religioso y legal. Frente a la crítica moralizante de los conservadores que se oponen a cualquier licencia que vaya contra lo tradicionalmente considerado correcto; frente a la oligarquía que propugna un igualitarismo contrario a la propia libertad y especialmente frente a una Esparta que impone la misma educación, las mismas costumbres y la misma disciplina militar, Pericles defiende la diversidad democrática, la libertad privada del individuo dentro del respeto a la libertad privada de los demás.

La libertad democrática se extiende en una amplia gama de terrenos. Es, en primer lugar, política, entendida como control de toda posible concentración de

poder en manos de individuos o grupos minoritarios de ciudadanos y la reserva de la decisión final a las instituciones populares, los tribunales y la asamblea. Es también libertad de expresión, la parresía, en el teatro, en las instituciones, en el ágora, en las conversaciones privadas incluso en período de guerra (Pl. *Grg.* 461 e), con muy pocos límites: la difusión de ideas antidemocráticas, la impiedad hacia los dioses o los intentos de corromper a la juventud. La libertad es, además, libertad de comercio y de ocupación frente a algunos sistemas oligárquicos que tendían a limitar la participación política de los sectores sociales que se dedicaban a oficios no agrícolas, como artesanos o mercaderes.

Ahora bien, en la vida pública el ciudadano debe someterse a la ley, que es expresión y emanación de la voluntad de la comunidad y salvaguarda de la libertad de los demás. El ciudadano debe poseer el autodominio necesario para circunscribir su propia conducta a los límites fijados por las leyes. La libertad democrática no significa anarquía, sino que debe conciliarse con el respeto a la ley y a los magistrados, debe ser compatible con los límites establecidos por la ley y la propia libertad colectiva. A través de la ley se armonizan la comunidad y los derechos de cada ciudadano particular.

Pericles distingue, bajo determinadas expresiones eufemísticas, dos clases de ciudadanos, los ricos, que ejercen las principales magistraturas, y los demás. No defiende la democracia radical, aunque algunos autores modernos lo pretendan, sino el equilibrio entre derechos y obligaciones, libertades y limitaciones. En la concepción de Pericles, la democracia no es sólo el gobierno del pueblo, sino el gobierno en interés del pueblo, donde los pobres pueden participar en la política y prestar grandes servicios a la ciudad, pero únicamente los ricos acceden a las magistraturas (*uid.* Th. 6.39.1). La democracia deja también espacio a los sectores aristocráticos y ricos y se caracteriza por un reparto jerárquico de las tareas políticas. Sólo así será posible la concordia entre todos los ciudadanos, ricos y pobres, aristocracia y *demos*.

> Y además nos hemos procurado muchos recreos del espíritu, pues tenemos juegos y sacrificios anuales y hermosas casas particulares, cosas cuyo disfrute diario aleja las preocupaciones (Th. 2.38; trad. de F. Rodríguez Adrados).

Pericles evoca aquí de forma muy resumida uno de los aspectos más importantes de su política democrática, la puesta en práctica de lo que podríamos denominar un verdadero programa social dirigido a las clases más desfavorecidas del *demos* ateniense y que supone una redistribución de la riqueza y de los beneficios del imperio por vías directas e indirectas. Naturalmente, los *misthoi* tienen también un carácter social y no únicamente político y complementaban los ingresos de los ciudadanos más pobres. Plutarco (*Per.* 11.5) testimonia la instalación de colonos atenienses en el exterior,

fuera de los límites del Ática. Según este autor, a propuesta de Pericles, se enviaron 1.000 colonos al Quersoneso, 500 a Naxos, 250 a Andros y 1.000 a Tracia. En las colonias se asientan ciudadanos, algunos zeugitas y muchos *thetes*, que no disponen de tierras suficientes en el Ática, lo que alivia las tensiones sociales internas.

Todos los años, en tiempo de paz, un flotilla de veinte trirremes (es mejor seguir a Aristóteles *Ath.* 4 y no a Plutarco *Per.* 11.5, que los eleva a sesenta) patrullaba el Egeo durante ocho meses. Esta escuadra cumplía varios fines: servia de vigilancia y seguridad de las rutas contra la piratería, constituía una demostración del poder ateniense frente a sus aliados, se encargaba de recoger el tributo, servía de entrenamiento de tal manera que todos los atenienses tuvieran experiencia naval y, además, aportaba una paga a bastantes *thetes* que formaban los remeros.

El programa constructivo constituyó una parte esencial de la política de Pericles. Las nuevas edificaciones cumplían grandes y variados objetivos, religiosos, patrióticos, militares, políticos y de propaganda, pero tenían, además, una indudable vertiente social, directamente daban trabajo a los atenienses más pobres, aunque también se empleaban metecos y esclavos, e indirectamente contribuían a la prosperidad de gran número de actividades, como canteros, broncistas o navieros, que se vieron dinamizadas por la inversión pública (Plu. *Per.* 12).

Las obras fueron numerosas y un simple listado resulta ya de por sí impresionante: la construcción de diques y trirremes en el Pireo, el Muro Largo intermedio entre el Muro Norte y el de Falero, la continuidad de las obras en el Ágora con el Hefesteo y en el Ática con los templos de Némesis en Ramnunte o Ares, situado quizá en Acarnas y el Telesterio (sala de los Misterios) en Eleusis, el Partenón y los Propíleos en la Acrópolis y el Odeón de la ladera sur de la ciudadela.

Detengámonos al menos en dos de las obras emblemáticas impulsadas por Pericles: los Propíleos y el Partenón. A la Acrópolis se accedía a través de los Propíleos, construidos entre 437 y 432, que tenían la finalidad principal de dotar a la acrópolis de una entrada majestuosa y digna de Atenas. Los Propíleos eran obra del arquitecto Mnesicles, formado en la escuela de Ictino, y sustituían la antigua entrada arcaica. Para elevar los Propileos Mnesicles allanó la terraza norte y reorganizó el bastión sur, donde habría de alzarse el templo de Atenea Niké, al que dotó de un nuevo paramento. Los Propíleos tienen forma de T. Su parte principal consta de dos pórticos columnados, abierto uno hacia el exterior de la acrópolis y otro hacia el interior e incluyen columnas dóricas y jónicas. Todas las columnas del cuerpo central tienen éntasis, un engrosamiento en el parte central del fuste. Al cuerpo central Mnesicles añadió dos alas laterales columnadas. En el ala norte se levantaba la llamada Pinacoteca, destinada, como su nombre indica, a la exposición de pinturas. En el ala sur, como se

había aprobado ya hacia el 450-445 el proyecto de Calícrates de construir un pequeño templo dedicado a Atenea Niké, Mnesicles dispuso un simple pórtico. La construcción en el lado sur de una sala similar a la Pinacoteca hubiera invadido la pequeña plaza del santuario de Atenea Niké, habría obligado a destruir y cubrir el vecino santuario de las Cárites, que estaba adosado al cuerpo central de los Propíleos, y habría ocultado el propio templo de la Niké. De este modo, frente a quien se imagina el arte clásico como la repetición de una férrea, y un tanto fría, simetría, los Propíleos de Mnesicles revelan no sólo el genio del arquitecto, sino también una de las grandes características del arte griego: la armonía que se consigue a través de elementos distintos y asimétricos, cuidadosamente calculados y adaptados a las necesidades del ambiente, de los cultos y ritos.

Concebido por los arquitectos de Pericles, Ictino y Calícrates, con la colaboración de Mnesicles y bajo la dirección de Fidias, *episkopos* o supervisor general de todo el conjunto, la obras del Partenón comenzaron en el 447 y se finalizaron en el 433/432. El Partenón es un templo dórico períptero que mide 69,5 por 30,88 m, octástilo en los lados cortos del peristilo y con diecisiete columnas en los largos. El templo incluye también elementos jonios como el friso y algunas columnas jónicas como las dos del opistodomo.

El Partenón destaca también por las llamadas correcciones ópticas. Las líneas horizontales son en realidad convexas, las esquinas no están al mismo nivel, las columnas tienen éntasis y se inclinan hacia el interior. Las columnas de los extremos, las únicas que se perfilan contra el cielo, se encuentran más distanciadas que las centrales y, para que no parecieran más delgadas, se han engrosado más que el resto.

El templo poseía el conjunto escultórico más importante del arte griego. En sus días de gloria contaba con 92 metopas, 14 en los frentes occidental y oriental y 32 en cada uno de los lados largos; 159 m de friso ininterrumpido y 50 esculturas de bulto redondo en los frontones. En las metopas se representaban la Iliupersis (norte), una referencia mítica al doble saqueo de Atenas por los persas; la Centauromaquia (sur), que simbolizaba la victoria, tras terribles esfuerzos y sacrificios, de la civilización frente al caos, de los griegos y los atenienses contra los bárbaros; la Amazonomaquia (oeste), que insistía en el mismo tema de la victoria del helenismo liderado por Atenas frente a los bárbaros asiáticos, y la Centauromaquia (este), la mayor de las batallas libradas entre las fuerzas del orden y la justicia contra la obscuridad y el caos. Las metopas poseen un alto contenido progandístico e ideológico que nos revelan una de las principales finalidades de la obra: Atenas es la campeona del helenismo y la civilización, el poder benéfico que se opone al Asia, al caos y a la barbarie.

El friso permite, a diferencia de las metopas, el desarrollo pleno de la libertad en el espacio y en la expresión. En el tema que Fidias elige, en el ritmo

no divisible, en el tratamiento escultórico, rompe completamente con la tradición anterior y no tendrá apenas continuación en el futuro. En el friso se narra de manera ininterrumpida la gran procesión de las Grandes Panateneas que tenía lugar cada cuatro años. Es el propio pueblo ateniense el sujeto de la obra artística, sin distinción de ricos o pobres; el *demos* que, junto a los metecos, ofrece un peplo a la diosa, en pleno y gozoso movimiento, en la alegría de la fiesta. El friso plasma la plenitud ateniense, el orgullo de su victoria sobre los bárbaros y proclama la fe en su diosa y en el destino de su ciudad. Es el triunfo de la democracia, el régimen político capaz de desplegar la inteligencia y las virtudes que residen en todo hombre.

Los frontones fueron realizados entre el 438/437 y el 434/433. En ellos Atenas y Atenea se funden. El frontón occidental representaba la disputa entre Atenea y Poseidón, un acontecimiento que tiene lugar en la propia Acrópolis, en el Erecteo. La composición exalta a Atenea y muestra las bases de la misma Atenas: el poder marítimo y la riqueza del Ática. El frontón oriental narra el nacimiento de Atenea en el Olimpo. Del mismo modo que el surgimiento de Atenea provoca la admiración de los demás dioses, la emergencia de Atenas provoca la admiración en toda Grecia (Bowra, 1977).

Finalmente, Fidias depositó en la cella del Partenón la estatua crisoelefantina de Atenea de 12 m de altura. Sobre un cuerpo de madera la estatua de la diosa sostenía unos 1.140 kg de oro y marfil con un valor total de 400 talentos, igual o mayor al coste de todo el templo. Sobre su mano derecha sustentaba una victoria, símbolo del éxito que Atenas obtenía en todas sus empresas gracias a la protección de la diosa. En la otra mano sostenía un gigantesco escudo que se apoyaba en el suelo. En la parte interior del escudo se representaba una Gigantomaquia y en el exterior una Amazonomaquia. En sus sandalias se esculpió una Centauromaquia. Los tres temas repetían el programa iconográfico de las metopas. En la base de la estatua Fidias narró el mito de Pandora, el nacimiento de la primera mujer mortal.

En definitiva, el Partenón encarnaba en piedra el pensamiento político del pueblo ateniense y de las ideas filosóficas y políticas que Pericles impulsaba. Era una renovación de la victoria sobre los persas, obtenida bajo el liderazgo de Atenas, que no era otra cosa que el triunfo de la *sophrosyne* (moderación) contra la *hybris* (la soberbia que llega a la impiedad), del griego contra bárbaro, del orden frente al caos, de lo racional frente a lo irracional, en este juego de antítesis tan caro al pensamiento griego. El templo mostraba al mundo el *ethos* de los atenienses, su nueva excelencia, su régimen democrático y su primacía sobre Grecia y promovía también el entusiasmo y el patriotismo entre los propios atenienses.

A través de un decreto, Pericles incluyó las competiciones musicales como la cítara, la flauta y el canto en las Panateneas, las fiestas públicas se celebraban con inusitado esplendor, a las que hay que sumar los sacrificios y ban-

quetes públicos que se instituyeron y la construcción de gimnasios y baños públicos (Ps.X. 2.9-10). Finalmente, Pericles intervino en la vida económica con medidas proteccionistas que trataban de garantizar el abastecimiento de trigo de manera regular y en gran cantidad, lo que facilitara unos precios razonables y evitara acaparamientos y carestías.

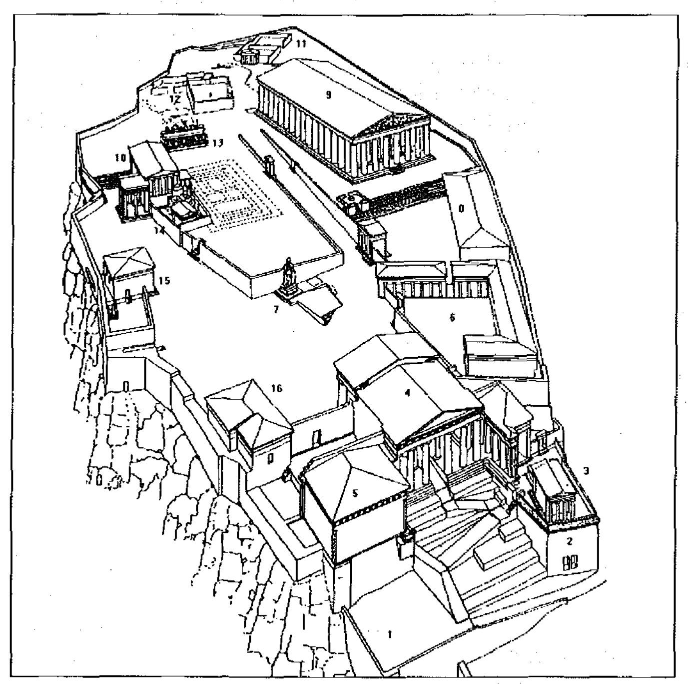


Figura 6.1. La Acrópolis a finales del siglo V. 1) terraza norte, 2) bastión sur, 3) templo de Atenea Niké, 4) Propileos, 5) Pinacoteca, 6) Brauronio, 7) estatua de Atenea Prómaco, 8) Calcoteca, 9) Partenón, 10) erecteo, 11) Pandionio, 12) santuario de Zeus Poliado, 13) altar de Atenea Polias, 14) Pandroseo, 15) casa de las Arréforas y 16) almacenes.

El teatro se convierte ahora en el vehículo esencial de la educación democrática. La educación griega no pasaba normalmente de las primeras letras: leer, escribir, contar. Para acceder a otros estadios educativos más avanzados, a los sofistas, era necesario un desembolso de dinero imposible para el común de los atenienses. A mediados del siglo V, con la organización de los espectáculos financiados por los ricos y la introducción del *misthos theorikon*, la tragedia y la comedia se hacen accesibles a todos y se convierten en el

medio de expresión de la opinión pública y de las tendencias políticas y en la mejor aula de educación del pueblo. En el teatro el ciudadano entraba en contacto con la sutileza de los razonamientos y la similitud de situaciones entre el mito y su propia realidad.

Otra parte fundamental de la educación del ciudadano se desarrollaba en el marco de la propia intervención en la vida política. Los atenienses participaban en las instituciones, asistían a la asamblea, se familiarizaban con las formas y debates políticos y tomaban las decisiones. Teatro y política conformaban así una verdadera educación democrática que proporcionaba una formación única en el terreno intelectual.

> En resumen, afirmo que la ciudad entera es educación de Grecia, y creo que cualquier ateniense puede lograr una personalidad completa en los más distintos aspectos y dotada de la mayor flexibilidad, y al mismo tiempo el encanto personal; y que esto no es una exageración retórica sino la realidad, lo demuestra el poderío mismo de la ciudad, que hemos adquirido con este carácter; pues es Atenas la única de las ciudades de hoy que va a la prueba con un poderío superior a la fama que tiene (Th. 2.41; trad. de F. Rodríguez Adrados).

En definitiva, Atenas se había convertido en el modelo y el más poderoso Estado griego. En la concepción de Pericles, la democracia ateniense se asentaba sobre tres principios básicos: igualdad legal, libertad y participación en la política, que eran compatibles con sus respectivas limitaciones, junto a la isonomía, el mérito personal y el prestigio, al lado de la libertad, el imperio de la ley y en relación con la participación en política, las competencias de las diferentes instituciones y magistrados. En palabras de Lévy (1995) "es la síntesis entre la palabra en la asamblea y la acción, entre la igualdad y el mérito, entre la libertad y la disciplina".

6.3. La democracia ateniense: el funcionamiento del sistema

La práctica habitual de la democracia ateniense y el funcionamiento de sus instituciones en época de Pericles plantean numerosos puntos obscuros y en muchos aspectos desconocidos. En nuestro análisis trataremos de evitar en lo posible el riesgo constante de anticipar elementos de la democracia del siglo IV, mucho mejor conocida, que pueden no haber existido en el siglo anterior.

Con Pericles, la democracia se convierte en la *patrios politeia*, la constitución ancestral o tradicional de Atenas. Así, a la *patris* que en las Guerras Médicas se componía de la tierra y la familia, las tumbas de los antepasados y los dioses tradicionales, Pericles incluye la *politeia*, como elemento decisivo y definidor

de la comunidad (García Iglesias, 1986: 99-100). La *politeia* encierra un doble significado, designa, en primer lugar, en su manera democrática, la participación de todos los ciudadanos adultos masculinos, en diferentes grados y responsabilidades y, además, la organización de los poderes, las instituciones principales y sus reglas de funcionamiento (condiciones de acceso, procedimientos y competencias) que han ido definiéndose a lo largo del tiempo.

6.3.1. La distribución del cuerpo cívico y las primeras instituciones políticas

El sistema democrático se fundaba sobre una reglamentación bastante estricta de la vida política que comprendía la regulación del acceso a la ciudadanía, de las condiciones del ejercicio de derechos y obligaciones y del funcionamiento de las instituciones y magistraturas.

Por la ley de Pericles del 451/450, sólo el nacido de padre y madre ateniense después de un matrimonio legítimo podía acceder a la ciudadanía. Posteriormente, el padre debía presentar obligatoriamente a su hijo a su fratría, una institución muy antigua cuyos orígenes se hunden al menos en la época obscura. La fratría agrupaba a varias familias y fortalecía a la comunidad local estableciendo una serie de vínculos que transcendían el propio ámbito familiar. Se trataba de una asociación que atendía a determinadas necesidades de la vida comunitaria. Presidida por un fratriarco, tenía cultos propios y se relacionaba también con los ritos que regulaban determinadas relaciones sociales de sus miembros, tales como el matrimonio, el reconocimiento de los hijos legítimos y la admisión en el ejercicio de los derechos civiles. Representaba una seguridad para sus miembros, ya que las fratrías financiaban algunas actividades como los préstamos. En el siglo V, las fratrías constituían un elemento esencial en el control de la ciudadanía y en la integración de la comunidad de ciudadanos, entendida en gran medida como comunidad de parentesco y religiosa. Suponían un reconocimiento de ciudadanía en un sentido amplio, ya que de ellas formaban parte todos los ciudadanos: mujeres y hombres, niñas y niños. En el caso de las féminas, era el único instrumento que servía para reconocerlas como ciudadanas.

El padre debía presentar a su hijo al demo cuando éste cumplía los 18 años (Aeschin. *Timarco* 77). El joven pasaba un escrutinio o investigación y era inscrito en el demo. Desde los días de Clístenes la inscripción en el demo era otra condición indispensable para el acceso a la ciudadanía.

El demo constituía también la primera forma de participación en la vida de la *polis* y era una de las bases del Estado. Todo demo se reunía en asamblea al menos una vez al año. La asamblea del demo decidía sobre los nuevos miembros que debían ser admitidos, esto es, los nuevos ciudadanos y

elegía a los magistrados del demo, especialmente al demarco, el magistrado principal, que desempeñaba funciones importantes en el sistema democrático y en la propia convivencia ciudadana. El demarco convocaba y presidía la asamblea del demo. A pesar de la existencia de uno o dos tesoreros del demo, el demarco manejaba fondos financieros, administraba también las propiedades comunales del demo, supervisaba los santuarios y el cobro de las rentas de las tierras sagradas y organizaba las fiestas locales. El demarco representaba al demo ante los tribunales y daba a conocer las propiedades de cada miembro de su demo si así se le requería por parte del Estado. Estaba, además, envuelto en arbitrajes entre ciudadanos y en procedimientos contra los deudores. El ciudadano podía participar en la asamblea del demo y acceder a alguna de las magistraturas locales. El demo suponía también una base de poder político, como, por ejemplo, en el caso de Cimón, que se granjeaba votos entre los miembros de su demo con relaciones parecidas al clientelismo y al patronazgo.

La inscripción en el demo suponía también la admisión en una de las diez tribus clisténicas, otro mecanismo de distribución imprescindible para participar en las instituciones democráticas y que también servía de unidad de reclutamiento militar.

Finalmente, el nuevo ciudadano, era introducido en una de las cuatro clases solonianas, ya que de su nivel de riqueza dependía el acceso a determinadas instituciones y magistraturas, su integración en el Ejército como jinete, hoplita o remero y el sometimiento a determinadas cargas económicas. Tenemos, así, definidas las condiciones que regulaban la admisión en la ciudadanía: nacimiento legítimo, sexo y edad, presentación en la fratría, inscripción en el demo e inclusión en las tribus y en una de las clases censatarias solonianas.

6.3.2. Los magistrados

Los magistrados atenienses (*archai*) reciben su poder (*arche*) por delegación del cuerpo ciudadano. En conjunto, los magistrados pueden ser divididos en dos grupos: los magistrados en la ciudad y el Ática, que sumaban setecientos, y los magistrados destacados en exterior, esto es, los magistrados imperiales, como arcontes, inspectores (*episkopoi*) y comandantes de guarnición (frurarcos). Aristóteles (*Ath.* 24) evalúa el número de estos últimos también en setecientos. Esta cifra produce una cierta desazón porque coincide sospechosamente con los magistrados en el interior y porque el número de los magistrados imperiales fue indudablemente fluctuante. Así, por ejemplo, los *episkopoi*, que tenían la misión de inspeccionar e intervenir temporalmente en una ciudad aliada, deponían el cargo una vez finalizada su misión. Con todo, los magistrados imperiales debían de ser numerosos y, de hecho, conservamos bastantes decretos en los que se men-

cionan magistrados atenienses en el exterior. Con los quinientos buleutas, Atenas precisaba de unos dos mil magistrados cada año.

Otra división esencial se refiere a los magistrados que se cubrían por sorteo y los que se elegían a través del voto. El sorteo como forma normal de provisión de las magistraturas, frente a la elección por el voto, estimada más oligárquica, se difunde ampliamente, como en el caso del arcontado, y se considera una de las bases del sistema democrático. De esta manera, cualquier ateniense, con algunas limitaciones en ciertas magistraturas, puede acceder a un cargo, evitando así la concentración de poderes en manos de un individuo y aproximándose al ideal democrático, que no es otro que el deseo de que las magistraturas sean desempeñadas por el mayor número posible de ciudadanos. Sólo unas pocas magistraturas, como los estrategos y tesoreros, escaparon a esta provisión mediante el azar.

Los magistrados atenienses desempeñaban el cargo durante un año, desde el comienzo del año civil, a mediados de verano (finales de junio o principios de julio), hasta el siguiente verano. Todas las magistraturas eran colegiadas, esto es, el magistrado no es nunca único, sino que ejerce su función en el seno de un colegio, 9 arcontes, 10 estrategos, etc., en el que cada miembro cuenta con poderes iguales y un voto igual al otro y la mayoría puede oponerse e impedir la decisión que pretenda tomar uno de sus colegas. Cada colegio nombra un presidente, y estaba asistido por un secretario. Para muchas, quizá todas, las magistraturas era preciso contar al menos con 30 años, pero se alcanzaban normalmente a una edad superior. Al menos en el último tercio del siglo V, los magistrados recibían una paga, un *misthos*, el día que actuaban.

Las magistraturas atenienses estaban fuertemente controladas y limitadas. Sus poderes estaban fragmentados y no existía una secuencia jerárquica de cargos, como conociera el mundo romano, de modo que un magistrado no podía normalmente mandar sobre otro. No existía tampoco una carrera política definida. Todo candidato a una magistratura debía pasar una prueba previa (*dokimasia*) antes de acceder al cargo, en la que se investigaban su vida privada y su comportamiento político anterior y en la que podía ser rechazado. Durante su ejercicio estaba sometido al control del Consejo. Cada pritanía (unas diez veces al año) la asamblea confirmaba en su cargo a los magistrados. En el año de su mandato un magistrado podía ser depuesto, llevado a juicio, multado, desterrado o condenado a muerte. Estaban, pues, amenazados permanentemente de revocación. Cualquier ciudadano podía acusar a un magistrado de ilegalidad (*eisangelia*) o apelar contra sus decisiones (*ephesis*) ante los tribunales populares. Por último, al final de su mandato el magistrado debía rendir cuentas (*euthyna*) ante una comisión del Consejo.

Aunque tomaban algunas decisiones, los magistrados desempeñaban básicamente una doble función, preparatoria y ejecutoria. Preparaban las decisiones que otras instituciones habían de tomar y se encargaban de su cumplimiento.

La *strategia* era, sin duda alguna, la magistratura principal. Sólo los pentacosiomedimnos podían ser estrategos. Era una magistratura electiva mediante el voto y cabía la reelección sin límites. El estratego ateniense disponía de amplios poderes militares, como el mando y el reclutamiento de ciudadanos, y financieros, ya que administraban fondos del Estado y civiles puesto que podía convocar la asamblea. Hasta la primera parte de la guerra del Peloponeso, todos los grandes líderes políticos atenienses son estrategos y basaron en esta magistratura buena parte de su ascendiente en la vida pública. Sólo a partir de entonces la *strategia* comienza a perder algo de su influencia.

6.3.3. El Consejo de los Quinientos (Bulé) y el Areópago

La Bulé o Consejo de los Quinientos era una de las instituciones claves del sistema democrático ateniense no tanto por sus poderes, sino porque su relación con la asamblea permitía el funcionamiento de la democracia. Aunque hubo algunas innovaciones y desarrollos posteriores, conservó una estructura básica que databa de los días de Clístenes.

Para ser candidato a buleuta (consejero) era necesario contar al menos con 30 años de edad (Arist. *Ath.* 30.2; X. *Mem.* 1.2.35) y formar parte de una de las tres primeras clases solonianas. Los quinientos buleutas eran elegidos por sorteo a razón de cincuenta por cada una de las diez tribus. Sólo se autorizaba ser miembro de la Bulé un segunda vez en la vida, siempre que no fuera en dos años consecutivos. Antes de tomar posesión debían pasar una *dokimasia* ante el Consejo en ejercicio. Los buleutas recibían un *misthos bouleastikon* de 5 óbolos todos los días que había sesión, unas doscientas sesenta veces al año.

La Bulé se reunía en el Buleuterio, un edificio cuadrangular que las excavaciones americanas han localizado en el ángulo suroeste del ágora. Destruido por los persas, el Buleuterio fue restaurado hacia el 460. Las deliberaciones del Consejo eran secretas, aunque siempre había rumores, filtraciones e indiscreciones que permitían intuir algunos debates. La Bulé controlaba en todo momento la actuación de los magistrados, pero su principal función era deliberativa (*bouleuein* significa precisamente deliberar), esto es, recibía las iniciativas y enmiendas de los particulares, los magistrados o los buleutas, debatía sobre ellas y las redactaba en forma de propuesta de resolución (*probuleuma*), que había de presentarse ante la asamblea, que tenía la decisión última. La asamblea no podía decidir sobre otra cosa que no figurara en el *probuleuma* del Consejo. Aristófanes en *Las Tesmoforias*, representada en el 411, parodia un *probuleuma* del Consejo que bien puede servirnos para ilustrar el procedimiento:

El Consejo de las mujeres ha acordado lo que sigue. Presidió Timocles, fue secretaria Lisila, hizo la propuesta Sóstrata. Que celebremos una asamblea en el día del medio de las Tesmoforías, que es en el que tenemos más tiempo, y que en el orden del día figure en primer término Eurípides: qué pena debe sufrir pues todas estamos de acuerdo en que comete injusticia (Ar. *Th.* 372-379; trad. de F. Baráibar).

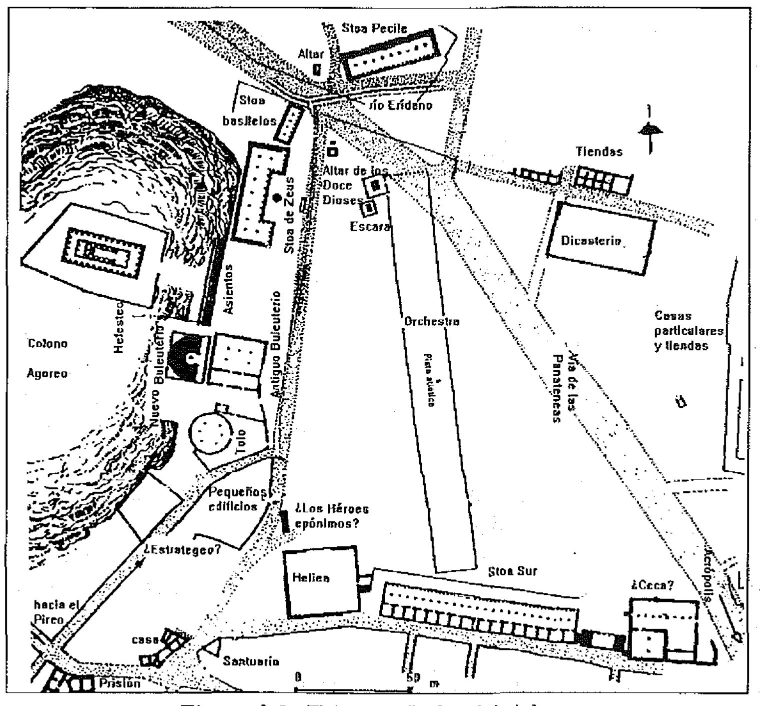


Figura 6.2. El ágora a finales del siglo V.

Era función también del Consejo asegurar la publicación (a través de su secretario) y la ejecución de las decisiones tomadas por la asamblea. El Consejo extiende sus competencias sobre otros muchos asuntos, por ejemplo, cuida de los arsenales y los trirremes, supervisa los terrenos, los edificios, santuarios y las construcciones públicas y organiza determinadas fiestas. En el seno del Consejo se establecen determinadas comisiones como los *euthynes* encargados de la supervisión de los magistrados en el ejercicio de su cargo y la rendición de cuentas final. Asimismo se podían crear comités para un asunto determinado.

Los cincuenta consejeros de cada tribu desempeñaban cada parte del año la llamada pritanía, esto es, durante treinta y seis o treinta y siete días, los cincuenta pritanos (literalmente "los primeros") de cada tribu presidían la reunión del Consejo, confeccionaban su agenda y lo convocaban. Los pritanos recibían 1 dracma diaria en concepto de *misthos*. Un tercio de los pritanos se turna y reside de manera permanente, las veinticuatro horas, en la *Tholos* de los pritanos próxima al Buleuterio. Cada día se elige por sorteo un presidente (*epistastes*) de los pritanos, que preside ese día la reunión (si la hubiere), custodia el sello de la ciudad y las llaves de los tesoros. El *epistates* de los pritanos, cargo que sólo se puede desempeñar una vez en la vida, es, desde el punto de vista protocolario, el primer personaje de la ciudad.

Después de la llamada reforma de Efialtes, en el 462, los poderes del Areópago quedaron drásticamente reducidos al juicio de algunos homicidios no denunciados por las partes interesadas y a los delitos de sacrilegio y dejó de desempeñar cualquier papel importante en la lucha política. Al mismo tiempo que disminuyeron sus poderes, cambió su composición; a partir del 487/486 los arcontes, que al término de su mandato entraban a formar parte del Areópago de manera vitalicia, se eligen por sorteo entre pentacosiomedimnos y caballeros (Arist. *Ath.* 23.1) y desde el 457/456 se admite también a los zeugitas.

6.3.4. La asamblea popular (*ekklesia*)

En la asamblea ateniense (*ekklesia*) residía la soberanía popular, el poder en sí (*kratos*), que es ejercido sin delegación. La asamblea tenía la decisión última en la mayoría de los asuntos. Conservaba la responsabilidad final sobre la religión del Estado: construcción de templos, sacrificios, festivales o introducción de nuevos dioses. Tomaba algunas decisiones financieras como el sistema de pesos y medidas o la revisión del tributo. Tenía la decisión última en política exterior, guerra o paz, tratados, envío de expediciones militares y sus límites, y elegía a los magistrados por voto como los estrategos. De esta manera, el gobierno era ejercido por el pueblo en el sentido literal de la palabra, por el voto de todos ciudadanos en la asamblea. Se trataba de una democracia directa y no representativa: todos los ciudadanos atenienses, varones y mayores de edad, podían acceder a la asamblea, aunque en la práctica no todos acudían. Las decisiones más importantes requerían únicamente un quórum máximo de seis mil votos.

Gracias a la arqueología conocemos bastante bien el lugar de la asamblea. La asamblea se reunía en la colina de la Pnix, un recinto semicircular construido a finales del siglo VI, que contaba con unos 2.400 m^2, capaz de acoger a unos seis mil quinientos ciudadanos que se acomodaban, al menos

parte de ellos, en bancos de madera (Ar. *Ach.* 25). Antes de la guerra del Peloponeso, todo ciudadano que acudía a la asamblea recibía un *misthos ekklesiastikon*. Al principio la paga parece haber sido de 1 óbolo y en el 425 alcanzaba ya el trióbolo. El trióbolo equivalía al jornal de un albañil; era bajo, ya que nadie pensaba vivir de la participación en la política ni hacerse rico con la política; tal idea es sólo una exageración de los comediógrafos para mover a la hilaridad.

El genio aristofánico evoca con claridad (y mucho conservadurismo) el ambiente de la asamblea por boca de unas mujeres que se hacen pasar por hombres:

> Vamos a la asamblea. El Tesmoteta ha dicho que todo el que a primera hora y antes de disiparse las tinieblas de la noche no se haya presentado cubierto de polvo, contento con su provisioncilla de ajos, y mirando severamente, se quedará sin el trióbolo. Gritímides, Esmicito, Draces, apresuraos y procurad no olvidar nada de lo que es necesario hacer. Cuando hayamos recibido nuestro salario sentémonos juntos pata votar decretos favorables a nuestras amigas. ¿Qué estoy hablando? Quería decir nuestros amigos.
>
> Procuremos expulsar a los que vengan de la ciudad; antes, cuando sólo recibían un óbolo por asistir a la asamblea, se estaban de sobremesa charlando con sus convidados; pero ahora la concurrencia es extraordinaria. Bajo el mando del valiente Mirónides nadie se hubiera atrevido a cobrar sueldo por su intervención en los negocios públicos sino que todo el mundo acudía trayéndose su botita de vino con un pedazo de pan, dos cebollas y tres o cuatro aceitunas. Hoy, en cuanto se hace algo por la ciudad, en seguida reclama el trióbolo, como un albañil a sueldo (Ar. *Ec.* 289-310; trad. de F. Baráibar).

6.3.5. Los tribunales populares (*dicasteria*)

Junto a la asamblea, los tribunales populares encarnaban la soberanía popular del sistema democrático. Atenas contaba con varios tribunales, el principal de los cuales recibía el nombre de Heliea. Para formar parte de los jurados se elegían todos los años, mediante sorteo, a seis mil ciudadanos atenienses mayores de 30 años (Arist. *Ath.* 63.3). De entre ellos, dos mil quinientos heliastas entraban a formar parte de la Heliea. El resto se distribuía entre los demás tribunales, cada uno presidido por magistrados diferentes según la naturaleza del proceso. Los jueces recibían un *misthos* cada día que ejercían como jurados que ascendía a 3 óbolos (*misthos heliastikon*).

La Heliea estaba presidida por los arcontes tesmotetas, que se encargaban de instruir las causas y de fijar el día de la vista de cada caso. Los heliastas se dividían en secciones de quinientos un miembros, aunque en proce-

sos de especial relevancia podían unirse varias secciones para componer un tribunal de mil uno o mil quinientos uno. Cada mañana en la que había sesión del tribunal, se sorteaban los heliastas que habrían de formar cada sección, medida que trataba de evitar en lo posible la corrupción, las presiones y los sobornos de los jueces. Los tribunales se reunían entre unos ciento cincuenta y doscientos días al año.

Las sesiones eran públicas y orales y no podían durar más de una jornada. Las acusaciones privadas (*dikai*) disponían de un tiempo mucho menor y cada sección veía varias en un mismo día, pero un causa pública (*graphe*) requería un día entero. El arconte tesmoteta que presidía el tribunal era encargado también de mantener el orden y podía prohibir a cualquiera (heliasta o no) la entrada al tribunal.

Tanto el acusador como el acusado comparecían en el tribunal y cada uno por sí mismo acusaba o se defendía. Primero hablaba el demandante y luego el demandado. Ambos disponían de un tiempo rigurosamente igual, medido por una clepsidra. Los jueces no interpelaban a los litigantes ni existía debate entre los propios jueces. Se limitaban a escuchar. El voto era secreto y no motivado, se dirimía simplemente entre condena o absolución.

Los jueces no estaban obligados a conocer las leyes, las cuales debían ser expuestas por las partes. No tenían una formación jurídica especializada, aunque eso no quiere decir que fueran totalmente ignorantes en materia de leyes, ya que su asistencia a la asamblea, su participación en el Consejo o su voto en los tribunales les proporcionaban una cierta cultura jurídica. No se tenían en cuenta las sentencias anteriores sobre casos similares ni existía jurisprudencia, porque no existían juristas profesionales (jueces, fiscales y abogados), porque ni se justificaba ni se matizaba la sentencia y, sobre todo, porque la existencia de una jurisprudencia hubiera limitado el propio sistema democrático, condicionando o mediatizando un valor esencial: la libre capacidad del ciudadano para votar en los tribunales.

Por último, la democracia adoptó una serie de mecanismos legales que servían para cortar toda tendencia tiránica u oligárquica y que tenían como finalidad preservar el sistema democrático y el poder en manos del pueblo. Del ostracismo, la *dokimasia* y *euthyna*, verdaderas garantías del sistema, ya hemos hablado. Desde la segunda mitad del siglo V tenemos atestiguada la *graphe paranomon*, recurso de ilegalidad, por el que cualquier ciudadano podía recurrir a los tribunales populares si estimaba que una ley atentaba contra las demás leyes vigentes. La *graphe paranomon* tenía un efecto suspensivo mediante el cual la ley en cuestión dejaba de ser aplicada. Se constituía un tribunal especial para juzgar este asunto y, si el acusador no obtenía al menos un tercio de los votos del jurado, era multado. La *graphe paranomon* constituía una salvaguarda de las libertades públicas y del *corpus* de leyes fundamentales de funcionamiento del sistema democrático. Dicho de una

manera sencilla, a través de ella, el tribunal podía revocar una decisión ilegal tomada por la propia asamblea.

6.4. La oposición a Pericles

Como dijimos, desde la muerte de Tólmides hasta la suya propia al comienzo de la guerra del Peloponeso, Pericles dominó la vida política ateniense. Sin embargo, su predominio no fue fácil y se vio sometido constantemente a los ataques de varias facciones opositoras.

En muchas ocasiones, como la influencia de Pericles era inalcanzable, el objeto de las críticas fueron sus amigos. Posiblemente hacia el 450 los enemigos de Pericles se lanzaron sobre Anaxágoras. El inicio de ataque puede ser el decreto de Diopites que condenaba por impiedad a quien no creyese en los dioses y a aquel que hablase de los fenómenos celestes, despojándolos de su contenido religioso. Parece claro que el decreto apuntaba claramente contra Anaxágoras; en todo caso, sirvió de base para acusarle. Aunque contamos con tradiciones divergentes, Tucídides, el hijo de Melesias, pudo ser el instigador principal del proceso, la acusación fue de impiedad y posiblemente Anáxagoras huyó de Atenas sin esperar a la sentencia.

Después del juicio de Anaxágoras, en el 444, Tucídides logró el ostracismo de Damón, el consejero de Pericles. Es, pues, Tucídides, un líder conservador, el principal adversario de Pericles en estos primeros años. En el 443, animado por sus éxitos en el juicio de Anaxágoras y en el ostracismo de Damón, la política constructiva de Pericles dio a Tucídides la oportunidad de atacarle directamente. Según Tucídides, Pericles debía emplear el tributo de los aliados para su verdadera finalidad, que no era otra que la defensa; sin embargo, lo dedicaba a embellecer la ciudad, lo que suscitaba las duras críticas de los aliados, que se sentían esclavizados. Esta vez Tucídides calculó mal y Pericles logró su ostracismo.

Sin embargo, el ostracismo de Tucídides no detuvo los ataques contra Pericles y su círculo. Fidias, el gran artista amigo de Pericles, sufrió una doble acusación (quizás en dos procesos) hacia el 438. Los enemigos de Pericles sobornaron a un tal Menón que se presentó en el ágora como suplicante para acusar a Fidias de haberse quedado con parte del oro de la estatua crisoelefantina de Atenea que había esculpido. Por consejo de Pericles, Fidias había colocado el oro que cubría la estatua de manera que se pudiera desmontar. En el juicio, que parece haberse seguido en la asamblea, se presentaron las piezas desmontadas y su peso correspondió exactamente con la cifra inicial. Después se le acusó de haberse representado a sí mismo en la Amazonomaquia del escudo de Atenea como un anciano que arrojaba una piedra con ambas manos, y al propio Pericles con una lanza que blandía y que al caer

sobre su rostro ocultaba parcialmente su retrato. Plutarco (*Per.* 31) dice que Fidias murió en la cárcel de enfermedad o, como sostienen algunos autores antiguos, envenenado, pero lo cierto es que tenemos pruebas textuales y arqueológicas de que Fidias, después de su estancia en Atenas, trabajó en Olimpia en la gran estatua sedente de Zeus, por lo que la pena pudo ser el destierro o bien salió de Atenas sin esperar juicio. Asimismo, Aspasia fue acusada de impiedad y de que su casa servía para la prostitución de mujeres libres. Pericles la defendió en el tribunal y a duras penas consiguió su absolución. El mismo Pericles fue también nuevamente atacado. Dracóntides propuso que Pericles rindiera cuenta ante los pritanos y luego fuera juzgado ante un tribunal. Llevado ante el tribunal salió finalmente absuelto.

El número y la importancia de los ataques es prueba suficiente de la existencia de una fuerte oposición contraria a Pericles incluso después del ostracismo de Tucídides. Podemos entrever algunos de los líderes enemigos del gran estadista. Además de Tucídides, Glicón, que promovió el decreto que concedía la inmunidad a Menón para acusar a Fidias; el poeta cómico Hermipo, que fue el acusador de Aspasia; Diopites, autor del decreto de impiedad que se dirigía contra Anaxágoras, y Dracóntides, que movió una propuesta para someter a Pericles a una rendición de cuentas.

Buena parte de esta hostilidad procedía de varias facciones aparentemente conservadoras. De hecho, a lo largo de todo el siglo V, subsisten en Atenas una serie de tendencias, muy mal conocidas, que podemos llamar conservadoras o incluso oligárquicas. Aunque estas tendencias comparten en ocasiones ideales, aspiraciones y opiniones, conviene diferenciar entre conservatismo y oligarquía. Debemos, así, separar las facciones conservadoras democráticas, como las de Cimón o Arístides, de los oligarcas. En su vertiente más moderada, las facciones democráticas pretendían recortar los poderes de los *thetes* y hacer de las tres primeras clases la base de la constitución. Defendían dos postulados esenciales: la devolución de sus poderes al Areópago y la abolición de la mistoforía. Los oligarcas, en cambio, pensaban en limitar los derechos políticos sólo a los jinetes y hoplitas y, en su evolución más radical, reducir aún más el número del cuerpo político. Como prueba de la pervivencia de un pensamiento oligárquico durante la Pentecontecia valga el Pseudojenofonte, un panfleto o tratado anónimo marcadamente oligárquico que se fecha aproximadamente entre el 446 y el 430.

Por otra parte, parece que en los años inmediatamente anteriores a la guerra del Peloponeso y en los primeros del conflicto los ataques contra Pericles provienen no de los conservadores, sino de una facción democrática radical liderada quizá por Cleón.

7. Atenas en la segunda parte de la Pentecontecia. II: el apogeo del imperialismo

7.1. Los acontecimientos (446-433)

7.1.1. El asunto de la paz de Calias

En los años que median entre la paz de los Treinta Años (446) y el estallido de la guerra del Peloponeso (431) el imperio marítimo ateniense alcanza su culminación. Atenas se libera, en primer lugar, de la guerra con Persia. Bastantes autores antiguos recogen la firma de una paz entre Persia y Atenas que se fecha inmediatamente después de la muerte de Cimón, en el 449, y que conocemos como paz de Calias por el nombre del embajador ateniense que participó en las negociaciones. Sin embargo, su existencia siempre se ha puesto en duda. Tucídides no la menciona. Las primeras noticias sobre ella se encuentran en autores del siglo IV que contraponen los términos de esta paz a las cláusulas humillantes de la paz del Rey, acordada en la primavera del 386 (Pascual, 1997). A partir de esta fecha los testimonios antiguos sobre la paz son numerosos. Pero las muchas variaciones en cuanto a su naturaleza, fecha y términos concretos que encontramos entre los propios autores antiguos se explicarían mejor si la paz hubiera sido una invención del siglo IV.

Todas estas dificultades han dividido a la investigación moderna entre quienes aceptan completamente su autenticidad, los que la consideran una elaboración del siglo IV y los que piensan que se trató simplemente un cese de hostilidades bastante informal o incluso secreto, alegando que la paz hubiera sido embarazosa para Atenas (la Liga délica perdía su razón de ser) y humillante para Persia.

No es posible exponer aquí de manera pormenorizada todos los argumentos; únicamente trataremos de resumir algunos de ellos. Tucídides no

sólo no menciona la paz de Calias, sino otros muchos acontecimientos importantes (por ejemplo, el ostracismo de Cimón). Ello se debe a que el centro de su interés es la guerra del Peloponeso y no la Pentecontecia. No parece demasiado sólido fundar el rechazo a la paz, siquiera de manera secundaria, sobre el argumento *ex silentio*. Según Heródoto (7.151), Atenas envió una embajada a Persia hacia el 449 y el objetivo no puede haber sido otro que la firma de la paz. Una nueva embajada en el 423, durante el reinado de Darío II, renovó el tratado de paz en un momento en el que atenienses y espartanos trataban de conseguir en vano la ayuda persa. La mejor razón para afirmar la existencia de la paz de Calias es el devenir de los acontecimientos entre esta fecha (449) y la guerra del Peloponeso (431): *a)* ni un solo testimonio puede ser alegado en favor de que las hostilidades entre Atenas y Persia continúen; *b)* salvo algunas intrigas de los sátrapas, ninguna flota ni ejército persas intervienen en el Egeo y Asia Menor y *c)* Atenas desenvuelve libremente su imperialismo en el Mediterráneo oriental sin apenas interferencia persa. Si hubo un acuerdo, resulta muy difícil considerarlo secreto, un procedimiento totalmente contrario a la legalidad ateniense, y cuya garantía de cumplimiento dependía precisamente de su publicidad.

Por tanto, en nuestra opinión, Atenas y Persia firmaron un tratado de paz formal y público hacia el 449. Después de la victoria ateniense en Salamina de Chipre, Pericles pudo pensar que la amenaza persa había terminado definitivamente y que sería provechosa para Atenas una paz con Persia que reconociera la supremacía ateniense en el Egeo. No olvidemos que los atenienses habían suscrito con los espartanos, en el 451, un corto armisticio de cinco años y la ciudad debía prepararse para una eventual reanudación de las hostilidades.

Por su parte, Persia llevaba treinta años en guerra con grandes pérdidas y gastos y no veía la posibilidad de una victoria. Una paz con Atenas le permitiría consolidar ciertas posesiones consideradas claves, aquello que podía salvarse: Chipre y sobre todo Egipto, donde la revuelta no había sido completamente liquidada.

Los términos de la paz, con muchas incertidumbres y dudas al respecto, pueden resumirse del modo siguiente: las fuerzas persas no pasarían al Oeste de una línea que iba desde Fasélide a las islas Quelidonias, en el Sur, y a las rocas Cianeas, en la boca del Bósforo (*uid.* figura 7.1). A su vez, los ejércitos griegos no sobrepasarían el Este de dicha línea. Se desmilitarizaba una zona, donde no habría tropas, desde la costa de Asia Menor a una distancia a tres días de marcha hacia el interior. El Egeo quedaba completamente en manos de Atenas.

Persia reconocía por primera vez la pérdida de las ciudades griegas de Asia y los atenienses se comprometían a no apoyar revueltas en Chipre, Libia y Egipto.

7.1.2. El Congreso panhelénico

Posiblemente en el 448, Pericles convocó un gran Congreso panhelénico que tenía como objetivos, según Plutarco (*Per.* 18), restaurar los templos destruidos por los persas, realizar los sacrificios y ofrendas que se habían prometido antes de la guerra y establecer la libertad de los mares (a pesar de algunas dudas sobre su autenticidad, no parece que debamos rechazar la noticia de Plutarco). El congreso fracasó porque los lacedemonios se negaron a acudir y arrastraron en su decisión a todos los peloponesios.

La fachada panhelénica que se trató de dar al congreso no debe confundirnos. Pericles estaba empleando el panhelenismo como instrumento de propaganda política para las ideas imperialistas atenienses. La elección del lugar de reunión, que no era otro que Atenas, y la importancia de las cuestiones navales sugieren suficientemente un intento de extender la influencia de Atenas. Pericles buscaba, en primer lugar, mostrar la superioridad cultural de Atenas, destacar el papel de Atenas en la lucha contra los persas y conseguir una aprobación de la política ateniense. Pero, sobre todo, el congreso intentaba concretar la nueva misión de la Liga de Delos. En efecto, como consecuencia de la paz de Calias, Atenas debía disolver una alianza que se había formado para luchar contra los persas. Pericles define un nuevo objetivo que haga necesaria la permanencia de la Liga. Se trataba, en realidad, de dar al tributo un uso en época de paz, de continuar exigiéndolo. En la concepción de Pericles, a partir de ahora, la flota ateniense sería la policía de los mares, encargada de mantener la seguridad y la paz en el Egeo y la libertad de aprovisionamiento de los aliados, y el tributo serviría para financiarla. Si la armada ateniense lograba mantener la paz a un menor coste que el tributo aportado, Atenas podía quedarse con la diferencia y emplearla a su antojo, por ejemplo, en el programa de construcciones y embellecimiento de la ciudad que comienza ahora (Plu. *Per.* 17).

7.1.3. La fundación de Turios

En el 444/443, Pericles promueve la fundación de Turios, en la península Itálica, cerca de la antigua Síbaris (que había sido destruida por Crotona en el 509). Pericles quiso hacer de ella un proyecto panhelénico. Así, en la nueva colonia participaron no sólo atenienses, sino también antiguos sibaritas expulsados por los crotoniatas y personas que provenían de toda Grecia. Protágoras elaboró su constitución, una democracia de corte ateniense con un cuerpo cívico distribuido en diez tribus. Lampón, un adivino ateniense, fue el responsable de la organización de la colonia y el plano urbanístico ortogonal de la ciudad fue obra de Hipodamo de Mileto.

Posiblemente Pericles pensó en establecer una ciudad modélica, una nueva Atenas en Occidente que mostrase a todos los griegos, especialmente a los occidentales, el poder de Atenas. Quizá la entendió como un instrumento de propaganda cultural, de puerta comercial de Atenas en Occidente y de influencia política con la intención de aglutinar al mundo jonio occidental frente a la doria Siracusa.

Sea como fuere, la nueva colonia resultó inútil para los intereses de Atenas. Desde el punto de vista económico, Turios se desarrolló rápidamente gracias a la fertilidad de su suelo y a la importancia de su actividad comercial, pero pronto se hundió en una *stasis*, un enfrentamiento interno con una división en tres bandos: los antiguos sibaritas, los atenienses y los otros griegos que formaban la nueva colonia. En el 434-433, los de Turios preguntaron al oráculo de Delfos si su fundador era ateniense o peloponesio (D. S. 12.35.3), lo que demuestra una clara división en política externa entre los partidarios de Atenas y los de Esparta. Finalmente, la balanza se inclinó a favor de los antiatenienses. Durante la primera parte de la guerra del Peloponeso Turios favoreció a los enemigos de Atenas y, después del desastre ateniense en Sicilia (413), participó activamente en la lucha contra Atenas.

7.1.4. La guerra de Samos

A lo largo de estos años la rebelión más seria que se produjo en el seno de la Liga fue la de Samos, un miembro asociado que aportaba naves y soldados y no tributo y que contaba con un régimen oligárquico.

En el 440, estalló un conflicto entre Mileto y Samos por la posesión de Priene. En su lucha contra los samios, los milesios fueron derrotados y recurrieron, junto a algunos demócratas samios en el exilio, a Atenas. Los atenienses eran favorables a los milesios y Pericles sugirió a los samios que se sometieran al arbitraje ateniense y les propuso una suspensión de hostilidades. Los samios se negaron, continuaron la guerra contra los milesios (Plu. *Per.* 24) y decidieron sublevarse y salirse de la Liga (440). Entonces los atenienses intervinieron: implantaron la democracia en la isla, expulsaron a los oligarcas, tomaron cien rehenes, que llevaron a Lemnos, y dejaron una guarnición.

Sin embargo, los exiliados con ayuda de Pisutnes, el sátrapa de Sardes, volvieron a Samos, atraparon a la mayoría de los demócratas y libertaron en un golpe de mano a los rehenes que estaban en Lemnos. Luego entregaron la guarnición y los magistrados atenienses que se encontraban en la isla a Pisutnes, restablecieron la oligarquía y volvieron a sublevarse. Después de esto, los oligarcas samios recurrieron a Esparta, pero en la asamblea de la Liga del Peloponeso prevalece el principio de no intervención recogido en la paz de los Treinta Años.

Samos quedó sola frente al poder ateniense. Pericles asedió la isla, que capituló tras nueve meses de asedio (enero del 439). Los samios tuvieron que derribar sus murallas, entregaron sus naves, la democracia fue implantada de nuevo, dieron rehenes, quedaron sometidos al pago de un tributo anual y, además, debieron pagar una indemnización de guerra: 200 talentos de manera inmediata y 1.200 talentos más a razón de 50 por año (D. S. 12.28.3).

Bizancio se sublevó al mismo tiempo que Samos. La razón parece ser la utilización por parte de los atenienses del tráfico póntico en su propio beneficio. Sin embargo, los bizantinos volvieron de nuevo a la Liga, quizá sin necesidad de asedio ni lucha, convencidos de que, sin la ayuda samia, no podrían resistir.

Finalmente, en el 433, cincuenta y seis ciudades de Caria y Licia se separaron de la Liga. A pesar de su número, suponía el 23% de los miembros de la Liga, se trataba de pequeñas ciudades de escasos recursos que, además, se mantuvieron neutrales durante la guerra del Peloponeso. Atenas, en plena tensión previa al estallido de la guerra, simplemente ignoró esta rebelión.

7.1.5. La fundación de Anfípolis

Después de la revuelta samia los atenienses extendieron su influencia en Tracia y el Ponto Euxino. Desde la época de Cimón, que había tomado Eyón en el 476, la región de Tracia había sido objeto de un interés especial por parte de Atenas debido a los recursos estratégicos de la zona, madera para las naves, metales preciosos y trigo, y al importante comercio que se desarrollaba en el Noroeste del Egeo, en Tracia, la Calcídica y Macedonia. La colonia de *Ennea Hodoi* enviada años antes había fracasado por la oposición de las poblaciones del área, pero Atenas no renunció a restablecer su presencia aquí. Así, los atenienses y algunos contingentes de los aliados fundaron Anfípolis (437/436) a poca distancia de la desembocadura del Estrimón, un punto neurálgico para el comercio con el interior. La nueva ciudad se desarrolló rápidamente e hizo posible el acceso ateniense a las minas de oro y la madera tracias.

7.1.6. La expedición al Ponto Euxino

En el 437, bajo el mando de Pericles, los atenienses organizaron una expedición al Ponto Euxino (mar Negro). Tal expedición es el resultado de los intereses y las relaciones que Atenas había establecido en esta zona, que tenían como finalidad esencial garantizar su aprovisionamiento de trigo.

La flota ateniense tocó en primer lugar el Quersoneso, cuyas poblaciones se encontraban acosadas por frecuentes ataques piráticos y por las incursiones de pueblos no griegos. El Quersoneso era también un punto esencial en la ruta de

grano del Ponto. En el siglo VI los atenienses habían colonizado la zona y nuevos colonos se habían enviado hacia el 447. Pericles aseguró el control ateniense del Quersoneso. Construyó una muralla de uno a otro mar, que defendía eficazmente las ciudades griegas y reprimió los ataques tracios y la piratería.

Luego, la flota ateniense penetró en el Ponto. Los atenienses suscribieron un acuerdo comercial con los reyes del Bósforo que les daba prioridad en el suministro de grano, favorecieron las democracias locales y el comercio ateniense y fundaron colonias. Tomemos un ejemplo: Pericles envió al estratego Lámaco con trece trirremes para que ayudara a los de Sínope a derribar al tirano Timesileonte. Una vez que se derrocó la tiranía y se introdujo la democracia, Pericles estableció en Sínope a trescientos atenienses que se repartieron las propiedades del tirano y de sus partidarios (Plu. *Per.* 20.1-2). En este momento o un poco más tarde, los atenienses se establecieron también en Amisos, Ninfeo y Ástaco, esta última en la Propóntide.

Sin embargo, Atenas no pensó en imponer una dominación directa en la zona ni tuvo la intención de introducir a los Estados pónticos en la Liga délica. La expedición en el Euxino tenía una finalidad básicamente comercial y de prestigio propagandístico, como una gran parada militar que mostrara todo el poder de Atenas. En efecto, la expedición póntica marca el punto culminante del imperio ateniense:

> [Pericles] hacia el Ponto Euxino con una flota numerosa y perfectamente equipada, hizo en favor de las ciudades griegas cuanto le pidieron y las trató con humanidad; a los pueblos bárbaros de los alrededores, a sus reyes y dinastas les puso ante los ojos la grandeza de su poder, su confianza y audacia ya que los atenienses navegaban por donde deseaban, teniendo bajo su control todo el mar (Plu. *Per.* 20; trad. de J. Pascual).

A principios de los años treinta, posiblemente en el 437, Atenas firmó una alianza con los acarnanios que se hallaban enfrentados con los ampraciotas, una colonia de Corinto, por la posesión de Argos de Anfiloquia. Los atenienses llegaron a intervenir militarmente en la zona, lo que despertó los recelos corintios. Finalmente, Atenas estableció también tratados con algunas ciudades de Sicilia e Italia, Leontinos y Regio (433/432), una muestra de la amplitud de los intereses y las influencias atenienses, que vuelven a suscitar la enemistad y la preocupación de Corinto y Siracusa.

7.2. La organización y los instrumentos del imperialismo ateniense

El proceso de transformación de la Liga de Delos de una alianza de Estados independientes a un imperio ateniense comenzó prácticamente desde

los primeros años de su fundación y culminó en la época de Pericles y en los primeros años de la guerra del Peloponeso.

La perversión de la alianza está ligada a la propia naturaleza de la Liga, en la medida en que los intereses generales de los aliados y los particulares de Atenas se encuentran entremezclados y llegan a confundirse. Desde sus orígenes, la Liga se había dotado de una serie de mecanismos que contenían la semilla del imperialismo: la imposición de un tributo, la introducción de un colegio de tesoreros, los helenotamías, únicamente atenienses, la imposibilidad de salirse de la alianza, etc. Pero fue sobre todo la voluntad de la mayoría de los atenienses de convertir la alianza en un imperio el factor decisivo que marcó la evolución de la Liga de Delos.

7.2.1. Los miembros de la Liga y el tributo

Como resultado de los orígenes de la Liga y la actitud que, a lo largo del tiempo, cada Estado aliado había adoptado en relación con Atenas, podemos decir que existían, en el 431, tres diferentes estatutos:

1. Los miembros asociados, aliados no tributarios que contribuyen con sus naves y tropas a la Liga. Después de la paz de los Treinta Años los miembros asociados han quedado reducidos a Quíos, las ciudades de la isla de Lesbos y Samos. En el 439, tras la revuelta de Samos, sólo Quíos y Lesbos quedarán incluidos en esta categoría.
2. Los miembros tributarios, aquellos que contribuían con dinero, pero no se habían sublevado y retenían su estatus original.
3. Los miembros sometidos, aquellos que se habían rebelado, a los que, además de contribuir con un tributo a la Liga, se les ha impuesto una serie de medidas que recortaban drásticamente su autonomía y libertad.

El tributo se pagaba cada año en primavera (marzo-abril) después de las Dionisiacas urbanas o Grandes Dionisiacas. Los pagos eran cuidadosamente controlados por treinta logistas (auditores), que publicaban las contribuciones. Como vimos, el tributo era administrado por los magistrados atenienses, los helenotamías. Conviene tener cuenta que los helenotamías eran elegidos únicamente por los ciudadanos atenienses y solamente a ellos debían rendir cuenta de la administración del tesoro de la Liga. Los estrategos atenienses se encargaban de recoger el tributo y a veces, recurrían a la fuerza o a la amenaza para obligar a los aliados a cumplir con sus cargas y usaban de multas y castigos (Plu. *Cim.* 11). Los atenienses extendieron paulatinamente la tributación a todos los miembros de la Liga porque fortalecía a la flota propia e incrementaba los recursos económicos de Atenas al mismo tiempo que provocaba la indefensión de los aliados.

Atenas se reservó el derecho de revisar periódicamente el tributo (conocemos trece revisiones entre 454/453 y 410/409) y, de hecho, la contribución de bastantes aliados sufre cambios a lo largo de la Pentecontecia, detrás de los cuales podemos entrever una política de premios o castigos según la actitud de cada Estado respecto a Atenas. El tributo era revisado normalmente cada cuatro años con ocasión de las Grandes Panateneas. Sólo hubo una revisión extraordinaria antes de la guerra, en el 443/442. Conocemos bastante bien el procedimiento. Se nombraban diez asesores que elevaban una propuesta de revisión a la Bulé. Tras la ratificación del Consejo de los Quinientos, la proposición se presentaba ante la asamblea, que tenía la decisión última. Al menos desde el 434 un tribunal ateniense especial recibía las quejas y apelaciones de los aliados y tenía la facultad de modificar el montante del tributo de cada Estado aliado que así lo solicitara.

El tributo se depositaba en el Partenón y, a pesar de los numerosos gastos generados, especialmente por la política constructiva de Pericles y la guerra de Samos, entre la paz de los Treinta años y el estallido de la guerra del Peloponeso, los atenienses han acumulado una reserva de 1.000 talentos y han ampliado su flota en cien naves.

Aunque Plutarco (*Per.* 24) atribuye a Pericles el aumento del montante total del tributo de 460 a 600 talentos, es muy posible que esta medida fuera adoptada tras la muerte del gran estadista en los primeros años de la guerra del Peloponeso. Lo cierto es que, entre el 454 y el 431, el tributo parece haberse mantenido dentro de unas líneas bastante moderadas. En el 454 el total asciende a 490 talentos; después de esta fecha nunca superó los 400 talentos. A partir del 439 se introduce un pago adicional (*epiphora*), posiblemente un interés de demora a aquellos Estados que se retrasaban en los pagos. Otros procedimientos contra los morosos, concretamente el envío de escuadrones navales, parecen haber sido introducidos a partir del estallido de la guerra del Peloponeso en el 431. En una fecha indeterminada, entre el Eurimedonte y el 454, los atenienses transfirieron el tesoro de la Liga de Delos a Atenas. El traslado es una prueba clara de que la naturaleza de la Liga había cambiado. Al menos a partir del 454 la sexagésima parte de los tributos era entregada a Atenea (*aparche*) y se depositaba en su templo en la Acrópolis. Entre el 454 y el Congreso panhelénico (448), Atenas comenzó a utilizar sin reparos el tesoro de la Liga en su propio beneficio: parte de él se dedicó a la conservación de la flota, que es ya prácticamente ateniense, otra parte se dirigió al programa constructivo de Pericles y el resto se acumuló como fondo del Estado ateniense. Anotemos un ejemplo: en el 450-449, mediante una propuesta de Pericles, los atenienses decidieron utilizar para las construcciones los 5.000 talentos de reserva acumulados en el tesoro de la Liga (*ATL* II, D13; Meiggs, Lewis n.° 56).

Los pagos parecen haber atravesado una grave crisis entre los años 448 y 447, en el que muchos aliados desaparecen de las listas de tributos, espe-

cialmente en el distrito del Helesponto. Ello puede ser indicio de un gran descontento que podemos relacionar fácilmente con la paz de Calias, la financiación del programa constructivo ateniense y la guerra de Samos. En efecto, después de la firma de la paz, muchos aliados pudieron pensar que la Liga debía disolverse una vez que había alcanzado sus objetivos y no tenía ya razón de ser. Además, los aliados veían que Atenas gastaba los fondos que aportaban en embellecerse y en campañas particulares que nada tenían que ver con los intereses generales. El decreto de Clinias (Meiggs, Lewis n.° 46, IG I³ 34), que tendemos a fechar en el 447, reorganizó el cobro del tributo y trató de poner coto a la morosidad. Según la resolución de la asamblea ateniense, la Bulé y los magistrados atenienses en el exterior cooperarán en el cobro de los tributos. La misma Bulé verificará las entradas de los tributos y los pritanos convocarán una asamblea para dar a conocer al pueblo ateniense qué Estados habían pagado y cuáles resultaban deudores. Junto a los helenotamías, encargados de recibir y administrar el tributo, se sitúan ahora unos supervisores (*taktai*) que se ocupan de fijar la contribución y de controlar las entradas y salidas. A partir de ahora el tributo será recaudado por los llamados colectores, los ciudadanos más ricos de cada Estado tributario, que respondían con sus bienes del montante del tributo (Antifonte, *frag.* 52; IG I³ 68; Meiggs, Lewis n.° 68).

El número de las ciudades que aportan tributo oscila, según el año, entre 208 y 160. La lista de contribuyentes del 441 puede ser un buen ejemplo de los miembros de la Liga de Delos en la época del apogeo ateniense. En este año, el catálogo incluye doscientos cinco Estados. El imperio tenía un fuerte carácter geocéntrico, comprendía la práctica totalidad de la costa de Asia Menor, la mayor parte de las islas del Egeo, las costas de Tracia, la Calcídica y buena parte del litoral egeo de la Grecia continental. Otra de sus características es su naturaleza marítima. Aunque varias ciudades son difíciles de localizar, la mayoría de las ciudades son costeras y en ningún caso un miembro de la Liga está situado a una distancia de más de 50 km del mar.

Los aliados estaban distribuidos en cinco distritos tributarios: Tracia, las islas, Jonia, Helesponto y Caria. Según su contribución podemos establecer fácilmente una jerarquía de ciudades y comprender así el propio mundo griego y la importancia de cada Estado en el contexto egeo y en la misma Liga. El número de Estados, más de doscientos, puede parecer a simple vista impresionante, pero las diferencias entre ellos son enormes. El montante del tributo se escalona entre las 100 dracmas y los 30 talentos. Ciento cuarenta y seis ciudades (71%) pagan 1 talento o menos y la suma del tributo de todas ellas no supone más que el 14% del tributo total de la Liga. Cincuenta y nueve Estados (29%), las ciudades mayores, pagan el 86% del montante total del tributo. Únicamente treinta y nueve Estados aportan 5 talentos o más, sólo doce contribuyen con 10 o más talentos. De aquí podemos extraer varias conclusiones. Como es característico del conjun-

to de las ciudades griegas, las *poleis* del Egeo son Estados diminutos, con un territorio entre 50 y 100 km² y una población de unos 500 a 1.000 ciudadanos adultos masculinos. A pesar de ser puertos de mar, de forma abrumadora su riqueza proviene de la tierra y la inmensa mayoría son muy pobres. Sólo un tercio de los Estados miembros (menos de sesenta) son realmente importantes para la Liga por su riqueza y contribución.

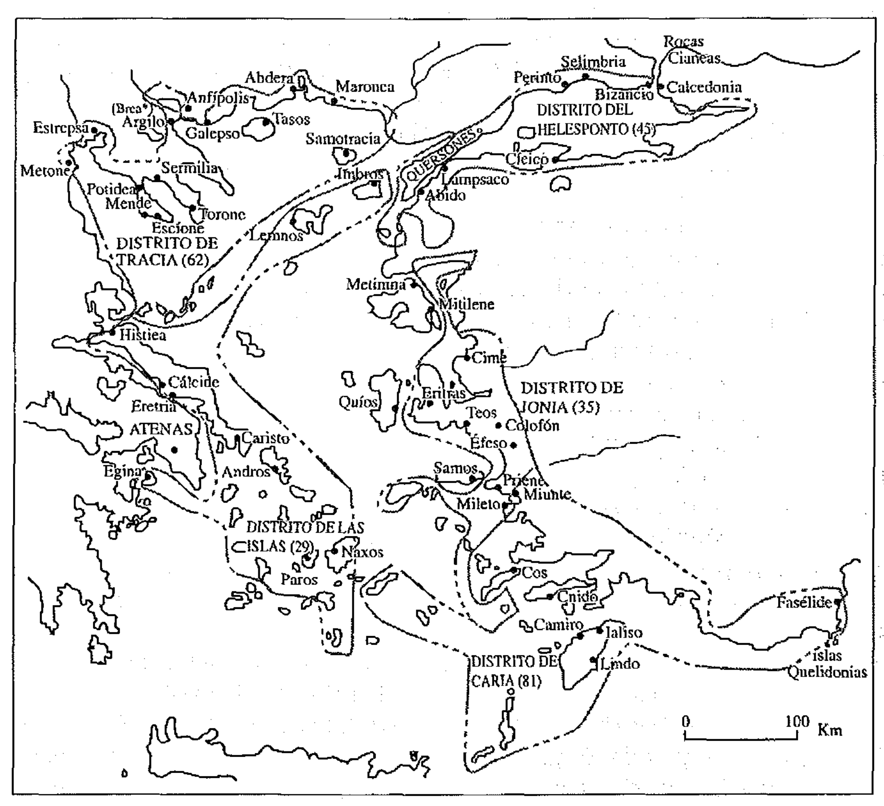


Figura 7.1. Los distritos tributarios de la Liga de Delos.

La Liga de Delos contaba con un Sínodo, un consejo de los representantes de los miembros de la alianza, que se debía reunir en Delos. Quizá fuera trasladado a Atenas en el momento en que transfiere también el tesoro. No tenemos ninguna noticia de reuniones del Sínodo. Es posible que, como fruto de la evolución imperialista de la Liga, las reuniones del Sínodo hubieran caído en desuso o fueran meramente formales.

7.2.2. La flota ateniense

Junto al tributo, la flota conforma el otro elemento fundamental del poder ateniense. Atenas contaba con una escuadra compuesta por trescientos trirremes, un número de naves muy superior a cualquier otro Estado griego. Por ejemplo, Corcira, que poseía la segunda flota en importancia de toda Grecia, disponía de ciento veinte barcos. Precisamente una de las principales características del siglo V es el desarrollo naval ateniense. Antes del 482 la armada sumaba cien barcos. Durante la Segunda Guerra Médica alcanzó las doscientas unidades. En el transcurso de Primera Guerra del Peloponeso la flota se aumentó con cien trirremes más.

La escuadra tenía su centro en el Pireo, que disponía de dos puertos militares (Zea y Muniquia) y de diques capaces de acoger cuatrocientos trirremes. Así, Atenas podía construir, en un momento dado, otras cien naves.

El trirreme era una nave de guerra, larga y ligera, de 37 m de eslora y de 3 m de manga en el casco, que se elevaba a 6 m en los arbotantes, los salientes de los costados de la nave, que tenían como finalidad dar un mayor impulso a los remos. Los remos tenían una longitud de unos 4-4,5 m y la proa estaba dotada de un espolón de madera recubierto de bronce. El trirreme contaba con tres hileras de remos superpuestas por cada lado. Estaba provisto también de una vela que se empleaba en los desplazamientos, nunca en combate, ya que las maniobras durante la batalla no podían dejarse al capricho de los vientos. Dos anchos remos situados en la popa servían de timón y gobernaban la nave. El trirreme era capaz de alcanzar una velocidad media de unos 9 km/h y de llegar a los 12 o 15 km en combate. Suponemos que el coste de la construcción y el equipamiento de una nave de guerra ascendía, a mediados del siglo V, a 1 o 2 talentos y su vida media alcanzaba los veinte años.

La tripulación constaba de doscientos hombres, de los cuales ciento setenta eran remeros. Veintisiete remeros se distribuían en los bancos inferiores y medio y treinta y uno en el superior. La tripulación comprendía también el trierarco y 6 oficiales, 10 marineros y 13 infantes de marina (epibates). Éstos últimos se dividían en unos 10 hoplitas y 2 o 3 arqueros (IG II² 1951).

Aristófanes nos da una vívida descripción de la movilización de la flota:

> [Si os hubiera ofendido un lacedemonio por una nimiedad] en seguida hubierais puesto a flote vuestras trescientas naves y nos hubieran ensordecido el rumor de los soldados, las voces de los electores de trierarcos y los gritos de los que venían a cobrar su paga; se hubieran dorado las estatuas de Palas; la multitud hubiera invadido los pórticos donde se distribuye el trigo, y la ciudad se hubiera llenado de odres, de correas para remos, de compradores de toneles, de ristras de ajos, de aceitunas, de horcas de cebollas, de coronas, de sardinas, de tañedoras de flauta y de con-

fusiones; el arsenal también se hubiera visto atestado de maderas para remos y atronado por el ruido de las clavijas que se ajustan y por el de los remos sujetos a las clavijas, por los gritos de los marineros y por los silbidos de las flautas y pitos, que los animan al trabajo (Ar. *Ac.* 543-554; trad. de F. Baráibar).

Como tuvimos ocasión de comprobar durante la primera guerra del Peloponeso, la flota era el instrumento militar principal frente a una alianza, como la peloponesia, básicamente terrestre. La escuadra podía atacar las costas de los enemigos sin que éstos pudieran defenderse adecuadamente. Servía también de instrumento de dominación, ya que los miembros de la Liga de Delos, en su práctica totalidad Estados costeros, eran incapaces de unirse y coordinar su fuerzas mientras Atenas dominara los mares. Gracias a ella, Atenas podía reprimir toda sublevación en el seno de la Liga. La flota aseguraba también el control de las rutas comerciales y los mercados, especialmente el trigo del Ponto, que Atenas casi monopolizó, y era utilizada como policía de los mares y de instrumento contra la piratería. Como consecuencia en parte del programa de Pericles, todos los atenienses tenían amplia experiencia y entrenamiento en los asuntos navales.

De manera secundaria, los atenienses reforzaron también su poderío terrestre. Equiparon entre doscientos y trescientos jinetes (Aeschin. *Timarco* 172) hasta alcanzar la cifra total de mil doscientos jinetes. Los nuevos contingentes se extrajeron de los *thetes*. Finalmente, emplearon de manera permanente dos mil quinientos hoplitas.

7.2.3. La colonización y la adquisición de tierras en los territorios de los aliados

Por definición, toda *polis* reserva la propiedad de la tierra exclusivamente a sus propios ciudadanos. Esta estrecha vinculación del ciudadano con la tierra era uno de los elementos fundamentales de la misma *polis*. Sin embargo, los atenienses adquirieron tierra en los territorios de los aliados, ya fuera de titularidad pública, propiedad del Estado ateniense, o privada, patrimonio de atenienses individuales.

Una forma de adquisición de propiedades en el exterior fue lo que podríamos llamar la colonización imperial. Ya antes de Pericles se habían establecido colonos en Esciros y en *Ennea Hodoi*, en Tracia. Según Plutarco (*Per.* 11), durante la época de Pericles, se instalaron otros mil en el Quersoneso; en Naxos, quinientos; en Andros, doscientos cincuenta; y mil en Tracia para habitar junto a los bisaltas (esto último se refiere probablemente a Anfípolis). A todos ellos hay que sumar los que se establecen en Turios, en la costa de

la Propóntide y en el mar Negro. La fundación de otra colonia, Brea, en Tracia, en el 446/445, nos es conocida a través de la epigrafía (Meiggs, Lewis n.° 49). Posiblemente se enviaron otros colonos a Lemnos, Imbros, Eritras, Colofón y Ástaco. Durante la guerra del Peloponeso, se instalaron nuevos colonos en Egina, Mitilene, Lesbos, Escíone y Melos.

Algunos asentamientos nacen como castigo a un rebelión en la que Atenas confisca parte de su territorio al aliado que se ha sublevado. Otros se establecen en territorios que no pertenecen a los miembros de la Liga. Pero todos obedecen a un mismo patrón: Atenas se vale de su poder imperial para promover los asentamientos.

La naturaleza de las nuevas fundaciones es bastante mal conocida y quizá podamos distinguir tres tipos diferentes: *apoikiai* (colonias) multiétnicas, *apoikiai* atenienses y cleruquías (*klerouchiai*). Las colonias multiétnicas son aquéllas en las que el origen de los colonos es múltiple, no únicamente atenienses, sino que participan griegos de otras partes. Son los casos de Turios y Anfípolis, que dan lugar a la formación de una *polis* completamente independiente, a veces, como Anfípolis, incluida en la Liga de Delos y otras, como Turios, no. Entre los asentamientos poblados exclusivamente por atenienses quizá podamos distinguir entre *apoikia* y cleruquía. Desde el punto de vista lingüístico no existe ninguna diferencia, el cleruco es aquel que posee un lote de tierra, lógicamente en el exterior, *apoikos* es aquel que vive fuera de su ciudad de origen; como es fácil observar, en realidad, un cleruco es a la vez un *apoikos*. Sin embargo, alguna distinción de orden jurídico debió existir entre ellos. Así, por ejemplo, conservamos una inscripción, fechada hacia el 410, donde se distingue, en un contexto obscuro, entre *apoikiai* y *klerouchiai* (*ATL* IV, 285 y s.). Podemos pensar que las cleruquías se diferencian de las *apoikiai* en la propiedad y uso de la tierra. Los clerucos instalados en una cleruquía poseen la tierra en usufructo de manera provisional como una propiedad colectiva de los atenienses. Sin embargo, en el caso de una *apoikia*, los colonos adquieren la propiedad de la tierra de forma personal y por tiempo indefinido. Mucho más importante: la *apoikia* da lugar a la creación de un Estado, una *polis*, de modo que el *apoikos* ateniense se convierte, por ejemplo, en un egineta o un lemneo, mientras que la cleruquía forma parte del Estado ateniense. Al menos en el siglo IV, los clerucos retenían la ciudadanía ateniense, estaban incluidos en los *demos* y las tribus atenienses y tenían sus propias instituciones sometidas a la supervisión de la asamblea ateniense. Parece haber existido alguna forma especial de cleruquía. En el caso de Samos los clerucos atenienses no fueron instalados efectivamente, sino que se transformaron en una especie de rentistas residentes en Atenas y el cultivador samio debía pagarles una tasa en concepto de arriendo de la propiedad confiscada.

La implantación colonial ateniense cumplía varias funciones. Por un lado, se instalaba a los atenienses más pobres, que encontraban así un medio de

sustento. Por otro, muchos asentamientos, especialmente las cleruquías, servían de guarnición para vigilancia de los aliados que habían sido sometidos tras una revuelta y como aviso al resto.

Además de la colonización imperial, la adquisición privada de parcelas en el territorio de los aliados parece ser un fenómeno ampliamente difundido. Sabemos de muchos atenienses ricos que adquirieron propiedades en el territorio de los aliados. Por mencionar algún ejemplo, en el 415, Adimanto posee, además de sus propiedades en el Ática, un dominio en Tasos, Alcibíades dispone también de dominios en Eubea, Tasos y Abido. Este enriquecimiento particular tenía la virtud de vincular a los aristócratas atenienses con la política imperialista. No parece, sin embargo, que la adquisición de tierra se circunscribiera únicamente a los ricos, sino que debió de ser también frecuente en otros sectores sociales.

Es difícil conocer los mecanismos a través de los cuales los atenienses accedieron a la tierra de los aliados. Muchas de estas propiedades se situaban en Estados de la Liga que habían sido sometidos después de una revuelta (Eubea, Tasos) y es posible que los atenienses les obligaran a aceptar que el Estado o los particulares pudieran adquirir tierras, pero en otros, como Abido, no tenemos noticias de rebelión. Podemos pensar en matrimonios mixtos o en concesiones de *enktesis* (privilegio de poseer tierra no siendo ciudadano de origen) por parte de los Estados aliados a particulares. En el siglo IV, en el decreto de fundación de la Segunda Liga ateniense (377), cuando Atenas renuncia a los métodos del siglo V, se establece expresamente que "no se permitirá a ningún ateniense poseer bienes inmuebles, ni privados ni públicos, en el territorio de los aliados, ni casas ni terrenos, ni por compra ni como prenda de una hipoteca ni por cualquier otro modo" (IG II^2 43; trad. de J. Pascual). Semejante cláusula nos llevaría a pensar que la compra o la hipoteca fueron, en el siglo V, las formas más extendidas de apropiación, pero, puesto que un extranjero no puede ser propietario, seguimos enfrentados a la misma e inquietante pregunta: ¿cómo era posible que un ateniense comprara tierra o la aceptara como aval de un préstamo en el territorio de los aliados? ¿Hubo, quizás, un decreto de la asamblea ateniense que facilitaba la adquisición de tierras en el imperio de manera general? Sea como fuere, tal práctica atentaba directamente contra las bases de la misma *polis,* es una muestra clara de política imperialista que vulneraba la autonomía de los aliados y creó un hondo resentimiento.

7.2.4. La interferencia judicial y legislativa ateniense

Los pleitos entre un ciudadano ateniense y otra persona miembro de una ciudad aliada eran juzgados según las previsiones de las *symbolai,* los acuerdos, preferentemente comerciales, que Atenas había establecido de manera bilateral con otros Estados. Las *symbolai* no constituían evidentemente una

injerencia ateniense. Sin embargo, Atenas introdujo en la Liga dos prácticas judiciales en determinados casos criminales que pueden ser considerados claramente imperialistas: algunos procesos ya juzgados en las ciudades aliadas eran llevados a Atenas, que actuaba como el tribunal supremo o de segunda instancia y podía modificar una decisión judicial de un Estado aliado o, como en Calcis, un Estado debía remitir a Atenas, sin juzgarlos, todos los casos que conllevaran pena de muerte, exilio o pérdida de derechos ciudadanos (*atimia*). Estos casos eran instruidos por la Bulé, que los remitía a los tribunales populares. Finalmente, parece que Atenas prohibió de manera general a cualquier Estado aliado imponer la pena de muerte sin la revisión del caso por los tribunales atenienses (Antifonte 5.47). Como puede observarse, no era la naturaleza del delito lo que contaba, sino la naturaleza de la pena. Tal interferencia tenía la finalidad de proteger a los demócratas filoatenienses de las ciudades aliadas.

Por otra parte, los atenienses obligaron a los aliados a aceptar decretos atenienses que tenían validez en todo el imperio, o en parte de él. No tenemos noticias de que en estos decretos participara el Sínodo de la Liga. Un decreto sobre Metone puede muy bien servirnos para apoyar esta afirmación:

> En el caso de que los atenienses voten un decreto general en relación con los aliados para exigir ayuda u otra imposición a las ciudades, o bien acerca de ellos mismos [los atenienses] o bien acerca de las ciudades, afectarán a la ciudad de Metone las cláusulas del decreto en que se la mencione expresamente; las demás no (Meiggs, Lewis n.° 65; trad. de J. Pascual).

Los atenienses mediatizaban así la autonomía de los aliados, esto es, la capacidad de todo estado griego de darse leyes a sí mismo y de ejercer la soberanía plena sobre sus tribunales. Finalmente, Atenas impuso también el principio de responsabilidad colectiva de los aliados en la protección a los ciudadanos atenienses: la ciudad en que fuese asesinado un ciudadano ateniense debía pagar colectivamente una multa de 5 talentos.

7.2.5. Guarniciones y magistrados. La implantación de la democracia en los Estados aliados

Atenas instaló guarniciones en varios Estados aliados, como Eritras, Mileto, Egina, Cícico, Bizancio y Samos. Antes de la guerra del Peloponeso, su uso parece haber sido bastante frecuente.

Atenas contó también con una serie de magistrados, varios centenares, que sirvieron en el exterior vinculados al imperio. Algunos magistrados actuaban de forma colegiada, por ejemplo, en Mileto la documentación epigráfica menciona cinco arcontes atenienses.

Los arcontes están atestiguados en Esciatos, Afitis, Metone y en varias ciudades de la Jonia, como Mileto. Los *episkopoi* o inspectores, de los que Atenas usó ampliamente, están documentados al menos en Eritras y Mileto. El inspector era destinado en una ciudad para una investigación temporal en la que podía actuar si era necesario. Una vez cumplida su misión y solucionando el problema en bien de los intereses atenienses, regresaba a Atenas. El frurarco es el comandante de una guarnición ateniense que tenía otras funciones, además de las propiamente militares: el mantenimiento de una ciudad en la Liga, la protección a los demócratas locales y del propio régimen democrático. Un decreto del 425/424 (Meiggs, Lewis n.° 65) atestigua que Atenas dispone también de unos magistrados especiales, los helespontofilaques, encargados de controlar el comercio de grano y quizá de cobrar un peaje por el paso de los estrechos. Estos magistrados pueden ser muy anteriores y datar de la Pentecontecia.

Al menos en el caso de los Estados que se habían sublevado y siempre que éstos fueran oligarquías, al ser sometidos, Atenas implantaba la democracia. Ciertamente Atenas prefería los regímenes democráticos a los oligárquicos, pero no parece que, mención hecha de las rebeliones, Atenas introdujera de manera generalizada la democracia entre los miembros de su imperio. De hecho, toleró las oligarquías mientras éstas se mantuvieran fieles.

7.2.6. Otros instrumentos imperiales. El decreto monetario

El mundo griego desconocía las embajadas permanentes y la noción de soberanía extraterritorial. Para solventar este problema se utilizaban los proxenos. Un proxeno era un ciudadano de un Estado, por ejemplo un bizantino, que en su ciudad (Bizancio) defendía los intereses de otra (por ejemplo Atenas). Aunque sus funciones no estaban claramente definidas, ya que no eran contractuales, el título era concedido oficialmente por el Estado al que representaba.

La proxenía fue un instrumento de decisiva importancia en el imperio ateniense. Atenas se sirvió ampliamente de ella para el control de sus aliados, especialmente de los reluctantes. Los proxenos eran relevantes personalidades en su ciudad, demócratas y líderes de las facciones democráticas; de hecho, trataban de influir en la política interior o exterior de su comunidad. Gastaban tiempo y dinero y utilizaban su influencia en defender los intereses de Atenas y de los residentes atenienses. Los proxenos llegaban incluso a obtener por vías abiertas o clandestinas una vital información para Atenas, a la que daban una ventaja política y militar. Los atenienses reconocieron la importancia de esta institución concediendo a sus proxenos diversos honores, protección y asilo. Si un proxeno ateniense era asesinado en un Estado aliado, se aplicaba la misma pena, una multa de 5 talentos, que si fuera un ciudadano ateniense.

Ningún miembro podía salirse de la Liga y, en los casos de revueltas, Atenas recurría a la represión directa imponiendo duras condiciones. Normalmente, el estado sometido debía desmantelar sus murallas y entregar la flota, se convertía en un miembro tributario o veía su contribución acrecentada y se introducía la democracia. En ocasiones, se reclamaban rehenes o se le gravaba con una indemnización de guerra.

Hacia el 450-446, la asamblea ateniense votó el decreto de Clearco (Meiggs, Lewis n.° 45) que imponía en todo el imperio el uso de la moneda y del sistema de pesos y medidas atenienses. En el decreto se establecía que los Estados aliados y los particulares debían llevar a Atenas todas sus monedas de plata, que serán retiradas y reacuñadas en moneda ática. Atenas recibirá una comisión del 5% por esta amonedación. Todas las ciudades aliadas deberán publicar esta resolución ateniense en su ágora. Si algún magistrado o particular, sea ateniense o extranjero, actuaba contra este decreto será juzgado en Atenas, perderá sus derechos ciudadanos y su propiedad será confiscada y el diezmo entregado a Atenea.

Por último, Atenas parece haber monopolizado el comercio del grano del Ponto y con los helespontofilaques estableció una especie de aduana, posiblemente en Bizancio, que fijaba el grano que cada Estado podía importar y cobraba una tasa por el tráfico entre el Egeo y el Ponto Euxino y viceversa. De hecho, los magistrados atenienses podían impedir el comercio con el Ponto de cualquier Estado. Un decreto sobre Metone, aunque algo posterior, del 426, puede ser aducido como prueba suficiente:

> Fue resuelto por la Bulé y la asamblea [...]. Los de Metone podrán importar trigo de Bizancio hasta... [*lacuna*] mil medimnos anuales. Los helespontofilaques consentirán esta importación e impedirán que otro la evite; si no, cada uno será castigado con una multa de diez mil dracmas. (Los de Metone) notificarán por escrito a los helespontofilaques la importación hasta la cifra decretada. Tendrá exención también la nave importadora (Meiggs, Lewis n.° 65; trad. de J. Pascual).

7.2.7. Los vínculos ideológicos y religiosos

Atenas desarrolló algunos factores de cohesión imperial y toda una propaganda que tendía a presentar una imagen atractiva de la ciudad y de su poder. En primer lugar, utilizó el panhelenismo, la proyección de Atenas como la potencia cultural del mundo griego y el único Estado capaz de defender a los griegos de la amenaza persa. Atenas insistió también en su imagen como ciudad madre de los jonios, fundadora de las *poleis* de Asia Menor y el Egeo y trató de establecer con los miembros de la Liga vínculos culturales y religiosos análogos a los que existían entre una metrópoli y sus colonias.

En el terreno religioso, Atenas obligó a sus aliados a enviar ofrendas a Atenea durante las Panateneas y se les invitó a participar en las Grandes Dionisiacas. De alguna manera, Atenas pretendía crear una especie de culto imperial en torno a Atenea, a la que quiso darle un significado similar al que tenía Apolo Delio para los Estados del Egeo. Sin embargo, la política panhelénica tuvo escasos resultados y el culto imperial no parece haber tenido demasiado éxito. Los atenienses no pretendieron nunca crear una ciudadanía común, el verdadero vínculo que hubiera unido a todos los miembros de la Liga.

7.3. El imperialismo ateniense a debate

¿Fue la Liga de Delos un imperio ateniense? ¿Fue beneficioso el imperialismo ateniense? ¿Quiénes lo apoyaron entre los aliados? Estas preguntas han centrado buena parte del debate de historiográfico: de su respuesta depende en gran medida la interpretación de todo un siglo. En el análisis de la naturaleza de la Liga de Delos lasposturas varían enormemente. Algunos autores rechazan la visión de la Liga de Delos como un imperio o tratan de minimizar los componentes imperialistas de dicha Liga. Incluso entre los que aceptan la existencia de un imperio ateniense hay quienes lo consideran benéfico y quienes, por el contrario, destacan sus aspectos negativos.

Nuestra concepción sobre el imperialismo tiene su base en situaciones contemporáneas. Debemos evitar, pues, en primer lugar, los juicios apriorísticos y las ideas preconcebidas, ya que pueden condicionar y viciar nuestro análisis. Por otra parte, es necesario también apartarnos de determinadas definiciones del imperialismo, no porque sean falsas, sino porque no se pueden aplicar a la realidad griega del siglo V. Naturalmente, la visión marxista-leninista del imperialismo como la etapa final y más perfecta del capitalismo resulta inviable. Tampoco nos sirve el colonialismo europeo del siglo XIX, la política de expansión sin límites precisos emprendida conscientemente por un Estado que incluye en su sistema estatal a otras poblaciones, muchas veces muy diferentes a su propia cultura y formas de organización. Ni siquiera el más próximo imperialismo romano, entendido como la voluntad consciente de dominación de otros Estados a los que incorpora a su estructura estatal y que pretende establecer un dominio universal, puede sernos útil.

Una definición de imperialismo que pueda ser aplicable a la Atenas del siglo V debe partir de la propia realidad estudiada y no de esquemas concebidos para el mundo contemporáneo ni mucho menos de dogmas ideológicos. Para analizar si existió un imperialismo ateniense en el siglo V y en qué medida, partiremos de cuatro conceptos básicos, interrelacionados y puramente griegos: *eleutheria* (soberanía o libertad externa), autonomía (libertad interna), hegemonía y *arche* (imperio).

Toda *polis*, por definición, debería poseer *eleutheria* y autonomía, la *eleutheria* puede ser entendida como la soberanía exterior de un Estado, la capacidad de realizar una política exterior completamente independiente, de establecer tratados y alianzas, emprender guerras, firmar la paz, etc. La autonomía interna comporta tres elementos esenciales: el derecho de un Estado a decidir, modificar y usar sus propias leyes, entre las que se incluye el régimen político; la capacidad de elegir y controlar a sus propios magistrados y la potestad de ejercer la soberanía plena en sus tribunales. La hegemonía se refiere a aquel Estado que desempeña el papel director de una Liga, una alianza militar multilateral, y *arche* define a aquella potencia que construye un imperio atentando contra la libertad y autonomía de otros Estados.

Lógicamente, la pertenencia a una Liga supone un límite para la *eleutheria* de los Estados miembros, pero la potencia hegemónica de toda alianza militar multilateral debe dejar, por un lado, suficiente espacio para la libertad externa de las *poleis* y, por otro, no debe inmiscuirse en su autonomía interna. Tomemos como ejemplo la Liga del Peloponeso anterior a la guerra. A pesar de que la ordenación interna de la Liga del Peloponeso es bastante mal conocida, ciertos aspectos parecen claros. Esparta era el hegemón de Liga del Peloponeso. A los ojos de los espartanos, la función principal de la Liga no era imponer un imperio a las ciudades peloponesias, sino proteger su base económica vulnerable en Laconia y Mesenia y evitar las revueltas internas de sus hilotas. Esta finalidad enfocada hacia el interior condicionaba las relaciones de Esparta con la Liga del Peloponeso. Algunas veces, cuando Esparta se sentía amenazada, los lacedemonios intervenían en los asuntos internos de las ciudades de la Liga, pero estas interferencias parecen haber sido bastante escasas y separadas por largos intervalos de tiempo. Antes de la guerra del Peloponeso, Esparta, por ejemplo, toleró regímenes oligárquicos relativamente amplios como es el caso de Sición o democracias como Élide o permitió que algunas zonas del Peloponeso, como Acaya, no sólo poseyeran un gobierno democrático, sino que, además, se mantuvieran fuera Liga. Esparta no impuso guarniciones ni magistrados a los miembros de la Liga. Salvo en caso de guerra, tampoco imponía tributos y, por lo tanto, la Liga no disponía ni de tesoro ni de ingresos regulares. Las contribuciones se exigían únicamente en tiempo de guerra y se gastaban exclusivamente en fines militares. A diferencia de Atenas, todos los miembros de la Liga conservaron sus Ejércitos respectivos. Los aliados retuvieron también gran capacidad de actuación en el seno de la Liga, como se puede apreciar en las reuniones de la asamblea de la Liga del Peloponeso, en las que las discusiones y debates son muy abiertos y las críticas a Esparta nada raras. En la asamblea, cada Estado miembro tenía un voto y la decisión se alcanzaba por el voto mayoritario de todos. En definitiva, antes de la guerra, la Liga del Peloponeso es una Liga hegemónica que dista mucho de convertirse en un imperio espartano.

La Liga de Delos limitó más severamente la *eleutheria* de los Estados miembros. Ningún Estado podía negarse a acudir a una expedición o a aportar su contribución monetaria. Nadie podía salirse de la Liga. Parece que Atenas impidió toda guerra entre los Estados miembros y les impuso, como en el caso de Mileto y Samos, su arbitraje. Constituirse en tribunal de arbitraje sin consentimiento de una de las partes y emitir sentencia son dos actos jurídicamente insoportables y de ostentación de prepotencia política (Alonso, 1987: 481-482). Aún más cuestionable era el derecho ateniense a imponer una contribución económica a sus aliados incluso en época de paz y a revisarlo y fijarlo de manera unilateral. Las contribuciones económicas de los aliados tenían la finalidad de financiar el esfuerzo bélico contra Persia. En sentido estricto, el tributo debía exigirse sólo en tiempo de guerra y sólo para la guerra contra Persia. Sin embargo, Atenas empleó gran parte de las contribuciones en fines distintos de los originales y las exige después de que se firmara la paz con Persia. Parece también claro que el Sínodo de la Liga no tiene prácticamente capacidad de decisión. En resumen, en el terreno de la *eleutheria* podemos decir que la actuación ateniense excede con mucho una simple hegemonía.

Atenas violentó de diversas formas la autonomía interna de sus aliados. En este caso, el único debate posible es una cuestión de gradación, esto es, si Atenas violó la autonomía de todos los miembros de la alianza de manera sistemática o sólo en aquellos Estados que eran castigados tras una rebelión y si lo hizo en todos o sólo en algunos aspectos. Quizá estemos más cerca de la verdad adoptando una postura intermedia: algunas medidas se aplicaron de manera generalizada y otras únicamente a los aliados sometidos tras una revuelta. En primer lugar, la asamblea ateniense hizo aprobar leyes que se aplicaban a todos o parte de los aliados. Estos decretos mediatizaban gravemente la capacidad de cada Estado para regirse por sus propias leyes. El número de magistrados atenienses y su presencia en las inscripciones hablan en favor de su amplia difusión. Los inspectores y otros magistrados y las guarniciones influyeron decisivamente en las instituciones locales. Los atenienses remitieron los procesos judiciales de los aliados a su ciudad y, si hemos de creer al Pseudojenofonte, esta interferencia judicial parece bastante difundida. En el campo de la autonomía económica de los aliados, Atenas llegó a controlar el comercio de materias primas estratégicas, como el grano, podía impedir el abastecimiento de cualquier aliado y les impuso su propio sistema de pesos y medidas y su propia moneda. Otras medidas, más duramente imperialistas, se aplicaron sólo a los Estados que se rebelaban. Entre éstas podemos anotar la implantación de la democracia, la entrega de flota y rehenes, la demolición de murallas y la confiscación de tierras. En definitiva, podemos afirmar que, si bien en diversos grados y con algunas diferencias según el Estado en cuestión, Atenas violó la autonomía y la libertad de todos los aliados.

Indudablemente, en determinados aspectos, el imperialismo ateniense benefició a los aliados. Los miembros tributarios no tenían que mantener una

escuadra ni entrar en combate. La flota ateniense fue una garantía contra la piratería y protegió las rutas navales, a las que aportó seguridad. El imperio dinamizó el comercio en el Egeo, abrió nuevas oportunidades económicas a todos los aliados, promovió un incremento de los intercambios y en general de la prosperidad de todo el Egeo (Meiggs, 1979: 272). Desde el punto de vista político, aunque en el seno de democracias tuteladas, el imperialismo ateniense dio a los más pobres la posibilidad de participar en la vida política de sus comunidades. El imperio favoreció, pues, a los demócratas y a los más desfavorecidos de los aliados. Pero estos aspectos positivos del imperialismo no deben deslumbrarnos: junto a ellos hay muchos elementos de dominación. Se trata de beneficios que la potencia imperial no persigue prioritariamente. Atenas pensaba y defendía casi exclusivamente sus propios intereses, que, a veces, coincidían con los de todos o parte de sus aliados.

Sin duda, existió un imperialismo ateniense. Ahora bien, ¿el imperialismo ateniense fue odiado de forma generalizada por todos los aliados? ¿Fue universalmente impopular? Tucídides nos presenta el imperio ateniense como una tiranía que había acabado con la libertad y autonomía de sus aliados. A pesar del testimonio de Tucídides, la investigación moderna está dividida sobre la cuestión de "la popularidad" del imperialismo ateniense. Algunos investigadores aceptan el testimonio de Tucídides; sin embargo, otros afirman que representa sólo la visión de los oligarcas del imperio y que la mayoría del pueblo, de tendencia democrática, aceptó la dominación ateniense. Hay algo de verdad en esta última visión, que encuentra su apoyo, paradójicamente, en el propio relato de Tucídides. Aunque moderado, Tucídides era un oligarca y refleja, en gran medida, la opinión negativa de los oligarcas; tiende a generalizar y parece claro que en muchos lugares la mayoría y los demócratas no tenían semejante opinión del imperialismo ateniense. Unos pocos ejemplos bastarán. Los demócratas samios buscan, en el 440, la ayuda de Atenas para acabar con sus oligarcas. A partir del 439 la democracia samia se mantuvo leal a Atenas hasta el final, cuando la guerra estaba perdida. Otro caso significativo puede ser Tasos. Tras su rebelión en el 465, Atenas impuso un régimen democrático cuyos líderes eran el atleta Teágenes y el famoso pintor Polignoto. En el 424, cuando el espartano Brásidas intenta hacerse con la ciudad, los demócratas y la mayoría del *demos* rechazan la propuesta de Brásidas y Tasos sólo se rinde después de que los espartanos la amenacen con reducirla por hambre. En el 412, la intervención espartana en la Jonia es recibida también sin entusiasmo. En el 424, en el momento en que las tropas de Brásidas llegan a la Calcídica, los ciudadanos de Tracia están divididos en tres grupos: los demócratas vinculados a Atenas, los oligarcas, que ansiaban llevar su ciudad al lado espartano, y la mayoría, que desea la democracia y la independencia de Atenas.

En definitiva, con certeza, el imperio no era tan impopular entre los súbditos como Tucídides nos lo presenta. Los ciudadanos de los Estados aliados

no estaban unidos, tenían intereses contrapuestos y se dividían en facciones oligárquicas y democráticas. Los oligarcas detestaban el imperio. Los demócratas y la mayoría del pueblo estaban también divididos en facciones filo- y antiatenienses. Es posible que en todas partes desearan una democracia libre, pero preferían casi siempre una democracia tutelada antes que soportar una oligarquía, fuera o no sometida a Esparta, en la que sus vidas, bienes y residencia en la patria peligrasen. Hubo temor y no siempre los demócratas apoyaban a Atenas, pero el imperio no fue unánimemente impopular, muchos demócratas y buena parte del pueblo estaban dispuestos a aceptar el imperio ateniense.

En conclusión, a diferencia de los imperios orientales precedentes o del posterior romano, Atenas no tuvo la intención de incorporar totalmente otros Estados al Estado ateniense, reduciéndolos a provincias, y su poder mantuvo unos límites bastante precisos (el Egeo y el mar), al menos hasta la segunda parte de la guerra del Peloponeso, sin pretender construir un dominio universal. Pero fue una forma de imperialismo, de dominación, la de una *polis* griega. Posiblemente, los líderes que edificaron el imperio y la mayoría de los atenienses no tuvieron un programa absolutamente definido ni contaron con una teoría sobre el imperialismo. Pero, a largo de la Pentecontecia, la política de Temístocles, Cimón y Pericles, apoyada de forma mayoritaria por los ciudadanos atenienses, transformó la hegemonía de la Liga de Delos en un imperio. El imperialismo ateniense se puede definir, así, como la voluntad de dominar, de ser cada vez más fuerte, mayoritariamente compartida por los ciudadanos atenienses, sin el deseo de edificar una imperio universal ni de incluir a los súbditos en su estructura estatal. Algunas medidas imperialistas se aplicaron de forma general, otras sólo a los Estados más recalcitrantes. El imperio benefició en algunos aspectos a los aliados o a parte de ellos y encontró también sus apoyos entre los súbditos. Imperio diferente, rico en matices, pero imperio al fin y al cabo. En último término, como se verá durante la guerra del Peloponeso, esta conversión entrañaba también un peligro para Atenas.

8.

Población y sociedad en Atenas antes de la guerra del Peloponeso

8.1. Introducción

Todo intento de profundizar en la estructura demográfica, social y económica de la antigüedad, en general o en cualquier período o Estado, no es otra cosa, en primer lugar, que ser conscientes de las enormes dificultades a las que nos enfrentamos y luchar, no sin cierta dosis de desesperación, contra la práctica imposibilidad de llevar a cabo un análisis mínimamente preciso de las realidades demográficas, económicas y sociales. En estos campos la especialización exclusiva se presenta para el historiador de la antigüedad como un ideal que sólo en pocas ocasiones llega a rozar. Y es que, frente a muchos de nuestros colegas de etapas posteriores, apenas contamos no ya con datos propiamente demográficos, sociales y económicos, sino simplemente susceptibles de una interpretación o un aprovechamiento en este sentido. Quien critique la primacía de los estudios políticos o militares en el ámbito de la historia de la antigüedad debe tener en cuenta estas severas limitaciones.

Tamaña dificultad deriva en último término de la propia concepción griega de la historia, de la situación que ocupaban estas ciencias en la sociedad griega y de aquello que a los griegos les parecía indispensable conservar o legar a la posteridad.

Para los griegos la historia era básicamente historia de la política en su sentido de política exterior, enfrentamientos bélicos y diplomacia. Sólo en contadas ocasiones se introducen noticias que tienen que ver con la política interna, como la lucha entre facciones, o se bosquejan las principales instituciones políticas. Apenas se incluyen referencias que nosotros acotaríamos

como demográficas, económicas o sociales y, aún más importante, prácticamente nunca el relato histórico tiene el objetivo principal de describir situaciones sociales o económicas.

En nuestros días, la sociología o la economía son ciencias propias, aunque en contacto con muchas otras, claramente definidas y autónomas, con objetos de investigación, instrumentos de análisis y conceptos específicos (mercado, inversión, trabajo, etc.). En la Antigüedad estas ciencias no se habían emancipado. Es decir, naturalmente, los hombres antiguos producían e intercambiaban, se relacionaban entre sí, pero la sociedad o la economía no eran sentidas o consideradas como campos que pudieran aislarse y estudiarse con instrumentos propios y particulares. Conservamos magníficos tratados de política, filosofía o física, por ejemplo, pero no sobre economía.

Teniendo en cuenta siempre las posibilidades técnicas de la época, los griegos poseían suficientes conocimientos estadísticos y eran capaces de recopilar datos numéricos, contar el número de soldados por ejemplo, pero no estaban interesados en recoger un tipo de documentación que nosotros consideraríamos esencial. Así, el Estado necesitaba conocer el nombre y la cifra de sus ciudadanos a efectos, por ejemplo, de participación en la política o de posibles contribuciones económicas y anotaba también el número de los movilizables, ciudadanos mayores de 18 años o metecos (extranjeros residentes), pero apenas se hallaba interesado en saber la suma de los jóvenes menores de 18 años o las mujeres y mucho menos el de los esclavos, que no tenían ningún interés para el Estado (ni por sus derechos, ni como movilizables o contribuyentes).

Los atenienses, como los demás griegos, carecían de lo que nosotros llamaríamos una mentalidad estadística: la recopilación de datos estadísticos o cifras para emplearlos como un instrumento de decisión y de previsión. He aquí una de las claves: sólo grupos de documentos con datos numéricos homogéneos recogidos a lo largo del tiempo hacen posible un análisis preciso.

Otro problema se refiere no sólo a lo que al Estado ateniense le interesaba recopilar, sino también a aquello que debía hacerse público, conservarse de manera perdurable, inscrito en piedra. Así, el Estado ateniense registraba aproximadamente el número de los hombres movilizables, pero nunca los publicó en piedra. Primaban otro tipo de consideraciones políticas o religiosas. Un caso llamativo es el mismo tributo ateniense. Los helenotamías anotaban cuidadosamente las entradas de tributo, las deudas de los aliados y las salidas de numerario, pero nunca se inscribieron en piedra listas de tributo y, sin embargo, sí se trasladó a la piedra el sesentavo del tributo de cada ciudad (*aparche*) que se destinaba a la diosa Atenea.

Podemos suponer que en el caso de Atenas, en relación con otras *poleis* griegas, estamos en mejor situación, pero es sólo una verdad aparente: cuando tratamos de desvelar la demografía, sociedad o economía atenienses, los datos a nuestra disposición resultan ampliamente insuficientes y deficientes.

Apenas podemos definir la estructura demográfica, social y económica de Atenas en el siglo V y siempre con una precisión infinitamente menor que los hechos políticos y militares. Aún más difícil resulta intuir la evolución demográfica, social y económica incluso en amplios períodos de varias décadas y casi nunca podemos conocer las fluctuaciones coyunturales (que debieron ser numerosas). Aceptamos que la dinámica demográfica, social y económica tiene un tiempo y un desarrollo diferente al político y que los cambios se producen en estos campos de una manera más lenta que en la vida política, pero ¿hasta qué punto esta concepción de "onda larga" obedece a la realidad o a nuestro propio desconocimiento? En resumen, el intento de esbozar una historia demográfica, social y económica de Atenas en el siglo V, en el período anterior a la guerra del Peloponeso, no deja ser en gran medida un ejercicio algo artificial sometido a amplios márgenes de desconocimientos, incertidumbres y errores.

Para penetrar en la demografía ateniense anterior a la guerra del Peloponeso contamos con tres o cuatro noticias recogidas por los autores antiguos y, por esta misma carencia dramática de información, nos vemos obligados a extrapolar algunos datos del mundo romano y de las poblaciones preindustriales europeas de las Edades Media y Moderna que presentan ciertas similitudes con la población antigua.

Hemos de decir, ya desde el principio, que todas las cifras sobre la población ateniense que vamos a inferir son aproximativas y están sometidas posiblemente a un amplio margen de error que ni siquiera podemos controlar. Sin embargo, nos ayudarán a hacernos una idea de las enormes dificultades a las que nos enfrentamos y del número, la proporción e importancia de los diferentes sectores sociales y, sobre todo, nos servirán de punto de apoyo para profundizar en el conocimiento de la sociedad ateniense. Y es que el número no basta. La finalidad de nuestra investigación es comprender la población ateniense en sus funciones políticas, militares, sociales y económicas.

Para analizar de una manera más correcta las realidades sociales, además de los elementos antedichos (noticias de autores antiguos, informaciones procedentes del mundo romano y de la Europa preindustrial), tomaremos como punto de partida las peculiaridades y características de la población ateniense, en definitiva, sus divisiones fundamentales:

1. La primera gran clasificación de la población ateniense atañe al estatus o categoría jurídica de una persona, esto es, la posesión o no de determinados derechos o privilegios, el más importante de los cuales es la propia libertad. Según su estatus las personas se dividen en tres categorías diferentes: ciudadanos, metecos (los extranjeros residentes) y esclavos. Otro sector importante, al menos desde el punto de vista económico, está formado por los extranjeros que se encuentran

en Atenas de paso, los que la demografía denomina transeúntes: aquellos que tienen su residencia en otro sitio, pero que con motivo de cualquier asunto se hallan temporalmente en Atenas.

2. Además, el nivel de riqueza. Entre los ciudadanos persiste la vieja clasificación de Solón en pentacosiomedimnos, *hippeis*, zeugitas y *thetes*. Igualmente, los metecos pueden ser divididos en ricos, hoplitas y pobres.
3. El sexo, ya que sólo los varones pueden acceder a la ciudadanía plena. Las mujeres, consideradas por naturaleza inferiores, están desprovistas de gran parte de los derechos de que disfrutan los hombres.
4. La edad, puesto que los ciudadanos atenienses van adquiriendo sus derechos en relación con ella. Así, los varones menores de 18 años carecen de la mayoría de los derechos y sólo a los 30 años un ciudadano alcanza la plenitud de derechos.

   Desde punto de vista militar existe también una relación entre la movilización y la edad:

   a) Los varones de 0 a 17 años no prestan servicio militar.
   b) Los varones de 18 y 19 años, los más jóvenes, que realizaban normalmente un servicio de guarnición.
   c) Los adultos entre 20 y 39 años, las clases que *normalmente* eran movilizadas.
   d) Los hombres entre 20 y 49 años, que suponían el contingente total de soldados que Atenas podía movilizar en masa (*pandemei*), el conjunto de todos los soldados en activo, lo que podríamos llamar el ejército de campaña.
   e) Los varones entre 50 y 59 años, los más viejos, empleados como guarnición.
   f) Los hombres de 60 o más años, que estaban exentos del servicio militar.

5. El origen familiar: una línea difícil de definir y delimitar que separa a las familias aristocráticas de la gente del común.
6. Finalmente conviene distinguir entre los ciudadanos atenienses que residen en el Ática y el número total de ciudadanos porque ambas cifras no coinciden. No olvidemos que durante la Pentecontecia unos diez mil atenienses tomaron parte en la colonización.

8.2. Los ciudadanos atenienses: el número

De las propias fuentes griegas y de los datos que proceden del mundo romano y de otras sociedades preindustriales europeas podemos extraer

algunas de las características de la estructura demográfica griega que nos parecen bastante verosímiles. En primer lugar, las sociedades griegas se caracterizaban por una elevada tasa de nacimientos que se encontraba próxima al máximo biológico del 40‰ junto a una fuerte tasa de mortalidad del 36‰. El crecimiento vegetativo, incluso en períodos de expansión, era bajo, cercano al 0,25% anual. La mortalidad infantil era muy elevada. Si extrapolamos algunos estudios del mundo romano, de cien nacidos vivos, entre treinta y cinco y treinta y seis pueden morir antes de alcanzar el primer año de vida y más de la mitad (51%) antes de cumplir los 5 años. A partir de esta edad la esperanza de vida crece. Si un neonato, antes de cumplir el primer año, tiene una esperanza de vida de unos 20 años, cuando alcanza los 5 años, su esperanza de vida se sitúa entre los 30 y los 35 años. Normalmente, las familias griegas son muy cortas, de dos o tres hijos; pero, para que dos o tres niños alcancen la adolescencia, era necesario una media de cinco o seis partos como mínimo.

En un mundo donde los métodos anticonceptivos eran ineficaces y donde un nuevo nacimiento podía hacer peligrar la estabilidad económica de la familia, el padre tenía derecho a abandonar al recién nacido exponiéndolo en un determinado lugar. Cualquier persona podía recoger entonces al neonato para adoptarlo o reducirlo a la esclavitud, o bien éste moría a las pocas horas. La exposición era más frecuente entre las niñas que entre los niños. Sin embargo, es difícil pensar que fuera muy frecuente por simples razones demográficas (tal práctica estaba también mal vista, *vid.* Pl. *Tht.* 160 E): una exposición del 10% de los nacidos sanos hubiera dado una tasa de mortalidad del 40‰ con lo que la población en conjunto habría disminuido continuamente; es más, si la quinta parte de las niñas hubieran sido expuestas, la tasa de crecimiento de los ciudadanos atenienses habría sido fuertemente negativa.

Según el sexo y la edad podemos clasificar a los ciudadanos atenienses en tres sectores fundamentales: los varones adultos (mayores de 18 años), los varones menores de 18 años y las mujeres y las niñas. Esta división tenía una inmediata transcendencia en los derechos de la persona. Como hemos dicho, los varones menores de 18 años están desprovistos de gran parte de los derechos del mismo modo que las mujeres. Niños, adolescentes y mujeres se consideran parte de los ciudadanos, pero en un sentido vago, sometidos a la tutela de un ciudadano adulto varón y con su capacidad de actuación limitada.

A decir de Heródoto (5.97), en el invierno del 498 existían en Atenas treinta mil ciudadanos, una cifra que debe referirse a los adultos masculinos mayores de 18 años. Sin embargo, esta cifra es cuando menos dudosa. Aristófanes en *Las Asambleístas* (1132-1133), representada en el 392, recoge el mismo número, Menandro (*Epit.* 875-877) considera también treinta mil el número de los ciudadanos de una ciudad. Todo parece indicar que esta cifra se ha convertido en un *topos*, un lugar común que sirve para indicar de una mane-

ra genérica una ciudad muy poblada o una gran multitud (Hdt. 8.65.1) y que puede guardar escasa relación con la población ateniense real (nótese que ningún autor antiguo hablan de cuarenta mil como el número de ciudadanos de una *polis* populosa). De estas noticias se puede extraer como única conclusión que Atenas es uno de los Estados que cuenta con mayor número de ciudadanos.

Mucho más útil, dentro de nuestros límites, es la cifra de los hoplitas en activo, entre 20 y 49 años, que en Maratón suman nueve mil (Nepote, *Milcíades* 5.1), y en el 431, trece mil, por lo que hubo un fuerte crecimiento de este sector ciudadano en unos sesenta años (cuatro mil nuevos hoplitas, un aumento del 44%). Sin embargo, la cifra puede indicar no sólo un elevado crecimiento vegetativo, sino también la posibilidad de que bastantes *thetes*, gracias al crecimiento económico del período, accedieran a la categoría de los hoplitas.

El testimonio fundamental para conocer la población ateniense antes de la guerra del Peloponeso se encuentra en un párrafo de Tucídides en el que enumera las fuerzas con las que Atenas afronta la guerra:

> De este modo les animó (Pericles) en cuanto a la parte económica; y dijo además que tenían trece mil hoplitas sin contar los de los fuertes y los dieciséis mil que guardaban las murallas pues hasta este punto eran elevados los efectivos de la guarnición en los primeros tiempos cuando el enemigo hacía una incursión, reunido entre los jóvenes, los viejos y los metecos que eran hoplitas [...] además mil doscientos jinetes, comprendidos los arqueros de a caballo, mil seiscientos arqueros y trescientas trirremes en estado de navegar, éstas eran las fuerzas de los atenienses (Th. 2.13.6-8; trad. de F. Rodríguez Adrados; *cf.* D. S. 12.40.4, con cifras ligeramente diferentes).

Además de estos contingentes, Atenas contaba con cuatrocientos trierarcos (Ps.X. 3.4), trescientos de los cuales desempeñaban efectivamente la trierarquía cada año, y necesitaba anualmente sesenta ciudadanos que desempeñaran otras liturgias. De este modo, el número de los atenienses muy ricos, que coincidía con la clase soloniana de los pentacosiomedimnos, podía ascender a unos cuatrocientos o quinientos ciudadanos.

Como dice Tucídides, la ciudad disponía de mil doscientos jinetes, de los que mil son ciudadanos con una renta suficiente (los *hippeis*, la segunda clase soloniana) y otros doscientos son arqueros a caballo, *thetes* a los que el Estado ha proporcionado un caballo. Así, Aristófanes puede afirmar en *Los Caballeros* (225-229): "pero hay mil honrados caballeros que le detestan (a Cleón un líder popular) y que te defenderán; en tu auxilio vendrán todos los ciudadanos buenos y probos, todos los espectadores sensatos y yo con ellos.

y hasta los mismos dioses" (trad. de F. Baráibar). Al conjunto de las dos primeras clases solonianas, *hippeis* y pentacosiomedimnos, habría que sumar los exentos del servicio militar por invalidez y los mayores de 60 años (según los porcentajes que luego aplicaremos, quizá unos cuatrocientos en total).

Según Tucídides, los atenienses contaban con trece mil hoplitas entre 20 y 49 años, los movilizables, y algunos más en los fuertes y dieciséis mil en los muros de la ciudad. Los hoplitas pueden ser asimilados a los zeugitas, la tercera clase soloniana. Ignoramos el número de soldados destacados en los fuertes. El contingente que guarnece las murallas incluye a los ciudadanos más jóvenes (18 y 19 años), los más viejos (50 a 59 años) y a los hoplitas metecos; si tenemos en cuenta el modelo de otras poblaciones preindustriales, los varones entre 20 y 49 años pueden representar el 73% de los adultos mayores de 18 años (sobre estos porcentajes *vid.* Hansen, 1986) y los ciudadanos jóvenes de 18 y 19 años y los de 50 a 59 años globalmente un 19%. Así, los más jóvenes y los más viejos útiles para el servicio pueden sumar en conjunto unos tres mil cuatrocientos hoplitas, lo que nos dejaría unos doce mil seiscientos hoplitas metecos de todas las edades (18 a 59 años). Los mayores de 60 años pueden alcanzar los mil quinientos (*c.* 8%).

Ahora bien, como se puede observar fácilmente, Tucídides se refiere a un censo militar (*exetasmos*), a los ciudadanos movilizables. Sin embargo, no es humanamente posible que todos los atenienses fueran útiles para servicio militar por una simple cuestión de salud. Sin duda alguna, un grupo amplio de ciudadanos estaba compuesto por los inválidos para el servicio militar y para el trabajo, que Atenas catalogaba, ya que tenían derecho a una pensión estatal de 1 óbolo (en el siglo IV se aumentará hasta 2 óbolos). No sabemos el número de los inválidos y nos vemos obligados a inferirlo a través de los ejércitos modernos con el consiguiente margen de error. En los ejércitos contemporáneos de reemplazo la cifra de los exentos por razones de salud se sitúa entre el 8 y el 15%. Lógicamente, la cifra de exentos en la antigüedad no podía ser menor que en los ejércitos contemporáneos, por la simple razón del avance de la medicina y la higiene, y podía superar fácilmente el 15% (cifra máxima de los ejércitos contemporáneos). Esto significa que a los dieciséis mil cuatrocientos hoplitas deberíamos añadir unos dos mil quinientos inválidos. Todo ello arrojaría una cifra de algo más de veintitrés mil ciudadanos (veintidós mil trescientos y los hoplitas de los fuertes) para las tres primeras clases solonianas (pentacosiomedimnos, *hippeis* y zeugitas, *vid.* cuadro 8.1).

Un problema aún más complejo reside en evaluar el número de *thetes*, la cuarta clase censataria. Tucídides no aporta ninguna cifra de infantería ligera y simplemente nos dice que Atenas posee trescientos trirremes. La mayoría de los *thetes* servían como remeros de la flota. Los remeros de cada trirreme sumaban ciento setenta, si todos fueran ciudadanos arrojaría una cifra imposible (cincuenta y un mil). Sin embargo, aunque los ciudadanos formaban una parte sig-

nificativa de la tripulación de cada, ésta estaba formada también por metecos pobres y por mercenarios (extranjeros contratados). Una cifra igual a los hoplitas de choque (trece mil) daría unos setenta y seis remeros ciudadanos por barco (menos de la mitad). No sabemos el porcentaje de los remeros ciudadanos en las naves y probablemente variaba de barco en barco. Por ello, la cifra de trirremes no puede servirnos para calcular el total de los *thetes*.

En *Las Avispas*, Aristófanes afirma que las ciudades tributarias podrían alimentar a veinte mil hombres del pueblo (*demotikoi*):

> no tenemos mil ciudades tributarias, pues impóngase a cada una la carga de mantener veinte hombres y veinte mil hombres del pueblo vivirán deliciosamente comiendo carne de liebre y bebiendo la leche más pura, gozando, en una palabra de todas ventajas a que les dan derecho nuestra patria y el triunfo de Maratón. En vez de eso, como si fuerais jornaleros recolectores de aceituna, seguís al pagador de sueldos (Ar. *V.* 707-711; trad. de F. Baráibar).

CUADRO 8.1. Los ciudadanos atenienses mayores de 18 años en el 431.

CLASE SOLONIANA	NÚMERO	TOTAL
Pentacosiomedimnos *Hippeis* Inválidos y mayores de 60	500 1.000 400	1.900
Zeugitas 20-49 años 18-19 y 50-59 años Inválidos y mayores de 60 Hoplitas de los fuertes	 13.000 3.400 4.000 x (número desconocido)	20.400
Thetes Inválidos y mayores de 60	20.000 5.000	25.000
Magistrados	2.000	2.000
TOTAL	1.900 + 20.400 + + 25.000 + 2.000	49.300 + los hoplitas de los fuertes

Aristóteles (*Ath.* 24.3) afirma que los tributos, los impuestos y los aliados alimentaban a veinte mil ciudadanos. Quizá se pueda pensar que los *thetes*, los ciudadanos pobres, sumaban al menos veinte mil. De manera algo arriesgada, suponemos que los *thetes* superaban a las otras tres clases juntas. Todo

ello nos daría unos veintitrés mil *thetes*, contados los inválidos (quizá estos últimos alcanzaban los tres mil, un 15%), a los que tendríamos que añadir unos dos mil *thetes* mayores de 60 años.

Ahora bien, un Estado, aunque se encuentre en guerra, no puede funcionar sin que algunos ciudadanos realicen ciertas funciones esenciales y, por lo tanto, no pueden ser movilizados. Durante la guerra del Peloponeso, parte de los ciudadanos atenienses no pudieron prestar servicio en armas por la simple razón de que ejercían como magistrados. Aristóteles (*Ath.* 24.3) evalúa los magistrados atenienses en setecientos en la metrópoli, unos setecientos en el exterior y, además, unos quinientos buleutas y cincuenta guardianes de la ciudadela. De esta manera, habría que añadir unos dos mil magistrados al conjunto de ciudadanos atenienses.

En definitiva, la suma total de ciudadanos atenienses residentes en el Ática rondaría, en el 431, los cincuenta mil. Un cuadro resumirá las cifras, todas ellas muy aproximativas:

Aún más problemático resulta calcular las cifras restantes del cuerpo cívico, los varones menores de 18 años y las mujeres y niñas. Como todo ciclo demográfico antiguo, la pirámide de edad era muy ancha por la base y, con seguridad, Atenas contaba con un buen número de niños y jóvenes de 0 a 17 años. En este tipo de ciclo demográfico los varones menores de 18 años pueden suponer más del 40% de la población masculina total, por lo que habría que suponer que sumaban unos veintiún mil (42%). Esto nos daría una cifra total de setenta y un mil para todos los varones atenienses que vivían en el Ática.

A pesar de que la exposición de neonatos, que afectaba más a las niñas, es obvio que el número de mujeres debe de ser similar o un poco menor al de varones. Llegaríamos así a una cifra total de atenienses de unos ciento cuarenta mil, incluyendo hombres y mujeres.

Como vemos, nos referimos al número de atenienses que viven en el Ática, que no coinciden en modo alguno con la cifra total de ciudadanos, ya que debemos añadir los atenienses que residen en otras ciudades griegas, como metecos y también los clerucos. Descontados los metecos atenienses, que se encontraban dispersos por el Mediterráneo, el número de colonos enviados al exterior durante la Pentecontecia pudo acercarse a los diez mil. Muchos de ellos retuvieron la ciudadanía ateniense.

Parece indudable, en definitiva, que, entre las Guerras Médicas y la del Peloponeso, Atenas vivió una época de indudable crecimiento demográfico ciudadano. Los atenienses fueron capaces de enviar sin dificultad miles de clerucos al exterior, y, en el 431, pueden guarnecer los 148 estadios de muros, cerca de 27 km, sin comprometer en la guarnición a las tropas de choque (entre 20 y 49 años). En el momento de la expedición a Sicilia, en el 415, Tucídides (6.26.2) dice que la ciudad posee todavía una juventud numerosa. El

mayor crecimiento en el número de ciudadanos se produjo entre la Segunda Guerra Médica y la ley del 451, cuando la población ciudadana se vio afectada no sólo por la tasa de fecundidad, sino también por los matrimonios mixtos, que debieron ser numerosos en una Atenas en pleno crecimiento económico que atraía a muchos metecos. Precisamente la ley del 451/450 y la revisión posterior del catálogo cívico (445/444) se presentaron como medidas para corregir el exceso de población ciudadana. Desde el 451 al 431 el crecimiento en el número de ciudadanos se aminora, con una fuerte caída en el 445/444, cuando se excluyen casi cinco mil personas de la lista cívica.

8.3. Los ciudadanos atenienses: ricos y pobres

La ciudadanía significaba la inclusión y permanencia en la comunidad originaria, de sangre, política, cultural y religiosa que es la *polis*. La ciudadanía se transmite por vía hereditaria de manera reglamentada, esto es, se funda tanto sobre el nacimiento cuanto en las leyes que regulan la transmisión de este derecho, las condiciones y los diversos pasos que una persona debe seguir para ser reconocida como miembro del cuerpo de ciudadanos. Desde la ley de Pericles del 451/450 era necesario que el ciudadano hubiera nacido de padre y madre atenienses y de matrimonio legítimo. Luego debía ser introducido por el padre en la fratría y, más tarde, cuando el joven cumplía los 18 años, su padre (o tutor) le presentaba al demo, que le reconocía como legítimo y le inscribía en la lista del demo. Con la inscripción en un demo y en una tribu el nuevo ciudadano adquiría la mayor parte de sus derechos, pero no todos. Sólo a partir de los 30 años se puede decir que el ciudadano ateniense accedía a la plenitud de sus derechos. Únicamente entonces poseía la capacidad de ser miembro del Consejo de los Quinientos y de acceder a todas o a la mayor parte de las magistraturas. Era entonces el momento de casarse, lo que le liberaba de cualquier vínculo que le sometiera a su padre.

La condición de ciudadano ateniense llevaba unida el disfrute exclusivo de una serie de derechos. En primer lugar, los ciudadanos son los únicos que poseen derechos políticos: la posibilidad de presentar propuestas al Consejo y a la asamblea, de participar y votar en las instituciones, de ser elector y elegible para las magistraturas y de controlar las actuaciones de los magistrados. Gozan también de derechos judiciales y civiles exclusivos, como la posibilidad de casarse con una ciudadana (lo que se denominaba epigamia) y de tomar parte en los tribunales como acusador, acusado y sobre todo como jurado. Disfrutan, además, de derechos económicos únicos, como la propiedad de bienes inmuebles, terrenos o casas, uno de los privilegios fundamentales del ciudadano, o el derecho a percibir los *misthoi* o acceder a los

repartos en dinero o en especie realizados por el Estado y de estar exento de todo impuesto directo regular sobre sus personas o bienes.

Según su nivel de riqueza, el Estado dividía a los ciudadanos en cuatro clases que se remontaban a Solón (594): pentacosiomedimnos, *hippeis*, zeugitas y *thetes*. De manera suplementaria, el Estado inscribía a los ciudadanos más ricos en la lista de los que debían tomar parte de las liturgias, aquellos que debían financiar alguna actividad pública. Las liturgias eran básicamente las coregías (la financiación de los ensayos y el vestuario de los coros musicales, dramáticos y de baile que se representaban), las gimnasiarquías (financiación de atletas para las competiciones) y sobre todo la trierarquía, el sostenimiento de un trirreme.

Por tanto, un ateniense muy rico pertenecía a los pentacosiomedimnos y estaba incluido en la clase litúrgica. Estos ricos sumaban unos cuatrocientos o quinientos (en el siglo IV se habían reducido a trescientos) y poseían una fortuna mínima de 3 ó 4 talentos (cada talento equivale a unos 26 kg de plata). Naturalmente, la riqueza variaba mucho en este estrato de muy ricos; a Temístocles se le atribuía una fortuna de 70 talentos, a Nicias 100 y Calias, con 200, era considerado sin discusión el ateniense más rico y una de las mayores fortunas de Grecia. Posiblemente la media de fortuna de los pentacosiomedimnos se podía situar en una decena de talentos. Por debajo de los pentacosiomedimnos se hallaban los mil *hippeis* (reducidos en el siglo IV a novecientos), miembros de la segunda clase soloniana, y que poseían una fortuna de entre 1 y 3 talentos.

Estos mil quinientos atenienses (pentacosiomedimnos y *hippeis*) formaban el estrato rico de la ciudadanía y constituían buena parte de la aristocracia ateniense. La pertenencia a la aristocracia no estaba reglamentada por la ley y se basaba simplemente en la tradición y en el reconocimiento de los demás. Un noble se distinguía por su nacimiento, su riqueza y una educación y una ética particulares. La consideración de un aristócrata se fundaba, pues, en primer lugar, en el origen familiar, el noble había nacido de una estirpe muy afamada cuyos antepasados habían desempeñado un papel de primer orden en la vida de la comunidad. Por ejemplo, Critias, uno de los oligarcas del 404/403, podía contar y nombrar a sus antepasados desde el arcontado inmediatamente posterior al de Solón (arconte Dropides). Pericles y Alcibíades pertenecían a un linaje tan noble como ilustre, la familia Alcmeónida; entre cuyos ancestros se encontraba el gran Clístenes. El origen de Alcibíades puede servir de buen ejemplo:

> La estirpe de Alcibíades asciende hasta Eurisaces hijo de Ayax. Por parte de madre era Alcmeónida hijo de Deinomaca la hija de Megacles. Su padre Clinias combatió gloriosamente en el Artemisio en una trirreme equipada a sus expensas y murió combatiendo en Coronea contra los beo-

cios. Los tutores de Alcibiades fueron Pericles y Arifrón hijos de Jantipo, que eran sus parientes (Plu. *Alc.* 1; trad. de J. Pascual).

Las alianzas matrimoniales, los lazos de hospitalidad y las amistades familiares y personales reforzaban la posición de un aristócrata. Los aristócratas tendían a practicar la endogamia. Así, Cimón dio en matrimonio a su hermana Elpinice al opulento Calias y Alcibiades se casó con la hija del muy rico Hipónico. La hospitalidad era una relación que transcendía la simple amistad y que vinculaba a los aristócratas por todo el mundo griego. Sobre los lazos de hospitalidad baste un solo caso: Nicias, Eucrates y Diogneto, los hijos de Nicias, estaban conectados por una relación de hospitalidad nada menos que con el rey espartano Pausanias.

Para poder vivir y ejercer como tal, un aristócrata había de ser rico. La mayor parte de su fortuna se basaba en la tierra, la más noble ocupación y la fuente principal de ingresos. La suma de sus propiedades sobrepasaban normalmente las 20 ha. El noble era, ante todo, un terrateniente. Dada la extensión de sus posesiones, podía permitirse el verdadero lujo de criar caballos, el símbolo tangible de su nobleza, ya fuera para la guerra, la caza o la competición atlética; Alcibíades, por ejemplo, alineó siete cuádrigas en Olimpia y obtuvo los puestos primero, segundo y cuarto.

La expansión imperial de Atenas durante la Pentecontecia había beneficiado a los aristócratas atenienses permitiéndoles acceder a propiedades en el exterior, en Tracia, en Eubea, en la Tróade, etc. De hecho, entre los acusados por la mutilación de los Hermes en el 415, todos ellos aristócratas, siete poseen propiedades en el extranjero.

El primer deber de un rico era mantener su nivel de fortuna y es la primera crítica que se hace a una persona: dilapidar su patrimonio, especialmente en gastos considerados poco adecuados como fiestas y banquetes (Nepote, *Temístocles* 1.2). Al contrario, una de las principales alabanzas es la administración adecuada de la fortuna, como Pericles, correcto en el fondo (buena administración moderada y parsimoniosa) y sorprendente en el modo (venta de una sola vez de su producción). De este modo, parte del tiempo de un rico se ocupaba en lo que nosotros llamaríamos, no sin cierto anacronismo, gestión patrimonial, en la que eran verdaderos expertos.

Lógicamente, su situación les permitían el dinero y el ocio suficiente para recibir una educación que los elevaba por encima del pueblo. El noble se formaba a través del conocimiento de las tradiciones familiares, la poesía, la gimnasia, la música y la equitación. El simposio, el banquete, tenía un fundamental papel educador y reforzaba el contacto entre los nobles con su secreto y su camaradería. La caza era el ejercicio más noble que un aristócrata practica después de la política, por placer y como preparación para la guerra, curte y entrena para el combate y mantiene el cuerpo ágil. Esta educa-

ción superior de los aristócratas se vio potenciada desde mediados de siglo por las aparición de los sofistas, educadores profesionales que cobraban a muy alto precio sus enseñanzas. La ética aristocrática estaba penetrada por el concepto de excelencia (*arete*), la superioridad en el triunfo, la victoria, la fama que se alcanza en el agón, en la competencia con otros aristócratas. Finalmente, los aristócratas se distinguían por su peculiar modo de vida, los gastos suntuarios, la crianza de caballos, los regalos, los banquetes, signos exteriores de lujo y prestigio, lo que podríamos llamar una vida mundana.

Una de las características de la Pentecontecia fue el desarrollo de las actividades artesanales, mineras y mercantiles que proporcionaron importantes beneficios a bastantes ciudadanos. La aristocracia ateniense participó en estas actividades y sacó rendimiento de ellas a través de los préstamos marítimos o del alquiler de esclavos. Un caso extremo y muy conocido es Nicias, cuya fortuna se basaba en gran parte en el alquiler de mil esclavos de su propiedad que trabajaban en las minas argentíferas del Laurio. Además del enriquecimiento de la propia aristocracia, uno de los fenómenos más destacados del período fue el surgimiento de nuevas fortunas basadas en las actividades artesanales y mercantiles. Hombres nuevos, ricos artesanos y comerciantes; pocos en número, pero muy importantes desde el punto de vista político y social, de los que saldrán los principales líderes democráticos de la guerra del Peloponeso. Los conservadores, por boca de Aristófanes, atacaban la base poco decorosa de su fortuna, su escasa educación, su modo de vida desordenado y zafio y su demagogia. Como es fácil ver, no todos los atenienses ricos tenían los mismos intereses e ideología.

Por debajo de los ricos y caballeros se situaba un amplio sector de zeugitas que formaban el estrato acomodado y medio de la sociedad ateniense y nutrían al ejército hoplítico. Los zeugitas podían alcanzar los dieciocho o diecinueve mil ciudadanos por encima de los 18 años. Parte de ellos podían ser artesanos y comerciantes o incluso hay quienes tienen varias ocupaciones, un taller y un terreno agrícola por ejemplo, un grupo éste último que puede ser numeroso, pero podemos estar seguros de que la inmensa mayoría de los hoplitas estaba compuesta por una clase de propietarios bastante homogénea en la que toda su fortuna o la mayor parte se basaba en el cultivo de la tierra.

El campesino medio ateniense poseía entre 4-5 y 8-10 ha como mínimo, según entendamos o no que la mitad de la explotación se dejaba en barbecho, y ocupaba la mayor parte de su tiempo en garantizarse su subsistencia y la de su familia. Los labradores podían poseer normalmente uno o dos esclavos y quizás alguna esclava doméstica.

Por último, quedaban los atenienses más pobres, los *thetes*, y que sumaban más de la mitad de la población ciudadana. Muchos no poseían ninguna propiedad, muchos otros debían contar con una pequeña parcela de tierra que no era capaz de sostenerlos. Gran parte trabajaba a jornal, como braceros agrícolas, el

campo ático puede necesitar unos diez mil como poco, o asalariados urbanos. En definitiva, la parte más pobre del demo era muy variada desde el punto de vista sociológico: jornaleros, pequeños propietarios, artesanos o mercaderes, gentes que se ganaban la vida, participación en la política incluida, desempeñando las más diversas ocupaciones. Algunos contaban con uno o dos esclavos, pero quizá la mayoría no poseyera ninguno e incluso sus mujeres se veían obligadas a trabajar fuera de la casa. Tomemos un ejemplo muy conocido: el padre de Sócrates, Sofronisco, tenía un pequeño taller de escultura, no poseía ningún esclavo y su mujer, Fenáreta, trabaja como comadrona fuera de casa.

8.4. Las mujeres atenienses

Las mujeres atenienses y, en general, todas las mujeres griegas ocupaban siempre un lugar relegado en la vida de la *polis*. Los griegos las consideraban por naturaleza inferiores. En primer lugar, carecen de derechos políticos, no pueden participar ni en el Consejo ni en la asamblea, ni elegir ni ser elegidas y están exentas del servicio militar en una sociedad que vincula estrechamente la milicia con el disfrute de derechos. Excluidas del gimnasio y de los *symposia*, la mayor parte de las veces no reciben más que una educación elemental, reducida prácticamente a leer, escribir (el analfabetismo era muy reducido incluso entre las mujeres) y hacer cuentas. Su instrucción se dirige a asumir el papel social que les corresponde: a una mujer no se le exige educación, sino modestia, economía, obediencia y prudencia, discreción, ternura, el conocimiento de los asuntos domésticos y la forma de llevar la casa con la ayuda de las esclavas.

Las mujeres no pueden ser propietarias de bienes inmuebles ni de talleres artesanales con esclavos. En Atenas sólo los hijos heredaban el patrimonio inmobiliario del padre. En el caso de una viuda con hijos menores o una hija sin hermanos varones, la mujer es epiclera, es decir, simple transmisora de la propiedad a un varón y está obligada a casarse con el pariente más próximo por línea masculina. En el primer caso, la viuda con hijos varones menores de edad, la mujer transmite las propiedades a sus hijos cuando éstos alcanzan la mayoría de edad, mientras tanto, son administradas por el nuevo esposo, y en el segundo de los ejemplos mencionados, la heredera sin hermanos, es su esposo el que recibe la propiedad de los bienes.

Desde un punto de vista jurídico, la mujer es siempre una menor, sola no puede ni dirigirse a la justicia ni concluir un contrato por encima de la irrisoria cantidad de 2 ó 3 dracmas. De su nacimiento a su muerte, la mujer está sometida a la dependencia de un *kyrios*, que traducimos de una manera bastante dulce como tutor, pero el término griego expresa una autoridad soberana. El tutor puede ser el padre, el marido, el hijo mayor de edad o el pariente masculino más próximo por línea paterna (X. *Mem*. 7.5, 14, 22).

La mujer se integra en la comunidad a través del matrimonio y la religión. El matrimonio es el momento central en la vida de una mujer, que la hace pasar de la autoridad del padre a la de su marido. La idea de una mujer célibe y libre es inconcebible. El matrimonio poco o nada tiene que ver con el amor y nunca es una libre elección, sino un acuerdo entre su tutor legal y el futuro novio (o los padres del novio). El matrimonio es, pues, un contrato entre hombres y, sobre todo, un asunto económico, una meditada unión de riquezas. La mujer alcanza la edad marital a los 15 años, mientras que suele ser corriente que el varón se case hacia los 30. Existe toda una imagen ideológica del marido que moldea a su joven y virgen esposa.

Conforme se acerca la boda, la vida de la mujer entraba en un período de emociones e incertidumbres. Los regalos se amontonaban en su casa. Los amigos y parientes de la joven se dirigían en procesión a la fuente Calírroe, en el ágora, con el *lebes*, la vasija nupcial, donde recogían el agua con la que la joven se daba el último baño de purificación. Preparada ya para la nueva vida de esposa que la esperaba, el cortejo trasladaba a la novia desde la casa del padre, con todos sus regalos, a la de su futuro esposo, un acto que simbolizaba, además, la transmisión de tutelas. Comenzaba entonces la fiesta y el banquete, que comprendía también una serie de actos rituales en presencia de los dioses domésticos con el fin de garantizar la prosperidad y la fecundidad de la nueva pareja. Por último, los novios eran conducidos a la puerta de la cámara nupcial, donde los acompañantes invocaban a Himeneo, el dios nupcial de la fecundidad.

La mujer ateniense recibe, en el momento de su matrimonio, una dote. Dicha dote puede ser considerada como su parte correspondiente de la herencia paterna, pero se compone siempre de dinero y objetos, nunca de bienes inmuebles. Por su propia naturaleza y por su uso, la propiedad de la dote es extremadamente limitada. Una vez casada, la mujer permanece dueña de la dote, pero de una manera nominal: el usufructo y la gestión es conferida al marido. En caso de viudedad la propiedad de la dote pasa a los hijos masculinos, en caso de muerte o de divorcio, vuelve a su tutor legal. En un divorcio causado por el adulterio de la mujer (en el hombre está permitido siempre que no sea con una mujer casada), la mujer repudiada revierte a su padre o tutor, que la puede reducir a la esclavitud. Un ciudadano cualquiera puede emprender contra el amante una *graphe moicheias*, una acusación *pública* por adulterio, ya que el adulterio se considera atentatorio contra la propia comunidad en la medida en que ésta se basa en la transmisión de la ciudadanía a los hijos legítimos.

En la *polis* existía una separación del espacio. El espacio público, las calles, el ágora e incluso los campos pertenecían primordialmente al hombre; la casa, el espacio privado por antonomasia, era el ámbito privilegiado de la mujer. La mujer pasaba largas horas en el gineceo, que se situaba normalmente en el

piso superior o en todo caso en el lugar más recóndito de la casa, con barreras arquitectónicas que dificultaban la visión y el acceso. Su vida transcurría en el telar, en charlas amenizadas en el patio, en ir por agua a la fuente y en ordenar los objetos en la casa. Consumían el tiempo en el tocador, ocupadas en el baño, el vestido, el peinado, el adorno y los cosméticos. Como dice Lisístrata:

> nosotras que nos pasamos la vida encerradas en casa, muy pintadas y adornadas, vestidas de túnicas amarillas y flotantes cimbérricas [especie de túnica que no se sujetaba con ceñidor] y calzadas con elegantes peribárides (Ar. *Lys.* 42-45; trad. de F. Baráibar).

El gineceo está rigurosamente prohibido a todo hombre extraño a la familia y penetrar en él es una de las ofensas más graves que se pueden cometer. La función principal de la mujer ciudadana reside en la procreación de hijos legítimos y en la administración de la casa, ese ahorro que es fundamental en una economía básicamente autárquica como es la casa griega, "¿acaso no administramos los gastos de nuestras casas?", afirma también Lisístrata (Ar. *Lys.* 494-495), o "la mujer es ingeniosísima como nadie para reunir riquezas", como dice un personaje de *Las Asambleístas* de Aristófanes.

El orador Lisias resume a finales del siglo V lo que un hombre espera de una mujer:

> Una vez que decidí casarme y traje una mujer a mi casa, al principio me propuse no molestarla, pero que tampoco estuviera demasiado en su mano el hacer lo que se le antojara, y así la vigilaba en cuanto me era posible y ponía mi atención en ella como es natural. Ahora bien, cuando me nació un niño, entonces confié en ella y le entregué todo lo mío, pensando que no hay lazo de unión más grande que éste. Y por cierto que en los primeros tiempos, era mejor que ninguna: excelente ama de casa, ahorrativa y exacta administradora de todas las cosas (Lys, 1.6-7; trad. L. Gil).

Sin embargo, sería excesivo imaginarnos a la mujer ateniense recluida rigurosamente en su gineceo. De creer a los comediógrafos, sus salidas, por varios motivos, visita a una vecina o pariente, determinadas fiestas o un funeral, no son infrecuentes. Las mujeres nobles no vivían desde luego prisioneras en su gineceo. Muchas mujeres de clase baja compraban y vendían en el ágora y desempeñaban los más variados oficios como taberneras, panaderas, vendedoras de frutas y hortalizas. Entre las ricas y las pobres es posible que las mujeres de clase media gozaran de menos libertad.

Junto al matrimonio, la religión constituía un importante aspecto de la vida social de la mujer y era uno de los factores fundamentales de socialización, de inserción en la *polis*. A través de la religión, la mujer participaba en la vida pública. A diferencia de los demás aspectos de la vida de la *polis*, en la religión la

mujer es considerada una ciudadana de pleno derecho. Normalmente, las divinidades eran servidas por sacerdotes y las femeninas por sacerdotisas. Numerosos festivales daban oportunidad para una muestra individual de belleza o riqueza: en las fiestas, como las Tesmoforías, las Dionisiacas o las Panateneas, las mujeres se dejaban ver públicamente. Las mujeres cumplían también un importante papel en la religión privada, esencial en las prácticas funerarias. Era, por ejemplo, deber de las mujeres de la familia preparar el cuerpo para la sepultura y participaban también en los cortejos fúnebres.

En definitiva, la mujer tiene un papel muy limitado en la Atenas del siglo V, forma una categoría social propia que podríamos llamar dependiente. Legitima y trasmite derechos, administra la casa y es también depositaria de los valores de la *polis*, los varones la quieren como madre de sus hijos, sostén del hogar y educadora de ciudadanos. Su influencia se basa en el ascendiente sobre sus maridos y participa en la vida de la ciudad a través de la familia y la religión.

8.5. Los metecos

Los metecos eran los extranjeros residentes en Atenas. Gozaban de libertad, pero la ley, como veremos, limitaba mucho sus capacidades políticas, judiciales y económicas. La cifra de los hoplitas metecos entre 18 y 59 años podía alcanzar, en el 431, los doce mil seiscientos. Nada sabemos de las etapas anteriores, pero con absoluta certeza una de las características de la Pentecontecia fue el fuerte crecimiento del número de los metecos al socaire de la expansión económica e imperial de Atenas, como es el caso de Céfalo, un meteco de origen siracusano, padre del retor Lisias, que aceptó la invitación del propio Pericles para establecerse en Atenas. Quizá los hoplitas metecos incluían también a los más ricos puesto que éstos no eran reclutados como trierarcos y parece que tampoco servían, en el siglo V, en las filas de la caballería. A estos hoplitas metecos deberíamos sumar los inválidos para el servicio militar, pero que tenían una riqueza suficiente para pertenecer a esta categoría, unos mil novecientos (*c.* del 15%) y unos mil doscientos mayores de 60 años (en torno al 8%). Entre ricos y hoplitas, los metecos mayores de 18 años podrían ascender a quince mil setencientos.

Nada sabemos de los metecos pobres, por debajo del censo hoplítico. Bastantes metecos eran artesanos y mercaderes, pero muchos eran simples asalariados que venían a Atenas huyendo de la pobreza en sus ciudades o regiones de origen. Así, es posible que el porcentaje de metecos pobres en relación con los hoplitas metecos pudiera ser mayor que el que existía entre los *thetes* ciudadanos y los hoplitas zeugitas, pero no tenemos forma de saberlo. Una cifra semejante a la relación entre ciudadanos hoplitas y *thetes* nos daría unos diecisiete mil quinientos metecos pobres. Tendríamos, pues, unos treinta y tres mil doscientos metecos mayores de 18 años de todas las categorías.

Resulta prácticamente imposible saber el número de metecos varones menores de 18 años y las mujeres y niñas metecas. Si utilizamos la cifra aplicada para los ciudadanos tendríamos unos trece mil novecientos metecos varones menores de 18 años, unos cuarenta y siete mil metecos varones en total, y, unidas las mujeres, llegaríamos a la cifra de unos noventa y cuatro mil metecos y metecas. Ello nos daría una población libre total (ciudadanos y metecos) que se puede situar en torno a las doscientas treinta y cinco mil personas.

Como dijimos, el meteco era el extranjero residente en el Ática. Es precisamente su residencia, la domiciliación en un demo, lo que distinguía al meteco del extranjero que estaba simplemente de paso. Su condición implicaba una cierta integración en la vida de la *polis,* gozaban de algunas ventajas, pero carecían de muchos de los derechos que poseía un ciudadano, y ocupaban siempre una posición y un estatus inferior.

El meteco goza de libertad y tanto su persona cuanto sus bienes se hallan protegidos jurídicamente. Sin embargo, un meteco carece de derechos políticos, de la posibilidad de adquirir bienes inmuebles en el Ática y de casarse con una ciudadana, privilegios que son exclusivos de los ciudadanos. Están también excluidos de los arriendos de las minas, una substancial fuente de ingresos que se reserva a los ciudadanos. Igualmente el meteco tiene una capacidad judicial limitada. Un meteco no puede ejercer como jurado y sólo puede iniciar una acusación privada (*dike*) y no una acusación pública (*graphe*). En el caso de una acusación debe tener un garante ciudadano y en un proceso criminal, a diferencia del ciudadano, son arrestados antes de la sentencia. La pena por dar muerte a un meteco es el exilio, la misma que en el caso de la muerte involuntaria de un ciudadano. Posiblemente los metecos estaban excluidos, o veían su acceso restringido, de los gimnasios donde se ejercitaban los ciudadanos; de hecho, tenían la costumbre de frecuentar gimnasios propios, como el de Cinosarges.

El meteco está obligado a pagar un impuesto directo anual, el *metoikion*, que se cifra en 12 dracmas para los hombres y 6 para las mujeres que sean cabezas de familia. El impuesto es pequeño porque está destinado principalmente no a recaudar, sino a marcar la condición de metecos como un estatus inferior frente al ciudadano, que no se ve sometido a un impuesto directo que se considera degradante (D. 22.54-55). Los metecos más ricos están también obligados a contribuir a las liturgias, excepto la trierarquía. En el caso de un impuesto directo extraordinario para sufragar gastos militares, *eisfora*, la primera conocida data del 428, los metecos debían aportar la sexta parte del montante total del impuesto. Como un extranjero no residente, los metecos debían pagar el *xenikon*, la tasa por vender en el ágora, de la que los ciudadanos estaban exentos.

Los metecos podían ser movilizados y por lo tanto contribuían a la defensa de Atenas. Los hoplitas metecos eran empleados normalmente como guar-

nición, aunque también llegaban a combatir; así, participan en un ataque a la Megáride (Th. 2.31.1-2) y luchan en Delión, en el 424, contra los beocios (Th. 4.90.1, 94.1). Los metecos más pobres formaban parte, como los *thetes* ciudadanos, de los remeros de la escuadra.

Los metecos participaban en la vida religiosa de la ciudad, aunque siempre en una posición secundaria. No podían acceder a ningún sacerdocio ciudadano, pero estaban presentes en las procesiones, como las Grandes Panateneas, detrás de los ciudadanos. Eran coregos en las Leneas y las Dionisiacas campestres y podían recibir parte de las viandas procedentes de los sacrificios. A veces se les prohibía la entrada al teatro con ocasión de determinadas festividades exclusivas de los ciudadanos; en otras ocasiones, sin embargo, podían acceder a la representación teatral.

Los metecos tenían variado origen. Muchos eran extranjeros que habían fijado su residencia en Atenas, griegos o bárbaros. Otros habían nacido de un ciudadano y una meteca, *metroxenoi* (literalmente de madre extranjera), o bastardos (*nothoi*), hijos tenidos por ciudadanos fuera del matrimonio, excluidos todos ellos de la ciudadanía por la ley de Pericles del 451 y sin derecho a heredar las propiedades del padre. Una parte considerable de los metecos debía estar formado por los esclavos manumitidos.

Conocemos algunos metecos cuya fortuna se podía comparar con los ciudadanos más ricos. Por ejemplo, los hermanos Polemarco y Lisias, que poseen un taller de escudos en el que trabajan nada menos que ciento veinte esclavos, el mayor que conocemos. Artesanos y comerciantes en una sociedad en que la mayor parte de la riqueza se basaba en la tierra; sin embargo, el número de los metecos ricos era menor que el de ciudadanos.

Junto a estos ricos existía una capa de metecos acomodados, los hoplitas metecos. Eran artesanos, marinos, comerciantes o arrendatarios de terrenos agrícolas. Finalmente, la mayoría de los metecos eran pobres en un nivel similar a los *thetes*, servían como asalariados en al campo o en la ciudad y desempeñaban las más variadas ocupaciones.

8.6. Los esclavos

Todo intento de aproximarnos al número de esclavos es simplemente una ilusión. No poseemos prácticamente una sola cifra en todo el siglo V y resulta casi imposible inferirlos a través de las muy escasas noticias del siglo IV.

Los esclavos no servían ni como movilizables ni como contribuyentes, por lo que el Estado no vio la necesidad de censarlos y, de hecho, nunca los atenienses supieron cuántos esclavos había en Atenas; solamente tenemos una intuición, un sentimiento, los atenienses creían que los esclavos eran más numerosos en Atenas que los ciudadanos adultos.

La esclavitud era una situación ampliamente difundida en Atenas. Aristóteles (*Pol.* 1252 a26) dice que la familia perfecta estaba formada por libres y esclavos. El inválido de un discurso del orador Lisias se queja de que su pobreza le impide comprar un esclavo y se ve obligado por ello a emplear como sirvientes a sus mujer y sus hijos (Lys. 24.6). Este mismo orador supone también que todos los heliastas poseen al menos un esclavo doméstico:

> Y a mí me parece oportuno que se considere este proceso no como algo particular de esos hombres, mas como cosa común para todos los de la ciudad, pues no son ellos los únicos, antes bien, no hay nadie que no tenga esclavos domésticos (*therapontes*), esclavos que al ver la fortuna de éstos, no pensarán en lo sucesivo con qué beneficio hecho a sus amos, sino con qué denuncia calumniosa contra ellos, podrán llegar a ser libres (Lys. 5.5; trad. de L. Gil).

Ahora bien, no parece que los atenienses consideraran que se encontraban entre las *poleis* que poseían un mayor número de esclavos. Según Tucídides (8.40.2), Quíos poseía el mayor número de esclavos y después venía Esparta. Atenas no es mencionada. Un poco antes (7.27.5) el mismo historiador afirma que los veinte mil esclavos que huyeron de Atenas durante la última parte de la guerra del Peloponeso supusieron un grave daño para la ciudad, por lo que podemos estimar que la cifra debió ser importante en relación con el total.

Naturalmente, conocemos algunos atenienses que poseían una cifra elevada. Nicias tenía mil esclavos; Hipónico, considerado el ateniense más rico de su tiempo, contaba con seiscientos. Sin embargo, ir acompañado por tres o cuatro esclavos era un signo de ostentación condenable (D. 21.158). Entre los Hermocópidas, que participan en el 415 en el obscuro asunto de la mutilación de los Hermes, la mayoría de ellos muy ricos, quien cuenta con más esclavos tiene dieciséis. El mayor número de esclavos que conocemos que trabajaran en un taller es de ciento veinte y la posesión de veinte o treinta es ya una fortuna considerable. Es posible, además, que la inmensa mayoría de los *thetes* no poseyeran siquiera un esclavo. Algunos ejemplos nos ayudarán a comprender la dificultad de mantener un esclavo para una familia modesta. Un jornalero puede cobrar unos 3 óbolos diarios (media dracma). Si trabajase todos los días del año, ganaría 180 dracmas y 3 óbolos al año. Demóstenes evalúa en un discurso del 363 en 700 dracmas el mantenimiento suyo, el de su hermana y de su madre. Se comprende que el sostenimiento de un esclavo supusiera para un familia pobre una carga considerable.

Podemos calcular que los hoplitas no inválidos, ciudadanos (unos dieciocho mil) o metecos (catorce mil ochocientos), podían contar con dos esclavos. Debemos añadir, además, varios miles poseídos por los pentacosiomedimnos y los caballeros (cien los pentacosiomedimnos, veinte los *hippeis*). Esto supondría unos cien-

to treinta mil esclavos. Si todos los *thetes* y los metecos pobres tuvieran un esclavo, la suma aumentaría en unos treinta y seis mil. Incluimos en esta cifra a las mujeres o niños esclavos, de lo contrario la cifra de los esclavos que posee cada ateniense se elevaría mucho. Los niños esclavos eran quizá poco numerosos y el número de las mujeres esclavas, menos productivas que los varones, debía de ser también inferior al de los esclavos varones. Para quien piense que la cifra de esclavos es baja, debemos apuntar que nuestra especulación se asienta sobre una base inverosímil que tiende a elevar considerablemente el número de esclavos. Suponemos un imposible: que todos los varones mayores de 18 años se han emancipado y forman una unidad familiar. O, lo que es lo mismo, que ningún padre ateniense tiene en su casa un hijo mayor de 18 años. Entre los que bajan mucho la cifra de los esclavos y entre los que piensan que alcanzaban los cuatrocientos mil quizá la verdad se encuentre en algún punto medio y girara en torno a los ciento setenta mil.

Los esclavos que poseen los ciudadanos atenienses y los metecos son del tipo que llamamos esclavo-mercancía para diferenciarlos de otras situaciones de dependencia que se dan con frecuencia en el mundo griego, como los hilotas espartanos.

Desde los días de Solón, ningún ateniense podía esclavizar a otro, por lo que los esclavos, salvo los nacidos de esclavos, eran todos extranjeros. En algunos casos procedían de guerras y de la piratería, pero normalmente se adquirían a proveedores en el exterior y se vendían luego en el mercado ateniense. La inmensa mayoría de ellos eran bárbaros de la orilla del mar Negro (Tracia y Escitia) y del interior de Asia Menor (Caria, Licia, Paflagonia, Frigia, etc). En la comedia los nombres de tracio o cario sirven para designar de manera genérica a los esclavos.

El crecimiento económico de la Pentecontecia aumentó considerablemente la necesidad de mano de obra, especialmente de la esclava. De hecho, El Pireo se convirtió durante esta época en el principal mercado de esclavos del Mediterráneo oriental. Como cualquier mercancía, por los esclavos debía pagarse el 2% de su valor venal como derechos de aduana. El vendedor respondía de los posibles defectos como enfermedades y engaños (procedencia, cualificación, etc.) y podía ser demandado por el comprador con obligación de resarcirle de los daños ocasionados. Antes de la venta, se hacía pública la subasta, para que cualquier derecho habiente pudiera vetarla en el caso, por ejemplo, de que hubiera reventa de un esclavo fugitivo que debía retornar a su dueño.

El precio medio de un esclavo oscilaba entre las 100 y 200 dracmas y variaba según la edad, el vigor físico y la belleza y la cualificación. Un muchacho podía costar unas 70 dracmas, un esclavo cualificado y una mujer bella podían alcanzar las 300. Nicias, en el desembolso más grande que conocemos, pagó 6.000 dracmas por un tracio especializado para emplearlo como técnico en las minas.

Los esclavos eran propiedad de su amo del mismo modo que otros bienes muebles y podían ser tratados como propiedades, ser vendidos, donados, legados, etc. El esclavo carecía de derechos políticos y prácticamente no poseía ni derechos económicos ni judiciales. Un esclavo no podía comparecer ante un tribunal como demandante. Citado como testigo, normalmente era encarcelado y torturado en el curso del procedimiento judicial. Estaban excluidos de los centros cívicos y de los gimnasios. No tenían tampoco libertad de movimiento. Un esclavo podía unirse con una esclava, pero no tenía ningún valor legal y los hijos de su unión pertenecían a su amo, eran los "nacidos en la casa" (*oikogeneis*). En realidad, su sexualidad no les pertenece y las únicas relaciones sexuales válidas son aquellas que les impone su amo o su ama.

Con todo, los esclavos poseían algunas posibilidades y protecciones. Podían acumular algún capital al objeto de comprar su libertad. Frente a los malos tratos y crueldades infligidas por su amo, el esclavo podía acogerse a algún santuario que tuviera reconocido el derecho a asilo, como el de Teseo en el ágora. El sacerdote decidía si lo volvía a entregar a su amo o lo vendía a un nuevo amo. A través de una *graphe hybreos*, una acusación por violencia, cualquier ciudadano podía acusar a otro de maltratar a sus esclavos sin motivo. El dueño debía reparar también los daños causados por un esclavo. Tampoco se les podía dar muerte impunemente: la pena para la muerte de un esclavo era el exilio, igual que la muerte involuntaria de un ciudadano. Por último, los esclavos eran admitidos en determinados cultos, ofrendas y sacrificios, como en los Misterios de Eleusis.

En la vida cotidiana, el trato y las condiciones de los esclavos dependían en gran medida del carácter de su amo, los había duros, crueles y avaros que golpeaban, encadenaban o mal alimentaban a sus esclavos y había quien, por el contrario, los trataba con generosidad y les otorgaba la máxima confianza. El Pseudojenofonte (1.10) se queja de las contemplaciones que los atenienses tenían en general con sus esclavos: en el colmo de la desvergüenza ni siquiera cedían el paso a un ciudadano en la calle.

Los esclavos podían ser manumitidos. El esclavo podía ser liberado por su amo y podía también comprar su libertad, por sí mismo o por la unión de varios esclavos o libres. El manumiso tenía la condición de meteco, aunque retenía determinadas obligaciones en relación con su antiguo amo y debía rendirle una renta o socorrerle en la ancianidad. El esclavo no podía huir y autoliberarse, todo esclavo fugitivo podía ser capturado, marcado a fuego y devuelto a su amo.

Los esclavos participaban en todas las actividades laborales, las consideremos más o menos productivas o importantes. En todas ellas desempeñaban un importante papel, pero en bastantes de ellas concurrían también ciudadanos y metecos. No sabemos la importancia del trabajo esclavo en relación con el total de la mano de obra, pero resulta muy aventurado y bastante falso afirmar que la economía ateniense se basaba en la explotación de la mano de obra esclava. Muchos esclavos, especialmente aquéllos cuyos propietarios eran *thetes* y hopli-

tas, trabajaban junto a su amo y realizaban las más variadas ocupaciones; eran polivalentes debido al atraso económico y las necesidades de la casa en que vivian. Otros realizaban una sola ocupación. Los esclavos constituían una parte substancial de la mano de obra agrícola, aunque aquí era también muy importante el trabajo del propietario y de su familia y la contratación de trabajadores libres.

Los esclavos están presentes en todos los talleres artesanales como aprendices, técnicos especializados (*cheiroteknai*), hasta encargados; las esclavas se encuentran también en la artesanía textil, lavanderías o prostitución. En el comercio desempeñan muchas ocupaciones, forman la tripulación de las naves mercantes, son mozos de almacén, etc. Algunos eran propietarios de un taller o una tienda, se mantenían a sí mismos y tenían la obligación de pasar una renta a su amo. Estos esclavos que, con el permiso de su amo, se habían establecido por su cuenta (*choris oikountes*) podían, pasado un tiempo, comprar su libertad.

Las peores condiciones se daban entre los esclavos de las minas del Laurio. Aquí los esclavos trabajaban en duros turnos de diez horas, bajo tierra, a la luz de las antorchas, excavaban pozos, construían galerías, a veces hasta 100 m de profundidad, picaban y extraían el mineral y lo transportaban a la superficie.

En mucha mejor condición vivían los esclavos domésticos, designados de variada forma (*oiketai, therapontes, diakonoi, akoulothoi*), criados que realizaban distintas ocupaciones, nodrizas, porteros, cocineros, guardianes y escoltas; concubinas. Los más leales e inteligentes podían ser amas de llaves, encargados y jefes de esclavos, administradores, como Evángelo, el administrador de Pericles (Plu. *Per.* 16), o pedagogos y preceptores.

Por último, los esclavos públicos parecen haber gozado de una buena situación, eran escribanos, archiveros, heraldos, conserjes (Aesch. *Timarco* 54). Debemos mencionar, además, a los trescientos arqueros escitas, que podríamos denominar fuerzas de policía, encargados de mantener el orden en las calles y en las instituciones públicas y que constituían la fuerza coactiva de los magistrados.

Como vemos, los esclavos tenían una procedencia muy variada y ejercían una enorme diversidad de actividades. Su situación y jerarquía diferían enormemente. Por ello no estaban unidos ni tenían conciencia de pertenecer a una misma clase con los mismos intereses y mucho menos plantearon conjuntamente reivindicaciones o se rebelaron.

En definitiva, la combinación de la condición jurídica o estatus, el sexo, la riqueza, la edad y el origen familiar determinaba la situación de un persona en la escala social otorgándole o no determinados derechos y posibilidades.

9. La vida económica ateniense durante la Pentecontecia

9.1. La naturaleza de la economía griega antigua

Los primeros análisis sobre la economía antigua que pueden servirnos de punto de partida arrancan de los años finales del siglo XIX y principios del XX. Estas investigaciones inaugurales, entre las que podemos encontrar obras de autores de gran fama como Meyer, Beloch o Rostovtzeff, se hallaban profundamente condicionadas por la economía contemporánea. En su concepción, que hoy llamamos "modernista", la economía antigua poseía las mismas características estructurales que la economía contemporánea. Por tanto, se podían aplicar a la economía antigua los mismos conceptos e instrumentos de análisis que son comunes en las economías actuales, como mercado, empleo, inversión. La diferencia entre ambas economías era, simplemente, una mera cuestión de cantidad, la economía antigua se caracterizaba por una menor producción, atraso técnico, comercio menos desarrollado, etc.

Esta visión fue superada desde mediados del siglo XX por las tesis "primitivistas". La proposición fundamental "primitivista" era sencilla: la economía antigua era radicalmente distinta de las modernas economías actuales; las diferencias se establecían en el terreno de las estructuras (diferencia cualitativa) y no en la mera cantidad (diferencia cuantitativa). Por ello era preciso crear conceptos e instrumentos de análisis propios y particulares aplicables a la economía antigua y capaces de rendir cuenta de ella.

Expongamos algunas de las conclusiones a las que llegaron los "primitivistas". El ciudadano griego era propietario de la tierra y la trabajaba él mismo (salvo los ricos que administraban su patrimonio), solo, ayudado por su familia o en compañía de esclavos o asalariados libres. Es, por tanto, princi-

palmente un campesino. Las evidencias de tal afirmación pueden rastrearse aquí y allá en los autores antiguos. Pongamos como ejemplo al marido burlado del primer discurso del orador Lisias, que dice:

> llegué inesperadamente del campo, y después de la cena el niño empezó a chillar [sale la esposa, ocasión que ésta aprovecha para acostarse con su amante], y yo me dormí a gusto, como llegado del campo (Lys. 1.11-13).

Al cabo de pocos días nuestro protagonista encuentra a un familiar:

> Yo tenía un amigo y pariente llamado Sóstrato, a quien me encontré, cuando puesto ya el sol, volvía él del campo [esa misma noche descubre la infidelidad de su esposa] (Lys. 1.22).

Desde esta perspectiva, se podría decir que la ciudad antigua era, en gran parte, un centro de consumo, *una ciudad de consumidores*, en el sentido de que el ciudadano griego no adquiría los productos alimenticios a cambio de mercancías que él mismo produjera (artesanías por ejemplo), no pagaba por ellos con otros productos, no los compraba, sino que los conseguía a través de su título de propiedad, porque era dueño de la tierra, la cultivaba y obtenía por sí mismo estos productos básicos para su manutención. Se limitaba normalmente a consumir sus propios productos, no los intercambiaba por otros.

En el mundo griego la propiedad de la tierra pertenecía exclusivamente al ciudadano. La legislación griega perseguía un doble ideal: el mantenimiento constante del número de lotes y, como mejor forma de lograrlo, su permanencia en la misma familia. Los metecos que tomaban parte principal en los préstamos y actividades artesanales y mercantiles no podían poseer bienes inmuebles y, por tanto, aceptar tierra como aval. En consecuencia, apenas existía lo que podríamos llamar mercado inmobiliario o, dicho de otro modo, la tierra, la principal fuente de riqueza, veía reducida su posibilidad de salir al mercado.

El rendimiento mediocre de las explotaciones agrícolas, la dificultad de crear un excedente apreciable y la orientación autárquica que predominaba en la economía campesina limitaban también drásticamente otro mercado, el propio intercambio de mercancías.

Los griegos desconocían el concepto de trabajo como un valor abstracto que pudiera intercambiarse en el mercado. Esto implicaba dos cosas: por un lado, en lo que nosotros vemos una única función productiva, los griegos veían simplemente diferentes ocupaciones que nada o poco tenían que ver entre sí y, por otro, no separaban la mercancía ofrecida en el mercado, el trabajo, del poseedor de esa mercancía, el trabajador: ser asalariado llevaba

consigo la degradante experiencia de subordinarse a su contratador. El ideal ampliamente difundido era trabajar por cuenta propia. Esta concepción tenía como consecuencia inmediata una fuerte restricción de lo que nosotros llamaríamos mercado de empleo.

Los atenienses, como el resto de los griegos, carecían de un comercio y de una artesanía que pudiéramos llamar nacionales, ya que estas actividades se encontraban en buena medida en manos de metecos. Por ello, apenas pensaban en términos de aumento de las exportaciones, conquista de mercados o explotación de territorios para extraer de ellos materias primas necesarias para producir y colocar en el exterior sus propios productos manufacturados. El Estado griego tenía dos preocupaciones que nosotros podríamos llamar económicas: la necesidad de aumentar los ingresos fiscales sin recurrir al impuesto directo regular sobre los ciudadanos y el deseo de asegurar el abastecimiento de grano a la población. Pero ambas encubrían en realidad objetivos políticos. Los ingresos del Estado no trataban de equilibrar el balance financiero, sino que se gastaban en indemnizaciones por participar en la vida política o en gastos militares o suntuarios. El abastecimiento tenía como finalidad principal evitar las tensiones políticas y sociales dentro de la comunidad, la terrible *stasis* que amenazaba constantemente a la *polis*. En el comercio, pues, los atenienses, como los demás griegos, pensaban como consumidores, como importadores, no como productores.

9.2. La economía campesina

Huelga decir que, como toda economía preindustrial, la economía ateniense se basaba abrumadoramente sobre la tierra, que ocupaba la mayor parte de la mano de obra disponible y que constituía la base esencial y mayoritaria de la riqueza. Aún más importante que su naturaleza preindustrial es el carácter de subsistencia de la economía griega, lo que equivale a decir que la inmensa mayoría de la población vivía en el nivel de subsistencia o próximo a él.

Como hemos dicho, en Atenas únicamente el ciudadano varón y mayor de 18 años podía ser propietario de bienes inmuebles, casas o terrenos, en el Ática. Desconocemos casi totalmente la distribución de la propiedad, la verdadera clave que, junto a las condiciones de la mano de obra, nos aproximarían al conocimiento real y efectivo de la sociedad y la economía atenienses. De los indicios más que índices a nuestra disposición se desprende que el tamaño medio de las propiedades se situaba entre las 5 y las 6 ha o quizás alcanzaba las 10 ó 12 ha si pensamos en una amplia extensión del barbecho. Esta extensión era capaz de sostener a la familia de un zeugita y mantenerle dentro de la clase hoplítica. Dentro de estos parámetros, una finca de 6 ha podía costar unas 3.250

dracmas y se la consideraba una propiedad modesta (Is. 5.22). Propiedades de 18 (D. 20.115; Plu. *Arist.* 27.1) o 28 ha (Pl. *Alc.* 1.123c, Lys. 19.29) eran considerables y alcanzaban un alto precio. Las propiedades de Alcibíades, que sumaban más de 27 ha, fueron vendidas en el 415 por 2-2,5 talentos. En el 390 el estratego Aristofonte compra 25 ha con un desembolso de 5 talentos. Hay que tener en cuenta que una persona con una fortuna valorada en unos 3 ó 4 talentos era considerada rica y entraba a formar parte de los pentacosimedimnos y de la clase litúrgica.

En Atenas predominaba la pequeña y mediana propiedad y lo que podemos llamar grandes propiedades se situaban en torno a la veintena de ha. En contra de lo que nosotros tenderíamos a imaginar, la gran propiedad no se correspondía con un latifundio continuo, sino que casi siempre era la suma de varias parcelas situadas en diferentes partes del Ática (Lys. 17.5; Aesch. *Timarco* 97-98). El decreto de la propiedad confiscada a los que participan en el 415 en la mutilación de los Hermes puede ser un buen ejemplo de cuanto venimos diciendo. Todos ellos pertenecen a los sectores más elevados de la sociedad ática. Un personaje, cuyo nombre no se ha conservado, posee fincas en los *demos* de Trias y Atmone; Polístrato tiene un lote de tierra en el demo de Ancile y una casa en la ciudad; Adimanto cuenta con propiedades en Tasos, Oropo, Eubea y Abido; Ferecles dispone de un terreno y una casa en el demo de Temaco, otra tierra en el demo de Bate y varios lotes misceláneos.

A pesar de que el crecimiento económico de la Pentecontecia impulsó la economía monetaria, la producción artesanal y los intercambios comerciales y a pesar de los desastres de la guerra del Peloponeso, Atenas mantuvo un estrecho vínculo entre ciudadanía y propiedad de la tierra, de modo que, en el 403, el 80% de los ciudadanos poseía un lote de tierra por pequeño o insuficiente que éste fuera. Podemos afirmar, así, que hubo una considerable estabilidad de la tierra a lo largo de todo el siglo V.

Mención especial merece la tierra de propiedad colectiva que aparece con cierta frecuencia en las inscripciones, aunque quizá esté sobrerrepresentada por la propia naturaleza de la documentación epigráfica que tiende a publicar este tipo de propiedad y no los terrenos privados. Este tipo de propiedad pudo suponer, en época clásica, la décima parte del total del terreno cultivado. Las tierras de propiedad colectiva pueden dividirse en dos clases: aquellas que pertenecían al Estado ateniense, ya sean de los *demos*, fratrías, *trittyes* o tribus, y aquéllas cuya titularidad residía en diversas asociaciones privadas de ciudadanos. Este tipo de propiedad cumple una serie de funciones sociales importantísimas: todos los arrendatarios de ella son ciudadanos, lo que contribuía a paliar las dificultades de los sectores más pobres de la comunidad cívica y constituían el soporte financiero de las organizaciones territoriales y de las asociaciones ciudadanas locales y religiosas.

Los campos áticos tienden a ser rectangulares y estaban cercados por setos, árboles o muros. Las explotaciones presentan rasgos homogéneos, como la uniformidad de cultivos y técnicas, y las diferencias sustanciales dependían del tipo de suelo, la localización, más barata cuanto más alejada del asentamiento, y la calidad y el estado de los cultivos. Con carácter general la distancia máxima que un labrador podía admitir desde el lugar de residencia a la explotación agrícola se sitúa en torno a los 5 km, una hora de marcha.

El cultivo agrícola no tenía como objetivo principal la producción con vistas al mercado, sino que se orientaba a procurar la autarquía de la unidad familiar. La mayor parte de la producción era consumida por los propios productores, la mayoría de lo restante se almacenaba y sólo una pequeña cantidad salía al mercado para ser intercambiada, pero dentro de esta misma función de la explotación que no era otra que completar la autosuficiencia de la casa campesina. Por lo demás, casi nunca estas mercancías transcendían el mercado local. Así, un agricultor, recluido en la ciudad por la guerra del Peloponeso, añorando su perdida autarquía, puede decir:

> echo de menos mi demo que nunca me decía 'compra carbón, compra vinagre, compra aceitunas, compra aceite', esta palabra, compra, le era desconocida, ella misma lo producía todo (Ar. *Ach.* 33-36; trad. de F. Baráibar).

Encontramos, naturalmente, lo que podríamos llamar especializaciones, regiones enteras que se dedicaban a producir mercancías destinadas a un mercado internacional, como el trigo del Ponto, el vino de Tasos, que son importantes en relación con el comercio, pero menores por lo que se refiere a la estructura económica global: la especialización es siempre un fenómeno raro y arriesgado.

La mayor parte de las propiedades eran trabajadas por el cultivador y su familia y muchas veces eran ayudados por sus propios vecinos. Algunos poseían uno o dos esclavos que trabajaban tanto en la casa como en los campos. En un buen número de ocasiones, el campesino recurría a contratar jornaleros cuyo bajo precio era mucho más asequible que comprar y mantener un esclavo.

Para atender a la autosuficiencia del grupo familiar, tanto el espacio de cultivo como los productos estaban diversificados. Así, la explotación agrícola estaba dividida en la tierra dedicada a plantas y cultivos arbustivos, cereales y vides, y la ocupada por los cultivos arbóreos, principalmente olivos, higueras y almendros. Esta diversificación era aplicable tanto a las pequeñas como a las grandes propiedades y a quienes poseían una única parcela o varias.

> Abrir en primer lugar un largo surco para la vid junto a él higueras y cercando todo mi campo de olivos (Ar. *Ach.* 995-998; trad. de F. Baráibar),

dice un personaje de Aristófanes en su ansia de que llegue la paz. Del mismo modo, un grupo de campesinos celebran la paz recordando la variedad de productos de sus casas:

> acordaos de aquellas cestas de higos secos y frescos, acordaos de los mirtos, del dulce mosto, de las violetas ocultas en las orillas de la fuente y de las aceitunas tan deseadas [...] A nosotros riquísimas cosechas de cebada y vino, dulces higos y esposas fecundas. Así podremos recobrar los perdidos bienes (Ar. *Pax* 576-581, 1322-1326; trad. de F. Baráibar).

El grano suponía el 70/75%, de la dieta cotidiana (Foxhall, Forbes, 1982, 74), pero, a diferencia de la economía moderna, la cebada era la principal producción y constituía la parte más importante de la alimentación humana, ya que soporta mejor la escasa pluviosidad y los terrenos de mediocre calidad. Junto a la cebada y el trigo, las legumbres constituían el complemento indispensable y muchas veces único de la alimentación. El rendimiento de los cultivos cerealícolas solía ser escaso, un 4:1, cuatro granos por cada uno sembrado, podía considerarse una buena cosecha (hoy en día los rendimientos superan el 50:1 o el 60:1). El olivo tenía en la antigüedad múltiples aplicaciones, más que hoy en día. Las aceitunas nunca faltaban en la mesa griega; como aceite en la cocina, que constituía prácticamente la única grasa que se consumía. Se utilizaba también como jabón y tocador para el cuerpo, era la base de los perfumes y resultaba indispensable en el gimnasio. Parte de él se destinaba a iluminación. En Grecia existían aceites afamados como los de Sición o Samos, pero el aceite ático, en volumen y calidad, era el más valorado y constituía una de las principales mercancías del comercio y exportación atenienses. El viñedo era también un cultivo muy importante y estaba más extendido de lo que normalmente tendemos a considerar. El vino producido por uno mismo nunca parece faltar en ninguna casa. Era preferido y consumido mucho más que la cerveza, ésta última era considerada una bebida más bien de bárbaros. Otros cultivos principales eran la higuera y el almendro.

Una pequeña parte de las propiedades campesinas eran objeto de un cultivo intensivo de regadío y abono, son las huertas próximas al asentamiento o incluidas dentro de él que aportaban varios productos importantes como hortalizas y frutas. El campesino ático disponía también de algunas colmenas que proporcionaban la miel, el único edulcorante que se empleaba y que nunca faltaba en el hogar. Algunas cabezas de ganado, la caza y la recolección de plantas silvestres terminaban por completar la autarquía de la casa campesina. El rico ganadero, propietario de grandes extensiones y rebaños, es una figura que está ausente en la sociedad y la economía atenienses. Al ganado se le asigna un papel secundario y complementario en las actividades agrícolas y en la autarquía de la casa campesina y nunca es la actividad principal. Está excluido del terreno de cultivo

y pasta en las zonas marginales, en las áreas de monte bajo, en el borde de las laderas montañosas, en el terreno inculto. No se puede aumentar en gran cantidad, ya que en cierta medida compite con el hombre en la alimentación y en el aprovechamiento de los terrenos de cultivo. En definitiva, la casa campesina griega se caracterizaba por muchos productos en número, pero de poco volumen. Así describe el protagonista de una comedia la existencia de un labrador ático:

> yo tenía una vida dulcísima sencilla, grosera, descuidada, abundante en panales, ovejas y aceite [...] Después del matrimonio cuando nos acostábamos yo no olía más que a mosto, higos y lana de mis ovejas (Ar. *Nu.* 43-45, 50; trad. de F. Baráibar).

Complementariedad de espacios, complementariedad de cultivos que es también complementariedad de tiempos de trabajo, ya que los cultivos principales del Ática se adaptaban magníficamente a una distribución a lo largo del año, adecuándose así a los recursos humanos de la familia campesina. Un sencillo cuadro nos mostrará de mejor manera cuanto venimos diciendo:

CUADRO 9.1. Los tiempos de trabajo campesino.

ENE	FEB	MAR	ABR	MAY	JUN	JUL	AGO	SEP	OCT	NOV	DIC
O	O	OV	OVB	OB	C	C	OB	V	V	C	O
X					X	X		X	X	X	X

O: olivo. V: vid. C: cereal. B: barbecho. X: concentración del trabajo campesino.

Los productos agrícolas se disponen así a lo largo del año, adaptándose a la orientación autárquica de la explotación agrícola y a la limitación de la mano de obra. Como podemos observar, el trabajo agrícola es estacional y no regular: a lo largo del año, conoce períodos de mayor trabajo y otros de menor actividad. La concentración del trabajo se produce principalmente en cinco meses al año: enero, junio, julio (primera quincena), septiembre (segunda quincena), octubre, noviembre y diciembre. En estos períodos la explotación puede centrarse mayoritariamente en un único cultivo y es también la época en la que se recurre a contratar una mayor cantidad de mano de obra asalariada. En el resto de los meses, la actividad es menor y ello permite realizar simultáneamente distintas labores menores en diferentes cultivos; incluso queda un mayor espacio para el ocio, para las charlas junto al fuego, como dice una personaje de la comedia aristofánica:

> a mí sólo me gusta beber con mis buenos amigos junto al hogar donde con viva llama arde y chisporrotea la leña cortada en el rigor del estío y tostar

garbanzos sobre las ascuas y asar bellotas entre el rescoldo y hurtar un beso a Trata [una esclava tracia] (Ar. *Pax.* 1130-1138).

Dada la menor importancia de la ganadería, la carne apenas tiene cabida en la alimentación cotidiana, se consume en muy pocas ocasiones, la mayor parte de las veces con motivo de sacrificios y fiestas. Posiblemente podamos fijar la media del consumo en unos 2 kg de carne por persona y año. Dentro de la carne que se ingería predominaba la caza, especialmente liebres y aves, sobre los animales domésticos. El ganado aportaba a la casa campesina productos más importantes que la carne: fuerza de trabajo, vehículo de transporte, lana y pieles y el queso y la leche de cabra u oveja.

Mucho más que la carne, el pescado es el complemento indispensable de la dieta cotidiana, el producto que aporta verdaderamente las proteínas animales y la vianda que contribuye introducir alguna variedad en la alimentación diaria. Entre los pescados que se consumían en Atenas se contaban el atún y las anchoas de Falero y otras especies importadas de las islas (Cos o Lesbos por ejemplo) o de los lagos beocios. El pescado del Sarónico y del Euripo, en las aguas que rodean el Ática, tenían también justa fama.

La recolección de determinadas plantas silvestres completaba la autarquía de la casa campesina: hinojo, cardos, añublo, neguilla, bayas de enebro, ortigas, retoños de malva o raíces de asfódelo, etc.

La leña era un elemento indispensable en la vida campesina, el labrador la recogía por sí mismo en un amplísimo porcentaje y no la adquiría en el mercado.

El último gran componente de la explotación agraria sería lo que nosotros podríamos llamar la artesanía doméstica: la transformación de productos alimenticios (pan, higos secos, vino, vinagre, mosto, etc.), la confección textil en lana, lino o pieles, el carbón vegetal y la fabricación de una cerámica rudimentaria y de diversos utensilios agrícolas.

En definitiva, las características fundamentales de la economía campesina son la orientación autárquica de la explotación agraria (nada nos permite pensar que la Pentecontecia favoreció de manera sustancial una agricultura dedicada al intercambio), la fragmentación, estabilidad, pequeña extensión y escasa productividad de las fincas y la debilidad de la mano de obra.

9.3. La artesanía

Como otros muchos aspectos de la vida económica, la categoría jurídica de los propietarios de un taller de artesanía y su nivel de renta, la condición de la mano de obra, la organización y la importancia de la artesanía en el conjunto de la economía son prácticamente desconocidos para nosotros. Una propuesta de Formisio, en el 403, pretendía excluir del disfrute de los

derechos políticos a cinco mil atenienses que carecían de propiedades agrícolas. La mayor parte de ellos debían de ser los más pobres del cuerpo cívico, ciudadanos sin recursos, pero un porcentaje de los cinco mil debían de ser artesanos o mercaderes cuya fortuna se basaba únicamente en estas actividades. Es cierto que en la artesanía y el comercio debían predominar los metecos, pero el porcentaje de ciudadanos puede ser más significativo de lo que creemos.

Parte de lo que nosotros llamaríamos artesanía se compone en realidad de producciones domésticas que se circunscriben a la autarquía familiar. Es posible también que otros ciudadanos hayan diversificado sus fuentes de ingresos y, a la vez que poseían un taller, contaran también con propiedades.

La inmensa mayoría de los talleres eran muy modestos. En ellos el propietario trabajaba solo o ayudado por uno o dos esclavos. Sus producciones apenas transcendían el ámbito local. Unos pocos talleres, en los que el dueño trabajaba auxiliado por una decena de esclavos, podían ser considerados grandes. En el escalón más alto se encontraban los talleres que contaban con varias decenas de esclavos, en los que el propietario, absentista, no trabajaba, sino que la dirección del taller quedaba en manos de un encargado o esclavo de confianza. Pero incluso estos importantes talleres tienen dimensiones discretas. El taller más grande que conocemos empleaba en el 404/403 ciento veinte esclavos, un taller con veinte o treinta representaba ya un gran negocio.

Una de las grandes características del siglo V fue el surgimiento de un sector de ciudadanos enriquecidos en el comercio y sobre todo en la artesanía, del que saldrán los líderes atenienses tras la muerte de Pericles durante la guerra del Peloponeso.

En cuanto a la mano de obra, parece que en la artesanía predominaba el trabajo esclavo, pero es imposible ir mucho más allá; en la medida que aceptamos que la inmensa mayoría de los talleres son bastante reducidos, el trabajo del propietario y de su familia era importante. En algunos momentos, cuando era necesario aumentar la producción, se recurría también a contratar asalariados libres.

Más allá de la artesanía doméstica o local una de las características de la artesanía ateniense era la extraordinaria diversificación de productos y especialización de los talleres. Podemos encontrar, así, una enorme variedad de ocupaciones artesanales, barberos, perfumistas, taberneros, escultores, ceramistas, etc. Tomemos una pequeña muestra. Los talleres de armas no manufacturaban armamento de todo tipo, sino que estaban especializados: algunos se dedicaban a la producción de escudos, otros de espadas, etc. Además de las manufacturas metálicas y las armas, entre las artesanías principales se encontraban los astilleros y la minería. No olvidemos que la construcción de un trirreme costaba entre 1 y 2 talentos y requería un gran número de mate-

rias primas diferentes. Las minas eran propiedad pública, pero el Estado ateniense carecía de los recursos y la organización para explotarlas por sí mismo, por lo que las arrendaba a particulares que obligatoriamente eran ciudadanos. Muchas veces el arrendatario de una concesión minera recurría a su vez a un propietario de esclavos que le alquilaba la mano de obra a cambio de un renta diaria por cabeza. La cerámica ocupaba a unas quinientas personas y no era, sin embargo, un sector tan importante dentro de la economía ateniense en contra de lo que puede sugerir la difusión de la cerámica ática por todo el Mediterráneo.

La producción artesanal creció prodigiosamente durante la Pentecontecia. La construcción de un imperio y sus ingresos, la ascensión del Pireo a primer puerto del Mediterráneo oriental, el desarrollo de los intercambios comerciales contribuyeron a este crecimiento artesanal. Mención especial merecen los diversos programas constructivos que Atenas emprende desde el final de la Segunda Guerra Médica, sobre todo las edificaciones promovidas por Pericles, que dinamizaron la producción artesanal. El testimonio de Plutarco puede servirnos para comprender los efectos de la inversión pública sobre las producciones artesanales y los intercambios comerciales al tiempo que nos acerca a la fuerte especialización y diversificación de estas actividades:

> Como era material de construcción la piedra, el bronce, el marfil, el oro, el ciprés, el ébano, los que las trabajaban y daban forma los arquitectos, escultores, broncistas, tallistas, doradores, tallistas de marfil, pintores, bordadores y grabadores; en traer y llevar éstas por mar los comerciantes, marineros y pilotos y por tierra, los carreteros, boyeros, conductores, cordeleros, lineros, guarnicioneros, constructores de caminos y mineros. Cada artesano disponía, como un general de su propio ejército, de una muchedumbre asalariada y obreros propios, que eran como el instrumento y cuerpo a su servicio, para decirlo con exactitud, la abundancia se repartía y se distribuía entre todas las edades, condiciones y oficios (Plu. *Per.* 12; trad. de J. Pascual).

9.4. La actividad comercial

La segunda parte de la Pentecontecia es una de las grandes épocas de los intercambios comerciales que tienen como centro Atenas y su puerto del Pireo. Como dice el Pseudojenofonte, un tratado anónimo de la segunda mitad del siglo V:

> Lo que hay de agradable en Sicilia, en Italia, en Chipre, en Egipto, en Lidia, en el Ponto, en el Peloponeso o en cualquier otro lugar, todo eso se

> concentra en una sola plaza gracias al imperio marítimo. En segundo lugar, de cada lengua que oyen hablar toman algo. [...] Por otra parte, ellos [los atenienses] son los únicos capaces de apoderarse de la riqueza de helenos y bárbaros, pues si un país es rico en madera adecuada para la construcción de barcos, ¿a qué otro país la podrá exportar, si no se somete al que domina el mar? ¿Qué ocurrirá si un país es rico en hierro, cobre o lino? ¿Adónde los podrá exportar, si no convence al que domina el mar? Naturalmente, de estos mismos productos se hacen las naves: de un país, la madera; de otro, el hierro; de otro, el cobre; de otro, el lino; de otro, la cera. Además, no permitirán llevar los productos a otro lugar donde haya adversarios nuestros, o no podrán utilizar el mar (Ps.X. 2.7-8, 11-12; trad. de O. Guntiñas).

Aunque, como toda *polis*, tendía a la autarquía, Atenas era deficitaria en una serie de productos esenciales como el grano y la madera. Así, una de las características principales de la economía ateniense era su dependencia de otras regiones en materias vitales.

Como siempre, la organización, volumen e importancia de las actividades comerciales son difíciles de discernir. Comencemos por los productos que eran objeto del intercambio.

En primer lugar, el trigo del que Atenas era terriblemente deficitaria y que, por eso mismo, era considerado tan importante como todas las demás mercancías juntas.

Las necesidades del Ática han sido cifradas en unos 3.000.000 de medimnos al año. Poco se podía importar del Egeo, que era una zona deficitaria. Algo venía de Beocia, que producía un pequeño excedente, de Eubea y Lemnos y también existía un comercio de trigo tesalio bastante activo. Una parte substancial procedía de Cirene. Egipto exportaba a Atenas principalmente grano. La mitad del trigo que importaba Atenas procedía del Helesponto (D. *Leptines*. 31-32). Con Egipto y el Helesponto, la Magna Grecia y Sicilia componían la triada principal del abastecimiento ateniense de grano. Precisamente el comercio ateniense con Sicilia y la Magna Grecia aumenta especialmente a partir de mediados de siglo a juzgar por la difusión masiva de la cerámica ática.

La inquietud permanente por el abastecimiento de grano, en la que estaba en juego la propia existencia y supervivencia de la ciudad, llevó a tomar una serie de medidas para asegurarse la importación de grano. La flota se encargaba del control y la seguridad de las rutas. Se desarrolló asimismo un sistema de navegación en convoyes que atendía a la seguridad y facilitaba la exacción fiscal. Por ejemplo, en el 404, Lisandro, el secretario de la flota lacedemonia, en realidad el comandante supremo, interceptó un convoy de ciento setenta naves que venían del Ponto en dirección a Atenas. Se estableció también todo un sistema administrativo y de magistrados, en el Pireo y en Bizancio, que vigilaba la regularidad del

suministro, el control de precios y cantidades, trataba de evitar las excesivas ganancias y los acaparamientos y se encargaba del cobro de tasas en el Bósforo y de los derechos aduaneros en el Pireo. Atenas se preocupó, además, de mantener relaciones preferentes con los monarcas del Bósforo y creó una serie de tribunales que solucionaran las posibles controversias que pudieran surgir entre comerciantes. Durante la Pentecontecia y la guerra del Peloponeso Atenas llegó a controlar el tráfico entre el Ponto Euxino y el Egeo e impuso prácticamente un monopolio en el comercio de grano.

Los bosques del Ática, aunque más espesos y numerosos de lo que pensamos, podían proporcionar leña y carbón vegetal, pero eran insuficientes para cubrir las necesidades atenienses de madera, especialmente en la construcción de barcos y de edificios públicos, que exigían maderas especiales como ciprés, cedro o pino. La madera que llegaba a Atenas procedía de Naupacto, de la costa adriática en torno a Epidamno, del Sur de Italia, de Tesalia, Asia Menor, Cilicia, Caria, Lidia, Tróade, Chipre, Siria y Creta. La mayor cantidad provenía de Tracia y Macedonia y era exportada a través de Anfípolis (Th. 4.108).

En cuanto a los metales, el cobre venía de Chipre. Además de la plata ática de las minas del Laurio, los metales preciosos procedían sobre todo de Tracia. Desconocemos la procedencia del hierro, parte quizá venía de Beocia o quizá del mismo Ática, pues había depósitos en el lado ático de la frontera compartida entre Beocia y Atenas.

El vino ático era de baja calidad y se circunscribía al autoconsumo o al consumo interno. Los grandes caldos procedían de Quíos, Tasos, Samos, Maronea, Mende, Rodas, Cnido, Cos y Lesbos, de la Calcídica y el Norte. La calidad y procedencia del vino establecían grandes diferencias en el precio. El vino común se vendía a finales de siglo a 8 dracmas la metreta (cada metreta equivale a 38,88 l), mientras que el vino de Quíos alcanzaba las 100 dracmas la metreta (Plu. *Mor.* 470 F).

Además de los ya anotados, conocemos muchos más productos que arribaban al Pireo. Se trata de productos muy variados, materias primas, de lujo, exóticos y diversas manufacturas artesanales. Un pequeño paseo por los mercados atenienses nos devolvería una barahúnda de productos, olores y sabores. Egipto exportaba lino, marfil y papiro, aunque esta última mercancía no parece haber sido empleada asiduamente hasta época helenística. Encontraríamos también caballos de Sición, uvas de Lemnos, muy tempraneras, mármoles de Naxos y Paros, especias, incienso, perfumes, vajillas de oro y plata, armas de Calcis, trajes de Ecbatana llamados pérsidas (una prenda de abrigo que se fabricaba en Media y se vendía en Sardes) y salmuera fresca de Tasos. De Mégara venían melones, lebratillos, cochinillos, ajos y sal y de Beocia armas, queso, poleo, flautas y también orégano, esterillas, mechas para lámparas, varias clases de pájaros, liebres, zorras, nutrias y anguilas del

lago Copais. Hallaríamos también vino de Pramnio (en Asia Menor, cerca de Mileto), pescado (especialmente percas) y lana de Mileto, corteza de lasercipio, una hierba medicinal que se cosechaba mucho en la Cirenaica, queso y caballos de Sicilia, calzado y llaves de tres dientes de Lacedemonia, azafrán de Cícico, sirmea egipcia (una yerba purgante o astringente), púrpura fenicia, silfio de Cirene, que alcanzaba un alto precio, mantos de abrigo de Pelene, tapices y calzados persas, vestidos cretenses, ajos de Tenos y vino de Escíato.

Conocemos algunos precios que se datan a finales del siglo V y que nos pueden ayudar a comprender el valor de determinadas mercancías en relación con el jornal de un albañil, unos 3 óbolos o como mucho 1 dracma (6 óbolos): un caballo costaba 12 minas (cada mina valía 100 dracmas), una coraza 10 minas, 3 minas un carro con las ruedas, un casco 1 mina, un traje 20 dracmas, un manto 15, unos zapatos 8 dracmas, una anguila del Copais 3 dracmas, un quénice de cebada (1,08 l) 4. Otros productos bajaban de la dracma: un grajo costaba 1 óbolo, 3 óbolos una corneja, siete pinzones 1 óbolo y diez panes también 1 óbolo. Lamentablemente, como no conocemos precios anteriores, no es posible establecer la evolución de los mismos.

Muchas mercancías que llegaban a Atenas se reexportaban con ganancia. Posiblemente el Pireo se convirtió en el gran intermediario del Mediterráneo (Isoc. 4.42). Uno está tentado de pensar que este comercio de intermediario era precisamente una de las bases principales de la economía ateniense.

Atenas exportaba aceite, posiblemente el producto principal, plata y diversas manufacturas de metal, como vasos y armas, cerámica de calidad, la famosa cerámica de Figuras Rojas, mármol del Pentélico y miel del Himeto, que tenía justa fama (Ath. 14.652 b-c). En la mayor parte de Grecia las acuñaciones monetarias de cada *polis* no son regulares, sino que dependen de la disponibilidad de plata en cada momento. Las minas de Laurio situaron a los atenienses en mejor posición que el resto de Grecia. La acuñación de las "lechuzas" atenienses, como se denominaba popularmente a su moneda, era abundante, regular y mantenía la estabilidad de su peso y su buena ley. Durante el siglo V se convierte en la moneda más difundida en el Mediterráneo oriental y Atenas la impone a sus aliados. La moneda contribuye a pagar gran parte de las importaciones y constituye la base fundamental de la economía ateniense: como la balanza comercial debía ser ampliamente deficitaria, la moneda garantizaba el pago de las importaciones. Otras producciones atenienses transcendían el simple mercado aldeano, pero no se exportaban: los carbones del Parnés y de Acarnas, las anchoas de Falero, las cabras de Feleo, un monte del Ática, las mantas de Timeta, un demo, o el vinagre de Esfeto. Además de los mercados generales, en el ágora de Atenas o del Pireo se habían desarrollado mercados especializados, como el mercado de los que-

sos, que se reunía el último día del mes, el mercado de las flores, el de las harinas o el de los cueros, éste último extramuros de Atenas.

Esta simple enumeración de productos nos permite desvelar algunas de las características de la economía y el comercio atenienses. En la economía convivían una organización a pequeña escala de la producción agrícola y, en parte, un comercio muy amplio. El gran comercio es fundamentalmente marítimo, de gran volumen y de materias primas. Podemos definir también de una manera bastante ajustada las principales direcciones del comercio ateniense. Atenas mantenía intensas relaciones con el Egeo, el Helesponto, Chipre y Egipto. También eran muy importantes los intercambios con Sicilia y la Magna Grecia, con Grecia central y del Norte y el mismo Peloponeso. Con Persia y buena parte del Levante las relaciones debían de ser más bien indirectas, a través de la Jonia, especialmente Mileto, y de Chipre. Conocemos también buena parte de las rutas navales principales:

a) La ruta del trigo póntico que enlazaba el Pireo con el Ponto Euxino.
b) La vía del trigo tesalio y la madera y los metales de Tracia y Macedonia, a través de las Espóradas del Norte, Haloneso, Lemnos o Imbros.
c) La ruta que atravesaba las Cícladas hacia Rodas, la costa fenicia y el delta del Nilo.
d) Finalmente, la vía que unía el Pireo con Occidente a través de Corcira (Th. 6.30; 7.33).

La temporada de navegación se abría a finales de marzo y se cerraba a finales de octubre o en los primeros días de noviembre. Nadie se atrevía a aventurarse en el mar en invierno salvo en algunos viajes considerados verdaderamente urgentes y vitales, "¿qué mayor riesgo hay para los mortales sino navegar en mar abierto en la estación del mal tiempo?", afirma un orador del finales del siglo V y principios del IV (And. *Mys.* 137). En un mar, como el Egeo, donde las corrientes o mareas son muy débiles para tenerlas en cuenta, el factor principal que influía en la navegación era el régimen de los vientos. Sólo en el Norte, el Ponto Euxino está más alto que el Egeo y provoca una fuerte corriente en los estrechos en dirección Sur. En verano, los vientos del Norte y Noreste dominan el Egeo, son los vientos etesios de la Antigüedad, el *meltemi* de hoy en día, que en julio y agosto alcanzan una frecuencia del 80% o más y una velocidad bastante fuerte de 11 ó 12 nudos. Así, el viaje en dirección sur es siempre más rápido que navegar con rumbo norte; 3 ó 4 nudos de media en dirección sur, unas 7 millas náuticas cada hora, menos de la mitad con la proa al Norte en un viaje lento y zizagueante en lucha contra el viento. De este modo, la navegación entre Atenas y el Ponto Euxino en dirección norte podía durar veinte días, pero la vuelta únicamente diez. Otro de los graves inconvenientes era la calma que inmovilizaba al barco; por ejem-

plo, en la costa de Asia Menor podía oscilar entre el 15 y el 25%. A todas estas dificultades, calma, vientos contrarios o imprevistos, venían a unirse otros peligros como las fuertes tormentas que se desencadenan en pleno verano o la guerra y la piratería. Temístocles en un viaje desde el Épiro a Pidna, en Macedonia, es arrojado por una tempestad a Naxos, donde estaba la flota ateniense asediando la isla. Logra convencer al capitán del barco para que no le entregue a los atenienses y desde allí llega a Éfeso, de manera que un viaje con destino a Macedonia acaba en las costas de la Jonia (Plu. *Them.* 25; Nepote, *Temístocles* 8.5-7). En el 427, las cuarenta naves peloponesias que regresan de Lesbos se ven arrastradas por un temporal a Creta y llegan al Peloponeso dispersas (Th. 3.69).

Los griegos distinguían, de manera amplia, dos tipos de barcos: mercante y de guerra. De la nave de guerra ya hemos hablado en otro apartado; nos ocuparemos ahora del barco mercante. La nave comercial era en general redonda y panzuda en una relación de largo y ancho de 4:1 (7:1 en el caso de un barco de guerra). Era más pesada y de mayor calado que un buque de guerra y estaba dotada de una sola arboladura y una gran vela cuadrada. En el siglo V los navíos mercantes eran de muy diverso tamaño, desde los más grandes, que alcanzaban las 400 t hasta los pequeños de 20 t. Empero, la mayoría de los barcos mercantes son de pequeño tonelaje y alcanzaban entre 30 y 70 t. La navegación era casi siempre de cabotaje y se transportaba principalmente carga y no pasajeros. No existían los barcos de pasajeros ni las rutas fijas de los cruceros actuales. Quien deseara embarcarse como pasajero buscaba en el puerto un carguero con destino adecuado.

La tripulación de un barco mercante comprendía unos veinte marineros, muchos de ellos probablemente esclavos, unos pocos oficiales y el nauclero o propietario del barco. A veces el nauclero no viaja y se hace representar por un *nauphylax* (literalmente "guardián de la nave"). La carga principal puede ser trigo, madera, aceite o vino. Muchas veces no se llevaba un único producto, sino que se complementaba con otras mercancías, especialmente pequeñas y muy caras. En ocasiones la carga cambiaba según se fueran tocando diversos puertos. Las mercancías pueden ser propiedad únicamente del nauclero, pero lo normal es que pertenezcan al nauclero y a varios comerciantes (*emporoi*); así, se pretendía evitar la ruina de los mercaderes sin arriesgar toda la carga de un único propietario en un solo barco.

Toda nave que llegaba al Pireo debía pagar en concepto de tasa de aduana el 2% del valor de la carga, impuesto que rendía unos 30 a 36 talentos al año, por lo que el movimiento de mercancías del puerto superaba los 1.500-1.800 talentos anuales. Después de descargarlas, las mercancías se llevaban a los *deigmata*, los almacenes de exposición, donde la carga era depositada, seleccionada y expuesta. En los *deigmata* se exhibían también las mercancías atenienses o de otros lugares que iban a ser exportadas. Mientras permane-

cían en el almacén, las mercancías no estaban sometidas a tributación, pero, cuando salían a la venta, debían pagar el impuesto del 20%, la pentecosté o cincuentava parte. En el ágora o mercado era responsabilidad de los agoranomos, los magistrados del mercado, garantizar el orden y el control de precios, de pesos y medidas, la calidad de los productos y las indemnizaciones por daños y perjuicios.

Durante la Pentecontecia, el Pireo, secundado eficazmente por el vecino Falero, se convirtió en el principal puerto del Mediterráneo oriental. El Pireo era el centro económico y marítimo de Grecia, una ruidosa encrucijada y el centro propulsor y coordinador del tráfico. En el puerto comercial, llamado Cántaro (el Pireo poseía otros dos de carácter militar, Zea y Muniquia), confluía un mundo abigarrado y cosmopolita donde se mezclaban gentes de todo el Mediterráneo, de todos los idiomas, costumbres y creencias, griegos y bárbaros y de oficios muy variados, mercaderes, marinos, artesanos, asalariados, esclavos; en él se localizaban los astilleros, los arsenales, las aduanas, el ágora portuaria, las oficinas de los cambistas, los lupanares, las hosterías, las tabernas y las múltiples tiendas y los talleres.

Para solventar las necesidades del comercio se desarrollaron los préstamos marítimos, por los cuales los mercaderes tomaban prestado dinero de particulares para comprar mercancías. Dichos préstamos tenían un elevado interés, entre el 20 y el 30%, derivado evidentemente de los peligros de la navegación, como las tempestades y la piratería. Los riesgos eran elevados, pero las ganancias también y podían superar el 100%. En el caso de un naucIero que recibía dinero a préstamo, el acreedor tomaba también como garantía la nave.

Finalmente, en el comercio y los préstamos marítimos participaban gran número de metecos, pero la participación de los ciudadanos era mayor de lo que pensamos. Tomemos algunos ejemplos. El orador Andócides era naucIero (Lys. 6.19), los parientes del rico Eratón eran mercaderes (Lys. 17.5) y Diodoto tenía 7 talentos y 4 minas comprometidos en préstamos marítimos en el 410/409 (Lys. 32.5).

PARTE IV
EL PERÍODO DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

10.

Las causas de la guerra y su desarrollo hasta la paz de Nicias (431-421)

A principios del año 431 estalló una larga guerra entre Atenas y Esparta y sus aliados respectivos que denominamos guerra del Peloponeso y que conocemos con bastante detalle, al menos en lo que se refiere a los aspectos militares y diplomáticos, gracias al extenso relato que Tucídides hace de ella continuado, a partir de los sucesos de septiembre del 411, por Jenofonte.

La guerra del Peloponeso puede dividirse en tres amplias fases:

a) Entre el 431 y el 421, la guerra de Arquidamo, que recibe su nombre del monarca espartano que manda las expediciones peloponesias en los primeros años del conflicto.

b) Desde el 421 al 414, la época de la paz de Nicias, por el nombre del estratego ateniense que participa en las negociaciones. Una paz mal respetada y en la que tiene lugar la expedición ateniense a Sicilia, que termina en una catástrofe de imposible recuperación.

c) Desde el 413 al 404, la guerra de Decelía, llamada así por la fortaleza que ocupan de manera permanente los peloponesios en el Ática, o la guerra de Jonia, por la zona principal en que se desarrollan las operaciones militares y donde se decide a la postre la lucha. Este último período se caracteriza por los esfuerzos desesperados de Atenas para obtener la victoria, está a punto de lograrla, pero el desastre de Sicilia había sido irreparable. Por último, Esparta obtuvo la ayuda financiera persa y el triunfo final.

En un sentido estricto nos encontraríamos ante dos guerras separadas por un corto período de paz nominal. Pero este interludio estuvo lejos de ser

un período pacífico y se vio marcado por las intrigas, tensiones, actuaciones diplomáticas y por las operaciones militares en el Peloponeso y en Sicilia. Con toda justicia, Tucídides consideró estas tres fases como partes de un solo conflicto, el largo enfrentamiento entre Atenas y Esparta que habría de prolongarse durante más de veintisiete años hasta la primavera del 404. Esta gran guerra, merece plenamente este calificativo, supone un momento crucial, decisivo, de la historia griega. Podemos considerarla sin temor a equivocarnos como una guerra total, por su duración y el agotamiento de los contendientes, por las fuerzas comprometidas y los recursos movilizados, porque se extendió progresivamente a gran parte del mundo griego, porque afectó a toda población de los estados beligerantes, incluso a los no combatientes, y, sobre todo, por las dramáticas consecuencias políticas, económicas y demográficas que conllevó y, la crisis moral, de valores, que provocó.

10.1. Las causas de la guerra

Después de analizar con gran detalle las causas de la guerra, en un párrafo famoso y magistral, uno de los más importantes, sin duda, de la toda la historiografía antigua, Tucídides resume sus conclusiones:

> Creo que la causa (*prophasis*) más verdadera, pero menos aparente por lo que se dice, fue que los atenienses, al hacerse poderosos y producir miedo a los lacedemonios, los forzaron a luchar; mientras que las explicaciones (*aitiai*) que se daban públicamente eran las que cada bando ofrecía, pretendiendo que por ellas habían quebrantado el tratado y entrado en guerra (Th. 1.23; trad. de F. Rodríguez Adrados).

Como vemos, Tucídides distingue entre la causa profunda del conflicto (*prophasis*) y las causas inmediatas (*aitiai*). Para él la causa principal y verdadera del conflicto residió en el desarrollo del poder ateniense en su doble aspecto de extensión, no sólo en el Egeo, sino en el mar Jónico, que amenazaba con cercar al Peloponeso, y su cambio de naturaleza, la transformación de la Liga délica en una *arche* ateniense. Naturalmente, Esparta no podía alegar la *prophasis* de Tucídides para quebrantar el tratado de paz del 446/445 y por ello recurrió a otros pretextos (*aitiai*).

En último término la visión de Tucídides responde tanto al análisis de los hechos históricos cuanto que son fruto de una construcción moral. En la concepción de Tucídides, que enraíza con el pensamiento sofístico, la guerra era inevitable. Es característico de los Estados, porque está en la propia naturaleza humana, ambicionar cada vez más, de modo que el desarrollo del imperio ateniense en el futuro será creciente, más fuerte y sin límites. Como el imperio es detestado por sus súbditos, Atenas no tiene otra perspectiva que aumentar la

opresión o sucumbir ante una revuelta de sus aliados. Este constante crecimiento del poder ateniense forzosamente acabaría amenazando a Esparta.

Pero ¿hasta que punto esta construcción tan intelectualmente elaborada y tan atrayente es completamente exacta? ¿Puede ser matizada?

Fijemos nuestra atención en las causas inmediatas o desencadenantes de la guerra (*aitiai*), que son principalmente dos, los conflictos de Corcira y Potidea. Tucídides menciona también otras quejas de los peloponesios, como son los casos de Mégara y Egina. El análisis de estos acontecimientos particulares nos ayudará a extraer conclusiones generales.

En el 435 estalló una *stasis* entre los oligarcas y los demócratas en Epidamno, una colonia de Corcira. Los demócratas epidamnios triunfan y expulsan a los oligarcas. Sin embargo, los exiliados se aliaron con los bárbaros fronterizos y sometieron a pillaje el territorio de Epidamno. Agobiados por los daños que provocan estas incursiones, los demócratas recurren a Corcira, pero en la isla domina la oligarquía y los corcireos rehúsan intervenir; quizá desearan que los oligarcas se impusieran. Entonces los demócratas de Epidamno se dirigen a Corinto, que responde positivamente y envía colonos voluntarios, corintios, ampraciotas y leucadios, y una guarnición. Repentinamente, una disputa local se había tornado en un conflicto de envergadura entre Corcira y Corinto, detrás del que subyace el interés de ambas potencias por controlar los recursos de la costa epidamnia y la ruta hacia Sicilia.

Los corcireos no pueden admitir la influencia de Corinto en Epidamno. Después de la intervención corintia, Corcira reacciona, asedia Epidamno y derrota a una primera flota corintia (batalla de Leucimne en el 435, Th. 1.29.4-5). Corinto moviliza entonces a sus aliados del Istmo y Grecia central y comienza a construir una gran escuadra. Como Corcira se ve enfrentada a un poder naval muy superior y carece de aliados, acude a Atenas, a la que envía una misión diplomática. Los corintios despachan también una embajada.

Los discursos antitéticos de ambas embajadas ante la asamblea ateniense (Th. 1.32-43), en el 433, muestran la gravedad de la situación y el terrible dilema al que se enfrentan los atenienses. Por un lado, los corcireos dan la guerra entre Esparta y Atenas por segura en un futuro cercano. Si Atenas ayuda a Corcira, la flota corcirea se unirá a la ateniense en el conflicto próximo, de lo contrario, los atenienses corren el riesgo de que Corinto someta a Corcira y una la escuadra corcirea a la suya. Como Corcira no pertenece a ninguno de los dos bloques, una alianza entre Atenas y Corcira no supone ninguna violación de la paz de los Treinta Años. Por su parte, los corintios defienden su actuación, destacan su actitud en los casos de Egina y Samos, en los que se opusieron a la intervención de la Liga del Peloponeso y subrayan que un tratado con Corcira supondría la ruptura de la paz.

Una primera asamblea se inclina más bien por Corinto, pero no toma ninguna decisión. La segunda asamblea es favorable a Corcira. Pero, a pesar de

ello, Atenas firma un tratado defensivo, una *epimachia* (no una *symmachia* ofensiva y defensiva): se ayudaría a Corcira sólo cuando su territorio fuera atacado. Si, en el marco jurídico de la *epimachia*, los corintios invaden el territorio de Corcira y Atenas acude en su ayuda, un eventual combate entre corintios y atenienses no conllevaba una declaración de guerra por ninguna de las partes.

Del relato de Tucídides sobre el asunto de Corcira se pueden extraer varias conclusiones. En primer lugar, no todos los atenienses piensan que el conflicto es inevitable y no intentan provocarlo, parte del pueblo se muestra indeciso, desea evitar una guerra con Esparta y se resiste a votarla. Por eso mismo se suscribe una alianza defensiva. Por otro lado, Atenas estaba perfectamente legitimada para firmar una alianza con Corcira ya que la paz de los Treinta Años hacía esto posible con los Estados que no pertenecían a ninguna de las dos alianzas y no podía ser vista como *casus belli* por la Liga del Peloponeso. Los atenienses estaban pensando más bien en neutralizar la flota corcirea evitando que cayera en la órbita peloponesia, pero no deseaban entrar en guerra con Corinto.

Los atenienses enviaron una primera flotilla de diez naves, bajo el mando de Lacedemonio, el hijo de Cimón, seguida de otra de veinte con instrucciones precisas de no intervenir salvo en el caso de un desembarco corintio en Corcira o en los territorios que dependan de ella. En las islas Sibotas tuvo lugar un violento combate naval entre ciento veinte naves corcireas y ciento cincuenta peloponesias (agosto del 433). Los corintios y sus aliados vencieron, pero la armada ateniense intervino impidiendo a los corintios completar su victoria y los obligó a retirarse. Atenas no podía permitir el aplastamiento de Corcira, pero tampoco aprovechó la ocasión para destruir la escuadra corintia.

Inmediatamente después de estos hechos se produjo un nuevo enfrentamiento entre Corinto y Atenas por el asunto de Potidea. Potidea era una ciudad de la Calcídica, tributaria del imperio ateniense, pero, al mismo tiempo, como colonia de Corinto, mantenía lazos religiosos y culturales con su metrópoli. En el otoño del 433 los atenienses exigen a Potidea que expulse a los magistrados corintios (epidemiurgos) y no los vuelva recibir en el futuro, que entregue rehenes y derribe sus murallas por el lado de mar, lo que la dejaría inerme ante la flota ateniense. Posiblemente Atenas temía una revuelta de Potidea con el apoyo de Macedonia, Corinto y la Liga del Peloponeso, que podía arrastrar también a otras ciudades de la Calcídica, una región vital para Atenas.

Los potideatas rechazaron el ultimátum ateniense y enviaron una embajada a Atenas para tratar de evitar la intervención militar. Al mismo tiempo, remitieron una misión secreta a los espartanos. En Esparta, acompañados por los corintios, obtuvieron de los lacedemonios la promesa de invadir el Ática si los atenienses atacaban Potidea.

Potidea se sublevó en junio del 432 y arrastró a gran parte de los habitantes de la Calcídica, que abandonaron sus ciudades y se refugiaron en Olinto.

Los corintios despacharon dos mil hombres, quizá voluntarios corintios o mercenarios reclutados en el Peloponeso. Atenas remitió setenta naves y tres mil hoplitas, a los que se unieron numerosos contingentes aliados. El cuerpo expedicionario ateniense emprendió el asedio de la ciudad en septiembre del 432.

Potidea era miembro de la Liga de Delos y, de acuerdo con la paz de los Treinta Años, Atenas podía atacarla sin violar los tratados existentes, esos mismos pactos que obligaban a Esparta a abstenerse. La decisión espartana de invadir el Ática, instigada por los corintios, suponía una ruptura de la paz de los Treinta Años, sin causa jurídica fundada, y convertía a Esparta en la potencia agresora responsable de la quiebra del estado de paz. Es más, la actitud espartana y el envío de contingentes corintios, aunque no suponía una violación técnica del tratado de paz, podía ser vista por Atenas como una injerencia intolerable en un ámbito de su exclusiva competencia.

Otra de las causas que desencadenan el conflicto es la controversia de Atenas con Mégara (Th. 1.67.4, 139.1-2, 140.4, 144.2). Por iniciativa de Pericles y bajo la acusación de dar acogida a los esclavos fugitivos, los atenienses decretaron la confiscación de todas las mercancías megáreas que llegasen a Atenas y prohibieron el acceso de los megáreos a todos los puertos del imperio (Ar. *Ach.* 515-539). Después, los atenienses intentaron llegar a algún compromiso enviando un heraldo al que los megáreos dieron muerte. A causa del asesinato del heraldo, la asamblea ateniense vota un segundo decreto, propuesto por Carino, que condena a muerte a todo megáreo que penetre en el Ática y hace jurar a los estrategos atenienses que invadirán dos veces al año la Megáride (Plu. *Per.* 30.3). El decreto de Carino implicaba el estado de guerra entre Atenas y Mégara. Los decretos megáreos suponen medidas de extremo rigor que lesionan duramente el aprovisionamiento y la economía de Mégara. Quizá Pericles pensaba que, sometida a una presión brutal, Mégara cedería y se sometería a Atenas sin lucha. Sin embargo, Mégara es miembro de la Liga del Peloponeso y se arroja en brazos de los corintios, que, utilizando el asunto de Mégara, pueden escenificar ante los espartanos la amenaza que supone Atenas.

En el caso de Egina no hay constancia de que los atenienses atentaran contra su estatus, que, dentro de la Liga de Delos, estaba garantizado por la paz de los Treinta Años.

Ante la asamblea espartana, en julio del 432, corintios y atenienses expusieron sus puntos de vista. Los propios espartanos estaban divididos entre los partidarios y detractores de la guerra. Por un lado, el rey Arquidamo consideraba que era necesario esperar y prepararse mejor para poder negociar desde una posición de igualdad o para tener garantías de victoria; por otro, el éforo Estenelaidas abogaba por la declaración inmediata de guerra. Los partidarios de la guerra triunfaron y la asamblea espartana denunció a Atenas como violadora de los tratados vigentes.

Poco después, en la asamblea de la Liga del Peloponeso (agosto del 432), con el impulso decidido de los corintios, los aliados votaron la declaración de guerra contra Atenas.

Pero, tal y como había previsto Arquidamo, los peloponesios no estaban preparados para entrar inmediatamente en guerra y se consumieron varios meses en embajadas. Fue en gran medida una mera operación de propaganda por parte peloponesia, destinada a no aparecer como los causantes de la ruptura del tratado de paz. Los embajadores espartanos llegaron incluso a proponer a los atenienses la disolución de su imperio sin ninguna contrapartida, una propuesta imposible de aceptar.

De cuanto venimos diciendo podemos apuntar algunas conclusiones. El análisis de Tucídides es sólo parcialmente correcto y puede ser completado:

1. Entre los años 445 y 435 Atenas consolidó su poder en el interior de su imperio, un ámbito reconocido por la paz de los Treinta Años. En este sentido cabe hablar de un crecimiento del poder imperial de Atenas. Pero los atenienses no extendieron su imperio fuera de la Liga de Delos, mucho menos a expensas de la Liga del Peloponeso, ni pretendieron asumir la hegemonía en toda Grecia. La alianza defensiva con Corcira no puede ser aducida como una pretensión ateniense de extender su dominio al Peloponeso. Sólo en el caso de Mégara se puede pensar en una amenaza cierta de Atenas. Pero Atenas no pretende incluir a los megáreos en la Liga de Delos y la neutralización de Mégara pudo obedecer más a una intención defensiva (cerrar a los peloponesios el acceso al Ática) que a la intención de extender su imperio. El crecimiento del poder de Atenas responde en parte a la realidad de los hechos, pero también fue una creación de los aliados de Esparta para forzar a los lacedemonios a actuar.
2. Una de las causas de la guerra no fue *exactamente* el temor que el imperialismo ateniense provocó en los espartanos, sino la amenaza que supuso para los aliados de Esparta. Ni el orden interno ni el poder militar de Esparta se vieron afectados por el imperialismo ateniense. Sólo cuando sus aliados se sienten preocupados por la extensión del poder ateniense y los corintios amenazan incluso con crear un frente antiespartano en el Peloponeso, vertebrado en torno a Argos (Escolio Th. 1.71.4), Esparta se vio forzada a actuar. El imperialismo ateniense llevaba camino de disgregar la Liga del Peloponeso y de comprometer la hegemonía espartana; ésta sería la verdadera amenaza para Esparta, pero no parece que Atenas persiguiera directamente este fin.
3. Una parte alícuota del estallido de la guerra recae sobre los corintios. Enemistados con Atenas desde la primera guerra del Peloponeso, se sienten amenazados por la presencia de Atenas en el golfo de Corinto y en el Istmo. Como ciudad de consumidores, a los corintios les preocupaba espe-

cialmente que Atenas fuera capaz de cortar el aprovisionamiento de grano que llegaba de Sicilia y la Magna Grecia, del que dependían, y provocar hambruna y tensiones en el interior de la ciudad. Son precisamente los corintios los que empujan a Esparta a la guerra. En el caso de Corinto fue tan importante la extensión del imperialismo ateniense como su odio y el deseo de tomarse la revancha contra Atenas.

4. Otra de las potencias sobre la que pesa también la responsabilidad última del conflicto es Tebas, la potencia hegemónica de la Confederación beocia. Beocia compartía una larga frontera con Atenas y lógicamente veía con temor el fortalecimiento del poder ateniense que muy bien podía extenderse a Beocia. Del mismo modo, la influencia ateniense podía promover la democracia en una región oligárquica. Pero parece que el deseo tebano de entrar en guerra poco tiene que ver con el imperialismo ateniense. Tebas deseaba someter Platea, ciudad aliada de los atenienses y el único Estado beocio que permanecía fuera de la Confederación. Ello no se podía conseguir a no ser que arrastraran a la Liga del Peloponeso a una guerra contra Atenas.
5. La guerra no era inevitable, al menos no en el 433 ni el 431, ni todos los atenienses y espartanos estaban convencidos de ello ni apoyaban unánimemente la guerra. Una parte del pueblo ateniense se resistía a la guerra. Desde un punto de vista jurídico, Atenas no violó ningún artículo del tratado de paz; con Corcira firmó un tratado defensivo, perfectamente posible según los acuerdos del 445 y Potidea era asunto exclusivo de su competencia. Sólo en el decreto de Mégara podemos ver una provocación decidida. Quizá cabe pensar en una evolución en la opinión ateniense entre los asuntos de Corcira (435) y Mégara (432). Como mostraba el caso de Potidea, los atenienses pudieron creer que la Liga del Peloponeso amenazaba su imperio y no ellos a los lacedemonios.

En definitiva, la causa del estallido de la guerra del Peloponeso fue doble: por un lado, la extensión del poder ateniense, que fue quizá menor para los intereses peloponesios de lo que ellos mismos pensaban y, por otro, la política de algunos aliados de los espartanos, como Corinto y Tebas, que deseaban el enfrentamiento, amplificaron el peligro ateniense y empujaron a Esparta a entrar en guerra.

10.2. Fuerzas y estrategias de los contendientes

Desde el punto de vista militar, los atenienses eran claramente inferiores en tierra. El ejército hoplítico ateniense se dividía en dos partes, el ejército de campaña, trece mil hombres en total, que comprendía los ciudadanos entre

20 y 49 años, y un ejército de guarnición que incluía dieciséis mil hoplitas dividido en unos trece mil metecos y los atenienses de 18 y 19 años (los más jóvenes) y entre 50 y 59 (los más viejos). A pesar de la dificultad de su transporte, Atenas podía movilizar también algunos hoplitas de los pocos aliados que debían contribuir con soldados. Pero era poco para oponerse a los sesenta mil hoplitas con los que, según Plutarco (*Per.* 33.5), los lacedemonios y sus aliados son capaces de invadir el Ática en el 431 y que suponen tan sólo los dos tercios de sus efectivos totales. El ejército de la Liga del Peloponeso unía a su número la calidad, especialmente la de los hoplitas lacedemonios.

La caballería ateniense se componía de unos mil doscientos jinetes y algunos centenares de arqueros a caballo. En número y destreza, los jinetes atenienses eran inferiores no sólo al conjunto de toda la caballería enemiga, sino que se veían superados por un único Estado: Beocia, capaz de movilizar un contingente igual y de mucha mayor calidad.

Débil en tierra, por el contrario, Atenas era muy superior en el mar. Su flota de guerra alcanzaba los trescientos trirremes, a los que se podían unir unas ciento cincuenta o doscientas naves de los miembros asociados, como Quíos y las ciudades de la isla de Lesbos y los ciento veinte buques de Corcira. Además de su número, el entrenamiento y el prestigio de los marinos atenienses atemorizaba a sus adversarios, que se enfrentaban a ellos en condiciones de inferioridad psicológica y técnica. Frente a tamaño poder, poco pueden oponer los trirremes corintios y unos pocos de los demás aliados peloponesios.

La superioridad de Atenas era aún mayor en recursos financieros. A los tributos anuales y demás ingresos, que ascendían a 1.000 talentos (X. *An.* 7.1.27), hay que sumar un fondo de reserva de 6.000 talentos y la estatua crisoelefantina de Atenea y las ofrendas, que suponían un montante total de 900 talentos.

En este juego de debilidades y superioridades, Pericles y los atenienses se decidieron por una guerra larga y de desgaste, defensiva en tierra y ofensiva en la mar. Su amplia superioridad en recursos financieros les permite prolongar el conflicto frente a la dificultad financiera de Esparta y de la Liga del Peloponeso. Los atenienses debían rehuir el combate terrestre, en el que serán rápidamente derrotados y perderían el imperio. En consecuencia, el Ática, que iba a ser objeto de invasión anual peloponesia con la intención de provocar a los atenienses a una batalla campal terrestre, debía ser abandonada y los atenienses habrían de refugiarse tras los muros de su ciudad, donde estaban a salvo. En palabras de Pericles:

> Es preciso que os hagáis ahora una idea semejante a dicha situación, y abandonando la campiña y las casas, defendáis el mar y la ciudad; y, además, que no os confiéis, indignados por la suerte de las primeras, a una batalla decisiva contra los lacedemonios, superiores en número, porque si vencemos tendremos que luchar otra vez con un número no inferior de ellos, y si somos derrotados, perderemos encima nuestros aliados, que son nuestra fuerza, pues

no dejarán de organizar expediciones contra ellos, si no somos capaces de defenderlos, ni lloréis por las casas ni la campiña, sino por los hombres; pues estas cosas no nos procuran hombres, sino que son los hombres quienes nos las procuran (Th. 1.143; trad. de F. Rodríguez Adrados).

Atenas quedaba así convertida en una especie de isla que debía fiar a la flota su abastecimiento. Fue necesaria toda la influencia de Pericles para lograr que los atenienses abandonaran el campo y se refugiaran en Atenas. Éste era el punto débil principal de la estrategia de Pericles: sacrificaba los intereses de los propietarios.

Los atenienses debían confiar la solución del conflicto a la ofensiva de la escuadra. La flota atacaría las costas peloponesias para contrarrestar las invasiones del Ática y forzaría, a la larga, el agotamiento y la derrota de sus adversarios. Esta estrategia marítima preservaba también el poder naval y la potencia demográfica ateniense. Finalmente, según Pericles, mientras durara la guerra, los atenienses debían abstenerse de extender el imperio y envolverse en aventuras peligrosas; no debían adquirir nuevos territorios salvo en circunstancias muy favorables y tenían que limitarse a controlar con firmeza a los aliados (Th. 1.143.3-144.1, 2.65.7).

Por su parte, los espartanos son conscientes de su inferioridad naval y de su debilidad financiera. Tratarán de hacer valer su superioridad en la guerra terrestre. Por todo ello, buscarán una victoria rápida en una batalla campal. Los peloponesios pensaban invadir el Ática todos los años no tanto para saquear el territorio ateniense cuanto para forzarles a salir de la ciudad y a combatir en tierra. Nada quedó, en la primera parte de la guerra, de la intención espartana de atacar el imperio ateniense en el Egeo y ningún fruto se sacó de los intentos de buscar la colaboración persa.

Finalmente, Esparta se presentó también como el paladín de la libertad griega, tratando de transformar la guerra contra Atenas en una guerra de liberación no sólo con la intención de conceder la independencia a los aliados sometidos al imperio ateniense, sino de librar a todos los griegos de un poder que amenazaba con esclavizarlos. Esta propaganda granjeó a Esparta el apoyo de buena parte de la opinión pública griega. Con todo, la estrategia espartana pecaba de tradicionalismo y de estrechez de miras frente a los desafíos que planteaban los atenienses y estaba, por ello, destinada al fracaso.

10.3. La guerra de Arquidamo (431-421)

10.3.1. Frentes y operaciones militares (431-426)

No es nuestra intención aquí llevar a cabo una exposición pormenorizada y cronológica del desarrollo de la primera parte de la guerra del Peloponeso, sino

que dividiremos los primeros años de la guerra según los diferentes teatros de operaciones y nos centraremos básicamente en exponer los objetivos estratégicos de los contendientes en cada frente y los resultados obtenidos en relación con los presupuestos iniciales. Resultará un poco artificial, pero intentamos, así, resumir y rendir cuenta de una manera más clara y simplificada del curso de los acontecimientos.

A) El Ática y las regiones vecinas

Las operaciones militares comenzaron a principios de abril del 431 con el fracasado intento por parte de los tebanos de ocupar Platea. A mediados de junio, los peloponesios invadieron el Ática. De este modo, los espartanos y sus aliados quedaron como los agresores.

Las invasiones peloponesias del Ática tuvieron efectos económicos, psicológicos y políticos sobre los atenienses. Los lacedemonios y sus aliados trataron de destruir las cosechas y arrasaron los cultivos arbustivos, olivares, higueras y viñedos, y las casas de la campiña. Estas destrucciones causaron el empobrecimiento de muchos propietarios. El pillaje del Ática constituyó también un golpe moral y político: la insoportable vista de un ejército enemigo en el territorio propio se ve violentamente agudizada por el hecho de que los atenienses deben contentarse con observar impotentes cómo devastan sus campos sin la menor oposición.

Sin embargo, conviene no exagerar los efectos del saqueo del Ática. En primer lugar, las invasiones no tienen lugar en todos los años y, cuando éstas se producen, lo hacen durante un breve tiempo. En el 431, Arquidamo avanzó lentamente y gran parte de la campiña ática se libró de las destrucciones. En el 430 tiene lugar la invasión más larga, que se prolonga sólo durante cuarenta días. En el 429 no hay invasión por temor a la peste que asola Atenas. Dos invasiones se producen en los años 428 y 427. En el 426, cuando se preparaba una nueva campaña en el Ática, el Peloponeso sufre un terremoto. Tomado como mal presagio, se suspende la campaña. En el 425 las fuerzas peloponesias no están en el Ática más que unos pocos días; acosados por la falta de víveres y el frío, son llamados al Peloponeso ante la ocupación ateniense de Pilo. Después del 425 no se produce ninguna invasión ante la amenaza ateniense de ejecutar a los lacedemonios apresados en Pilo. En total sólo hubo cinco invasiones en diez años, concentradas en los primeros años y con una duración de diez a cuarenta días.

Por otro lado, no era posible ni la destrucción sistemática ni en un amplio radio porque los peloponesios carecían de medios suficientes (era necesario arrancar los árboles de raíz). Buena parte del Ática se vio libre de las destrucciones y pudo mantenerse en cultivo, especialmente las áreas próximas a

la ciudad y el Sureste (para alcanzar esta zona los peloponesios debían pasar por delante de los muros de Atenas) y en pocos lugares se debieron repetir las destrucciones en años sucesivos. En el 412, los atenienses fortificaron Sunio, Ramnunte y Tórico como respuesta a la ocupación lacedemonia de Decelía, lo que nos puede indicar que, antes de esta fecha, el Ática meridional y el distrito minero del Laurio no estuvieron directamente amenazados.

Las invasiones produjeron, ciertamente, desmoralización, pero también el efecto contrario: el deseo de venganza y de proseguir la lucha con determinación. Así, un campesino clama en una comedia de Aristófanes:

> Contra los espartanos mis campos devastados me obligan a combatir cada día más encarnizadamente, no cesaré de perseguirlos hasta clavarme en su costado acerado como un junco, ni dejaré de hostigarlos para que nunca vuelvan a talar mis viñas (Ar. *Ach.* 225-233).

En definitiva, las invasiones peloponesias del Ática, por su discontinuidad y escasa duración, no causaron los daños que se pretendían. La estrategia peloponesia fracasó en su objetivo mayor, ya que los atenienses no se arriesgaron a una batalla terrestre decisiva.

La peor catástrofe para Atenas en la primera parte de la guerra llegó de forma imprevista y por un enemigo que no era el ejército peloponesio. En el otoño del 430 arribó al Pireo un barco procedente de Egipto que traía la peste a bordo, posiblemente una especie de tifus o viruela o bien una variente del virus Ébola. La peste hizo presa en una ciudad donde la gente se encontraba hacinada tras la retirada del campo y donde la higiene (nunca buena en una ciudad antigua) había empeorado considerablemente. Muy severa durante los años 430 y 429, remite luego para rebrotar en el invierno del 427/426 y prolongarse aún durante un año. Las pérdidas humanas provocadas por la peste fueron catastróficas. Atenas perdió cuatro mil cuatrocientos hoplitas de unos trece mil y trescientos de unos mil jinetes, un tercio de los efectivos, un desastre mayor de cuantos hubiera sufrido otro gran Estado griego en guerra. La peste fue aún más virulenta en otros sectores de la población ateniense, especialmente los esclavos, peor alimentados, y los niños. Con poco riesgo de equivocarnos, Atenas pudo perder entre un tercio y la cuarta parte de su población. La peste provocó, además, una subversión de valores y una desesperación que Tucídides pinta con tintes sombríos:

> Además, la epidemia fue para la ciudad el comienzo de un mayor desprecio por las leyes. Pues la gente se atrevía más fácilmente a lo que antes encubría cuando lo hacía para satisfacer su gusto, ya que veían que era repentina la mudanza de fortuna entre los ricos que morían de repente y los pobres que nada poseían antes y al punto eran dueños de los bienes de aquéllos. De esta forma querían lograr el disfrute de las cosas con rapi-

dez y con el máximo placer, pues consideraban efímeras tanto las riquezas como la vida. [...] Ningún respeto a los dioses ni ley humana los retenía, pues por un lado consideraban indiferente el ser o no ser piadosos, ya que veían que todos sin distinción perecían, y por otro, ninguno esperaba sufrir el castigo de sus crímenes viviendo hasta que se hiciese justicia, sino que creían que un castigo mucho mayor, ya votado, estaba suspendido sobre sus cabezas, y que antes de su ejecución era natural que gozaran un poco de la vida (Th. 2.53; trad. de F. Rodríguez Adrados).

Indignados por las invasiones del Ática y angustiados por la peste, los atenienses se revolvieron contra Pericles, que fue destituido, juzgado y multado. Sin embargo, poco después el pueblo se arrepintió y lo volvió a elegir como estratego. Pericles murió, víctima de la peste, en septiembre del 429 a los 65 años de edad. Su muerte supuso nuevos riesgos para ciudad: la pérdida de una política coherente y de la estrategia de prudencia en las operaciones militares; además, la falta de una figura política de su tamaño, respetada por la mayoría, hizo renacer la tensión entre facciones y líderes, entre los partidarios de una política de guerra más activa y ofensiva y los defensores de la línea de sensatez imperante hasta ahora.



Figura 10.1. La primera parte de la guerra del Peloponeso (431-421).

La estrategia defensiva de Pericles conllevaba también la imposibilidad de socorrer a Platea, el único aliado continental de Atenas. Durante dos años los peloponesios y los beocios asediaron Platea y, a pesar de todo el ingenio de los defensores, plateos y atenienses, incluso unos doscientos consiguen evadirse del cerco y alcanzar Atenas, la ciudad capitula finalmente en el 427. Tras un simulacro de juicio, para contentar a los tebanos, cuya contribución en la guerra resultaba indispensable, los peloponesios ejecutaron a todos los defensores, unos doscientos plateos y veinticinco atenienses, y redujeron a la esclavitud a las mujeres. Nada obstaculizaba ya la comunicación terrestre entre los peloponesios y sus aliados de Grecia central.

A pesar de todos los inconvenientes, en este frente los atenienses trataron de contraatacar. Invaden dos veces al año la Megáride y en el 424 el estratego Nicias conquistó Nisea, el puerto de Mégara en el golfo Sarónico. En el 431, por temor a las simpatías proespartanas de los eginetas, los expulsaron de su isla, que fue dada a clerucos atenienses. Igualmente, llevaron a cabo incursiones navales en Grecia central. En este mismo año (431), los atenienses saquearon la costa locra y ocuparon Tronio (D. S. 12.44.1). En el 426, desembarcaron en Tanagra, derrotaron a los tanagreos (D. S, 12.65.1) y luego realizaron una incursión contra la Lócride.

B) El Peloponeso y el golfo de Corinto

En este teatro de operaciones los atenienses se planteaban varios objetivos. En primer lugar, la flota atacaría las costas peloponesias de manera que ninguna ciudad se viera libre de la amenaza naval. Por otro lado, tratarían de interrumpir el comercio del Peloponeso con Sicilia y la Magna Grecia (Th. 4.25), especialmente el abastecimiento de grano (Th. 3.87), que tenía lugar a través de la ruta naval que atravesaba el golfo de Corinto, una relación que podía compensar las carencias del Peloponeso y, en parte, las destrucciones atenienses. La interrupción de las comunicaciones navales con el Oeste afectaba especialmente a Corinto: en gran medida la intervención ateniense en el golfo estaba destinada a quebrar la resistencia de los corintios. Corinto era deficitaria en grano y gran parte de sus suministros procedían de Sicilia y la Magna Grecia. Con este objetivo principal Corinto había desarrollado todo un sistema que tenía como finalidad asegurar la ruta naval hacia Italia en el golfo con la creación de una importante flota y el establecimiento de colonias en el golfo como Ástaco, Solio, Léucade y Anactorio. Al mismo tiempo había entablado relaciones amistosas con las tribus epirotas de la zona, los tesprotios y caonios. En el golfo de Corinto, los atenienses contaban con la alianza de Corcira y el vital puerto de Naupacto, poblado por los mesenios, donde pronto se estaciona de manera permanente una flotilla ateniense. Además de

Naupacto, la ocupación de otros puntos en torno al Peloponeso o en la misma península reforzarían esta estrategia de coerción económica. Como fin último, los atenienses esperaban doblegar la resistencia de los peloponesios y forzarlos a pedir la paz.

En julio del 431 los atenienses llevaron a cabo una primera expedición naval contra el Peloponeso con cien naves propias y cincuenta corcireas. Los atenienses y sus aliados saquearon las costas de la Élide y ocuparon Cefalenia, lo que les permitió controlar la salida del golfo de Corinto. Una segunda expedición (430), bajo el mando de Pericles, reunió cien naves atenienses y un número desconocido de barcos quiotas y lesbios. Pericles sometió a pillaje la parte oriental de la Argólide, donde se encontraban las ciudades de Trecén, Hermíone, Halieis y Epidauro, y devastó la costa laconia. Después, los atenienses tomaron Solio y Anactorio.

En el 429, aprovechando al debilidad ateniense producida por la peste, los peloponesios intentaron pasar a la ofensiva naval en el Istmo y trataron de atacar el Pireo. Ambas operaciones fracasaron. Concretamente en el golfo, el destacamento ateniense de Naupacto, que contaba con veinte naves al mando de Formión, inflige dos severas derrotas a los peloponesios, que habían llegado a alinear casi cincuenta barcos. Las victorias en el golfo refuerzan la reputación de invencibilidad naval ateniense y desmoralizan a sus enemigos. Los atenienses recuperaron entonces la iniciativa y llevaron a cabo nuevas incursiones navales contra el Peloponeso en los años 428 (con cien naves) y 426 (con treinta barcos).

En el 427, una violenta *stasis* estalló en Corcira, donde los atenienses apoyaban a los demócratas y los espartanos a los oligarcas. Como resultado de esta cruel guerra civil Corcira quedó paralizada y sirvió de poca ayuda para Atenas.

Luego de sus victorias navales, los atenienses emprenden, en el 426, varias campañas terrestres en el Noroeste. La primera de ellas, contra Etolia, acabó en desastre. Sin embargo, en una segunda expedición, esta vez en Acarnania, el estratego Demóstenes triunfó sobre los peloponesios y sus aliados ampraciotas.

Como es fácil observar, este teatro de operaciones es ampliamente favorable a las armas atenienses. Atenas no ha logrado todavía forzar a sus enemigos a firmar la paz, pero no se halla lejos de ello en un Peloponeso donde las incursiones se multiplican, sin que pueda hacerse nada por impedirlo, y se extiende una verdadera psicosis de terror y desmoralización. En el golfo de Corinto la presencia ateniense se ha reforzado considerablemente y Atenas ha logrado interrumpir el tráfico peloponesio y corintio con Sicilia y la Magna Grecia.

C) El Egeo

En esta zona Atenas trató de mantener el férreo control que ejercía sobre sus aliados, sin desdeñar la extensión de su imperio, aunque fuera de mane-

ra limitada, mientras que los peloponesios intentaban provocar defecciones en la Liga délica y pretendían destacar una flota que amenazara el dominio ateniense en este punto tan sensible.

Después de más de dos años de sitio, Potidea se rindió finalmente en el invierno del 430/429 y los atenienses instalaron en ella colonos (Th. 2.79). A pesar de la caída de Potidea, la inquietud continuó en la Calcídica y ello obliga a Atenas a sostener guarniciones en el área. En el 430 tuvo lugar la defección de Colofón. En este año estalló una *stasis* en la ciudad y los oligarcas, con la ayuda de tropas enviadas por el sátrapa Pisutnes (en una infracción flagrante de la paz de Calias), expulsaron a los demócratas y separaron Colofón de la Liga de Delos. Atenas, debilitada por la peste y comprometida en Potidea, no pudo reaccionar con rapidez. En el 428 se sublevó Mitilene, en la isla de Lesbos. Los mitilenios llevaban tiempo preparando la deserción, que incluía también el sometimiento de toda la isla a su hegemonía (Lesbos estaba repartida en cinco *poleis*: Metimna, Antisa, Ereso, Pirra y la propia Mitilene). La otra gran ciudad de la isla, Metimna, quizá también por temor a las intenciones de Mitilene, permaneció fiel a Atenas y denunció los preparativos de Mitilene. Los mitilenios se rebelaron y, con ayuda de los beocios, obtuvieron de los lacedemonios el envío de una flota peloponesia de apoyo, la promesa de una invasión del Ática y la admisión de la ciudad en la Liga del Peloponeso. Ante la rebelión de Mitilene, los atenienses despacharon una escuadra compuesta por cuarenta naves. Al mismo tiempo, una flota peloponesia de socorro al mando de Alcidas penetró en el Egeo, pero el comandante espartano navegaba con temor y suma lentitud. Los oligarcas mitilenios que se encontraban en el poder, apurados por el asedio ateniense, decidieron repartir armamento hoplítico al pueblo. Éste exigió entonces un mejor reparto de los víveres y se mostró poco dispuesto a enfrentarse con los atenienses en defensa de la oligarquía. Ante el temor de que, aprovechando la confusión, los atenienses tomaran la ciudad al asalto, los mitilenios capitularon una semana antes de que llegara la flota peloponesia. Enterado de la rendición de Mitilene, Alcidas regresó rápidamente rehuyendo todo encuentro con los atenienses.

El sitio de Mitilene había sido costoso y difícil y los atenienses habían sentido el temor de que una intervención peloponesia en el Egeo destruyera el imperio. En una primera asamblea, a instigación de Cleón, un líder radical, los atenienses votaron dar muerte a todos los mitilenios adultos y esclavizar a niños y mujeres. En una segunda asamblea reunida al día siguiente, los términos fueron más benévolos: se ejecutará sólo a los causantes de la revuelta, unos mil, los mitilenios deberán derribar sus murallas y entregar la flota; en lugar de imponer un tributo, todo el territorio de la isla de Lesbos, salvo Metimna, será dividido en tres mil lotes, las rentas de trescientos de ellos serán consagradas a los dioses, en los dos mil setecientos restantes los cul-

tivadores lesbios se comprometerán a entregar una renta de 200 dracmas a dos mil setecientos clerucos atenienses.

Libres de la amenaza de Mitilene, en el 427, los atenienses ocuparon Notio, el puerto de Colofón, y posiblemente esta misma ciudad cayó poco después. En el 426, los atenienses enviaron una primera expedición contra Melos, una isla que no era miembro de la Liga y, aunque neutral, simpatizaba con los lacedemonios. En definitiva, a costa de muchos gastos, el imperio ateniense en el Egeo se mantenía intacto.

D) Sicilia y la Magna Grecia

Durante la Pentecontecia Atenas había subscrito varias alianzas con algunas ciudades de Sicilia y la Magna Grecia. Durante la guerra arquidámica, Atenas no tuvo la intención de extender su imperio en el Occidente griego, sino que las razones principales de su intervención se centraban en cortar el comercio entre Sicilia y el Peloponeso y en evitar que Siracusa enviara refuerzos a los lacedemonios y a sus aliados.

En el 428 los atenienses despacharon una primera expedición a Sicilia con la intención de apoyar a Leontinos en la guerra que mantenía con Siracusa. Al año siguiente apoyaron a las ciudades calcídicas (jonias) frente a Siracusa y poco después enviaron también embajadas a Camarina y Gela. Hasta el 424 la estrategia ateniense en esta zona tiene un éxito notable y logra inmovilizar a Siracusa manteniéndola ocupada en los conflictos siciliotas.

En conclusión, a comienzos de la estación para la campaña del 425, los primeros años de guerra habían resultado favorables a las armas atenienses, la devastación del Ática no había tenido los efectos apetecidos, el imperio marítimo se mantenía incólume, el Peloponeso estaba siendo duramente hostigado y los atenienses habían triunfado en el golfo de Corinto. Las esperanzas peloponesias de una victoria rápida se habían desvanecido y cundía la desmoralización entre ellos, conscientes de que, vencidos en mar y tierra, se aproximaban a la derrota. Es muy probable, incluso, que a principios de este año los peloponesios quisieran negociar una paz (Ar. *Ach.* 652-654), posiblemente sólo a condición de que Egina fuera devuelta a sus habitantes, que fue rechazada por los atenienses, aconsejados por Cleón.

10.3.2. Dos años decisivos: 425 y 424

Después de las victorias atenienses en los años anteriores, el triunfo de Atenas en Pilo y la intervención espartana en la Calcídica abren un período decisivo que cambia el curso de la guerra y convence a las dos potencias de la necesidad de firmar la paz.

En el 425, los atenienses enviaron un segundo cuerpo expedicionario a Sicilia al mando de Demóstenes. Sin embargo, empujada por una tempestad, la flota se vio obligada a refugiarse en la bahía de Piló en la costa occidental de Mesenia. Demóstenes construyó un fuerte a toda prisa, en una lengua de tierra en el lado norte de la bahía, y dejó una guarnición y cinco trirremes reforzados por dos procedentes de Naupacto. La ocupación ateniense de Pilo significaba un cambio decisivo en la guerra. La presencia ateniense aquí alentaba la revuelta de los hilotas mesenios y amenazaba, por tanto, las bases mismas del sistema espartano. De hecho, muchos hilotas corrieron a refugiarse en Pilo y en toda Mesenia prendió la inquietud. La noticia de la ocupación de Pilo conmocionó a Esparta, que hizo regresar al ejército que había invadido el Ática y envió un fuerte contingente y una flota contra Pilo. Los lacedemonios no lograron tomar el bastión ateniense y desembarcan cuatrocientos veinte hoplitas en Esfactería, una isla que cerraba la bahía de Pilo, bloqueando así a la guarnición ateniense. Atenas despachó entonces el grueso de su flota, lo que obligó a retirarse a la escuadra peloponesia. De sitiador, el contingente espartano desembarcado en Esfactería se convierte en sitiado.

La situación era extraordinariamente grave para Esparta. Los hoplitas de Esfactería eran irreparables en su número e importancia, la mayoría eran espartiatas y pertenecientes a familias muy distinguidas y toda Mesenia estaba amenazada de una revuelta. Los espartanos tratan de negociar la paz sobre el statu quo *ante bellum*, pero Cleón exige Mégara, Trecén y la Acaya (Filocoro *FGH* 328 F 128). En medio de una extrema tensión, es necesario que la asamblea ateniense vote tres veces para apoyar la propuesta de Cleón. Semejantes exigencias rompen las negociaciones.

Como, el sitio de Esfactería se alargaba, Cleón, después de hacer fracasar las negociaciones, se volvió contra los estrategos atenienses encargados de conducir el asedio, especialmente contra Nicias. El mismo Nicias propuso a Cleón, que no ha sido nunca estratego ni tenía competencias militares, que asumiera el mando: confiaba en que un fracaso acallara sus críticas. Tras algunas vacilaciones y en medio de una asamblea encrespada, Cleón se vio obligado a aceptar. En Pilo, contra todo pronóstico, con una combinación de fortuna y de la habilidad militar de Demóstenes, los atenienses triunfaron y Cleón pudo llevar a Atenas doscientos noventa y dos prisioneros de los que ciento noventa y dos eran espartiatas. La victoria ateniense consolidó la posición de Pilo, desde la que se promueve la revuelta social de los hilotas y el problema de la oligantropía espartana; la falta de espartiatas, aparece ahora con toda claridad. Tiene también graves consecuencias sobre la moral espartana y su prestigio entre los aliados, pues cae hecha pedazos la imagen de una muerte en combate antes de rendirse, que, como vimos anteriormente, era una de las máximas del comportamiento espartano ante la guerra.

Tras la victoria en Pilo, Cleón amenazó con ejecutar a los prisioneros si los peloponesios invadían el Ática y forzó a Esparta a renunciar a las invasio-

nes anuales del territorio ateniense. Atenas despliega en estos años una actividad prodigiosa. Ante el temor a una deserción, a principios del 424, los atenienses obligaron a Quíos, el último miembro asociado de la Liga, a derribar sus murallas. En este mismo año saquearon las costas laconias y tomaron Citera, la isla que domina toda la costa sur de Laconia, desde la que lanzan repetidas incursiones contra el territorio espartano. El Peloponeso queda definitivamente bloqueado, el territorio espartano sometido a pillaje regular mientras el Ática permanece intacta y se impide también que de Siracusa y las ciudades dorias de Sicilia puedan llegar grano y soldados. Poco después, en el 423, una embajada ateniense consigue renovar el tratado de paz y amistad con el nuevo rey persa Darío II, que, en medio de una reciente crisis sucesoria provocada por la muerte de Artajerjes I en 425/424, reconocía su incapacidad para aprovechar la guerra entre Atenas y Esparta (And. 3.29; Meiggs, Lewis n.° 70).

Aunque la posición de Atenas era ventajosa, Cleón rechaza todo intento espartano de negociar la paz. Sus planteamientos son ya desorbitados y están, por ello mismo, abocados al fracaso. Y es que, a pesar de la toma de Citera, el año 424 es nefasto para Atenas. En Sicilia, los griegos de la isla se reúnen en Gela e, instigados por el siracusano Hermócrates, deciden firmar la paz entre ellos, sobre la base del rechazo a toda intervención exterior, de manera que Sicilia quede como un área exclusiva de los siciliotas. Los atenienses se ven obligados a retirarse. En Mégara, los atenienses fracasan en su intento de ocupar la ciudad. Atenas planea también una gran operación contra el mayor peligro que los amenazaba entonces: la Confederación beocia. Posiblemente los ataques contra Beocia habían comenzado ya en el 426/425 y ello había forzado a gran parte de la población tebana a refugiarse tras los muros de sus ciudad (Moggi, 1976: 199). En el 424 Atenas diseñó un doble ataque contra Beocia, un desembarco en la costa beocia del golfo de Corinto y una invasión terrestre en Tanagra. Con la ayuda de los demócratas beocios, los atenienses pensaban ocupar varias ciudades de Beocia, fomentar la *stasis*, instaurar democracias, romper la Confederación beocia y debilitar a Tebas. Pero la conspiración democrática beocia y la estrategia ateniense son delatadas, los oligarcas aplastan la revuelta y el ejército beocio derrota de manera contundente a los atenienses en Delión, donde Atenas pierde mil hoplitas. La intervención obtiene así un resultado totalmente contrario al esperado y refuerza el poder de Tebas, que somete aún más férreamente Beocia a su hegemonía.

Con todo, el principal revés para Atenas se produce dentro de su propio imperio, en Tracia y la Calcídica. Quizá preocupado por el creciente poder de Atenas, Perdicas, el rey de Macedonia, cambia de bando y solicita la ayuda espartana. Esparta envía a Brásidas con mil peloponesios y setecientos hilotas liberados. Brásidas había sido éforo en 431/430, se había distinguido

en la defensa de Mégara y había caído herido en los combates en torno a Pilo. Brásidas es el mejor comandante militar espartano de toda la guerra arquidámica. Completamente diferente a la estrategia espartana tradicional, es imaginativo, rápido y, sobre todo, un buen estratega que comprende el valor que la Calcídica posee para Atenas. Muy hábil con la palabra, utiliza con igual facilidad y maestría una seductora propaganda de liberación, la amenaza y la fuerza de las armas. Moviéndose con suma rapidez, ocupó Acanto, Estagira, Anfípolis, donde los colonos atenienses constituían una minoría, y Torone y promovió la rebelión de gran parte de la Calcídica.

Las acciones de Brásidas en el Norte suponen un golpe semejante al que Atenas había asestado a Esparta en Esfactería y Pilo. El tributo se ve mermado con la pérdida de las ricas ciudades de la Calcídica, y los envíos de madera, indispensables para continuar la lucha, se interrumpen. La integridad del imperio se ve cuestionada y pueden aumentar las defecciones. Ante la imposibilidad de obtener una victoria clara, los atenienses se muestran ahora más receptivos a la paz.

Por su parte, Esparta hacía tiempo que deseaba llegar a un acuerdo. Derrotada en varios frentes, cercada en el Peloponeso, hostigada desde Pilo y Citera, debe hacer frente ahora a un problema más acuciante. En efecto, la paz de treinta años firmada con Argos estaba punto de expirar y los espartanos desconfiaban de las verdaderas intenciones de los argivos, fortalecidos por su neutralidad en estos años de guerra. La emergencia de Argos y su propia debilidad podían comprometer la hegemonía espartana en el Peloponeso. De este modo, en abril del 423 se establece un armisticio por un año con el fin de entablar negociaciones para la posterior firma de la paz.

Sin embargo, las hostilidades continuaron durante el armisticio. Los beocios ocuparon mediante traición Panactón, un fuerte en el Ática. En el Norte, Escíone y Mende se sublevaron después de la firma del armisticio, pero Brásidas se negó a entregarlas. Atenas envió nuevas expediciones a la Calcídica. En el verano del 423 los atenienses tomaron Mende, pero Escíone y buena parte de las ciudades de la Calcídica resistieron. Ante ello, los atenienses despacharon una nueva expedición al mando de Cleón (422). Cleón conquistó Torone y se dirigió contra Anfípolis, que estaba defendida por Brásidas. La muerte de Brásidas y Cleón delante de Anfípolis allana, esta vez sí, el camino hacia la paz.

10.3.3. La paz de Nicias

La paz llamada de Nicias se subscribe en abril del 421. En el texto recogido por Tucídides (5.17), la paz entre Atenas y Esparta y sus aliados respectivos se estipulaba por un período de cincuenta años (sólo duró en reali-

dad seis años y diez meses) y trataba de restaurar, aproximadamente, el statu quo *ante bellum*. Los atenienses se comprometían a entregar a los prisioneros de Esfactería y las plazas de Pilo y Citera y los espartanos debían devolver Panactón y las ciudades de Tracia, especialmente Anfípolis. En la paz no se mencionaban ni Platea, que queda en manos beocias, ni Nisea, el puerto de Mégara, que estaba guarnecido por los atenienses. Tampoco se incluyeron Potidea ni Egina ni las ciudades ocupadas por los atenienses en el golfo de Corinto, que se dejan tácitamente bajo el control de Atenas.

La paz de Nicias suponía indudablemente un triunfo para Atenas. No sólo había mejorado sus posiciones de antes del conflicto, sino que los lacedemonios y sus aliados habían fracasado estrepitosamente en el objetivo principal que se habían marcado al entrar en guerra: la destrucción del imperio ateniense.

Aparentemente, Esparta mantenía su poder. Sin embargo, se había arrogado el derecho de negociar por sí sola la paz y a firmar por sus aliados sin tener en consideración su opinión. Algunos aliados, especialmente Corinto, salían mal parados de la paz, de modo que todos los estados de la Liga del Peloponeso que estaban descontentos con las condiciones de la paz discutirán en el futuro el papel hegemónico de Esparta.

El sorteo obligó a Esparta a entregar en primer lugar las plazas ocupadas, pero Anfípolis no es restituida, por lo que Atenas tampoco abandona ni Pilo ni Citera. Los atenienses aceptan entregar a los prisioneros sólo cuando Esparta concluye con ellos una alianza defensiva que prevé la ayuda ateniense en caso de una revuelta de hilotas. Detrás de esta nueva alianza defensiva se puede entrever la preocupación espartana por sus aliados, corintios, megáreos, eleos y beocios, que se muestran contrarios a los acuerdos recogidos en la paz y que serán fuentes de nuevas tensiones.

10.4. Tensión interna, debilitamiento económico e imperialismo en Atenas durante la guerra arquidámica

La muerte de Pericles provocó un cambio fundamental en la vida política ateniense, que se reflejará también en la marcha de la guerra, puesto que la falta de un líder que pudiera sucederle dio libre curso a las luchas entre facciones y a la división política.

Al mismo tiempo, la naturaleza misma del liderazgo político se modificó profundamente; por vez primera, y será una constante en la centuria siguiente, el liderazgo político escapa de las manos de las viejas familias aristocráticas en favor de nuevas fortunas procedentes de las actividades artesanales. A partir de ahora, el nacimiento aristocrático no será ya necesario para alcanzar el predominio político. Así, contamos con un buen número de líderes que no tienen un origen aristocrático y cuya fortuna no se basaba en la tierra:

Eucrates, mercader de estopas, trigo y harinas; Lisicles, tratante de ganado; Cleón, comerciante y artesano de pieles o Hipérbolo, fabricante de lámparas. Son los demagogos, palabra que aparece ahora, caracterizados de manera negativa por Aristófanes, que se hace eco de las ideas conservadoras: voz terrible, ignorancia, brutalidad, perversidad e impudicia de plazuela. En realidad, detrás de esta crítica puede verse también el rencor de la aristocracia hacia la democracia radical que los demagogos encarnaban.

Otro de los aspectos internos de esta época es la profundización en el sistema democrático en el sentido del aumento de las mistoforías: la remuneración de los jueces se eleva a 3 óbolos (anteriormente se pagaba con 2 óbolos) y quizá también alcanza la misma cantidad la retribución por asistencia a la asamblea.

Conviene decir que muchos de los elementos característicos de este período no son achacables directamente a la guerra, sino que se han decidido durante la Pentecontecia. La guerra lo único que hace es acelerarlos. Así, el crecimiento económico de la Pentecontecia había propiciado el enriquecimiento de artesanos y mercaderes y la política periclea contenía en sí misma la evolución hacia un cambio en el liderazgo, la extensión de los *misthoi* y la profundización en el sistema democrático.

Inmediatamente después de la muerte de Pericles emergen dos facciones políticas principales encabezadas respectivamente por Nicias y por Cleón (Arist. *Ath.* 28). Nicias era un rico cuya fortuna se fundaba en la tierra y en una buena parte, quizá la mayor, en el alquiler de sus esclavos para las explotaciones mineras. Tenía una notable carrera como estratego, cargo que había desempeñado ya antes de la muerte de Pericles. Nicias no era antidemócrata ni oligarca, sino que representaba la vieja tradición moderada dentro del sistema próxima a Cimón. En política interna posiblemente no deseaba profundizar más en las mistoforías ni en el desarrollo del régimen democrático. En el modo de conducir la guerra, defendía la línea de prudencia de Pericles, incluso más acentuada. Su pensamiento se encontraba mucho más cercano a la política cimónida: estaba dispuesto a llegar a un entendimiento, a la paz, con Esparta y a volver a la situación anterior a la guerra, en la que atenienses y lacedemonios compartieran la hegemonía en Grecia. Quizá era también favorable a una mayor moderación en los tributos y en el trato a los aliados. La política de Nicias hallaba amplio eco entre los sectores ricos atenienses, pentacosiomedimnos y caballeros, y en muchos campesinos que deseaban regresar a sus campos.

Sin embargo, Nicias pecaba por limitación y su lentitud y excesiva prudencia podían impedir que Atenas sacara todo el provecho posible de su victoria. Carecía del genio y de la capacidad política de Pericles y era muy timorato y supersticioso, por lo que en los momentos que se requería una acción rápida y decidida podía comprometer a las fuerzas bajo su mando.

Cleón era exactamente lo contrario a Nicias. No tenía un origen aristocrático y su riqueza se basaba en un taller de curtidos; es uno de los primeros líderes no aristocráticos y de los demagogos que dominarán la escena política ateniense. Ágil, fanfarrón, pasional y brutal, encarnaba la tendencia más radical de la democracia ateniense. Era partidario de profundizar en el sistema democrático y de que el pueblo tuviera cada vez mayor poder, de hecho aumentó el salario de los jueces de 2 a 3 óbolos. Enemigo irreductible de los lacedemonios, en su concepción, la firma de la paz habría de sellar únicamente la derrota total de los espartanos y de sus aliados. Estaba convencido de que el imperio ateniense se basaba en el temor y de que cualquier concesión podía ser interpretada por los aliados como debilidad y provocar defecciones. En consecuencia, llevó a cabo una verdadera política de terror y de explotación económica de los aliados, reprimiendo con rigor las sublevaciones, subiendo los tributos y estableciendo maneras más seguras y rígidas de cobros. Cleón planteó la guerra de manera muy agresiva e imprimió una dinámica y una imaginación de la que carecía la estrategia de Pericles. Sin embargo, en ocasiones, su planteamiento es poco realista e insensato y comprometió finalmente la victoria ateniense en los primeros años de la guerra. En su acción política, Cleón contó con el apoyo decidido de muchos *thetes* y de varios sectores zeugitas antilaconios. En definitiva, ni Nicias ni Cleón pueden considerarse herederos de la política de Pericles, cada uno, a su manera, se alejaba de los planteamientos del gran estadista ateniense.

Desde la victoria de Esfactería (425) hasta su muerte en la Calcídica, en el 422, Cleón es el líder más influyente y escuchado por el pueblo (Th. 3.36.6, 4.21.3; Ar. *Eq.* 1128). Después del 422 el líder principal de los radicales parece ser Hipérbolo.

Dicha evolución hacia una mayor democracia y la presión brutal de la guerra, que arruinaba a los propietarios, entrañaban serios riesgos para la cohesión política y social y la misma estabilidad del régimen democrático, hasta entonces tenido por firmemente asentado e imposible de derribar. Además de verse incapacitados de cultivar su propiedades, durante la guerra, los ricos eran sometidos a la onerosa trierarquía (en el 428, se recaudó el primer impuesto directo extraordinario, *eisfora*, del que tenemos noticia). "Los ricos pagan y los pobres se aprovechan", clama el Pseudojenofonte (1.13). Incapaces de frenar los avances de la democracia y de parar la guerra, algunos sectores comenzaron a pensar en derribar el régimen democrático e instaurar una oligarquía. De hecho, hay rumores de conspiraciones en el 425 y parece desarrollarse una tendencia filolaconia marcada incluso por la adopción de costumbres espartanas como dejarse crecer el cabello y la barba, ir sucio, con un vestido de franjas de lana, vivir con extrema sobriedad o portar bastones lacedemonios. Entre el 425 y el 420 parecen despuntar las heterías, agrupaciones políticas secretas con fines subversivos. El programa polí-

tico de estos grupos puede ser resumido como sigue: el establecimiento de una oligarquía en la que los derechos políticos se reservarían a un número limitado y establecido de ciudadanos, la concentración del poder en un Consejo preclisténico de cuatrocientos miembros en detrimento de la asamblea y la abolición de todas las formas de mistoforías.

En el orden económico, el planteamiento bélico decidido por Pericles conllevó duras consecuencias para gran parte de la población ateniense. Muchos propietarios y arrendatarios se vieron obligados a abandonar el cultivo de sus tierras y a refugiarse en la ciudad. Todo lo que antes adquirían de sus tierras o en su pueblo, los artículos de primera necesidad, grano, carbón, vinagre, aceite, debían comprarse ahora en el mercado y al venir por mar se encarecían aún más. Así, mientras los ingresos disminuían, los gastos aumentaban. Los sectores medios agrarios se empobrecían y los ricos, aunque con mayores recursos y capacidad de resistencia, veían disminuir su fortuna de manera vertiginosa. De todas formas, tampoco conviene exagerar los efectos sociales y económicos de los primeros años de la guerra. El ganado, los esclavos y diversos utensilios agrícolas se pusieron a salvo en la ciudad o en Eubea. Entre el 425 y el 413 no hubo ninguna invasión del Ática. Las invasiones no tuvieron los graves efectos (al menos no durante la guerra arquidámica) esperados y durante ellas parte del Ática siguió estando en cultivo. Bastantes atenienses poseían propiedades en el exterior, que les compensaron parcialmente de sus pérdidas. Lo cierto es que, a lo largo de la guerra del Peloponeso, la propiedad de la tierra se mantuvo bastante estable, por lo que podemos pensar que la crisis no llegó al extremo de forzar a los campesinos a vender sus terrenos.

La guerra provocó una caída en las exportaciones atenienses, por ejemplo en los productos agrícolas como el aceite, que llega a ser escaso en la misma ciudad (Ar. *V.* 252). Los intercambios comerciales se restringieron, al menos con los Estados enemigos. Todo parece indicar que los atenienses, por decreto, excluyeron de su mercado, y posiblemente de todos los del imperio, los productos peloponesios, megáreos, beocios y de los demás aliados de los lacedemonios. No sabemos si hubo reciprocidad. Sin embargo, las relaciones comerciales con los Estados enemigos no se paralizaron por completo. Como prueba la arqueología, la cerámica ática se exportaba a Corinto, quizá por vía indirecta, pero al menos era posible la entrada de productos áticos que no eran considerados estratégicos y no servían para el esfuerzo de guerra.

La actividad comercial y artesanal se vieron ralentizadas, pero hubo también artesanías de prosperidad incontestable durante la guerra, como las armas y las construcciones navales. Por último, las minas parecen haber seguido activas durante estos años.

Una guerra larga y esencialmente naval era una guerra cara. El asedio de Samos, en el 439, que se prolongó nueve meses, supuso un coste de 1.200

talentos para el erario ateniense; el de Potidea, que duró dos años (432-430), consumió más de 2.000 talentos. El conjunto de todas las operaciones militares de la guerra arquidámica (431-421) superó la cifra de 12.000 talentos. A pesar de la reserva financiera, los tributos anuales y otros ingresos, las expediciones navales y los asedios eran tan costosos que agotaron rápidamente el tesoro ateniense (Th. 2.70.2; 3.19.1). Para sufragar la guerra los atenienses tomaron tres medidas esenciales: recaudaron un impuesto extraordinario, recibieron a préstamo grandes cantidades de los tesoros de los templos y endurecieron y aumentaron el cobro del tributo.

Sólo tres años después del inicio de la guerra, en el 428, los atenienses tuvieron que recaudar una *eisfora*, un impuesto directo extraordinario, que gravaba las fortunas personales de todos los habitantes de Atenas, incluyendo sus bienes muebles e inmuebles a excepción de las concesiones mineras. La *eisfora* ascendía a 200 talentos divididos en 166 2/3 para los ciudadanos y 33 1/3 para los metecos. Era un impuesto progresivo, pagaba más quien más tuviera. Los *thetes* estaban exentos, los zeugitas, favorecidos en el reparto del impuesto, debían contribuir con 6 talentos y 1/3, los caballeros con 60 talentos y los pentacosiomedimnos con 100.

Atenas recurrió también a tomar prestadas de los templos grandes cantidades de dinero al muy módico interés del 1,20% anual. En el período del 433 a 426 el Estado recibió casi 4.800 talentos de los tesoros de diversos dioses; tres veces menos se detrajeron en los años 426 a 422, lo que demuestra una mejora de la situación financiera en la última parte de la guerra arquidámica.

Los aliados trataron de aprovechar la coyuntura bélica para eximirse de los tributos, no contribuyendo o retrasándose en el pago. Atenas envió en varias ocasiones algunos escuadrones navales para recoger las contribuciones: en el 430/429 a Caria y Licia, en el 428/427 a Caria, en el invierno del 425/424 a Tracia o en el verano del 424 nuevamente a Tracia (Th. 4.50, 75).

La revisión del tributo del año 425/424 refleja las nuevas condiciones que la guerra ha creado en Atenas. En la revisión del 425/424 llama la atención, en primer lugar, el número de ciudades tributarias. Si antes de la guerra el número de ciudades oscilaba entre ciento sesenta y ciento setenta y cinco, ahora el número de Estados contribuyentes suma al menos cuatrocientos diez. En segundo lugar, el montante del tributo se incrementa bruscamente y pasa de los anteriores 400 talentos a 1.460. El antiguo tributo no se ajustaba a las necesidades de la guerra y Atenas se ve obligada a aumentarlo para sufragar sus gastos militares. El decreto refleja también el ascenso de Cleón y su política imperialista, entonces en la cumbre de su influencia política tras la victoria en Esfactería. Ciertamente, Atenas recibe más ingresos, pero esta presión brutal aumenta el resentimiento de sus aliados. Uno de los aspectos más importantes de la guerra arquidámica, y menos tratado por la investigación moderna, fue, pues, la extensión del imperio ateniense.

Es posible, a grandes rasgos, describir la evolución de la coyuntura económica a lo largo de la guerra arquidámica. Los primeros años se caracterizaron por una crisis marcada por los efectos de las invasiones peloponesias y los elevados costes de la guerra, que vaciaron rápidamente el tesoro ateniense. A partir del 425 la situación mejoró sensiblemente, el Ática se vio libre de las incursiones peloponesias, el Estado redujo considerablemente los préstamos de los tesoros de los dioses y aumentaron los ingresos gracias al incremento de la cuantía del tributo y una política más inflexible en los cobros. Los años subsiguientes a la paz hasta el inicio de las expediciones a Sicilia en el 415 permitieron la recuperación militar y económica de los atenienses. Los trirremes alcanzaron nuevamente la cifra de trescientos, como al principio de la guerra, y las reservas monetarias, si creemos a los oradores del siglo IV, ascendieron a 6.000 talentos (Aesch. *Timarco.* 175). La muerte de Cleón y la firma de la paz de la Nicias permitieron una política moderada en la tributación y de lo poco que sobrevive de la revisión del 422 podemos colegir que los atenienses trataron de regresar al tributo que se imponía antes de la guerra.

11.

De la paz de Nicias a la derrota de Atenas (421-404)

11.1. La época de la paz de Nicias hasta la expedición ateniense a Sicilia (421-415)

11.1.1. Del descontento de los aliados a la recuperación de la supremacía espartana

La firma de la paz de Nicias parece haber abierto, al menos en Atenas, nuevas perspectivas que, sin embargo, pronto se iban a revelar ilusorias. El personaje Trigeo, de la comedia *La Paz* de Aristófanes, representada en el mismo momento en que la paz está a punto de firmarse, muestra lo que debía de ser el anhelo generalizado entre los campesinos áticos, en forma de invocación a la diosa Eirene (Paz):

> Pero, por Zeus, muéstrate toda y con toda tu nobleza a nosotros que te amamos, y que hemos estado atormentados durante trece años. Acaba con los combates y con sus fragores para que te llamemos Lisímaca [= la que acaba con los combates]. Apacigua nuestros recelos, los más rebuscados, los que nos arrojamos a la cara unos a otros. Únenos a nosotros los griegos nuevamente desde el principio con un elixir de amistad y atempera nuestro ánimo con una mayor capacidad de indulgencia. Y que nuestra ágora se llene de toda clase de productos (Ar. *Pax.* 987-1000; trad. de A. Domínguez).

Toda esta comedia de Aristófanes está repleta de alusiones a la guerra y de buenos deseos de paz, y hemos de suponer que este anhelo se hallaba generalizado entre los atenienses, especialmente entre aquellos que más

perjudicados se habían visto por la guerra y que menos beneficios directos obtenían de la misma, a saber, los campesinos áticos que formaban parte del grupo censitario de los zeugitas, poco interesados, en general, en el imperio y que habían soportado unos años duros, especialmente al principio de la guerra.

Sin embargo, y como hemos visto, la paz no sólo no resolvía ninguno de los problemas que habían llevado al estallido de la guerra, sino que, incluso, en algunos aspectos los había agravado. En Atenas se deja sentir una ausencia de dirección política moderada, y en la propia comedia aristofánica aparece Hipérbolo, calificado de pernicioso (*poneros*), soliviantando los ánimos del *demos* (Ar. *Pax.* 679-687); en el ámbito de la Liga del Peloponeso, Corinto, que había votado en el Consejo de la Liga en contra de la paz con Atenas, junto con beocios, eleos y megáreos (Th. V, 17, 2), iba pronto a pasar a la acción y la propia delegación corintia que había intervenido en las discusiones en Esparta a su regreso al Istmo pasó por Argos sugiriendo a esta ciudad, la enemiga sempiterna de Esparta, que encabezase una alianza antiespartana (Th. V, 27-28). Los acontecimientos que suceden en los primeros meses después del final de esta etapa de la guerra demuestran, al menos, dos cosas:

Por un lado, que la Liga del Peloponeso no había resuelto definitivamente el problema de las aspiraciones particulares de sus miembros, precisamente porque su carácter distaba bastante del de un imperio o *arche*, que era en lo que se había convertido la Liga de Delos; en este mismo sentido, también quedaba claro que Corinto se había aprovechado de la Liga y de Esparta para resolver sus problemas con Atenas y que, cuando tanto una como otra optaron por la paz, Corinto buscó desesperadamente, aunque sin romper formalmente sus compromisos con Esparta, a otra *polis* para seguir en estado de beligerancia con Atenas.

Por otro lado, que Esparta, sobre todo después de firmar el tratado por cincuenta años con Atenas (Th. 5.23-24), supeditaba sus propios intereses a los de la Liga que encabezaba, puesto que Esparta conseguía la liberación de los prisioneros de Esfactería y el compromiso ateniense de ayudar a la hasta entonces enemiga en caso de un eventual levantamiento de hilotas.

A) *El juego de las alianzas*

En este estado de cosas, no es de extrañar que Argos siguiese los consejos de Corinto y, en vista de la inminente expiración del tratado de paz que mantenía con Esparta desde el 451, atrajera pronto a los descontentos con Esparta y a los que esperaban represalias de ella. Mantinea fue, según Tucídides, la primera en aliarse con Argos (Th. 5.29), en este contexto se explica

el interés espartano por contar con la ayuda ateniense en caso de una sublevación de hilotas, puesto que quizá dudase de la lealtad de buena parte de sus vecinos, si es que no temía que fueran ellos quienes, precisamente, pudiesen instigar a esos hilotas a la sublevación.

A pesar de las exhortaciones, y sin quebrantar formalmente los pactos que unen a Corinto con Esparta, la ciudad del Istmo sigue adelante con su política de acercamiento a Argos; mientras tanto, los eleos se alían con Corinto y con Argos, así como con las gentes de la Calcídica. Mégara y Beocia, que habían mostrado sus reparos a la firma de la paz con Atenas, permanecen a la espera, aparentemente porque consideraban que sus regímenes oligárquicos podrían resultar perjudicados por la alianza con Argos, cuya constitución era democrática.

Los meses de verano del 421 son de una gran complejidad, pues tanto Esparta como Atenas tantean a sus respectivos aliados realizando algunas pequeñas campañas; no obstante, las intenciones de Esparta, a pesar del tratado con Atenas, siguen mostrando la desconfianza latente, puesto que la plaza de Anfípolis, tan fundamental dentro de esquema ateniense en el Egeo, sigue sin serles devuelta, mientras que, en contrapartida, Atenas sigue reteniendo Pilo, guarnecida, además, con mesenios e hilotas, lo que introducía un elemento adicional de humillación para Esparta. Al tiempo, también en Esparta se inician movimientos diplomáticos, dirigidos por los nuevos éforos, para intentar superar la situación de pérdida de apoyos que sufría la ciudad, y ello lleva a un intento de aproximación de las posturas respectivas de Esparta y Argos, ciudad esta última que también desconfía de la fluctuante situación de las alianzas. En el año 420, embajadas de ambas ciudades se encuentran en Atenas, los espartanos para evitar que Atenas rompa su alianza con ellos y los argivos para, aconsejados por Alcibíades, convencer a Atenas de que se aliase con ellos, dando la espalda a Esparta.

Alcibíades aparece ahora por vez primera en el relato de Tucídides (5.43); miembro de una de las familias más prestigiosas de Atenas, parece haberse opuesto desde siempre a la paz y posterior alianza con Esparta y haber apostado, junto con una serie de poderosos elementos dentro de Atenas, por un entendimiento con Argos para quebrantar la posición de aquélla en el Peloponeso. Frente a la facción representada por Alcibíades se destaca ya netamente en este momento la encabezada por Nicias, cuyo empeño principal parece ser reforzar la paz con Esparta, de la que él había sido artífice principal, y conseguir de ella el cumplimiento de los acuerdos, especialmente el relativo a la devolución de Anfípolis. La desconfianza espartana, así como la que los propios atenienses, instigados por Alcibíades, sienten hacia Nicias, hace que los intentos de éste fracasen, lo que precipita a Atenas, aguijoneada por Alcibíades, a la firma de un tratado de paz y alianza por cien años con Argos, Mantinea y Élide (Th. 5.46.5). Por si quedaba duda del carácter anties-

partano de la alianza, en los Juegos Olímpicos que se celebraban ese año 420, los eleos consiguieron que se impidiera la entrada de los participantes espartanos al recinto sagrado, lo que provocó importantes tensiones durante el transcurso del festival.

La nueva alianza ateniense-argiva, apoyada por los también aliados eleos y mantineos había conseguido introducir una nueva expectación en el Peloponeso; sin embargo, Corinto, cuyo rechazo a apoyar a Esparta tras la firma de la paz había propiciado todos los sucesivos movimientos de piezas, no se decidía a aliarse con Argos. En Atenas, la muestra de la popularidad que había conseguido Alcibíades en su política antiespartana se pudo observar en las elecciones, que alzaron al joven intrigante a la *strategia* para el año 419/418. Desde este cargo, persuade a Argos, envalentonada por la nueva posición que las alianzas realizadas le daban, a invadir Epidauro, lo que era una amenaza directa para Corinto, puesto que esa ciudad, tradicional aliada suya, evitaba un eventual ataque ateniense, aprovechando su superioridad en el golfo Sarónico. Esparta, indecisa, no envía ayuda en un primer momento, aunque, durante el invierno, envía por mar un contingente de trescientos hombres para guarnecer Epidauro.

Durante el año en que Alcibiades había actuado como estratego, Esparta, posiblemente instigada por sus aliados, decide romper su inactividad y los reúne (entre ellos a Corinto) en Fliunte, desde donde marchan a la Argólide, sorprendiendo a los argivos en una situación desfavorable. Por instigación de unos argivos filoespartanos, y con el acuerdo del rey Agis, se pacta una tregua de cuatro meses, lo que provoca acerbas críticas entre ambos contendientes, puesto que los partidarios de la guerra en los dos bandos consideraban que había llegado el momento decisivo (Th. 5.60).

Para Tucídides, el ejército de la Liga del Peloponeso que se había concentrado en la Argólide era el más excelso que se había reunido hasta entonces (Th. 5.60.3) y, a pesar de ello, el rey Agis había decidido, incomprensiblemente, su disolución ante unos vagos ofrecimientos de los adversarios. Sin duda, son muchas las consideraciones que podrían hacerse, pero posiblemente el factor clave sigue siendo la reticencia de Esparta a enfrentarse directamente no ya con Argos, sino con Atenas, que respalda a la ciudad, a pesar de que el contingente ateniense no había llegado aún a la Argólide cuando se decretó la tregua.

Por otro lado, y a pesar de que los argivos castigan a quienes habían negociado la tregua, cuando llegan por fin los atenienses, se muestran remisos a quebrantarla y es nuevamente el ardor de Alcibíades, que actúa como embajador, el que acaba convenciéndolos de proseguir la guerra; parece fuera de dudas que dentro de Argos tampoco todo el mundo estaba a favor de la guerra y que, en definitiva, tanto Esparta como Argos tratan de dilatar el momento del enfrentamiento.

B) *La batalla de Mantinea*

El impulso de Alcibíades y la frágil situación del rey Agis en su ciudad, amenazado con una severa multa y con el derribo de su casa si no consigue resultados, precipitan los acontecimientos. Los atenienses y los argivos se dirigen contra Tegea, uno de los aliados más firmes de Esparta, lo que provoca una rapidísima reacción por parte de ésta, que envía abundantes refuerzos, al tiempo que ataca Mantinea. Allí, por fin, es donde se va a dirimir el conflicto (agosto del 418). Tucídides relata con detalle la batalla y sus prolegómenos (Th. 5.67-74); a causa de una cierta confusión inicial, el ala izquierda espartana se derrumba, mientras que el centro, donde se encontraba el propio rey, y el ala derecha pusieron en fuga a los adversarios antes incluso del choque. Acto seguido, Agis dirige el ataque contra quienes habían roto sus líneas, básicamente los mantineos y un contingente de mil soldados argivos escogidos, que, ante el riesgo de verse envueltos, se retiran. El campo queda en poder de los espartanos, que tienen trescientas bajas frente a sus enemigos, que pierden mil cien hombres, incluidos los dos estrategos atenienses que habían participado en el combate (Th. 5.74, 3); para Tucídides esta batalla fue la más importante en que habían combatido los griegos desde hacía mucho tiempo y con ella Esparta recupera nuevamente su prestigio y su posición en el Peloponeso.

En efecto, Argos abre inmediatamente negociaciones con Esparta, favorecidas por el incremento de la presión de los partidarios de la oligarquía, y pocos meses después de la batalla de Mantinea Argos establece un principio de conciliación (*symbaterios*) con aquélla y poco después un tratado de paz y alianza (Th. 5.76-79); Atenas, perdido el apoyo argivo, debe abandonar Epidauro; Mantinea es obligada a pactar con Esparta y un régimen oligárquico se establece en Argos (primavera del 417), aunque el mismo caerá poco después. Esparta ha recuperado, finalmente, la autoridad que algunos de sus antiguos aliados le habían disputado.

11.1.2. La situación interna en Atenas hasta el envío de la expedición a Sicilia

A) *El ostracismo de Hipérbolo*

Ya en la páginas anteriores han aparecido algunos de los individuos que van a manejar la política ateniense en estos años de cierta confusión, como son Nicias, Hipérbolo o Alcibíades. Como veíamos anteriormente, en la paz de Aristófanes, Hipérbolo aparecía como uno de los jefes y creadores de opinión entre el *demos* y este autor, que no le ahorra críticas, le menciona con

relativa frecuencia en sus comedias, calificándolo, además de "pernicioso", de "aguijón"; muchos otros comediógrafos le hacen, igualmente, objeto de sus críticas. Es, en gran medida, uno de los continuadores de la política agresiva de Cleón y, por lo tanto, defensor a ultranza de la democracia más radical; posiblemente, igual que Cleón, Hipérbolo no procedería de ninguna de las familias más encumbradas de Atenas; de hecho, Aristófanes lo llama "fabricante de lámparas" (*Pax.* 690), lo que sugiere su vinculación artesanal (al menos como propietario de algún negocio dedicado a tal menester). Aunque, sin duda, un hábil orador, que estaría dispuesto a decir en la asamblea siempre lo que los más radicales querían oír, no tenía ni el carisma ni el prestigio (entre los suyos) de que había gozado Cleón y sus propuestas debían de sonar a veces tan fuera de lugar que el *demos* acababa decantándose por las que presentaban, desde sus posiciones frecuentemente antagónicas, Nicias y Alcibíades.

Éstos dos últimos, por su lado, formaban parte de la más rancia aristocracia ática y eran, naturalmente, extremadamente ricos. A Nicias ya hemos tenido oportunidad de verlo en acción durante la guerra arquidámica; su popularidad fue, sin duda, grande, pues fue elegido estratego año tras año (menos uno de ellos tal vez), desde el 427 hasta el momento de su muerte, en el 413. Alcibíades, por el contrario, hace su aparición en la escena política en el 420 y accederá por vez primera al generalato con poco más de 30 años, cuando ésta era la edad mínima a partir de la cual se era elegible, sin duda porque había destacado en combate en Potidea y en Delión. A partir del inicio de la carrera política de Alcibíades, él y Nicias van a competir en la asamblea ateniense en contra y a favor, respectivamente, del mantenimiento de la paz con Esparta; sin embargo, y como hemos visto en el apartado previo, será Alcibíades quien consiga hacer triunfar su política de enfrentamiento con Esparta, aunque la batalla de Mantinea demostraría que la *polis* laconia, en ésta como en otras ocasiones, podía conseguir en el campo de batalla aquello que otras ciudades apenas podían lograr mediante trabajosas y difíciles negociaciones diplomáticas.

La derrota de Atenas y sus aliados en esta batalla pudo haber sido un duro golpe para el futuro de la carrera política de Alcibíades de no haber sido, en parte, porque Alcibíades no era estratego durante la batalla y en parte, por el pronto fracaso del sistema oligárquico en Argos y la recuperación de la iniciativa por Alcibíades, que en 416, nuevamente como general, ayudó a los argivos a acabar de desembarazarse de los partidarios de la oligarquía. Pero la política de Alcibíades no había conseguido los objetivos perseguidos, y, a pesar de que Argos seguía siendo aliada de Atenas, la posibilidad de crear una nueva alianza peloponesia antiespartana se había desvanecido. Aunque Alcibíades seguía teniendo numerosos partidarios, los que estaban a favor del mantenimiento de la paz habían vuelto a adquirir fuerza y ello se

observa en la elección tanto de Nicias como de Alcibíades como generales para el año 417/416.

La situación política en Atenas se había electrizado peligrosamente; los dos personajes, con sus visiones tan diferente de las relaciones con Esparta y con su antagonismo manifiesto, gozaban de las simpatías de amplias partes de la ciudadanía y, al tiempo, cada uno de ellos aspiraba a dominar la situación. Sin embargo, eso resultaba difícil habida cuenta del equilibrio entre sus oponentes. Los elementos más radicales, encabezados por Hipérbolo, parecen haber sido minoritarios en este momento y, sin embargo, este personaje puede haber pensado que podría aprovecharse del empate técnico entre sus dos principales rivales para desembarazarse de uno de ellos y asumir de nuevo un papel protagonista. Y el procedimiento que elige es el de la ya caída en desuso institución del ostracismo.

Es problemático conocer con detalle cómo se fraguó y cómo se desarrolló todo el asunto, pero parece que fue a Hipérbolo a quien se le ocurrió plantear el ostracismo, como era preceptivo, durante la sexta pritanía (enero del 416) (Plu., *Alc.* 13.4); como el procedimiento había acabado convirtiéndose en un mecanismo para desembarazarse de rivales demasiado poderosos, era claro que tanto Nicias como Alcibíades, pero también el propio Hipérbolo, eran los principales candidatos a ser ostraquizados; el propio Plutarco menciona también a otro personaje como amenazado por el ostracismo, Féace, que habría intrigado contra Hipérbolo, aunque él particularmente no se lo cree. Todo el asunto resulta sumamente obscuro y sigue siendo objeto de análisis por los historiadores, pero parece bastante probable que Hipérbolo no calculó bien lo que acabó sucediendo: que Nicias y Alcibíades se pusieran de acuerdo (quizá con la intervención de Féace como mediador entre ambos) para convencer a sus partidarios de votar, en lugar de al enemigo directo, al tercero en discordia. El resultado fue que Hipérbolo acabó sufriendo el ostracismo (marzo del 416), pero la institución quedó tan maltrecha y desprestigiada que nunca más volvió a ser utilizada.

En los meses que precedieron al ostracismo de Hipérbolo podemos percibir la fuerza que alcanzan en Atenas las facciones de los distintos personajes que dominan la escena política ateniense; igualmente, en los acontecimientos que tendrán lugar inmediatamente después de la partida de la expedición a Sicilia o en el golpe oligárquico del 411 podrá también percibirse algo de su modo de funcionamiento. La facción o, como a veces se dice en la bibliografía actual, el "partido", términos que intentan captar algo del sentido del término griego *stasis*, reúne sin duda a grupos de individuos que trabajan en favor del más importante de sus miembros a cambio de la obtención de privilegios y apoyo mutuos tanto en el terreno judicial como, sobre todo, en el político; sin duda, cada una de estas facciones está integrada, a su vez, por grupos relativamente reducidos (*hetairiai*), donde el secreto es uno

de los factores claves para comprender sus modos de actuación, y donde la celebración de banquetes en común servía como medio de cimentar la solidaridad entre sus miembros a la vez que como foro para poner en común las tácticas a seguir para conseguir determinado objetivo. Cada uno de los miembros de una facción, individuos por lo general de buena familia y posición, podía aprovechar su influencia personal entre los miembros comunes del *demos* para hacer prevalecer sus opiniones en el ámbito típico de decisión de la *polis* ateniense, esto es, en la *ekklesia*, en la asamblea. Como ya observó el orador [Pseudo-] Andócides, en estas ocasiones en que se dirimían ostracismos tenían más posibilidades de éxito quienes disponían de muchos partidarios que quienes no los tenían (And. *Alc.* 4).

Sin embargo, al expulsar a Hipérbolo, cuyos apoyos, como demostró el propio hecho de su ostracismo, eran mínimos, la tensión no se había aliviado, sino todo lo contrario, puesto que tanto Nicias como Alcibíades habían salido indemnes, lo que daba pie a una prosecución del conflicto entre ambos, que podía poner en serio riesgo (y lo puso) la estabilidad de la *polis* y, a corto plazo, la credibilidad de todo el sistema democrático. Si algo debió de quedar claro, especialmente para los enemigos de la democracia, que eran, además, quienes tendían a reunirse en estos grupos semisecretos de las heterías, fue las grandes posibilidades que, en momentos determinados, podían tener para subvertir el orden; además, la posibilidad de crear corrientes de opinión subterráneas, de orientación habitualmente oligárquica, que aflorarían a la superficie sólo cuando la oportunidad se presentase. En los acontecimientos de los años sucesivos, como veremos, estas oportunidades no faltarían.

B) *La anexión de Melos*

Durante las elecciones al generalato de ese mismo año 416, nuevamente Nicias y Alcibíades contaron con el apoyo de sus respectivos partidarios, lo que los elevó a ambos al cargo. Es en ese año en el que tiene lugar el ataque ateniense contra Melos; la isla no formaba parte de la Liga de Delos y sus habitantes se consideraban, como dorios que eran, colonos de Esparta; los motivos del ataque ateniense no resultan demasiado claros, y por ello han abundado en la historiografía las interpretaciones más dispares. Es curioso que ninguno de los dos rivales, Nicias o Alcibíades, encabezase la expedición ateniense, sino otros dos estrategos, Cleomedes y Tisias, pero no puede dudarse de que ambos debían de estar de acuerdo, especialmente Alcibíades (Plu. *Alc.* 16.4). Ciertamente, la política exterior ateniense, de cuyo éxito dependía en último término el mantenimiento de Nicias y de Alcibíades, se había saldado con el fracaso de Mantinea y la recuperación de Esparta; aunque Hipérbolo ya no era un peligro, cualquier otro podría tomar el relevo y seguir zahiriendo a ambos personajes, tildándolos de tibios frente a Esparta, puesto que los

que habían apoyado a Hipérbolo eran los individuos menos favorecidos del *demos*, los que remaban en los trirremes y los que más beneficios podían obtener de una política ateniense agresiva. Y si se quería evitar que surgiese otro Hipérbolo, era necesario también atraerse a estos ciudadanos; en esta coyuntura, Alcibíades posiblemente quisiese capitalizar estas tendencias, pero Nicias tampoco podía pasar por alto esta oportunidad de mostrarse beligerante contra Esparta, y menos cuando el enemigo a batir era la insignificante isla de Melos.

Realmente la conquista de Melos habría pasado casi desapercibida de no haber sido porque Tucídides introduce en su obra un famoso diálogo en el que los embajadores atenienses y los notables melios debaten sobre los motivos que inducen a cada uno a mantener su respectiva postura; en el diálogo quedan expuestos en toda su descarnada crudeza los motivos del imperialismo ateniense, en donde la fuerza se convierte en prácticamente la única justificación del mismo. Como aseguran, en el diálogo, los representantes de Atenas, "en los asuntos humanos interviene la justicia cuando las fuerzas están igualadas, mientras que cuando lo hace la fuerza, los que son superiores actúan y los débiles se someten" (Th. 5.89). El debate, que posiblemente haya sido auténtico, por más que a Tucídides le sirva para expresar al modo de los sofistas dos posturas enfrentadas sobre los principios que deberían guiar y que, en la práctica, guían las relaciones entre las ciudades, es la crónica de un desenlace anunciado. Los atenienses pondrán sitio a la ciudad, la arrasarán, ejecutarán a los varones y venderán como esclavos a mujeres y niños.

A pesar de que Melos era una pequeña *polis* insular, aunque importante dentro del diseño ateniense de control del Egeo, su implacable e injustificada destrucción mostraba de qué manera Atenas no iba a detenerse ante nada para conseguir minar la posición espartana, con la que, por el momento, seguía estando en paz. De hecho, Esparta, en cuya amistad y apoyo confiaban los melios, no parece haber hecho nada por la ciudad, acogiendo simplemente a los supervivientes de la masacre; su recién recuperada hegemonía en el Peloponeso quizá les pareciese aún demasiado precaria como para aventurarse a intentar oponerse al más crudo y descarnado imperialismo ateniense.

Es probable que esta ausencia de respuesta espartana, así como el deseo de ampliar el horizonte de la guerra, intentando dejar aislada a Esparta y a sus aliados en el seno de una Hélade hegemonizada por Atenas, fuesen algunos de los motivos que permitan explicar la siguiente iniciativa que toma Alcibíades, hacia la misma época en la que Melos sucumbía a la acción ateniense: la expedición a Sicilia.

C) Los preparativos de la expedición a Sicilia

Sin duda, esta empresa era mucho más ambiciosa que la anterior, puesto que era llevar la guerra a un escenario radicalmente diferente, aunque no

desconocido para Atenas, que ya entre los años 426-424, y durante la guerra arquidámica, había intervenido en la gran isla, si bien de forma no excesivamente gloriosa. Para Tucídides, cuya distinción entre "causas" y "pretextos" le convierte en un agudo crítico de la situación, los atenienses aspiraban a dominar toda Sicilia (la causa de la expedición), aunque se vieron forzados a la misma por la llamada de sus aliados (los pretextos). Fue la ciudad de Segesta, una ciudad élima y, por lo tanto, no griega, la que en esta ocasión pidió ayuda a Atenas en su lucha contra Selinunte, colonia de Mégara Hiblea y aliada de Siracusa; Atenas tenía, además, otros aliados en Sicilia, entre ellos los habitantes de Leontinos, enfrentados con Siracusa, que era una colonia de Corinto y que no ocultaba sus simpatías por su metrópolis y, en general, por la causa peloponésica; también embajadores de Leontinos acudieron acompañando a los de Segesta, asimismo en petición de ayuda (D. S., 12.83.2).

Es en este contexto de relaciones de Atenas con ciudades de Sicilia, que ya permitió la primera expedición, en el que debe situarse la llamada de los de Segesta. Como los segestanos ofrecerán sufragar los gastos de la expedición que solicitan, y como, según sabemos, la situación financiera de la ciudad élima no era, ni mucho menos, tan solvente como quisieron hacer creer a los atenienses, no podemos dejar de pensar que en todo el asunto estaba la larga mano de Alcibíades, que necesitaba un pretexto admisible para quebrar la resistencia de los partidarios de la paz, Nicias entre ellos, y conseguir un mando militar de importancia, que habría convertido su posición política casi en insuperable. Enviados embajadores atenienses a Segesta a comprobar sobre el terreno la veracidad de lo que aseguraban los aliados, habrían sido engañados mediante una estratagema (Th. 6.46; D. S. 12.83.4-5), lo que sugiere que, o bien estaban dispuestos a dejarse engañar, o bien que aceptaron sobornos. En cualquiera de los dos casos, Alcibíades pudo disponer de informes favorables (aunque falsos) para, en la primavera del 415 proponer ante la asamblea, el envío de una expedición a Sicilia.

Ante unos informes tan favorables, la asamblea aceptó, entusiásticamente, enviar un ejército compuesto de sesenta naves; Tucídides asegura que se decidió también enviar como generales a Alcibíades, a Nicias y a Lámaco (Th. 6.8.2); no obstante, un epígrafe ateniense, sumamente fragmentario (IG, I^3, 93 = Meiggs, Lewis n.° 78), atestigua, complementando lo que afirma Tucídides, que durante esta primera asamblea el asunto del número de generales a enviar había provocado discusiones, aunque quizá no la cuantía del contingente; cuatro días después, y en la asamblea que iba a ultimar los detalles de la expedición, estalló la tormenta. Interviene Nicias y, aunque no rechaza de entrada la expedición, que la asamblea ya había aprobado, intenta mostrar a los atenienses los peligros que quedan en Grecia y lo arriesgado de embarcarse en una empresa lejana y difícil, acabando su discurso pidiendo una nueva votación. Alcibíades, que se siente atacado directamente, replica

exagerando las propias fuerzas de Atenas y minimizando, hasta extremos ridículos, las de las ciudades siciliotas. En un discurso claramente demagógico, se atrae no sólo a sus partidarios, sino sobre todo a los más radicales de los ciudadanos, que habían quedado húerfanos tras el ostracismo de Hipérbolo y que se sienten seducidos por los brillantes augurios que les pinta Alcibíades: poder y riqueza sin límites tras derrotar a las débiles y riquísimas ciudades de Sicilia. Nicias, que ve inútil, e incluso arriesgado, proponer una reconsideración, cambia de táctica; puesto que los atenienses quieren la guerra, intenta desanimarlos demoliendo la imagen que ha pintado Alcibíades de las ciudades siciliotas y dando un panorama (y quizá de ahí su error) bastante ajustado a la realidad y en nada exagerado, al tiempo que plantea la necesidad de que el ejército expedicionario fuese tan grande como requería el dominio de un país tan inmenso y tan alejado de Atenas.

El segundo discurso de Nicias puede haber cogido desprevenidos a los propios partidarios del general, posiblemente instruidos previamente de apoyar una nueva votación; el segundo discurso, relativamente vago porque posiblemente fue improvisado sobre la marcha, debió de hacer pensar a esos mismos partidarios que Nicias había cambiado de postura y, por consiguiente, apoyaron con vehemencia esa propuesta; ciertamente, Tucídides asegura que tanto jóvenes como viejos se sintieron entusiasmados con las palabras de Nicias (Th. 6.24.3) y, como previamente Alcibíades había interpretado el primer discurso de Nicias en clave de enfrentamiento entre edades (Th. 6.18.6), parece claro que Tucídides está dando a entender que tanto los partidarios de Alcibíades como los de Nicias aceptaron la propuesta del viejo general. Interpelado directamente por un ciudadano, Nicias se vio obligado a dar cifras más precisas acerca del contingente a enviar; había caído en la trampa, y ya no podía dar marcha atrás. Seguramente fue en esta segunda asamblea en la que se decidió que los tres generales ya mencionados dirigiesen la expedición, otorgándoseles plenos poderes (*autokratores*) para hacerlo.

Todo el episodio, que Tucídides relata con su cuidado habitual, muestra cómo definitivamente Alcibíades, empleando un discurso cada vez más populista y atenocéntrico, se ha hecho con el control de la situación; Nicias tiene que actuar a remolque de su más joven colega y, al final, y en un vano intento de utilizar la demagogia, lo que no parece haber sido uno de sus puntos fuertes, va a verse desbordado por el rumbo que ha tomado la asamblea. A mediados del verano del 415, la flota aliada se reunía en Corcira mientras Atenas rendía una despedida multitudinaria a su ejército en el Pireo.

La fuerza que se reunió en Corcira para zarpar hacia Sicilia se componía de 134 barcos, de ellos 100 atenienses y el resto de Quíos y otros aliados; de los barcos atenienses, 60 eran trirremes y 40 eran transportes de tropas. La fuerza expedicionaria se componía de 5.100 hoplitas, de ellos, 1.500 atenienses, así como 700 *thetes* que actuaban como infantes de marina (*epiba-*

tai); además, 480 arqueros, de ellos 400 atenienses, 700 honderos rodios y 120 infantes ligeros megáreos; además, gran número de barcos de transporte y aprovisionamiento y artesanos variados, sobre todo carpinteros y albañiles (Th. 6.43).

D) El asunto de los Hermes y la profanación de los Misterios

Pocas semanas antes de la partida de la flota, y en medio de una atmósfera plagada de diferentes presagios desfavorables (el propio Sócrates habría predecido el desastre de la flota), ocurrió un suceso que iba a tener importantes implicaciones en lo sucesivo: como consecuencia de la acción de grupos de incontrolados, los Hermes, estatuas dedicadas a este dios que se encontraban por toda Atenas y que protegían diversas actividades, aparecieron la mañana del 7 de junio del 415 brutalmente mutiladas, tanto sus caras como sus falos (Th. 6.27.1; Ar. *Lys.* 1093-94). La conmoción en Atenas fue grande e inmediatamente circularon todo tipo de rumores, muchos de ellos interesados, que presentaban este suceso como un preludio a acontecimientos mayores, entre ellos un golpe de estado oligárquico (Th. 6.27.3). La investigación que se inició inmediatamente contó como principal arma para actuar la delación, ofreciéndose importantes sumas de dinero a quienes denunciaran a los culpables. El ambiente político estaba sumamente tenso y caldeado en Atenas; no podemos olvidar que hacía pocos meses que Hipérbolo había sido ostrquizado y este hecho, así como el debate en torno a la expedición a Sicilia habían provocado una evidente fractura social. Ello, unido a la posibilidad de obtener ganancias fáciles, hizo que las denuncias de hechos parecidos ocurridos en el pasado fuesen muy numerosas; a ellas se unían otras que apuntaban a la celebración burlesca de los Misterios de Eleusis. Algunas de estas acusaciones salpicaron a Alcibíades, y en el confuso ambiente del momento la mutilación de los Hermes y los comportamientos sacrílegos se mezclaron con sospechas de intentar modificar la constitución y que apuntaban, todas ellas, a Alcibíades (Th. 6.28.2). Éste sabía que su única posibilidad de salir airoso era afrontar los cargos en la propia Atenas, por lo que intentó que se le juzgase antes de la partida; sus enemigos, conscientes de ello, persuadieron a los atenienses de que era mejor no dilatar la marcha. Así, ausente Alcibíades y una parte importante del ejército y, sobre todo la flota, sería más fácil preparar un juicio que resultase desfavorable para los intereses de Alcibíades; por lo tanto, se le permitió asumir su mando y abandonar Atenas.

La investigación continuó, mientras tanto, en Atenas y tras diferentes vicisitudes y sobresaltos quedó claro que la mutilación de los Hermes no había sido obra de una gran conspiración, sino tan sólo de un pequeño grupo aris-

tocrático, una *hetairia*, cuyo miembro más relevante era Andócides; aunque Alcibiades no parece haber tomado parte en este turbio asunto, lo cierto es que al confundirse con la profanación de los Misterios, en el que su implicación parece segura, y al haber varios individuos involucrados en ambos casos, Alcibíades no podía salir indemne, máxime cuando también la acusación (no probada) de subvertir el orden constitucional flotaba en el ambiente (Th. 6.61.1). Los indicios de la participación de Alcibíades en el sacrilegio contra Deméter y Core debían de ser tan fuertes que se le hizo volver a Atenas apenas unas semanas después de haber desembarcado en Sicilia para que respondiese de las acusaciones formuladas contra él. También bastantes atenienses, especialmente influyentes en muchos casos, entre ellos dos hermanos de Nicias, fueron acusados de esa burla sacrílega, que por otro lado debía de ser bastante habitual en los simposios, que a veces derivaban en orgías, de los grupos aristocráticos o heterías. Los culpables de ambos casos, que no habían huido, fueron condenados a muerte y ejecutados y sus propiedades confiscadas y puestas a la venta por los poletas. La lista de los bienes de los condenados fue hecha pública en varias estelas, lamentablemente conservadas en estado bastante fragmentario, y en ellas, entre otros personajes que aparecen mencionados en los relatos sobre todo el episodio, aparece también Alcibíades (Meiggs, Lewis, nº 79). Para ese momento, Alcibíades ya se había sustraído, en lugar seguro, a la acción de la justicia ateniense.

Todo el episodio de los Hermes y el de la profanación de los Misterios pone al descubierto para nosotros la gran intensidad de un aspecto subterráneo de la política de la Atenas clásica como es el de los círculos aristocráticos o heterías, semisecretos y con una gran capacidad de influencia y de movilización social. La mutilación de los Hermes fue la acción de una de estas heterías, en la que el exceso de bebida pudo llevarlos a realizar esta acción, quizá con la esperanza de evitar la partida de la flota, pero la misma no era, en sí misma, hasta donde podemos saber, indicio de algo mayor; la profanación de los Misterios o actos, en general, sacrílegos debían de ser moneda corriente en la mayoría de la heterías, pero su carácter privado y secreto tampoco representaba, en sentido estricto, ningún riesgo para el Estado o para la democracia. Sin embargo, la crispación política a la que se había llegado y unas grandes dosis de hipocresía y doble moral hicieron triunfar todo tipo de acusaciones, en muchos casos infundadas, así como investigaciones dirigidas por atenienses cuyo comportamiento no se ponía en tela de juicio, pero que seguramente se comportaban, en el seno de sus heterías, de modo semejante a como lo hacían los acusados. El temor a un complot, aparentemente infundado en el 415, así como el recelo que despertaban personajes como Alcibíades tanto entre gentes acomodadas como entre los más radicales del *demos* tejieron una auténtica "caza de brujas" que, quizá en otro momento, hubiera tenido sólo consecuencias políticas, pero que, con la gran

expedición contra Sicilia ya en marcha, podía poner en riesgo el propio desarrollo de la guerra, así como las esperanzas de victoria atenienses. Pero eso no parecía importarles a los instigadores de la persecución generalizada.

Los acontecimientos de los años siguientes mostrarían a las claras la falta de previsión de quienes habían azuzado y atemorizado al *demos* dentro de su empeño por derribar a Alcibíades y a otros rivales políticos.

11.2. La expedición a Sicilia

11.2.1. El malhadado inicio de la campaña y los primeros éxitos atenienses

Para personas tan supersticiosas como Nicias (Plu. *Nic.* 23, 1) los numerosos presagios que habían precedido la campaña y, sobre todo, el episodio de los Hermes, no podían dejar de causarle cierta aprensión y lo mismo debía de ser cierto para buena parte del ejército. No podemos dejar de ver en la descripción que hace Tucídides del brillante espectáculo de la partida de la flota y de las esperanzas depositadas en ella (6.31.6) una anticipación de su desgraciado final, que estaba en la mente de todos sus lectores.

Tan grandes preparativos no podían pasar desapercibidos a los principales destinatarios de la acción ateniense, los siracusanos, aun cuando da la impresión de que no toda Siracusa parecía ver del mismo modo la inminencia del ataque. No sabemos si Tucídides nos transmite la reacción de la asamblea siracusana tal y como la misma se produjo o si, en un juego de contraposiciones, nos presenta esta reacción casi como una repetición, pero a la inversa, de cómo se habían desarrollado las asambleas en Atenas que decidieron la guerra. Así, frente a la postura de Hermócrates, artífice de la despedida de los atenienses en el 424, que convencido de la inminencia del ataque plantea medidas de protección y defensa, se alza la de Atenágoras, "jefe del pueblo", que duda de la realidad del ataque y se toma a broma el mismo, en caso de que tuviera lugar. No obstante, la decisión última, frente a lo que plantea Atenágoras, es de prudencia y de iniciar los preparativos por si fuesen necesarios. Aunque no de forma clara, pues, Tucídides nos introduce en las divisiones faccionales que tenían lugar en Siracusa y da la impresión de que, en algún momento, al menos de la campaña ateniense, pudieron haber jugado un papel importante en el desenlace final de la misma.

Según van avanzando hacia Italia, los atenienses, que habían enviado por delante naves en misión de exploración, empiezan a recibir las primeras malas noticias; ninguna ciudad de Italia iba a recibir a la flota y, como mucho, les permitirían recoger agua y fondear, aunque algunas, ni eso. Regio, que era aliada de Atenas, también se negó a recibir a los atenienses; por ende, se descubrió el enga-

ño de los segestanos y que, en realidad, apenas tenían recursos económicos disponibles. Por si fuera poco, los siracusanos, que ya se habían convencido de la certeza de la expedición, aceleran sus preparativos involucrando en todo el dispositivo de guerra a los indígenas sículos, algunos de los cuales eran leales, mientras que otros eran de lealtad dudosa. Ante esa situación los tres generales debaten las medidas a tomar y mientras que Nicias es partidario de una acción limitada, consistente en atacar Selinunte, el objetivo oficial de la campaña, hacer un despliegue de fuerza y regresar, Alcibiades propone dejar aisladas Selinunte y Siracusa pactando con las otras ciudades y, sobre todo, intentar sublevar a los sículos, cuya sumisión a Siracusa no agradaba a la mayoría. El tercer general, Lámaco, propone atacar directamente Siracusa aprovechando que aún no habían concluido sus preparativos y que el ejército ateniense estaba aún fresco y lleno de ánimos; ello provocaría el aislamiento de la ciudad y que el resto de las ciudades se pasase al lado ateniense (Th. 6.47-49). No obstante, en el curso de los debates Lámaco se adhiere a la propuesta de Alcibíades.

La partida de Alcibíades, además de la importancia que tendría para la marcha ulterior de la guerra, provocó, si no un cambio radical de los planes, sí, al menos, una demora considerable. El ejército ateniense se dirige al Oeste de la isla, hacia Segesta, a la que ayudan a desembarazarse de algunos enemigos, seguramente con la intención de comprobar de primera mano la situación de la ciudad élima y las posibilidades de la misma; el verano está llegando a su fin y poco más pueden hacer los atenienses. Posiblemente la acción más inteligente de estos meses fue la marcha que realizó la infantería ateniense desde Segesta hasta Catana, atravesando el interior de la isla y los territorios indígenas; sin duda, para atraérselos a su bando e intentar quebrar el dominio que Siracusa ejercía sobre los mismos. No obstante, y a pesar de la proximidad de Catana a Siracusa, para que los siracusanos sintiesen de cerca el poder ateniense, era necesario disponer de una posición más próxima a la ciudad; aprovechando la confianza de los siracusanos en su superioridad, los atenienses consiguen alejarlos de su ciudad y, mientras, ellos conducen su flota a la zona del santuario de Zeus Olímpico, al Sur de Siracusa, donde desembarcan; se trataba de una zona elevada, próxima al puerto meridional de Siracusa y rodeada por barrancos y la zona pantanosa de Lisimelia. Sin duda, lo que los estrategos atenienses pretendían era forzar a los siracusanos al combate sin que éstos pudiesen utilizar su peligrosa y numerosa caballería e intentar dirimir la guerra en un único encuentro decisivo. En efecto, la batalla que tiene lugar poco después junto al río Anapo resulta favorable a los atenienses, que, sin embargo, no pueden explotar su éxito por el hostigamiento constante de la caballería enemiga; igualmente, y ante la inactividad ateniense, los siracusanos consiguen enviar un destacamento para proteger los tesoros del Olimpieo ante el temor (infundado) de que los atenienses intentaran hacerse con ellos. El otoño está ya avanzando y, ante la

imposibilidad de mantener esa posición durante el invierno, los atenienses se retiran a Catana y a Naxos a invernar, al tiempo que piden refuerzos, especialmente de caballería, a Atenas y a sus aliados. La incapacidad de Nicias de aprovechar esa victoria con alguna otra acción contra Siracusa fue severamente criticada en Atenas. Entretanto, Esparta decide socorrer a Siracusa y nombra, a tal fin, a Gilipo.

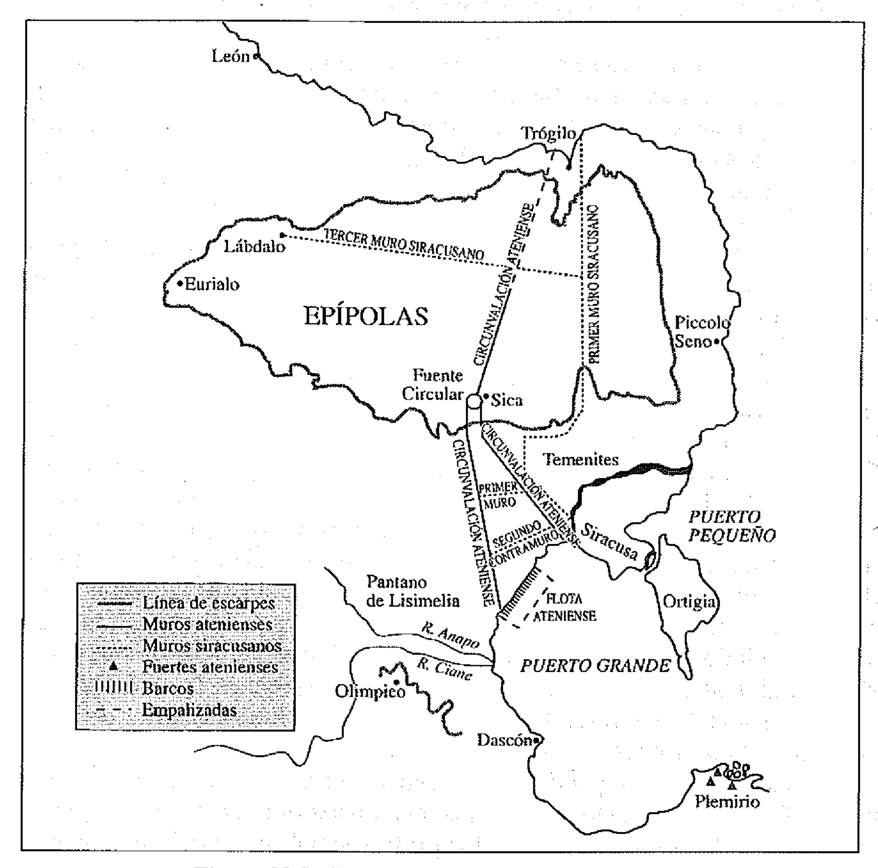


Figura 11.1. El sitio de Siracusa por los atenienses.

A la llegada de la primavera, se reanudan las operaciones militares; los atenienses, que han recibido los refuerzos solicitados, así como más dinero, van a dar inicio al asedio de Siracusa, para lo que necesitan ocupar las Epípolas, una amplia altiplanicie desde la que se dominaba toda la ciudad, lo

que hacen al primer intento ante la incredulidad de los siracusanos. Allí fortifican su posición y con ayuda de la caballería pueden plantar cara a los siracusanos, cuyo ejército aparece en permanente estado de desorganización a pesar de los esfuerzos de sus generales. Los atenienses utilizarán el fuerte que construyen, Sica, como elemento clave en su intento de bloquear Siracusa con un muro que llegue, por el Norte, al promontorio de Trogilo y por el Sur al puerto meridional de Siracusa o Puerto Grande. El plan siracusano, convencidos de lo infructuoso de buscar un enfrentamiento directo con los atenienses, muy superiores en cuanto a disciplina militar y menos vulnerables gracias a la caballería, consistirá en intentar construir muros transversales para evitar que los atenienses finalicen su circunvalación y consigan rendir la ciudad por el hambre y el aislamiento. Las siguientes semanas se pasan en intentos siracusanos por evitar el avance del muro ateniense y en escaramuzas variadas; en una de ellas morirá Lámaco, y Nicias quedará como el único general al mando. El muro ateniense avanza a buen paso y un momento decisivo se vive cuando la flota ateniense vuelve a fondear en el Puerto Grande; el bloqueo de Siracusa se va completando y entonces los indecisos, especialmente los sículos, que hasta entonces habían apoyado a la ciudad, se pasan al bando ateniense; éstos, además, reciben abundancia de suministros y apoyos y se inician conversaciones, en un primer momento privadas, con los siracusanos, que aún no han recibido la ayuda prometida por corintios y espartanos y que creen que su ciudad está perdida.

11.2.2. Fracaso de los planes atenienses y contraofensiva siracusana

En esos momentos (verano del 414), Nicias tenía la victoria, militar o diplomática, al alcance de la mano; podía haber aprovechado la amistad que mantenía con determinados individuos de Siracusa, o la no renovación del mandato de Hermócrates, o la presión militar para lograr una acuerdo con la ciudad siciliota; incluso podría haber intentado detener la flotilla que conducía a Gilipo a Sicilia, aprovechando la ola de simpatías que su bloqueo a Siracusa había provocado en la isla y en el mundo tirrénico. Sin embargo, Nicias parece haber mostrado poca iniciativa, contentándose con mantener el bloqueo, aunque sin apresurarse demasiado en completar la circunvalación, y esperar la rendición del enemigo.

Gilipo, sin embargo, consigue pasar el estrecho de Mesina, sin que los cuatro barcos que envía Nicias lleguen a tiempo para impedirlo y, al desembarcar en Hímera se sitúa a la retaguardia de los atenienses y en un área de la isla en la que podía obtener la ayuda de himereos y selinuntinos, eventualmente de los de Gela y, sin duda, de otras poblaciones sículas. Con ellos reúne un ejército de unos tres mil infantes y doscientos jinetes (D. S., 13.7.7)

que inicia la marcha hacia la ciudad sitiada; a ella, por ende, había llegado la noticia de la inminente llegada de Gilipo con refuerzos. A pesar de que éstos no eran, como vemos, muy numerosos, el efecto psicológico debió de ser grande en la ciudad, puesto que no sólo Corinto, su metrópolis, sino la propia Esparta había atendido su llamada y se disponían a prestarles ayuda. Gilipo se hace por sorpresa con el control de la parte septentrional de las Epípolas, impidiendo la culminación del muro de bloqueo ateniense por ese lugar mediante la construcción de un contramuro.

En la práctica, los sitiadores se han convertido en sitiados, como reconoce el propio Nicias en una carta que envía a Atenas para exponer su visión de los hechos y solicitar, o bien el envío inmediato de refuerzos, o bien la autorización para regresar a Atenas (Th. 7.11).

En esta carta, absolutamente pesimista y con un claro tono autoexculpatorio, Nicias intenta salvar su responsabilidad, haciendo parecer obra de la fatalidad la sucesión de acontecimientos y presentándose a sí mismo casi como un testigo impotente de esa fatalidad. A pesar de la malas noticias que envió Nicias, estaba ya en juego demasiado como para abandonarlo todo; en pleno solsticio de invierno del año 414, una época en la que era sumamente arriesgada la navegación, llegó uno de los nuevos generales nombrados, Eurimedonte, que ya había combatido en Sicilia durante la primera expedición, con diez barcos y una importante suma de dinero para restaurar la moral de las tropas y anunciar la llegada, durante la primavera, de los refuerzos. Corinto y Esparta, por su parte, también preparan el envío de más refuerzos a Sicilia y Esparta, acicateada por Alcibíades, cada vez consideraba como más próximo el momento de reiniciar la guerra en Grecia. En efecto, al iniciarse la primavera del 413 los espartanos penetran en el Ática y fortifican Decelía. Las implicaciones de este hecho las analizaremos en un apartado ulterior.

Con la fortificación de Decelía la paz, tan trabajosamente mantenida, al menos formalmente, a pesar de las repetidas violaciones, quedaba definitivamente rota y, en este momento, la posibilidad de acabar con un ejército y una flota tan numerosa, y que se hallaba tan lejos de Atenas, fue vista como algo prioritario. Esparta, Beocia, Corinto y Sición enviaron unos 1.600 hoplitas a Sicilia; Atenas, que había comprendido cuánto se jugaba en Sicilia también envió 1.200 hoplitas atenienses y muchos otros de los aliados, 60 de sus naves y 5 de Quíos, así como numerosos suministros, bajo el mando del otro general nombrado, Demóstenes, el vencedor de los espartanos en Esfactería.

Puesto que Nicias no se había atrevido a forzar una batalla naval contra los siracusanos, Gilipo vio con claridad que una derrota de la flota ateniense precipitaría la caída de todo el ejército al quedarse aislados y consiguió convencer a sus aliados siracusanos, con la ayuda de Hermócrates, de las ventajas que una victoria podría proporcionarles. En la batalla naval que siguió, la mayor preparación de la flota ateniense consiguió desbaratar a la siracusana, pero Nicias

no pudo evitar que cayese en manos enemigas Plemirio, que era el objetivo principal de la acción y donde se hallaba todo el equipamiento de la flota, así como los almacenes de que se surtía el ejército. El acceso al Puerto Grande se vio enormemente dificultado y con ello empeoró la situación del ejército, que podía recibir sus suministros con mayor dificultad.

La llegada de Demóstenes y Eurimedonte, con 73 naves, 5.000 hoplitas y gran número de lanzadores de jabalina, honderos y arqueros, reequilibraba, a priori, la situación.

La táctica de Demóstenes consistía en intentar finalizar la circunvalación de Siracusa por las Epipolas para consumar el bloqueo y para ello lanza un ataque nocturno; el relato de Tucídides muestra, en todo su dramatismo, el inmenso error de ese ataque, puesto que, ante la imposibilidad de reconocerse amigos y enemigos, y al haber cedido en primer lugar los atenienses y lanzarse a la fuga, la matanza fue muy elevada, siendo las bajas, en gran medida, causadas más por tropas amigas que enemigas y por la estampida que se produjo entre los atenienses, muchos de los cuales murieron al caer por los barrancos que rodeaban las Epípolas. Plutarco cifra en dos mil los muertos (Plu. *Nic.* 21.11), mientras que Diodoro los eleva a dos mil quinientos (D. S. 13.11.5), lo que es un número muy alto de bajas.

Esa derrota de un ejército recién llegado acabó con las esperanzas atenienses; Demóstenes planteó una retirada inmediata, aprovechando que todavía era factible la navegación (era finales de julio o principios de agosto del 413); Nicias, no obstante, defendía la permanencia, en parte por temor a que la decisión de levantar el sitio le acarrease una acusación en Atenas y una condena a muerte, y en parte porque confiaba en que una parte de los siracusanos promoviese alguna sedición que les permitiese acabar rápidamente la guerra. La situación, sin embargo, se iba deteriorando en el campamento ateniense; la proximidad de zonas pantanosas y la aglomeración de personas provocaba abundantes infecciones y a ello se unía que los siracusanos estaban reuniendo nuevos aliados que reforzarían su posición. Ante esa situación empezó a considerarse la partida, que fue preparada con el mayor sigilo; eso habría salvado a los atenienses, de no haber sido porque el 27 de agosto del 413 se produjo un eclipse de luna que aterrorizó al ejército y al propio Nicias.

En su deseo de levantar el sitio, los atenienses reconocían implícitamente su inferioridad; al no realizarlo por el temor supersticioso que invadió al ejército y a Nicias, habían perdido, sin saberlo, su última oportunidad de acabar la campaña, si no con honor, sí al menos con vida. Los siracusanos inician acciones de acoso permanente, por mar y por tierra, que provocan el desánimo ateniense y la muerte del estratego Eurimedonte. El paso siguiente es bloquear el puerto con barcos anclados y unidos entre sí con cadenas para impedir la partida ateniense y capturar a todo el ejército; los atenienses, deci-

didos a no dejarse encerrar, arman todas las naves disponibles, unas ciento diez, con la intención de romper el bloqueo y, en caso contrario, quemar los barcos y retirarse por tierra. La batalla del Gran Puerto, saldada con una nueva derrota ateniense, y la negativa en redondo de los hombres a volver a montarse en los barcos, determinó a Nicias no a realizar ningún nuevo intento, a pesar de que aún disponía de sesenta naves, sino a iniciar la retirada esa misma noche. Ya todo estaba perdido y sólo quedaba salvar la vida.

11.2.3. La retirada y el desastre

El ejército abandonó sus posiciones dejando tras de sí la mayor parte de la impedimenta, así como a los heridos e impedidos, a pesar de lo cual el número de los que se pusieron en marcha rondaba los cuarenta mil hombres (Th. 7.75.5), de los que al menos la mitad eran combatientes. Un ejército aún tan numeroso podría haber causado importantes daños a sus eventuales perseguidores, como muestran ejemplos parecidos (por ejemplo, la *Anábasis* de los Diez Mil), pero da la impresión de que la desmoralización era tremenda y seguramente el carácter de Nicias, a pesar de las buenas palabras que daba a sus tropas, no debía de contribuir demasiado a quebrar el ambiente de desesperanza; Tucídides describe con detalle y con conscientes reminiscencias homéricas esta huida a ninguna parte.

Ante la imposibilidad de forzar su paso hacia el Oeste de la isla, deciden dirigirse hacia el Sur por el camino hacia Eloro, paralelo a la costa para, en donde resultara más idóneo, reiniciar su penetración hacia el interior, controlado por los sículos. Sin embargo, en el momento de la partida, la parte del ejército comandada por Nicias salió antes y con más orden, mientras que la división de Demóstenes avanzaba bastante más retrasada, y más desorganizada. Gilipo aprovechó esta coyuntura y consiguió cercar al ejército de Demóstenes, sometiéndolo durante un día entero a una lluvia incesante de proyectiles, evitando el combate cuerpo a cuerpo. Al final, y tras ofrecerles cuartel, los seis mil supervivientes se rindieron. Al enterarse Nicias de la rendición de su colega, ofrece capitular, lo que rechazan tanto Gilipo como los siracusanos, que siguen hostigando al ejército; la retirada se convierte en una huida desesperada y al cruzar el río Asinaro, cuyas orillas eran bastante escarpadas, se produjo una gran matanza. Los que habían logrado sobrevivir, entre ellos Nicias, se rindieron.

Los prisioneros, no menos de siete mil, fueron encerrados en las canteras de Siracusa o latomías, y los dos estrategos atenienses fueron ejecutados.

Los juicios sobre las causas de la derrota ateniense han sido muy numerosos a lo largo del tiempo y es difícil decantarse por una causa única; lo más probable es que sea una conjunción de varios motivos lo que permita explicar cómo un

ejército tan poderoso y una flota tan inmensa y bien preparada pudieron ser tan completamente aniquilados. Hay que valorar, entre las causas de la derrota atribuibles a los atenienses la temprana partida del muñidor de la empresa, Alcibíades, con todo lo que ello implicaba no sólo de pérdida de la iniciativa, sino, además, de posibilidad de brindar informaciones fidedignas al enemigo una vez que se refugió en Esparta; también habría que valorar la táctica inadecuada, ya que en lugar de lanzar un ataque directo contra la ciudad se perdió demasiado tiempo durante el primer año; igualmente, el escaso uso que los atenienses hicieron de su inicial superioridad naval, dejándose encerrar en el Gran Puerto y convirtiéndose en esclavos de la circunvalación a la ciudad, que sustrajo del combate a

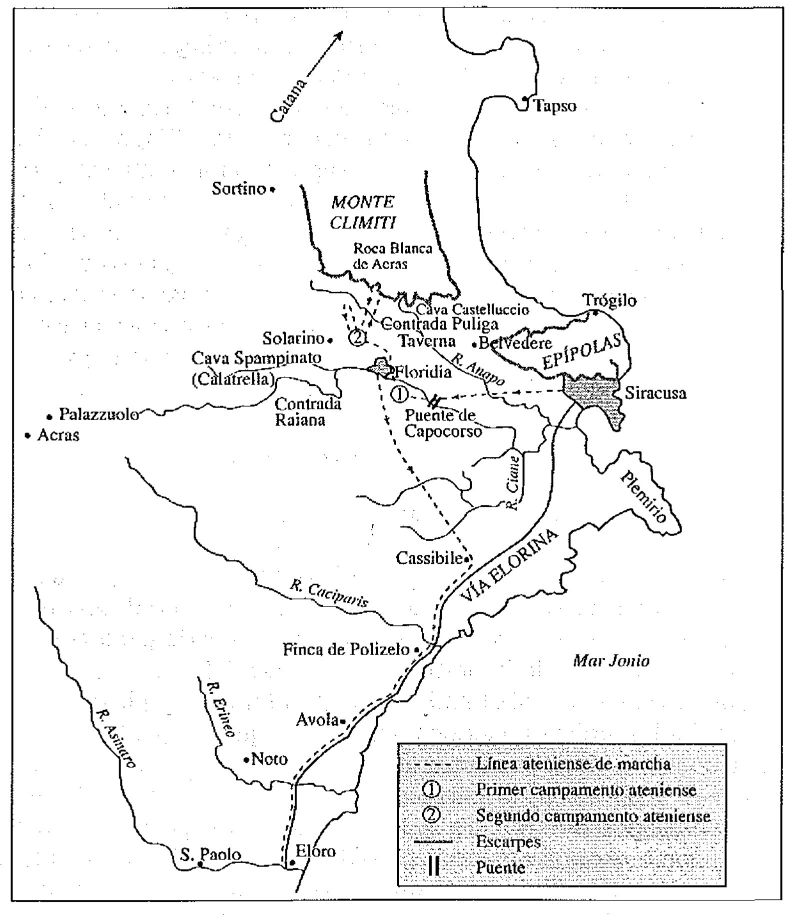


Figura 11.2. La retirada del ejército ateniense.

un ejército excelentemente instruido y que no estaba diseñado para realizar labores de guarnición. A pesar de que la mayoría de los griegos de Sicilia estaban del lado de Siracusa, uno de los éxitos atenienses, que, sin embargo, no fue suficientemente aprovechado por ellos, fue atraerse a la mayor parte de las poblaciones sículas de la isla, que en su inmensa mayoría habían adoptado las tácticas y las formas de combate griegas y que, precisamente por ello, habrían podido ser de gran ayuda de no haberse obcecado los generales en el asedio a Siracusa, dejando el resto de la isla en manos de sus enemigos, que pudieron moverse por ella con total tranquilidad. A todo ello habría que añadir la incompetencia o, cuando menos, la pusilanimidad de Nicias, incapaz de realizar acciones imaginativas, que, una vez perdida la iniciativa, hubieran sido el único medio de salvar la situación. Los atenienses no supieron aprovechar su superioridad naval ni el mejor adiestramiento de su ejército hoplítico; se dejaron llevar por los acontecimientos en lugar de imponerse a ellos y cometieron errores tácticos imperdonables. La calidad de los generales no estuvo a la altura de las circunstancias.

En cuanto a las razones del éxito siracusano, además de los errores del enemigo, una parte importante del mismo le corresponde a Gilipo; éste, llegado a la isla con un número reducido de tropas, supo atacar a los atenienses por su parte más vulnerable, como eran las ingentes obras de circunvalación, y consiguió encerrarlos en su propia trampa; supo, con la ayuda de los siracusanos, atraerse a la mayoría de las ciudades griegas de la isla, dejando prácticamente aislados a los invasores y supo, por fin, cuando aún los atenienses eran, aunque retirándose, un enemigo respetable, disponer una estrategia de acoso permanente, que acabó dando sus frutos, hundiendo la moral enemiga.

11.3. La guerra de Jonia o de Decelía (413-404)

11.3.1. La reanudación de las hostilidades

La llegada de las noticias de la pérdida del ejército y la flota de Sicilia supuso para Atenas un durísimo golpe, sobre todo porque desde la primavera de ese año la guerra con Esparta se había reanudado y, ciertamente, no en condiciones demasiado favorables para Atenas.

Atenas, que se había abstenido de responder a las peticiones que les hacían sus aliados argivos para que realizasen ataques contra la propia Lacedemonia, contentándose con lanzar correrías desde Pilo hacia Mesenia y a otros lugares del Peloponeso, cambia de estrategia en el año 414; sin duda, ante las buenas perspectivas de éxito en Sicilia, y dirige un ataque contra territorio laconio, desembarcando en Epidauro Limera, Prasias y otros lugares. Como asegura Tucídides, esto dio a los espartanos un clarísimo motivo para actuar contra Atenas, alegando defensa propia (Th. 6.105.2). Es posible

que ya en esos meses del verano del 414 se iniciasen los preparativos para la invasión del Ática, en un momento en el que Atenas estaba a punto de contar ya con dos ejércitos en Sicilia sin que los peloponesios hubiesen desviado allí demasiadas tropas, pues eran Siracusa y sus aliados siciliotas quienes corrían con el peso de la guerra.

Tomada la decisión, en el 413 el ejército aliado, encabezado por el rey Agis, penetra en el Ática y se dirige a Decelía, en parte siguiendo las sugerencias de Alcibíades, pero en parte también porque ya se habían visto sus posibilidades. Decelía estaba a unos 18 km de Atenas, prácticamente a medio camino entre ésta y Beocia y su emplazamiento elevado permitía controlar no sólo los campos de los atenienses, sino también lo que ocurría en el Pireo. El fuerte, que iba a ser custodiado por turno por las diferentes ciudades aliadas, iba a servir como base para incesantes ataques contra el territorio ático, lo que acabó con aquella sensación de seguridad que las murallas de la ciudad, los Muros Largos y el muro del Falero habían dado a los atenienses durante la guerra arquidámica. Los atenienses no podían utilizar su territorio, los esclavos se fugaban (se habla de más de veinte mil huidos), los rebaños se habían perdido. Además, la llegada de víveres por tierra era sumamente difícil, porque Decelía controlaba la ruta desde Oropo, lo que obligaba al abastecimiento por barco, agravado por el hecho de que la ciudad no podía autoabastecerse; además, la producción de plata de Laurio se había resentido también por la huida de los esclavos.

Ésta era la situación que reinaba en la ciudad cuando llegó la noticia del desastre siciliano, que no podía sino aumentar la sensación de temor y de aprensión entre el *demos*. A partir de este momento, y hasta el final de la guerra, vamos a asistir a un recrudecimiento de la lucha política, con un aumento de los conflictos civiles y diferentes cambios de régimen. Posiblemente el precedente lo tengamos en la primera medida que se toma en Atenas, seguramente por la presión de las heterías oligárquicas, que serán quienes capitalizarán el descontento del *demos* hacia los dirigentes democráticos más radicales, considerados culpables últimos del fracaso; esa medida consistía en nombrar a una comisión de diez ancianos, *probouloi*, que serían encargados de moderar las decisiones a debatir por la asamblea. Se tomaron todo tipo de medidas destinadas a asegurar los suministros, la lealtad de los aliados y la construcción de una nueva flota, pero la limitación de los poderes absolutos de la asamblea mediante esos próbulos era un grave precedente, imposible de imaginar tan sólo unos meses antes.

Atenas, dentro de lo grave que era la situación, había tenido, si es que puede llamarse así, suerte, puesto que el verano ya estaba acabando, lo que le daba un cierto respiro porque le dejaba unos meses para intentar recuperarse; esos meses de invierno, sin embargo, también fueron aprovechados por los espartanos y sus aliados, que apuestan ahora decididamente por una política de cons-

trucción naval a gran escala, cifrada en cien naves. Pero también en esos meses se estaba fraguando aquello que más temían los atenienses y que pondría en grave riesgo la capacidad de Atenas para proseguir la guerra: la defección de los aliados. Eubea, Lesbos, Quíos, Eritras entablan contactos con Esparta para preparar su abandono de la alianza ateniense. Los persas, a través de dos embajadas diferentes, también intentan que los espartanos intervengan en diferentes ámbitos de los controlados por Atenas, unos en el Helesponto, otros en Quíos y Jonia. Cada una de esas medidas contaba con sus partidarios y detractores tanto en Esparta como en el conjunto de la Liga y al final, en la reunión del Consejo de la Liga en Corinto, se opta por una solución de compromiso, consistente en dirigirse primero a Quíos, luego a Lesbos y luego al Helesponto, para desligar esos territorios de la alianza ateniense. Poco después tiene lugar la defección de Mileto.

11.3.2. Los reveses atenienses y la alianza de Esparta y Persia

La pérdida de aliados tan importantes como Quíos y Mileto ponía en serios apuros a Atenas; mientras tanto, los persas, que en parte habían actuado como instigadores de todas esas operaciones, siguen dispuestos a seguir financiando la guerra a condición de que se les reconozcan los derechos sobre todos los territorios que habían conquistado y que habían perdido tras las Guerras Médicas y las sucesivas campañas atenienses. En el primer tratado que establecen con los espartanos, éstos aceptan todas las pretensiones persas; estaba claro que Esparta no iba a defender la libertad de esas *poleis* frente al Gran Rey, aunque es posible que los espartanos no diesen demasiada publicidad a esos acuerdos.

La situación, sin embargo, no era desesperada para los atenienses, puesto que Samos, después del estallido allí de una revuelta democrática, que fue apoyada por Atenas, convertirá a la isla en un importante baluarte para Atenas.

Durante el invierno del 412/411 Atenas va recuperándose y en Samos se llegan a concentrar entre ciento cuatro y ciento veintinueve naves, que se reparten las principales misiones: atacar Quíos por mar y tierra y bloquear Mileto. Seguramente para ganar tiempo atrayéndose a nuevos aliados o evitar que otros hiciesen defección, tanto la flota ateniense como la peloponesia estuvieron sumamente activas durante ese invierno. También Esparta realiza un nuevo tratado con los persas que insiste en cláusulas ya presentes en el anterior, pero que parece hacer ahora más hincapié en los aspectos económicos de la guerra. No obstante, ninguno de los tratados agradaba plenamente a todos los espartanos, como se demostró ese mismo invierno, cuando una flota peloponesia, que transportaba a once consejeros (*symboloi*) espartanos del navarco Astíoco, se reunió en Cnido con el sátrapa Tisafernes. Uno de los consejeros, Licas, le hace ver a éste que resultaba

inaceptable la pretensión del Rey de volverse a hacer con el control de las islas y, sobre todo, de Tesalia, las Lócrides y Beocia, territorios todos ellos que se habían sometido a los persas durante las Guerras Médicas. Eso supone un duro golpe para la política persa y pondría en peligro la financiación de la guerra; sin embargo, la flota peloponesia es ahora muy numerosa y tienen esperanzas de seguir atrayéndose aliados que contribuyan al esfuerzo bélico. Esta política tendrá un importante éxito inicial al conseguir que las ciudades rodias cambien de bando y se pasen a los peloponesios.

La actitud de Tisafernes, por otro lado, parece haberse guiado, al menos en parte, por los consejos de Alcibiades, que había buscado refugio junto al sátrapa cuando su actitud le habían hecho sospechoso para los espartanos, que habrían dado incluso orden de asesinarlo. Haciendo gala de su carácter intrigante, conseguía, mediante su ascendiente con Tisafernes, obstaculizar las peticiones de los peloponesios, al tiempo que iba haciendo aproximaciones hacia los atenienses, a fin de congraciarse con ellos y preparar su vuelta a Atenas. Sin embargo, esta vuelta pretende ir unida a un cambio de régimen, puesto que Alcibíades reniega de la democracia que lo ha condenado a muerte. A cambio de conseguir la amistad de Tisafernes y del Rey con Atenas, ciudadanos influyentes, que se encuentran con la flota en Samos, ponen en marcha una conspiración oligárquica en connivencia con Alcibíades. Todo el plan cuenta con la oposición explícita del estratego Frínico.

Es enviada una embajada de la flota a Atenas, encabezada por Pisandro, que solicita un cambio de régimen ("otra forma de democracia" se le llama eufemísticamente) y el regreso de Alcibíades a cambio de la ayuda económica persa; ante las objeciones presentadas, Pisandro plantea la situación de la guerra como irresoluble, y minimiza las consecuencias de un cambio de régimen, que sólo supondría ser gobernados de forma más moderada y confiar el poder a unos pocos ciudadanos, dejando abierta la posibilidad de cualquier cambio ulterior, una vez que la presión de la guerra haya disminuido (Th. 8.53). Junto a la parte pública de su misión, que consiguió engañar al *demos*, seguramente aún impresionado por el desastre siciliano y confortado con la promesa de una revisión posterior, Pisandro también llevó a cabo una misión secreta, que nos detalla Tucídides:

> Y Pisandro se dirigió a todas las asociaciones políticas (*synomosiai*) que se daba la circunstancia que existían ya con anterioridad en la ciudad para tratar de influir en los juicios y en los nombramientos de cargos, y las exhortó a que se agrupasen y realizaran acciones en común a fin de acabar con el poder del pueblo (Th. 8.54.4; trad. de A. Domínguez).

Se trata, pues, de un auténtico golpe de mano oligárquico, que se vería acompañado por la creación de un estado de opinión dirigido concertada-

mente por las diferentes heterías que existían en la ciudad y que ya habían acreditado su capacidad para influir en la vida política de Atenas.

Pero Alcibíades tampoco tenía tanto poder como para forzar el abandono por parte de Tisafernes de la política de amistad con los peloponesios y tras conseguir la ruptura de las negociaciones con Pisandro y los embajadores atenienses, los partidarios de la oligarquía regresan a Samos y deciden llevar a cabo los planes trazados, prescindiendo de Alcibíades. Tisafernes, liberado de los atenienses, decide volver a asumir el mantenimiento de la flota peloponesia y realizar con ellos un tratado más aceptable que los dos denunciados por Licas; la principal modificación era la que aludía a que las tierras sobre las que el Rey reclamaba jurisdicción eran las situadas en Asia, dejando así fuera los antiguos territorios sometidos a los persas en Europa. Posiblemente este tratado era más del gusto de Esparta, puesto que no cuestionaba su autoridad sobre la Grecia continental.

Solucionado el problema económico, la flota peloponesia va a abrir un nuevo frente en el Helesponto en el 411, que se demostrará de gran importancia, puesto que esa región era de vital interés para Atenas, que necesitaba del trigo del Ponto Euxino para su subsistencia. Sin embargo, la situación política en Atenas está a punto de estallar de forma impredecible.

11.3.3. La lucha política en Atenas. La oligarquía de los Cuatrocientos

La sinuosidad del carácter de Alcibíades le había enfrentado, en las conversaciones con Tisafernes, a Pisandro y a aquellos que estaban dispuestos a recibirle en la ciudad y cambiar el régimen político. De vuelta a Samos, y una vez que se convencen de que con él tienen pocas cosas en común, deciden proseguir en el camino ya iniciado e intentar establecer un régimen oligárquico, aunque para ello necesitasen usar la fuerza. Pisandro y los embajadores atenienes proligárquicos se reparten el trabajo; mientras él con la mitad regresa a Atenas para conseguir el cambio político, los restantes embajadores se dirigen a las ciudades controladas por Atenas para propiciar en ellas modificaciones similares en sus ordenamientos políticos, intentando transformarlas de democracias que eran en oligarquías. Esta última política se iba a revelar contraproducente para los intereses de Atenas, puesto que una vez que los regímenes democráticos hubieron sido derrocados, los regímenes resultantes solían preferir a Esparta, que públicamente aseguraba que iba a liberar a las ciudades, por lo que se produjeron importantes defecciones, entre ellas la de Tasos.

En Atenas, las heterías oligárquicas habían empezado a hacer buena parte del trabajo sucio, asesinando a prominentes demócratas para ir allanando su toma del poder y proclamando como cifra idónea de ciudadanos con ple-

nos poderes políticos la de cinco mil. El sistema democrático seguía funcionando formalmente como antes, aunque los conjurados, que, sin duda, constituían una tupida red de intereses, se encargaban de que no se hiciese nada que ellos previamente no hubiesen supervisado. Una situación de terror se implanta en Atenas, donde la desconfianza y el recelo están a la orden del día, máxime cuando los asesinatos se producían con total impunidad. Todo ello indica hasta qué punto estaban extendidas las redes de las heterías oligárquicas en Atenas. La situación de terror e inseguridad creada facilita el trabajo de Pisandro y sus compañeros cuando regresan; la *ekklesia* es reunida en un lugar poco habitual, en un santuario de Poseidón situado a las afueras de la ciudad, y allí se aprueba que cualquiera que moviese un procedimiento de ilegalidad (*graphe paranomon*) contra el ponente de cualquier propuesta sería susceptible de ser castigado con grandes penas. Esto acababa, de raíz, con una de las bases de la democracia ateniense, la continua supervisión del *demos* expresada mediante el procedimiento de ilegalidad que cualquier ciudadano podía impulsar. Sin esta traba legal, los oligarcas pudieron proponer ya cualquier medida que la asamblea, exigua y aterrorizada, aprobó sin demasiados problemas. Para garantizar la participación adecuada de los diferentes círculos oligárquicos, nombran a cinco proedros que, a su vez, elegirían a cien ciudadanos, cada uno de los cuales, por su parte, elegiría a otros tres. El organismo resultante, el Consejo de los Cuatrocientos, tendría plenos poderes; la única concesión a las promesas que habían realizado en los momentos previos de la conjura era que convocarían, cuando lo creyeran conveniente, a los Cinco Mil. La asamblea que aprobó esas medidas se disolvió sin problemas y la toma del buleuterio también fue pacífica, a pesar de que los conjurados habían acudido a la sede del Consejo armados y acompañados de una fuerte escolta también armada. Frente a lo que temían, no parece haberse producido reacción alguna en la ciudad.

Pisandro había sido el autor de todas esas propuestas, pero Tucídides asegura que quien estaba detrás de todo, el que realmente había ideado la conjura, era el orador Antifonte; también Frínico y Terámenes aparecen distinguidos por el historiador como algunos de los elementos más valiosos del nuevo sistema (Th. 8.68). Una vez en el poder, condenaron a muerte a algunos ciudadanos, a otros los mandaron encarcelar y a otros los enviaron al exilio; una de sus primeras medidas políticas fue enviar dos embajadas, una al rey Agis, que comandaba la guarnición de Decelía, y otra al grueso del ejército y la flota, que se hallaba en Samos. La aproximación a Esparta fracasa, como también la misión a Samos. Allí se hallaba la flota, tripulada en su mayoría por los *thetes*, que, a pesar de que los embajadores oligárquicos pintaban una situación menos grave de lo que realmente era, puesto que mantenían la ficción del gobierno de los Cinco Mil (o precisamente por ello), no estaban dispuestos a dejarse desposeer sin más de unos derechos de los que disponían des-

de hacía cerca de cien años. La reacción de la flota no se hace esperar y los ciudadanos, reunidos en *ekklesia*, eligen nuevos mandos, entre ellos a Trasibulo, y rompen con Atenas, haciendo un balance de sus medios y sus posibilidades, que son percibidos como muy superiores a las que quedan en la propia ciudad, y después de observar que la ciudad les ha traicionado al abolir las leyes patrias, que ellos seguían observando. Tras intensos esfuerzos Trasibulo consigue que los soldados acepten el regreso de Alcibíades, que sigue presentándose como confidente de Tisafernes, a cambio de la ayuda del sátrapa. Todas estas andanzas provocan también la desconfianza en la flota peloponesia acerca de las verdaderas intenciones de Tisafernes.

La tensión en estos momentos es grande en todos los frentes; la flota peloponesia, mal abastecida debido a la política dilatoria de Tisafernes, no se decide a actuar contra la ateniense y los atenienses están divididos entre su deseo de regresar a Atenas y acabar con los oligarcas y el riesgo que supone dejar en posesión del mar a los enemigos. En la propia Atenas, los oligarcas empiezan a mostrar fisuras, dividiéndose entre los más moderados, entre ellos Terámenes, que defienden un régimen más abierto, el de los Cinco Mil, y los más radicales, interesados en un rápido entendimiento con Esparta que les permitiese, en el peor de los casos, conservar sus vidas y su posición. Dentro de la propia Atenas tampoco los hoplitas están satisfechos con la marcha de la situación, puesto que nadie sabe quiénes van a formar parte de los Cinco Mil, que en la práctica no existen, ni cómo se van a articular las relaciones entre ellos y los Cuatrocientos. Por ende, aumentan las sospechas de que los más radicales de los oligarcas preferirán entregar la ciudad a los espartanos antes que perder el poder. La situación se agrava tras la ocupación de la isla de Eubea por los espartanos, que se había convertido, tras la fortificación de Decelía, en la principal fuente de suministros para Atenas; como en otras ocasiones, los espartanos no aprovechan su victoria y no marchan directamente contra el Pireo, en un momento en el que Atenas ya no disponía apenas de naves tras la batalla previa.

La pérdida de Eubea acaba con la credibilidad de los Cuatrocientos; los atenienses, reunidos en asamblea, destituyen a estos oligarcas y establecen el sistema de los Cinco Mil, del que formarían parte quienes pudieran costearse el armamento hoplítico. Esta reacción es comprensible al ser precisamente hoplitas la mayoría de los que se encuentran en ese momento en Atenas y al haber mostrado, en las semanas anteriores, su oposición al régimen de los Cuatrocientos; el nuevo régimen contaba con las simpatías de muchos atenienses, entre ellos el propio Tucídides (Th. 8.97.2).

La prosecución de las operaciones militares, con la victoria naval de la flota ateniense dirigida por Trasibulo y Trasilo en Cinosema, en aguas del Helesponto, infunde nuevos ánimos a los atenienses, que, desde la derrota de Sicilia, habían mirado con aprensión a la flota peloponesia; además, la noticia llegó a Atenas en un momento favorable, puesto que la pérdida de Eubea

y los conflictos civiles que precedieron a la expulsión de los Cuatrocientos habían sumido a la ciudad en un cierto desánimo. Las operaciones posteriores a la batalla reafirman, siquiera momentáneamente, el control ateniense sobre esa área tan vital para sus intereses.

11.3.4. La parcial recuperación ateniense; la rehabilitación de Alcibíades y su caída (411-407)

El Helesponto se ha convertido en el nuevo teatro de operaciones, toda vez que la situación de la flota peloponesia en Mileto se había hecho cada vez más inestable y menos fructífera; sin duda, también las aspiraciones e intenciones de los dos sátrapas persas implicados, Tisafernes, interesado en recuperar para el Gran Rey Jonia, y Farnabazo, el sátrapa de Dascilio, más interesado en quebrantar el dominio ateniense sobre los accesos al Ponto, juegan también su papel en esta fase de la guerra. En los meses siguientes a la batalla de Cinosema se suceden los ataques y contraataques de ambos bandos. La batalla de Cícico (marzo del 410) es un espléndido ejemplo de batalla naval y terrestre en el que la cuidadosa planificación de la acción condujo al arrollamiento del ejército peloponesio, a la muerte del propio navarco espartano y a la liberación de Cícico.

Esparta solicita la paz inmediatamente después del desastre de Cícico, pero ahora Atenas se siente, de nuevo, en posición de superioridad y no acepta. Es posiblemente después de la recuperación de Cícico cuando Atenas abandona el régimen de los Cinco Mil y restaura su democracia tradicional.

Tras los éxitos militares de los últimos años, Alcibíades prepara su regreso a Atenas, una vez que se ha asegurado de que será bien recibido; ya allí (407) pronuncia un discurso ante el Consejo y la asamblea donde se autoexculpa de todas las acusaciones que se habían vertido contra él; los ánimos en Atenas están exaltados ante el retorno del responsable de las últimas victorias y los enemigos del general no se atreven a mostrar su oposición. Se decreta la restitución de sus propiedades y su plena rehabilitación política y, al tiempo, se le nombra *hegemon autokrator* (X., *HG*, 1.4.20; D. S. 13.69.3; Plu. *Alc.* 33.2), algo así como general con plenos poderes, lo que le sitúa por encima de sus colegas en el generalato; como elemento de profundo simbolismo, el propio Alcibíades dirige la procesión sagrada hasta Eleusis, de cuyos Misterios él mismo había hecho burla grotesca, por tierra, algo que no se había podido hacer desde la fortificación de Decelía. Es el momento del triunfo de Alcibíades, y Atenas se ve ya vencedora en la guerra. La reconciliación en la ciudad parece asegurada y todos ven en el vencedor de los espartanos en varias ocasiones al individuo que los conducirá a la victoria. Sin embargo, en el bando contrario también se están produciendo reacciones y se está aprendiendo de los errores cometidos.

Esparta nombra navarco de la flota a Lisandro (407), que resultará ser uno de los principales responsables de la victoria final peloponesia; al tiempo, el rey Darío II envía a uno de sus propios hijos, Ciro, a hacerse cargo personalmente de la situación en el escenario de la guerra. La llegada de Ciro, y con él la entrada masiva de dinero persa, generosamente aportado por el hijo del rey, frente a las irregulares aportaciones que entregaban los sátrapas, introdujo una súbita inyección de recursos a las decrépitas arcas de la flota peloponesia; por otro lado, Lisandro es, junto con Brásidas, uno de los generales más brillantes en el lado espartano de toda la guerra. El acuerdo, desde el primer momento de su relación, entre ambos hombres, el espartano y el persa, iba a acabar con el doble juego que había caracterizado la política de Tisafernes.

En el 406 vemos a Alcibíades de nuevo en aguas de Jonia, al mando de la flota; su piloto, dejado temporalmente al frente de la misma, comete la imprudencia de forzar un combate naval con Lisandro en Notio. Un pequeño enfrentamiento, en el que se ven implicados primeramente unos pocos barcos, acabará forzando a las dos flotas a la intervención, y los atenienses acabarán derrotados, perdiendo entre quince y veintidós trirremes. Alcibíades, destituido, se refugiará en sus castillos del Quersoneso Tracio. Será Conón el encargado de reorganizar la flota ateniense.

11.3.5. La derrota ateniense (406-404)

La expiración del mandato de Lisandro provoca tensiones en los espartanos destacados en Jonia, entre los que el antiguo navarco debía de tener importantes partidarios. La guerra, sobre todo en esta última fase, está ya haciéndose insoportablemente larga; Atenas no ha sabido aprovechar sus victorias en el Helesponto y la derrota de Notio, tampoco excesivamente grave, había quebrado nuevamente la confianza ateniense y ni tan siquiera Conón, sucesor en el mando de Alcibíades, pudo evitar quedar bloqueado en Mitilene frente a una flota peloponesia que se recuperaba rápidamente gracias a los recursos que Persia entregaba. Atenas necesita, cada vez más, una victoria rápida y resonante; sus recursos, humanos y materiales, están al borde del agotamiento y no pueden permitirse el lujo de perder lo que les queda de la flota, al mando de Conón. En una decisión que no cabe duda de calificar de emergencia los atenienses aprueban el envío en socorro de los bloqueados de una nueva flota compuesta de ciento diez barcos, que fueron armados en el breve tiempo de treinta días, y que serían tripulados tanto por libres como por esclavos e, incluso, hecho insólito, por muchos caballeros (*hippeis*) (X. *HG*. 1.6.24). Tanto el esfuerzo material, los ciento diez trirremes, como el recurso extraordinario a ciudadanos que, como los *hippeis*, jamás formaban parte de las tripulaciones de los barcos indican que Atenas está a un paso del agotamiento y que la situación se ha vuelto desesperada.

La batalla, que se dio junto a las islas Arginusas, enfrente de Mitilene, supuso la victoria ateniense, debido a la mejor preparación de su flota y, posiblemente, a la muerte del navarco espartano tras haber caído al mar. Lamentablemente, Atenas no supo aprovechar por completo su victoria, puesto que una tempestad impidió que se recogiese a los náufragos y a los muertos, lo que provocó el juicio a los seis estrategos que habían dirigido la flota, entre ellos el hijo de Pericles. A pesar de los debates y maniobras que se suceden, se acaba votando sobre la culpabilidad conjunta y los estrategos son condenados, siendo ejecutados los seis en Atenas, aunque poco después, y como suele ser frecuente en Atenas, los ciudadanos se arrepienten de su decisión y emprenden acciones contra los responsables del proceso (X. *HG.* 1.7).

Los partidarios de Lisandro en Esparta, y seguramente también entre los aliados, consiguieron que éste volviera a ejercer el mando de la flota, no de forma directa, puesto que no se podía desempeñar el cargo de navarco más de una vez, pero sí como secretario (*epistoleus*) de la misma. La reasunción del mando por Lisandro (405) permite de nuevo la masiva afluencia de dinero persa, con el que el espartano puede paliar las pérdidas del año anterior en las Arginusas y Lisandro reinicia una política agresiva especialmente centrada, nuevamente, en el Helesponto. Lisandro estaciona su flota en Lámpsaco y los atenienses escogen Egospótamos, enfrente de la ciudad, pero una zona desabastecida. Lisandro estableció barcos espía que le informaban de los movimientos atenienses y sorprendió a toda la flota y a sus tripulaciones en tierra, inermes, con excepción de los barcos de Conón, que consiguieron hacerse a la mar y escapar. Lisandro se dirige inmediatamente a Bizancio y Calcedonia, que caen en sus manos.

Atenas no disponía de más recursos y, para agravar la situación, Lisandro permitía que las guarniciones atenienses que se le rendían regresasen a Atenas para que se agolpasen en la ciudad y sintiesen pronto la escasez de víveres, puesto que con el control del Bósforo y del Quersoneso podía interrumpir el tránsito de barcos cargados de cereal con destino a Atenas. Lisandro libera del dominio ateniense al resto de los territorios que aquélla controlaba, salvo Samos, y anuncia su inminente llegada al Ática; el ejército de tierra peloponesio marcha en masa hasta Atenas, que se ha preparado como ha podido para el asedio. La hambruna se declara en Atenas, pero a los atenienses les preocupa sobre todo el temor a sufrir en sus propias carnes lo mismo que ellos han hecho sufrir a los demás.

En las negociaciones de paz, y frente a las propuestas de algunos de los aliados de Esparta, sobre todo corintios y tebanos, que pedían lisa y llanamente arrasar Atenas y vender como esclavos a sus habitantes, Esparta acaba imponiendo sus condiciones: que se derriben los Muros Largos y los del Pireo, que se entreguen todas las naves, excepto doce, que admitiesen a los desterrados y que se convirtiesen en aliados de Esparta, pero supeditados

a su hegemonía. Es el propio Terámenes, que había dirigido la embajada a Esparta, el que presenta a la asamblea las propuestas y las defiende; la asamblea las aprueba en abril del 404 y

> después de esto, Lisandro desembarcó en el Pireo, los exiliados regresaron y derribaron los muros al son de las flautas y con mucho entusiasmo, pensando que aquel día comenzaba la libertad para Grecia (X. *HG.* 2.2.23; trad. de J. Pascual).

La guerra había terminado, aunque a Atenas aún le esperaba lo peor, las represalias espartanas en forma de un inicuo Gobierno impuesto por la fuerza de sus armas, aunque con el agravante de que serían ciudadanos atenienses quienes servirían de instrumento de esa política. En el siguiente capítulo reflexionaremos sobre ese breve, aunque sombrío, período de la historia ateniense.

12. El destino de Atenas (404-403)

12.1. La conspiración oligárquica

La guerra del Peloponeso finalizaba, pues, en la primavera del 404 con la derrota de Atenas. Sin embargo, la firma del tratado con los lacedemonios no significó la paz inmediata, sino que la ciudad se sumergió durante un año y medio en un agudo conflicto interno.

La derrota dio a los oligarcas la oportunidad de derribar la democracia. Ya antes de que comenzaran las negociaciones de paz las *heterías* oligárquicas y otros oligarcas que no estaban encuadrados en ellas, y que hasta entonces habían tenido poca influencia, se organizaron con bastante eficacia y fueron aumentando rápidamente su fuerza. Aprovechando la confusión creada por la derrota, se introdujeron en buen número en algunas magistraturas. Luego, consiguieron el arresto de Cleofonte, el principal líder democrático, y bajo un pretexto fútil (zafarse de sus servicios militares, ya que no acudió a su puesto de guardia) aseguraron su ejecución. Otros líderes democráticos fueron también encarcelados por oponerse a las onerosas condiciones del tratado de paz.

El acuerdo de paz, que preveía el regreso de los exiliados, los oligarcas más radicales que habían sido desterrados tras la restauración democrática del 410, reforzó a los grupos antidemocráticos y abrió una nueva fase en la conspiración. Todas las heterías oligárquicas pactaron entre sí y nombraron cinco éforos, nótese el nombre espartano, para que coordinasen sus acciones. A partir de aquí orquestaron toda una campaña de propaganda que tenía como finalidad desprestigiar la democracia y favorecer la implantación de la oligarquía.

A pesar de todo, los oligarcas fueron incapaces de triunfar por sí mismos, de modo que, para vencer toda resistencia, se hizo necesaria la intervención de Lisandro y de los lacedemonios. Bajo la amenaza espartana, la asamblea ateniense fue forzada a aceptar que se eligiera un consejo de treinta ciudadanos con el fin de compilar las leyes tradicionales, nosotros diríamos con poderes constituyentes, lo que significaba en realidad la instauración de la oligarquía (verano del 404).

12.2. La oligarquía de los Treinta

El Consejo de los Treinta comenzó confeccionando una primera lista de mil ciudadanos, que formaban el núcleo de los oligarcas, entre los que designaron la Bulé de los Quinientos y diversos magistrados (Arist. *Ath.* 35.1). Nombraron, asimismo, diez arcontes para el Pireo que tenían encomendada la vigilancia del puerto, centro principal de la democracia. Organizaron también un cuerpo de policía fiel compuesto por trescientos azotadores, que sustituyó a los trescientos arqueros, esclavos escitas, de la Atenas democrática. Luego condenaron a muerte a los demócratas que estaban encarcelados e hicieron venir de Esparta una guarnición de setecientos hombres al mando del harmosta espartano Calibio. Los Treinta se comprometieron a mantener a la guarnición. El coste de esta fuerza supuso una fuerte carga para las finanzas de los Treinta, sobre todo teniendo en cuenta que el tesoro ateniense, tras la guerra, estaba exhausto y condujo a los oligarcas a una política de confiscaciones y ejecuciones para obtener los recursos necesarios.

Existió una legislación fundamental que se fue promulgando durante el dominio de los Treinta, que podemos llamar una *politeia* o constitución oligárquica y que conocemos de manera sumamente incompleta por los pocos datos que las fuentes nos han conservado y por la brevedad misma del régimen. En primer lugar abolieron toda forma de mistoforía. Los Treinta formaron un consejo permanente, cuyos miembros desempeñaban el cargo posiblemente sin límite temporal. Los Treinta dirigen la política exterior ateniense, por ejemplo, envían embajadas e introducen la guarnición peloponesia. Ordenan las detenciones, presentan las acusaciones y venden las propiedades confiscadas. Nombran también todo tipo de magistraturas: los hiparcos, los estrategos, los buleutas, los diez del Pireo. Elaboraron una lista de los Tres Mil ciudadanos que serían los únicos que gozarían de plenos derechos y se arrogaron la capacidad de introducir o borrar nombres a su antojo dentro del catálogo. Podían condenar a muerte, sin juicio, a quien no estuviera incluido en el catálogo de los Tres Mil. Parecen ocupar el lugar de los pritanos, que desaparecen, e incluso residen en la *Tholos* del ágora, sitio que anteriormente ocupaban los pritanos demócratas. Convocan, además, al Consejo y a la asamblea. Dentro del Consejo, ocupan la presidencia e influyen decisivamente en las votaciones llegando incluso a eliminar el voto secreto.

Los Treinta conservaron la Bulé de los Quinientos, que parece convertirse en el cuerpo legislativo y judicial principal. De hecho, la Bulé convalida las leyes presentadas por los Treinta y juzga a los ciudadanos que están incluidos en el catálogo de los Tres Mil. Parece claro que durante los Treinta los tribunales populares no funcionaron.

Existió también una asamblea, aunque su papel quedó muy desdibujado. Sólo los miembros de los Tres Mil pueden acudir y votar en ella y los Treinta procuraron reunirla lo menos posible (tenemos noticias de tan sólo una), según su propia conveniencia o en momentos de especial tensión.

En definitiva, los Treinta intentaron en todo momento conservar la mayor parte del poder en sus manos, convirtiéndose en una auténtica tiranía; Critias, uno de los miembros de los Treinta más radicales, lo proclama sin pudor, contestando a las críticas de Terámenes, otro de los Treinta más moderado:

> Pero si crees, porque somos Treinta y no uno solo, que se ha de utilizar menos en cierto modo este poder como una tiranía, eres un ingenuo (X. *HG.* 2.3.16).

Con todo, los oligarcas distaban mucho de formar un bloque homogéneo: entre ellos podía establecerse una amplia división entre extremistas y moderados. Los extremistas, bajo el liderazgo de Critias, un aristócrata que había sido exiliado en el 410, eran admiradores fervientes de Esparta y pensaban restringir el número de ciudadanos que gozaran de derechos políticos a un máximo de tres mil.

Por su parte, los oligarcas moderados, encabezados por Terámenes, un antiguo oligarca que había permanecido en Atenas después de la restauración democrática en el 410, defendían el final de las persecuciones tras la ejecución de los líderes democráticos y la extensión de los derechos políticos a todos los ciudadanos que tuvieran un censo hoplítico. Como decía el propio Terámenes:

> Combato a aquellos que no creen que haya una democracia auténtica si los esclavos y los que están dispuestos a vender la ciudad por una dracma no participan en el poder; a su vez soy siempre adversario de estos que no creen que se implante una oligarquía auténtica antes de disponer que la ciudad sea tiranizada por unos pocos. Sin embargo, el administrar el poder con los que pueden defenderlo con caballos y escudos reconocía con anterioridad que era lo mejor y ahora no cambio (X. *HG.* 2.3.48; trad. de O. Guntiñas).

Sin embargo, entre los Treinta predominaron los radicales. Después de la introducción de la guarnición lacedemonia, los Treinta comenzaron a gene-

ralizar las persecuciones que alcanzaban ya a algunos moderados; por ejemplo, condenaron a muerte a Nicerato, el hijo de Nicias. Estos excesos provocaron la primeras críticas de Terámenes, pero las ejecuciones continuaron y la oposición crecía día a día. En palabras de Jenofonte: "y como morían muchos injustamente y se veía reunirse a muchos y no sabían en qué pararía el régimen" (*HG.* 2.3.17). Con la intervención decisiva de Critias, el propio Terámenes fue finalmente condenado a beber la cicuta.

12.3. La guerra civil y la restauración democrática

La oligarquía de los Treinta provocó el exilio de muchos ciudadanos que se concentraron especialmente en la vecina Tebas, enemistada ahora con Esparta por la política abiertamente imperialista emprendida por los lacedemonios tras la guerra. Con el apoyo poco velado de una parte de los tebanos, algunos desterrados, encabezados por Trasibulo, un antiguo estratego demócrata, partieron de Tebas para cruzar la frontera del Ática. Así, setenta hombres ocuparon Filé, un fuerte en la falda del monte Parnés, construido durante la guerra de Decelía, sobre la ruta de Atenas a Tebas, dando comienzo, a la vez, a la guerra civil y al camino que llevaría a la caída del régimen oligárquico. Debido al mal tiempo, los Treinta no pudieron asediar Filé y estacionaron su ejército al Norte de Atenas. Poco después, los de Filé, que sumaban ya setecientos, derrotaron en una escaramuza al ejército de los oligarcas, que fue obligado a encerrarse en la ciudad.

Ante una previsible derrota, los Treinta trataron de asegurarse en Eleusis una posible salida. Arrestaron a trescientos eleusinos y consiguieron de la asamblea de los Tres Mil, presionada por la guarnición lacedemonia, su ejecución.

Luego de estos sucesos, los demócratas de Filé, ya más de mil, ocuparon el Pireo. Los Treinta marcharon contra ellos, pero fueron derrotados en Muniquia, uno de los barrios del puerto. El propio Critias murió en la batalla.

Después de este nuevo fracaso, la asamblea de los Tres Mil depuso a los Treinta, que marcharon a Eleusis junto con sus más acérrimos partidarios. Los Tres Mil eligieron diez magistrados que trataron de pactar con los demócratas del Pireo, pero fracasaron. Entonces enviaron una embajada a Esparta para solicitar su intervención. Temerosos de perder Atenas, los lacedemonios despacharon a Lisandro con un cuerpo mercenario que bloqueó el Pireo con la ayuda de la flota espartana.

Pero, una vez que Lisandro hubo partido, ante el miedo de que su intervención reforzara su poder, los dos reyes espartanos, Agis y Pausanias, unieron sus fuerzas y consiguieron de los éforos que Pausanias fuera enviado a Atenas con el ejército de la Liga del Peloponeso. Llegado a Atenas, Pausanias

derrotó a los demócratas, pero, en contra de las intenciones de Lisandro, reconcilió a ambas facciones, que firmaron un acuerdo por el que los atenienses renovaban el tratado de paz del 404, oligarcas y demócratas se conciliarían, depondrían las armas y se dispersarían, sólo los Once (los magistrados encargados de las ejecuciones), los Treinta y los diez magistrados del Pireo quedaban fuera de los pactos. Los oligarcas que sintieran temor podrían refugiarse en Eleusis y formar allí una comunidad separada.

Así, en el mes de octubre del 403, los demócratas marcharon en procesión a la Acrópolis para sacrificar a Atenea. La democracia quedaba nuevamente restaurada y, por fin, la ciudad recobraba la paz y el sosiego tras más de veintisiete años de lucha.

A los desastres del largo conflicto con Esparta se había unido ahora la terrible prueba de la oligarquía. Los Treinta ejecutaron a unos mil quinientos ciudadanos y a bastantes metecos, muchos otros tuvieron que emprender el duro camino del exilio y muchos perdieron sus propiedades. Los diques y astilleros fueron destruidos por los Treinta y el campo se vio una vez más saqueado durante la guerra civil. Asimismo, los pactos de reconciliación habían profundizado la fragmentación del Ática; a la pérdida de Oropo en el transcurso de la guerra del Peloponeso, venía a sumarse ahora la segregación de Eleusis. Pero la paz permitió al menos una cierta recuperación de la ciudad.

La parte menos usual del acuerdo de reconciliación consistía en la amnistía; con pocas excepciones, los que se quedaran en la ciudad no sufrirían persecución por lo que habían hecho durante la oligarquía salvo que hubieran cometido asesinatos con sus propias manos:

> Nadie podía ya presentar acusación contra nadie por las cosas pasadas, excepto los Treinta, los Diez, los Once y los que habían mandado en el Pireo, ni siquiera contra éstos, si rendían cuentas (Arist. *Ath.*39; trad. de J. Pascual).

Incluso en los casos de devolución de las propiedades confiscadas las tierras y las casas volvían a sus propietarios originales, pero las demás propiedades (dinero, mobiliario, esclavos) no retornaban a sus antiguos dueños, de modo que ambas partes perdían.

Si bien el resentimiento contra los oligarcas siguió siendo grande, la democracia restaurada se caracterizó por su moderación y por su respeto escrupuloso a la amnistía. Poco tiempo después, Eleusis fue reintegrada en el Estado ateniense (402/401). Aunque Atenas nunca alcanzaría las cotas de poder y riqueza del siglo V, más allá de la derrota en la guerra y de la violencia oligárquica, la vieja democracia ateniense resurgía con nueva vitalidad y fue capaz de desempeñar un papel de primer orden en la centuria siguiente.

13. El mundo de la cultura en la Atenas del siglo V

13.1. La evolución artística del siglo V

El arte griego se formó básicamente a lo largo del período arcaico. Así, en los siglos VII y VI, la piedra reemplazó a la madera y al adobe y se estableció definitivamente el tipo de templo rodeado de columnas y con una disposición en tres ámbitos, pronaos o vestíbulo; naos, el lugar de la estatua y residencia de la divinidad; y la habitación posterior u opistodomo. Durante el arcaísmo nacen también dos de los órdenes característicos del arte griego, el dórico y el jónico, y aparece una escultura religiosa en piedra y bronce de variada naturaleza: estatuas de la divinidad, programas iconográficos que glorifican a los dioses en las metopas, frisos y frontones y exvotos que se consagran en los santuarios.

El arte griego del siglo V no se presenta, pues, como un período radicalmente nuevo, sino que podríamos hablar más bien de un considerable y brillante progreso que se mueve en gran medida dentro de unas reglas ya definidas.

Denominamos período severo al arte de la primera parte del siglo V hasta la Segunda Guerra Médica. En esta época se elevan los templos de Atenea Afea en Egina y los majestuosos del Hereo de Samos y de Artemisa en Éfeso. Clístenes y la instauración de la democracia marcaron un hito, a veces no suficientemente puesto de relieve en la investigación moderna, en las edificaciones atenienses. Coincidiendo con el nuevo clima político e intelectual que vive Atenas se reforma la Pnix, el lugar de la asamblea que adquiere ahora la forma que tendrá durante todo el siglo V. A Clístenes se le atribuye también un proyecto de reforma de la Acrópolis que tenía la intención de levantar en su centro un gran templo consagrado a Atenea con el que la nueva democracia pensaba substituir al viejo santuario de los Pisistrátidas. Sin embar-

go, los conflictos con otros Estados griegos (Beocia, Calcis, Egina) y las Guerras Médicas, con sus costes económicos y sus destrucciones, frenaron el avance artístico ateniense.

Al igual que ocurre en el terreno arquitectónico, la escultura severa recoge la tradición del arcaísmo, especialmente en el gusto por la representación del cuerpo humano y el tratamiento realista de la musculatura. Sin embargo, paulatinamente se va apartando de los caracteres más rígidos y esquemáticos del arte arcaico. La escultura severa centra su interés en el progreso del volumen, de la corporeidad y en la expresión de las emociones. Policleto, uno de los escultores más importantes del período severo, dirigió su preocupación a la búsqueda de una imagen ideal del hombre y fijó en obras como el *Diadumeno* y el *Doríforo* su famoso canon de proporción del cuerpo humano.

En Atenas, Critios es el autor del grupo de los *Tiranicidas* y del llamado *Efebo Critios* de la Acrópolis. En el *Efebo,* que se data hacia el 480, Critios rompe la frontalidad típica del arcaísmo. El *kouros* (figura masculina desnuda) eleva su pierna izquierda e inclina ligeramente la cabeza hacia la pierna flexionada, lo que le dota de un ligero movimiento que origina a su vez un delicado juego de curvas y asimetrías. En el *Efebo* se aprecia también un mayor dominio de la anatomía y una preocupación por el volumen a la vez que se abandonan rasgos arcaicos: la sonrisa arcaizante ha desaparecido y el cabello se ha simplificado. En las *korai* (figuras femeninas vestidas) de la Acrópolis se observa idéntico progreso. En este caso la vestimenta femenina, con la disposición de los pliegues y la pintura de los mantos, permite al escultor un campo más amplio para el desenvolvimiento de su imaginación artística. Así, en la llamada *Kore* de Eutidico la frontalidad arcaica ha desaparecido, superada por un juego de líneas horizontales y verticales.

Entre los escultores atenienses del período hay que destacar también a Mirón de Eleuteras. Mirón rompe con la quietud arcaica y será un maestro en la representación de atletas, donde busca incansablemente la belleza del cuerpo humano, y en la plasmación del movimiento tratando de captar el equilibrio inestable, la unión de varios movimientos en la figura o la transición del reposo a un movimiento rápido. Con su *Discóbolo* innova en la postura, si bien en la musculatura, donde no se diferencian los músculos extendidos y contraídos, en el rostro poco expresivo o en el tratamiento de los cabellos se muestra todavía cercano al estilo severo.

En definitiva, en el estilo severo están presentes las preocupaciones de la escultura del período clásico y muchas de sus soluciones, como el tratamiento de los detalles anatómicos, los problemas del movimiento y de la perspectiva, la perfección compositiva y la expresión de los sentimientos. No se trata de un arte naturalista, los artistas no se limitan a copiar la naturaleza, sino que idealizan las figuras en la búsqueda de modelos ideales, de la belleza; a través de sutiles cálculos llegan a establecer las proporciones perfectas.

El período clásico se inicia después de la Segunda Guerra Médica y en él se abandonan definitivamente los rasgos arcaicos y severos. Es ahora cuando Atenas ocupa el primer lugar en el arte griego. Hasta entonces, salvo algunas esculturas, podemos decir que las principales obras del arte griego, especialmente en arquitectura, se encuentran fuera de Atenas.

La Atenas de Temístocles, inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Médica, no emprendió grandes obras, ya que la reconstrucción tras la invasión persa consumió todos los recursos. En este período se reamuralla rápidamente la ciudad y comienzan las obras de restauración y aterrazamiento de la Acrópolis, donde se reconstruye también el muro norte.

Aunque tendemos a identificar el clasicismo del siglo V con la Atenas de Pericles, sin embargo, es en la etapa anterior, la época cimónida, cuando se sientan las bases de la primacía artística de Atenas. Bajo el predominio de Cimón, antes del 461, se construye el lado sur de la muralla de la Acrópolis y se elevan en la ciudadela los primeros edificios tras las destrucciones persas, como el santuario de Artemisa Brauronia. Cimón se centró especialmente en el ágora, donde se erigen algunos edificios como el Hefesteo, el *tholos* de los pritanos, la Estoa del lado norte (*Pécile* o *Pintada*) y la Clepsidra. Al mismo tiempo, se proyectan nuevas construcciones en el Ática como el templo de Poseidón en Sunio. La política de Cimón favorece la llegada a Atenas de numerosos artistas, como los famosos pintores Polignoto y Micón.

Los proyectos artísticos de Pericles consolidaron definitivamente el predominio de Atenas. Pericles construye un tercer muro (el muro intermedio) que une Atenas con el Pireo. Su programa constructivo tuvo su centro en la Acrópolis con el Partenón, los Propileos y el Odeón (éste último en la ladera sur de la Acrópolis). Durante su época se finalizan también varios templos como el de Hefesto en el ágora y el de Poseidón en Sunio, comenzados a mediados de siglo, y se elevan otros nuevos, como el de la Némesis en Ramnunte. Pericles soñó con el equilibrio de la democracia y la hegemonía de Atenas. Sus iniciativas proclaman la fuerza y el poder de Atenas, su supremacía y la fe en su destino y buscan también la representación de la democracia o, mejor dicho, del propio pueblo que vive en democracia, su gracia y equilibrio y su elegancia natural carente de ostentación. Son al mismo tiempo la encarnación del Estado democrático y del triunfo del imperialismo ateniense.

La escultura de la edad periclea se caracteriza por el dominio absoluto de la anatomía, el equilibrio entre la forma y el contenido, entre el racionalismo y el sentimiento, entre el movimiento y la quietud. La figura humana se idealiza de modo que se evita la representación de la individualidad y de la vejez. El arte se convierte en la expresión y la conquista de una concepción profundamente ética: el ideal de la medida (*metron*) que busca la armonía de las formas y los sentimientos rechazando todo aquello que lo perturbe, la

duda, el dolor o la angustia, el desequilibrio y la bestialidad, que quedan para los seres monstruosos inferiores al hombre.

Atraídos por el esplendor de la ciudad y el programa de Pericles, confluyen en Atenas una pléyade de artistas de gran fama y talento. Estamos en un instante especialmente áureo donde coinciden los recursos necesarios, la voluntad de un hombre (Pericles), el espléndido momento del arte y el genio de los propios artistas.

Los arquitectos Mnesicles, Ictino y Calícrates plasman la belleza, el equilibrio y la funcionalidad. Ellos dan solución a múltiples y particulares problemas que no se sujetan a los cánones establecidos, armonizan los contrastes del dórico y el jónico y con sus irregularidades doblegan las dificultades que impone la naturaleza.

Entre los escultores podemos reseñar a Alcámenes, autor de un *Hermes* colocado en los Propileos y una *Afrodita de los Jardines;* Agoracrito de Paros, escultor de la estatua de la *Némesis* en Ramnunte; Calímaco, al que se atribuye la invención del capitel corintio; y Crésilas de Creta, que esculpió un famoso retrato de Pericles. En sus obras se dejan ver las ideas de Pericles y sobre todo el poder y la fuerza de Fidias, uno de los espíritus más geniales que ha producido la historia de la humanidad, al estilo de un Leonardo Da Vinci.

Fidias debió de nacer entre el 490 y el 485 en Atenas. Estuvo primero en Argos trabajando en el taller del escultor Ageladas. Regresó a Atenas en época de Cimón y, más tarde, fue el principal artista del círculo de Pericles. Fidias resolvió la manera de situar las esculturas bajo los vértices de los frontones, consiguió una representación anatómica de gran equilibrio y perfección e hizo girar los cuerpos de tal modo que el movimiento se pudiera observar desde varios ángulos. Destacó por el tratamiento de los ropajes, en los que introdujo la técnica de los paños mojados con abundantes y sinuosos pliegues que dejaban entrever el cuerpo de las figuras y que habría de tener una amplia influencia posterior.

La pintura vive también durante el siglo V un período de esplendor que sólo podemos intuir a través de descripciones literarias o de representaciones sobre vasos. Hasta mediados de siglo los pintores buscan representar la perspectiva, el escorzo y la tercera dimensión. Entre los pintores de la primera parte del siglo destacan Polignoto, Micón y Paneno, el hermano de Fidias. Los tres colaboran en una Centauromaquia y una Amazonomaquia en el templo de Teseo en el ágora de Atenas. Polignoto dispone las figuras en círculo en una composición de líneas arqueadas e intenta representar la perspectiva y el paisaje. Según la tradición, fue el primero en abrir la boca de las figuras y en pintar mujeres desnudas. Junto a Micón descubre el claroscuro. Paneno es el pintor de la expresión del dolor y del cromatismo intenso.

La cerámica merece, por su importancia artística, una consideración muy especial. Desde mediados del siglo VI, la cerámica ateniense de figuras negras

(fondo rojizo y representación figurada en negro) se había impuesto en todo el Mediterráneo desbancando a la cerámica corintia. En la última parte del siglo VI las cerámicas de figuras negras conviven con las nuevas producciones de figuras rojas que, a principios del siglo V, terminan por reemplazarlas.

En la técnica de figuras rojas toda la cerámica se barniza en negro salvo la decoración figurada que presenta el color rojizo de la arcilla. Se abandona también la incisión por el empleo de la pincelada para marcar el interior de las figuras. Al mismo tiempo, se progresa en el sentido de la composición con un mayor dominio del escorzo y la perspectiva y se consigue una mayor flexibilidad en la expresión. Las figuras ganan en naturalidad, gracia y movimiento y se perfecciona la representación de la anatomía.

El pintor de Andócides es el primero que introduce las figuras rojas en los vasos llamados bilingües que se caracterizan por que presentan figuras negras en una de sus caras y rojas en la otra, o incluso se combinan ambas en una misma cara. A principios del siglo V se abandonan completamente las figuras negras y, tras las Guerras Médicas, la pintura cerámica evoluciona hacia una paulatina expresión de una gravedad profunda. Las figuras se han despojado de la sonrisa arcaica dando paso a una solemnidad profunda e íntima. A mediados de siglo la decoración figurada refleja la serenidad y la emoción contenida del estilo fidiaco. Destacan también en este período las producciones de lécitos blancos (un vaso de ofrenda funeraria cuyo origen se remonta hacia el 530) del pintor de Pentesilea. En los lécitos blancos, sobre el color rojo del fondo del vaso se da una coloración de arcilla clara en la que se dispone la escena decorativa. En la decoración figurada se utilizan los colores mezclados con gran cantidad de agua, lo que le da un aspecto de acuarela.

El estallido de la guerra del Peloponeso interrumpió la actividad constructiva y dañó considerablemente la producción artística ateniense. Salvo el *diateichisma*, un muro que acorta el perímetro defensivo de la ciudad, no podemos destacar ninguna construcción reseñable en el período de la guerra arquidámica. La edificaciones públicas se reanudaron tras la paz de Nicias, en 421. Aunque no puede compararse al programa de Pericles, la Atenas de este período dramático y angustioso llevó a cabo una febril actividad constructiva. Así, en los años que median entre la paz de Nicias y el 415, se inician en la Acrópolis el templo de Atenea Niké, un nuevo santuario de Atenea Poliade y el Erecteo, que se completan hacia 409-406. Otros templos, como los de Hefesto, Ares y Dionisio, reciben imágenes de culto. En el ágora se elevan la Estoa de Zeus y en Delos se construye el nuevo templo de Apolo. En el 419/418, Telémaco, un ciudadano particular, erige a sus expensas el templo de Asclepio en la ladera meridional de la Acrópolis. En estos años grandes artistas como Agoracrito, Calímaco o Alcámenes continúan trabajando en Atenas.

A veces se vincula excesivamente el desarrollo artístico ateniense del último tercio del siglo V con la dura prueba de la guerra. En muchos casos la evolución artística posterior se ha decidido ya durante la Pentecontecia. Una de las características del friso del Partenón es la armonía de la figuras, la contención en el movimiento y la técnica de paños mojados. La evolución natural del friso del Partenón puede estudiarse en el friso y la balaustrada de la Atenea Niké. El movimiento se ha desarrollado hasta hacerse impetuoso, se tiende a una mayor expresión de las emociones y profundización en la psicología de los personajes y la técnica de paños mojados ha evolucionado hacia ropas casi transparentes que dejan entrever mórbidas formas. Igual atención a la expresión del sentimiento y al intimismo se observa en las estelas funerarias, pero en ellas no hay un desgarrado lamento, sino un dolor contenido. En la pintura, entre el 425 y el 400, se refuerza la suntuosidad y el lujo. En esta última parte del siglo destacan Parrasio, el pintor del dibujo lineal, de paños mojados y claroscuros, de las emociones y los sentimientos; Apolodoro, que inventa el sombreado; y Zeuxis, que trabajó entre finales del siglo V y principios del IV, un pintor de temas de evasión con contenidos novedosos: escenas de vida cotidiana, como juegos y conversaciones. En la cerámica, el tamaño de la figuras aumenta, el dibujo tiende a hacerse más suelto y abocetado y los toques de color son más numerosos y variados. Sólo en la melancolía y el escapismo podemos ver alguna influencia de la guerra del Peloponeso.

13.2. El pensamiento filosófico en la Atenas del siglo V

Si bien en fecha algo más tardía, en el terreno filosófico ocurre un fenómeno similar al arte. A comienzos de siglo los filósofos más importantes no son atenienses. Durante la Pentecontecia el esplendor de Atenas atrae a muchos filósofos. Poco después, durante de la guerra del Peloponeso, encontramos ya los primeros filósofos atenienses y con Sócrates, a finales de siglo, Atenas alcanza el primer lugar en la filosofía griega.

13.2.1. La filosofía física en Atenas

La investigación ha consagrado para los filósofos de la época arcaica y de la mayor parte del siglo V el término engañoso de presocráticos. Bajo esta denominación se incluirían, en principio, todos los filósofos anteriores cronológicamente a Sócrates. Sin embargo, muchos de estos pensadores son coetáneos de Sócrates y alguno le sobrevive; por ejemplo, Demócrito de Abdera, uno de los atomistas, que pasa por ser uno de los presocráticos, muere hacia el 370,

treinta años después de la ejecución de Sócrates. Es cierto que Sócrates marcó una época en la filosofía griega, pero muchas corrientes filosóficas "presocráticas" subsisten y se desarrollan vigorosamente después de la muerte de Sócrates; basten como paradigmas el atomismo o el pitagorismo.

Parece mejor abandonar el nombre de presocráticos y diferenciar, dentro de la filosofía griega del siglo V, tres direcciones esenciales: la filosofía física, aquellos filósofos interesados en la *physis*, en el mundo físico, ellos mismos se llamaban *physikoi* (físicos); los sofistas, que centran su investigación en el hombre, y, por último, el socratismo que nace en gran medida como una reacción contra la sofística.

La filosofía, tal y como hoy la entendemos, surgió a finales del siglo VII en Jonia, más concretamente en Mileto. Hasta los pensadores milesios, la realidad, en su origen y orden, se hallaba asentada sobre la divinidad y el mito. Según la explicación mítica, Zeus, el rey de los dioses, era el dios justo que había ordenado el mundo. La aparición de los filósofos supone un cambio radical en esta visión del mundo, una profunda modificación del pensamiento. En primer lugar, los físicos destierran a los dioses como explicación del origen y el orden del cosmos. Como consecuencia de ello, la naturaleza deja de ser inteligible a través del mito y pasa a considerarse como una realidad autónoma abierta a la investigación racional. A partir de aquí, si el orden divino deja de ser el fundamento del cosmos, los pensadores se preguntan entonces cuál es el origen de todo lo que existe y del orden que impera en el cosmos, un orden que debe basarse en un principio o *arche* del que todo procede y del que todo está compuesto. Los físicos intentan encontrar la respuesta en la observación de la naturaleza. Para Tales el principio del cosmos se encontraba en el agua; en Anaxímenes es el aire; en Anaximandro un principio abstracto, *to apeiron*, lo ilimitado, donde están todas las cosas en potencia; para Heráclito el origen de todo está en el fuego, en el conflicto que engendra un cosmos constituido, paradójicamente, por armonía de contrarios. Para Pitágoras de Samos el cosmos es, en último término, una armonía de números.

La filosofía física se introduce en Atenas probablemente a partir de la década de los sesenta del siglo V. Alrededor del 450, Zenón de Elea, un discípulo de Parménides, visitó Atenas. Sus cuarenta argumentos o aporías en contra de la pluralidad en la que todo movimiento es imposible dieron un fuerte impulso al desarrollo del pensamiento y de la lógica y le hacen el verdadero precursor de la dialéctica. Otra de las corrientes filosóficas que parece tener una cierta influencia en Atenas es el pitagorismo. En *Las Nubes* Aristófanes pone en escena más bien una escuela pitagórica que sofística, observable en el carácter esotérico e iniciático de sus enseñanzas y la dedicación a la geometría, la astronomía y la música. Sabemos también de la presencia en Atenas de Metón, un astronómo y geómetra pitagórico.

Pero, sin duda alguna, el físico que influyó con mayor profundidad en la Atenas del siglo V fue Anaxágoras, que nació alrededor del 500 en Clazómenas. En el 462 fijó su residencia en Atenas, donde habría de vivir treinta años hasta que se vio obligado a abandonar la ciudad a causa de un proceso cuyo resultado no es bien conocido. Murió hacia el 428. Como todo físico, Anaxágoras parte de la observación de la naturaleza. Los seres y las cosas que existen reciben su nombre según el elemento que predomina en ellas, elemento que se halla concentrado en infinitas partículas semejantes. De este modo, por más que tratemos de dividir una cosa, por ejemplo un trozo de madera, siempre seguirá predominando el mismo elemento y seguirá siendo la misma cosa, la misma madera. A partir de aquí se podía reconstruir un estadio, anterior al origen del mundo, donde todos los elementos estaban juntos en una mezcla de infinitas partículas de innumerables elementos. El creador del cosmos era la Inteligencia (*Nous*), la facultad de pensar y conocer entendida también como capacidad de obrar. *Nous* es un principio simple, no compuesto de partes ni de materia alguna, puro, no está mezclado, único, autónomo y para sí mismo, no sufre influencia de ninguna parte y es totalmente inmutable y omnisciente. De esta manera, Anaxágoras fue el primero en distinguir entre espíritu y materia. *Nous* originó un movimiento circular separando lo que era distinto y uniendo lo que era semejante y dio lugar a todo lo que existe.

13.2.2. La sofística

La Sofística aparece a mediados del siglo V. El sofista es ante todo un educador retribuido, un enseñante que viaja incansablemente por todo el mundo griego predicando su doctrina y que se hace pagar a muy alto precio sus lecciones. Los sofistas eran versátiles en los saberes que enseñaban: algunos eran gramáticos, otros retóricos, otros moralistas, políticos, matemáticos, poetas, músicos, historiadores; en realidad, englobaban todo aquello que era objeto del conocimiento humano.

A pesar de las grandes diferencias entre ellos, los sofistas poseían puntos comunes y similares preocupaciones y formaron una corriente que denominamos de ilustración por la crítica racional a la que sometieron las opiniones y usos heredados.

Los sofistas hicieron del hombre el núcleo de su investigación intelectual, el hombre como individuo y como ser social, capaz de relacionarse con sus semejantes y de vivir dentro de la *polis*.

Una de las finalidades principales de la sofística fue educar al hombre y, más que profundidad filosófica, sus enseñanzas se orientaron hacia fines prácticos, a producir resultados materiales, a crear ciudadanos especialmente capacitados para la vida política. Por ello gran parte de su método pedagó-

gico se centraba en el estudio de la retórica y la dialéctica, que desarrollaron y perfeccionaron hasta límites entonces insospechados.

Los sofistas establecieron una oposición entre *physis* (naturaleza) y *nomos* (ley o costumbre humana). Parten de un hecho claro: el mundo griego poseía leyes y constituciones políticas (*politeiai*) muy diferentes. Esta diversidad era aún mayor cuando se comparaba el mundo griego con las civilizaciones orientales o Egipto. En consecuencia, las leyes y el mismo Estado eran una creación y un convención humana; no tenían como fundamento a la divinidad ni poseían validez universal. Frente al *nomos*, un simple contrato temporal y humano, la *physis*, la naturaleza, y sus leyes eran eternas y tenían validez universal. La naturaleza se caracterizaba por el predominio del más fuerte, una ley natural que era considerada superior a las leyes y costumbres humanas.

En una primera fase, los sofistas no extrajeron todas las consecuencias que se derivaban de semejante doctrina y consideraron que el hombre debía mantenerse dentro de las leyes establecidas. Sin embargo, en una segunda fase, que coincide con el comienzo de la guerra del Peloponeso, las doctrinas sofísticas desembocaron en un feroz individualismo y un subjetivismo que enfrentaron al hombre directamente con el Estado. De un racionalismo crítico se pasó a un escepticismo radical y al nihilismo. Los sofistas habían despojado de su sacralidad a la *dike* y a las leyes. La justicia no era ya la voluntad de Zeus, ni se identificaba en modo alguno con piedad religiosa. El único fin de las leyes humanas era utilitario en la medida en que servía a los propósitos de los individuos. Frente a las leyes inmutables de la naturaleza, las leyes humanas podían cambiarse según el interés del momento o el predominio de unos hombres sobre otros. De este modo, el individuo guiado por sus inclinaciones naturales hacia el poder y la gloria podía convertirse en legislador, estableciendo él mismo las leyes que le convenían.

Se abre así un camino hacia la subversión interior tanto por parte de los demócratas como de los oligarcas y hacia la violencia exterior. El criterio de verdad era la ley natural del más fuerte. Así, Cleón podía dirigirse a los atenienses diciendo:

> [...] pues no os dais cuenta de que vuestro imperio es una tiranía sobre gentes que urden intrigas y están dominadas en contra de su voluntad; gentes que no os obedecen por favores que les hagáis con perjuicio propio, sino por la superioridad que os da vuestra fuerza y no su amistad (Th. 3.37.2; trad. de F. Rodríguez Adrados).

Un pequeño elenco de los sofistas, que no pretende ser exhaustivo, nos ilustrará también sobre la diversidad del movimiento y las principales aportaciones de cada uno.

Protágoras nació en Abdera, cerca de la costa de Tracia, hacia el 485. Viajó por todo el mundo griego hasta que fijó su residencia en Atenas. Centró en el hombre el objeto de su estudio, afirmaba que

de todas las cosas es la medida el hombre, de las que son en cuanto que son y de las que no en cuanto que no son (Protágoras, *frag.* 1).

Protágoras se refería al hombre como individuo y no como género, lo que le hacía avanzar hacia el subjetivismo: según este sofista no existía una verdad absoluta, sino que los juicios cambian y tienen el mismo valor según los individuos. En su pensamiento, lo bueno se identificaba con lo útil a cada individuo. De todas formas, el hombre necesitaba vivir en sociedad para compensar su debilidad física. Por ello, el autocontrol y el dominio de sí mismo, el respeto a las leyes y el sentido de la justicia eran virtudes necesarias. Combinaba, así, el hombre individual con la medida y defendía la necesidad de un equilibrio entre el hombre y la ley.

Pródico vio la luz en Ceos hacia el 470-460 y visitó en varias ocasiones Atenas. Enseñó ética, fue el verdadero creador de la gramática y dotó a la retórica de una mayor claridad y precisión en la expresión.

Hipias nació en Élide en torno al año 440. Viajó por muchas ciudades del mundo griego: Esparta, las ciudades siciliotas y Atenas (aquí estuvo al menos dos veces). Alcanzó gran fama en su época y varias *poleis* le otorgaron la ciudadanía. Hipias era un verdadero enciclopedista, experto en Homero, en geometría, astronomía, música, rítmica y gramática. Escritor, orador, etnógrafo, compilador de una lista de vencedores olímpicos, fue un verdadero polígrafo, un apasionado por el saber que se preocupaba por conocer todas las actividades que el hombre había desarrollado. En la retórica se afanó por el cuidado del estilo y sobre todo puso de relieve la importancia de la memoria en el discurso. En el terreno filosófico defendió una separación radical entre *physis* y *nomos*, con ventaja para la primera: la ley coaccionaba a los hombres y a la naturaleza.

Gorgias de Leontinos (Sicilia), nacido hacia el 483, fue, ante todo, un enseñante de la retórica. Técnico de la palabra, adaptó y desarrolló las investigaciones de los sicilianos Córax y Tisias y elevó la retórica a la misma altura y efecto que la poesía. Concibió la retórica como un instrumento político para poder desempeñar un papel destacado en la ciudad y poseer mando y autoridad sobre los demás. Sin embargo, sabía de los peligros que podía tener esta enseñanza (servir a fines y argumentos injustos), e instó a "practicar la Retórica sin faltar a la justicia como corresponde a cualquier otro tipo de lucha" (Pl. *Grg.* 457 c). La obra de Gorgias tuvo una enorme influencia en la Hélade como una herramienta educativa y un instrumento para la vida política. Su doctrina filosófica se caracterizaba por un nihilismo radical. Según Gorgias, nada existe; si existiera, no podía ser conocido y, si fuera conocido, no podría ser expresado. Al rechazar la filosofía y la ciencia se volvió hacia una sabiduría práctica: el poder de la palabra que influye decisivamente en el alma humana.

Trasímaco de Calcedonia, nacido en torno al 460, parte de una cínica aceptación del mundo: según él, la justicia es un ideal, lo que verdaderamente

gobierna el mundo es el interés individual. Dentro de esta concepción, la justicia y la ley no son sino argucias construidas para engañar a los demás. Las leyes humanas constriñen la ley natural que debe regular verdaderamente la vida social: el derecho del más fuerte que somete al más débil. Así, el gobernante, ya que es el más fuerte, dicta las leyes, que no tienen otro fin que su propio interés: "yo afirmo que lo justo no es otra cosa que lo útil para el más fuerte" (Pl. *R.* 338 C).

Antifonte forma parte del grupo de sofistas atenienses que emergen a finales del siglo V. Afirmaba que la *physis* era la única verdad a la que el hombre debía obedecer liberándose de los vínculos limitadores de las leyes.

Afín a Trasímaco, pero mucho más radical es otro filósofo ateniense, Calicles, un personaje platónico del *Gorgias*, un individuo real o quizá un nombre ficticio (hay quien quiere ver detrás de él a Alcibíades). Según Calicles, es natural ser injusto y aspirar a poseer más que los demás. Es ley de la naturaleza que el fuerte domine y sea rico; el poder y no lo justo es lo que importa:

> [...] son los hombres débiles y la masa los que establecen las leyes. Para sí mismos, para su propia utilidad, implantan leyes, prodigan censuras: quieren atemorizar a los que son más fuertes que ellos, a los que están capacitados para poseer más (Pl. *Grg.* 483 d-e).

Aquí podemos observar la evolución de las doctrinas sofísticas: mientras que Protágoras había aceptado la ley y la organización social, Calicles rechazó el orden social y político como prisiones para el más fuerte creadas por sus inferiores.

13.2.3. Los inicios de la retórica griega

Como hemos dicho, buena parte de la actividad de los sofistas se centró en la retórica, hasta el punto de que esta dedicación llegó a ser una de las características más destacadas de todo el movimiento.

Las razones de esta importancia hay que buscarlas en la propia estructura del mundo griego, donde la decisión política se alcanza por medio de la palabra y donde la libertad de expresión se difunde más que en otras civilizaciones. Para influir en el debate político se requerían argumentos que pudieran convencer y derrotar al contrario.

Conviene distinguir, en primer lugar, entre retórica y oratoria. Podemos definir la oratoria como el conjunto de discursos que son producto de la intuición o de una tradición oral ya establecida. Definida así, la oratoria no fija reglas específicas para la composición de discursos, sino que ofrece más bien una serie de tópicos o expresiones y motivos recurrentes que denominamos

lugares comunes. En cambio, la retórica es la realización reglamentada de una teoría o técnica de hablar; trata de evitar el fracaso que puede provocar la irreflexión, la pasión o la improvisación.

Fueron los sicilianos, como Córax y Tisias, los que sentaron las bases de la retórica. Ellos dividieron el discurso en sus cuatro partes esenciales: proemio (que pretendía ganar la buena voluntad del jurado), narración (la información sobre la causa), discusión (donde se exhibían los argumentos favorables y se rechazaban los contrarios) y epílogo (síntesis y llamada a la buena voluntad del jurado).

Gorgias y los demás sofistas acogieron y adoptaron los instrumentos teóricos creados por los sicilianos. Para la composición del discurso introdujeron y perfeccionaron gran número de técnicas: el argumento de probabilidad, que consistía en la presentación de un asunto desde dos puntos de vista, defensa y acusación; la *prokatalepsis* o anticipación al argumento del adversario; la antítesis; los sinónimos; etc. En suma, una serie de procedimientos muy variados que eran el fruto de sus estudios sobre la composición y el estilo del discurso. Con los sofistas nace el discurso como un arte perfectamente desarrollado y establecido, muy apreciado y útil en la vida griega.

El siguiente paso en la evolución de la retórica se dio a finales del siglo V. Hacia el 400, la retórica se desgaja de la enseñanza sofística y se convierte en una disciplina autónoma, cada vez más técnica y neutra, enseñada como un fin en sí mismo. Así, a principios del siglo IV se fundan las escuelas de retórica, a las que pronto les surgirían poderosas competidoras: las escuelas de filosofía. Ambas, retórica y filosofía, contribuyeron a dar un esplendor inigualable a la civilización griega durante la siguiente centuria.

13.2.4. Luces y sombras de la ilustración griega

A pesar de las críticas de que fue objeto por parte de la filosofía posterior, que nace en parte como reacción contraria, la sofística tuvo indudables aspectos positivos.

En primer lugar, los sofistas promovieron una verdadera revolución en la educación griega, su profundización en amplios campos del conocimiento humano superó y substituyó la antigua instrucción elemental, que comprendía únicamente lectura, escritura, rudimentos de música, matemática y poesía y la propia experiencia que podía extraerse de la participación en las instituciones estatales. Los sofistas dieron una nueva solución a los problemas pedagógicos de la civilización helénica y fundaron una nueva *paideia* (educación) basada en la sabiduría.

Con los sofistas aparece también el profesor, el técnico y profesional de la enseñanza que utiliza la palabra como elemento esencial para educar al

hombre y profundizar en el conocimiento. Sin embargo, al hacerse pagar a alto precio sus enseñanzas, la educación de los sofistas sólo pudo estar al alcance de los ricos.

Abrieron a los griegos la inquietud por el conocimiento de todos los saberes humanos: geometría, astronomía, música, poesía, oratoria, historia, ética, etc. Su enciclopedismo y el gran número de disciplinas en las que influyeron y que revolucionaron justifican plenamente el apelativo de ilustración con el que se ha denominado el período dominado por los sofistas. Especialmente la retórica, la enseñanza del arte de la palabra, constituyó ya para siempre uno de los rasgos distintivos y más fecundos de la civilización griega.

Los sofistas hicieron progresar el pensamiento griego. Constituye una de las grandes contribuciones de la sofística a la filosofía occidental, una conquista para siempre, que nunca se ha abandonado, el cambio profundo en la orientación y finalidad del pensamiento. Si los jonios se habían preguntado por el mundo físico, por el origen y la armonía en el cosmos, los sofistas dirigieron su investigación hacia el hombre como individuo y como ser social, que se convierte en el fin último del conocimiento.

Su doctrina de oposición entre *physis* y *nomos* contenía también algún elemento positivo. Los sofistas llegaron a defender que todos los hombres eran iguales por naturaleza y se habían alejado entre sí por las leyes y las costumbres. No había diferencias en la naturaleza entre griegos y bárbaros, entre libres y esclavos. Dieron, así, los primeros pasos hacia el cosmopolitismo y hacia la idea de la unidad de la humanidad.

Sin embargo, y pese a sus realizaciones indudables, la sofística tuvo importantes consecuencias negativas. Quebró el equilibrio entre el individuo y la *polis* en favor de aquél y desacralizó las leyes convirtiéndolas en meras opiniones y convenciones que podían ser cambiadas en miras al interés individual. Sus teorías debilitaron la base de la comunidad. La superioridad de la naturaleza frente al *nomos* abrió paso, a través de la ley del más fuerte, a una violencia y una radicalización sin límites en la lucha política. La utilidad individual ,y no la justicia, pasó a ser el fin último de la vida política y de las leyes. Los sofistas desembocaron, pues, en una ética situacional, pragmática o utilitaria, que cuestionaba la existencia de normas y leyes, de principios generales y permanentes.

En el terreno de la retórica se preocuparon a menudo más por la forma que por el contenido del discurso, que carecía a veces de un pensamiento moral que lo justificara. Y es que la retórica era un técnica ambivalente, un arma de doble filo, que podía servir por igual a la justicia y a la injusticia.

En definitiva, con sus luces y sus sombras, pocos movimientos intelectuales pueden compararse a los sofistas no sólo por la perennidad de sus resultados, sino, sobre todo, porque fueron los primeros en plantearse cuestiones que nunca han perdido interés: el individualismo, el subjetivismo, el humanismo y el relativismo.

13.2.5. Las críticas a los sofistas. La reacción socrática

Las consecuencias negativas que para la vida de la *polis* se derivaron de parte del pensamiento sofístico provocaron la reacción de varios sectores atenienses.

Buena parte de la hostilidad hacia los sofistas vino de lo que podríamos llamar el pensamiento conservador que encuentra eco en las obras de Aristófanes. El comediógrafo acusa a los sofistas, en primer lugar, de amoralidad:

> [...] dicen que enseñan dos clases de discursos: uno, justo, cualquiera que sea, y otro, injusto; con el segundo de éstos afirman que pueden ganar hasta las causas más inicuas (Ar. *Nu.* 112-114; trad. de F. Baráibar).

Según Aristófanes, los sofistas son hombres impíos que discuten y reflexionan sobre cosas inútiles, vacías de contenido e intrascendentes. Son charlatanes, holgazanes, ladrones, fanfarrones, desvergonzados y explotadores de sus discípulos mediante la retribución de sus enseñanzas. Estos filósofos se han especializado en atacar las leyes. Especial virulencia adquiere en Aristófanes la crítica a su agnosticismo y a sus costumbres novedosas. Frente a ellos, Aristófanes contrapone la antigua educación y la piedad religiosa, forjadora de héroes, que se preocupaba de la justicia, la modestia, la corrección en el hablar y la música y no alentaba la lujuria, el desprecio a las leyes, el fraude, la desvergüenza y el abuso de los ancianos y los padres.

Isócrates, uno de los retóricos cuya vida activa comienza durante la Guerra de Decelía, separó la retórica de la sofística. Isócrates acusa a los sofistas de afán de lucro, codicia y de enseñar discursos sin interesarse por la verdad. Sus argumentaciones son, al mismo tiempo, defensa de su propia retórica. Él no corrompe a los jóvenes, como lo demuestra el hecho de que sus discípulos son todos hombres destacados y famosos: oradores, generales, reyes. A diferencia de los sofistas, sus discursos se dirigen a toda la ciudad, a los problemas que preocupan a los griegos y tienden a la virtud y la justicia:

> [...] que nadie piense que yo digo que la justicia es cosa enseñable; pues en general, creo que no existe ciencia alguna que inspire la prudencia y la justicia a los que han nacido mal dispuestos para la virtud. Pero no dejo de creer que el estudio de los discursos políticos anima y ejercita muchísimo (Isoc. 13.21).

Sin embargo, fue Sócrates el crítico más profundo del movimiento sofístico y el que haría entrar a la filosofía griega en un período de exuberante fecundidad y perfección. Sócrates nació en el 470 ó 469 en Atenas, hijo de

Sofronisco, un escultor, y de Fenáreta. Cuando uno se acerca a la figura de Sócrates y su significado para la historia de la humanidad, no puede dejar de sentir cierto vértigo y desazón. Y es que en nuestra conciencia no existe un único Sócrates, sino varios. Tenemos, en primer lugar, un Sócrates mito, el intelectual que lleva hasta las últimas consecuencias su pensamiento a pesar de la incomprensión de una sociedad que termina por condenarle a muerte, el individuo que se adelanta a su tiempo. Es posible quizá desprendernos de esta imagen mítica, preconcebida, pero ¿podemos acercarnos al Sócrates real? ¿Qué Sócrates de entre los varios que nos presentan los autores antiguos debemos elegir? Desde luego no el de Aristófanes en *Las Nubes*, un sofista, ateo, meteorólogo y retórico; tampoco el Sócrates de Jenofonte, un moralista y dialéctico bastante mediocre (en realidad Jenofonte no comprende su esencia); casi nada sabemos del Sócrates vivo, el de carne y hueso, ni de su educación, ni de su formación filosófica, ¿es acaso posible separarlo del Sócrates platónico? Para lo bueno y para lo malo estamos reducidos prácticamente a un único Sócrates: el que evoca el genio imperecedero de Platón. Pero ¿qué hay de cierto y qué hay de ficción en el Sócrates de los diálogos platónicos? y sobre todo ¿dónde termina Sócrates y dónde empieza Platón?

Tratemos de esbozar algunas ideas de un Sócrates básicamente platónico. Partamos de unas pocas premisas básicas; para Sócrates, la divinidad era incognoscible y no podía fundamentar nuestro conocimiento del mundo. Del mismo modo, mostró despreocupación por la *physis*. Sócrates se centró en el hombre. Desdeña la práctica de los sofistas de cobrar por sus lecciones y en su reflexión y crítica racional ataca los núcleos fundamentales del pensamiento sofístico.

En segundo lugar, Sócrates está convencido de que existe una verdad absoluta capaz de ser conocida por el hombre, una verdad que es independiente de las percepciones sensoriales y las opiniones personales de cada individuo. Existen, pues, el bien y la justicia como valores universales, como conceptos que son válidos y aplicables a todos los hombres y que poseen una realidad total y objetiva que está por encima de los individuos y es independiente de ellos. Sócrates ha superado así el subjetivismo, el escepticismo y el relativismo de la sofística y construido una moral absoluta: existen un bien y un mal objetivos y se debe obrar bien.

El bien sólo puede alcanzarse por la vía del pensamiento racional. Nadie obra mal adrede, sino que se es malvado por ignorancia. La perfección del hombre reside en el conocimiento del bien y el mal. El bien y la justicia pueden conocerse a través de la discusión. Distingue entre opinión (*doxa*) y verdadero conocimiento o saber (*episteme*). Con Sócrates progresa la dialéctica, nada se sabe, es necesario dialogar para descubrir la verdad, remontándose juntos; a través de las preguntas planteadas, de acuerdo en acuerdo, en una

búsqueda de la verdad, se pasa de la opinión al verdadero conocimiento, a los principios que gobiernan el alma humana. Así, a través del diálogo, de preguntas cortas, nos vamos elevando por inducción de lo particular a lo universal hasta que accedemos a la definición, a la enunciación clara y verdadera del bien y la justicia. A partir de aquí se distingue entre esencia y función, entre lo que una cosa es y aquello para lo que es. El hombre que conoce el bien alcanza la justicia y, como resultado de este conocimiento del bien y la justicia, la felicidad. Sócrates ha descubierto el mundo interior del hombre y ha convertido la filosofía en el cuidado del alma. Ha separado la ética de la religión y la ha unido a la razón, al *logos*, una ética que es patrimonio de todos los hombres y ley inquebrantable.

Los límites de esta obra, que alcanzan hasta el 403, evitan que nos introduzcamos en el obscuro asunto del juicio y la muerte de Sócrates que tuvo lugar en la primavera del 399. Dejemos, pues, a Sócrates, en este mínimo repaso de su pensamiento, paseando por Atenas; el Sócrates vivo, socarrón, serio, burlón, honrado, tierno, irritable y apasionante; el Sócrates platónico, siempre dueño de su pensamiento y maravillosamente inteligente y el Sócrates mito, un símbolo del verdadero intelectual y del genio. Nuestro Sócrates es, en realidad, dificultad y maravilla, mezcla de los tres.

13.3. La historia: Heródoto y Tucídides

El estudio y la investigación (*historie*) del pasado como medio de conocer e interpretar el presente surgió, como otras tantas disciplinas, en Jonia durante la Edad de Oro que supuso, en muchos aspectos, el siglo VI; del mismo modo, y como sucedió con muchas otras artes y ciencias, iba a ser Atenas quien acabase reuniendo las condiciones para que en ella desarrollase sus actividades una nutrida pléyade de escritores propios y extraños que iban a acabar por introducir la razón frente al mito en sus reconstrucciones del pasado reciente y remoto de los griegos. Bien entendido, no obstante, que los griegos antiguos no diferenciaban, en cuanto a su contenido, lo que nosotros llamamos "mito" y lo que para nosotros es "historia"; las diferencias entre ambos radican, sobre todo, en quiénes transmiten aquéllos (básicamente los poetas) y en lo remoto de los episodios en ellos contenidos.

Junto a autores que, como Ferécides, desarrollan su actividad en el tránsito entre los siglos VI y V, y que eran atenienses, encontramos a otros que, como Helánico y Heródoto, activos principalmente a mediados y durante la segunda mitad del siglo V, que procedían de la Grecia del Este, de Mitilene, en Lesbos, y de Halicarnaso, respectivamente. Por fin, Tucídides, era ateniense. Estos tres últimos sobre todo, van a marcar no sólo el auténtico inicio de la reflexión histórica, sino que van a sentar las bases, cada uno a su mane-

ra, del desarrollo posterior de este género; los tres desarrollan su actividad en Atenas y son contemporáneos, como atestiguan numerosas fuentes.

Por lo que se refiere a Ferécides, su obra, conocida sólo fragmentariamente, posiblemente presente todavía una mezcla de relatos de carácter mítico, aunque tratados aún como si fueran hechos reales, que, con inicio en la aparición de los dioses y los hombres, llegarían hasta la propia época del autor. El uso de genealogías de familias ilustres, que llevarían su origen hasta los primeros hombres, sería un elemento importante en las investigaciones de Ferécides, que debió de incidir, de forma especial, en las tradiciones propias de Atenas. A diferencia de otros autores del momento, no historiadores, estos precursores de la historiografía solían utilizar la prosa como medio de expresión. Ello no evita, sin embargo, que en sus obras predominen todavía los viejos relatos míticos, por más que, en ocasiones, sometidos a una crítica racional que tiende a convertirlos en relatos factuales de hechos pretendidamente sucedidos en el pasado.

Un lugar mucho más importante en el desarrollo de una percepción racional del pasado lo ocupa Helánico de Lesbos (480/470-395/394), que trabaja sobre todo durante la segunda mitad del siglo V, lo que le hace, como vimos, estrictamente contemporáneo de Heródoto, siendo algo más mayor que Tucídides. Aunque su obra también se conoce a partir de fragmentos, no cabe duda de que Helánico puede ser considerado como el introductor de la cronología como armazón básico sobre el que construir el conocimiento del pasado. Deudor a la vez de la tradición de los logógrafos jonios y gran innovador en el terreno de la cronografía y de la descripción geográfico-etnográfica, Helánico es también el creador de un género específico de Atenas, y que tendrá gran éxito durante el siglo IV, la *Atthis* o historia local de Atenas. Es probablemente Helánico el primero que desarrolla la idea de utilizar un elemento objetivo y ajeno al propio relato histórico para establecer su marco cronológico general y, del mismo modo que durante el siglo III Eratóstenes acabará introduciendo el cómputo por Olimpiadas, que es el que terminaría por imponerse, Helánico utilizará la lista de las sacerdotisas de Hera en Argos, a la que dedicará una obra completa. Su método es sencillo y lógico; partiendo de la lista conservada en el santuario argivo de sus sucesivas sacerdotisas, Helánico va asignado a los años en el cargo de cada una de ellas los diferentes acontecimientos "históricos" que ha podido conocer merced a sus investigaciones en la tradición tanto oral como escrita. El problema radica tanto en la dudosa fiabilidad de las partes más antiguas de dicha lista cuanto en el hecho de que sus principales fuentes de información siguen siendo las tradiciones orales que Helánico recoge en diferentes partes de la Hélade y que él trata de organizar, con resultados no siempre demasiado satisfactorios.

Este mismo esquema, en parte más simplificado, lo aplica también en su *Átide,* con la ventaja de que en ella debe jugar casi en exclusiva con tradi-

ciones atenienses que, a pesar también de su carácter confuso e interesado, resultan a la postre más coherentes que su intento de resolver la historia antigua de Grecia situándola sobre el endeble armazón que proporcionaba la lista de las sacerdotisas argivas. A pesar de ello, la preocupación por la cronología es, sin duda, loable, ya que con anterioridad era la propia cronología interna que marcaba el relato mítico que servía de fuente al logógrafo la única utilizable. Otro ensayo del autor en el mismo terreno lo constituye su obra *Los vencedores en las Carneas,* donde también puede apreciarse este carácter de precursor por cuanto que, como hemos visto, será la cronología surgida de otros juegos, los Olímpicos, la que acabará por imponerse. Estas preocupaciones por tratar de hallar un marco cronológico objetivo también las hallamos en su contemporáneo Heródoto.

El amplio espectro de sus obras debió de convertir a Helánico en un autor bastante conocido en Atenas; sin embargo, es posible que su *Átide* fuese la que más fama le reportó en la ciudad y con ella probablemente pagaba la deuda de gratitud que el lesbio había contraído con la *polis* que le acogió y en la que parece haber desarrollado buena parte de su obra. Su publicación puede haber tenido lugar después del final de la guerra del Peloponeso y pronto debió de tener el suficiente impacto, especialmente al narrar los acontecimientos más recientes, como para merecer la única referencia directa que hace Tucídides de un historiador contemporáneo suyo.

Junto a Helánico y, como hemos visto, estríctamente contemporáneo a él, hay que situar a Heródoto, considerado ya por Cicerón como el "padre de la historia" (*De Leg.* 1.5.56). Gran viajero y estudioso de las diferentes costumbres humanas, Heródoto abandona en algún momento de su evolución personal la costumbre de sus predecesores y contemporáneos de componer una multiplicidad de obras sobre temas diversos y decide integrar el conjunto de sus conocimientos en una gran obra de conjunto dotada de una (relativa) unidad argumental. El tema que elige es el de las Guerras Médicas, el enfrentamiento entre los griegos y los persas, que podía considerarse, en la mentalidad de la segunda mitad del siglo V, como el inicio de lo que ellos percibían como contemporaneidad. Heródoto no va a insistir en la historia más antigua de la Hélade, ni en los viejos héroes posteriores al diluvio, ni en los que combatieron ante Troya. Sin embargo, sí le va a preocupar el problema del origen de las Guerras Médicas y no sólo el desarrollo de las mismas. Para explicarlo, presentará una amplísima visión de la historia de todos aquellos pueblos y culturas que, unificados políticamente por los persas, van a acabar enfrentándose a Grecia. Su relato, sin embargo, está muy lejos de ser una visión escueta y esquemática, sino que, por el contrario, unos temas van enlazándose con otros hasta completar un abigarrado mosaico de referencias e informaciones que, frecuentemente, obligan al lector a recapacitar sobre el hilo principal del relato, tarea en la que también Heródoto suele guiarle.

Heródoto engloba, casi en una visión de "historia total", toda una serie de tratamientos que sus predecesores, y su contemporáneo Helánico, solían agrupar en obras diferentes; así, encontramos historias de pueblos bárbaros e historias de *poleis* griegas, etnografía, geografía, mitología, reflexiones sobre cronología, costumbres y folclore, instituciones, guerra, política, etc., mejor o peor integradas en un intento de dar a conocer al oyente la gran variabilidad de las culturas humanas, contribuyendo así, de paso, a revalorizar el éxito de los griegos al derrotar a ese heterogéneo mundo unificado políticamente por los persas. Pero Heródoto introduce también un componente que, en cierta medida, puede servir como hilo argumental en su narración, el factor del equilibrio, el concepto de justicia (*dike*) y la necesaria reparación de los hechos injustos. Y es en este sentido en el que puede decirse que el inicio cronológico de su relato tiene lugar durante el reinado del rey Creso de Lidia, que es el primer gobernante bárbaro que somete a las ciudades griegas a una autoridad más fuerte, privándolas así de su libertad y de su autonomía. Será este acto de violencia, de injusticia, de *hybris*, el que desencadenará todo un proceso de desequilibrio que sólo será reparado cuando la Liga Helénica libere nuevamente, tras Mícale, toda la Grecia del Este. Las Guerras Médicas, por lo tanto, y quizá sea una de las principales innovaciones de Heródoto, dejan de ser sólo el hecho puntual y glorioso celebrado por los griegos de la segunda mitad del siglo V, para los que escribe Heródoto, para convertirse en el punto final de un largo proceso histórico que hunde sus raíces, al menos, cien años atrás. A su vez, y queda implícito en Heródoto y, en cierto sentido, será desarrollado por Tucídides, el final de las Guerras Médicas provoca un nuevo desequilibrio que sólo la guerra del Peloponeso resolvería. No cabe duda de que Heródoto vivió para ver el inicio de esta última guerra, aunque no su final, y la Pentecontecia, con la creciente tensión entre los dos bloques enfrentados, pudo convencerle de que uno de los motores de la historia era esta constante dialéctica entre actos de injusticia y la reparación pertinente de los mismos tras los consiguientes sufrimientos de la guerra.

Es muy difícil, no ya valorar, sino incluso dar una visión aproximada de la obra de Heródoto en un espacio limitado, puesto que son innumerables los puntos de vista desde los que puede considerarse. Heródoto escribe para un público amplio, aunque posiblemente está pensando sobre todo en un auditorio ateniense, en el que las Guerras Médicas se hallan inundadas por tópicos difícilmente removibles y por una dosis muy elevada de orgullo patriótico; sin embargo, Heródoto trasciende el hecho concreto de las guerras y sus batallas (que, evidentemente, son abordadas en su obra) para proporcionar una visión global, ecuménica casi, de la historia del mundo durante los cien años anteriores y, en algunos casos, a lo largo de un período mayor. Su objetivo es, en parte, integrar la historia de la Hélade dentro de esa perspectiva ecuménica y, al tiempo, informar de las formas diversas que asumen las culturas humanas. Sin duda ninguna, Heródoto no puede prescindir de su condición de griego y no es infrecuente hallar a

críticos modernos señalando las aproximaciones helenocéntricas de este autor que a veces se traducen en la preocupación de Heródoto por señalar aquellos aspectos que convierten en opuestas a la cultura griega y a la del "otro". Que, sin embargo, los propios griegos antiguos no siempre comparten esta óptica lo demuestra el que el propio Plutarco acaba por considerar a Heródoto "filobárbaro" por preferir los relatos elaborados por éstos frente a los de los propios griegos (Plu. *De Her. malign.* 12).

Heródoto es un gran recopilador de tradiciones orales de toda índole, convenientemente tamizadas por su propia investigación (*historie*) y sometidas al filtro de la razón; es indudable que Heródoto comete equivocaciones y en su obra hay multitud de errores e imprecisiones. Pero tampoco podemos perder de vista que es el introductor, quizá junto con Helánico en algunos aspectos, de la auténtica encuesta histórica, lo que hace que tenga que elaborar o, por lo menos poner en práctica, toda una hermenéutica de la que él mismo es posiblemente el creador; y tampoco debemos dejar de lado que Heródoto sigue muy apegado a la oralidad, puesto que en su obra la escritura es mero soporte para la palabra hablada. Ello también determinará innumerables concesiones a una audiencia cuyo interés hay que mantener durante las sesiones de lectura pública, y que necesita experimentar durante la misma emociones diversas que, al tiempo que la mantienen pendiente del hilo o hilos principales de la narración, la distraigan y desvíen del mismo en aras de un entretenimiento (siempre didáctico) que, correctamente dosificado, contribuye siempre a un mayor aprovechamiento de lo que el autor pretende transmitir. No podemos, por todo ello, esperar de Heródoto una infalibilidad absoluta, una ausencia de errores o contradicciones o un relato siempre impecable desde todos los puntos de vista; y sin embargo, su papel en el desarrollo del pensamiento racional aplicado al conocimiento del pasado es fundamental por cuanto que su decisión de no insistir en las tradiciones míticas y situar su relato en el ámbito de lo humano, sólo gobernado por una cierta religiosidad subyacente, pero también por las ciegas leyes del azar y la necesidad, le convierte en el primer historiador en sentido estricto, haciendo bueno así el juicio que ya Cicerón había formulado.

En esta línea de análisis racional, aunque llevado a sus últimas consecuencias, se mueve también Tucídides. Ciudadano ateniense del demo de Halimunte, nacido a mediados del siglo V y muerto en los años noventa del siglo IV, de buena familia y con buenas conexiones en Tracia, enemigo de Cleón y elegido estratego para el año 424/423, no consigue llegar a Anfípolis antes de que el gran Brásidas la ocupe y, a pesar de que evita que Eyón caiga en manos espartanas, es exiliado por su fracaso militar. Éstos serían los hechos más relevantes de su vida o, al menos, los que mejor conocemos porque él mismo nos informa de ellos. Frente a sus contemporáneos Helánico y Heródoto, que, con mayor o menor intensidad, se habían dedicado a narrar acontecimientos de la más remota antigüedad o de un pasado reciente, Tucídides va a dedicar sus esfuerzos a relatar

y a explicar acontecimientos estrictamente contemporáneos. Sólo ocasionalmente recurrirá este autor a realizar incursiones hacia épocas anteriores y siempre como medio para fijar y dejar clara su posición sobre el presente. Su proverbial distinción entre los pretextos y las causas profundas (*prophasis*) desarrolla algo ya implícito en la obra de Heródoto, pero que en Tucídides alcanza el nivel de categoría explicativa: al hablar de causas frente a pretextos Tucídides se introduce en el relato aportando su propia explicación de los hechos. Mediante este procedimiento, el historiador deja de ser el narrador que conduce más o menos al auditorio hasta un objetivo determinado para convertirse en una parte importante del hecho narrado; al introducir su propia opinión en el relato, su propia ordenación del mismo, el narrador se convierte en historiador, por cuanto que ya no se limita a contar, sino que ahora interpreta y explica lo ocurrido y el porqué del mismo.

No cabe duda de que un componente fundamental del éxito de Tucídides consiste en presentar una visión no sólo coherente, sino con apariencia de exhaustividad, que guía de tal manera al lector que prácticamente le impide considerar la existencia de nada más fuera del propio relato. Al circunscribir la narración a acontecimientos políticos y militares, y dejar de lado otros elementos que hasta entonces habían formado parte de la narración histórica (mitología, geografía, etnografía, etc.), Tucídides está ejerciendo una opción limitadora y situando el estudio de los acontecimientos solamente en esa perspectiva político-militar; pero, una vez limitado el campo sobre el que va a escribir, ello le va a permitir una profundidad que ningún otro autor había alcanzado hasta entonces. A Tucídides le preocupará fijar las posiciones, antagonistas y opuestas, de aquellos que se encuentran enfrentados como medio para entender las causas del enfrentamiento. En los discursos fijará posiciones programáticas de individuos o de colectivos; en los debates presentará argumentos contrapuestos sobre una misma cuestión; en el relato en tercera persona fijará los hechos. En ninguno de los tres tipos de narración habrá apenas concesiones a la visión discordante y, en una gran cantidad de ocasiones, apenas dispondremos de versiones alternativas fiables.

Ello hizo que, frente a Heródoto, Tucídides fuese durante la Antigüedad el prototipo del historiador que se movía en el territorio de la verdad, y autores posteriores, como Dionisio de Halicarnaso, subrayan esta relación (D. H. *Thuc.* 8); es cierto que en ocasiones los críticos modernos han podido llegar a matizar e, incluso, corregir afirmaciones de Tucídides, pero ello no impide considerar el relato tucidídeo, a pesar de estas imprecisiones o errores, como sustancialmente verídico. Y, sin embargo, esta verdad está al servicio de una visión determinada de la historia y de la interpretación del presente (de su presente); Tucídides puede ser imparcial, pero no es aséptico. Su relato presenta hechos verdaderos, pero profundamente entrelazados con una interpretación, frecuentemente unidireccional, de los mismos; además, tampoco presenta todos los hechos, y cuando se llegan a conocer algunos de los que

no incluye, Tucídides se nos muestra como un personaje inserto en unas contradicciones ideológicas sumamente complejas, a las que su obra tampoco escapa. Admirador de la Atenas de Pericles y defensor del imperialismo de la ciudad, rechaza profundamente que el *demos*, entendido, más bien en clave aristocrática, como populacho, se beneficie del mismo; aceptando el sistema, e incluso participando en él, como su elección como estratego demuestra, no oculta su inclinación por un régimen más restrictivo en el que sólo unos pocos tengan plenitud de derechos; posiblemente más cerca políticamente de individuos como Nicias, su figura no resulta especialmente bien tratada por él, mientras que Alcibíades, que posiblemente era el prototipo de lo que Tucídides más detestaba, aparece tratado bajo una óptica más positiva.

No cabe duda de que estas contradicciones, que pueden detectarse en su obra, nos podrían decir mucho acerca del autor y de su propia postura ante lo narrado y, al tiempo, hablarnos de sus métodos y objetivos. Lamentablemente, la ya mencionada escasez de informaciones contrastables y fiables nos deja en el nivel de la simple constatación de tales contradicciones sin que en muchos casos tengamos elementos para intentar quebrar la extraordinaria coherencia que muestra el relato tucidideo.

Tucídides hace pocas concesiones al lector, quizá porque pretende que sean los hechos los que hablen por sí mismos y, ciertamente, consigue en muchas ocasiones atrapar al lector con este señuelo, hasta el punto de que consigue implicarle en el relato de tal manera que no se interrogue ni sobre lo que falta en el mismo ni sobre la postura del narrador; no en vano Tucídides considera su obra como un "bien preciado para siempre" (*ktema eis aiei*), casi como un objeto valioso que puede verse y debe atesorarse, pero que al tiempo debe preservarse lo más posible del contacto y del desgaste. Es, pues, una nueva concepción de la historia, que, aunque sólo es explicable a partir de los avances que tanto Helánico como Heródoto habían propiciado, es a su vez un nuevo punto de partida; los mitos y las tradiciones orales no contrastables dejaban paso a hechos constatables, a la encuesta realizada sobre testigos directos y a la elaboración y presentación de los materiales así obtenidos, de modo tal que tanto los hechos como su interpretación quedasen fijados, y preservados para el futuro.

13.4. El teatro. La tragedia y la comedia antigua

13.4.1. La tragedia

Si en Atenas alcanzará la historia, como hemos visto, algunos de los rasgos que caracterizarán este género en lo sucesivo, lo mismo ocurre con otra manifestación cultural de gran importancia, como es el teatro. Aunque sus orí-

genes remotos cabría buscarlos en los festivales que se rendían a Dioniso, un dios vinculado con el vino, pero también con los poderes fertilizantes de la naturaleza, los precedentes inmediatos del teatro clásico hay que buscarlos en torno a los años treinta del siglo VI, cuando el tirano Pisístrato introdujo en la ciudad de Atenas la festividad de las Grandes Dionisias, que tenían lugar a fines del mes de marzo, y que hasta entonces habían marcado el inicio de la primavera en diversas zonas rurales del Ática. Estos festivales se caracterizaban por danzas y cantos corales en honor a la divinidad, pero en Atenas iban a asumir una forma especial. Junto al santuario de Dioniso que se construyó al pie de la ladera suroriental de la Acrópolis, surgió un espacio circular donde tenían lugar estas danzas, llamado precisamente *orchestra* (de *orcheomai*, bailar), mientras que los espectadores aprovechaban el declive de la parte baja de la ladera para allí acomodarse. Actualmente en el mismo lugar sigue levantándose el Teatro de Dioniso, aun cuando el aspecto de la zona ha cambiado bastante desde fines del siglo VI; también se celebraban representaciones teatrales durante las Leneas (en enero) y, en distintas partes del Atica, durante las Dionisias rurales, que tenían lugar en diciembre.

El mérito de la invención de la tragedia le correspondería a Tespis, que habría realizado su primera representación hacia el 534, según la datación del mármol de Paros, aunque tampoco sería descartable una fecha algo posterior; su innovación consistió en introducir la figura del actor solista que, separado del mismo, entablaba diálogos con el coro al tiempo que aparecía disfrazado con diferentes ropas y con el rostro cubierto por la máscara, lo que le permitía asumir personalidades diferentes; ello, sin duda, daba más realismo a la acción. La innovación debió de tener éxito inmediato y los más o menos quince mil espectadores que, se supone, podían reunirse en torno a la *orchestra* junto al templo de Dioniso inmediatamente demandaron más. Hacia fines del siglo VI las tragedias solían representarse en grupos de tres y eran seguidas por una obra de sátiros. Las comedias, con un coro cómico, se añadieron a la programación de los festivales hacia el 486; las representaciones duraban cuatro días seguidos, aunque durante la guerra del Peloponeso se redujeron a tres. La organización de las obras estaba encomendada a coregos que, nombrados por el arconte, sufragaban todos los gastos derivados de la producción; los actores, que quedaron fijados en tres, y los autores eran asignados a los coregos por el arconte después de haber realizado una selección entre los aspirantes. Igualmente se elegía a los jurados que debían decidir qué obra merecía el premio, puesto que el elemento agonal no podía faltar en ninguna competición griega.

La tragedia se convirtió pronto en un espejo en el que la sociedad ateniense se miraba y al hacerlo experimentaba dolor y, a través del juego de las emociones y del sufrimiento, llegaba a la purificación (*katharsis*); posiblemente en las primeras tragedias se tocaban tanto temas míticos como his-

tóricos y es célebre la multa de 1.000 dracmas que se le impuso al poeta Frínico por haber puesto en escena en el año 493 una tragedia que, titulada *La toma de Mileto*, rememoraba los tristes acontecimientos que habían tenido lugar en la ciudad jonia el año anterior tras su conquista por los persas al ser sofocada la Revuelta jonia; los llantos y la desesperación del público por ver representado el suceso ante sus ojos fue lo que determinó el castigo, así como la prohibición de volver a representar la obra (Hdt. 6.21). En todo caso, este episodio muestra que en los primeros tiempos los autores no tendrían reparos en representar acontecimientos más o menos contemporáneos y reales; la tendencia posiblemente siga hasta la época de la primera tragedia que nos ha llegado completa, *Los Persas* de Esquilo, representada en el año 472 y que rememoraba, esta vez sí, un hecho glorioso para Atenas, la victoria en Salamina. No obstante, el propio Esquilo no volvería a tocar un tema histórico y se dedicaría, a partir de entonces, a tratar temas mitológicos, como harían los otros dos poetas cuya actividad llena todo el siglo V, Sófocles y Eurípides. Sin embargo, la tragedia había alcanzado ya su madurez y, a partir de ahora, se podía reflexionar sobre lo que sucedía en la *polis* no mediante la alusión directa, sino a través de la alegoría, utilizando el mito como base para inducir a la reflexión y al planteamiento de ideas de absoluta vigencia y relevancia dentro de la sociedad contemporánea. Los diálogos de los actores, la intervención del coro, la visualización y los artificios escénicos (no olvidemos que estamos hablando de teatro, no de simple poesía recitada) creaban una complicidad entre el espectador y el autor a través de la representación escénica, que producía un intenso espacio de comunicación entre ambos; en él, los viejos héroes del pasado hablaban el lenguaje de la *polis* democrática y a través de nuevas versiones de viejas historias hacían ver a los ciudadanos cuáles eran las claves de sus conductas y qué soluciones había a los problemas planteados. Sin duda ninguna, y junto a sus valores escénicos, la tragedia se convertirá en la conciencia crítica de la *polis*.

Las únicas tragedias del siglo V que conocemos completas son las siete de cada uno de los tres grandes trágicos, Esquilo (525-456), Sófocles (496-406) y Eurípides (485-406), que la antigüedad tardía consideró necesario preservar con fines pedagógicos, si bien del último se conocen, gracias a hallazgos papiráceos, otras diez tragedias. Naturalmente, fragmentos tanto de las tragedias perdidas de estos autores como de muchos otros del siglo V se han conservado también. Como es lógico, cada autor planteará el conflicto en sus diversas formas, y no entraremos aquí en el detalle ni de las obras ni de sus autores, pero sí podemos mencionar algunos rasgos comunes que comparte la inmensa mayoría de las que conocemos. Por ejemplo, el papel de los dioses, a quienes se les reserva la solución final del conflicto planteado y que suelen aparecer, incluso, sobrevolando las cabezas de espectadores y actores mediante una grúa, lo que los romanos acabarán bautizando

como *deus ex machina*. Este papel de los dioses, que resuelven las disputas y garantizan la concordia, de alguna manera da cuenta de la dificultad de los problemas planteados, que son problemas de relaciones de poder, de prelación de unos derechos sobre otros y cuya solución frecuentemente se les escapa a los personajes de la tragedia. La tragedia, en último término, reflexiona sobre los modos y las formas del poder, sobre la justicia y la injusticia y, quizá sobre todo, sobre la *hybris*, sobre la desmesura y la soberbia humanas; la *polis* democrática, a la que el conflicto no le es ajeno, es el marco de referencia y las soluciones que propone la tragedia pretenden serle de aplicación.

Así, por ejemplo, la guerra civil, el conflicto entre ciudadanos es evocado de forma magistral en la trilogía de la *Orestía*, representada toda ella un mismo día del año 458, y compuesta por el *Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las Euménides,* de Esquilo; el exceso de poder personal y los peligros que el mismo representa para la convivencia ordenada son abordados ya en el *Edipo Rey,* ya en la *Antígona*, ambas de Sófocles; los problemas que para la ciudadanía ateniense representan los matrimonios mixtos se abordan en la *Medea* de Eurípides, y así sucesivamente. Cada tragedia presenta, siempre bajo la forma de una historia situada en la época de los héroes, un determinado conflicto; sobre él, el poeta reflexiona; sus personajes, siempre contestados por el coro, que asume en cierto modo el papel del *demos*, desarrollan sus posturas sobre dicho conflicto. Al espectador se le presentan no sólo los diversos dilemas, las diversas soluciones posibles, sino sobre todo el sufrimiento humano, el desgarro que los enfrentamientos provocan en las familias y en la sociedad; al final, la solución, aportada por un dios, provoca el alivio de la tensión en el espectador, pero al tiempo éste se ve enfrentado a situaciones que podían darse, y en ocasiones se daban, dentro de la *polis;* así, por ejemplo, *Las Troyanas*, de Eurípides, representada en el año 415, cuando Atenas está a punto de preparar la expedición a Sicilia, enfrenta a la ciudad con la desesperación de los seres más miserables de entre los vencidos, las mujeres de Troya, y de alguna manera presagia el terrible desastre que sufrirá un par de años después el ejército ateniense en la isla. O *Las Suplicantes*, también de Eurípides, obra sustancialmente pacifista que contiene una profesión de fe democrática de boca del propio héroe fundador Teseo, que contesta al heraldo enviado por Creonte, el tirano de Tebas, por los mismos años (entre 424 y 421) en que en Atenas la paz va abriéndose paso frente a la guerra y los debates sobre el tipo de democracia están muy vivos, en los meses previos y posteriores a la muerte del demagogo Cleón (422). O el *Edipo en Colono*, de Sófocles, estrenada después de la muerte del poeta, y donde ya se prefigura la derrota ateniense en la guerra del Peloponeso

Ni qué decir tiene, sin embargo, que cada tragedia, aunque reflexione sobre un tema principal, proporciona muy diferentes ángulos de visión, por lo que su capacidad de capturar las mentes de los espectadores es grandí-

sima; por ende, el que la selección de los autores y ejecutantes se le confíe al arconte sugiere un interés directo de la ciudad en abordar, según las circunstancias, temas determinados, y el propio ansia competitiva de los coregos muestra la preocupación por una producción esmerada, que atraiga mucho más la atención del público. Quizá nadie mejor que Sófocles muestre, entre los grandes trágicos, la versatilidad del poeta, ya que, además de su faceta artística, desempeñó importantes cargos políticos, entre ellos los de helenótamo, fue estratego en varias ocasiones y fue uno de los miembros del consejo de próbulos nombrado tras el desastre de Sicilia.

La tragedia ática tuvo inmediata proyección exterior en algunas otras partes de la Hélade, como por ejemplo Sicilia; así, Esquilo fue invitado a la corte del tirano Hierón de Siracusa para que allí volviera a representar *Los Persas*; poco después, estrenaría en Siracusa *Las Etneas*, compuesta específicamente para conmemorar la refundación de Catana por el tirano con el nombre de Etna. Es también conocida la anécdota según la cual muchos de los cautivos atenienses tras la derrota en Sicilia habían recobrado su libertad por haber sabido recitar de memoria pasajes de las tragedias de Eurípides, que eran sumamente apreciadas en Siracusa (Plu. *Nic.* 29). Posiblemente éste y otros ejemplos muestran que, igual que sigue sucediendo hoy día, los valores que representaba la tragedia ateniense tenían vigencia y sentido fuera, incluso, del marco concreto de la Atenas democrática, en cuyo seno surgió y en la que alcanzó su máximo desarrollo.

13.4.2. La comedia

Prácticamente, el único representante que conocemos de la comedia ática durante el siglo V es Aristófanes. Nacido probablemente a mediados de siglo, continuó, sin embargo, estrenando comedias hasta los años ochenta del siglo IV. Si la tragedia podía (o debía) tener una lectura política, la misma suele ser mucho más evidente aún, por directa, en la comedia. En ella, el autor no necesita disfrazar con ropaje mítico los problemas que acuciaban al ateniense del siglo V, sino que puede permitirse la alusión directa, la burla de la persona real, el zaherimiento o la alabanza porque la acción no se sitúa en el mundo del mito, sino en el paisaje de la Atenas que todos conocían. La comedia del siglo V es, no menos que la tragedia, un producto de la democracia, de la libertad de palabra y de la libertad de expresión.

La comicidad y la risa en la comedia se obtienen precisamente como consecuencia del contraste entre el trasfondo perfectamente conocido, la Atenas contemporánea, y las situaciones representadas. Así, los dos ciudadanos atenienses que, hartos de vivir en la ciudad de los pleitos deciden fundar una ciudad en las nubes y convertirse en pájaros, o las mujeres que deciden hacer

una huelga sexual panhelénica hasta que sus maridos lleguen a un acuerdo y acaben la guerra del Peloponeso, o el ciudadano que vuela en un escarabajo gigante hasta Zeus para quejarse por la prolongación de la guerra, etc., etc. Esos son los argumentos de las comedias aristofánicas *Los Pájaros*, *Lisístrata* o *La Paz*, respectivamente, y en ellas el plano de la realidad se mezcla con el de la ficción o la más hilarante utopía, al menos para los parámetros griegos. Es en ese contraste entre lo real y lo imaginario, ambos presentados habitualmente con trazos gruesos y deformantes, donde reside el éxito de la comedia ática. Naturalmente, tampoco podemos perder de vista que el sitio de las comedias era también la fiesta de las Grandes Dionisias, al menos desde el año 486, momento en el que se introdujeron en el programa oficial de esas fiestas. No obstante, no conocemos ninguna comedia de esos primeros momentos, sino tan sólo unos cuantos fragmentos y algunos nombres de comediógrafos.

El propio Aristófanes, en *Los Caballeros*, nos da una breve historia del género:

> [...] el de maestro de comedia es el oficio que más dificultades entraña. Muchos, en efecto, lo han intentado y pocos han tenido éxito, y a vosotros os tiene muy calados desde hace tiempo y sabe que sois volubles por naturaleza, que vuestro gusto cambia año tras año y que habéis ido olvidándoos de los poetas anteriores conforme envejecían. Él sabe lo que le pasó a Magnes cuando las canas se posaron en su cabeza; a Magnes, que levantó innumerables trofeos de victoria frente a sus rivales; que os hizo oír toda clase de voces con su *Tocador de cítara*, su *Pajarillo aleteando*, su *Lidio*, su *Pulgón*; que se bañó con sus *Ranas*. Pero no pudo mantenerse y por fin en su vejez, que no en su juventud, tuvo que abandonar la escena hecho un anciano, porque se le había olvidado hacer reír. Recuerda luego a Cratino, que en tiempos, cargado de elogios, corría como un torrente por las llanas planicies y que, arrancando por su base encinas y plátanos y de raíz a sus rivales, arramblaba con todo... Así le iba a ése en su época de esplendor. Y ahora que apenas balbucea vosotros no le tenéis lástima... Hecho un viejo va de acá para allá... con una corona mustia que se le muere de sed... Y Crates, cuánta irritación y malos tratos soportó de vosotros; él que os enviaba de vuelta a casa bien desayunados por muy poco dinero y que aunque tenía la boca totalmente reseca, amasaba las más elegantes invenciones. Y eso que él es el único que pudo aguantar, cayendo unas veces y otras no (Ar. *Eq.* 525-551; trad. de L. Macía).

Estos autores que menciona el propio Aristófanes son los que, sin duda, él tiene por sus predecesores y ellos y algún otro no mencionado en este pasaje (como Ecfántides) llenarían el amplio período comprendido entre el ya mencionado año 486 hasta el año 424, momento en el que se data la primera comedia completa de Aristófanes, *Los Acarnienses*.

El pensamiento de Aristófanes parece ser bastante conservador, si por conservador entendemos el que corresponde a los grupos sociales atenienses que derivaban su estatus y su posición en la ciudad de la posesión de tierras suficientes como para permitirles formar parte del grupo de los hoplitas. En Aristófanes podemos ir tanto del rechazo a individuos como Pericles, convertido en el auténtico responsable de la guerra del Peloponeso para favorecer a sus amigos o para escapar de otras acusaciones (en *Los Acarnienses* y en *La Paz*, respectivamente) hasta los nuevos políticos que surgen a su muerte, ardorosos defensores de la democracia radical, tan denostada por nuestro comediógrafo. *Los Caballeros*, representada en el año 424, es un ataque permanente a Cleón y a la política que él representa, sin olvidar los ataques a Hipérbolo, "el aguijón" que pronto sucedería al primero. Pero al tiempo que provocan la risa y la carcajada, y con ellas introducen su mensaje, las obras de Aristófanes están llenas durante su primera etapa también de optimismo, aunque con el paso del tiempo, y según se va deteriorando tanto la posición de las armas atenienses como la situación en la ciudad, su humor va siendo más sombrío. Las últimas tragedias conocidas de Aristófanes, *Las Asambleístas* (392) y *Pluto* (388), posteriores a la derrota ateniense, permiten observar la mala situación en que quedó Atenas tras la larga guerra.

Ciertamente, la comedia antigua y sobre todo la aristofánica no pretenden analizar la realidad contemporánea; sin embargo, precisamente por su carácter absolutamente directo y que apela a los sentimientos del auditorio ático, buenos y malos, es una de las principales fuentes de que disponemos para penetrar en la mentalidad del ateniense medio durante los años de la guerra del Peloponeso; estableciendo las suficientes cautelas en cuanto a su utilización histórica, nos proporcionan informaciones de un valor inestimable.

Conclusiones

La derrota de Atenas no inauguró una época de paz y libertad por la que muchos griegos creían haber luchado, sino que dio paso a la construcción de un nuevo imperio espartano aun más riguroso que el que Atenas había impuesto en el seno de la Liga de Delos. Así, la Grecia triunfante contra las amenazas externas, contra persas y cartagineses, la Grecia de la primera hora del siglo, de Maratón y Salamina, de Platea y Mícale, desembocó en la larga y terrible guerra del Peloponeso y en la emergencia de un duro imperialismo espartano.

En ocasiones tendemos a elaborar una imagen mítica del siglo V, imaginándolo como la época en la que la civilización griega alcanza su perfección, perfección que tiene su símbolo y culminación en la Atenas de Pericles, que jamás empalidece, que se mantiene eternamente joven, eternamente brillante, eternamente atrayente. Hemos construido así una leyenda rosa del siglo V que tiene su complemento en la leyenda negra del siglo IV; ambas pertenecen al mismo mito historiográfico, al mismo esquema de desarrollo lineal y simplista: en el siglo V la *polis* griega alcanza su momento culminante; debilitada por la dura prueba de la guerra del Peloponeso, arrastra durante el siglo IV una decadencia fatalmente destinada a tener su fin en la Macedonia de Filipo y Alejandro. Esta visión idealizante del siglo V, lleva mezclada otro aspecto igualmente peligroso: la tendencia a ver el mundo griego a imagen y semejanza de Atenas, lo que empaña la riqueza de la Hélade. Atenas y Esparta son los principales Estados de la Grecia propia y representan dos grandes y diferentes experiencias de una misma civilización que no se agota en ellas; en toda Grecia, desde Corinto a Tebas, desde Siracusa hasta la más pequeña de las *poleis*, la verdadera característica es la multiplicidad de variaciones, de influencias, de estructuras y de desarrollos.

Más apegado a los hechos, el siglo V, como el siglo IV, se nos presenta poliédrico, conformado por múltiples caras, con momentos luminosos unos, menos brillantes los otros y sombras oscuras en bastantes ocasiones. Respetando muchos aspectos de su brillo real, nuestro deber consiste en devolverle sus auténticas características.

La importancia de las relaciones entre griegos y persas es uno de los grandes rasgos del siglo. En la primera parte de la centuria, la expansión persa amenaza a la totalidad de la Hélade del Mediterráneo oriental. A pesar de ello, sólo algunos Estados (una treintena al final) fueron capaces de unirse para hacer frente a los persas. Contra todo pronóstico, este puñado de Estados griegos logró vencer a un poderoso y gigantesco Imperio. Como vimos, la victoria tuvo contradictorias consecuencias. Por un lado, permitió el libre desarrollo de la civilización griega, esto es, la posibilidad de que los griegos retuvieran en sus manos la capacidad de regir su propio destino, de organizarse y de vivir sin soportar las limitaciones que imponía el poder persa; potenció, además, el panhelenismo, entendido no como el deseo de alcanzar la unidad política (incompatible por otra parte con una Hélade organizada en múltiples Estados), sino como el sentimiento de pertenecer a una misma comunidad cultural, religiosa y lingüística. Pero, por otro lado, la libertad sirvió también para que los griegos prosiguieran su inveterada costumbre de luchas fratricidas y el panhelenismo no supuso ningún obstáculo a la división de buena parte del mundo griego en dos bloques enfrentados, liderados, respectivamente, por Atenas y Esparta.

Después de Mícale (479) y hasta la paz de Calias (449), Persia pugnó por conservar sus posiciones en el Egeo frente a la ofensiva ateniense y trató, en ocasiones, de retomar la iniciativa. La paz de Calias consagró el fracaso de la opción militar persa: la victoria en las Guerras Médicas había sido decisiva y la influencia persa en el Egeo fue drásticamente recortada. Sin embargo, en los años siguientes los persas trataron de debilitar el imperio ateniense a través de la intriga, el apoyo poco velado a varias revueltas y el poder de su oro. A partir del 411, las dificultades de Atenas y la necesidad imperiosa que tenía Esparta del oro persa para sostener su flota y vencer a Atenas, dieron la posibilidad a Persia de lograr por vía diplomática aquello que sus flotas y ejércitos no habían podido obtener por la fuerza de las armas. Esparta se comprometió durante la última parte de la guerra del Peloponeso a devolver a Persia las ciudades griegas de Asia, entrega que se haría efectiva sólo tiempo después con la firma de la paz del Rey en la primavera del 386.

La victoria contra los persas abrió un período de cincuenta años, la Pentecontecia, cuya primera parte se caracteriza por un agudo conflicto entre Atenas y Esparta. Al principio (461-451), los atenienses aprovecharon la debilidad espartana, comprometida en su lucha contra los hilotas sublevados, para extender su poder. Aunque debió retroceder en relación a sus primeros éxitos, la paz de los Treinta Años (445) supuso una indudable victoria de los ate-

nienses. Durante los quince años siguientes, un breve paréntesis en realidad, Atenas y Esparta respetan la paz, aunque no faltan los conflictos y las tensiones entre ambas potencias. Finalmente, el antagonismo entre los dos bloques estalla en el 431. Durante casi treinta años, hasta la primavera del 404, una guerra total consume los recursos humanos y financieros de toda Grecia.

Como es fácil observar, la frecuencia de la guerra constituye otra de las grandes características del siglo V. De hecho, Atenas y Esparta apenas conocen la paz a lo largo de toda la centuria. Sobre todo el siglo, especialmente después de la Segunda Guerra Médica, planea también el dualismo entre Atenas y Esparta, que justifica plenamente el título de esta obra y que estalla periódicamente en forma de conflicto armado. El antagonismo militar es la consecuencia más dramática de una profunda diferencia en modos de pensar, de organizarse, de vivir.

En muchos aspectos (no todos) el siglo V representa ciertamente el apogeo de Atenas (pero no de todo el mundo griego). Hasta la guerra del Peloponeso la ciudad goza de un elevado crecimiento económico y de una aceptable estabilidad social. La democracia, en la teoría y en la práctica, progresa de manera indudable y supera las pruebas de los dos interludios oligárquicos (441 y 404). Fueron precisamente estos efímeros regímenes oligárquicos los que convencieron a los atenienses de que la democracia era la única constitución viable. Sin embargo, conviene recordar que fue en el siglo siguiente cuando las instituciones democráticas alcanzaron su culminación. Después de la Segunda Guerra Médica Atenas emerge también como la mayor potencia de la Hélade, cuya supremacía sólo puede ser discutida por Esparta. Pero no debemos olvidar que gran parte del poder, esplendor y riqueza atenienses se asentaba sobre el creciente imperialismo al que sometió a sus aliados de la Liga de Delos, a los que convirtió en súbditos.

El siglo V es también la centuria del arte y la cultura, baste recordar aquí las conquistas en arquitectura, escultura y pintura, las obras de Fidias y el Partenón o los Propileos, el brillo imperecedero de la tragedia y la comedia (ésta última conoce también al menos en la primera parte del siglo IV obras espléndidas), el prodigioso genio de Heródoto y Tucídides o el desarrollo de la filosofía y la oratoria. Sin embargo, en el pensamiento filosófico y la retórica una mayor gloria corresponde a la centuria siguiente.

Un último apunte: los efectos de la guerra del Peloponeso no fueron tan duraderos y catastróficos como a veces se afirma. Esparta, a pesar de las terribles contradicciones internas que la guerra había agudizado, consiguió retener la supremacía sobre una gran parte del mundo griego durante los próximos treinta años. Atenas fue derrotada y su poder fue substancialmente cercenado, pero no tanto como para que no pudiera desplegar durante el siglo siguiente un espléndido papel. Al final, ella fue la única capaz de oponerse al poder de Macedonia. Desde una perspectiva mucho más realista,

con sus dificultades y sus conquistas, el siglo V se nos aparece igual de fascinante y atrayente y el siglo IV no fue ni mucho menos un período de crisis generalizada: guerras y problemas, pero también dinamismos y esplendores esperan al mundo griego en la siguiente centuria.

Bibliografía

1. Obras generales. Ediciones y comentarios de documentos

Boardman, J.; Hammond, N. G. L.; Lewis, D. M.; Otswald, M. (eds.) (1988): *The Cambridge Ancient History, IV: Persia, Greece and the Western Mediterranean c. 525 to 479 B. C.* Cambridge.

Briant, P.; Lévêque, P.; Brulé, P.; Descat, R.; Mactoux, M. M. (1995): *Le Monde grec aux temps classiques. Tome 1. Le Ve siècle.* París.

Fernández Nieto, F. J. (1975): *Los acuerdos bélicos en la Antigua Grecia.* 2 vols. Santiago de Compostela.

Jacoby, F. (1924): *Die Fragmente der griechischen Historiker.* Berlín y Leiden.

Kraay, C. M. (1976): *Archaic and Classical Greek Coins.* Londres.

Lévy, E. (1995): *La Grèce au V siècle. De Clisthéne à Socrate.* Nouvelle Histoire de l'Antiquité. París.

Meiggs, R.; Lewis, D. (1988): *A Selection of Greek historical inscriptions to the End of the fifth century B. C.* Oxford. Ed. rev.

Merin, B. D.; Wade-Gery, H. T.; McGregor, M. F. (1939-53): *The Athenian tribute lists, I-IV.* Cambridge.

Tod, M. N. (1946-48): *A Selection of Greek historical inscriptions.* I: *To the End of the fifth century B. C.* (2ª ed. 1946). II: *From 403 to 323 B. C.* Oxford.

2. El Imperio persa. Atenas y Esparta hasta las Guerras Médicas

Briant, P. (1996): *Histoire de l'Empire Perse de Cyrus à Alexandre.* París.

Cawkwell, G. L. (1993): "Sparta and her allies in the sixth century". CQ, 43: 364-376.

Doenges, N. A. (1996): "Ostracism and the the *boulai* of Kleisthenes". *Historia*, 45: 387-404.

Domínguez Monedero, A. J. (1991): *La Polis y la expansión colonial griega. Siglos VIII-VI.* Madrid.
Ghinatti, F. (1970): *I gruppi politici ateniesi fino alle guerre persiane.* Roma.
Hammond N. G. L. (1961): "Land Tenure in Attica and Solon's Seisachtheia". *JHS,* 81: 76-98.
Hammond N. G. L. (1992): "Plataea's Relations with Thebes, Sparta and Athens". *JHS,* 112: 143-50.
Malkin, I. (1994): *Myth and Territory in the Spartan Mediterranean,* Cambridge.
Martin, A. (1989): "L'ostracisme athenien. Un demi-siecle de recherches". *REG,* 102: 124-143.
Olmstead, A. T. (1948): *History of the Persian Empire.* Chicago.
Tozzi, P. (1978): *La rivolta Ionica.* (Bibl. di Studi Antichi, XV). Pisa.
Wallinga, H. T. (1993): *Ships and sea power before the great Persian Wars.* (Mnemosyne Supl. 21), Leiden.

3. Las Guerras Médicas

Alonso Troncoso, V. (1988): "Neutralismo y desunión en la segunda guerra médica", en *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua.* Vol. I. Santiago de Compostela.
Burn A. R. (1984): *Persia and the Greeks: The Defence of the West, c. 546-478 B. C.,* 2ª ed. with a Postscript by D. M. Lewis. Londres.
Gillis, D. (1979): *Collaboration with the Persians.* (Historia Einzelschr., 34). Wiesbaden.
Graf, D. F. (1984): "Medism: the origin and significance of term". *JHS,* 104: 15-30.
Green, P. (1970): *The Year of Salamis 480-479 B. C.* Londres.
Hignett, C. (1963): *Xerxes' Invasion of Greece.* Oxford.
Jeffery, L. H. (1962): "The Campaign between Athens and Aegina in the years before Salamis (Herodotus, VI, 87-93)". *AJPh.* 83: 44-55.
Siewert, P. (1972): *Der Eid von Plataiai.* Múnich.

4. La Pentecontecia

Amit, M. (1965): *Athens and the Sea. A Study in Athenian Sea-power.* Bruselas.
Amit, M. (1971): "The Boeotian Confederation during the Pentekontaetia". *RSA,* 1: 49-64.
Amit, M. (1973): *Great and Small Poleis.* Bruselas.
Boersma, J. S. (1970): *Athenian Building Policy from 561/0 to 405/4 B. C.* Groningen.
Bowra, C. W. (1977): *La Atenas de Pericles.* Madrid.
Brulé, P. (1994): *Périclès,* Paris.
Buck, R. J. (1979): *A History of Boeotia.* Edmonton.
Demand, N. H. (1982): *Thebes in the Fifth Century. Heracles Resurgent.* Londres, Boston y Henley.
Develin, R. (1989): *Athenian Officials 684-321 B. C.* Cambridge.
Figueira, T. J. (1991): *Athens and Aigina in the age of imperial colonization.* Baltimore. Londres.

García Iglesias, L. (1986): "Patria y misión del guerrero en la antigua Grecia", en Castillo, A. del (ed.), *Ejército y sociedad. Cinco estudios sobre mundo antiguo*. León.
Iriarte, A. (1996): *Democracia y tragedia: la era de Pericles*. Madrid.
Kagan, D. (1990): *Pericles of Athens and the birth of democracy*. Nueva York.
Levi, M. A. (1980): *Pericle. Un uomo, un regime, una cultura*. Milán.
Loraux, N. (1981): *L'invention d'Athènes. Histoire de l'oraison funèbre dans la cité classique*. París.
McGregor, M. F. (1987): *The Athenians and their empire*. Vancouver.
Meiggs, R. (1979): *The Athenian Empire*. Oxford.
Parker, V. (1993): "The Chronology of the Pentecontaetia from 465 to 456". *Athenaeum*, 81: 129-147.
Plácido, D. (1972): "Protágoras y Pericles". *HAnt*: 2, 7-19.
Plácido, D. (1984): "Protagoras et la société athénienne: le mythe de Prométhée". *DHA*, 10: 161-178.
Powell, A. (1988): *Athens and Sparta. Constructing Greek political and social history from 478 B. C.* Londres.
Rhodes, P. J. (1985): *The Athenian Empire*. Oxford.
Sancho Rocher, L. (1997): *Un proyecto democrático. La política en la Atenas del siglo V*. Zaragoza.
Schrader, C. (1976): *La Paz de Calias. Testimonios e interpretación*. Barcelona.
Sinclair, R. K. (1991): *Democracy and Participation in Athens*. Cambridge, Nueva York, Nueva Rochelle, Melbourne y Sydney. 2.ª ed.
Wallace, R. W. (1989): *The Areopagos Council to 307 B. C.* Toronto.

5. Demografía, sociedad y economía atenienses

Amouretti, M. C. (1994): "L'agriculture de la Grèce antique: bilan des recherches de la dernière décennie". *Topoi*, 4: 69-94.
Austin, M.; Vidal-Naquet, P. (1986): *Economía y sociedad en la Antigua Grecia*. Barcelona.
Cantarella, E. (1991): *La calamidad ambigua. Condición e imagen de la mujer en la Antigüedad*. Madrid.
Davies, J. K. (1971): *Athenian propertied families, 600-300 B. C.* Oxford.
Davies, J. K. (1984): *Wealth and the power of wealth in classical Athens*. Salem. New Hampshire.
Foxhall, L.; Forbes, H. A. (1982): "Sitometreia: The Role of Grain as Staple Food in Classical Antiquity". *Chiron*, 12: 41-90.
García Iglesias, L. (1986b): "La mujer y la *polis* griega", en Garrido, E. (ed.), *La mujer en el mundo antiguo*. Madrid.
Garlan, Y. (1984): *Les esclaves en Grece ancienne*. París.
Gschnitzer, F. (1987): *Historia social de Grecia. Desde el período micénico hasta el final de la época clásica*. Madrid.
Hansen, M. H. (1986): *Demography and democracy: the number of Athenian citizens in the fourth century B. C.* Herning.
Iriarte, A. (1990): *Las redes del enigma. Voces femeninas en el pensamiento griego*. Madrid.

Lotze, D. (1959): *METAXY ELEYTHERON KAI DOYLON. Studien zur Rechtsstellung unfreier Landbevölkerung in Griechenland bis zum 4 Jahrhundert v. Chr.* Berlín.
Mossé, C. (1990): *La mujer en la Grecia clásica.* Madrid.
Wells, B. (ed.) (1992): *Agriculture in Ancient Greece.* Estocolmo.
Wood, E. M. (1988): *Peasant-Citizen and Slave: the Foundations of Athenian Democracy.* Londres. Nueva York.

6. Esparta en el siglo V

Carlier, P. (1984): *La royauté en Grèce avant Alexandre.* Estrasburgo.
Cartledge, P. (1979): *Sparta and Lakonia. A Regional History. 1300-362 B. C.* Londres.
Cartledge, P. (1987): *Agesilaos and the crisis of Sparta.* Baltimore.
Casillas, J. M. (1997): La antigua Esparta. (Cuadernos de Historia, 39). Madrid.
Cavanagh, W.; Crouwel, J.; Catling, R. W. V.; Shipley, G. (1996): *Continuity and change in a Greek Rural Landscape. The Laconia Survey. II. Archaeological Data.* (ABSA, Suppl. Vol. 27). Londres.
Ducat, J. (1990): *Les Hilotes.* (*BCH*, Suppl. 20). París.
Figueira, T. J. (1984): "Mess contributions and subsistence at Sparta". *TAPhA*, 114: 87-109.
García Iglesias, L. (1990): "La sucesión real en Esparta: fallas y paliativos de un sistema". *Polis*, 2: 39-51.
Hunt. P. (1997): "Helots at the Battle of Plataea". *Historia*, 46: 129-144.
Macdowell, D. M. (1986): *Spartan Law.* Edimburgo.
Sancho Rocher, L. (1990): "HOMOIOTES; los HOMOIOI de Esparta". *Gerión*, 8: 45-71.
Shipley, G. (1997): "'The Other Lakedaimonians': The Dependent Perioikic Poleis of Laconia and Messenia", en Hansen, M. H. (ed.), *The Polis as an Urban Centre and as a Political Community.* (Acts of the Copenhagen Polis Centre, 4). Copenhague.
Thommen, L. (1996): *Lakedaimonion Politeia. Die Entstehung der spartanischen Verfassung.* (Historia Einzelschriften, 103). Stuttgart.
Welwei, K.W. (1997): "Apella oder Ekklesia? Zur Bezeichnung der spartanischen Volksversammlung". *RhM*, 140: 242-249.

7. La guerra del Peloponeso

Alonso Troncoso, V. (1987): *Neutralidad y neutralismo en la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.).* Madrid.
Bommelaer, J. F. (1981): *Lysandre de Sparte. Histoire et traditions.* París.
Buck, R. J. (1994): *Boiotia and the Boiotian League 432-371.* Edmonton.
Cawkwell, G. (1997): *Thucydides and the Peloponessian War.* Londres.
Connor, W. R. (1971): *The New Politicians of fifth century Athens.* Princeton.
Ellis, W. M. (1989): *Alcibiades.* Londres.
Forde, S. (1989): *The ambition to rule. Alcibiades and the Politics of Imperialism in Thucydides.* Ithaca.
Fornis C. (1995): "Corinto, Beocia y la alianza argiva tras la Paz de Nicias". *Habis*, 26: 47-66.

Funke, P. (1980): *Homónoia und Arche. Athen und die griechische Staatenwelt vom des peloponnesischen Krieges bis zum Königsfrieden (440/3-387/6 v. Chr.)*. Wiesbaden.
Gehrke, H. J. (1985): *Stasis: Untersuchungen zu den inneren Kriegen in den griechischen Staaten des 5. und 4. Jahrhundert v. Chr.* Múnich.
Green, P. (1970): *Armada from Athens*. Londres.
Kagan, D. (1969): *The outbreak of the Peloponnesian War*. Itaca y Londres.
Kagan, D. (1974): *The Archidamian War*. Itaca y Londres.
Kagan, D. (1987): *The Fall of the Athenian empire*. Itaca y Londres.
Kagan, D. (1992): *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition*. Itaca y Londres.
Krentz, P. (1982): *The Thirty at Athens*. Itaca. Londres.
Pascual González, J. (1997): *Grecia en el siglo IV a.C. Del imperialismo espartano a la muerte de Filipo de Macedonia*. Madrid.
Plácido, D. (1983): "De la muerte de Pericles a la stasis de Corcira". *Gerión*, 1: 131-143.
Plácido, D. (1997): *La Sociedad ateniense. La evolución social en Atenas durante la Guerra del Peloponeso*. Barcelona.
Rhodes, P. J. (1994): "The Ostracism of Hyperbolus", en *Ritual, Finance, Politics. Athenian Democratic Accounts presented to D. Lewis*. Oxford.
Sayas Abengochea, J. J. (1971): "La revolución de Corcira". *HAnt*, 1: 179-195.
Sayas Abengochea, J. J. (1972): "Las ideas políticas de Tucídides". *Rev. de Estudios Políticos*, 185: 45-62.
Ste Croix, G. E. M. de (1985): *The Origins of the Peloponnesian War*. Londres.

8. Cultura y religión

Arnott, P. D. (1989): *Public and Performance in the Greek Theatre*. Londres.
Barnes, J. (1992): *Los presocráticos*. Madrid.
Beschi, L. (1981): "La Atenas de Pericles", en Bianchi Bandinelli, R. (ed.), *Historia y civilización de los griegos*. IV. Barcelona.
Green, J. R. (1996): *Theatre in Ancient Greek Society*. Londres.
Hartog, F. (1980): *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*. París.
Jaeger, W. (1982): *Paideia: los ideales de la cultura griega*. Madrid. 7.ª ed.
Lesky, A. (1989): *Historia de la literatura griega*. Madrid.
Lévy, E (1976): *Athènes devant la défaite de 404. Histoire d'une crise idéologique*. París.
Marrou, H. (1989): *Historia de la educación en la Antigüedad*. Madrid.
Moreno, P. (1981): "La conquista de la espacialidad pictórica", en Bianchi Bandinelli, R. (ed.), *Historia y civilización de los griegos*. IV. Barcelona.
Parker, R. (1996): *Athenian Religion: A History*. Oxford.
Pickard-Cambridge, A. W. (1988): *The Dramatic Festivals of Athens*. Oxford. 2.ª ed.
Rodríguez Adrados, F. (1972): Fiesta, comedia y tragedia. Barcelona.
Sánchez Fernández, C. (1997): "El Partenón y el programa constructivo de Pericles", en Domínguez, A. J. y Sánchez, C. (eds.), *Arte y Poder en el Mundo Antiguo*. Madrid.
Schreiner, J. H. (1997): *Hellanikos, Thukydides and the Era of Kimon*. Aaarhus.
Taplin, O. (1985): *Greek Tragedy in action*. Londres.